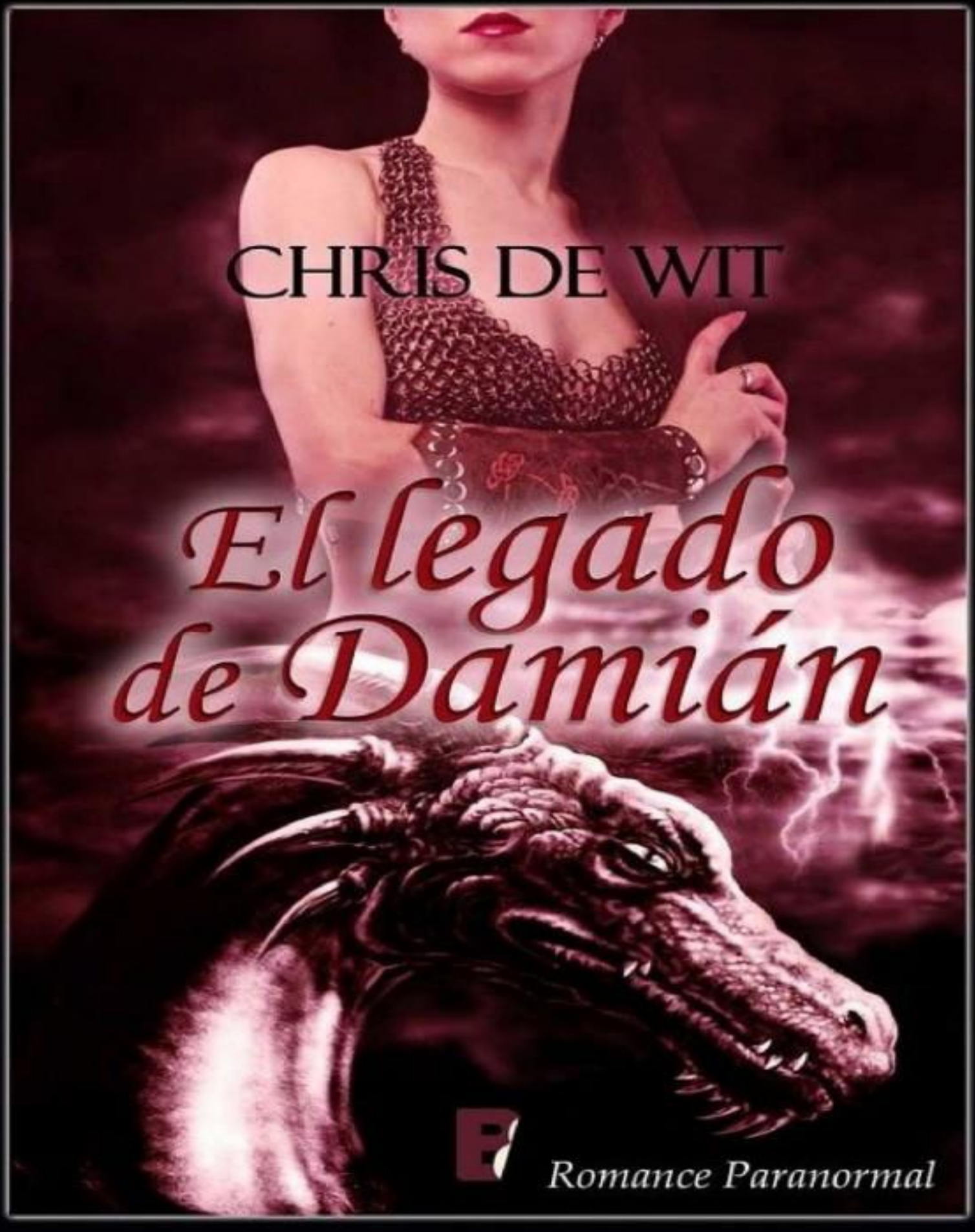
Selección RNR



CHRIS DE WIT

El legado de Damián

Romance Paranormal

El legado de Damián

Chris de Wit

1.ª edición: marzo, 2017

© 2017 by Chris de Wit
© Ediciones B, S. A., 2017
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-590-6

Gracias por comprar este ebook.
Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi amadísimo esposo Theo, por su amor incondicional y su belleza interior.
A mis hijos Marion y Johan, dos soles gloriosos en mi vida.
A mis padres, estén donde estén.
A Alejandra, Alejandro, Javier y Lara, mis otros cuatro soles tan amados.
A Belu y a Brenda, que abrazaron a los que amo.
A Gogó, mi gran Maestra de vida.
A María Inés, mi hermana espiritual.
A Martha y a Virgi.
A Marcelo, por ayudarme a abrirme a mi esencia.
A Susana Fernández, mi amiga que da a manos llenas sin exigir absolutamente nada a cambio.
A todos mis amigos y gente amada («¡Las chicas!»).
Y finalmente…, al Universo y, muy especialmente, a Águila Blanca, Ana y el manantial.

El legado de Damián

Ciudad de México, tiempo actual

La observó de lejos sabiendo que debía actuar con mucha cautela.

Había vigilado innumerables veces el edificio de la fundación donde ella vivía y la había rastreado por todo el país, sin ningún éxito; pero hoy, por fin, había detectado su aroma.

Maia Serrano estaba aquí y, de alguna manera, sería suya.

Damián Di Mónaco, miembro de la casta de los *silverwakers* de la Estirpe de Plata, se colocó los lentes oscuros y bajó el gorro, que le ayudó a cubrir el cabello y parte del rostro; se acomodó la chaqueta térmica que ocultaba la trenza negra que caía por su espalda, y salió tras ella. Camuflado, evitaría que la joven captara el reflejo platino de sus ojos y cabellera, solo visibles para los miembros de la Estirpe.

Miró la hora: ocho y cuarto de la noche. Según los agentes de la Estirpe que se habían comunicado con su amigo Ruryk, desde que la chica había regresado a la fundación hacía unos pocos días, luego de una temporaria desaparición, esa era la hora en que ella partía hacia una academia de danzas ubicada en el exquisito y sofisticado barrio Polanco de Ciudad de México, donde impartía clases.

Escrutó en derredor, tratando de detectar la presencia de *caídos*, sus acérrimos enemigos quienes, seguramente, ya estarían al tanto de la aparición de la chica buscada por ambos bandos.

Sin proponérselo, absorbió el suave aroma a lilas emanado del cuerpo pequeño y sinuoso que caminaba delante de él. La falda corta que acariciaba los muslos torneados y firmes, y los zapatos de plataforma que adornaban las piernas musculosas, comenzaban a trastornarlo, al igual que la camisa blanca y ajustada que resaltaba la curva de los montículos pálidos, grabados a fuego en su memoria. No eran grandes ni pequeños, sino perfectos para la figura estilizada que la joven había desarrollado gracias al ballet. La cabellera gloriosa, negra y lustrosa, parecía salpicada de estrellas, y el contraste abrupto entre el cabello oscuro y los ojos casi transparentes, dejaría sin aliento a cualquiera.

No era tan alta, pero su porte era el de una musa. Indudablemente, la belleza de sus rasgos y el cuerpo escultural la convertían en una chica que todo hombre lucharía hasta el último aliento por poseer.

Contempló a la joven nuevamente, y las imágenes regresaron a él. Había intentado durante demasiado tiempo olvidar lo sucedido aquella maldita noche, sin éxito.

Con un gruñido bajo, levantó el cuello de su chaqueta, procuró mantener el paso, pero dejando una distancia prudencial entre ellos. Si ella era buena para captar la vibración de su cuerpo, la persecución sigilosa acabaría y debería entrar en acción de otra manera. Como la última vez.

Cuando llegaron a la esquina, la chica alzó la mano para hacer señas a un taxi, que se detuvo de inmediato. Cuando el coche partió con ella en su interior, Damián se apresuró a detener otro taxi.

—Siga al coche de adelante —exigió al chofer mientras ingresaba al vehículo—. Le pagaré el doble si lo hace con eficiencia.

—Sí, señor —contestó el hombre, arrancando a toda velocidad.

Damián se apoltronó en el asiento trasero del coche, tratando de serenarse.

No podía creer que finalmente hubiera dado con Maia.

El último rastro de la joven lo había perdido hacía casi cuatro meses, luego de una frenética persecución en la fundación, cuyo resultado había significado no solo la desaparición de ella, sino también una gran humillación para él.

En todo este tiempo se había preguntado una y mil veces si la muchacha, en realidad, habría logrado abandonar el país; pero su instinto, en cada ocasión, le había contestado que ella seguía en México. Y no había fallado.

Se concentró en las maniobras del conductor, que intentaba mantener el otro vehículo a la vista. Permaneció así durante un buen rato hasta que, cansado de tener los músculos del cuerpo agarrotados por la tensión, exhaló una fuerte bocanada de aire y echó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo del asiento. No sabía aún cómo haría para hacer caer a la joven sin provocarle ningún daño, pero de algo estaba seguro: apelaría a todos los recursos para hacerlo y, esta vez, él ganaría; Maia era demasiado importante para el futuro de la Estirpe.

Y para el suyo propio.

La disminución de la velocidad del vehículo interrumpió sus pensamientos.

—El taxi se ha detenido, señor —avisó el chofer mirándolo por el espejo retrovisor.

—Estacione aquí, por favor —solicitó Damián amablemente, calculando que había una buena distancia entre los vehículos. Apenas Maia descendió del taxi, se dirigió hacia un edificio vidriado de varios pisos; Damián hizo lo mismo, a prudente distancia, levantando aún más el cuello de la chaqueta y ocultando el tatuaje que llevaba impreso en su rostro.

Sin perderla de vista ni un instante, Damián contempló los movimientos de la joven. No solo parecía una elfa, sino también una amazona, producto de una mezcla de refinamiento y salvajismo que le otorgaba una naturaleza dual que inspiraba diferentes anhelos en él, casi irrefrenables.

Preso en esta dualidad, no pudo dejar de imaginar sus manos sumergidas en arcilla suave dando forma lentamente al cuerpo esbelto que lo dejaba sin aliento. Él era el escultor y ella la obra maestra que cobraba vida entre sus manos con el calor de una pasión arrolladora. Una pasión que él sentía, pero ella no.

Porque Maia, como él, era miembro de la Estirpe de Plata.

Pero ella no lo sabía y escapaba de todos ellos.

Sobre todo, de él.

CAPÍTULO 1

Buenos Aires, Argentina

Tres meses atrás

La puerta del lujoso piso ubicado en el barrio de Palermo se abrió lentamente para permitir el ingreso del hombre. Por el ruido de sus pisadas, apenas perceptibles, parecía liviano como una pluma, pero el peso de su alma llenaba el salón.

El *caído* Gustav Chavanel, de cabellos oscuros y rostro ceniciento, se acercó y se detuvo en medio del salón de exquisito diseño minimalista donde un acuario gigante, empotrado a lo largo de toda una pared, daba al ambiente un toque de magia, luz y vida.

Brad Drage observó el aspecto del sujeto parado frente a él, cuya furia era evidente aunque, como de costumbre, sujeta a un autocontrol envidiable.

—¿Quieres beber algo? —invitó Brad.

—No. Solo me quedaré un momento —contestó Gustav, con voz grave. Parecía una estatua siniestra y olvidada.

—Como gustes. —Se levantó del sofá para ir hacia una mesita de bebidas—. Permíteme servirme un whisky. —Sin esperar una respuesta, tomó un vaso, colocó dos trozos de hielos en su interior y el líquido ambarino que tanto le gustaba. Acompañado del ruido del hielo al girar en el interior del vaso, se volvió a arrellenar en el sofá de cuero blanco de varios cuerpos, ubicado frente al acuario. Se pasó lentamente la mano por el cabello blanco y corto, y miró detenidamente al hombre—. ¿Quieres hablar? —preguntó solemne—. Estoy dispuesto a escucharte.

Observó que Gustav empalidecía de manera espectral, a la vez que los ojos negros, cuyo brillo fantasmal y mortecino era característico de todos los caídos, se le llenaban de lágrimas.

«Imbécil», pensó Brad para sí.

—Sácritos ha muerto —susurró aquel—. El *silverwalker* Gabriel Trost lo mató.

—Lo sé. —Y sin sospecharlo, fue alzado estrepitosamente del sofá para quedar a la altura del caído que tenía la nariz casi pegada a la suya.

—Estarás feliz, hijo de puta —siseó este, que lo aferraba del cuello de la camisa con las dos manos.

Brad lo miró y sonrió apenas.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó con voz irónica.

—La conozco, pero quiero escucharla de tus labios —contestó Gustav casi en un gruñido.

—Por fin ese miserable de Sácritos ha salido de tu vida —dijo con una sonrisa lastimosa. Al instante se arrepintió de haber hablado con tanta ligereza, ya que un puñetazo estalló contra su barbilla. Preso de un dolor insoportable que siguió al impacto, intentó recuperar el equilibrio de su cuerpo, pero otro golpe fulminante terminó por desparramarlo en el piso.

—¡Siempre quisiste verlo muerto! —escuchó que Gustav le gritaba desde lejos.

Sacudió la cabeza y se incorporó lentamente, sentado aún en el piso, tratando de recobrarse del aturdimiento que las dos trompadas le habían provocado; tosió y colocó un codo sobre una

rodilla levantada, intentando que el aire le entrara por los pulmones. Aunque Gustav era delgado, su fuerza era sorprendente.

—Tú y yo —expresó exhalando ruidosamente—, si bien no somos hermanos de sangre, hemos crecido juntos y para mí es como si realmente lo fueras. Por lo tanto, me preocupas de verdad, Gustav. He sido testigo por años de cómo Sácritos iba destrozando lentamente tu existencia detrás de un imposible, ya que para ti él representaba algo más que un jefe. Por ello, y discúlpame que lo diga, hermano, agradezco que el *silverwalker* lo haya expulsado para siempre de nuestras vidas.

—¡Qué sabes tú de ello! —gritó Gustav con la voz quebrada, furioso y herido, azotando con un puño la mesa ubicada a su lado, que se hizo pedazos—. Siempre has soñado con ser un caído superior, pero ese honor te queda grande.

Brad se levantó pausadamente del piso hasta erguirse a la misma altura de Gustav.

—Nunca me importó lo que pensaras de mí, pero sé muy bien cómo te sientes, porque tú y yo hemos padecido lo mismo por diferentes personas.

—Y esa perra de Aniel… —siseó sin siquiera haberlo escuchado.

—También está muerta, Gustav. Aniel Mitchels, la joven que posiblemente se habría convertido en la primera *silverwalker* mujer en toda la historia de la Estirpe de Plata, murió llevándose con ella el primer símbolo que tanto los miembros de la Estirpe como nosotros nos hemos estado disputando. Y tú, mejor que nadie, sabes que Sácritos tenía una obsesión con ella; es más, puso en peligro toda la organización de los caídos por ese amor enfermo. Acéptalo, Gustav: Sácritos se la llevó con él y, con ella, el primer símbolo.

Observó cómo el caído se derrumbaba en el sofá y arrastraba las dos manos por su rostro.

Brad se acercó y se sentó a su lado.

—Gustav, ahora eres tú el nuevo jefe de los caídos. Debes ser fuerte. El *silverwalker* Trost debe estar agonizando de furia, ya que la chica Mitchels era su *señora álmica*, y sabes bien que intentará vengarse. Debemos estar preparados, y tú —enfatizó señalándole el pecho con un dedo — serás quién nos llevará a la conquista de lo que los caídos, hace tanto tiempo, venimos reclamando.

—No soy como Sácritos —susurró.

—¡Escúchame, Gustav! —exclamó Brad, tomándolo fuertemente de los hombros para obligarlo a que lo mirara—. Ahora es tu oportunidad para vengarte de los *silverwalkers*. Sácritos y Aniel han muerto, y tú debes continuar con la tarea por la que hemos luchado desde hace siglos. Hemos perdido el primer símbolo, pero aún quedan los otros cuatro. Sabemos fehacientemente que Maia Serrano, una de las amiguitas de Aniel, es la responsable del segundo pero, increíblemente, ha logrado despistar a nuestros guerreros durante mucho tiempo. —Gustav permanecía en silencio, con una expresión fantasmagórica en los ojos. Parecía no oírlo, por lo que volvió a insistir—: Te lo ruego por última vez, Gustav: acepta que Sácritos ha muerto y que no podemos hacer nada para recuperarlo.

—Ayúdame, Brad —murmuró Gustav, de repente con una expresión vulnerable en la mirada —. Necesito tu respaldo para lograr expandir la organización y hacer cumplir todos los objetivos que teníamos previstos con Sácritos.

—Por supuesto que cuentas conmigo, hermano. Lo primero es atrapar a Maia Serrano y también mantener a Ana Mitchels, la madre de Aniel, a la vista. Esa mujer es importante para

nuestros planes.

—¿Crees que será fácil encontrar a Ana?

Brad se levantó y se dirigió al bar para servirse otro whisky.

—Ahora más que nunca. Su esposo, Ronan Mitchels, el tan temible guerrero de la Estirpe de Plata, también ha muerto y ya no puede protegerla; aunque ahora hay otro que desea hacerlo.

—¿Quién?

El semblante de Brad se volvió oscuro.

—El doctor Lautaro Suárez.

CAPÍTULO 2

El hombre parado frente a Ana Mitchels, con un paraguas que apenas podía frenar la lluvia torrencial, la miraba con el semblante frío; sus ojos brillaban con un color plateado suave.

—Por favor, Lautaro. Dígame que mi esposo Ronan y mi hija Aniel están bien. Se lo suplico… ¿Dónde están? —balbuceó desesperada.

La mirada del doctor Suárez se tornó turbia y apesadumbrada.

En ese instante, ella fue lastimosamente consciente de que lo que el mejor amigo de su esposo iba a decirle no la haría feliz.

—¡Por favor, dígame que ha pasado con ellos! —gritó fuera de sí, sacudiendo al hombre de los hombros.

—Están muertos, Ana. Lo lamento.

El grito desgarrador de ella fue el preámbulo de su caída de rodillas al suelo. El doctor intentó levantarla, pero Ana se resistió a la mano fuerte que la aferraba del brazo.

—¡Por favor, déjeme! —suplicó a viva voz.

—No puedo, Ana. Por el amor de Dios, venga conmigo —volvió a pedir el hombre, que intentaba sacarla de allí. Ana siguió revolviéndose hasta que, sin más fuerzas para luchar, rompió a llorar desconsoladamente sobre el hombro que el hombre, ahora arrodillado a su lado, le ofrecía.

La nueva realidad golpeó con crueldad las compuertas de su alma para dejar en libertad el profundo y amargo dolor acumulado en los últimos siete años. Años en los que el desconsuelo, la angustia y la desesperación por volver a encontrar a su esposo y a su hija la habían mantenido viva. Años en los que ella había atormentado su corazón, rememorando una y otra vez cómo los caídos, al mando de su jefe Sácritos, le habían arrebatado de su lado a los dos seres que amaba más que a su propia vida, aquella noche fatídica en que su amada hija Aniel había cumplido dieciséis años.

Lautaro la observaba impotente ante su enajenante dolor de madre y de esposa. La cubrió con el paraguas y permaneció en silencio, como si intentara hacerle saber que él, con su presencia y de la manera que fuese, la acompañaría. Siempre.

«¿Cómo podré seguir viviendo, Dios mío?», gimió Ana para sí. Ella se había aferrado con uñas y dientes al anhelo ferviente de poder encontrar, abrazar y cuidar nuevamente a su esposo y a su hija; pero había llegado tarde.

Ana rogó a Dios para que el agua que corría por su cuerpo le quitara los recuerdos. Pero era imposible. Imágenes de Ronan y Aniel inundaban su mente, avivando los sollozos que le quemaban la garganta.

Lautaro contemplaba, desvalido, la crisis de Ana. Siguió de rodillas a su lado, sin intentar tocarla, esperando que, de alguna manera, expulsara la agonía lacerante e implacable que destrozaba su espíritu.

Permanecieron en la noche oscura y bajo la lluvia torrencial durante un largo tiempo, hasta que el doctor observó que Ana tiritaba y que los labios se le habían vuelto azules.

—Por favor, Ana, venga conmigo —susurró Lautaro, que intentó tomarla de los hombros.

—¡No! —gritó ella, impidiéndoselo.

—Está lloviendo y hace frío.

—¡Váyase! —exigió furiosa.

—No puedo dejarla aquí. Hace dos meses que deambula como una vagabunda, sin un lugar estable donde vivir. Permítame llevarla a mi casa.

—Me quedaré en este lugar hasta morir yo también —balbuceó en un susurro.

Al escuchar aquello, el doctor no tuvo dudas.

—Ana, por favor… perdóneme. —Y sin preámbulo, dejó el paraguas a un lado y la levantó en sus brazos. Ana intentó resistirse, pero él ya había tomado una decisión. Se dirigió rápidamente hacia el coche, cerrando los oídos a los sollozos que la mujer emitía y sin permitirse reaccionar a algún que otro golpe que ella, sin fuerzas, descargaba sobre su pecho. Por nada del mundo la dejaría tirada en el agua. Si quería llorar, se aseguraría de que lo hiciera en un lugar donde estuviese segura y cuidada.

Cuando llegó al lado del vehículo, respiró aliviado al comprobar que Ana se rendía, dejando caer la cabeza sobre su cuello, llorando sin consuelo.

—Sí, Ana querida. Así… —le susurró en el oído confiando en que lo hubiese escuchado en medio de la lluvia torrencial. Abrió la puerta del vehículo y, depositándola con cuidado en el asiento del acompañante, le dijo, inclinado sobre ella—: Ahora está bajo mi cuidado, Ana. Tendrá todo lo que necesite… incluso espacio para llorar.

CAPÍTULO 3

Aarhus, Dinamarca

Las luces de la disco de Aarhus giraban y cambiaban de color al compás de la música que aturdía los sentidos de la gente. El calor del lugar, si bien era insoportable, también invitaba a moverse con mayor frenesí y sensualidad como si el recinto, súbitamente, estuviese empotrado en una playa de Ibiza o de Cancún. Hombres y mujeres reían y bebían casi de manera descontrolada, festejando el ritmo intenso de la noche. Y Jackie Thygesen no era la excepción. La joven bailaba, con sus shorts de *jeans*, a un ritmo febril que la envolvía como los brazos de un amante insaciable.

Hacía horas que disfrutaba de la energía burbujeante que su contoneo generaba, sonriendo traviesamente a los ocasionales compañeros y compañeras de turno que querían danzar con ella. Al no tener suficiente con el ritmo exaltado que la rodeaba, aumentó el bamboleo de sus caderas tal como había aprendido en las bailantas argentinas al lado de sus amigas Aniel y Maia. El movimiento sensual marcaba aún más la pequeña cintura que se había ganado con los años de entrenamiento de *wrestling* y *kickboxing*, lo que generaba un impacto infartante entre los hombres, que la devoraban con la mirada. Levantó hacia un costado su increíble cabellera, una masa salvaje de bucles de color del fuego que le caían hasta las nalgas, por el terrible calor que sentía. Sorpresivamente, una mano fuerte la tomó del brazo y la sacó de la pista para acorralarla contra un muro de piedra. Sin inmutarse, Jackie miró al tipo que tenía enfrente: un vikingo enorme y musculoso de cabello corto, rubio y perfectamente peinado con gomina hacia un costado, la miraba obnubilado. Al clavarle la mirada para evaluarlo mejor, se detuvo en la indumentaria y la cabellera, que le recordó al cantante rapero que volvía locas a todas las mujeres de Dinamarca en ese momento: L.O.C.[1]

Por la manera de observarla, Jackie se dio cuenta de que el vikingo se creía irresistible. Era muy buen mozo, pero demasiado arrogante para su gusto. En realidad, su arrogancia le recordaba a otro tipo que venía persiguiéndola desde hacía tres meses por todo el mundo, obligándola a gastar casi todos sus ahorros en transportes y hostales para evitar caer en sus redes.

Una sonrisa despampanante surgió de sus labios y miró al rubio que la mantenía presa contra la pared. Si debía ser honesta, el tipo estaba para comérselo, pero se sentía tanto el rey del universo que le recordó a un pavo real.

—¿Eres de aquí? —le preguntó sensual al oído.

—Sí.

—Te he visto un par de veces y me dejas siempre sin aliento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué haces al respecto?

—Varias cosas que quisiera compartir contigo.

—Me parece que te has apresurado, tonto—contestó y amagó con irse.

—¿A dónde vas? —le preguntó asombrado, mientras la tomaba del codo.

Jackie sonrió. Este tipo era enorme, pero a ella individuos como él no le daban miedo. Era una experta luchadora y había vencido a varios hombres en su carrera deportiva. Además, se

venía enfrentando al insufrible del *silverwalker* Metanón Lemark desde hacía demasiado tiempo, humillándolo en cada ocasión. Y este grandote no sería la excepción.

—Suéltame —exigió.

—No, chiquita —le dijo el vikingo negando con la cabeza—. Te quedas aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y quién lo ha decidido?

—Yo. —El tipo se le había acercado tanto a la cara, que casi la volteaba con el olor a alcohol.

—Eres más atrevido que el normal de los hombres daneses, pero como estás intoxicado de alcohol y te considero el tipo más patoso que he visto en toda la noche de hoy, te perdono. Ahora, déjame en paz.

—Jamás, dulzura.

Cuando Jackie se prestaba a voltearlo al suelo con una de sus técnicas de defensa, una voz gentil preguntó en español:

—¿Quieres quitar tus manazas del cuerpo de mi amiga, troglodita?

Jackie se dio vuelta sin dar crédito a la melodía que escuchaban sus oídos. Allí estaba ella, radiante con su cabellera caoba, los ojos color café, las cejas gruesas del mismo color y los labios anchos, afrodisíacos, como los de la modelo portuguesa Sara Sampaio: la fabulosa y genial Brenda Mori, una de sus queridas amigas del alma.

El tipo, que por lo visto no entendía ni jota de español, comenzó a ronronear como un gatito al imaginarse que pasaría la noche en la cama con dos felinas impresionantes. Feliz de la vida, intentó abrazarlas a las dos, pero las chicas, acostumbradas al acoso masculino, sabían lo que tenían que hacer. Jackie empujó con todas sus fuerzas al tío, que comenzó a tambalearse hacia atrás haciendo un esfuerzo para recuperar el equilibrio. Brenda, entre tanto, le calzó una zancadilla que lo arrojó de bruces sobre un sofá. De inmediato y sin ningún tapujo, levantó un pie revestido en unas botas impactantes de Alexander McQueen, que provocarían la envidia de cualquier mujer de la realeza de Dinamarca, y lo apoyó sobre los testículos del vikingo. El tipo comenzó a sudar al darse cuenta del peligro en el que se había metido, pero sonrió cuando la musa de cabellos color caoba se inclinó sobre él y dejó a la vista la parte superior de unos pechos escandalosamente bellos, que le pusieron la polla demasiado dura. La chica le sonrió tan sensualmente que no le importó nada más, ni siquiera lo que le susurraba al oído en aquella lengua extraña:

—Tú te quedas en tu lugar, amorcito—le dijo suavemente la numen, acariciándole la mejilla con las uñas largas de color turquesa y acero—. A ver si alguna danesita te congela lo que tienes entre las piernas —y miró en esa dirección— que, a propósito, no parece demasiado interesante.

Jackie sonrió, recordando lo extravagante que era su amiga. El tipo intentó levantarse, pero Jackie y Brenda lo miraron de tal manera que permaneció sentado en el sofá viendo como las dos chicas, abrazadas, lo dejaban solo y se perdían en el segundo piso de la disco.

Las dos amigas subieron las escaleras y agradecieron hallar un poco de paz. Allí no había pistas de baile, sino diferentes barras para beber. En ese punto, las jóvenes se miraron y se enredaron en un abrazo anhelado por años.

—¡Brenda! —exclamó Jackie absolutamente feliz—. ¡Dios mío, estás aquí!

La amiga se apartó un poco y, con la sonrisa apabullante que la caracterizaba, respondió:

—Siempre les advertí a ti, Aniel y Maia que aparecería cuando menos lo esperasen.

—Nuestra queridísima amiga fantasma —dijo Jackie, haciendo referencia al apodo con que todas ellas habían bautizado a Brenda, por su hábito de aparecer y desaparecer cuando menos lo imaginaban—. Me siento tan afortunada… —Y volvió a abrazarla, pasándole el brazo por el hombro, mientras la dirigía hacia una mesa—. Ven, sentémonos.

Cuando se ubicaron alrededor de una pequeña mesa redonda, Jackie miró a su amiga.

—Sigo sin poder creer que has venido —dijo asombrada.

—Te sorprendí, ¿no?

Jackie asintió sonriendo.

—Sí, es verdad. Es que en este largo año y medio en que no te hemos visto, las chicas y yo hemos intentado llamarte a tu teléfono móvil y escribirte mensajes, pero tú nunca respondes.

La carcajada de Brenda inundó el lugar.

—Soy un desastre con la comunicación. Pero sé muy bien cuándo alguien me necesita, en especial cuando se trata de ti. Y aquí estoy.

De repente, la alegría de Jackie se vio opacada por una mueca adusta.

—Y has llegado en el momento justo, Brenda. Quizás puedas ayudarme.

—¿Qué sucede, amiga? —El semblante de Brenda pasó de la alegría a la preocupación.

—Se trata de Aniel y Maia.

—Dime que están bien.

Jackie negó con la cabeza.

—Estoy muy alarmada por las dos. A Aniel debo ir a buscarla a Argentina lo antes posible. Estoy juntando dinero para pagar un pasaje y permanecer los días necesarios para rescatar a nuestra amiga.

—¿Rescatarla? —Los ojos de Brenda se abrieron aún más—. Esto no me gusta nada. Y me asusta.

Jackie suspiró.

—Pues yo también estoy asustada. Por ello debo viajar de inmediato, pero me he demorado por el dinero.

—¿Qué dinero?

—Estoy casi en la ruina.

—Pero… —murmuró Brenda perpleja—, ¿cómo es posible? Siempre estuviste orgullosa del manejo de tus finanzas.

—Es que hay tanto para contarte, Brenda. ¡No sabes!

—Por favor, habla. ¡Me estás poniendo nerviosa, amiga!

Jackie sacudió su larga cabellera roja y entornó los ojos.

—Aniel ha caído prisionera en manos de unos tipos terribles y temo que se ha enamorado como una pajarita de uno de ellos.

—¿Prisionera? Dios mío, ¡no! —exclamó Brenda y se le llenaron los ojos de lágrimas—. No me digas que son los mismos desgraciados que atacaron la casa de sus padres hace siete años, el día de su cumpleaños.

—No. Esos son los caídos, cuyos ojos negros terroríficos y de ultratumba son imposibles de olvidar. El jefe de ellos es Sácritos.

—Ese hijo de puta… —siseó Brenda con odio, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos

con los dedos.

—Aquel fatídico día del cumpleaños, Aniel logró escapar de los caídos —continuó Jackie su relato— y, si bien estos jamás dejaron de ir tras ella, en realidad ahora Aniel ha sido secuestrada por otra organización cuyos integrantes son unos tipos tan abominables como los otros. Se llaman *Silverwalkers.*

—Nunca escuché sobre ellos —dijo Brenda, atenta a lo que Jackie iba relatando.

—Yo tampoco hasta hace unos pocos meses. También se hacen llamar *los caminantes*. Son enemigos implacables de los caídos.

—¿Y qué quieren de Aniel?

—Lo mismo que los caídos: el símbolo al cual ella está ligada.

El brillo en la mirada de Brenda desapareció ante el comentario de su amiga.

—Entonces, ¿cómo puede ser que nuestra amiga se haya enamorado de un tipejo de estos? Además, ella jamás se fijaba en ningún chico. Recuerdo cómo la perseguían sin éxito.

—Pues ese tiempo ha llegado a su fin, porque te aseguro que ella cree sentir algo por este tío.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque la última vez que Aniel logró escapar de las garras de ese sujeto, hace un mes, yo pude dar con ella y, entre otras cosas, me explicó de la tremenda atracción que había existido entre ella y su carcelero. Esto sucedió poco antes de que el maldito la atrapase de nuevo.

—¿Conoces su nombre?

—Gabriel Trost. Como verás, han sucedido muchas cosas durante el último año y medio en que no te hemos visto, algunas difíciles de creer.

Brenda asintió, perpleja y frustrada ante todo lo que sus amigas habían vivido sin que ella hubiese captado que requiriesen de su ayuda.

—¿Y los padres de Aniel?

—Luego de la masacre ocurrida en su hogar hace siete años, ambos desaparecieron, aparentemente apresados por los caídos por separado. Pero nunca más se supo de Ronan Mitchels. En cambio, la señora Ana ha regresado.

—¿Cómo? —preguntó Brenda asombrada.

—Sí. La madre de Aniel se presentó en la fundación donde Maia vive en México para hablar con ella.

—¿Y la señora Ana manifestó saber algo del señor Ronan?

—No.

—Quizás haya muerto aquel día.

—Es factible. Dicen que él y Sácritos se enfrentaron en un duelo a espada hasta que una bomba estalló en la casa, y el señor Ronan obligó a Aniel a escapar. Después no se supo nada más de él.

—¿Y cuándo exactamente se presentó la señora Ana en la fundación?

—Hace alrededor de dos meses. Maia quedó impactada cuando la vio frente a ella después de tantos años. Dice que está igual de hermosa y amorosa, aunque más precavida. Y en medio de la charla que mantuvieron, la señora Ana le hizo prometer a Maia que no le diría nada a Aniel de su regreso ya que ella misma, aseguró, se presentaría ante su hija el día que esta cumpliese los veintitrés años. Obviamente, ninguna de las dos sabía en ese momento que Aniel era prisionera

de los *silverwalkers*.

Brenda entornó los ojos.

—Aniel acaba de cumplir los veintitrés años, Jackie.

—Sí, pero me temo que si ella sigue prisionera, entonces madre e hija no deben haber podido reunirse.

El semblante de Brenda se mostró visiblemente afectado.

—Si no lo han logrado, entonces Aniel desconoce que su madre está viva.

—Lo sabe.

Brenda la miró perpleja.

—Se lo conté yo el mismo día que Aniel me explicó sobre su atracción por Gabriel Trost. —Su amiga meneó la cabeza de un lado a otro, evidentemente absorta por su relato—. ¡Ponte en mi lugar, Brenda! Después de que la señora Ana se hubo retirado de la fundación tras hablar con Maia, esta me telefoneó, muy asustada y afligida por la conversación que ellas habían mantenido, y no pudo evitar confesarme, entre lágrimas, la promesa que le había hecho a la señora Ana y lo mal que se sentía por ello. Cuando encontré a Aniel en Buenos Aires y me contó de su apresamiento y de cómo finalmente había logrado escapar, no pude con mi genio y terminé revelándole todo. —Brenda la miró con un brillo de ternura en la mirada—. Es que una cosa llevó a la otra, amiga, y no pude dejar de decirle la verdad. Y como te podrás imaginar, Aniel se sintió muy apenada ante el hecho de que su madre, después de todos estos años, hubiera regresado para hablar con Maia y no con ella.

—Es absolutamente comprensible —dijo Brenda en un susurro.

—Entonces, Aniel viajó a México para encontrarse con Maia. Allí, nuestra querida amiga, rompiendo la promesa que le había hecho a la señora Ana, se sinceró con Aniel. Lamentablemente, cuando esta regresó a Buenos Aires, Trost la capturó de nuevo en el mismo aeropuerto. Es lo último que sé y, sinceramente, no tengo la menor idea de si ha conseguido escapar nuevamente y reunirse con su madre, o no.

—Dios mío —murmuró Brenda y volvió a sacudir la cabellera caoba brillante, como si con ello tratara de ordenar en su cabeza los diferentes hechos de aquel relato—. Pero, a todo esto, ¿cuál era la finalidad de la señora Ana al presentarse ante Maia, si no quería que esta le contara nada a Aniel? ¡No tiene mucho sentido!

Jackie asintió.

—Ella necesitaba prevenir a Maia de la existencia de los símbolos.

—¿Símbolos? Siempre supe del que está ligado a Aniel, pero ¿hay más? ¿Y qué tiene que ver Maia en todo esto? —preguntó Brenda estupefacta.

—Ya te contaré sobre ello.

—Está bien. ¿Y qué más dijo la señora Ana?

—Advirtió a Maia sobre la intención de los *silverwalkers* y de los caídos.

—Explícate mejor, por favor.

—Estos dos bandos no solo querían atrapar a Aniel, sino también a Maia y a mí.

—¿QUÉ? —exclamó Brenda fuera de sí.

—Sí. Aniel ha caído, ahora faltamos nosotras dos.

—Pero, ¿por qué?

Jackie volvió a suspirar profundamente. Brenda desconocía demasiadas cosas, y ella debería informarle todo esa noche.

—Aquí es donde aparecen los *otros* símbolos.

Brenda levantó una de las cejas y su rostro adquirió, de repente, una expresión aguerrida.

—Por favor, lárgalo ya.

—Aniel está ligada al primer símbolo, mientras que Maia y yo lo estamos con otros dos.

Brenda se echó levemente hacia atrás y la miró intrigada. Rápidamente pareció comprender lo que aquello significaba para todas sus amigas.

—¡Dios! —murmuró perpleja.

—Los caídos y los *silverwalkers* saben fehacientemente que Aniel y Maia son las depositarias de dos de ellos, mientras que de mí sospechan que lo soy de un tercero. Por eso hay uno de los *silverwalkers* que me sigue los pasos desde hace tres meses y, para huir de él, he gastado casi todo mi dinero.

—¿Quién es? —preguntó Brenda cada vez más asustada.

—Metanón Lemark.

Brenda sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Jackie, realmente estoy aterrada con todo lo que me estás contando —susurró—. ¿Y cuántos símbolos existen?

—Cinco.

—No sé cómo asimilar todo lo que me dices.

—Pues a mí me afligen nuestras dos amigas, Brenda. En especial Maia. Por eso me urge viajar a Buenos Aires apenas junte el dinero. Primero debo encontrar a Aniel y luego viajar a México para chequear que Maia está bien.

—Escúchame, Jackie. Te daré el dinero que necesitas para viajar de inmediato.

—¿Estás loca?

—No. Tengo algunos ahorros y te los doy con todo gusto.

—Pero…

—Jackie —interrumpió su amiga—, las cuatro hemos sido inseparables desde niñas, y nos hemos acompañado y protegido las unas a las otras en las buenas y en las malas, así que acepta el dinero que te ofrezco. No podré ir contigo a Buenos Aires de inmediato porque estoy en una misión secreta muy especial, pero me uniré a ti lo antes posible.

—¿Sigues trabajando de incógnito? —preguntó Jackie, que ya conocía la respuesta. La vida de Brenda y su trabajo eran un permanente secreto para todas las amigas, pero ellas habían aprendido que la amistad con Brenda era de este modo. Por algo le decían la amiga fantasma. Y el amor que ella les brindaba a las tres les alcanzaba y lo agradecían.

—Sí. Pero no me preguntes más. Lo que sí, sabes que cuentas conmigo para todo, Jackie. Y al igual que tú, la que más me preocupa es Maia… ¡siempre ha sido tan frágil!

—Pues ese es el punto. Le he enseñado algo de defensa personal, pero tú sabes que ella piensa en la danza antes que en la lucha libre. No es parte de su naturaleza. Pero igual debemos aunar esfuerzos entre nosotras para protegerla.

—Pues aquí estoy. Nuestras amigas son nuestra prioridad —dijo Brenda levantando los brazos.

Jackie le tomó las manos, se las estrechó fuertemente y le regaló una sonrisa radiante:

—Querida Brenda: bienvenida, una vez más, al mundo de tus amigas.

—¡Gracias, tesoro! Pero ahora cuéntame acerca de la importancia de los símbolos y también del crápula que te persigue.

---

1 Liam Nygaard O’Connor. Cantante rapero danés-irlandés.

CAPÍTULO 4

Buenos Aires

El ruido de la puerta que se abría la sacó del letargo en el que había caído. Observó la figura alta y elegante que se acercaba y se inclinaba hacia ella con un vaso entre las manos para arrimarlo con delicadeza a sus labios.

—Ana. Beba —escuchó decirle a Lautaro con una voz fría y lejana, como si se hallase a muchos kilómetros de allí. Hacía dos días que yacía en aquella cama de la casa del doctor y no había probado bocado ni bebido siquiera una gota de agua. La vida iba escapándosele sin remedio a través de agujeros interiores que el dolor lacerante de la muerte de su esposo y su hija había abierto en su alma.

—Ana, por favor…, me preocupa —le suplicó el doctor con un dejo de insistencia. Ese hombre parecía decidido a perturbar su pesar. ¿Por qué no la dejaba tranquila? Lo miró desde el lecho donde yacía, con los ojos entornados.

—Se lo ruego… déjeme sola —imploró en un murmullo.

Él se acercó un poco más, todavía con el vaso en la mano, y le susurró:

—Ana, no puede seguir con este ayuno de dos días. No me iré hasta que no haya bebido aunque sea un sorbo de agua.

Cerró los ojos, sabiendo que ese hombre lo decía en serio. El doctor Lautaro Suárez había sido el amigo incondicional de la familia desde siempre, en especial de su esposo, y en su fuero más íntimo sabía que no podía someterlo a esa carga. No era justo delegarle tanta responsabilidad y, menos aún, arrastrarlo a la tortura interior que se libraba en su corazón.

—Beberé… un poco de agua… Se lo prometo.

Lautaro la ayudó a incorporarse en la cama y logró que diera los primeros sorbos de líquido. Ana observó la expresión de alivio en los ojos del hombre, que irradiaron un halo de complacencia.

—Gracias —le agradeció él con voz grave y suave.

—¿De qué? Soy yo la que le agradece a usted, Lautaro.

—Para mí es un honor tenerla aquí, en mi casa. Ronan fue mi mejor amigo de toda la vida y le hice la promesa de que si algo llegaba a sucederle a usted o a Aniel, me encargaría de ustedes. Y es lo que he intentado hacer en estos años, Ana. Primero, cuando me hice cargo de su hija Aniel durante un año luego de que Ronan y usted desaparecieran aquel día del ataque y, después, dándole refugio a usted cuando así me lo ha permitido. Como ahora. Jamás me habría perdonado dejarla sola.

Los ojos de Ana, cuajados de lágrimas, lo contemplaron con reconocimiento y, a continuación, lo tomó de la mano para apretársela fuertemente entre las suyas.

—No sé cómo agradecerle…

Lautaro le envolvió los dedos con los suyos.

—Póngase bien, Ana. Es lo único que le pido.

—Me pide mucho. Quiero morir. No puedo imaginarme la vida sin ellos. —Se echó hacia

atrás sobre la almohada. Se cubrió el rostro con las dos manos y ya no pudo detenerse. Lloró desconsoladamente una vez más.

Lautaro se sentó junto a ella, recostándose sobre el respaldo de la cama, y la volvió hacia sí para abrazarla. Le permitió llorar nuevamente sobre su hombro, mientras le acariciaba el cabello y el rostro.

La arrulló por horas, hasta que logró hacerla dormir. Permaneció junto a ella sin moverse, manteniéndola abrazada, con el semblante serio como esculpido en granito.

De repente Ana, en su sueño, le envolvió la cintura y acomodó la mejilla sobre su pecho. Y por primera vez en años, el rostro de granito evidenció una pequeña rajadura.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Al otro día le diría la verdad.

Se volvió en el lecho y se sorprendió al ver el cuerpo masculino del doctor, que descansaba pegado a su espalda. Contempló los brazos que la rodeaban y se sintió mal; la calidez y refugio de ese abrazo significaban para ella traicionar la amada memoria de su esposo, por lo que se apartó suavemente y se sentó en la cama para mirar detenidamente al hombre dormido, cuan largo era. Nunca había reparado en él, ya que solo había tenido ojos para su marido, pero ahora que ambos compartían una intimidad tan profunda por la pérdida irreparable que los unía, se permitió apreciarlo por un instante. Si Ronan no hubiese existido en su vida, se habría atrevido a decir que Lautaro era un hombre atractivo. Pero ya nada de eso importaba porque Ronan, aun muerto, llenaba todas las fibras de su ser.

Cerró los ojos e inhaló aire profundamente. Si tan solo tuviese la poderosa oportunidad de cambiar todo lo sucedido. ¿Por qué la vida se había ensañado con ella? ¿Y de qué inexplicable manera podría salir adelante? Era tan absurdo, que ni siquiera tenía fuerzas para imaginarse cómo. Ya no había esperanzas de recuperar a su hija y a su amado esposo. Se había quedado sola, abandonada en las garras de un dolor tan tremendo que no sabía cómo sobreviviría a él. Un sollozo quebrado salió nuevamente de su garganta, incapaz de contenerlo.

Estaba sola, completa e irremediablemente sola.

Al abrir los ojos, se topó con otros que la escrutaban con intensidad. Se sintió avergonzada porque ambos se habían quedado dormidos en la cama, lo cual no pasó desapercibido al doctor.

—Ana…

—Discúlpeme —lo interrumpió—. Me quedé dormida… —dijo con las mejillas acaloradas. Jamás había descansado en una cama con otro hombre que no fuera su esposo.

—No lo lamente —susurró Lautaro—. Estaba exhausta y necesitaba que la cuidaran. —Al escuchar la última frase intentó levantarse, pero Lautaro la retuvo en la cama al tomarla suavemente del brazo—. Por favor, recuéstese. Debemos hablar de algo muy importante —dijo con cautela.

—Lautaro, yo…

—No puedo postergar esta charla, Ana. Usted necesita algo que la motive a vivir. Y sé que lo que tengo para decirle, es el secreto para hacerlo.

—Nada de lo que me diga me ayudará a superar esta tragedia —dijo Ana apenas en un susurro.

—Escúcheme y después me dirá.

Ana se perdió en las inmensidades de aquellos ojos que emitían el brillo plateado de la Estirpe de Plata. El doctor siempre había sido una persona silenciosa, casi retraída. Al lado de Ronan, pasaba bastante desapercibido ya que no era de muchas palabras. Tampoco su rostro era expresivo, sino todo lo contrario, parecía casi rígido. Y ahora, sorprendida, se daba cuenta, por primera vez, que aquel hombre no solo ponía esmero y dedicación en cuidarla, sino que también manifestaba una necesidad de expresarse.

Suspiró profundamente y movió la cabeza en un gesto de negación. Ella, en realidad, ya no quería saber nada más.

—Por favor—rogó insistente el doctor—. Solo le pido unos minutos. Si después de lo que le diga todavía sigue decidida a dar por perdidas todas las posibilidades para usted… entonces la dejaré continuar con su vida de la manera que usted disponga.

Sus palabras llegaron al corazón de Ana. Lo miró detenidamente durante un buen rato y, finalmente, llegó a la conclusión de que no podía negarle ese derecho.

—Lo escucho, Lautaro.

Percibió cómo la mirada impenetrable de Lautaro se volvía un tanto vulnerable, pero enseguida se endureció con el halo frío y distante que la caracterizaba. Sin preámbulos, lo escuchó decir:

—Tiene otra hija, Ana. Y está viva.

Ana lo miró confundida, y lo primero que se le pasó por la mente fue que el mejor amigo de su esposo, de alguna manera, había perdido la razón. Y de la confusión pasó al recelo, incapaz de comprender por qué este hombre le estaba diciendo semejante patraña.

—Lautaro, usted ha estado bebiendo —dijo en voz baja. La mirada que le devolvieron aquellos ojos de brillo acerado logró atravesar, como un puñal lanzado directo al corazón, la incredulidad que manifestaba. Y, súbitamente, registró el hecho de que el doctor parecía gritarle con los ojos que decía la verdad. Sintió frío y comenzó a temblar. No podía ser… una y mil veces era imposible que aquello fuese cierto.

—Entonces ha estado soñando —insistió.

El hombre la miró con tristeza y, manteniendo el tono parsimonioso de su voz, contestó sin rodeos:

—No, no he soñado. Es la verdad, Ana: usted tiene una hija que jamás murió.

Ana apartó la sábana y se puso de pie. Si bien se sentía muy débil, hizo esfuerzos para mantenerse erguida. Lautaro también se levantó de la cama lentamente y la miró cuan alto era desde el otro lado.

—¿Cómo osa decirme algo así? —preguntó pasmada.

—Es una verdad que conozco desde hace tiempo —contestó mirándola con aquella certeza que la amedrentaba.

—¿Pero… pero de qué verdad me está hablando? ¡Yo no tengo una hija aparte de Aniel! ¡Su hermanita murió a las pocas horas de nacida! —gritó apabullada.

—Esa niña nunca murió.

—¡Usted está loco! —volvió a gritar, pero esta vez en medio de un sollozo—. ¿Acaso no le basta con el dolor que llevo por dentro para hacerme una broma de este tipo? ¡Usted es un enfermo!

Se desplazó como pudo hacia la puerta abierta, pero unas manos fuertes empujaron la hoja de

madera desde atrás y la cerraron en sus narices. Se dio vuelta furiosa.

—Déjeme salir en este instante, Lautaro. No escucharé una palabra más de su boca.

Los ojos del doctor se volvieron brillantes y plateados, como muchas veces había visto los de Ronan cuando se enfadaba o sentía emociones muy intensas, dándole un aspecto diferente del que le conocía. Y, por primera vez, tuvo miedo de él.

—Lo que le estoy diciendo es la verdad —le escuchó decir resignado.

Ana comenzó a sollozar desconsoladamente, sin apartar la mirada de esos ojos.

—Usted… usted es un lunático —dijo hipando con las lágrimas cayéndole con fuerza por las mejillas—. ¡Me voy de aquí! —Ana se volvió e intentó abrir la puerta, pero las manos de Lautaro se lo impidieron, apoyadas firmemente sobre la hoja. Ana tiró del picaporte con fuerza, pero fue inútil. Atormentada, apoyó la frente en la fría madera y suplicó con las mejillas arrasadas por las lágrimas—. Por favor, déjeme salir. No quiero escuchar más…

—Le ruego que lo haga —suplicó el doctor, cubriéndola con su cuerpo desde atrás, pero Ana negaba desesperadamente con la cabeza—. Es la verdad, Ana. Usted no está sola. Tiene a alguien por quien luchar.

La mujer se volvió y se abalanzó sobre el pecho ancho con los puños cerrados.

—¡Usted es un canalla, un malvado, un cruel bribón! —chilló, y siguió golpeándolo con las pocas fuerzas que le quedaban.

Lautaro soportó estoicamente el ataque de Ana, sin responder. Dejarla descargar su desdicha hasta que se agotara era la única solución. Y como había previsto, a los pocos instantes, la mujer cayó sobre su pecho, desfalleciente, sacudiendo el cuerpo en un llanto vivo. Sin soportar más aquel dolor, él la levantó en brazos y la depositó suavemente sobre la cama, en donde se sentó a su lado e inclinó el torso sobre ella colocando ambas manos a los lados de su cuerpo.

—Ana, perdóneme, por favor. No puedo callar más esta verdad. Necesito que me escuche. —Pero Ana no respondió. La dejó llorar en silencio todo el tiempo que fue necesario, sin dejar de observarla, hasta que finalmente ella alzó la mirada y él se vio reflejado en los ópalos celestes como una mañana soleada y que tanto lo deslumbraban. Tragó con fuerza, esperándola, mientras seguía con la mirada el movimiento de una de sus manos suaves que desplazaba a un lado las lágrimas de sus mejillas—. Se lo imploro, Ana —volvió a rogar, sabiendo que debía tener paciencia para ganar esta partida. La vida le había quitado a esta mujer todo lo que amaba y, después de tantos años de falsas ilusiones, era muy difícil para ella volver a creer en algo o en alguien. Quizás ni siquiera en ella misma. Pero él estaba allí para sostenerla.

Siguió el recorrido de los dedos de las manos de Ana, que temblaron cuando volvió a secarse las lágrimas. Y, sorpresivamente, la escuchó murmurar apenas:

—Está bien, Lautaro.

Había llegado el momento. El doctor se irguió y la miró con una ternura apenas perceptible.

—Ana, la hija que usted dio a luz hace veinte años y creyó muerta, en realidad no lo está.

La observó emitir una sonrisa leve e incrédula.

—¿Y de dónde se supone que usted ha obtenido esa información?

—De Ronan.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó asombrada.

—Ronan sabía de la existencia de su hija.

—¡Mi esposo jamás podría haberme ocultado algo así! —gritó enojada.

—Su hija fue secuestrada por los caídos el mismo día de su supuesta muerte y, si bien Ronan y varios miembros de la Estirpe salimos en su búsqueda, jamás pudimos encontrarla. Ronan prefirió guardar el secreto para no herirla, Ana. Él asumió el tormento de saber que había una hija desaparecida en algún lugar de la tierra y continuó investigando durante todos los años que pasaron desde el día en que su hija desapareció hasta que ustedes fueron atacados por los caídos en su hogar. Él cargó con ese dolor en vez de transmitírselo a usted.

—¿Pero… por qué? —balbuceó.

—Él la amaba con locura, Ana, y no soportaba verla destruida de la manera en que lo estaba. Recuerde la depresión en la que usted cayó cuando creyó muerta a su hijita. Jamás vi a Ronan más desesperado en toda su vida que cuando pensó que usted se rendiría irremediablemente y lo abandonaría.

Ana movió la cabeza de un lado a otro.

—Usted conocía a mi marido y, si hay algo que lo destacaba, era su valentía y lealtad. Él jamás me hubiese encubierto algo así.

—Ronan tenía poderosos fundamentos para ocultarle la verdad.

—¡Usted me habla de otra persona! —exclamó—. Ronan era sinónimo de sinceridad absoluta y todos los poros de su ser lo irradiaban. Si él me hubiese ocultado una verdad de este tipo, yo me habría dado cuenta.

—Usted desconoce aspectos de su marido que yo sí conocí, Ana —enfatizó el doctor—. Él era mi amigo, y fui su consejero por muchos años. Al pertenecer ambos a la misma Estirpe, podíamos intercambiar ideas y sentimientos que Ronan no siempre podía compartir con usted. Y no porque no la considerara apta para escucharlo o comprenderlo, sino porque Ronan tenía la gran debilidad de protegerla contra todo y todos, inclusive contra usted misma. Y por eso calló.

Ana se revolvió furiosa y lo observó con ojos en llamas. El cielo había desaparecido.

—¡Y cómo se atreve a decirme esto recién ahora y no en algún momento de estos malditos años! —bramó rabiosa.

Lautaro respiró hondo. Había sabido desde el principio que no sería fácil hablar con ella de algo tan delicado.

—¡Porque nunca me daba una oportunidad para hacerlo, Ana! —exclamó frustrado—. Primero, usted cayó prisionera de Sácritos aquella trágica noche de hace siete años; luego, un año y medio más tarde usted logró escapar milagrosamente y vino a mí para que la ayudase. Y lo hice. La acogí en mi casa pero, apenas un día después, cuando regresaba de mi trabajo, me encontré con la amarga sorpresa de que usted había vuelto a desaparecer sin dejar ningún mensaje que explicara dónde hallarla. La busqué desesperadamente bajo cielo y tierra, sin éxito, hasta que usted llegó nuevamente a mi puerta, hace unos dos meses, con la esperanza de reencontrarse con Aniel cuando cumpliese los veintitrés años. ¿Cómo esperaba que yo, de repente, la pusiese al tanto de toda esta información? Nunca me daba una oportunidad, Ana. Usted, de un día para otro, simplemente se esfumaba —dijo emitiendo un chasquido con los dedos que intentaba acompañar la imagen de lo que relataba.

La escuchó contener la respiración y supo que ella podía reconocer la certeza de sus palabras.

—¿Y por qué no me contó la verdad en este tiempo, luego de mi último regreso? Nos hemos vistos un par de veces, Lautaro.

—Porque si bien siempre tuve la intención de hacerlo, algo dentro de mí me decía que Ronan aparecería y él mismo podría explicarle la veracidad de los hechos. Nunca imaginé esta tragedia, Ana. Nunca.

—¿Qué lo mantenía con esa esperanza, Lautaro?

El escozor de unas lágrimas sin derramar le recordó lo que él mismo se había preguntado durante demasiado tiempo.

—La inadmisible idea de que Ronan alguna vez pudiese ser vencido. —Cerró los ojos y, al hacerlo, las lágrimas plateadas se desbordaron y comenzaron a rodar lentamente por sus mejillas —. Pero me equivoqué —susurró.

Ana ahogó un gemido.

—¿Y dónde está mi hija, según usted? —preguntó Ana, mientras se limpiaba sus propias lágrimas con el dorso de la mano.

—No lo sé con certeza. Pero sé quién es.

Ana se llevó una mano a la boca.

—¿Usted… usted sabe quién es mi hija? —balbuceó.

Lautaro se levantó y la miró con calidez.

—Sí.

Ella hizo lo mismo y se acercó a él sin signo de rebeldía o rabia en sus ojos, sino con una cuota casi inconcebible de esperanza.

—¿Quién es? —balbuceó.

—Maia Serrano.

Y de repente, la tuvo desvanecida entre sus brazos.

CAPÍTULO 5

Sonrió de placer cuando su puño se estrelló contra los huesos de la mandíbula de su oponente y este salió expulsado hacia la esquina del cuadrilátero. Su rival intentó aferrarse a las sogas que lo sostenían por la espalda, sin éxito, mientras la sangre le brotaba a raudales de la boca y de la nariz; lo observó devolverle una mirada arrogante bajo los párpados transformados en una masa de carne inflamada. Logan Estrada sonrió. Aquel idiota de Paul seguía desafiándolo, por lo que se acercó a él, al acecho e implacable.

—Te dije que no la dejaras escapar —expresó con rabia y volvió a descargar un puñetazo en el rostro deformado.

—Por… favor. Pare ya —dijo finalmente el guerrero, en una súplica.

Sin clemencia, Logan volvió a golpearlo un par de veces más hasta que lo contempló desmoronarse inconsciente en un charco de sangre. Lo mataría. Había sido un inepto otra vez y estaba harto de que ninguno de sus hombres fuese capaz de atrapar a la chica de la que tantos de ellos hablaban. Jamás la había visto, pero de una cosa estaba seguro: era su turno para salir a buscarla. La joven había resultado ser escurridiza como un pez, pero él se las ingeniaría para hacerla caer en sus redes.

Sumergido en sus pensamientos, Logan contempló al tipo que yacía derrumbado contra las cuerdas y se dispuso a dar el remate final. Cuando levantó el puño para hacerlo, escuchó que alguien le gritaba a sus espaldas:

—¡Déjalo!

Se volvió, y contempló a los dos hombres que se dirigían hacia él: uno, con paso firme y decidido y el otro, con tal elegancia, que parecía que no tocaba el suelo con los pies. Se limpió con el antebrazo el sudor que le caía por el rostro y se acercó al borde del ring; apoyó ambos brazos extendidos sobre las sogas y se inclinó levemente hacia adelante.

—¿A qué se debe esta honorable visita a nuestra organización? —preguntó Logan con una sonrisa cínica, insinuada entre los labios sangrantes. Por más que había derribado al guerrero, este había sabido defenderse por un instante.

Si bien los dos hombres lo miraron con recelo, a Logan le resultó bastante divertido observar el contraste entre ambos. Brad Drage, el más bravucón, llevaba el cabello muy corto, de un color blanco ceniza que parecía más blanco por el bronceado del rostro, donde destacaban unos ojos oscuros que resultaban demasiado peligrosos. Gustav Chavanel, lánguido y siniestro, era el retrato de un ser de ultratumba.

—Hemos venido a hablar contigo —dijo el primero—. Por suerte, llegamos antes de que mates a Paul.

—Es un idiota. Le advertí que lo aniquilaría si dejaba escapar nuevamente a la bailarina de danzas clásicas.

—No te tomes atribuciones que no te corresponden —expresó la voz gélida de Gustav.

Logan contempló al que había sido la mano derecha de Sácritos, el jefe de los caídos, y no pudo dejar de compararlo con un modelo de revista por lo elegante y pulcro, siempre moviéndose como un gato, con pasos apenas perceptibles. Lo que más le irritaba era que jamás

lo había visto perder los estribos ni gritar a viva voz; era más, había sabido manejar al loco rematado de su jefe, siendo el fiel ejecutor de sus órdenes. Sonrió. Con este tipo debía ir con cuidado, porque tenía las garras escondidas y debía evitar que las mostrase.

Levantó los brazos, como pidiendo disculpas y, a continuación, señaló a la mole tirada en el piso:

—¿Entonces qué se supone que debo hacer con este mamarracho? Ha dejado escapar a la chica tres veces, y mis reglas son claras.

—No podemos darnos el lujo de seguir perdiendo hombres —contestó Gustav—. Paul ha cometido errores, pero es el mejor líder de entre tus combatientes y tus hombres son absolutamente leales a él. Matarlo sería provocar una mayor convulsión entre los guerreros y no podemos permitírnoslo, máxime ante la muerte reciente de Sácritos.

—¿Y ante quién nos debemos ahora, si se puede saber? —preguntó Logan, socarrón.

—Ante mí. Soy el nuevo jefe de los caídos —informó Gustav sin modificar el tono de la voz. Logan volvió a sonreír. Así que este tipo al final se había salido con la suya. En realidad, no le sorprendía, ya que había sido el cerebro de la organización de los caídos y había tratado de equilibrar los descontroles a los que Sácritos los había expuesto constantemente. No le gustaba, y mucho menos el tipo que iba a su lado, pero no tenía más remedio que aceptarlos ya que le pagaban bien por llevar a cabo los planes contra la Estirpe de Plata.

—Supongo que mis honorarios no se verán modificados —dijo molesto ante la mirada de Brad, que lo contemplaba como si fuera un mosquito al que tenía intención de rociar con un repelente.

—No si atrapas a la chica —contestó Brad—. Hasta ahora tú y tus hombres han fracasado lastimosamente.

Logan saltó por encima del ring y cayó delante de Brad, tomándolo del cuello de la camisa y acercándolo a solo un par de centímetros de él.

—Si bien Gustav es el nuevo jefe, no significa que porque tú seas como un hermano para él te rendiré pleitesía o te lameré el culo, hijo de puta.

Brad contempló las manos ensangrentadas que ensuciaban su camisa y, al instante, clavó la mirada en los ojos marrones que lo enfrentaban. Los dos hombres midieron sus oportunidades, pero Gustav intervino de inmediato, colocando un brazo entre ambos contendientes que estaban listos para atacarse.

—Suéltalo, Logan.

Sin dejar de mirarse el uno al otro, este finalmente decidió acatar la orden de su nuevo jefe y liberó a su adversario, que lo contemplaba con burla. El jefe de los caídos hizo una seña a un grupo de guerreros, que habían observado la pelea en el ring desde un costado. De inmediato ingresaron al cuadrilátero y se llevaron el cuerpo desvanecido de Paul.

—Escucha, Logan —dijo Gustav señalándolo con un dedo—, esta vez es la definitiva.

—Iré yo mismo.

—¿Y se supone que eso es una garantía? —preguntó Brad, emitiendo una suave carcajada. Furioso, Logan se abalanzó sobre él y ambos hombres comenzaron a luchar con brutalidad. Ante una nueva orden de Gustav, los caídos que aún quedaban en el recinto, con gran dificultad, lograron separar a los adversarios.

—¡Basta! —exigió Gustav mirando a Brad que, fuera de sí, trataba de zafarse de las garras de

los guerreros que lo sujetaban para evitar que siguiera peleando. Gustav se volvió hacia los guerreros que retenían a Logan y ordenó:

—Llévenlo a la habitación de al lado y no lo dejen salir.

Cuando el grupo de hombres se perdió detrás de la puerta, se volvió hacia Brad.

—¿Podrás dejar de hacer esta clase de escenas? —preguntó el caído apenas conmovido.

Brad se detuvo y lo observó.

—Ese idiota no ha hecho su trabajo como corresponde. Ya sabes a qué me refiero.

—¿Algún día podrás *olvidarla*? —preguntó Gustav, sabiendo la respuesta.

—Jamás.

Gustav ingresó al interior de la habitación donde Logan se hallaba sentado cómodamente frente a un escritorio con las heridas cubiertas por unos apósitos. Sus hombres le habían limpiado casi toda la sangre del rostro y el cuerpo, y ahora le estaban pasando un ungüento por la espalda.

Se sentó del otro lado de la mesa e hizo señas a los hombres para que los dejaran solos. Cuando el último de los guerreros desapareció, Gustav informó, con la voz pausada y suave de siempre:

—Tus hombres no han podido atrapar ni a Maia ni a la otra mujer que te encargamos hace tiempo Brad y yo. Te doy una última oportunidad: encuentra a la bailarina. Esta vez no puede haber errores.

Logan se inclinó hacia adelante.

—Escuche, jefe —dijo—. Hasta ahora había depositado mi confianza en mis guerreros más preparados, sin resultado. Pero a partir de hoy, seré yo mismo quien saldrá a buscarla y no fallaré.

Gustav se levantó, abrió la puerta y llamó a alguien. De inmediato se escucharon unos pasos que se acercaban. Logan escuchó hablar a su jefe con alguien detrás de la puerta, seguramente uno de sus guerreros y, al instante, los mismos pasos se alejaron rápidamente hacia el pasillo exterior. Esperaba que Gustav volviera a sentarse delante de él para darle un nuevo sermón pero, en cambio, permaneció en el umbral de la puerta en silencio. Al cabo de unos minutos, escuchó otros pasos que se detenían frente a la puerta y, luego de unos segundos, su jefe cerró la puerta, se dirigió hacia el escritorio y se sentó frente a él.

Apoyó una carpeta sobre la mesa y de su interior extrajo un papel que desplegó ante sus ojos. Era una copia amplificada de una foto. Logan se quedó sin aliento observando el rostro angelical de una muchacha de cabellos negros con unos ojos extraordinarios, casi transparentes. Una corriente eléctrica atravesó su cuerpo y se concentró en su miembro, irguiéndolo al instante.

—Te presento a Maia Serrano—le dijo Gustav.

Logan se quedó sin palabras; simplemente no lo podía creer. Cuando Sácritos le había ordenado, muchos meses atrás, ir tras la bailarina, él había delegado la misión a Paul, su hombre más competente. En aquel momento, no había siquiera evaluado la posibilidad de hacerse cargo de la persecución de una chica a la cual Sácritos había definido casi como una adolescente. Misiones más importantes y arriesgadas, como atrapar miembros de la Estirpe y enfrentarse a los *silverwalkers*, le habían demandado todo su tiempo y esfuerzo. Tampoco había sentido curiosidad por averiguar cómo era la chica de la que sus hombres hablaban con lujuria ya que,

después de todo, mujeres hermosas había por todas partes. Pero este rostro… Respiró con dificultad. Este rostro era absolutamente increíble.

—No me sorprende tu reacción —dijo Gustav con una sonrisa apenas insinuándose entre los labios.

Logan no podía dejar de observar aquel semblante que lo llamaba a gritos.

—Es que…

—Sí, lo sé. Es lo que generan estas chicas protectoras de los símbolos en muchos varones —expresó Gustav preocupado—. Pero préstame atención: necesito que dejes de lado todas tus otras ocupaciones y traigas a la chica aquí; y una cosa más: concéntrate en la joven y no en tu polla.

—La traeré —afirmó Logan sin quitar los ojos de la foto—. Pero bajo una condición.

Gustav lo miró con recelo.

—Te pagaré un porcentaje extra.

—No se trata de dinero —dijo Logan. Y a continuación, señaló el rostro de la joven de la foto—: La quiero para mí.

—Te dije que no pensaras con la polla.

Logan se levantó y se inclinó lentamente sobre la mesa apoyando las palmas de las manos sobre la madera lustrosa.

—Es mía, o no hay trato —insistió, mirando directamente al jefe de los caídos.

Logan jugaba con él y lo disfrutaba, pensó Gustav, pero, como un digno adversario, decidió dejarlo creer que tenía el toro por las astas. Había visto el mismo resplandor de anhelo en los ojos de Sácritos cuando había decidido apoderarse de Aniel Mitchels, y no podía permitirse el lujo de que los mejores hombres de la organización siguieran cayendo como moscas ante estas jóvenes. Ya podría lidiar con Logan más adelante. Ahora debía ser astuto y contestar precisamente lo que un guerrero, en la plenitud de la vida y cuyas hormonas le explotaban por los poros, necesitaba escuchar.

Suspiró. Los hombres eran demasiado estúpidos cuando se dejaban gobernar por sus pasiones infantiles. Y Sácritos, el hombre al que él había amado en silencio, había sido el máximo representante de esta estupidez, al perder la vida por una chiquilina. Y ahora él era quien debía afrontar la engorrosa tarea de reparar el daño que su paranoia había causado a la organización.

Se levantó lentamente de la silla, cogió la foto y se la extendió a Logan. Cuando este la tomó entre sus dedos, le dijo quedamente:

—Es tuya.

CAPÍTULO 6

Ciudad de México

Parada frente a la fundación Arco Iris, Ana intentaba tomar coraje para llamar a la puerta que la separaba del mundo de su supuesta hija. Lautaro y ella habían viajado en el avión de la noche desde Buenos Aires con el firme propósito de ubicar a Maia.

«Maia Serrano».

Ana no pudo evitar estremecerse al recordar cómo se había desmayado en los brazos de Lautaro, cuando este había pronunciado aquel nombre. Y desde el mismo instante en que se había despertado, no pudo dejar de pensar en las vueltas del destino. Maia, Jackie y Brenda habían sido las mejores amigas de su hija Aniel. Se conocían desde pequeñas y entre todas se habían ayudado a encausarse en la vida. Jackie y Brenda habían nacido en circunstancias muy duras, cada una a su manera y Maia… Dios, Maia. Suspiró profundamente y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ana había trabajado durante años en diferentes orfanatos de la ciudad de Buenos Aires y su hijita Aniel, desde pequeña, había expresado su deseo de acompañarla para ayudarla con los niños. Y así lo habían hecho. Y en uno de esos orfanatos habían encontrado a Maia cuando recién había sido recogida por la policía de las calles de Buenos Aires, sola, sin nombre, sin padres y con tan solo diez añitos de edad. La gente del orfanato la había bautizado con un nombre que la misma niña había elegido y con un apellido otorgado por una de las monjitas ancianas, que murió al poco tiempo.

Sacudió la cabeza y con los dedos se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas.

Necesitaba verla y, sobre todo, sentirla. Pero ahora que estaba tan cerca de ella, perdía el coraje. ¿Y si Lautaro se había equivocado? Se le hizo un nudo en la garganta, recordando la mezcla de emociones que la habían asaltado durante el vuelo. Por un lado, se sentía aterrada de que todo fuera un tremendo error pero, por otro, una pequeña llama de esperanza en su corazón iba iluminando, poco a poco, la densa oscuridad en la que había caído desde la noticia de la muerte de su hija Aniel y de su esposo.

Recordó el color del cabello de Maia, y no pudo dejar de pensar en Ronan. El brillo que emitían sus cabelleras se parecía tanto… y los ojos… Por primera vez se daba cuenta de que el color de ojos de Maia y de ella misma era casi idéntico. Es más, dos noches atrás, en medio de uno de los tantos desvelos en los que había caído desde que Lautaro le había confesado quién podía ser Maia, recordó las pocas veces que había creído captar un extraño y suave brillo, apenas plateado, en los ojos de la niña cuando la había visto bajo estados emocionales fuertes, lo mismo que en sus lágrimas. Pero Maia era una niña que apenas lloraba, así que pocas veces se había detenido a observarlas. Se le erizaba la piel al recordar cómo el corazón había comenzado a palpitarle. ¿Podría ser que Maia llevara la carga genética de la Estirpe evidenciada por ese particular brillo plateado que sus miembros emitían de los ojos y del cuerpo, cuando tenían sus emociones a flor de piel? ¿Había tenido a su hija al alcance de su mano todo el tiempo y jamás se había dado cuenta de ello? Las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas una vez más. ¿Acaso Ronan la había detectado en sus videncias, pero jamás se lo había dicho, por las razones

que Lautaro había explicado?

Aspiró profundamente otra vez. Solo había una manera de hallar las respuestas.

Dio un paso hacia adelante y tocó el timbre de la puerta. Al instante, unos pasos sigilosos que bajaban por una escalera, acompañados por el ruido del roce de una falda contra unas medias gruesas de nylon, se acercaron a la puerta. El ruido de la puerta abriéndose suavemente anunció la aparición del rostro de una monja a través de la hendija.

—Bienvenida, señora Ana Mitchels —dijo alegremente la mujer, a la vez que abría las puertas de par en par—. Un placer tenerla por aquí nuevamente. Soy la hermana Lucía —se presentó, extendiendo la mano hacia ella, y Ana pensó que nunca había visto a esta religiosa, que parecía saber quién era ella.

—Gracias, hermana. He estado en otras oportunidades en la fundación, pero no había tenido el placer de conocerla —dijo Ana, contestando el saludo con un apretón de manos.

—Soy la administradora de la institución. Debido a que tengo mi despacho al fondo, no es frecuente que esté visible ante los demás. Hoy ha sido una excepción. —La miró y sonrió—. Maia me ha hablado muchas veces de usted y también la he visto de lejos cuando usted vino a visitarla hace un tiempo. Pero perdóneme, por favor. ¿Desea pasar? —preguntó la religiosa con una sonrisa.

Ana tragó en seco, nerviosa ante el posible encuentro con su hija. Volvió a respirar hondo, tratando de hallar algo de equilibrio en su interior.

—Me gustaría ver a Maia —logró decir muy quedamente, sin hacer intento de ingresar al recinto.

—Lamentablemente, la niña ha viajado. No sabemos adónde, y de esto hace alrededor de tres semanas. Suponemos que la habrán llamado para alguna presentación de danza. Maia es muy reservada y no es la primera vez que desaparece sin aviso. Pero siempre regresa. —Y le regaló una sonrisa aún más resplandeciente, como si con ella tratara de tranquilizarla. Ana contempló a la monja y tuvo la sospecha de que le ocultaba algo. Quizás sabía, en realidad, dónde estaba Maia, pero no quería revelárselo. ¿Qué podía hacer?

—Necesito hablar con Maia de inmediato, hermana; le ruego que, apenas se comunique con usted, le diga que me llame. Le dejaré el número de mi teléfono móvil. Lo tengo encendido constantemente.

—Por supuesto, señora.

Ana tomó las manos de la hermana entre las suyas.

—No sabe cuánto se lo agradezco…

La monja respondió al gesto de las manos con un apretón fuerte, transmitiéndole seguridad y confianza. ¡Cuánto la necesitaba!

—¿Estará en México durante mucho tiempo? —preguntó la religiosa, sin dejar de sonreír.

—Hasta que pueda hablar con Maia.

—Entonces no se preocupe más. Confiemos en que el mismísimo Dios la traerá de vuelta lo antes posible.

—Gracias, hermana.

Luego de escribir su número telefónico y despedirse de la hermana con un abrazo, Ana volvió al aire fresco de la tarde en Ciudad de México. Mientras caminaba, pensaba sobre su intuición de que la hermana Lucía no había querido decirle el paradero de Maia. Quizás estaba

equivocada, pero algo muy dentro de ella insistía en ello. De todos modos, no podía hacer otra cosa que esperar. Se abrió un poco más el cuello de la camisa, ya que se sentía sofocada. Debía llamar a Lautaro, pero sinceramente no sentía ganas. Necesitaba digerir, de algún modo y sola, los hechos que venían sucediéndose de manera tan vertiginosa en su vida. ¿Cómo podía aceptar la idea de que cuando había ido a ver a Maia, un par de meses atrás, en realidad había tenido enfrente, sin saberlo, a su otra hija? ¡Dios!

Las lágrimas amenazaron con estallar nuevamente. Aunque Lautaro afirmaba que la chica era su hija, sentía la imperiosa necesidad de confirmarlo de algún modo. Debía hacer un estudio de ADN y quería creer que Lautaro la ayudaría a llevar la muestra que ella consiguiese de su hija, a los laboratorios de la Estirpe para hacer los análisis correspondientes que confirmaran lo que él aseguraba. Sabía, por lo que alguna vez Ronan le había comentado, que estos los laboratorios de la Estirpe tenían un banco de datos de todos los genomas de los miembros de la Estirpe, así que confiaba en que existiese una lectura del ADN de Ronan.

Comenzó a caminar con pasos apresurados, con el corazón latiéndole deprisa.

Lo que no comprendía era por qué Ronan le había ocultado la desaparición de la pequeña. Entendía lo que Lautaro le había explicado y, si bien era verdad que su esposo había sido un compañero tremendamente protector, no le quedaba la menor duda de que ella habría detectado señales en su esposo que revelaran que algo no estaba bien. Ronan y ella siempre se habían apoyado mutuamente y, aunque era cierto que ella había caído en una profunda depresión al enterarse de la muerte de la niña, también estaba segura de que si hubiese habido un mínimo indicio de que la hija de ambos podía estar viva, habría sido motivo suficiente para que Ronan y ella hubiesen luchado juntos para encontrarla. Por ello, no entendía por qué en esa oportunidad, él había elegido callar.

Cuando levantó la mano para detener a un taxi, una figura enorme, de al menos dos metros de estatura, apareció ante ella. En un primer momento, pensó que era alguien que intentaba apropiarse del mismo taxi, pero cuando elevó la mirada y se topó con un rostro tatuado y un par de ojos negros rasgados, que la miraban intensamente emitiendo un brillo plateado muy especial, abrió la boca, confundida y temerosa.

—¿Señora Ana Mitchels? —preguntó el gigante parado frente a ella, cuya presencia la hizo temblar.

—¿Quién es usted? —contestó cautelosa con otra pregunta.

—Me llamo Damián Di Mónaco —dijo el sujeto, que hablaba con cierta suavidad, aunque eso no impedía que todas las alarmas interiores de Ana se encendiesen.

—Perdone, pero no lo conozco.

—Soy miembro de la Estirpe de Plata. —El corazón de Ana se detuvo. ¿De dónde había salido este hombre? ¿Sería en verdad quién decía que era o en realidad era el ejecutor de una emboscada de los caídos? Lo contempló con intensidad, pero no percibió la energía oscura que generalmente estos irradiaban. Había algo en él… no sabía. Esos ojos, el brillo que conocía tan bien, pero que a la vez era diferente…

—Usted busca a Maia Serrano y yo también.

—Yo...

—Además, tengo información sobre su esposo Ronan y su hija Aniel. —Al decir esta frase, Ana cerró los ojos y se tambaleó, por lo que el joven se apresuró a sujetarla por el brazo—.

Usted está muy débil, señora. Por favor, permítame acompañarla.

Ana abrió los ojos y lo miró. El muchacho era enorme y no debía de tener más de treinta años, y aunque el enorme tatuaje que tenía en el cuello y en el rostro lo hacían temible, una extraña e inexplicable sensación en su interior le indicaba que parecía ser sincero.

—Solo necesito descansar.

—Dígame adónde la llevo.

—Estoy viviendo en un *loft* cerca de aquí —explicó tratando de parecer más firme—. He venido con un amigo. —Ana observó que el joven fruncía el ceño—. Es el amigo incondicional de la familia, íntimo amigo de mi esposo.

—Aunque no tengo nada contra su amigo, señora, permítame llevarla a su domicilio, donde me gustaría hablar a solas con usted. Es más, si está demasiado agotada para hacerlo ahora, puedo pasar a recogerla mañana por la mañana.

Ana volvió a contemplar la robustez del sujeto quién, si quisiera, podría quebrarle el cuello de un soplido; pero también podía ser aquel que le diera alguna pista sobre Maia.

—No. Ya me siento mejor. Vayamos a un café o a algún sitio donde las paredes no escuchen.

—¿Puede confiar en mí? —le preguntó, serio.

—No lo sé —contestó Ana con sinceridad.

El gigante sonrió y la miró con un profundo respeto.

—La llevaré a un lugar donde estaremos protegidos de cualquier persona extraña. Usted debe saber acerca de los caídos.

Ana titubeó. El muchacho la llevaba por un terreno del que desconocía muchas cosas, ya que solo Ronan había sido miembro de la Estirpe de Plata. Ella era tan solo una humana.

—Sí —susurró.

Damián se dio cuenta de que, súbitamente, el semblante de la mujer se tornaba más triste y desconsolado. ¿Cómo diablos podría transmitirle la noticia de las muertes de Ronan y Aniel? Hacía unos pocos días que él se había enterado de lo acontecido con su amigo Gabriel y el trágico resultado de su enfrentamiento con Sácritos, lo cual, de inmediato, se había convertido en secreto de estado para la Estirpe y, por ende, tan solo unos pocos estaban enterados.

—Yo la cuidaré.

Ana lo miró y pareció dudar un momento, pero al rato la escuchó decir:

—Iré con usted.

Damián la contempló con admiración y susurró:

—Gracias.

La guio hasta un coche aparcado no muy lejos de donde ellos se encontraban y, abriendo la puerta del acompañante, la invitó a ingresar a su interior. Cuando él también lo hizo, se dio cuenta de que la mujer parecía claustrofóbica. A pesar de que el vehículo era enorme, sabía que el tamaño de su cuerpo intimidaba a la mayoría de las mujeres, por lo que se obligó a ser muy cuidadoso.

—Quiero que sepa que estuve buscándola por un tiempo, sin éxito —dijo, mientras ponía en marcha el coche.

—¿A mí? —preguntó Ana con recelo.

—Sí. Usted no es fácil de rastrear, señora —dijo con una leve sonrisa—. Habíamos logrado dar con usted cuando fue a la fundación para entrevistarse con Maia Serrano hace un par de meses, pero usted es muy buena para escabullirse. —Los ojos de Ana se oscurecieron y lo miraron con seriedad—. Pero al fin la tengo frente a mí —concluyó—. ¿Sabía usted que hace alrededor de un mes hubo un enfrentamiento entre las fuerzas de los caídos y de la Estirpe de Plata en esta ciudad, debido a que ambos grupos estaban interesados en Maia?

—No, no lo sabía —contestó la mujer casi en un susurro.

—¿Por qué buscó usted a Maia?

Los ojos de Ana se abrieron enormes.

—¿Pretendes que yo te responda a esa pregunta cuando nos has estado siguiendo? ¿Por qué habría de confiar en ti? —preguntó Ana por primera vez tuteándolo.

—Nuestros agentes las han seguido—contestó Damián sin amilanarse—. Y debería confiar en mí porque, tanto usted como su hija Aniel y las amigas de ella, han estado expuestas a un gran peligro que aún persiste.

—Entiendo. Pero no preguntes demasiado. ¿Acaso no me habías invitado para darme información?

Esa mujer era inteligente, reconoció Damián. Y aunque se sintiera amilanada, estaba seguro de que no le revelaría nada que ella no desease. Cuando él había decidido ir tras sus pasos, lo había hecho con el firme propósito de averiguar el paradero de Maia. En un primer momento, la chica había desaparecido luego del cruento enfrentamiento entre los caídos y los guerreros de la Estirpe en Ciudad de México y, si bien no habían habido señales de la joven durante unos días, finalmente un agente de la Estirpe la había localizado en la fundación Arco Iris de esta ciudad y le había dado aviso a él de inmediato. Apenas arribado a México, Damián se había acercado a la fundación para poder hablar con Maia, pero la joven, al verlo, había salido huyendo desesperada.

Lo había reconocido.

Así que, luego de una tremenda persecución entre ambos, Maia había vuelto a desaparecer hasta el momento. Y por ello, era decisivo poder aprovechar este encuentro con Ana Mitchels.

Pero lo que no había esperado era que el aura de tristeza que la rodeaba impactase en él de la manera en que lo estaba haciendo en ese momento. Por eso, cuando había utilizado la excusa de darle información sobre la hija y el esposo, por temor a que ella se le escabullera y a no poder lograr su objetivo, supo de inmediato que había caído en un dilema. Transmitirle la verdad a la señora Mitchels significaría sumirla en una congoja permanente, que podía acabar con ella. Y él sería el responsable. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Mentir y perder su confianza? No. Su objetivo principal era encontrar a Maia.

Y Ana Mitchels podía conducirlo a ella.

—Le pido disculpas. En verdad quiero hilvanar retazos de esta historia que solo usted conoce —contestó.

Escuchó la respiración profunda de la mujer. Sabía que ella también estaba metida en un dilema.

—Necesitaba hablar con Maia —la oyó decir finalmente— porque debía advertirle de algo muy importante que no puedo revelarte en este momento. —Damián no pudo evitar apretar la boca, en un evidente gesto de disconformidad. Esta mujer sabía mucho más de lo que él creía. Y decidió arriesgarse aún más.

—Sabemos que usted debía encontrarse con su hija Aniel cuando ella cumpliese los veintitrés años. —«Bingo», pensó Damián, al ver como el semblante de la mujer palidecía. A esa edad era cuando los poquísimos miembros de la Estirpe de Plata que la naturaleza había escogido a través de un rigurosísimo mecanismo de selección natural se transformaban en *silverwalkers*. Si Aniel Mitchels hubiese permanecido con vida, habría sido la primera mujer en la historia de su raza en llegar a serlo. Por la expresión en el rostro de la mujer, a Damián no le cupo la menor duda de que la madre de Aniel era conocedora de aquello.

—Yo deseaba que mi hija cumpliese los años sabiendo que su madre estaba viva pero, finalmente y debido a un mandato que recibí de los jerarcas de la Orden Superior de la Estirpe, no pude hacerlo.

Entonces Ana sabía también sobre la Orden, pensó Damián. Seguramente su esposo Ronan la había instruido sobre ellos. Los jerarcas eran los ancestros superiores de la Estirpe de Plata, encargados de su gobierno. Hacía ya mucho tiempo que Damián y el resto de los *silverwalkers* se habían lanzado a la búsqueda de cinco símbolos que llevarían a su grupo a la conquista de su propia paz. Estos símbolos no se encontraban a simple vista, sino que estaban custodiados por cinco mujeres guardianas. La existencia de estos y otros presagios había sido revelada a través de unas profecías que los jerarcas de la Orden tenían como misión guardar celosamente e ir transmitiendo, poco a poco y en el momento adecuado. El hallazgo de los símbolos sería la clave maestra para que la casta de los *silverwalkers* pudiera elevar la frecuencia vibratoria de la Estirpe y así alcanzar un nuevo estadío evolutivo de toda la raza.

—¿Puedo saber a qué mandato se refiere? —preguntó Damián.

—Los jerarcas opinaban que mi hija Aniel debía transitar este momento de su vida sola. Era un proceso fundamental y necesario para su crecimiento y ellos consideraron que mi presencia habría podido entorpecer lo que ella debía vivir por sí misma. Por lo tanto, Aniel no debía saber de mi existencia hasta que cumpliese los veintitrés años.

—O sea que usted se entrevistó con Maia para advertirle de algo pero, al hacerlo, se puso en evidencia, y le pidió a ella que no le contase a Aniel que usted estaba viva.

—Sí. Yo solo debía esperar un poco más… —balbuceó apenas en un susurro—… para presentarme ante mi hija. Pero llegué tarde.

Damián contempló cómo el rostro de la mujer palidecía otra vez. Aparcó el coche y se bajó, para rodearlo por la parte delantera, abrirle la puerta y extender la mano para ayudarla a descender. Cuando lo hizo, el joven la guio al interior de un café poco concurrido.

Sentados uno frente al otro, y luego de pedir dos capuchinos, Ana preguntó en voz muy baja:

—¿Eres un *silverwalker*?

—Sí.

—Mi esposo me habló algunas veces de ustedes. Son apenas unos pocos y emiten una vibración diferente al resto de los miembros de la Estirpe.

—Somos cinco en total —contestó Damián, impactado de que Ana hubiese podido reconocer su naturaleza *silverwalker*.

—¿Puedo saber cómo se llaman los demás?

Damián la observó durante un rato, sabiendo que necesitaba apostar a todo para lograr que esta mujer confiara en él.

—Gabriel Trost, Ruryk Vólkov, Metanón Lemark y Triel Di Mónaco. Este último es mi

hermano.

—¿Son todos tan enormes como tú?

Damián sonrió apenas.

—Sí. —Y agregó, ahora serio nuevamente—: ¿Su hija sabía de nuestra existencia?

—No. Aniel creció ajena a todo lo referente a la Estirpe de Plata.

—¿Para protegerla?

Ana asintió con la cabeza.

—Cuando Aniel nació, Ronan y yo acordamos que le contaríamos a nuestra hija acerca de la Estirpe tres meses antes de que cumpliese los veintitrés años —explicó casi en un susurro—. Pero jamás pudimos hacerlo.

De repente, Ana desvió la mirada por encima del hombro de él y la mantuvo detenida en alguna parte, como si de repente se hubiese ausentado de allí. La esperó en silencio, sabiendo que aquella mujer luchaba contra sus propios demonios.

—Recuerdo a Ronan contar sobre una misión muy especial que ustedes, los *silverwalkers* o caminantes de plata, desempeñan —dijo, de repente. El guerrero levantó una ceja, expectante—. Una que siempre me pareció fascinante.

—¿A cuál se refiere? —interrogó intrigado.

—Ustedes caminan, como guardianes, junto al alma de la Estirpe que ha fallecido, para ir hacia los planos más sutiles y elevados de la multidimensionalidad. Y lo hacen a través del llamado *camino de la ascensión*. Por eso se los llama caminantes. ¿Me equivoco?

Damián sonrió.

—No, señora Ana, no se equivoca. Y, en realidad, es un traspaso al *plano superior de conciencia*.

—¿Que sería…?

—Donde la vida de las almas continúa luego de su paso por el plano de la materia.

—¿Es solo un plano?

—Sería como una rejilla de energías de diferentes niveles.

—Si hiciéramos un paralelismo con los humanos, ¿sería como si ustedes ayudaran a las almas humanas a morir? ¿Algo así como los ángeles protectores de los que hablan algunas religiones?

—Como dije antes, las almas de la Estirpe no mueren —aclaró Damián—. Continúan su avance espiritual en otras dimensiones.

—Algunos humanos creen que las suyas hacen lo mismo.

—Nosotros no nos involucramos con las creencias humanas.

Ana asintió, pensativa.

—Ronan me dijo también que la gente de la Estirpe podía solicitar abandonar el plano de la materia si así lo deseaba.

—Correcto. Y es la multidimensionalidad la que decide si acepta dicha solicitud o no. Debido a que nuestra raza puede vivir tantos siglos, hay miembros de la Estirpe que llegan a un momento de sus vidas en que necesitan una renovación, un nuevo comienzo. Y es allí cuando nuestras leyes honran el pedido de traspaso. Si la multidimensionalidad acepta el pedido, el alma deja el cuerpo en paz y sin ningún tipo de daño, y somos nosotros los que venimos a buscarlas

para guiarlas a los diversos planos de conciencia para continuar con sus destinos.

—¿Qué sucede con los cuerpos?

—Se desintegran al instante.

Ana asintió pensativa.

—Y no siempre las entregas son fáciles, ¿no?

—No, sobre todo cuando las almas han dejado la materia en circunstancias trágicas. Nuestra misión es darles mayor claridad y así ayudarlas a encontrar el regreso al hogar.

—¿Entonces los miembros de la Estirpe pueden ser asesinados? .

—Sí.

Y era verdad. Los miembros de la Estirpe podían morir o ser asesinados por quebradura de cuello, decapitación o por mutilación extrema. En el caso de los *silverwalkers*, solo por las últimas dos razones, lo cual era casi imposible porque eran expertos luchadores.

En ese instante, el camarero se acercó con los dos capuchinos humeantes, que colocó frente a ellos. Cuando se retiró, Ana estaba pálida y miraba a Damián intensamente.

—Pero ahora es tu turno, Damián. Dime lo que sepas sobre mi hija y mi esposo.

El guerrero la observó y notó el parecido de su cabello con el de Aniel. Y los ojos…

—Me temo que no tengo muy buenas noticias.

—Están muertos.

Damián no pudo contener su sorpresa. Ella lo sabía.

—Lo siento muchísimo. De verdad.

—Mi hija y mi esposo no decidieron el traspaso de sus almas, ¿verdad? Fueron asesinados.

Damián asintió sin emitir una palabra. ¿Qué podía decirle?

—Aún no puedo creer todo esto —susurró la mujer con los ojos ahora desbordados de lágrimas.

—¿Por qué aceptó hablar conmigo si ya conocía la realidad de los hechos?

—Porque necesito saber más.

El guerrero se asombró de la valentía y fortaleza que desplegaba esta mujer humana.

—¿Puedo preguntarle quién se lo ha dicho?

—Ya te dije que preguntas demasiado.

Damián comprendió que había llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

—En realidad, estoy buscando a Maia, señora Ana. Yo ya no puedo hacer nada por su esposo ni por su hija Aniel debido a que ellos, al morir, ahora están bajo la tutela de los jerarcas de la Orden. Pero Maia es mi gran preocupación. Y usted es la última persona que pertenece a nuestro grupo que habló con ella. Necesito que me diga lo que sabe para ayudarme a encontrarla.

—¿Cómo murieron mi esposo y mi hija?

Damián suspiró. Ana no le diría nada hasta que se sintiera segura con él.

—¿Su amigo jamás se lo dijo?

—Nunca pregunté.

—Pero me lo pregunta a mí.

—Quizás porque ahora soy un poco más consciente de toda esta tragedia. Después de que me reveles lo sucedido, prefiero odiarte a ti y no a Lautaro.

Al escuchar aquel nombre, Damián se dio cuenta de que Ana se refería al doctor Lautaro Suárez. Había leído sobre él en los informes que la organización de la Estirpe había hecho sobre Aniel y que le habían sido entregados a Gabriel cuando este se autodesignó guardián de la joven ante los jerarcas de la Orden.

—¿Está segura de que quiere saberlo?

—Déjame esa responsabilidad a mí, hijo.

Damián volvió a sentir una profunda admiración por ella. Era, en verdad, una mujer increíble.

—Su hija Aniel fue asesinada por su propio padre, Ronan, y este murió a manos del *silverwalker* Gabriel. —En un primer momento, el rostro de la mujer pareció detenerse en el tiempo, sin ningún tipo de expresión pero, al instante siguiente, las dos manos de la mujer lo cubrieron y comenzó a llorar desesperada. Damián se sintió torpe e inseguro—. Escuche, Ana —intentó explicar para consolarla—, Ronan estuvo preso en manos de los caídos en todos estos años. Durante ese tiempo y bajo las órdenes de Sácritos, ellos habían intentado transformarlo en un caído. Pero su esposo resistió.

—Dios mío, Ronan, mi amor… Aniel…, mi hija —murmuró la mujer entre sollozos angustiados.

—Aunque jamás cayó del todo en poder de esos desgraciados —prosiguió—, Ronan igualmente se había convertido casi en un animal. Desgraciadamente, en medio del enfrentamiento entre Gabriel y Sácritos, su hija, presa de la desesperación por sacar a su padre de una jaula en la que los caídos lo mantenían encerrado, logró liberarlo; pero Ronan no reconocía a nadie, ni siquiera a su propia hija. Y acabó con su vida.

—No... —balbuceó Ana con la voz agónica.

—Mi amigo Gabriel, que amaba profundamente a Aniel, al ser testigo de lo que Ronan había hecho con ella, perdió la cabeza y lo mató. Lo siento mucho, Ana.

No sabía si la mujer le había prestado atención, pero lo desarmaba el tener que transmitir semejante tragedia. Cuando esta estalló, su hermano Triel lo había llamado para comunicarle lo sucedido. Se sintió fatal al saber que Gabriel había enviado, en plena confrontación a muerte con Sácritos, mensajes telepáticos a ellos cuatro pidiéndoles que acudiesen a él inmediatamente. Pero Damián jamás los había captado. Seguramente Gabriel había estado muy débil a la hora de transmitirlos y él, focalizado en encontrar a Maia. Sin embargo, Triel y Ruryk habían logrado detectarlos de manera lejana, y habían podido llegar a tiempo para ayudar a Gabriel. Este finalmente había logrado asesinar a Sácritos, pero demasiado tarde para hacer algo por Aniel y Ronan.

Respiró profundamente. Ahora, más que nunca, él era consciente de que debía encontrar a Maia para evitar que corriera la misma suerte que Aniel.

Lamentaba profundamente no poder acompañar a su gran amigo en este instante pero, al menos, lo consolaba saber que Triel y Ruryk no se habían movido del lado de Gabriel, quien, en esos momentos y de acuerdo a lo que su hermano le había explicado, se encontraba desesperado por la pérdida de su señora álmica pero, aun así, intentaba entregar su alma al plano superior de conciencia. Del alma de Ronan no había recibido ninguna información, pero estaba seguro de que Gabriel también se encargaría de ella.

Detuvo sus pensamientos para concentrarse nuevamente en la mujer que seguía sollozando a

su lado.

—Ana, por el amor de Dios, dígame qué quiere que haga.

—¿Las almas de mi hija y mi esposo…?

—Quédese tranquila. Gabriel está ayudándolas.

Ana no dijo nada, completamente inmersa en su propia desdicha. Pero de repente lo miró y sus ojos le recordaron otros por los cuales él habría entregado el alma para tener la oportunidad de volver a verlos.

—¿Eres tú el que persiguió a Maia cerca de la fundación, hace unas semanas?

Damián se quedó absorto ante aquella pregunta inesperada.

—Sí —contestó molesto.

Aún recordaba la manera humillante en el que aquel episodio había culminado. Cuando había tenido a Maia al alcance de las manos, ella había logrado escapar al interior de la fundación, donde las monjas y los niños lo habían enfrentado con tal violencia que, al final, Maia había conseguido escapar—. Maia y yo nos hemos enfrentado dos veces —prosiguió—. Una, la vez que usted menciona y otra… —Se detuvo abruptamente. Esa noche de hacía meses atrás era un tema prohibido que no deseaba recordar—... fue hace bastante tiempo.

—Entonces, ¡tú también la asustas! ¿Cómo puedo confiar en ti?—exclamó Ana, enfadada.

Damián bajó la mirada y revolvió el capuchino que aún no había probado.

—Entre Maia y yo existe una historia que debe esclarecerse —explicó y alzó la mirada—. Jamás fue mi intención hacerle daño. Al contrario, solo he pretendido protegerla. Soy su guardián. Pero ella no lo sabe.

—¿Los jerarcas te designaron?

—Yo mismo me presenté ante ellos y exigí serlo.

—¿Y cómo puedo creer que lo que dices es verdad?

El brillo acerado de los ojos de Damián se volvió más nítido. Esa pregunta lo había afectado.

—Solo su intuición le responderá, Ana —contestó con voz grave.

Damián contempló el juego de emociones que atravesaba aquellos ojos increíbles, cuajados de lágrimas, y contuvo la respiración.

—No puedes ayudarme a recuperar a mi hija, Damián —la oyó decir de repente, mientras se limpiaba las lágrimas con la yema de los dedos—. Pero quizá podrás ayudarme a recuperar a la otra.

—¿A qué se refiere? —preguntó Damián, circunspecto.

—Supuestamente tengo otra hija. —Damián se quedó sin aliento, consciente de que aquello era algo nuevo e inesperado. No existía ningún informe de la familia Mitchels en el que se mencionase dicha posibilidad. Pero entonces, ¿cómo conocía Ana sobre la existencia de esta otra posible hija? Y como si le leyera el pensamiento, la escuchó susurrar—: Lautaro me lo ha informado hace unos días y jura y perjura que es así; pero yo necesito constatarlo.

Damián contuvo la respiración otra vez. Una idea descabellada tomaba forma en su cabeza. ¿Podría ser posible?

—¿Maia? —se aventuró a preguntar.

—Sí.

Se le hizo un nudo en la garganta. Esto sí que no se lo había esperado.

—¿Por qué el doctor Suárez tiene esa seguridad? —Sabía que preguntaba porque necesitaba decir algo, pero en realidad no era descabellado pensar en la veracidad de lo que el amigo de la familia afirmaba. Apenas había visto a Ana, había comparado sus ojos con los de la muchacha que había anhelado en todos estos meses hasta la tortura. Y no conocía a nadie más que tuviese el mismo color de ojos. Solo dos mujeres. Quizás madre e hija.

Ana contestó en voz baja.

—Parece ser que mi esposo siempre supo que nuestra niña estaba viva. —Damián levantó la ceja interrogante—. Déjame explicarme mejor: cuando Aniel tenía tres años, di a luz a otra niña que, según los médicos, murió a las pocas horas de nacer. De acuerdo a lo que Lautaro me explicó, mi esposo descubrió que la niña, en realidad, estaba viva pero había desaparecido. Como yo caí bajo los efectos de una espantosa depresión durante mucho tiempo, Ronan no se habría atrevido a revelarme la verdad por temor a que yo me sumergiera aún más en mi desdicha, por lo que juró a Lautaro que solamente me lo diría el día que él diera con la pequeña.

—¿Qué pasó con la niña, Ana?

—Aparentemente fue secuestrada de la clínica por los caídos e intercambiada con el cuerpo de otra niña que había fallecido ese mismo día.

—¿Por qué secuestraron a la pequeña? ¿Qué querían a cambio?

—Es un secreto entre la Estirpe y mi familia.

«El símbolo», pensó Damián.

—Sin embargo, ya me ha dicho tantas cosas… —insistió.

—Sí, pero nada que comprometa a mi hija.

Ana tenía razón. Ella le había dicho muy poco y nada que expusiera a Maia.

—Acepto su desafío. Llegará a confiar en mí, se lo prometo —afirmó Damián, sin dejar de observar como Ana suspiraba profundamente y, como una autómata, bebía un sorbo del capuchino que humeaba frente a ella—. ¿Y cómo hará para constatar que Maia es su hija? —preguntó, sabiendo la respuesta.

Ana se detuvo un momento y finalmente contestó:

—Deseo hacer un análisis de su ADN, aunque desconozco si existe un registro del de mi esposo Ronan.

—Déjeme ayudarla, Ana —pidió Damián decidido—. Estoy seguro de que existe una lectura del ADN de Ronan en los laboratorios de la Estirpe. Usted debe focalizar ahora toda su energía en Maia. Ella está viva y ambos queremos encontrarla. Apoyémonos mutuamente y tendremos éxito.

—¿Por qué deseas, en realidad, encontrarla, Damián? —preguntó Ana con el semblante serio. Su papel de madre ya comenzaba a perfilarse. El rostro de Damián también se cubrió de una aureola de frialdad, que evidenciaba el verdadero guerrero que era.

—Ahora me toca a mí callar.

—Me debes una respuesta. Puedo ser su madre.

Se puso nervioso ante su pedido, pero luego de un rato, finalmente decidió contestar:

—Maia es importante para mí.

Como si aquella frase la hubiese sacudido, Ana volvió a cubrirse el rostro con las manos y se quedó en silencio durante lo que pareció una eternidad.

—No sé cómo sobreviviré a todo esto, Damián. Mi esposo muerto, mi hija Aniel también y, lo que es peor, a manos de él. No sé, estoy hecha pedazos… Quise morirme de verdad, hijo. Pero la existencia de Maia me pide a gritos que vaya por ella. No sé qué podré ofrecerle, pero con seguridad solo podré averiguarlo si me siento fuerte de nuevo. Y mi mente y mi corazón aún no están claros en medio de toda esta tragedia. Me parece estar viendo una película infernal y sin fin, que se proyecta delante de mí y sobre la cual no ejerzo ningún tipo de control.

—Usted puede recuperar a Maia, Ana.

—¿La quieres?

Damián se perdió en aquellos ojos, incapaz de expresar lo que sentía en su corazón.

—Prefiero no hablar de eso —dijo de forma categórica.

—Entonces háblame, por favor, de Gabriel —rogó, cambiando súbitamente de tema, lo cual tranquilizó a Damián.

—Como ya le dije, es el *silverwalker* que amó a Aniel. El encuentro de ellos fue duro y repleto de conflictos, pero finalmente se enamoraron perdidamente el uno del otro.

Ana bajó los ojos y se quedó en silencio durante un rato, pensativa.

—Mi esposo era clarividente, Damián —dijo casi en un susurro—. Tú sabes que la gente de la Estirpe tiene diferentes dones. Él era un poderoso psíquico, y recuerdo que hace mucho tiempo, cuando Aniel apenas era una bebé, Ronan vaticinó que un joven que amaría profundamente a nuestra hija vendría hacia ella, antes de que cumpliera sus veintitrés años, para rescatarla de los peligros a los que se enfrentaría y para acompañarla durante toda la vida. Eso nos había dejado tranquilos, pero jamás imaginé… —Se le quebró la voz—. ¡Dios! Mi esposo y mi hija muertos, y Gabriel sin poder hacer nada por ella —murmuró mientras se limpiaba nuevamente las lágrimas de los ojos—. Algo de la clarividencia de mi esposo debió fallar. Tampoco sé por qué su don no funcionó con nuestra otra hija. Es algo que Ronan se ha llevado junto con su alma y nunca lo sabré.

—Ana. —La voz decidida de Damián la obligó a mirarlo nuevamente—. Déjeme ayudarla. Estoy dispuesto a todo y más para encontrar a Maia. Usted y ella necesitan de alguien que las proteja de los caídos. Y le juro que nada ni nadie les harán daño mientras yo esté a su lado.

—Yo…

—Haremos el análisis de ADN que verifique lo que me está diciendo y ello le dará las energías necesarias para salir adelante —interrumpió el caminante, concentrado en su objetivo—. ¿Tiene usted algún plan para encontrar una muestra de Maia que permita hacer el análisis?

Damián esperó un rato, hasta que captó una leve sonrisa en aquel rostro que podría enajenar a cualquier hombre, como sus hijas habían hecho con Gabriel y con él.

—Sí —respondió Ana, a la vez que se levantaba de la mesa del bar y cogía la cartera—. Me voy, pero te llamaré apenas tenga en mis manos lo que necesitamos.

CAPÍTULO 7

Eran las cinco de la tarde y Ana esperaba a la hermana Lucía, satisfecha con la decisión que había tomado. El relato de Damián había abierto las compuertas de su alma y, presa súbitamente de un desparpajo jamás conocido en ella, decidió entregarse por entero a este joven. La vida tenía su sincronicidad, y si así era como funcionaban muchos hechos en las vidas de las personas, ella no se opondría esta vez. Estaba hastiada de tanto dolor, aún más agudo y lacerante luego del relato del joven miembro de la Estirpe. Y ella no era una guerrera ni una mujer estratégica, sino una madre desesperada por encontrar a una posible hija que, seguramente, necesitaría de ella. Por eso, ese día estaba dispuesta a todo para lograr su objetivo.

—¡Señora Ana! Qué placer tenerla de nuevo por aquí —saludó la hermana Lucía, que se acercaba para darle un beso en la mejilla. Ana, que llevaba un paquete enorme entre sus manos, lo depositó en el suelo y miró en derredor a niños de diferentes edades que deambulaban y jugaban en el patio de la fundación, algunos en brazos de las monjas.

—Gracias por recibirme nuevamente, hermana. Cada vez que vengo a este lugar, me aflora una sonrisa.

—Comprendo perfectamente lo que me dice; adoro trabajar aquí —dijo la religiosa con alegría.

—Si no hubiese personas como ustedes, estos niños jamás tendrían oportunidades para mejorar sus vidas e insertarse en la sociedad.

Unas carcajadas interrumpieron la conversación. Ana buscó con la mirada el origen de esas risas y de inmediato vio a un grupo de niños y niñas de entre seis y doce años que jugaban a la mancha[2], persiguiéndose unos a otros. Los niños más grandes ayudaban a los más pequeños a correr más rápido tomándolos de la mano para evitar que fueran atrapados. Más atrás observó a un grupo de chicos bailando *hip hop.* La hermana Lucía miró a Ana y con una sonrisa enorme señaló al grupo:

—A Maia le debemos la incorporación de otros estilos de baile, además de la danza clásica. ¡Mire como se zarandean esos chicos!

Ana no podía estar más de acuerdo con la hermana. Los niños meneaban el cuerpo de manera increíblemente elástica y flexible.

—Me deja sin palabras —dijo asombrada. Por lo visto, Maia también tenía dotes para otras clases de géneros musicales.

—Usted sabe, la mayoría de los muchachos se niega rotundamente a hacer posiciones o piruetas de danzas clásicas como las chicas. Entonces Maia ha incorporado exitosamente otros estilos, como la salsa, el flamenco, el *breakdance* y *funk styles* para niños de ambos sexos. Es una bendición.

—No sabe la alegría que me da saber que Maia colabora de esta forma con los pequeños.

—Ah, esa chica es una monada y los niños la aman.

Ana se sintió inflamada de orgullo cuando escuchó las palabras de la monjita. Indudablemente, la pequeña Maia había aprendido a defenderse en la vida a través de una profesión maravillosa que utilizaba para ayudar a los más necesitados.

Se volvió hacia la hermana y preguntó:

—¿Ha sabido algo de ella?

—Lamentablemente no. Pero ya aparecerá, quédese tranquila. Yo le dije que apenas Maia regresase, le pediría que la llame.

—Sí, hermana, lo recuerdo muy bien. Por eso mi visita de hoy es por otro motivo que también atañe a Maia. Necesito pedirle un enorme favor.

—Por supuesto, señora Ana. Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Si bien quería esperar hasta que Maia volviera, como nadie sabe cuándo sucederá, he decidido dejar un regalo para ella, que estoy segura sabrá apreciar enormemente. Es una sorpresa.

—Un hermoso gesto de su parte —dijo la hermana, emocionada.

—No sé si la hermana rectora le ha mencionado, pero Maia es como una hija para mí.

Al decir esta frase, no pudo evitar que se le hiciese un nudo en la garganta.

—Sí, claro que lo sé —replicó la hermana –. Maia ha hablado muchas veces de usted y la idolatra.

—Cuando la policía la encontró en las calles de Buenos Aires, siendo apenas una pequeña de diez años, la fundación para la que yo trabajaba en aquel entonces se hizo cargo de ella y yo participé activamente en su educación y reinserción en la sociedad. Esa mocosa se mete en la piel de uno sin demasiado esfuerzo.

—Lo sé por mí misma. Todos aquí la adoramos, señora Ana.

—Y porque sé que la hará muy feliz, he traído un regalo maravilloso para ella. Usted sabe cómo ama al pintor argentino Quinquela Martín.

—Tiene una de sus obras colgadas en la pared de su habitación.

—Pues he conseguido otra de sus obras de un coleccionista exclusivo de Buenos Aires, que me acaba de llegar —dijo señalando el paquete de regalo.

—¡Qué buena noticia!

—Por eso quiero pedirle permiso para entrar en su apartamentito y colgarla yo misma en la pared de la sala. Usted puede venir conmigo y entre las dos podemos hacerlo. ¿Qué le parece?

La hermana emitió una carcajada plena.

—Será una alegría enorme para ella y para nosotros, señora Ana.

—¿Me acompaña entonces?

—Sí, por supuesto.

Ambas mujeres subieron al segundo piso y se dirigieron hacia el extremo del pasillo donde se localizaba el pequeño apartamento de Maia. La hermana revolvió entre sus llaves, que colgaban atadas de un cordón enroscado en la cintura, y sacó el duplicado de la llave de la puerta. Cuando ingresaron, Ana no pudo dejar de percibir el olor a lilas que impregnaba suavemente el lugar. Aspiró profundamente, abriendo las fosas nasales para llenarse del aroma de la muchacha. Se le llenaron los ojos de lágrimas ¡Estaba tan cerca de averiguar la verdad!

—¿Dónde exactamente le parece que colguemos el cuadro? —preguntó la monja volviéndola a la realidad. Ana la miró y sonrió.

—¿Aquí, sobre esta pared y encima del sofá? Hay dos clavos viejos que apenas sobresalen de la pared y que podemos aprovechar.

—¡Estupenda idea! —exclamó la monjita.

Apenas Ana desenvolvió el paquete, la religiosa y ella se descalzaron, se subieron al sofá, y entre ambas colgaron la pintura. Al apoyar los pies en el suelo, retrocedieron unos pasos y contemplaron la obra que reflejaba la actividad en la vida portuaria de La Boca, en la ciudad de Buenos Aires. El colorido era sencillamente espectacular e iluminaba la habitación. Ana estaba segura de que Maia quedaría encantada con este regalo.

—¡Impecable! —exclamó la hermana.

—Ese hombre era un mago con el pincel. Dejaré una tarjeta sobre la mesa, así Maia sabe de quién es el regalo.

—La hará enormemente feliz.

Ana así lo esperaba y casi podía imaginarse la escena de la joven gritando y aplaudiendo de alegría al ver el cuadro.

—Pero antes de irme, hermanita, necesito ir al baño. Utilizaré el de ella, si no es inconveniente para usted.

—Por favor, con muchísimo gusto.

Ana se dirigió de inmediato al baño y cerró la puerta con traba. Necesitaba encontrar un peine, un cepillo, algo que tuviera cabellos de Maia. Se sentía fatal por haberle mentido a la hermana Lucía tan descaradamente, pero era la única oportunidad que tenía para hallar lo que buscaba. Registró en diferentes cajones, cuidando de no hacer demasiado ruido para que la hermana Lucía no sospechara. Finalmente, dentro de un cajón de uno de los muebles del baño, halló lo que tanto ansiaba. Levantó lentamente un cepillo donde había enredados unos cuantos cabellos de Maia. Era imposible confundirlos e, increíblemente, aún brillaban. Extrajo varios y los colocó en una bolsita de plástico que sacó del bolsillo de su chaqueta. Luego de guardar todo en su lugar, apretó el botón del inodoro simulando que lo había utilizado. Salió del baño rápidamente con una sonrisa triunfal.

—Gracias, hermana. Ahora debo irme.

—¡Qué maravillosa idea que ha tenido, señora Ana!

—Y gracias por compartirla conmigo.

—Todo sea por Maia.

Hacía dos días que había entregado a Damián la muestra para la realización de la lectura del ADN de Maia y aún no había recibido noticias de él. Recordó lo contento que se había puesto cuando ella le había entregado la bolsa plástica con el puñado de cabellos de la chiquilla.

—Bien hecho, Ana —le había dicho el *silverwalker* sonriente, apretando la bolsa en su mano con fuerza. Ese gesto no había pasado desapercibido para Ana—. Iremos a un laboratorio de la Estirpe localizado aquí en México —informó sin dar lugar a otra posibilidad. Tomándola con cuidado del brazo, la guio hacia el vehículo aparcado más adelante, a la vez que explicaba lo que sucedería a continuación—: Allí harán los análisis del cabello de Maia y de las muestras que le tomarán a usted. El personal del laboratorio me ha confirmado que ya tenía hecha una lectura del ADN de Ronan, así que en breve sabremos la verdad.

La mirada de Ana se enturbió. Si bien aún no conocía los resultados de los análisis, comenzaba a saber, casi con certeza, que Maia era su hija. Cada día que pasaba, el corazón le

gritaba más fuerte lo que hasta ese momento no se había atrevido a aseverar.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos y, al leer el nombre de quien la llamaba en la pantalla, comenzó a invadirla un sudor frío en la espalda.

—Damián —dijo, al contestar.

—Tengo los resultados. Baje, por favor. La espero en la puerta.

Ana se apresuró a buscar las llaves del *loft* y salió dando un portazo. Sin tener tiempo de esperar al ascensor, bajó como una tromba por las escaleras, recorriendo los cuatro pisos que la separaban de la verdad en tiempo récord. Abrió la puerta de doble hoja vidriada y se aventuró a la calle, donde el *silverwalker* la esperaba con expresión seria. Presa de un temor paralizante, se acercó a Damián y susurró suplicante:

—Por favor…

—Maia es hija suya y de Ronan. Ciento por ciento confirmado —le comunicó sin preámbulo y le entregó el informe del laboratorio donde se verificaba lo que él acababa de decir.

Ana comenzó a perder el equilibrio y Damián la sujetó de los brazos.

—Dios… —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas.

—Escuche, Ana —exigió el caminante—, sé que su vida es un absoluto caos, pero ahora más que nunca es cuando debemos aunar esfuerzos para encontrar a su hija.

Ana se apoyó en los antebrazos del caminante y lo miró agradecida. En ese instante, sentía que le debía la vida.

—Cuentas con todo mi apoyo, Damián.

—Debe ser valiente para sobrellevar lo que se avecina.

Súbitamente, el diálogo se vio interrumpido por el sonido del teléfono móvil de Damián.

—Discúlpeme, Ana.

Mientras el joven hablaba por teléfono, Ana no podía dejar de sentirse absolutamente apabullada por todo lo que estaba sucediendo en su vida. La tragedia de Aniel y Ronan la había dejado anestesiada e incapacitada para ahondar en sus sentimientos, temiendo lo peor, pero ahora una llama de esperanza, cuyo nombre se imprimía en su corazón de manera sagrada, la empujaba a abrazar la vida nuevamente.

Cerró los ojos y lágrimas de gratitud cayeron por sus mejillas. Maia. Su beba no había muerto y, ahora más que nunca, tendría que luchar para recuperarla.

Contempló el rostro de Damián, que cambiaba de fría curiosidad a furia asesina. Era evidente que no le caía nada bien lo que escuchaba en el teléfono.

—OK, enterado —lo oyó decir y colgar.

Cuando la miró, Ana supo que algo grave había sucedido.

—¿Se trata de …?

—Sí, de Maia.

—Por favor, ¿qué sucede?

—La persona que la secuestró cuando nació va tras ella nuevamente.

—¿Cómo? —preguntó Ana casi en un grito.

—No sé mucho más. Es lo que se ha infiltrado en nuestra organización. Así que debemos encontrarla cuanto antes. —El caminante miró hacia todas direcciones y le dijo en tono bajo y frío—: Necesito ir a algún lugar seguro y me hallo a varios kilómetros de la organización de la

Estirpe más cercana. ¿Su amigo está en el *loft*? —preguntó con urgencia, haciendo referencia al doctor Suárez.

—No. Ven conmigo. —A partir del momento en que el *silverwalker* le había revelado la verdad sobre Maia, ella había quedado, de por vida, en deuda con él y si este necesitaba ser protegido, ella lo haría sin dudarlo.

Subieron rápidamente los cuatro pisos e ingresaron al departamento. De inmediato, Damián se sentó en el sofá y le dijo con voz monótona y rápida, como si recitara una receta de cocina de memoria:

—Debo hacer un viaje a la multidimensionalidad.

—¿Cómo…?

—No me pregunte nada, por favor. Si me habla ahora, sepa que no podré escucharla. Espéreme aquí, ya que regresaré lo antes posible.

—No te entiendo —dijo Ana confundida—. ¿Cuándo piensas irte?

—En este instante. Y por favor, si su amigo llegase a venir, no lo deje entrar.

Cuando Damián cerró los ojos, Ana comprendió lo que este había intentado decirle. En un instante, parecía haberse ausentado a miles de kilómetros de allí, aun cuando su cuerpo permanecía sentado frente a ella. Apenas respiraba, y el cuerpo y el cabello emitían un brillo plateado iridiscente indescriptible. En realidad, esto no la tomaba demasiado por sorpresa, ya que había visto a Ronan hacer algo parecido varias veces, aunque él jamás había irradiado un brillo tan intenso como el del cuerpo de Damián en ese preciso momento. No cabían dudas: el alma del *silverwalker* se había ido a algún lado, dejando el cuerpo como testimonio de su existencia.

Esperó un rato largo y, cuando pensó que había llegado el momento de retirarse a su cuarto, lo observó abrir los ojos y mirarla quedamente. Parecía transfigurado. Lo contempló levantarse del sofá suavemente, desplegando la inmensidad de su cuerpo con elegancia, como si sus movimientos estuviesen gobernados por una fuerza sobrenatural. Mirándola con un brillo clarísimo en los ojos, habló en un tono bajo:

—Ana, debo partir de México. Confíe en mí. Puede que no todo sea como parece. Hay enormes posibilidades. Espéreme, por favor.

—¿De qué me hablas, hijo, y dónde te espero?

—Me comunicaré con usted apenas pueda. Puede llevarme un tiempo, quizás meses, pero necesito que confíe en mí. Ha habido un cambio de planes: encontraré a su hija, pero solo. Mientras tanto, no la busque. Prometo llamarla apenas Maia esté bajo mi protección. Ahora debo retirarme urgentemente. —Antes de salir del cuarto, el guerrero volvió la mirada hacia ella, que aún permanecía petrificada ante lo que sucedía, y dijo:

—Creo que lo que Ronan había vaticinado respecto a Aniel y Gabriel se ha cumplido.

---

2 Juego infantil de persecución muy popular.

CAPÍTULO 8

Ciudad de México, tiempo actual

El agua caliente caía por su cuerpo, brindándole un poco del calor que le faltaba a su alma. Hacía tiempo que se había instalado en él un temor agobiante y permanente por lo que pudiese pasarle a Maia, que aún no había regresado a la fundación.

Damián se restregó el cuerpo con frenesí, a la vez que volvía a recordar el viaje a la multidimensionalidad que había llevado a cabo en el *loft* de Ana.

En ese viaje a los planos sutiles, había asistido a la reunión que los jerarcas de la Orden Superior de la Estirpe habían mantenido con las almas de Aniel, Gabriel y Ronan.

Si bien Ronan y Aniel habían muerto en el plano físico, Gabriel había intentado, como todo *silverwalker*, entregar el alma de su señora álmica al plano superior de conciencia, así como también solicitar su perdón por haber asesinado a su padre. Pero lo que nadie había sospechado fue que el reencuentro entre Gabriel y el alma de Aniel en la multidimensionalidad y el reconocimiento del enorme amor que los unía, haría posible el descubrimiento del primer símbolo y su magnífico poder. Un poder tan extremo, que podía interceder sobre la vida y la muerte, al manifestarse como un magnífico portal que permitía no solo el traspaso de almas de la vida a la muerte, sino también al revés.

A su vez, los Jerarcas de la Orden, encabezados por el gran jerarca Johan, abuelo de Aniel y padre de Ronan, habían declarado a la joven como la primera *silverwalker* mujer en la historia de la Estirpe.

Mientras los jerarcas discutían los alcances del primer símbolo recién manifestado, Damián detectó a Aniel y quedó con la boca abierta por el impacto. El alma de la joven irradiaba una luz tan especial, que no dejaba lugar a ninguna duda sobre la guerrera *silverwalker* en la que se había convertido. Ella y Gabriel comenzarían a trabajar como una unidad. Pero para lo que no estaba preparado era para la increíble presencia de Ronan Mitchels. El brillo que emitía el alma del esposo de Ana era absolutamente abrumador. Una vez muerto, había dejado de ser un monstruo y, en su lugar, su espíritu había sido ascendido a la categoría de jerarca. Por ende, el padre de Aniel había pasado a formar parte de la Orden Superior, debido a su heroica participación en la lucha contra los caídos.

Damián salió de la ducha y se secó rápidamente con una toalla.

Mientras se colocaba los pantalones y una camisa, también recordó las palabras que él había pronunciado en la multidimensionalidad y que habían generado un caos entre los presentes.

—Es necesario, de manera urgente, que el jerarca Ronan ayude, no solo a salvar a la madre de Aniel, sino también a su otra hija. —Y a continuación, había mirado a Aniel, que le devolvía la mirada, perpleja—. Tienes una hermana, Aniel. Y esa hermana es Maia.

Aún le daba escalofríos recordar el silencio aplastante que se había apoderado de los presentes y la expresión de los rostros, en especial de Ronan, al explicar la verdad.

—Usted sabe, jerarca Ronan, que su hija no murió sino que fue robada de la clínica en donde nació. Lo que usted no sospechó fue que esa niña era Maia. Debemos ir en su búsqueda, ya que su vida corre peligro. Los caídos están preparando un grupo especial de agentes para apresarla

nuevamente y sabe Dios lo que harán con ella. Maia nos necesita. Por sí sola no podrá con un nuevo ultraje. Moriría irremediablemente. Por favor, regresen los tres a la materia —suplicó.

Sabía que el resultado final de su pedido no solo había dependido de la decisión de Aniel, Gabriel y Ronan, sino también de los jerarcas de la Orden. Gracias a Dios, lo habían escuchado, y las almas de Aniel y Ronan se habían valido del recién descubierto primer símbolo para regresar y permanecer nuevamente en la tercera dimensión.

Refregándose vigorosamente el pelo con la toalla, volvió a recordar el final de ese encuentro y el nuevo precedente que aquello significaba para su vida.

—¿Por qué tú, Damián? —le había preguntado Gabriel, que se había acercado a él.

Damián había clavado los ojos plateados en su amigo y, cuando este contempló su mirada, supo que ya conocía su respuesta.

—Porque Maia es mi señora álmica.

Desde ese día, Damián había viajado de Argentina a México varias veces, intentando encontrar a Maia sin ningún éxito. Tampoco se había comunicado con Ana porque, como le había prometido, solo lo haría cuando la encontrara.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada a su móvil:

—Estoy otra vez en México —informó a su interlocutor.

—Perfecto —contestó Ruryk.

—¿Cómo está Gabriel?

—Ya sabes, insufriblemente enamorado.

—¿Aniel sigue con ustedes?

—Gabriel no la sacará de la organización del Delta por nada del mundo, amigo. Desde que regresaron de la multidimensionalidad, no se despega un minuto de su lado.

—¿Y Ronan?

—No lo sé. Gabriel y Aniel siguen sin hablar al respecto; me parece que han hecho algún pacto con el nuevo jerarca de la Orden. Como tú, me dijeron que es un tipo impresionante. Pero escucha —exigió Ruryk de repente; por el tono de voz de su amigo, Damián supo que le diría algo importante—, acaban de llamar unos agentes de la Estirpe en México y nos han informado que Maia ha regresado a la fundación.

Un músculo de la mandíbula de Damián se tensó.

—Ya salgo para allí.

—No te adelantes. Parece que la chica irá a dar clase de danzas hoy a las ocho y media de la noche en un edificio que queda a pocos kilómetros de la misma fundación. Te envío la dirección a tu móvil.

—Gracias, Ruryk.

—Tal vez puedas reunir a las tres mujeres en breve.

Damián suspiró profundamente. Había demasiadas cosas en juego con las que él debería lidiar primero y que no serían fáciles.

—Ojalá —dijo en voz baja. Cortó la comunicación y se colocó la chaqueta, el gorro y los lentes que lo camuflarían. Cuando salía de su apartamento pensó que ese día, por fin, sería el gran día.

Apoyado en la pared de una casa majestuosa de barrio Polanco, Damián observaba a Maia ingresar a un edificio que, como Ruryk le había informado, seguramente sería donde daba clases de danza. Aunque solo habían pasado casi cuatro meses de la última vez que la había visto, su belleza lo impactó. Estaba mucho más hermosa de lo que la recordaba. Gracias a Dios, cuando él se había bajado del taxi, ella no lo había detectado, ayudado por el vapor de plata. Este era un don con el que contaban los cinco varones *silverwalkers* y que les permitía lanzar por sus bocas chorros de ese vapor que los ayudaba a camuflarse, confundiendo los aromas en derredor. Y en el caso de una pelea, también les permitía anestesiar a sus enemigos antes de darles el golpe mortal.

Apenas la figura de la joven desapareció, Damián se desplazó a velocidad sobrenatural y, en un pestañeo, llegó hasta el portero eléctrico para escudriñarlo. Era un edificio que tenía una infinidad de oficinas y apartamentos privados, por lo que podía ser difícil dar con el lugar donde Maia había ido. Pero Damián confiaba en su buena suerte del día de hoy. Y así fue, porque por encima de uno de los botones del portero, había un pequeño grabado escrito elegantemente que decía Academia de danzas La Sirena.

Bingo. Se apresuró a buscar en su teléfono móvil la página web de la academia y apenas la encontró, buscó y marcó el número telefónico. Cuando una mujer muy amable lo atendió, Damián se presentó con un nombre falso, y comenzó a relatar una historia, también ficticia, acerca de una supuesta hijita de cuatro años que quería empezar danzas clásicas y, por ende, él quería ver las instalaciones del lugar y los servicios que ofrecían. Tantos años de lucha contra los caídos le habían dado a Damián facilidad para mentir. Y no se sentía mal al hacerlo si ello significaba cumplir con lo que la Estirpe requería y, como en este caso, lo que él necesitaba imperiosamente conseguir.

—Estaré allí en cinco minutos —dijo y cortó.

Luego de esperar el tiempo acordado, Damián apretó el botón del portero eléctrico. La misma voz que lo había atendido por teléfono lo saludó ahora desde el intercomunicador. Al instante, se escuchó el sonido característico que indicaba que podía abrir la puerta, e ingresó al interior del edificio. Se dirigió hacia el ascensor, donde pulsó el botón del piso once. A medida que el ascensor iba subiendo, los nervios iniciales se transformaron en un frío glacial que, como un cuchillo de metal, comenzaron a penetrar su cuerpo, transformándolo en un guerrero *silverwalker* en plena misión. Lo que sucediera de aquí en más sería la clave para lograr lo que hasta ese momento había sido un imposible. Debía olvidar lo que esa joven significaba para él y solo concentrarse en hacerla caer en sus redes.

Al abrirse las puertas del ascensor, Damián acomodó mejor su gorro y tensó los músculos de su cuerpo al percibir la suave fragancia a lilas que llegaba desde algún lugar. Se colocó los lentes oscuros y, en ese preciso momento, una mujer de mediana edad, no muy alta y cuya musculatura era fibrosa y elegante, se acercó a él. Vestía una malla de danza negra adherida al cuerpo, con un faldellín blanco que caía laxamente por los muslos y unas zapatillas sin puntas.

—¿Nelson Arredondo? —preguntó seriamente la mujer.

—Sí —contestó Damián con una sonrisa para que la mujer se sintiera más segura—. Disculpe que lleve puesto estos lentes, pero tengo una pequeña infección en los ojos.

La mujer le devolvió apenas una sonrisa.

—No se preocupe. Me llamo Sonia Chávez, soy la directora de la academia y estoy a sus órdenes.

La percibió cautelosa. Sabía que su aspecto podía intimidar a la gente, sobre todo por el tatuaje que atravesaba su rostro, por ello se obligó a tratar de parecer lo más agradable posible. Extendió la mano para estrechar la de la mujer que continuaba observándolo expectante; al mismo tiempo, le regaló la mejor sonrisa que pudo, aunque sabía por experiencia, que no siempre tenía éxito. Al instante, ella pareció cambiar de opinión sobre él y le devolvió el saludo con una mirada grata.

—Disculpe si la molesto, pero realmente me pareció una muy buena oportunidad para ver la academia. Mi hijita ama el ballet.

—No me ha incomodado en absoluto, señor Arredondo —contestó la mujer, ahora mucho más relajada—. Será un placer mostrarle lo que podemos ofrecer a nuestros clientes.

A partir de ese instante, el cerebro de Damián se desacopló del monólogo que la señora Chávez desplegaba ante él, seguramente deseosa de ganar un nuevo cliente, y concentró su atención en la responsable del dulce aroma a lilas que impregnaba sus fosas nasales cada vez más intensamente. Pero súbitamente, captó otra esencia: excitación femenina. Maldijo por lo bajo, ya que no era la primera vez que le pasaba: los *silverwalkers* tenían muchas veces ese efecto en las mujeres humanas. Algunas se volvían insaciables ante el olor de sus cuerpos y su amigo Ruryk era el máximo referente de los cinco.

Al constatar que la señora Chávez lo observaba con anhelo, Damián interpuso una pared de hielo entre ambos, contestando solamente con monosílabos alguna que otra pregunta que ella le hacía en medio de su relato sobre las bondades de la danza y la academia. Completamente agotado y aburrido, parecía que la mujer se excitaba aún más ante su indiferencia.

La dejó mostrarle los diferentes salones donde la gente entrenaba o recibía clases, hasta que llegaron a los vestuarios. En el interior vacío de los mismos, la bailarina detuvo sus ojos en él, lanzándole una mirada repleta de lujuria. Damián suspiró hastiado, preparándose para lo que vendría. La mujer se acercó a él, lo tomó fuertemente de un brazo con una mano y con la otra comenzó a sobarle duramente la polla. En otro momento, Damián quizás hubiese disfrutado de lo que la mujer tan generosamente le hacía, pero con el olor de Maia embriagándolo, le dio asco.

Cuando apartó a la mujer, esta se abalanzó sobre él, buscándole desesperadamente la boca. Damián forcejeó para sacársela de encima, pero ella parecía decidida a besarlo a toda costa. Disgustado, la tomó con fuerza de las muñecas y le dijo al oído:

—Duerme.

Mientras la mujer caía laxamente entre sus brazos, la levantó y la depositó en el interior de uno de los baños de los vestuarios, sentándola sobre un sanitario con la tapa baja para que durmiese un rato. Nadie notaría su ausencia ya que, para los demás, ella estaba ocupada mostrándole las instalaciones del lugar.

Sin perder más tiempo, Damián se dirigió rápidamente hacia el lugar de donde provenía el aroma que tan bien conocía. Al llegar, se topó con una puerta de doble hoja de madera, apenas entrecerrada, por cuya rendija se filtraban los acordes de una canción de Pink. Tomó aire y se prometió ser efectivo como nunca antes en su vida. Había llegado la hora de la verdad.

Al abrir lentamente una de las hojas de la puerta con un toque apenas perceptible de las yemas de los dedos, un sudor frío comenzó a descenderle por las sienes. Al instante, la imagen de Maia se materializó ante él, dejándolo sin aliento.

Llevaba el pelo recogido en una cola alta. El flequillo irregular que le caía sobre los ojos la

hacía parecer aún más joven. Vestía una malla de baile azul eléctrico ajustada al cuerpo, que le realzaba los pechos suaves y redondos; las piernas torneadas iban enfundadas en unas medias blancas que llegaban a los muslos, abrazándolos como si fueran ligas, y los pies delicados calzaban unas zapatillas de baile sin punta. Observó atónito como la joven, con una pierna apoyada en el barral, elongaba y curvaba el cuerpo hacia atrás como si fuera un junco, lo que evidenciaba su increíble flexibilidad. Era tan delicada a la hora de mover el torso y las manos que nadie podría dudar del derroche de femineidad que irradiaba.

Atravesando las defensas que se había obligado a levantar, una excitación febril se apoderó de Damián. Al imaginar a la ninfa danzando de esta manera para él, sin ropas, dejó escapar un sonido gutural de su garganta. Craso error. Maia se incorporó al instante y clavó los ojos en él, que bajó rápidamente el gorro sobre los ojos y salió de la habitación susurrando unas disculpas.

Damián apoyó la espalda contra la pared, a escasos centímetros de la puerta, confiando en que Maia no lo hubiese detectado o reconocido. Esperó un buen rato, notando que el sonido que emitía el cuerpo curvilíneo de la chica al danzar había cesado. Volvió a asomarse por la ranura de las puertas, y se topó con su propia imagen reflejada en el espejo frente al que Maia había estado practicando hacía unos minutos. El equipo de música seguía sonando y, si bien ella parecía haberse esfumado, el aroma de su piel no se había desvanecido del salón. Damián tomó ímpetu y entró. Por un microsegundo la impresión que se llevó fue que el salón estaba vacío, pero al instante vio la figura pequeña de la chica empotrada de espaldas contra la pared, a su lado. Sin darle tiempo a reaccionar, saltó sorpresivamente como un felino contra él, le clavó los dos pies en las caderas y le hizo perder el equilibrio y trastabillar hacia un costado. Ante la confusión de él, la chica aprovechó la oportunidad y salió corriendo de la habitación.

«¡Mierda!», gruñó Damián, que salió tras ella a toda prisa.

Aunque el piso de la academia era grande, no había mucho espacio para que Maia pudiese escapar como había logrado hacerlo en la fundación la última vez que se habían encontrado.

Damián no era consciente de lo que sucedía alrededor, salvo del cuerpo escultural que se movía ágilmente frente a él. A medida que corrían, iban chocando con diferentes muebles a su paso, lo cual generaba gritos de la gente. De repente, una seguidilla de objetos fue lanzada por Maia contra él. Golpeó con el antebrazo un florero de vidrio que salió impulsado hacia un costado y se estrelló contra una pared; lo mismo un espejo, pero no tuvo la misma suerte con una estatua de porcelana que estalló sobre su hombro. Maldiciendo por lo bajo, Damián aceleró la marcha hasta que ingresaron a un salón espejado, vacío y más grande que los anteriores. Maia se detuvo por un segundo, mirando frenética en derredor, lo mismo que él. Cuando el caminante clavó la mirada en el rostro níveo de la joven, este palideció aún más. La chica se había dado cuenta de que no tenía muchas alternativas. Damián escaneó el lugar y detectó dos puertas que comunicaban con el pasillo por el que habían ingresado; al instante, y con velocidad sobrenatural, las cerró echándoles traba. Cuando se dio vuelta, Maia estaba parada al lado de una ventana, observándolo detenidamente.

Damián evaluó las diferentes posibilidades: si la ventana daba a una azotea, entonces él se vería en un serio problema, pero si daba al vacío… tenía que evitar, de la manera que fuese, que ella saltara.

—No te haré daño —se escuchó decirle mientras se sacaba los lentes. Maia no respondió ni cambió el semblante, pero el temblor de sus manos fue evidente para el caminante, que intentó acercarse. La chica pareció volver a la vida y retrocedió, emitiendo un destello de plata de los

ojos que ahora parecían más cristalinos. Damián se detuvo de inmediato, consciente de la gran diferencia de altura y tamaño que existía entre ambos, lo que podía asustar más a la joven—. Me quedo aquí, pero te pido que me escuches. —La última palabra se confundió con el sonido de unos golpes terribles a la puerta, provenientes de la gente que seguramente había sido testigo de lo acontecido y venía a rescatar a la chica—. Debes venir conmigo, Maia. Mi gente necesita de ti y de Aniel. Ella te espera. —Como él imaginaba, mencionar el nombre de Aniel afectó a la joven, que emitió un brillo más intenso a través de los ojos; pero súbitamente estos se posaron en el vacío del exterior. Intuyendo lo que ocurriría, Damián corrió hacia la joven.

—¡Detente! —gritó desesperado, pero ya era tarde. Maia, ágil como un ciervo, se había precipitado por la ventana. Al asomarse por el vano y verla correr por un tejado, le volvió el alma al cuerpo. Saltó tras ella, en el mismo instante que la puerta del salón se abría y, al caer sobre terreno firme, comenzó a correr por las azoteas de los edificios en la noche del barrio Polanco. La muchacha era rapidísima, pero él era ágil y tenía las piernas mucho más largas, por lo que comenzó a ganar terreno.

Los saltos que la joven realizaba para ir de una azotea a la otra revelaban claramente que era una miembro de la Estirpe y no una humana; una mujer de esa raza jamás podría cubrir las distancias que existían entre las edificaciones. Abruptamente, la chica detuvo la carrera al borde de un edificio y Damián hizo lo mismo a poca distancia de ella, que ahora lo miraba con pánico.

—No tienes salida, Maia —le dijo Damián con calma, sabiendo que la carrera había terminado; el vacío que se alzaba ante ellos superaba la capacidad de la joven—. Acéptalo y ven conmigo —insistió. La mirada de la muchacha pasó del temor a la determinación, lo cual lo preocupó—. No hay escapatoria —le advirtió con la voz grave y rotunda que lo caracterizaba. La chica pareció entrar en razón porque comenzó a acercarse hacia él. No podía creerlo: después de todo, la musa aceptaba su destino sin chistar. Sonrió. Había sido una buena persecución, pero ya era hora de regresar a la organización.

Cuando había llegado a pocos pasos de él, Maia se detuvo un instante y, de inmediato, su mirada se tornó aún más resuelta e intimidante. Y para su asombro, la contempló volverse y tomar carrera hacia la inmensidad que se alzaba por delante.

—¡Maia, no! —gritó Damián, incapaz de creer lo que estaba sucediendo. Maia se mataría. Corrió como un loco, intentando detenerla, pero sabiendo al mismo tiempo que no lo lograría. Un terror vivo y mordaz inundó su alma y su corazón, dejándolo sin aliento al contemplarla cruzar el espacio entre los dos edificios. Era imposible. No podía ser verdad, pero cuando la vio alcanzar tierra firme, su corazón volvió a latir estrepitosamente. Jamás en la vida se había sentido tan mortalmente impotente y asustado.

Una furia inusitada lo puso en movimiento y se arrojó a los brazos de aquella inmensidad.

CAPÍTULO 9

Maia corría a toda velocidad por delante de él, con la larguísima melena negra agitándose al compás de sus piernas. Por el frenesí de la persecución, el pelo de la chica se había soltado de su cola, de la misma manera que el casquete de él había desaparecido, por lo que la trenza pendulaba por su espalda.

Volvió a perderla de vista, pero al llegar al borde del edificio de turno, comprobó que la musa había saltado a otra azotea a unos cuantos metros por debajo de él. Sin perderle pisada, repitió la acción de ella. Maia era agilísima y en varias oportunidades logró sacarle algo de ventaja. Continuaron corriendo durante un buen tiempo, desplegando velocidad y saltando como dos gamos en la naturaleza.

Al caer sobre la terraza de un nuevo edificio, la vio ingresar a su interior a través de una puerta que alcanzó a cerrar y trabar frente a él, deteniéndolo. Maldijo, sabiendo que esto le costaría unos segundos. Arremetió contra la puerta con todas las fuerzas de su cuerpo y, en medio del estruendo que hizo al destrozarla, se lanzó por la escalera escuchando los pasos vertiginosos de Maia sobre los peldaños de metal. Se asomó al hueco de la escalera, y la contempló saltar por encima de la baranda hacia el siguiente nivel inferior, en un intento por ganar tiempo. Damián hizo lo mismo y, por el tamaño de su cuerpo, acortó una buena distancia entre ambos.

Cuando Maia lo miró por sobre el hombro, fue tal el miedo que reflejaron sus ojos que Damián se sintió un animal. En realidad no estaba muy lejos de serlo, ya que se sentía territorial y dominante. Cuando la tenía a tan solo unos dedos de distancia de él, la puerta de un apartamento se abrió y una anciana salió a sacar la basura. La chica aprovechó la oportunidad para ingresar al interior de la vivienda, con él por detrás. La mujer los miró absorta y luego de unos segundos empezó a gritar pidiendo auxilio. En medio del griterío, Maia llegó al balcón del apartamento desde donde se lanzó al vacío. Con el corazón palpitándole a mil, Damián suspiró aliviado cuando la vio aterrizar, como una paloma, varios metros más abajo.

«¿Cuándo se cansará, por Dios?», se preguntó sudoroso. Indudablemente era una mujer entrenada, porque hacía ya bastante tiempo que corrían como dos salvajes y ninguno aflojaba.

De repente, la joven saltó por encima de una baranda de mayor altura que las anteriores, para columpiarse con las manos y propulsarse, mientras giraba el cuerpo a noventa grados, hacia un nuevo tejado. Damián sonrió admirado. La pequeña diabla había cambiado abruptamente la trayectoria de la huida, queriendo engatusarlo. Indudablemente le había ganado otros segundos más, pero él era rapidísimo y sabía que solo era una cuestión de tiempo el poder atraparla.

Sin detener el ritmo de la persecución, Maia volvió a cambiar el ángulo de huida y, súbitamente, se le escabulló de la vista. Jurando por lo bajo, Damián se dio cuenta de que la chica se había introducido, a través de un ventanal, en el interior de otro apartamento. Al hacer él lo mismo, los gritos de unos niños asustados le perforaron los oídos. Como si fueran dos caballos de carrera en plena puja por alcanzar la meta, atravesaron la puerta y continuaron corriendo por unas escaleras, saltando de lado a lado por las barandas hasta llegar a la planta baja, desde donde se lanzaron hacia el exterior por el parque Lincoln.

Siguiendo la dirección de los lagos artificiales que hacían tan popular a este lugar, se precipitaron entre los árboles a toda marcha, en medio de la noche cerrada, única testigo de lo que sucedía entre los dos. El corazón de Damián bombeaba a todo galope por el esfuerzo que llevaba a cabo y admiró a su señora álmica, increíblemente veloz a pesar de lo pequeña que era. Pero él no solo lo era más, sino que tenía la ventaja del espacio abierto. Imprimió una última acelerada a sus piernas y, finalmente, supo que había llegado el momento. Maia era diminuta en comparación con él, por lo que tendría que ser muy cuidadoso para evitar lastimarla.

Sudado como si hubiese pasado horas sentado en un baño sauna saltó, estirando el cuerpo como si fuera una jabalina, para enlazar a la elfa de la cintura cuando esta pegaba un salto formidable. Sin apenas poder creerlo, la atrapó como si fuera un pájaro en pleno vuelo, haciendo realidad el primer contacto físico entre ellos. La envolvió entre sus brazos, azorado de lo estrecha que era su cintura y se obligó a caer de espaldas para amortiguar la caída de su cautiva.

Observó la escena de la que era protagonista transcurrir como si fuera en cámara lenta. A medida que ella y su carcelero caían, la cabellera de ella se entrelazaba con la trenza de él, como atraídas por un imán; y no pudo evitar pensar en una escena surrealista. Se escuchó expulsar el aire de los pulmones al impactar de espaldas contra el pecho de su cazador. El sonido sordo que emitió el cuerpo de este al estrellarse contra el suelo provocó que ella cerrara los ojos y escuchara con más nitidez los latidos del corazón de él y del suyo propio, que galopaban a la misma velocidad. Los brazos poderosos la abrazaban desde atrás, sofocándola, aunque sin hacerle daño. Envió a Dios una plegaria. Sabía que moriría.

Las aletas de su nariz se expandieron y absorbieron el aroma masculino del cuerpo enorme que yacía bajo ella. Era un olor a naturaleza dura, agreste, dominante, que la hacía sentirse más pequeña e indefensa. El terror volvió a invadirla, tanto que apenas se atrevía a respirar. Esperó un rato, expectante, pero sin éxito.

Curiosa, abrió los ojos lentamente y contempló su propio esternón subir y bajar al compás del pecho del gigante que respiraba agitado bajo ella. Los brazos que la retenían eran enormes y tenían bastante vello oscuro, que resaltaba por encima de la piel trigueña; las venas que los recorrían eran abultadas y hacían juego con las manos gigantes que formaban una cincha que la mantenía atrapada contra él.

Maia fue consciente del poder de este hombre. Si quisiera, podría destrozarla de un palmazo, como si ella fuera una polilla. Las uñas de las manos eran limpias y grandes, proporcionales al tamaño de los dedos. Esperó otro rato más, sin saber qué hacer. Él no se movía. ¿Quizás esperaba que ella lo enfrentase? ¿Cómo podía hacerlo si él era tan fuerte? Al menos tenía unos de los brazos libres, pero ella no era una buena luchadora como Aniel y Jackie. ¡Y ojalá estuviese menos asustada!

Al moverse un poco, los brazos de hierro se cernieron sobre ella como si fuesen una camisa de fuerza. No. Indudablemente el sujeto no la liberaría. Asqueada, se sintió terriblemente insegura y sofocada. Al recordar el rostro de este tipo, el mismo que había visto aquella noche que había intentado olvidar durante tanto tiempo, la garganta se le volvió como una lija. Él había estado allí cuando esos hombres horribles, los caídos, habían querido destruirla para extraerle información sobre el segundo símbolo del que supuestamente ella era responsable. ¡Cristo! Lo odiaba por ello y… la aterraba.

Comenzó a temblar, recordando que tanto la señora Ana como su amiga Aniel le habían hablado sobre los cinco tipos especiales: los caminantes, pertenecientes a la casta de los *silverwalkers*, pero había sido Aniel quien le había advertido sobre su intención de apresarlas a ellas dos y a Jackie para apoderarse de los símbolos.

Y este era uno de ellos.

Unas náuseas poderosas, así como una imperiosa necesidad de salir de este encierro, la obligaron a actuar. Si debía morir, al menos lo haría luchando con todas las fuerzas de su cuerpo y su alma. Recordó algo de la defensa personal que su amiga Jackie le había enseñado y, con el brazo libre, clavó el codo, con todo el vigor que le quedaba, a la altura del hígado del sujeto. La respuesta fue instantánea: el cuerpo del hombretón se dobló apenas y aflojó un poco el agarre. Maia intentó rodar sobre la masa de músculos que yacía bajo ella, haciendo palanca con las piernas, pero el tipo adivinó la intención. Se sintió girada en el aire, como si su cuerpo estuviera hecho de plumas, para terminar nuevamente de espaldas, esta vez sobre el césped, con el gigante recostado sobre ella y con la nariz casi pegada a la suya. Se quedó paralizada observándolo, sudado y agitado como ella. Si bien el terror le exigía a gritos salir corriendo, por tan solo unos segundos se permitió evaluar el semblante de su oponente. Tenía los antebrazos apoyados a cada costado de la cara de ella, y el cuerpo cubría en su totalidad el suyo, aunque sin aplastarla del todo. Era tan enorme que se sintió minúscula. Él le recorrió el rostro con avidez, como si hubiese estado esperando este momento. Parecía un niño goloso que había soñado con que le regalasen su helado preferido.

Clavó la mirada en los ojos oscuros como la noche, que emitían fugazmente el reflejo plateado que ella tanto recordaba. Ahora los tenía a unos pocos centímetros de distancia y eran grandes y rasgados, enmarcados por unas pestañas tupidas y largas. La nariz era recta y los labios llenos, así como la mandíbula, que parecía esculpida a cuchillo. No podía verle los dientes ya que mantenía los labios apretados en una línea. Y lo más atemorizante: la figura de un dragón tatuado subía por la garganta del sujeto, se perdía en la nuca y resurgía por encima de la cabeza descendiendo por la frente hasta el puente de la nariz. El rostro del animal mitológico acompañaba la fiereza de los rasgos del carcelero, al coincidir sus ojos con los de él. No sabía cuál de ambos parecía más temible.

Cuando el tipo abrió las aletas de la nariz al aspirar hondo, cerró los ojos y Maia pudo apreciarle mejor las pestañas, que eran negras como las de ella. Sin darse cuenta del tiempo que llevaba observándolo, de repente se vio reflejada en las pupilas oscuras que la examinaban de la misma manera que ella lo hacía. En ese momento, los labios masculinos se abrieron emitiendo una breve mueca, que le permitió verle algunos dientes. Eran fuertes, grandes y blancos.

Maia detuvo su examen en la cabellera. La llevaba casi rapada, salvo en el centro de la cabeza, donde descansaba una banda ancha de fino cabello lacio y negro que se continuaba en una gruesa trenza que le caía por la espalda.

Repentinamente, un pánico frío le paralizó el corazón y le recordó quién era este tipo y en la espantosa situación en la que se hallaba; e hizo lo que jamás antes se hubiese atrevido hacer a nadie: clavó las uñas en las mejillas poderosas que tenía al frente y las arrastró, captando el olor de la sangre que brotaba de ellas. El sujeto gritó de dolor y con él, el dragón. Al hacerlo, Maia le dio un rodillazo implacable en la entrepierna, como Jackie en innumerables ocasiones le había enseñado. El tipo exhaló abruptamente el aire de los pulmones y emitió un quejido, al mismo tiempo que palidecía. Maia aprovechó para empujarlo repetidas veces, corcoveando con todas las

fuerzas que le quedaban, hasta que logró escabullirse del encierro y comenzar a correr.

Cuando había dado unos pocos pasos resbaladizos, las manos fuertes la atraparon de los tobillos, haciéndola caer de nuevo al suelo y la arrastraron hacia él. Intentó patearlo, pero el hombre la levantó en el aire para obligarla a caer encima de su regazo. Con el impulso que traía, Maia giró el cuerpo y se abalanzó contra el de él con todas sus fuerzas, para golpearle a continuación la cara con los puños. Gritó sin dejar de retorcerse, intentando quebrar la barrera de las manos enormes que la detenían. Lanzó de manera incansable, cachetadas y puñetazos en dirección al rostro del maldito, pero solo dos dieron en el blanco. Y de repente, su cuerpo fue girado abruptamente para quedar atrapado otra vez debajo del perseguidor. Se retorció como un animal asustado e intentó clavarle nuevamente las uñas, pero las manos de él frenaron cada intentona. El terror de Maia llegó a su máximo nivel cuando se dio cuenta de que esta vez era imposible escapar. Gritó más alto. Súbitamente, tenía las muñecas inmovilizadas a los costados de la cabeza y, sin dejar de revolverse, contempló horrorizada los ojos oscuros que descendían sobre ella. Chilló, esta vez como una loca, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Lo último que escuchó fue la voz grave de su carcelero que le susurraba al oído que se durmiera. Y para su estupor, cerró los ojos y se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO 10

Buenos Aires

Aniel se levantó sensualmente de la cama del hotel, como una leona que acababa de despertar. Miró por encima del hombro y contempló al increíble ejemplar masculino que yacía acostado sobre las sábanas, cuan largo era, sonriente y satisfecho. Ella le devolvió la sonrisa, pensando en lo maravillosa que había sido la noche durante la cual Gabriel y ella habían disfrutado haciendo el amor incontables veces. El día anterior, habían festejado el tercer mes de casados y se habían regalado una íntima cena en un gran hotel de Buenos Aires y una noche en una suite deslumbrante.

Se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha después de tan intenso y fascinante ejercicio físico, y se relajó al sentir el agua caliente que suavizaba las zonas doloridas de su cuerpo. En ese instante, no pudo dejar de estremecerse de felicidad por todo lo fascinante que venía viviendo junto a Gabriel desde que había regresado a la vida. Toda la vieja pesadilla había quedado atrás, y no podía creer que finalmente ambos estaban vivos, en carne y hueso, y felizmente casados.

Pero no todo se iba desarrollando como ella hubiese deseado, lo cual la apenaba y enturbiaba la enorme felicidad que sentía al lado de Gabriel.

La boda había sido muy íntima y secreta y solo habían estado presentes los *silverwalkers*. Su padre, apenas había regresado a la materia, había salido de misión y no había vuelto a saber de él. Y su madre seguía desaparecida. Aniel le había transmitido a Gabriel su sospecha de que Damián sabía dónde estaba su madre, pero su esposo se negaba a profundizar en ese tema.

—Cree en Damián —le había dicho al oído en la noche de bodas mientras la abrazaba con ternura. Gabriel no dejaba de acariciarla y mimarla, como queriendo recuperar todo el tiempo que habían perdido cuando habían estado separados.

—Es fácil para ti, Gabriel … —había balbuceado ella con los ojos cuajados en lágrimas—. Pero no para mí. Y mi padre parece aceptar el silencio de Damián.

—Solo te pido que confíes en mi palabra, mi amor —le dijo el guerrero, mientras le limpiaba las lágrimas con una seguidilla de pequeños besos—. Deberías hacer lo mismo que tu padre. Él es consciente de que Damián hablará cuando llegue el momento.

Indudablemente, Gabriel confiaba en que su amigo tenía razones para callar, así que el único consuelo que ella y su padre tenían era saber que hallar a Ana era una cuestión de tiempo.

También había extrañado enormemente a Maia, Jackie y Brenda.

Maia… su hermana. Aún le parecía increíble lo que Damián había confesado en la multidimensionalidad. Si bien sentía una profunda felicidad al saber que Maia era su hermanita pequeña, también la aterraban las palabras del caminante acerca de la intención de los caídos para con ella. Suspiró profundamente. Ninguna de ellas tenía un destino fácil. En el pasado, las cuatro habían fantaseado acerca de permanecer juntas para siempre. Habían imaginado muchas maneras de hacerlo, ya que todas coincidían en que era un hecho imposible el que alguna vez ellas se casasen con alguien. Ahora Aniel entendía por qué. Ella jamás se había sentido atraída por ningún chico, hasta que conoció a Gabriel. Desde que el guerrero había posado los ojos en

ella, Aniel había tenido que librar una batalla encarnizada para no enamorarse de él, pero al final no pudo resistir más el empeño y el amor con que Gabriel la había enfrentado, y su corazón cayó rendido ante él.

Suspiró y sacudió la cabeza.

Hubiese deseado con todas las fibras de su corazón que las chicas hubiesen sido partícipes de la felicidad que los bendijo a Gabriel y a ella en ese maravilloso día. Pero era consciente de que, en parte, la ausencia de sus amigas se debía a ella misma. Durante un tiempo, Aniel había creído fehacientemente que los *silverwalkers* eran sus enemigos y había ayudado a crear en Jackie y en su hermana una imagen tan diferente de ellos, que las chicas no solamente huían de los guerreros, sino que también creían que ella era su prisionera. Y no dudaba de que Brenda, si aparecía, se sumaría a esta idea.

Se le hizo un nudo en la garganta. No quería ni pensar si ellas, además, algún día descubriesen que ella había estado muerta. ¡Dios!

Y existía otro hecho que le generaba un profundo dolor. La promesa que ella y Gabriel le habían hecho a la Orden de los Jerarcas antes de regresar a la materia: no entrometerse ni influir en las decisiones de los caminantes y sus señoras álmicas. Las parejas debían permanecer juntas por propia decisión y no porque estuviesen obligadas a hacerlo. Y para ello, Aniel debía mantenerse alejada y callar.

Aún le resultaba difícil comprender aquello de las señoras álmicas de plata. Gabriel le había explicado que el destino de la Estirpe era regido por unas profecías, cuya revelación había comenzado a ser transmitida por los Jerarcas de la Orden desde hacía más de cien años en forma gradual. En ellas se hacía mención a los *señores álmicos*, que representaban a las hembras y machos de la especie emparejados en una unión ideal, que garantizaba el amor único e incondicional entre ellos. Estos señores álmicos jamás habían existido en la casta de los guerreros *silverwalkers*, ya que nunca en la historia de la Estirpe habían nacido mujeres con la misma genética particular, un tanto diferente a la del resto de los miembros de la Estirpe, que caracterizaba a los caminantes. Pero hacía pocos meses, los jerarcas habían revelado algo nuevo y sorprendente que echaba por tierra lo anterior: la existencia de cinco mujeres llamadas *señoras en la tierra o señoras álmicas de plata* ahora era una realidad. Cada una de ellas estaría destinada a un guerrero *silverwalker*, su *señor álmico de plata,* para que juntos atravesaran el llamado *camino del reconocimiento*. Este camino era una metáfora del encuentro de los señores álmicos y su libre aceptación mutua; una reunión de almas complementarias que generaría una unidad de conciencia superior no solo dentro de la casta de los *silverwalkers*, sino de toda la Estirpe.

El reconocimiento mutuo entre los señores álmicos de plata permitiría a cada guerrero *silverwalker* alcanzar un estado de completitud tal que lo haría más eficaz en sus misiones y elevaría su poder como guía de traspaso de almas al plano superior. También se garantizaba el acto sublime de la procreación; una nueva raza de *silverwalkers* nacería, con una nueva conciencia y comprensión, más un nuevo modo de trabajo. Para ello se requeriría por parte de cada *silverwalker* la búsqueda y reconocimiento de su señora álmica de plata.

Y hacía poco, Gabriel le había confesado que Maia era la señora álmica de Damián. No solo eso, sino que también existía la sospecha de que Jackie y Brenda pudiesen pertenecer a la Estirpe de Plata. Al principio, a ella le había parecido una verdadera locura, pues no existía ninguna prueba de ello, a diferencia de Maia y de ella, cuyo padre, como Gabriel le había confesado en su momento, era miembro de la Estirpe. Pero después, recapacitando sobre esto, se había dado

cuenta de que quizás, y solo quizás, Jackie y Brenda podían, en realidad, ser miembros de la Estirpe. Apenas se habían visto por primera vez, todas ellas se habían vuelto inseparables porque algo único y especial que jamás habían sabido explicar las había unido y marcado a fuego vivo. Si la sospecha era realidad, entonces existía la posibilidad de que Brenda y Jackie pudiesen ser señoras álmicas de Triel, Ruryk o Metanón. Y por lo que hasta el momento sabía, Metanón sentía una poderosa atracción por Jackie que, a su vez, era responsable del tercer símbolo. El círculo se estrechaba y, con ello, la posibilidad de presentarse ante su hermanita y sus queridas amigas.

Incapaz de resolver tantas cuestiones, Gabriel y ella habían decidido casarse al lado de un arroyo muy especial en el delta del río Paraná, donde su abuelo Johan, hacía mucho tiempo, había plantado *los árboles de plata*, que solo los miembros de la Estirpe podían percibir. Si bien para los ojos humanos su follaje era de color verde, para ellos era de un color plateado iridiscente que se tornaba más brillante con el reflejo de la luna. Ese arroyo había sido testigo del primer encuentro entre Gabriel y ella, y del enfrentamiento entre Gabriel y Sácritos con sus traumáticas consecuencias pero que, al final, había sido el suceso clave para que su amado guerrero y ella hubiesen podido dar el sí frente a un sacerdote de la Estirpe aquel día.

Con la cabeza llena de pensamientos, y cuando comenzaba a enjabonarse el cabello, se vio envuelta por unos brazos y unas manos fuertes que la abrazaron desde atrás y comenzaron a acariciarle los senos húmedos. Aniel sonrió ante la idea de que Gabriel hubiera venido para invitarla a hacer el amor una vez más.

—Insaciable —le dijo riendo en el mismo instante en que se volvía hacia él para recibir un beso aplastante en la boca. Las manos fuertes pero suaves de su esposo comenzaron a acariciarla por todo el cuerpo, y la obligaron a arquear la espalda para permitirle a la boca de él descender por la garganta y, finalmente, comerle los pechos sabrosos como si fueran gelatinas. Los chupó y lamió a su gusto, provocando una profunda excitación en el centro íntimo de Aniel. Gimiendo, Aniel observó maravillada como la polla de Gabriel crecía voraz. Obnubilada de placer, forzó a su esposo a abandonar el ataque a sus senos para poder ella invadirle la boca con un beso glotón. Al morderle suavemente el labio inferior, Aniel escuchó que Gabriel se enardecía y, al instante siguiente, la levantaba bruscamente y la apoyaba contra la pared, obligándola a envolver su cintura con las piernas.

—No tengo suficiente de ti —susurró hambriento, mientras la penetraba con frenesí. Las estocadas bravas crecieron en intensidad a medida que los gritos de placer de Aniel lo impulsaban a acelerar el ritmo. Los dedos de la joven luchaban con la cabellera de su esposo, que parecía la de un león. Siempre le había fascinado ese pelo abundante, color caramelo, al que atacaba con salvajismo cada vez que se sentía próxima a estallar.

Al ruido del agua de la ducha que caía sobre el piso, se sumaron los gemidos de ambos, que moviéndose al ritmo frenético de las caderas, llegaron al punto culminante y explotaron en un solo grito ahogado.

—Te amo, mi amor —le dijo Gabriel mientras le recorría la mejilla tiernamente dejando un racimo de besos a su paso.

—Y yo a ti —respondió Aniel abrazándolo. El caminante volvió a llenarla de atenciones pero, al notarla fatigada, la depositó en el suelo, la envolvió en una toalla y la llevó a la cama nuevamente en brazos. La acostó con delicadeza y, con extrema suavidad, le desenvolvió la toalla para secarle primero el cuerpo y después continuar con el cabello.

—Tenemos que hablar, Gabriel —dijo Aniel.

Gabriel, al captar la seriedad en la voz de su esposa, la miró y dejó la toalla a un lado, curioso acerca de lo que ella querría transmitirle.

—Te escucho —la alentó.

Cuando parecía que Aniel tomaba coraje, la puerta de la habitación se abrió de golpe, provocando un estruendo al golpear contra la pared.

Gabriel y Aniel abrieron los ojos grandes al ver la figura que se alzaba ante ellos.

CAPÍTULO 11

—¿Cómo pudiste, Aniel? ¿Cómo pudiste volverte una de ellos? —gritó Jackie consternada, a la vez que ingresaba a la habitación.

—Jackie… —balbuceó Aniel, con la mirada tierna, casi feliz de verla—. ¿Cómo supiste…?

—No te daré explicaciones. La que tiene que hacerlo eres tú.

Mientras Aniel y Gabriel, desnudos, se levantaban de la cama y echaban mano a la ropa que yacía en el piso por todos lados, contemplaron a la chica de cabellos del color del fuego, que se veía furiosa. Encontrarlos juntos y de esta manera en el hotel le aseguraba a Jackie que ambos eran amantes, y ello significaba, ante sus ojos, que Aniel se había puesto del lado del enemigo.

—¡Te han lavado el cerebro, Aniel! —gritó intentando acercarse, pero Gabriel se interpuso entre ella y Aniel, mirándola de manera glacial. Jackie le devolvió la mirada, al principio, atribulada pero luego con rabia. ¿Acaso el desgraciado pensaba que le haría algo malo a su amiga?

Jackie se enfureció aún más cuando oyó un gruñido de enfado que surgía por detrás de ella, y que conocía bien. Giró sobre sus talones y lo vio: Metanón. El *silverwalker* de cabellera rubia que la venía persiguiendo desde hacía tantos meses entró también, para su estupor, en la habitación sin dejar de mirar a Gabriel como si le advirtiese algo. ¿De dónde había salido? ¿Y cómo había dado con ella?

—Aniel —saludó el rubio guerrero y, a continuación, miró al otro tipo con cautela—. Gabriel.

No podía creer lo que presenciaba. No solo Aniel parecía estar loca por Gabriel, sino que también parecía ser bastante amiga de Metanón. Sacudió la cabeza. ¡No podía ser!

—Gabriel —llamó Aniel con dulzura— Por favor, mi amor, necesito hablar con Jackie, pero no te interpongas. Ella jamás me haría daño.

— ¿Te das cuenta al nivel que me han puesto? —siseó Jackie a su amiga—. ¿Mi amor? ¿Y eso desde cuándo, Aniel? ¿Y cómo puede ser que seas amiga de mi más insoportable enemigo? —preguntó furiosa y miró a Metanón que la observaba con el ceño fruncido. Pero enseguida se obligó a dirigir la mirada nuevamente hacia Aniel—. ¿Saben ellos que tú y yo éramos inseparables, casi hermanas? —Y se volvió hacia Gabriel con toda la furia que abrasaba su alma —. ¡Así era con Aniel hasta que llegaste tú con tus embustes! —gritó, señalándole el pecho a Gabriel con el dedo índice.

—Jamás comprenderás lo que nos une a Aniel y a mí mientras sigas eligiendo verlo con los ojos de la ira —le contestó el mastodonte con un dejo de enojo.

—Quiero hablar contigo sin que estos dos tipos interfieran —exigió Jackie a Aniel sin detenerse a reflexionar sobre lo que el maldito le había dicho. Aniel la miró con la ternura que caracterizaba a sus ojos verde mar y Jackie sintió que las rodillas le flaqueaban; pero su corazón estaba herido. No podía comprender qué había pasado con su amiga para aceptar a su verdugo como pareja. Debía de haber algún error que no lograba dimensionar y necesitaba aclararlo con ella.

La vio caminar alrededor de Gabriel, que la tomó de la muñeca para detenerla. Ante este

gesto, Aniel le colocó un dedo en los labios y detuvieron sus miradas el uno en el otro durante un rato. Al ver que la expresión de enojo de Gabriel cambiaba a una de aceptación, Jackie no pudo dejar de impresionarse por la manera en que estos dos seres reaccionaban entre sí.

Observó a Aniel, que ahora comenzaba a acercarse a ella, sin poder evitar ponerse tensa ante la tranquilidad que su amiga desplegaba. Metanón, a pocos metros de ellos, no le sacaba los ojos de encima, salvo un par de veces en que miró a Aniel con confianza y a Gabriel con recelo. Era obvio que el detestable caminante sabía que Gabriel no dudaría en atacarla a ella para proteger a la que consideraba su amante.

«¿Por qué este mequetrefe de Metanón se pone, de repente, de mi lado?», se preguntó Jackie completamente sorprendida.

—Habla —le exigió Jackie a Aniel de manera ruda. No podía permitirse ser suave porque, de hacerlo, caería rendida a los pies de su amiga y terminaría aceptando la presencia de estos tipos en sus vidas. Y eso era impensable.

—No sabes cuánto lamento ser la causante de lo que sientes en este momento, Jackie.

—Estoy profundamente defraudada. No puedo entender que te hayas ido con este...

—Solo quiero pedirte algo —la interrumpió Aniel mirándola con esos ojos que empezaban a irradiar la aureola plateada que tanto le impactaba.

—No estás en condiciones de pedir nada, Aniel —siseó haciéndose la brava.

—Tienes que confiar en mí.

Ahí estaba lo que justamente más le costaba en la vida a Jackie: confiar. ¿Cómo Aniel osaba pedir lo imposible? Ella sabía cómo funcionaba y solicitarle algo así era una absoluta ridiculez.

—No puedo —murmuró hosca.

—Es de la única manera que lograrás aceptar lo que sucede, aún sin comprender, Jackie. —Y la observó acercarse aún más a ella, captando de inmediato cómo Gabriel y Metanón se ponían más tensos. El interior de Jackie era un volcán a punto de estallar. Conocía muy bien los mecanismos que se ponían en funcionamiento cuando se sentía de esta manera, y no quería volver a experimentarlos y menos contra alguien tan querido.

—Alto ahí. No te acerques más. Estoy cabreada de verdad porque me siento traicionada y confundida.

Pero Aniel siguió avanzando.

—Si le haces daño... —le advirtió Gabriel con tono amenazador. Metanón contestó por ella con otro gruñido, que esta vez se oyó más fuerte.

—Jackie... —escuchó que le decía Aniel. Se sentía enferma de la rabia y de la impotencia. En otros tiempos habían luchado juntas contra estos locos... ¡Y ahora ella se iba con ellos!

—Aniel, no te acerques. Hablemos a la distancia. No tolero sentirme encerrada, lo sabes. El tipo que está a mi derecha te lo puede confirmar; puedo llegar a desbordarme mal si me siento así, y es lo que estás logrando en este instante.

Ante estas palabras, Aniel se detuvo con los ojos cuajados de lágrimas. Jackie no soportaba verla así, pero... ¿quién podría entenderla a ella?

—Detrás de todo lo que ves, Jackie, hay una gran explicación que no puedo brindarte ahora.

Ante esta frase dicha con tanto cariño, la pelirroja no pudo aguantar más. Odiaba a su amiga tan querida en ese momento.

—Entonces tú eres la que no confía en mí. ¿Por qué me sermoneas si después ni siquiera tú misma puedes llevar a cabo lo que pregonas? Estoy desilusionada, Aniel. ¿Es tan difícil de aceptar?

—Sí, porque sé que me comprenderás algún día. Pero ahora no es el momento. Y me duele.

—¡Palabras vacías! No tienen significado para mí —siseó con rabia, sintiendo que los ojos se le ponían húmedos. Mierda. Odiaba mostrarse tan vulnerable— ¡Me has traicionado, Aniel, y también a Maia! ¡Y de alguna manera, también a Brenda! ¿Acaso no te acuerdas de todo lo que Maia, tú y yo hemos pasado gracias a...? —Y se giró para mirar a Gabriel y a Metanón, a los que señaló con la mano—. ¿A estos impresentables?

Metanón la miró como queriendo estrangularla pero, aun así, a Jackie le parecía increíble que estuviesen en una misma habitación sin pelear o jugar al gato y al ratón.

—Sé lo que estás pensando, Jackie —susurró Aniel—. Y te juro por el amor de mis padres que te comprendo.

Se sintió ladina cuando escuchó esas palabras. Aniel se las decía con amor, sin ninguna duda de ello; pero estos tipos le habían lavado el cerebro. Debía haber una manera de sacarla de allí y llevarla lejos.

—Ven conmigo —suplicó Jackie dando un paso hacia Aniel, a la vez que Gabriel avanzaba otro hacia ella y Metanón hacía lo mismo hacia él.

Aniel levantó una mano y miró a ambos machos, que parecían a punto de querer destrozarse.

—Por Dios, quiero tener una charla con mi amiga sin interrupción. Dennos espacio o, si no, retírense.

Jackie se quedó absorta al observar como ambos tipos reaccionaban a sus palabras. Metanón miró a Aniel como pidiéndole disculpas y Gabriel parecía listo para atacarla a besos. Definitivamente este tipo estaba muerto por ella y Jackie no pudo menos que admirar a su amiga.

Aniel se volvió con expresión serena para observarla con mayor ternura y decirle suavemente:

—Sabes que te adoro. —Ante las palabras de Aniel, Jackie sintió que las piernas se le aflojaban de nuevo. ¿Por qué su amiga no le decía algo horrible que le permitiera desencadenar todo el enojo que le oprimía el pecho?—. Pero no puedo dejar a Gabriel —la escuchó susurrar.

—¿Qué es lo que este tipo significa para ti que has abandonado nuestra cruzada, Aniel? —preguntó Jackie asombrada.

Aniel miró a Gabriel con un fulgor en los ojos, que dejó a Jackie paralizada. Y, de repente, todo fue muy claro. El amor que los ojos verdes de su amiga derramaban por este tipo era tan enorme que no dejaba lugar a dudas: estaba profundamente enamorada de él. Y sin que Aniel dejara de mirarlo, la escuchó decir lo que no había querido aceptar:

—Gabriel significa todo para mí.

Repentinamente todo alrededor de Jackie empezó a dar vueltas como si estuviera sentada en el cine viendo una película muda. Presa en ese caos, se obligó a actuar. Se acercó a Aniel abruptamente y la tomó del brazo para tratar de arrastrarla hacia la puerta. Tenía que llevarse a su amiga ya que no podía estar enamorada de su propio enemigo. ¡No podía!

Escuchó que Aniel le gritaba, pero no entendió nada. La sintió forcejear contra su cuerpo, a medida que ella misma se volvía más ciega y enfurecida. Una serie de puños pesados que estallaban unos contra otros bramaron alrededor de ellas sin que Jackie supiera de dónde

provenían. Pero eso la tuvo sin cuidado. Su cerebro había dejado de funcionar para todo aquello que no fuera cumplir con la orden que su mente le daba: debía irse de allí con Aniel. Y su cuerpo respondió al mandato.

Se dirigió hacia la puerta arrastrando a Aniel detrás de sí, y cuando se dio vuelta, se topó con el rostro de su amiga que la miraba con los ojos desorbitados mientras seguía gritando; pero ningún sonido le llegó a los oídos. Jackie la abrazó con todas sus fuerzas y la levantó como pudo para arrastrarla con mayor ímpetu, pero Aniel se defendía como una fiera. De repente, toda la bronca que Jackie tenía encerrada finalmente estalló y, si bien lo último que deseaba en esta vida era lastimar a Aniel, ella le había partido el corazón en dos y lo remediaría de la única manera que conocía: llevándosela del lugar donde le habían transformado el cerebro y el alma.

Intentó tomarla con mayor fuerza desde atrás, envolviéndola por el torso, pero Aniel seguía forcejeando como una loca. Jackie sabía que Aniel podía defenderse a puños o a patadas, pero no lo hacía, por lo que dedujo que se cuidaba de dañarla. Aunque le costó llevarla a rastras, logró finalmente atravesar la puerta, pero a último momento no pudo seguir avanzando más, porque su amiga se había aferrado al marco de la puerta como si fuera un salvavidas flotando en medio de un naufragio. Tironeó del cuerpo de Aniel, intentando que se desprendiera de aquel pedazo de madera, pero su amiga era fuerte y, en la refriega, perdieron el equilibrio y cayeron al suelo del pasillo. Rodaron y trataron de ganar una sobre la otra, pero Jackie estaba decidida: salvaría a Aniel de estos mal nacidos.

Lucharon un rato, sin pegarse demasiado. Jackie no sabía qué hacer para llevarse a su amiga sin darle un buen puñetazo, pero moriría de la pena si la lastimaba mal o si le aflojaba algún diente. Así que siguió intentando doblegarla y cansarla, pero Aniel era una tigresa.

Mientras peleaban en el suelo, escuchó el ruido sordo de unas mesas que eran destrozadas y el estallido de unas lámparas al caer al suelo. Y en medio de la batalla con Aniel, los vio aparecer: Metanón y Gabriel, enredados como dos leones rugientes que peleaban defendiendo a sus hembras, cayeron al suelo en medio de un ruido estruendoso. Y una vez más, Jackie se preguntó por qué Metanón la defendía.

Sabiendo que Gabriel y Metanón estarían ocupados aporreándose los cuerpos enormes y fuertes, se dedicó a Aniel, que seguía forcejeando contra ella, aunque la notaba agotada. Era raro que Aniel se cansara tan rápidamente en una pelea. Jackie logró sentarse a horcajadas sobre ella y le apresó las muñecas, para mirarla sin concesiones y gritarle:

—¡Basta ya, Aniel! ¡Vamos a casa!

—¡No, Jackie! ¡No entiendes! —gritó esta a su vez—. Déjame, por el amor de Dios. Mi lugar es aquí. Algún día lo entenderás.

—No te dejaré con estos tipos bajo ningún punto de vista. Antes tendrás que matarme a mí. ¿Me oíste? —bramó con toda la rabia que la carcomía por dentro.

Otra mesa se derrumbó cerca de ellas, a la par que los dos tipos seguían golpeándose salvajemente a puñetazos limpios.

—¡Lo va a matar! —gritó Aniel al observar como Gabriel y Metanón se castigaban como locos. Y entonces Aniel comenzó a luchar de otra forma, indudablemente queriendo ayudar a su amante. Su forcejeo se volvió más fuerte, e incluso llegó a propinarle a su amiga un par de patadas en el cuerpo y un buen puñetazo en la mandíbula. Asombrada, Jackie cayó desplomada hacia atrás. Aniel se desprendió ágilmente de ella para ir hacia donde los dos machos seguían

masacrándose, pero Jackie, recuperada de la trompada en su cara, corrió tras ella y, saltando sobre sus piernas, logró tirarla al suelo, con lo que evitó que se sumergiera en la pelea de los dos tipos. No sin esfuerzo, volvió a retenerla y bramó:

—¿Por qué, Aniel?

Ambas pararon de pelear y Aniel la miró de una manera intensa, con lágrimas corriéndole por las mejillas. Y Jackie, súbitamente, comprendió que lo que su amiga iba a decirle cambiaría el rumbo de sus vidas radicalmente:

—Porque aparte de amar a Gabriel con toda mi alma, llevo a su bebé en mi vientre —murmuró.

Jackie miró estupefacta a Aniel, al mismo tiempo que el cuarto quedaba sumido en un profundo silencio. Dirigió la mirada hacia los dos caminantes, que habían dejado de pelear y se estremeció cuando Gabriel, echado sobre Metanón, se levantó como un resorte para ir a toda velocidad hacia ellas. No escuchó ningún gruñido de Metanón cuando Gabriel la tomó del brazo con cierta delicadeza y la apartó de Aniel. Al instante, se arrodilló ante esta y la envolvió entre sus brazos con infinita dulzura. Aniel se abrazó a él y, súbitamente, comenzó a llorar desconsoladamente, apoyada contra aquel pecho enorme. Gabriel la estrechó con más fuerza y, de sus ojos canela, ahora transformados en dos luceros de plata, comenzaron a caer lágrimas del mismo color surcando las mejillas golpeadas. ¿Acaso él no sabía...?

Jackie se incorporó despacio, y los observó. ¿Cómo podía describir aquello que veía ante sus ojos? ¿Acaso existían palabras para explicar lo que solamente se podía comprender cuando se sentía? Se encontró súbitamente invadida por el amor que estos dos seres albergaban uno por otro, y ahora por un tercer miembro: uno pequeñito pero a la vez enorme, que había hecho el anuncio de su llegada.

Y, repentinamente, ningún argumento tenía sentido.

Se sintió vacía y sola. Su amiga se le iba de las manos sin que ella pudiera hacer nada. Una lágrima rodó por su mejilla. Odiaba llorar, pero ser testigo de ese amor la había apabullado. ¿Se podía llegar a amar de esa manera? Por lo visto, Aniel y Gabriel sí.

Algo cálido la envolvió por los hombros desde atrás y no pudo ocultar su asombro y perplejidad: Metanón y sus brazos. Se había acercado lentamente hacia ella, sin que se diera cuenta, tan embobado como ella por la escena que se erigía ante ellos: Aniel, Gabriel y el hijo de ambos.

Jackie cerró los ojos y tan solo por un segundo tuvo ganas de aflojarse entre los brazos que suavemente la tomaban de los hombros. Quizás el mismo Metanón estaba impresionado de que ella le hubiese permitido este contacto, pero aquel bebé había obrado, por un instante, un milagro entre todos ellos. Abrió los ojos y volvió el rostro para detener la mirada en el caminante, que la abrazaba y le devolvía la mirada de una manera muy distinta. Y lo que aquellos ojos le transmitieron, la asustó. Y, por ende, actuó. Giró el cuerpo rápidamente hacia él y, sin tapujos, le clavó la rodilla en las pelotas, a la vez que lo escuchaba gemir y maldecir mientras se doblaba en dos.

Sin mirar hacia atrás, Jackie salió corriendo apresuradamente de la habitación, para continuar con su destino: huir.

CAPÍTULO 12

Delta del río Paraná

Damián contempló una vez más a Maia dormida entre sus brazos. Había sido una persecución digna de su señora álmica y sinceramente no había esperado menos de ella. Aunque era pequeña y se la notaba muchas veces tan desvalida, había demostrado gran coraje y fortaleza. La marca, apenas perceptible, que aún quedaba de los dos profundos arañazos que Maia le había atravesado en la cara y el dolor entre las piernas eran evidencia de lo que ella era capaz de hacer cuando se sentía amenazada.

La depositó con cuidado en la cama de su habitación y la cubrió con una manta liviana; se sentó en una silla a su lado y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre los muslos y entrelazando las manos, para observarla.

Transportarla desde Ciudad de México hasta la casa de la organización de la Estirpe en el delta del río Paraná había sido una tarea titánica, ya que no solo había tenido que conseguir urgentemente un pasaporte, sino que también había tenido que ser extremadamente consecuente y precavido durante el vuelo para controlar la mente de Maia, enviándole la orden de seguir durmiendo cada dos horas. Si bien el efecto de las ordenes mentales que los *silverwalkers* eran capaces de enviar a sus presas duraban normalmente mucho más de dos horas, él no había querido arriesgarse con Maia. Le había costado mucho atraparla y no pensaba correr el riesgo de perderla nuevamente. Además, si ella se hubiese dado cuenta de que estaba encerrada en un avión con él, sabe Dios qué locura habría hecho con el terror que le tenía.

Y aquí estaba ella, una de las cinco mujeres especiales anunciadas por las profecías de la Estirpe de Plata. El grave problema era que las profecías no ofrecían ningún tipo de garantías acerca de cuán inmediatamente las señoras álmicas podrían llegar a reconocer a sus señores. El transitar de ese camino podía llegar a tornarse largo y difícil para un guerrero *silverwalker*.

Estirándose hacia adelante, Damián acarició suavemente un mechón de cabello de Maia que le caía sobre el rostro y lo colocó detrás de la oreja. Si tan solo ella permaneciera tan calma cuando despertara. Pero Maia le tenía pánico, y lo que había sucedido aquella noche hacía diez meses profundizaba el rechazo que ella sentía hacia él.

«¡Mierda!», pensó preocupado mientras se frotaba la nuca con una mano. No tenía ni idea de cómo lograría que Maia lo *reconociera*. Él no era Gabriel; no poseía ni la paciencia ni la sabiduría de su amigo. Este había sido siempre el más estable de los cinco caminantes, y Damián se sentía a años luz de ser capaz de comportarse con Maia como Gabriel lo había hecho con Aniel.

Se levantó y se dirigió al ventanal para cerrar las cortinas y oscurecer el cuarto para que la joven descansara mejor. Era verano, hacía mucho calor y los días luminosos eran largos. Se sirvió una copa de agua helada y, luego de degustarla con placer, regresó a la silla para continuar observando a la responsable del segundo símbolo. Hasta ahora, los símbolos habían llegado de la mano de sus señoras álmicas, lo cual no estaba estipulado en las profecías. En ellas solo se hablaba de *las cinco mujeres guardianas de los símbolos*. Entonces, la pregunta que se hacía Damián era si existía una correlación entre las señoras álmicas y los símbolos. Los hechos, hasta

ahora, así lo demostraban: Aniel, responsable del primer símbolo, se había unido a Gabriel; Maia, depositaria del segundo, se uniría a él cuando llegara el momento, y Jackie, la amiga de las chicas que parecía estar relacionada con el tercer símbolo, aunque no tenía pareja, parecía ser pretendida por Metanón. Este aseguraba que perseguía a la pelirroja desde hacía seis meses solo para conseguir lo que ella cuidaba con enorme recelo, pero ya todos intuían que, en realidad, hacía tiempo que el caminante estaba prendado de la muchacha, aunque jamás había abierto la boca para anunciar que Jackie podía ser su señora álmica. En cambio, su hermano Triel y Ruryk se habían mostrado, hasta ahora, escépticos a las profecías; ellos, sencillamente, no deseaban a ninguna mujer especial en sus vidas, por lo que, en caso de que la correlación existiese, el hallazgo del cuarto y quinto símbolo podría llegar a ser un verdadero problema. Igualmente, Damián no confiaba en la inmunidad de Triel y Ruryk cuando se toparan con sus señoras álmicas. Ninguno de ellos tenía la más remota idea de lo que se podía llegar a sentir por la mujer que la naturaleza les había destinado en forma exclusiva. La imagen de Maia lo trastornaba día y noche, y ya no era suficiente con masturbarse cada vez que fantaseaba con hacer el amor con ella en todas las posiciones posibles.

Y en este momento, aun cuando estaba contento por haberla encontrado, también le preocupaba que los caídos intentaran arrebatársela de las manos. Porque de una cosa estaba seguro: la presencia de Maia los atraería a la organización como la miel a las moscas. Por ello, necesitaba tiempo para que su señora álmica comprendiera quién era él y, sobre todo, el papel que ella desempeñaba en este puzle donde las fichas eran seres vivientes.

Respiró profundamente, agotado.

Pensó en Ana y en el hecho de que aún no había cumplido su promesa de llamarla apenas hubiese encontrado a Maia. El gran problema era que esta aún no estaba lista para ese reencuentro. No podía imaginársela luchando contra él y, al mismo tiempo, contra todo lo nuevo referente a su familia. Su chica necesitaría primero afirmarse en ella misma para poder hacer frente a cada tramo de este nuevo camino y los cambios que ellos conllevarían. Y él no estaba dispuesto a exponer a Maia a más de lo que ella podría soportar. Confiaba en que pronto todos los sucesos comenzarían a decantarse por su propio peso, y la reunión de la familia llegaría en el momento preciso.

Así que Ana tendría que esperar un poco más.

Mientras Damián escuchaba la respiración pausada de su señora álmica, acarició la piel delicada y lozana de las mejillas que le recordaban las de un bebé. La joven era, sin duda alguna, dueña de una belleza casi sobrenatural, y su cercanía le generaba un instinto extremo de protección. Máxime al saber, por propias palabras de Aniel, que Maia no tenía ningún tipo de preparación acerca del símbolo y lo que su responsabilidad para con este implicaba. Por ende, él debería ser quien ayudase a Maia a familiarizarse con esta tarea, además de cuidarla celosamente de los caídos. Estos buscaban afanosamente a las mujeres guardianas de los símbolos, no solo para apropiarse de ellos, sino también para obligarlas a emparejarse con los máximos representantes del grupo, ya que la mezcla genética resultante podía ser decisiva para una mejor evolución de toda la raza de estos seres.

Los caídos eran cazadores de almas de la Estirpe de Plata y las luchas mortales por la posesión de estas almas podían darse tanto en el plano multidimensional como en el físico. Si bien en un principio los caídos habían sido humanos, con los siglos habían llegado a desarrollar características particulares como, por ejemplo, poder también viajar a la multidimensionalidad.

En ese caso, trabajaban en conjunto tratando de detectar a aquellos caminantes que podrían estar entregando almas para proceder al ataque. Así, los caminantes debían extremar los cuidados cuando acompañaban a las almas al plano superior de conciencia, para protegerlas y evitar su caída en manos de sus enemigos. Y en el plano físico, los dos bandos vivían enfrentándose a través de sus ejércitos especialmente entrenados. Sácritos, el antiguo jefe de los caídos, había intentado innumerables veces apoderarse de Aniel, hasta que cayó asesinado a manos de Gabriel.

La voz de Ruryk del otro lado de la puerta, llamando a su hermano Triel, interrumpió sus pensamientos.

—¡Ey, Tri-tri! Entrega de almas. Es para ti. —No podía dejar de admirar a Ruryk por el coraje de llamar a su hermano con un apodo que este detestaba; pero Ruryk era Ruryk y, cuando estaba de buen humor, se comportaba como un chiquillo travieso e incluso Triel, el más malhumorado de todos los *silverwalkers*, no podía contra él.

Unos pasos pesados se acercaron a la puerta, para pasar de largo frente a ella y alejarse nuevamente hacia el salón azul de la casa, donde los caminantes se guarecían para cumplir su misión.

Escuchó que Maia gemía y se movía en la cama. Los músculos del cuerpo de Damián se tensaron, preparados para la reacción de ella cuando abriese los ojos; pero después de murmurar algo que Damián no comprendió, cayó dormida nuevamente. Damián se inclinó para acariciarle otra vez el rostro, admirando el color de su piel. Era tan nívea, como si el sol jamás la hubiese acariciado. A su vez, un resplandor platino muy suave iluminaba la cabellera que caía salvajemente sobre la cama, y se asombró al constatar que el cuerpo pálido emitía una pequeña vibración que conocía muy bien.

Inspiró hondo, nervioso. Entonces Maia era como su hermana Aniel; su cuerpo podía captar la vibración de los cuerpos de los caminantes y los caídos, provocando la reacción del suyo como en ese instante. Y sobre todo el de él, que era su señor álmico. Se pasó la mano por la cabellera, recordando algo más que Aniel le había dicho en varias ocasiones: Maia estaba rodeada de un aura de enorme fragilidad, que provocaba en sus amigas, Jackie y Brenda, y en ella misma, un instinto de protección feroz hacia la joven. Y Damián comprendía por qué: lo vivía en carne propia.

Volvió a levantarse para comprobar que las ventanas estuviesen reforzadas como debían, ya que ante un intento de huida, Maia podría tratar de escabullirse por allí. Pero era imposible: los ventanales no se abrían por dentro y eran blindados.

Cuando estuvo conforme con la inspección de las ventanas, regresó al lado de la cama y se detuvo para contemplarla fascinado desde su altura: la combinación del cuerpo pequeño y escultural con el aura plateada que la rodeaba la hacían parecer una deidad intocable. No pudo reprimir la excitación que comenzó a pulsar entre sus piernas. Empezó a sudar y no pudo evitar preguntarse si estaba atrapado en una red de pasión y sensualidad inexpugnable, o si también sus sentimientos estaban involucrados en este estado febril que lo agobiaba. Hacía muy poco que había descubierto que Maia era su señora álmica, entonces ¿cómo podía sentir en tan poco tiempo que su corazón comenzaba a comprometerse con el de la joven? ¿Podía ser el camino del reconocimiento tan rápido para algunos de ellos y tan lento para otros?

No conocía las respuestas.

Gabriel había soñado a Aniel durante un año y medio antes de conocerla, por lo que el amor de él hacia su señora álmica había comenzado mucho tiempo atrás. Cuando Aniel había

aparecido en carne y hueso ante él, fue cuestión de solo unos pocos días para que Gabriel reconociese que estaba irremediablemente enamorado de la chica. Pero en el caso de él, había descubierto lo que lo unía a Maia hacía tan solo unos pocos meses, e igualmente un dolor agudo lo agobiaba cada vez que pensaba en que ella lo rechazaría.

Un golpe a la puerta lo sacó de sus cavilaciones y lo obligó a moverse hacia allí. Cuando la abrió, se topó con el semblante simpático de Ruryk.

—La encontraste —dijo este sonriente mientras entraba en el cuarto.

—Sí —contestó serio. Si bien su amigo era muy curioso y, por ello, muy insistente, no tenía ningún deseo de dar explicaciones a nadie.

—Nos dijo uno de los jefes de la Estirpe de Ciudad de México que la trajiste en un jet privado.

Sin contestarle, Damián se volvió hacia Maia y se acercó para apartarle el mismo mechón de cabello que caía de nuevo sobre los ojos, y para cubrirla un poco más con la manta; la chica aún llevaba puestas la malla de danza azul eléctrico y las medias blancas, ya que las zapatillas Damián se las había sacado durante el vuelo y por nada del mundo deseaba que alguien la observase con esa indumentaria que la hacía tan erótica. Menos que menos Ruryk, que amaba a todas las mujeres, de la misma manera que era amado por todas ellas; se volvía loco de celos con solo pensar que su amigo pudiese llegar a desear a Maia o ella a él.

Giró el cuerpo y observó a Ruryk que lo miraba sonriente. ¿Detectaría su amigo el infierno en el que estaba sumido? Porque, durante mucho tiempo, Damián había fanfarroneado ante los demás *silverwalkers* que él era un tipo listo e inteligente, considerándose casi el hermano mayor de todos ellos. Pero siempre lo había hecho desde su posición de guerrero; como señor álmico no tenía ni la más remota idea de por dónde debía empezar.

—¿Y tú qué miras? —desafió a Ruryk, que lo contemplaba bastante divertido. Parecía disfrutar del tormento que amenazaba con explotar en su interior. En vez de intimidarse, Ruryk estalló en una carcajada.

—La verdad es que verte así no es algo a lo que esté acostumbrado. Pero, por favor… —Y se acercó para rodearlo por el hombro—. Vamos afuera y me cuentas un poco de esta chica. ¡Es hermosa!

Damián aferró el brazo de Ruryk, retorciéndoselo detrás de la espalda; empujó su cuerpo con todo el peso del de él contra la pared de la habitación y lo retuvo por la garganta.

—Si osas hacerte el gracioso conmigo, vas muerto, imbécil —siseó con furia al oído de Ruryk sin sacarle la mirada de encima. Su amigo lo miró serio, pero Damián sabía que Ruryk disfrutaba de la situación—. No te atrevas a posar tus ojos en ella. Te lo advierto a ti y se lo diré después a los otros: no me jodan con Maia; ella es mía y no comparto.

Ruryk lo miró con el rostro bastante estupefacto. Los celos lo estaban volviendo paranoico; era una experiencia completamente nueva y ocurría de manera explosiva a tan solo dos días de haber atrapado a la chica. Ruryk continuó observándolo durante un rato, como si lo considerase un demente; finalmente dijo cauteloso:

—Te lo prometo.

Damián aflojó lentamente el agarre sobre la garganta de Ruryk, como si le diera tiempo de entender que con los sentimientos de los demás no se jodía.

Libre de su opresor, Ruryk dijo con tranquilidad:

—Escucha, Damián. Ante todo eres mi amigo y casi un hermano; jamás te haría una trastada, menos con tu señora álmica.

—Tú no crees en la existencia de ellas —siseó.

—No, pero tú sí y para mí es suficiente.

Las palabras del chico dieron en el blanco. Ruryk podía ser un sinvergüenza, sobre todo con las mujeres, pero como amigo era absolutamente leal. Los líos en los que Ruryk se había metido por ser un donjuán eran apoteóticos, pero Damián también era consciente de que el magnetismo que su amigo ejercía en las mujeres era absolutamente natural. ¿Qué haría si Maia se sentía atraída hacia él como la mayoría de las mujeres que se cruzaban en el camino de Ruryk? No quería ni imaginarlo. Lo consolaba saber que Aniel había sido absolutamente inmune a todos los caminantes, excepto a Gabriel; ella solo había tenido ojos para él y, a pesar de que la joven había intentado todo y más para alejarse de Gabriel, nada ni nadie había logrado impedir que el amor de ellos, finalmente, se plasmara. Y esperaba que con Maia sucediese lo mismo; enfrentarse con otros machos lo tenía sin cuidado, pero hacerlo con alguno de sus amigos significaría un desastre. Y él jamás permitiría que Maia fuese de otro. Si bien no estaba seguro de qué era el amor, sí sabía que lo que bullía en su interior era apabullante. Y Maia era la responsable.

La mirada de Ruryk le recordó que su amigo aguardaba atento una respuesta de él. La imagen de tipo fanfarrón había desaparecido para ser reemplazada por la del guerrero que luchaba encarnizadamente en la entrega de almas. Cuando el semblante de Ruryk se ponía de esta manera, significaba que estaba hablando en serio y sin vueltas. Y el efecto fue inmediato.

—Creeré en tu palabra —dijo Damián cortante, aflojando la tensión del cuerpo.

Ruryk sonrió y le palmeó el hombro.

—Claro que sí, viejo. Ven, tomémonos una cerveza y cuéntame todo lo que ha sucedido y qué harás de aquí en más.

Damián lo miró resignado. No tenía ni la más remota idea de cómo contestaría a la última parte de su pregunta.

CAPÍTULO 13

—¿Cuándo dejarás de amarla?

—Nunca.

—Estás empecinado, Brad. ¿Por qué? ¿Qué tiene ella que yo no tenga?

Desnudo e imponente, el caído se dio vuelta para observar con el brillo oscuro de su maldad a la mujer que yacía recostada en su lecho.

—Todo. Absolutamente todo.

Y de repente la tuvo sobre sí, queriendo clavarle las uñas en los ojos. La sintió retorcerse contra su cuerpo; era fuerte y estaba furiosa.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a destrozar la cara para que ella jamás se fije en ti!

La dominó tirándola de espaldas sobre la cama y cubriéndole el cuerpo con el suyo.

—Siempre supiste que amo a esa mujer, Laura. ¡Jamás te mentí, maldita! —le gritó sacudiéndola con las manos aferradas a las muñecas.

—¿Cómo me humillas de esta manera, Brad? ¿Cómo? —Y la escuchó llorar una vez más. Estaba harto de sus escenas de celos.

—Siempre has sabido la verdad. Si quisiste acostarte conmigo ha sido con la plena seguridad y el acuerdo de que yo jamás correspondería a tus sentimientos. Así que no me exijas nada, Laura. ¡Nada! —Se levantó despacio con la mirada clavada en aquellos ojos que parecían querer adorarlo y destrozarlo a la vez—. Y no soporto cuando te pones posesiva. Me agotas. —Y sin darle más explicaciones le dio la espalda para buscar la ropa esparcida por toda la habitación. A pesar de lo celosa que era, Laura Bravo era una excelente compañera para follar. Cada aventura en la cama se convertía en una experiencia vivificante, ya que era una mujer creada para la pasión. Pero creía amarlo. ¡Qué tonta! Como si él pudiera olvidarla… a *ella*. Apretó la mandíbula, marcando uno de sus músculos.

—Por favor, no te vayas así —la escuchó rogarle desde la cama—. No sé qué me pasó. Sé que no tengo derecho a reclamarte nada, pero sabes que me cuesta manejar lo que me sucede contigo. Por favor, Brad, vuelve a la cama y gocemos una vez más. No me dejes.

Ni siquiera se molestó en responderle. Esa mujer era un demonio y se estaba cansando rápidamente de ella, aun cuando fuese tan apetecible.

Mientras se colocaba los pantalones, la vio acercarse a él con pasos felinos. ¡La sinvergüenza! En verdad era muy deseable, sobre todo cuando los pechos se le movían de aquella manera. Y ella lo sabía. Cuando llegó a su lado, Laura le retuvo las manos evitando que él continuara abotonando su camisa.

—Déjame a mí…—susurró y, al instante y con furia, le abrió raudamente la camisa, haciendo que los botones volaran esparcidos por el piso—. Te deseo, Brad. No te vayas. Quédate conmigo —ronroneó, mientras le frotaba ansiosamente el miembro con la mano y devoraba sus pezones planos con la boca.

Al principio sintió el vacío de siempre, que clamaba ser llenado por una sola mujer. Recordó su sonrisa candorosa que derretía el frío interior de su alma. ¡Dios! ¡Cómo la añoraba! Y, de a

poco, comenzó a invadirlo una oleada de placer. Su miembro se erguía en todo su esplendor ante los recuerdos de esa única mujer que lo excitaba salvajemente. Se sentía desquiciado y solo había un remedio para ello: hacerla suya apenas la tuviese entre sus manos.

—No te atrevas a pensar en ella —le exigió Laura con la voz ahogada en un gemido—. Siente lo que yo te provoco, Brad. —Y la dejó hacer. De repente su miembro ardía ante el contacto de la boca que lo devoraba.

—No volverás a comportarte de esta manera —la amenazó, inclinándose hacia adelante para cubrirle los senos con las manos.

—No lo haré, te lo prometo. Pero ahora vuelve aquí —susurró ahogada.

—Y te juro por lo más sagrado que, si me desafías de nuevo, te mato —siseó Brad con tono gélido. Le amasó los senos, como ya lo había hecho toda la noche; le encantaba perderse en su voluptuosidad, aunque en su interior clamaba por besar y acariciar otros senos.

—Sí, Brad. Lo que tú digas —le susurró la mujer con la voz cargada de deseo, mientras seguía lamiéndole el miembro erecto con dureza.

La levantó de las axilas y la tiró sobre la cama, abriéndole las piernas y sumergiéndose profundamente y sin piedad entre ellas. Gritando como una energúmena, le demandó lo que ella tanto adoraba:

—Más, Brad. Más. ¡Tú sabes!

Este no perdió un segundo más y cogió la fusta que yacía debajo de la cama.

—Ahora recibirás lo que mereces, maldita.

Y se echaron a reír a carcajadas.

CAPÍTULO 14

Delta del río Paraná

—Siéntate, que busco las cervezas —invitó Ruryk señalando el sofá con una de las manos.

Damián se arrellanó en el mueble mullido, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Estaba agotado. Mientras escuchaba como Ruryk abría las latas de cerveza, detectó la puerta de entrada que se abría. Entornó los ojos y vio ingresar a Triel, seguido de Gabriel y Metanón, que, con los rostros bastante golpeados, hablaban amigablemente. Parecían haber limado las asperezas después de la tremenda pelea que habían tenido en el hotel de Buenos Aires, defendiendo a las mujeres. Triel le había explicado algunos detalles por teléfono, aunque no el motivo concreto de la contienda. Lo único que sabía era que Aniel yacía en la cama con reposo obligatorio y que su amiga Jackie había vuelto a huir. No entendía por qué Metanón aún estaba aquí y no había ido tras ella. Los tres caminantes se dieron cuenta de su presencia y, estupefactos, se acercaron.

—Has vuelto —expresó Gabriel preocupado—. ¿La trajiste?

Su amigo había preguntado exactamente lo que todos querían saber. El ruido de nuevas latas de cerveza que se abrían le recordó que era la primera vez, después de mucho tiempo, que los cinco estaban juntos.

—Sí —respondió con voz grave.

No le pasó desapercibido el gesto tieso de la boca de Triel, ni cómo bajaba la mirada, reticente al tema de las señoras álmicas y el camino al reconocimiento.

Gabriel colocó una silla frente a él y se sentó a horcajadas en ella, apoyando los codos en el respaldo.

—¿Está bien? —preguntó inquieto. Su amigo sabía, por su propia experiencia con Aniel, que Maia era una fugitiva y que atraparla habría implicado algún tipo de lucha.

—Sí.

Gabriel respiró hondo y aflojó la expresión del rostro.

—¿Dónde está?

—En mi habitación, durmiendo.

—¿Cómo la atrapaste? —Damián observó la rabia que irradiaban los ojos de Metanón al hacer la pregunta. Indudablemente, no disfrutaba del éxito que él había tenido en atrapar a Maia.

—No fue fácil. —Y a continuación explicó todos los detalles del relato—. Se defendió como una fiera —dijo asombrado—, pero aun así, logré imprimirle la orden de dormir. Maia es pequeña, pero ha demostrado ser una luchadora. Aunque no está entrenada para pelear, tiene como ventaja la agilidad y la destreza propias de la Estirpe y del entrenamiento riguroso de años como bailarina; debí controlar cada uno de mis movimientos para no hacerle daño. Es menuda, pero clava las uñas como una tigresa.

Los caminantes rieron ante este comentario, ya que no podían imaginarse cómo Maia había logrado destrozar las mejillas de su amigo. Se las apreciaba casi sanas; la regeneración de los tejidos en los caminantes ocurría a una velocidad mucho mayor que en los humanos, así que las

marcas aún visibles en el rostro, indicaban que Maia había intentado hacerle pedazos la cara.

—Fiel reflejo de su hermana —expresó Gabriel, recordando las duras batallas que había mantenido con Aniel, que le había dejado algunas marcas de sus uñas en el cuerpo.

Aun cuando intentaban darle un aire chistoso a la reunión, había muchas cosas que resolver, ya que a pocos metros descansaba la chica que debería aprender a asimilar una gran cantidad de información que Damián, poco a poco, tendría que transmitirle sin perjudicarla.

—¿Cómo se sienten en las nuevas instalaciones? —preguntó Damián curioso. Gabriel lo miró y sonrió.

—Confortables. Ha sido una muy buena idea construir la cabaña alejada de la casa principal, así Maia puede vivir aquí sin saber que Aniel está cerca. De esta manera, mi esposa podrá observar a su hermana sin entrar en contacto físico con ella.

Gabriel se refería a la construcción de la vivienda que había hecho erigir luego de casarse con Aniel. Sabiendo que Damián mantendría a Maia en la casa principal de la organización, que estaba mejor equipada para resistir posibles escapatorias y defenderse de los ataques de los caídos, la pareja había decidido vivir apartada para respetar lo estipulado por los jerarcas. Damián sonrió. En realidad, había encontrado en Aniel a una aliada, ya que había aprendido a apreciarlo, lo cual era mutuo, y lo más importante: aprobaba lo que lo unía a su hermana.

La cabaña estaba ubicada a unos doscientos metros de distancia, fuertemente protegida y comunicada en forma subterránea con la casa principal, por si ocurriese algún ataque de los caídos.

—¿Crees que Maia podría llegar a detectar a Aniel? —preguntó Damián a Gabriel con curiosidad.

—Según lo que Aniel me ha explicado, su hermana no tiene ese don tan desarrollado. Capta vibraciones, pero no a grandes distancias como Aniel.

—Sin embargo, aquella vez que perseguí a Maia en las calles de Ciudad de México, cerca de la fundación, ella había captado mi presencia antes de huir. La distancia que nos separaba era considerable —explicó Damián dudoso.

—Quizás estaba atenta —intervino Ruryk, que no había perdido detalles de la conversación.

—El don, evidentemente, se intensifica cuando ellas están concentradas en algo —afirmó Gabriel y prosiguió—: Maia estará pendiente de ti y de los que vivan en esta casa.

—Debemos arriesgarnos —dijo Ruryk—. Ella será la única que dará las pistas necesarias para saber cómo actuar.

Damián comprendió que Hoyuelos, como le decían a Ruryk por las muescas que se le formaban en las mejillas cuando sonreía, tenía razón. Era un riesgo y había que enfrentarlo.

—¿Y tú qué haces aquí? —interrogó Damián a Metanón que, si bien había seguido la conversación, parecía bastante ausente.

—Un par de días más en el país no harán una gran diferencia —contestó con tono ronco—. Tengo que terminar unos informes y, de inmediato, parto a Dinamarca.

—Puedes soltar el rollo —instigó Damián. Metanón parecía frustrado, pero reacio a manifestarlo.

—Ya sabes de qué se trata —dijo Gabriel, señalando con la mirada a Metanón.

Y sin preámbulo, este se levantó del sofá como impelido por un resorte y desde su altura expresó:

—He intentado todo, absolutamente todo lo imaginable para atrapar a esa bruja pelirroja, pero es excelente para escapar. Nunca me he topado con nadie como ella; es inteligente, astuta y me elude de manera humillante.

—Pero en el hotel de Buenos Aires pudiste atraparla y no lo hiciste —manifestó Damián.

Metanón lo observó con los ojos entornados.

—Lo que sucedió en esa habitación fue muy extraño —contestó en un gruñido.

—Quizás tienes que probar con otra treta —expresó Damián.

Metanón lo contempló seriamente.

—Si sabes de algo que no haya utilizado, te agradecería que me lo digas.

—Quizás el secreto radique en Aniel y Maia.

—No quiero saber nada de exponer a Aniel a un nuevo tormento —dijo Gabriel con recelo y determinación—. La última vez, Aniel y Jackie pelearon y ello provocó que Metanón y yo casi nos matásemos. Y lo más importante: mi mujer está embarazada y bajo ningún punto de vista la expondré a ningún peligro.

Damián se quedó perplejo; esto sí que no se lo había esperado. El muy desgraciado de Triel no le había dicho nada por teléfono. Miró a su hermano, que le devolvía la mirada con recelo. Tuvo ganas de encararlo por su silencio, pero una enorme alegría lo hizo ir hacia Gabriel para darle un abrazo de hombres. Se palmearon las espaldas con fuerza mientras reían a carcajadas.

—Te felicito, Gabriel. ¡Es una noticia formidable! —exclamó Damián aún sorprendido—. ¿Y cómo es eso de que ustedes se pelearon porque las mujeres también lo hacían? —interrogó mientras volvía a sentarse en el sofá.

Gabriel sonrió y miró a Metanón, que emitió otro gruñido.

—Jackie intentó llevarse a Aniel a la fuerza, y como mi esposa se resistió, comenzaron a luchar. Tú sabes lo territorial que me he puesto, y Metanón... —Gabriel se aclaró la garganta—. Bueno... él parece un poco afectado por Jackie. —A Damián no le pasó desapercibida la mirada que le echó Metanón a Gabriel, como desafiándolo a que no dijera más de lo permitido—. En verdad este tipejo está un poco sobreprotector con esa mujer —continuó Gabriel sonriente—. Y al final ambos terminamos reaccionando como dos machos guardianes. En medio de la pelea, Aniel anunció que estaba embarazada, dejándonos a todos estupefactos. —El rostro de Gabriel se iluminó por un instante, pero se volvió sombrío con la misma rapidez—. Después de ese episodio, me he prometido que jamás volveré a exponer a Aniel a ningún tipo de situación que implique un riesgo para ella y para nuestro bebé.

Damián estaba absorto. Hablaban de un hijo o hija que estaría llegando en unos meses a la casta de los *silverwalkers*, hecho absolutamente insólito, ya que jamás antes se había dado la procreación en este grupo de guerreros. Los únicos *silverwalkers* que habían existido durante siglos eran ellos cinco, pero ahora tendrían la oportunidad de ampliar la casta con la llegada de sus señoras álmicas y con los hijos que tuvieran con ellas.

Luego de setecientos años, la vida de los caminantes comenzaba a experimentar cambios rotundos.

—¿Y cómo te sientes al saber que serás padre?

—Diferente y muy feliz —contestó Gabriel—. Aniel está tan devota de nuestra pareja que me tiene absolutamente embobado. Me siento amado como jamás me imaginé en mi vida, y mi corazón responde en la misma medida no solo a ella, que es mi alma, sino también al bebé, que

es la nuestra. Ellos son mi prioridad absoluta y, como tal, los cuidaré y protegeré.

—Te comprendo —respondió Damián. Gabriel actuaba como un verdadero macho alfa, defendiendo la familia que tanto le había costado ganarse.

—¿Y cómo está Aniel respecto a lo que sucedió con Jackie?

Gabriel suspiró hondo y Metanón cuadró la mandíbula. Evidentemente, este tema resultaba difícil para los dos amigos e, indudablemente, también para las mujeres.

—Destruida. Adora a Jackie y saber que ella piensa que la ha traicionado le ha hecho un daño enorme; no tiene consuelo. Pero los jerarcas han sido terminantes y nosotros hicimos una promesa que debemos cumplir y cuyo precio es el silencio de Aniel y el mío. Igualmente, ella confía en que Jackie algún día la perdonará.

—No me queda claro a qué promesa te refieres y qué tiene que ver Jackie en todo esto—dijo Metanón.

—Es algo de lo que no puedo hablar —contestó Gabriel.

De repente, la puerta de la casa se abrió y Aniel estaba allí parada como una diosa, desplegando su impactante belleza. Damián y los demás caminantes tragaron en seco. Gabriel se levantó de inmediato, dirigiéndose hacia ella.

—Por el amor de Dios, Aniel. Debo llevarte de regreso a la cabaña. No puedes estar levantada, mi amor. Sabes que debes guardar reposo —dijo con firmeza mientras la abrazaba con infinita ternura.

La beldad de cabellos rubios y llenos de bucles levantó los brazos para rodear el cuello de su esposo y se miraron durante un momento. No emitían palabras, pero la energía que desprendían era suficiente para comprender que estaban envueltos en un íntimo diálogo que ninguno de los otros caminantes podía descifrar. Se abrazaron y, finalmente, Gabriel movió la cabeza afirmativamente y se colocó detrás de su señora álmica, enlazándola por la cintura y atrayéndola hacia su pecho.

—Solo un momento, mi amor —susurró Gabriel al oído de su esposa desde atrás.

El caminante asumía el rol de custodia y guardián de su compañera de manera implacable. De inmediato, Aniel escrutó a Damián, que tensó sus músculos ante los ojos verde mar que lo miraban detenidamente. Sabía que la esposa de Gabriel había cometido una imprudencia al ir hasta allí, pero era indudable que estaba preocupada por su hermana.

—¿Cómo está Maia? —preguntó Aniel con suavidad, pero sin poder ocultar la aflicción que sentía.

—Bien.

—Por favor, Damián...

—Soy el más interesado en que no sufra, Aniel. Jamás podría lastimarla.

—Lo has hecho antes —susurró Aniel, y Damián sintió que el corazón se le partía en pedazos.

—Lo sé. Pero en ese momento no sabía quién era.

—Ahora que lo sabes, protégela de todos, incluso de ti mismo.

—Quiero nuestro reconocimiento, y lucharé por ello hasta el final.

Aniel lo miró de repente con dulzura porque sabía que era sincero.

—Dale tiempo.

—Es lo que haré. Me ganaré su confianza, y cuando lo haya hecho, descubrirá que quiero lo mejor para ella y para los dos.

—No será fácil, Damián. Maia es vulnerable.

—Quizás es lo que creemos todos, pero déjame decirte que no se amilanó ante mí en ningún momento. Estaba aterrada, pero así y todo me enfrentó como una valquiria. Quizás la estamos subestimando.

Observó que Aniel respiraba hondo, como si con ello tratara de lograr que sus palabras la reconfortaran.

—Puede ser que sea más fuerte de lo que suponemos, pero ¿cuánto, Damián? No solo deberá hacer frente al camino del reconocimiento y al manejo del símbolo, sino también a los caídos y todo lo nuevo referente a nuestra familia. Su psiquis deberá ser fuerte para absorber tanta información y también su corazón; hay demasiados sentimientos encontrados que, indudablemente, aflorarán. Sé que la cuidarás, pero debo advertirte que deberás esforzarte al extremo.

—Lo haré, Aniel.

La joven se sentó en el sofá y, a su lado, también lo hizo Gabriel. La mirada de tristeza que ensombreció los ojos verdes de la guerrera podía conmover hasta el corazón más duro.

—Y Jackie —murmuró—. Me aterra que esté sola, sin nadie que la cuide. Ella se cree autosuficiente, pero en el fondo es una loca divina que clama porque la amen.

—Yo la cuidaré —expresó Metanón con voz gélida—. Sabes que no me detendré hasta que Jackie entre en razón. Te la devolveré, Aniel, te lo juro; y sobre todo... ella deberá aceptar lo que ya está establecido.

Todos se quedaron en silencio ante aquellas palabras. De alguna manera, Metanón se aliaba a la nueva *silverwalker* y comenzaba a expresar con palabras lo que todos sospechaban.

Aniel miró a Metanón con agradecimiento, y dos lágrimas brotaron de sus ojos; las palabras del caminante la habían conmovido.

Súbitamente, Gabriel se levantó del sofá y se inclinó hacia su esposa, a la que tomó de la muñeca. Tiró de ella con delicadeza para colocarla delante de él y, luego de besarla, se la llevó de allí dando por culminada la charla con todos ellos.

—Tienen un largo camino por delante —dijo Ruryk sonriendo.

—¿Acaso crees que a ti no te tocará? —preguntó Metanón, desafiante.

Ruryk se puso pálido y se alejó hacia el refrigerador. Sacó otras latas de cerveza y las colocó sobre la mesa.

—No creo que exista una mujer por la que mi corazón garantice una entrega absoluta. Sabes cómo soy.

—Cuando encuentres la mujer para ti, te volverás un idiota —sentenció Metanón, que levantó una de sus cejas rubias tan particulares en un gesto que lo caracterizaba. Ruryk y Triel rieron.

—¿Y renunciar a los placeres que las mujeres me brindan? —preguntó Ruryk sorprendido— Estás loco, Metanón. Me gustan todas, las adoro, y nunca cederé mi corazón a ninguna en especial. Las profecías funcionan para Gabriel, Damián y quizás para ti, pero no para mí. Y creo que tampoco para Triel.

Este sacudió la cabeza enfáticamente.

—Nunca —confirmó con voz gélida.
Metanón se levantó y dijo parsimonioso:
—Cuando las mujeres correctas lleguen a ustedes, me gustará ser testigo de lo que sucederá.
—Jamás me verás luchar por una mujer —sentenció Ruryk.
—Menos a mí —siseó Triel.
El mastodonte rubio se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, contestó:
—Ya lo veremos.

CAPÍTULO 15

Abrió los ojos lentamente, sintiendo los párpados pesados como piedras. Se sentía fatal. Parecía que la cabeza le iba a estallar y le costaba enfocar la mirada. Tenía la boca seca y la sensación de que hacía varios días que dormía. Todo a su alrededor permanecía a oscuras, y la visión nocturna tan peculiar que ella poseía y que le permitía ver en plena oscuridad, aún se manifestaba difusa; era raro no escuchar las voces y las risas de los niños y las monjas. La fundación se había sumergido en un silencio absoluto. Maia agudizó los sentidos, y lo único que escuchó fueron los golpes cada vez más fuertes de los latidos de su corazón. Miedo. Otra vez. Abrió las aletas de la nariz y las manos comenzaron a temblarle, como cuando...

«Dios mío, no», gimió sin completar la idea ni emitir sonido alguno. Abrió los ojos grandes y el corazón le retumbó. Giró la cabeza, frenética, en todas direcciones. Se incorporó abruptamente, constatando que yacía en una cama y en una habitación desconocidas. Aterrada, se abalanzó hacia el respaldo de la cama, y se aferró a las mantas que la cubrían, levantándolas hasta la mitad de su rostro en un vano intento de sentirse protegida. Activó su mente como si fuera un escáner y trató de hacer memoria. Poco a poco vinieron a ella las imágenes donde se veía corriendo por los tejados con la más feroz de las pesadillas persiguiéndola por detrás.

Tenía tanto frío y tanto miedo. Y súbitamente lo supo. Había alguien allí, una figura enorme que se alzaba atemorizante frente a ella. El sudor comenzó a correrle por las sienes, presa del pavor que le provocaba la silueta muda y letal que se acercaba con sigilo a través de la oscuridad solo interrumpida por el pálido reflejo de la luna.

—No voy a hacerte daño —dijo la voz grave y profunda. Su cabeza se llenó de un zumbido que se hacía cada vez más intenso y amenazaba con perforarle el cerebro; se tomó las sienes con las manos temiendo que el cerebro le fuese a estallar y aspiró con fuerza el aire que, a duras penas, ingresaba por sus pulmones. El silbido se volvió tan intenso que no pudo dejar de cerrar los ojos y presionar con mayor fuerza las sienes, en un intento de que desapareciera. Jamás había experimentado semejante dolor en la cabeza, el cuerpo y el alma.

—Maia…

Al escuchar su nombre en labios de aquel psicópata, abrió los ojos grandes y tomó bocanadas de aire; se sentía asfixiada y desolada. ¿Hasta cuándo soportaría esa tortura? Su particular visión se lo mostró: él había regresado, la tenía a su merced y, sin ninguna duda, la mataría.

El instinto de supervivencia la hizo reaccionar como un volcán y, súbitamente, comenzó a gritar, mientras apartaba las mantas y se abalanzaba fuera de la cama. Debía encontrar una salida o moriría. Chocó violentamente contra unos muebles, lo cual provocó un estruendo de objetos que caían al piso. Mirando como una loca hacia todas direcciones, detectó una ranura por donde se filtraba luz y dedujo que podía ser una puerta. Corrió hacia ella e hizo un amago por abrirla, pero algo enorme se lo impidió enlazándola por la cintura; de inmediato fue arrastrada hacia atrás y levantada salvajemente del suelo mientras pataleaba y gritaba enloquecida. Arqueó el cuerpo, intentando clavar las uñas en el rostro oculto, pero lo que encontró fueron unas orejas. Las retorció con frenesí al mismo tiempo que escuchaba el quejido de dolor de los labios del maldito, cuyos brazos enormes no aflojaban la presa alrededor de ella. Maia contraatacó con todas las

fuerzas de la que fue capaz y gritó tantas veces como pudo, en una lucha abrumadora por escapar del encierro. Las lágrimas le inundaban las mejillas y escuchó sus propios sollozos en medio de los gritos. Cuando el sujeto logró rescatar las orejas con movimientos bruscos de la cabeza, Maia buscó, con desesperación, aferrarse a su cabellera, pero la cabeza casi rapada le dificultaba el intento. Súbitamente, su carcelero le colocó una mano en la boca, tratando de ahogarle los gritos; fuera de sí, lo mordió con todas las fuerzas de su alma, y le pateó las piernas. Pero él sabía cómo evitarla. Maia captó el sabor de la sangre entre los dientes, lo que la enardeció aún más, haciéndola retorcerse como una fiera.

Aunque la pelea que le ofrecía a su carcelero era descomunal, este logró desplazarla hacia la cama; Maia quiso gritar con las fuerzas que le quedaban, pero lo único que salió a través de sus labios fue un quejido lastimoso. A la vez que sacudía violentamente la cabeza, clavó las uñas y abrió heridas sangrantes en los brazos que la mantenían apresada. Pero todo era inútil: el sujeto era inamovible e irreductible.

Al instante siguiente, se encontró de espaldas sobre la cama.

«Me violará».

Muerta de pánico, intentó levantarse, pero fue arrojada nuevamente hacia atrás. El hombre se abalanzó sobre ella, con el torso inclinado sobre su cuerpo. Maia le atacó los ojos, pero las manos brutales le apresaron las muñecas y las clavaron sobre la cama por encima de su cabeza. Se revolvió como jamás en la vida lo había hecho, temiendo quebrar su cuerpo en varias partes. Mordió, pateó y golpeó todo lo que pudo alcanzar de la figura de hierro, que ahora trataba de colocarse a horcajadas sobre ella. Probó detenerlo girando el cuerpo de costado, pateándolo incansablemente, pero los brazos no la soltaron y las piernas musculosas envolvieron súbitamente las suyas impidiéndole seguir lanzando puntapiés. La masa de músculos caía pesadamente a lo largo de su cuerpo, aprisionándola por completo. Cuando pensaba que ya no podía hacer más por salvar la vida, logró erguir la cabeza y morder la nariz del malvado. Escuchó el grito de dolor, que le dio mayor coraje para apretar más fuertemente los dientes; el hombretón se revolvió y las manos de Maia quedaron libres para atrapar la trenza y tirarla hacia atrás con todo el vigor que le quedaba. El cuerpo que la apresaba se movió un tanto, lo suficiente para que Maia, pequeña y ágil como era, le diera un buen rodillazo en la entrepierna. El tipo expulsó el aire de los pulmones y aflojó el agarre, dándole a Maia la oportunidad que tanto había estado esperando. Libre del encierro, se abalanzó a toda velocidad hacia la puerta, escuchando los gritos del cazador que bramaba algo acerca de una traba y una puerta. Salió como una bala de la habitación y cuando llegó a una sala enorme, se detuvo, lo mismo que la sangre que corría por sus venas. Ante ella había tres sujetos del mismo porte que el que acababa de dejar atrás, y que la miraban uno sorprendido, otro sonriente y el último, furioso.

Enajenada ante los tres colosos, escuchó que su atacante emergía de la puerta, medio encorvado y agarrándose la entrepierna.

—Casi me deja estéril —gruñó mientras la escrutaba enojado. La risa de uno de ellos se hizo evidente y la sacó del estupor en el que había caído—. Retírense todos —ordenó el carcelero con ira contenida. Los tres gigantes obedecieron y desaparecieron al instante. Maia alcanzó a escuchar una especie de traba pesada que se activaba, y se volvió iracunda, tratando de hallar alguna salida. Otra vez estaba encerrada con este lunático.

«Ahora sí me mata», pensó desesperada al verlo avanzar, inconmovible. Decidida a defenderse como fuese, comenzó a lanzar contra el sujeto objetos pesados que fue encontrando a

medida que retrocedía, pero él los esquivaba con tal agilidad que pasaban volando a su lado para terminar estrellándose en el suelo o en las paredes. Cuando ya no le quedaba nada al alcance de la mano, corrió hacia la parte de atrás del sofá, poniendo mayor distancia entre ellos. El tipo se detuvo y sin dejar de mirarla, le advirtió:

—Lo que estás haciendo es absolutamente innecesario. Para aquí o te podrías lastimar.

Esas palabras, pronunciadas como una letanía, provocaron en ella el efecto contrario. Giró y corrió hacia un pasillo mientras escuchaba por detrás el sonido de las pisadas ágiles, primero sobre los almohadones del sofá, y luego sobre el piso. Frenética, tiró algunas sillas al suelo en un nuevo intento de frenar aquellas zancadas que la aterraban, pero nada parecía detenerlas. Sin aliento, ingresó al interior de una habitación a través de una puerta semiabierta, que cerró y trabó con las manos temblorosas. Al volverse, se encontró con una biblioteca imponente cuyos estantes cubrían las paredes desde el suelo al techo y se le cruzó momentáneamente la idea de que jamás había visto tanta cantidad de libros juntos en una misma habitación. Se abalanzó hacia un ventanal, que intentó abrir, empujando y sacudiendo el picaporte y arqueando el cuerpo para hacerlo con mayor fuerza; pero todo fue inútil. Un estallido terrible acompañó su grito de sorpresa cuando vio ingresar por la puerta destrozada al sujeto que se movía de manera acechante y sin emitir una palabra. La intensidad de su mirada le advirtió lo que ella ya sabía: tenía los minutos de vida contados. Se volvió y corrió hacia los estantes de la biblioteca, a los que trepó ágilmente para comenzar a lanzar libros de diferentes colores y tamaños, a toda velocidad contra su carcelero. Diez, veinte, treinta, cincuenta libros... y él los esquivaba como si fuera un bailarín de salsa, excepto la biblia que acababa de arrojar y que impactó en el rostro gélido. Sin hacer caso al gruñido que el individuo emitió como advertencia, lanzó una enciclopedia de tapas duras contra uno de los hombros fuertes pero, en el último instante, con un medio giro del cuerpo, el sujeto logró sortearla. Aún colgada de los estantes, Maia iba desplazándose hacia uno de los costados de la biblioteca, sin dejar de arrojar con todas sus fuerzas todos los libros que encontraba en el camino.

Súbitamente, escuchó un bramido furioso y una sentencia:

—Ahora sí me has colmado.

Maia no pudo dejar de contemplar, absorta, como el individuo esquivaba algunos libros con cara decidida y amenazante, y a otros los golpeaba y destrozaba, desparramando las hojas por toda la habitación.

Cuando llegó a la esquina final de la estantería, Maia se arrojó al suelo y se abalanzó sobre el escritorio que la separaba de la puerta, deslizándose por la lustrosa superficie de la mesa, como una bola de *bowling.* Al llegar al hueco de la puerta, los brazos enormes del gigante le rodearon el torso desde atrás, impidiéndole la salida. Maia gritó y dobló el cuerpo hacia adelante, tratando de desprenderse de aquellas tenazas de hierro, pero el hombre le impedía la huída acompañándola en los movimientos. Atormentada, luchó aún más fieramente contra él, pero lo único que consiguió fue que la mano del intruso resbalara por uno de sus senos; atónita, escuchó el sonido extraño que salió de los labios de su agresor, quién apartó la mano de su cuerpo como si lo quemara. Sintiéndose enferma del asco, volvió a debatirse; pero las fuerzas comenzaron a flaquearle. Estaba agotada de tanto luchar, correr y tener el corazón a mil.

Gritó como una poseída cuando el mastodonte, súbitamente, la colocó bajo el brazo como si fuera un paquete y comenzó a desplazarse hacia algún lugar.

Pataleando desesperada, se asió a las cortinas del ventanal del pasillo en un intento de evitar

que la llevara con él, pero las garras del sujeto desprendieron sus manos de las cortinas, así como de todo aquello a lo que se fue aferrando en el camino. Cuando Maia divisó la puerta de la habitación de la que ella había logrado escapar, mordió con crudeza el muslo del gigante, que emitió un gruñido sordo de dolor. Al instante siguiente, la alzó y se la echó al hombro, para aferrarla luego por una de las muñecas. Maia se sintió sofocada ante la falta de aire, pero igualmente con la mano libre golpeó y trató de arañar la espalda del gigante, pero era tan musculosa que sus uñas parecían rebotar.

«Estoy perdida», pensó desesperada cuando cayó botada, una vez más, sobre el colchón de la cama.

Sin dejar de observar al captor y respirando desenfrenada, se lanzó hacia atrás incrustando la espalda contra la cabecera de la cama. El tipo la miraba desde las alturas, también agitado. Al cabo de un rato, retrocedió lentamente, sin dejar de quitarle los ojos de encima, ni siquiera cuando llegó a la puerta y la abrió para llamar a alguien. Maia tuvo la leve esperanza de que él desapareciera de la misma manera que había llegado pero, agobiada, comprobó que, luego de hablar con alguien en el pasillo, volvía a cerrar la puerta y permaneció dentro de la habitación, que pareció volverse aún más pequeña. El cuerpo enorme y el pánico que ella sentía llenaban el recinto.

Apoyó las rodillas sobre el pecho e intentó hacerse un ovillo, tratando de que el calor de su cuerpo pudiese calmarla un poco. Aun temblando y con el cuerpo zumbándole como millones de abejas a su alrededor, contempló esos ojos negros que en la oscuridad de la habitación se veían más grandes y hacían juego con el dragón impreso en la mitad del rostro bronceado. No podía dejar de mirar a su enemigo, atenta a sus movimientos. Él también la escudriñaba con intensidad, por lo que se sintió tan intimidada que no supo de qué manera todo aquello podría culminar. Las lágrimas afloraron, otra vez, de sus ojos y descendieron por las mejillas. Las percibió cálidas al principio, frías después, dejando una estela a su paso.

Damián contempló a Maia sintiendo una enorme frustración en su interior. Delante de él tenía a su señora álmica, muerta de miedo por su presencia, y se sentía tan torpe como una mula por no saber cómo tratarla. Lo único que había habido entre ellos hasta ahora eran corridas y enfrentamientos, lo cual lo alejaba completamente del verdadero objetivo. ¿Cómo diablos podía llegar a ella si le tenía tanto terror? Estaba frente a él, acurrucada contra la cabecera de la cama, mirándolo con los ojos húmedos, llenos de horror.

Amargado, sacudió la cabeza de un lado a otro. Sencillamente parecía imposible. Porque, ¿cómo podría convencerla de que él no era quien ella creía que era? ¿Cómo haría para que aceptara que jamás tuvo la intención de lastimarla cuando los hechos mostraban lo contrario? Respiró hondo y la vio incrustarse aún más contra la cabecera de la maldita cama. Cualquier movimiento que hacía provocaba una reacción inmediata de rechazo hacia él.

—Tenemos que hablar, Maia —se oyó decir con voz ronca. Si al menos la tuviese un poco más suave...

Ella no contestó; lo observaba casi sin atreverse a respirar. Damián intentó de nuevo:

—No pienso lastimarte. Lo que necesito es que me escuches, así puedes enterarte de qué es lo que está pasando en realidad.

La contempló cerrar los ojos tan solo unos instantes, para volver a abrirlos de inmediato.

Tenía los músculos del cuerpo agarrotados, lista para saltar de nuevo apenas él se acercara.

«¡Mierda, mierda, mierda!», gritó por dentro Damián, consciente de que no era bueno para las palabras y de su aspecto intimidante.

—Me relacionas con lo que sucedió diez meses atrás, pero te aseguro que...

Se interrumpió al ver que Maia brincaba nuevamente de la cama, como había hecho un rato atrás, y se lanzaba otra vez hacia la puerta.

Ya tenía suficiente. No había querido usar su poder de nuevo, pero era necesario.

Apenas la aferró de los brazos, Damián acercó los labios a su oído y pronunció las palabras mágicas.

En un instante, Maia yacía entre sus brazos, durmiendo profundamente.

CAPÍTULO 16

Ciudad de México

—Jamás pensé que me atrevería a decirle esto, Ana.

—¿A qué se refiere? —preguntó Ana a Lautaro, ambos sentados en el amplio sofá de su *loft*.

Este la miró insondablemente, como tratando de elegir las palabras que diría.

—Hemos pasado por mucho —comenzó a exponer con un tono bajo de voz—, tratando de que usted encontrara un poco de paz ante tanta tragedia y también ante la verdad de la existencia de su hijita pequeña. En todo este tiempo, hemos compartido muchas cosas, que me han resultado imposibles pasar por alto.

—No entiendo bien a dónde quiere llegar —susurró Ana, mirándolo con tristeza, consciente del sudor y la tensión del hombre—. Expláyese, por favor —lo instó con amabilidad. Quizás de esta manera, Lautaro, que tanto la había ayudado, finalmente podría decirle lo que parecía carcomerlo por dentro.

Él clavó la mirada en ella y la contempló con una expresión diferente en los ojos. Ana, en ese instante, se dio cuenta de que las palabras sobraban y que todo en ella ya había comprendido el mensaje. Al minuto siguiente, lo tuvo sobre ella, besándola enfebrecido. La envolvió entre los brazos fibrosos que siempre había escondido bajo la ropa de médico y lo escuchó gemir como un niño, atacando sus labios e intentando ingresar al interior de su boca. Contrario a lo que Ana alguna vez supuso que haría, le permitió a Lautaro entrar a donde solo su esposo Ronan había tenido derecho. Le devolvió el beso con pasión. Estaba tan agotada de sufrir, de esconderse, de tratar de encontrar sentido a todo lo que sucedía en su vida, que el contacto con Lautaro pareció surgir de la nada como una tregua. Su corazón seguiría perteneciendo para siempre a Ronan pero, en este momento, sentirse deseada y querida, le dio un poco de paz. Una paz que necesitaba como un bálsamo capaz de dar vuelta los acontecimientos de su vida. Y el contacto con un hombre bueno, que parecía quererla a su manera, que había querido también a Ronan y a Aniel desde siempre, no podía ser inapropiado.

Se besaron desfallecientes. Lautaro desplazó las manos hacia sus mejillas y las cubrió para profundizar el beso. Parecía loco por ella, y le gustaba. Su corazón, muerto de tanto dolor, parecía recobrar un poco de vida ante este regalo que el mejor amigo de su esposo le ofrecía.

—Ana, Ana… ¡por Dios! —le susurró dentro de la boca para volver a besarla como un enfermo que necesitaba de ella para sanar. La recostó sobre el sofá, mientras él doblaba el cuerpo robusto sobre el suyo y continuaba besándola, presionándole la cabeza contra el apoyabrazos. Se sentía preciosa, viva, deseada. Ese hombre no cesaba de decirle cosas hermosas y la conmovía con la pasión con que la tocaba. Súbitamente, Lautaro se detuvo y se echó un tanto hacia atrás para devorarla con la mirada, y acariciarle el cabello. Ana se perdió en el calor del brillo plateado de sus ojos. No quería pensar, solo sentir. ¡Hacía tanto que no lo hacía! Había sido su defensa para soportar los siete años en que había vivido como una zombi sin Ronan ni Aniel. Y ahora estaban muertos. ¡Dios, necesitaba el calor humano otorgado por alguien! Solo resistía porque sabía que debía encontrar a su otra hija. Una hija con la que había compartido pocas cosas, pero que serían las que forjarían una plataforma de aprendizaje para ambas.

—Ana, permítame por favor… —le pidió Lautaro con lágrimas en los ojos. Ana cerró los suyos, incapaz de sostener aquel dolor que se reflejaba en los del hombre que tenía enfrente y que siempre le había parecido inconmovible.

—No sé si podré permitir algo, Lautaro. No estoy preparada para nada…

—Lo sé. Solo le ruego que acepte un poco de este amor que me agobia desde hace años. —Ana abrió los ojos y lo miró desconcertada—. Siempre… siempre la quise, Ana. Pero en silencio. Jamás, jamás habría traicionado a Ronan, se lo juro.

—Pero…

—No, escúcheme —la interrumpió colocándole las yemas de los dedos sobre los labios. La humedad de sus ojos los volvía más brillantes, reflejando el dolor que emanaba del alma de él—. Siempre la respeté, Ana. Y créame, usted jamás se hubiese enterado de esto si las cosas no hubiesen sucedido de la manera en que lo han hecho.

—Pero Ronan…

—Él lo sabía, Ana. Siempre lo supo. Una vez me lo preguntó y se lo confesé, pero jamás volvimos a hablar del tema. Él era mi gran amigo, Ana. Y usted, su mujer. Yo no podía ser rival de Ronan; primero, porque yo lo amaba como a un hermano, y segundo, porque usted siempre lo amó a él como mujer. Y me consta.

—No puedo prometerle nada, Lautaro.

—Lo sé. Yo solo le ruego que me conceda una noche, esta, de la manera que quiera. Si lo desea, solo la mimaré con mis manos y mis labios, pero no me diga que no. Es un sueño con el que he soñado tantas veces y del que siempre me obligué a despertarme. Pero ahora usted está aquí, conmigo, sola. Ronan se ha ido y yo… —cerró los ojos y las lágrimas cayeron a raudales —. Yo la amo. —Y un gemido ahogado salió de su garganta. Ana intentó abrazarlo, pero él no la dejó y la miró atormentado—. Él siempre fue mi gran amigo, casi un hermano —prosiguió—. Él me entendía, me comprendía. Sabía todo de mí, así como yo de él. No había secretos entre nosotros. Yo… ¡Dios! cuánto lo extrañaré.

Ahora sí logró abrazarlo. Y lo hizo sin tapujos. Eran dos almas heridas, unidas por el amor a un hombre al que habían amado de diferentes maneras. ¡Se sentía tan identificada con él! Ambos habían perdido en este juego, y ahora trataban de sobrevivir de la manera que podían.

Súbitamente, se vio envuelta en una pasión intensa, donde los besos y los abrazos de Lautaro eran los de Ronan. Ella solo podía florecer en las manos de su esposo, pero Lautaro le ofrecía un poco de agua en este desierto duro y áspero en el que se había transformado su vida. Se sentía tan vacía que ya no recordaba lo que era ser mujer. Hacía años que lo había olvidado y, por eso, ya no tenía ganas de cuestionarse nada más.

No esta noche.

Y como si viviera una loca alucinación, se vio zambullida en una montaña rusa de suspiros y roces de bocas, manos y piernas que avivaron ese viaje, haciéndolo más intenso y demoledor. No supo cuándo ni de qué manera su blusa y el sujetador desaparecieron, pero esas manos cálidas sobre sus pechos llenos y pálidos la arrebataron. La boca ávida envolvió sus pezones con adoración, y la lengua los atormentó, humedeciéndolos junto con las lágrimas que aun caían de los ojos de ese hombre que parecía amarla. Se sintió enaltecida por las caricias que descubrían su cuerpo, envolviéndola en un anhelo palpitante que la hacía resurgir a la vida.

Ana no supo durante cuánto tiempo se acariciaron, se besaron y se reverenciaron. Los labios

y las manos de aquel hombre eran los de un artista, que parecía ir tejiendo una telaraña cristalina, repleta de estrellas que brillaban en medio de la oscuridad amarga emanada de sus almas. Sí, ella necesitaba un poco de amor. Y este hombre, de repente, parecía la respuesta a su pedido.

—Ana, querida Ana. Te amo —lo escuchó susurrarle al oído.

Y Ana se rindió.

CAPÍTULO 17

Delta del río Paraná

—Esto es una locura —siseó Damián, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación en medio de la reunión que mantenía con los demás *silverwalkers*, incluida Aniel. Se habían reunido en la cabaña de la pareja, mientras Maia descansaba hacía casi dos horas gracias a la orden mental que él le había impartido.

—Si te ve día a día y comprueba que no le harás daño, las cosas mejorarán —dijo Gabriel, que miraba comprensivamente a su amigo desde el sofá, con Aniel a su lado.

Damián se pasó la mano por la banda de cabello que recorría la longitud de la cabeza.

—Jamás me dará una oportunidad —replicó con el rostro deformándosele de la furia—. Todo lo que ha sucedido complica demasiado las cosas.

Estaba tan frustrado que las palabras calmas de Gabriel lo volvían más iracundo. En realidad, sabía que era su manera de descargar la enorme frustración que lo consumía en su interior, y Gabriel era el único que podía llegar a entender lo que sentía. Incluso su rabia.

—De la misma manera que hice con Aniel, es necesario que tú pases tiempo con Maia para que ella aprenda a descubrirte.

La voz de Aniel se sumó a la de su esposo:

—Maia tiene que captar tu esencia, como me pasó a mí con Gabriel.

—¡Pero me tiene terror! —exclamó el caminante con impotencia.

—Yo también estaba aterrada, Damián. Pero Gabriel alejó todos mis temores con su presencia y sus acciones.

—Yo no soy como Gabriel. Él siempre ha sido el que ha sabido manejar la reflexión y las palabras. Yo soy bueno solo para la guerra y no sé cómo hacer para que una chiquilla de veinte años, que fue torturada mientras yo estaba allí, deje de temerme.

Un gemido ahogado surgió de la garganta de Aniel, y su esposo la abrazó de inmediato.

—No puedo evitar sentir una profunda pena al saber que Maia ha sufrido tanto y ninguno de nosotros pudo evitarlo.

—Sabes que esa maldita noche yo no sabía ni sospechaba que aquella criatura que tenía frente a mí era mi señora álmica y tu hermana —dijo Damián con frustración—. Si hubiese sido así, ella jamás habría caído en manos de los caídos.

Aniel le devolvió la mirada con dulzura.

—Lo sé. Y por ello creo en ti ahora.

—Mi amor —susurró Gabriel estrechando a Aniel aún más entre sus brazos—, sabes que este camino puede llegar a ser muy doloroso; cada vez somos más los involucrados y no podemos evitar sentirnos impotentes frente a una tarea que solo dos pueden llevar a cabo.

Aniel respondió al abrazo con fuerza. Las palabras de Gabriel llenaron la habitación y ninguno de los caminantes fue ajeno a ellas.

—Tendrás que apelar a los recursos con los que cuentas para que Maia comprenda quién eres en verdad. —La voz grave de Metanón quebró el silencio.

—Llénala de besos y quizás te dé una oportunidad —propuso seriamente Ruryk.

—Eres un idiota —dijo Damián como respuesta a la propuesta de Hoyuelos. En este tema Ruryk estaba tan ciego que Damián no sabía cómo reaccionaría si algún día llegaba a enamorarse de una mujer que fuese inalcanzable. El resultado final del camino del reconocimiento era incierto, pero el tránsito le llegaría a todos y sospechaba que Ruryk sería uno de los que más aprendería.

—Y si no, déjala ir —siseó Triel. La voz que se alzó de repente, interrumpiendo los pensamientos de Damián, hizo que su rostro se cubriera de furia. Se volvió y se acercó lentamente a su hermano, que estaba sentado en un minibar ubicado a un costado de la habitación. Los presentes contemplaban atentamente la manera en que Damián caminaba hacia su hermano, sobre todo porque sabían del fuerte temperamento que los dos poseían. No era el momento de librar una batalla, por lo que deberían estar listos para separarlos en caso de una pelea.

Triel miraba a Damián sin apartar la mirada y, cuando su hermano llegó a su lado, se levantó enfrentándolo. Ambos cuerpos eran enormes, tatuados y esculpidos como dioses, por lo que una refriega entre ellos podría desencadenar un caos.

—¿Qué dijiste? —siseó Damián con los ojos que habían cambiado del color negro al metal.

—Dije que otra alternativa es que la dejes ir —contestó Triel con la misma parsimonia que Damián. El tatuaje de la cabeza de una serpiente que cubría su mejilla izquierda le daba al guerrero un aspecto aún más temible. Nadie hablaba ni respiraba, atentos a la lucha fría que se desarrollaba entre los hermanos. El dragón contra la serpiente.

Súbitamente, Damián aferró a Triel de las solapas de la camisa y de un tirón lo acercó a unos pocos centímetros del rostro de él.

—Si vuelves a decir semejante estupidez, te las verás conmigo.

—Solo digo lo que me parece.

Lo acercó aún más contra sí.

—Pues no quiero escuchar ese tipo de sandeces. Me enervan.

Triel sonrió con una mueca amarga y contestó desafiante:

—Fíjate que he estado escuchando sandeces desde hace mucho tiempo y me las he aguantado.

Ambos hermanos se miraron por un largo rato, y pareció que se abalanzarían uno sobre otro en cualquier instante.

—Tú no crees en nada de esto. Es inútil —siseó Damián soltándolo y volviéndose. Triel se mantuvo de pie, respirando agitado. Al cabo de un rato se sentó mirando con ojos desafiantes a los demás. Él, sin ninguna duda, estaba más allá de las nuevas revelaciones.

—¿Entonces no has podido hablar con ella? —preguntó Ruryk intentando cortar la tensión que reinaba en el ambiente. Damián lo miró.

—No me habla. No ha emitido ni una sola palabra desde que la atrapé. Grita, llora y pelea.

—Debería ir con ella —susurró Aniel, impotente—. Mi hermana está sufriendo y quiero ayudarla.

Gabriel, que no había dejado de abrazarla, la giró suavemente entre los brazos para que lo mirara:

—Sabes que es imposible por ahora —dijo con extrema dulzura, mientras le colocaba un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Ella es muy vulnerable, Gabriel. No es una chica aguerrida como Jackie y yo. Incluso cuando se siente insegura o atemorizada, tartamudea.

—Ya te he dicho que me ha enfrentado como una fiera —enfatizó Damián.

—Es verdad, Aniel. Todos somos testigos del tremendo alboroto que Maia causó cuando se despertó, y puedo asegurarte que el semblante de Damián era lastimoso cuando lo vimos aparecer casi castrado, mientras tu hermana parecía una valiente valquiria salida de una película —dijo Ruryk sonriendo, mientras Metanón se sumaba con una risa baja.

—No es tan débil como hemos supuesto —continuó Damián—. Tiene un gran instinto de supervivencia. Me ha hecho frente como si fuera una verdadera *silverwalker*.

—Lo es —dijo Metanón.

—Aún no sabemos si la transformación operará en ella —contestó Damián—. Es mi señora álmica, pero no estamos seguros de que responderá a lo que implica ser una *silverwalker*.

—Es hermana de Aniel, y ella lo es —insistió Metanón.

—Pero es incierta la manera en que la mezcla genética de los padres actuará en Maia.

—Y tiene solo veinte años —expresó Aniel—. Faltan unos años para saber si es una *silverwalker* o no.

—¿Y qué hay del símbolo y tu hermana? —preguntó Ruryk.

—Ella no conoce el significado de lo que hay en su poder. Tampoco lleva una marca en su cuerpo que acredite un símbolo.

—Tú tenías el símbolo grabado en las manos.

—Sí, Ruryk, pero en aquel entonces no sabía lo que significaban las figuras impresas en mis manos desde que nací. Todo lo que aprendí sobre el símbolo sucedió luego de que Gabriel y yo aceptásemos que éramos señores álmicos.

—En realidad, que tú lo hicieras —aclaró Gabriel, acariciándole la mejilla con los dedos—. Yo lo acepté de inmediato.

Aniel sonrió y miró a su esposo con devoción.

Damián se sentó en el sofá, agotado. Miró el reloj. Aún faltaba un rato para que Maia despertara.

—¿Y cómo sabes que mi hermana es tu señora álmica?

Un silencio sepulcral siguió a la pregunta que Aniel acababa de formularle. Nunca antes alguien le había preguntado de dónde provenía su seguridad acerca de que Maia lo era; tampoco nadie se había atrevido a dudar de lo que él había manifestado. Pero Aniel era Aniel y no se amilanaba ante nada ni nadie. Menos que menos, si la seguridad de su hermana estaba involucrada.

Damián le dirigió una mirada de admiración que cambió al instante por una de cierta perturbación al darse cuenta de lo que tenía que confesar en voz alta delante de todos.

La revelación de las profecías por los jerarcas respecto a la procreación en la casta de los *silverwalkers* era aún reciente. Para mantener la naturaleza particular de la casta, los mecanismos de selección natural habían operado de tal manera que la reproducción de sus miembros solo podría ser garantizada a través del emparejamiento exclusivo de señores álmicos de plata. De

esta manera, un *silverwalker* podía llegar a la eyaculación de forma natural exclusivamente con su señora álmica. La cópula con una mujer de otra esencia hacía imposible esta manifestación. En el caso de las señoras álmicas de plata, la copulación con machos que no fuesen los verdaderos compañeros significaría la esterilidad y, en muchos casos, la muerte.

—Es muy simple —contestó Damián—. Por primera vez en mis setecientos años, derramé mi semilla mientras veía los videos de tu hermana.

Los rostros de los caminantes parecían de granito y los ojos de Aniel se volvieron más grandes. El silencio se quebró cuando la risa típica de Ruryk surgió por lo bajo.

—¡Mi amigo es una fiera! —exclamó.

De repente el ambiente se aflojó y empezaron a sonreír, salvo Triel y Aniel.

—¿Y qué me dices de tus sentimientos? —preguntó ella nuevamente.

Ruryk paró de reír automáticamente, Triel refunfuñó, Gabriel levantó las cejas con curiosidad y Metanón se arrellanó en el sillón, con el aspecto de no querer perderse la historia que vendría. Le faltaban las palomitas de maíz.

Damián se detuvo a evaluar la pregunta de Aniel. Sabía que ella no le daría tregua y protegería a Maia de todos, incluso de él mismo. Por eso, comprendió que debía ser muy sincero a la hora de expresar lo que sentía; se lo debía a la hermana de su señora álmica.

—He vivido mis varios cientos de años ajeno a lo que significa el amor hacia una mujer. He disfrutado de las mujeres, pero jamás me vi involucrado en ningún tipo de compromiso afectivo. En realidad, ninguno de nosotros había entregado su corazón a alguien, salvo...

—No te atrevas a mencionarlo —advirtió Triel furioso. Damián lo miró, comprobando una vez más que era imposible mencionar el tema sin que la mirada de su hermano irradiara el odio que le producía aquella historia tan antigua.

—Gabriel y tú se soñaron durante un año y medio antes de que se encontrasen cara a cara —prosiguió, pasando por alto la mención de que Triel había estado profundamente enamorado de una mujer mucho tiempo atrás—, por lo que el camino al reconocimiento ya había comenzado a ser transitado por el espíritu de ambos. Por eso, Gabriel supo de inmediato que tú eras su señora álmica apenas te tuvo enfrente. Pero para mí esto ha sido demasiado vertiginoso. Supe que Maia lo era hace tan solo unos pocos meses. En realidad, mis conjeturas comenzaron cuando empecé a indagar sobre ella. Tú habías aparecido ante nosotros como depositaria del primer símbolo y como la posible primera mujer *silverwalker* en la historia de la Estirpe, por lo que comenzamos a investigarte. Así supimos de tu familia y de tus amigas y, entre estas últimas, de Maia, cuando aún no sabíamos que era tu hermana. No puedo negar que me sentí atraído hacia ella de inmediato, sobre todo cuando al verla reconocí a la chica que los caídos habían tenido a su merced aquella noche. Comencé a mirar los videos de ballet de tu hermana bailando en los diferentes escenarios, y lo que en un principio había sido una mera rutina profesional, lentamente se fue transformando en una obsesión. Miré tantas veces aquellos videos, que creí que la computadora estallaría; y mi instinto comenzó a manifestarse. A la vez, recordé la charla que Gabriel había tenido con nosotros cuando te atrapó a ti por primera vez. En aquel entonces, ninguno de nosotros lo comprendió, pero luego, cada una de sus palabras comenzó a cobrar significado para mí. —Miró a Gabriel—. La explicación que nos diste acerca de cómo tú y Aniel se detectaban y olían mutuamente fue, de repente, un fiel reflejo de lo que comenzó a sucederme a mí con Maia. Y junto a ello, se sumó lo que Gabriel nos había relatado con tanta frustración;

algo que jamás antes los *silverwalkers* habíamos experimentado con una mujer: una tremenda posesión. Soy consciente de que la conexión solo ha operado en mí y no en Maia. Siento a la chica como si fuera un pedazo de mí; capto su dolor, su miedo, su alegría. Es como si pudiera ingresar en su interior y empaparme de ella.

—Sé muy bien a lo que te estás refiriendo, Damián. Es lo que yo llamo una *comunión* —expresó Gabriel. Era el único de los *silverwalkers* que podía entender lo que él intentaba explicar.

—Exacto.

—Hasta ahora te he escuchado hablar de posesión, Damián —dijo Aniel suave, pero firmemente—. ¿Y qué pasa entonces con el amor?

Damián sonrió. Aniel lo testearía al máximo y para ello, lo desplazaría por todos los rincones de su alma.

—No lo sé; jamás amé a nadie y todo es demasiado nuevo para mí. Solo puedo decirte lo que siento y lo que me sucede cuando pienso en Maia. Me he pasado tantas horas frente a esa pantalla de la computadora observando a tu hermana bailar, que muchas veces pensé que me había transformado en un lunático. Y un día, mirando uno de sus tantos videos sentí que podía ingresar al interior de ella. Escuché los latidos de su corazón, así como el ruido de la sangre que corría por sus venas y arterias. Capté el ruido del aire que respiraba, un sonido arrullador a medida que sus pulmones se expandían y contraían. Viajé al interior del cuerpo de mi señora álmica en espíritu. —Se detuvo, mientras todos los presentes lo observaban como hipnotizados. Se demoró unos instantes, pero al final tomó coraje y prosiguió con la voz casi en un murmullo —: Percibí la dulzura de sus pechos y la calidez de su femineidad. El aroma a lilas de su piel me envolvió como un incienso erótico, arrastrándome a mi deseo más voraz. Y entonces sucedió lo que jamás en mi vida pensé que ocurriría. —Cuando miró a Gabriel, este asintió con la cabeza, comprendiendo muy bien a lo que él se refería—. Mi cuerpo descargó, por primera vez, su simiente, y me di cuenta de que ahí estaba la evidencia más fuerte, tangible e irrefutable.

Nadie habló, cada uno reflexionando sobre las palabras de Damián y, al cabo de un rato, la voz de Aniel se alzó:

—Entonces aún no sabes si amas a mi hermana o no.

¿Qué podía contestar él, cuando la única relación que había tenido con Maia, era a través de un deseo salvaje y silencioso que no lo dejaba en paz ni de noche ni de día, o bien a través de persecuciones y peleas? No tenía muchos parámetros a los cuales aferrarse; sintiéndose impotente ante la pregunta, eligió ser absolutamente sincero con la respuesta:

—No, pero el saber que ella existe me está quitando la razón y el alma.

Aniel lo escudriñó por un rato y, a continuación, se levantó del sofá. Gabriel acompañó su movimiento sin chistar como el guardián inexorable que era.

—Entonces, todo está claro para mí —dijo la joven *silverwalker*, casi en un susurro, mirándolo con cariño desde las profundidades verde mar—. Cuídala, por favor.

Cuando Damián iba a contestar, Gabriel levantó en brazos a su mujer para llevarla a descansar. Aniel sonrió:

—Mi amor, me haces sentir una niña. Puedo caminar al dormitorio.

El caminante le brindó una espectacular sonrisa y susurró por lo bajo:

—No quiero que te me escapes cuando atravesemos la puerta de nuestra habitación.

Lo último que los caminantes escucharon de la pareja fue el murmullo cómplice que desapareció cuando Gabriel cerró la puerta con la punta de su borceguí.

Damián sintió una cierta envidia por lo que Gabriel y Aniel vivían. Quizás algún día…

—Te deseo lo mejor, amigo —interrumpió Metanón sus pensamientos—. Debo empacar mis cosas y partir tras la bruja.

Mientras observaba al caminante dirigirse hacia su habitación, Damián pensó que este también tenía que resolver un tremendo problema: cazar a Jackie Thygesen.

CAPÍTULO 18

Damián entró en la habitación y dejó la comida sobre la pequeña mesa del cuarto. Se sentó en la silla ubicada al lado del ventanal y permaneció en silencio, esperando hasta estar seguro de que la joven probara bocado. Esta era la rutina que Damián venía llevando a cabo desde hacía tres días, sin ninguna modificación: Maia se sentaba a la mesa, comía apenas lo indispensable y, cada vez que lo miraba, un recelo profundo invadía sus pupilas a la vez que su cuerpo temblaba hasta que él se retiraba.

Al menos había aceptado las varias prendas de vestir que él le había comprado hacía un par de días, por lo que la maya azul había sido reemplazada por una blusa fresca y unos pantalones de tela liviana.

Respiró profundamente. Estaba agotado, y el silencio en el que ella estaba sumergida comenzaba a alarmarlo. Aún no había emitido una sola palabra desde que la había atrapado y las cosas parecían no mejorar.

Se sentó, apoyó los codos sobre los muslos y se pasó las dos manos por la cabellera, arrastrándolas desde la frente hasta la nuca, donde las detuvo. Si tan solo pudiera hablar con ella, explicarle. Había esperado que ella se calmara en estos días pero, ante los hechos, parecía imposible. Levantó la cabeza y volvió a observarla. Sentada a la mesa, solo había tomado un poco de agua y comido un trozo de pan, y no pudo dejar de notar que estaba un poco más delgada y muy pálida. Esto debía terminar.

—Si no deseas hablar, entonces lo haré yo —dijo Damián, decidido. La chica lo miró, pero bajó los ojos de inmediato.

«No me lo hará fácil, por supuesto»

—Hace tres días que te espero.

El color celeste pálido de sus pupilas permanecía escondido bajo los párpados.

—Nadie quiere hacerte daño, y menos yo. —Ahora estaban ahí: los luceros celestes, que parecían querer traspasarlo como si fueran dagas afiladas, se desplegaban en toda su hermosura. Indudablemente, no era sorda y no le creía una mierda—. Quiero explicarte quiénes somos y por qué estás acá —insistió. Ante su silencio, Damián decidió continuar—: Hay una organización internacional que va tras de ti; sus miembros son llamados caídos y son los responsables de haberte secuestrado hace diez meses. — «Y cuando naciste», pensó, pero no se lo diría. El calor tormentoso de la mirada de Maia volvió a traspasarlo. Al menos, había captado su atención—. Me llamo Damián Di Mónaco y pertenezco a la casta de los *silverwalkers*, también conocida como la casta de los caminantes de plata o, simplemente, caminantes, cuyos miembros conformamos una organización que combate el accionar de los caídos, defendiendo la Estirpe a la cual pertenecemos, llamada La Estirpe de Plata. Hace diez meses yo cumplía una misión secreta que me llevó a infiltrarme en la guarida de los caídos, donde estabas...

«Cuidado, Damián», se advirtió a sí mismo.

—...tú.

Maia, cuyo semblante había permanecido serio e impávido se volvió blanco como un papel al escuchar lo último. Tensó el cuerpo y el caminante se alistó, sabiendo que podría intentar escapar

nuevamente. Captó las emociones encontradas de la chica, pero finalmente ella permaneció en el lugar.

—Soy tu guardián. Mi misión, a partir de este momento, es cuidarte de ellos. —Impotente, contempló como Maia se colocaba las manos sobre los oídos. Hastiado de sentirse rechazado, Damián se levantó y se inclinó hacia ella para tomarla de las muñecas y apartárselas, pero Maia se resistió hasta que se dio cuenta de que él era demasiado fuerte para ella. Con los oídos libres, volvió el rostro hacia un costado—. Debes entender que todo esto es un terrible error —insistió Damián. La chica cerró los ojos y se sumergió en una especie de sopor. Mientras la sostenía suavemente de las muñecas, Damián la observó apesadumbrado y liberó sus muñecas—. Aunque creas lo contrario, esta vez haré todo de mi parte para cuidarte.

Maia abrió los ojos, que ahora estaban llenos de lágrimas y lo miró con desdén. Cerró los puños y, súbitamente, saltó de la silla y se abalanzó contra él. Damián se irguió al instante, pero la sorpresa del ataque lo tomó desprevenido, sin poder evitar la lluvia de golpes que cayeron sobre su pecho. Intentó pararlos, sujetándola nuevamente de las muñecas, pero Maia parecía poseída. Mientras la escuchaba resollar del esfuerzo, Damián la envolvió fuertemente entre sus brazos, capturando los suyos, y la elevó a varios centímetros del suelo; pero Maia se revolvía como un pez recién sacado del agua. La escuchó gritar y sollozar mientras luchaba por soltarse, pero él de ninguna manera se lo permitiría. Con una mano, Damián la tomó por detrás de la cabeza y la acercó contra el hombro para poder controlarla mejor.

—¡Maia, por el amor de Dios, basta! —exclamó al oído de ella.

En medio de los sollozos, escuchó por primera vez su voz en un grito:

—¡Tú…! ¡Quisiste… matarme! —Al escucharla tartamudear, recordó las palabras de Aniel.

El dolor que sintió en el pecho lo aplastó. Ella había vivido en carne propia lo que él pudo haber evitado y no hizo.

—Déjame explicarte, Maia —pidió, mientras seguía soportando los sacudones del cuerpo apresado entre sus brazos.

—Tu imagen… y la de ellos… —Se interrumpió ahogada por el llanto—. Me han perseguido todo este tiempo. Y ahora... —hipó desconsolada—, ahora… estás todos los días… frente a mí, para seguir… torturándome.

—Juro, por lo que más quieras, que no te lastimaré.

—¡No te creo! —chilló con las lágrimas cayéndole descontroladas hasta la boca—Viví… en mi propio cuerpo lo que tú y los otros… me hicieron. ¡Eres… tan despreciable como ellos!

Escucharla balbucear mientras captaba su dolor lo hizo sentir el ser más aborrecible del planeta.

—Maia, escúchame... ¡pero primero para de pelear, por favor! —La sacudió un poco, sin demasiada fuerza, mientras le sostenía una de las muñecas; Maia se detuvo ante la orden y cayó contra su pecho; parecía un pájaro atrapado entre las fauces de un gato que se resignaba a su destino; lloró desconsoladamente sobre su camisa.

Damián no pudo evitar abrazarla con dulzura; el llanto lastimoso traspasó sus defensas y se sintió desbastado.

—Permíteme explicarte lo que realmente sucedió.

—No… no puedes… porque yo sé… lo que pasó. YO… lo viví, YO… lo experimenté... ¡y mi cuerpo recuerda! —le gritó con la voz ahogada por el pecho de él. Sabía que tenía razón, pero

necesitaba igualmente que lo escuchara, que le permitiera expresar cuánto lamentaba lo que había sucedido.

—Yo no sabía quién eras, Maia.

Ella alzó el rostro y lo miró con intensidad. Se vio reflejado en las pupilas acuosas que ahora brillaban como las estrellas en el firmamento diáfano.

—¿Y quién… quién crees que soy ahora? —preguntó con la voz quebrada.

—Para responderte esa pregunta, necesito que me des un poco de tiempo para que te habitúes a mí.

—¿Por qué… me has traído aquí, alejándome… de todo lo que amo? —prosiguió interrogándolo, como si no lo hubiera escuchado—. ¿Qué… qué es este lugar y por qué… debo acostumbrarme a ti? —En medio de su permanente tartamudeo, la sintió ponerse tensa como la cuerda de un violonchelo al que afinaban. Tenía miedo de que en cualquier momento volviera a saltar.

—Te ruego que te tranquilices… —le pidió con voz suave.

Siguió mirándolo con tal intensidad que, de repente, Damián se sintió acalorado. Sostenía el cuerpo de ella entre sus brazos, elevado a varios centímetros del suelo, mientras que la mirada que en algún momento había parecido celestial, en realidad, lo traspasaba como las balas de una ametralladora. La polla se le irguió sin aviso y la sangre comenzó a circularle a toda velocidad. Esto no estaba yendo bien para el sentido común que él debía conservar. Y si bien Maia había parado de luchar, no podía olvidarse de lo que significó sentirla revolverse contra su cuerpo. ¡Dios! Esa misma sensación quería vivirla con ella en la cama, mientras la llenaba con el néctar de la pasión. Recordó de repente la turgencia del suave seno que había tocado cuando habían luchado hacía unos días, y su interior se inflamó como si un fósforo hubiera caído en un tacho de gasolina.

—Suéltame… —exigió Maia en apenas un murmullo, interrumpiendo las sensaciones que lo estaban excitando como jamás antes en la vida.

—Cuando estés más tranquila y prometas que no habrá más intentos de huida.

Maia ocultó la mirada nuevamente.

—Suéltame… —volvió a murmurar.

—Ya te he dicho cuándo.

Los ojos de Maia seguían escondidos tras el velo de sus pestañas. Al cabo de lo que pareció una eternidad, susurró:

—No… me escaparé... hoy.

—¿Me das tu palabra?

Maia asintió apenas con la cabeza. Damián supo que no lograría mucho más de ella. La soltó despacio, sin dejar de mirarla, atento a una posible huida. Sorbiendo por la nariz, ella se alejó de él para sentarse en la cama y apoyarse en la cabecera como otras veces la había visto hacer.

Damián permaneció de pie y se acercó suavemente, pero Maia lo miró temerosa y levantó una mano:

—Por favor… detente —rogó y Damián respondió a su pedido de inmediato.

—Me quedo aquí, pero no me iré hasta que hablemos.

—No… no deseo… hacerlo —murmuró bajando la mirada otra vez. Estaba decidida a

dejarlo fuera de su campo visual.

—Debemos aclarar las cosas.

Maia negó con la cabeza.

—No me queda más remedio que intentarlo —insistió el caminante.

Con las pestañas barriéndole las mejillas, Maia musitó:

—¿Por qué… me persigues?

—Porque eres importante...

«...para mí», pensó. Pero no podía decírselo.

—... para nuestra Estirpe —contestó en cambio.

—No sé… de qué me hablas —No era tonta y mentía.

—Tú has sido recientemente informada de algo muy importante.

—¿De… qué? No te comprendo.

—Acerca de un símbolo.

Damián observó como Maia se ponía aún más pálida.

—Yo… yo… —volvió a tartamudear— no sé nada… —Damián respiró hondo, tratando de controlarse. Odiaba ver a Maia de este modo, pero al menos parecía un poco menos asustada—. ¿Y dónde… está Aniel? —escuchó preguntarle con suavidad.

—Ella está bien.

—¿Cómo… cómo puedo saberlo?

—Aceptando lo que te digo. No tienes otra alternativa.

La contempló desmoronarse. Le pedía un imposible, pero no había otra manera. Decir la verdad era impensable.

Damián se sentó en una silla y la miró.

—Comprendo que todo esto es muy difícil para ti, Maia. Estás confundida y me tienes miedo. Pero necesito que busquemos alguna manera de dialogar y no enfrentarnos.

—Yo… yo no tengo nada que decirte —susurró con la mirada dirigida hacia las rodillas levantadas contra su torso.

—Te equivocas. Además, debes enterarte de ciertas cosas que yo soy responsable de transmitirte.

—¿Quién… te asignó esa misión? —balbuceó mirándolo nuevamente.

—Yo mismo.

—Me… lo imaginé —farfulló en voz tan baja, que apenas la escuchó. Damián se puso de pie y dio un paso hacia ella—. ¡Te dije que no quiero que te aproximes! —exclamó mirándolo otra vez. Maia era un vaivén emocional. De repente parecía una niña aterrorizada y, al instante siguiente, una mujer dispuesta a todo para preservar su vida; hasta dejaba de tartamudear.

—OK. Lo haremos a tu manera, Maia —anunció mientras volvía a sentarse—. Has hecho muchas preguntas y te daré las respuestas que en este momento puedo brindarte. Quisiera que me hubieses dado un poco más de tiempo para que te acostumbraras a mí, pero tus temores están demasiado arraigados como para permitírmelo. Hablaremos francamente. —Dicho esto, Damián sintió crecer en él al guerrero que ya estaba agotado de luchar contra un enemigo escurridizo. Ahora ella tendría que escucharlo—. Los caídos son nuestros enemigos y si bien aún no puedo revelarte el tipo de trabajo que ellos llevan a cabo, puedo adelantarte que una de las metas

diabólicas que tienen es la de cazar gente para su propio beneficio, en especial gente perteneciente a nuestra Estirpe. Los *silverwalkers* somos guerreros guardianes, encargados de proteger a la Estirpe de todo enemigo. A su vez, la Estirpe ha venido sufriendo una serie de cambios desde hace cien años, anunciados por las profecías escritas por nuestros ancestros, en donde se menciona la existencia de símbolos que llegarán a la Estirpe para su avance y desarrollo. Tú y Aniel están vinculadas a dos de los cinco símbolos que debemos hallar, y sospechamos que Jackie Thygesen está relacionada con un tercero. Por dicha razón, hemos intentado acercarnos a ustedes y llegar a un acuerdo, para compartir la información que manejan. Además de lo que te he resumido brevemente, debes saber que… —Tomó aire y esperó unos segundos, atento a alguna reacción de la chica, pero ella seguía en silencio, mirándolo atentamente—… Aniel y tú también pertenecen a la Estirpe de Plata y creemos que Jackie también podría estar relacionada, aunque no tenemos plena seguridad. Tus cualidades para la danza son increíbles, pero no son solo debidas al enorme trabajo que has hecho con tu cuerpo, sino también a tu habilidad extraordinaria para correr y saltar. Salvo Aniel, y quizás Jackie, nadie te debe haber vencido en carreras y saltos en un campo de deportes o en juegos y, aunque eres pequeña de tamaño, eres mucho más fuerte que una mujer humana muy bien entrenada. Percibes el brillo metálico en ciertas personas y captas olores especiales a distancias mayores. Puedes ver en la oscuridad y quizás tengas ciertas percepciones sobrenaturales; seguramente posees otros dones, aparte de los que te he mencionado. No me asombraría que fueses sanadora, o puedas escuchar o visualizar sucesos futuros. También emites destellos plateados de los ojos y de todo tu cuerpo cuando estás bajo el efecto de emociones fuertes y, a través de vibraciones en tu cuerpo, puedes detectar a los caídos y a nosotros desde lejos, aunque es más intenso si estás concentrada en hacerlo. Desconozco el color de tu sangre, pero puede ser plateada o de un rojo más suave que la de cualquier humano. También tus lágrimas y tu transpiración pueden tener un brillo plateado. Dime, por favor, si me equivoco en algo de lo que te he mencionado.

Maia lo observaba tiesa y sin emitir sonido alguno, como una preciosa estatua de sal.

¿Cómo podía haber adivinado este intruso lo que ella sabía de sí misma y que casi nadie conocía? Había hablado algunas veces con Aniel acerca de los reflejos plateados que captaba en unas pocas personas y de su facilidad para ver en la oscuridad, pero nunca le había contado la manera en que su cuerpo vibraba cuando los tipos que la buscaban estaban cerca. Y jamás olvidaría aquella noche en la que ella, presa y atada semidesnuda a una camilla en el laboratorio de los caídos, había detenido su visión en la aureola plateada que rodeaba completamente al cuerpo del *silverwalkers* que ahora tenía frente a ella, como una manera de evadirse de la crueldad a la que la estaban sometiendo. Su sangre era de un color rosado muy suave con destellos plateados, de ahí su permanente palidez. Pero nunca se enfermaba.

Comenzó a sudar del pánico. ¿Cómo sabía tantas cosas de ella? Él había nombrado un par de veces a Aniel cuando había intentado persuadirla, y ella lo había tomado como una celada. Pero... ¿podría ser verdad que su amiga hubiese caído prisionera de ellos? Y si era así, ¿habría Aniel revelado a estos tipos alguna información sobre ella? Este tipo, por lo visto, no conocía el don de sanación que ella llevaba en las manos, pero le había dicho claramente que podía ser sanadora. Y era verdad. Ella había podido curar, en algunas ocasiones, algunas enfermedades menores en la gente con un suave toque de las manos sobre sus cuerpos, pero no se atrevía a hacerlo muy seguido porque le generaba temor.

—Lo que acabo de decirte hace que te encuentres dentro de un nuevo orden de cosas —prosiguió el gigante—. Eres una de los nuestros y, por lo tanto, tú y tus dos amigas son blanco de los caídos. Y yo soy quien debe cuidar de ti.

—¿Y quién… cuida de Aniel?

—El *silverwalker* Gabriel Trost.

Maia se sintió morir. Era el mismo del que Aniel le había hablado y del cual huía en aquel entonces. ¡Entonces la había atrapado nuevamente!

—¿Y de Jackie?

—Metanón Lemark.

—¿También un *silverwalker*?

—Sí.

Maia sintió náuseas. Cada una de ellas era la presa de cada uno de estos enfermos.

—¿Dónde… está Aniel? —quiso saber de nuevo. Estaba segura que él captaba el terror que la invadía.

—Te he dicho que ella está bien.

—No… me contestas.

—No puedo decirte dónde está, pero sí puedo asegurarte que Gabriel la protege con su vida.

—Necesito verla, por favor.

—Ahora no.

Maia contuvo el aliento y le pareció que el sujeto percibía que su miedo era remplazado por un profundo dolor.

—¿Cómo puedes pretender que te crea cuando sé de lo que eres capaz? Yo solo quiero regresar a mi hogar y hacer como si todos estos días en realidad no hubieran existido. Quiero estar entre los míos y estoy segura de que Aniel, muy pronto, se pondrá en contacto conmigo.

El tipo sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo dejarte ir. Este es tu nuevo hogar.

Maia sintió que algo estallaba dentro de ella. ¿Su nuevo hogar? Estaba atrapada en medio de una sarta de chiflados y debía encontrar alguna manera de huir.

—Sé lo que estás pensando, pero te prevengo que es inútil —advirtió el individuo con voz firme.

—Mi único hogar… está en México —respondió—. Debes dejarme ir.

—No puedo.

—Por favor —rogó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba desesperada, negociando el futuro de su vida con un loco. Él la miraba seriamente, aunque por un instante a ella le pareció detectar en los ojos negros un atisbo de ternura, que desapareció de inmediato.

—No —lo oyó decir con voz gélida.

El corazón de Maia comenzó a galopar desenfrenado. Sentía un espantoso dolor en las sienes y, de repente, todo su mundo se volvió negro. Estaba sofocada y un deseo intenso de matar a ese tipo se apoderó en ella. La furia asesina que estalló en su interior le recordó *aquello* que ella jamás había podido gobernar y que tanto la asustaba.

«Escapa, escapa, escapa ».

Sin esperar un segundo más, saltó de la cama y corrió hacia la puerta que no pudo abrir por la

traba especial que tenía. Se volvió como un torbellino y corrió hacia el vidrio de la ventana, pero en pleno salto y antes de golpear contra él, los brazos fuertes de su carcelero la envolvieron. Maia apoyó las manos en el pecho enorme tratando de mantener el equilibrio y quedó atrapada en los ojos negros que la escrutaban enojados a tan solo unos centímetros de distancia.

—No permitiré que te hagas daño.

Maia lo atacó con una furia atroz. La respiración agitada de él se unía a los espasmos entrecortados de ella hasta que, sin saber cómo, fue lanzada contra la pared con las muñecas apresadas a los costados de la cara y todo su cuerpo cubierto por el de aquella mole. Se sacudió como una endemoniada, atrapada en una cárcel de músculos y huesos. Le clavó las uñas en las manos que seguían sujetándola de las muñecas como dos grilletes de acero.

—¡Déjame… ir! —gritó sin dejar de debatirse.

—No puedo —escuchó que el tipo le decía con suavidad. Si hasta parecía triste. Un actor de primera.

—¡Por lo… que más quieras, suéltame! —chilló Maia, a la vez que un sollozo quebraba su voz. Casi no podía respirar del esfuerzo que hacía por escapar.

—Aquí está tu hogar ahora.

—¡Jamás! —volvió a gritar, con las lágrimas llenándole la boca—. Mi hogar… es con aquellos que me aman, no aquí… donde me quieren para los beneficios de tu Estirpe. Y tú… —Le clavó los ojos, captando la mirada oscura y torturada—. ¡Te desprecio! —escupió entre sollozos. Y de repente quedó libre. El gigante se había movido hacia atrás, con una mezcla de furia y dolor en la mirada. Sin detenerse a pensar en por qué la había dejado libre, Maia se lanzó contra la ventana contra la cual rebotó y cayó de espaldas al suelo, pero se incorporó salvajemente dispuesta a intentarlo otra vez. Cuando lo hizo, una mano enorme la enlazó de la cintura y otra le sujetó la barbilla, obligándola a mirarlo.

—Ya es suficiente.

Y, nuevamente, quedó sumergida en una profunda oscuridad.

CAPÍTULO 19

Hacía demasiado calor; el cuerpo le sudaba de tal manera que ya había perdido la cuenta de las veces que se había refrescado en los arroyos que surgían en su camino. Echó un nuevo vistazo a su reloj, calculando que en una media hora llegaría finalmente a destino.

Logan volvió a consultar el mapa que Paul le había dibujado, y constató que la casa de la organización de los *silverwalkers* estaba donde él recordaba. Aunque había venido al Delta algunas veces antes, jamás lo había hecho como misión. Los enfrentamientos contra los caminantes se habían desarrollado, sobre todo, en las diferentes guaridas de los caídos, ya que los caminantes eran muy buenos para infiltrarse; pero jamás había surgido la oportunidad de venir aquí.

Paul había sido el responsable de dirigir las tareas en este lugar, pero después de la pelea que había tenido con él en el cuadrilátero, había quedado relegado a misiones menos importantes. Logan sonrió. La chica ahora era su objetivo y hacia allí se dirigía, decidido a burlar a los caminantes y llevarse a la fugitiva con él.

Tomó un sorbo de agua de la cantimplora y continuó a paso firme entre la vegetación tupida del lugar. Observó el sol que se había reducido a una línea roja en el horizonte. Debía apresurarse para llegar antes de que oscureciera.

Súbitamente escuchó pasos apresurados que se acercaban. Se escondió detrás de unos arbustos con el cuchillo en la mano; si bien llevaba pistolas, prefería el arma blanca no solo porque era muy diestro con ella, sino también porque era un arma silenciosa.

Esperó hasta tener frente a él la figura que corría como si el mismísimo diablo la persiguiera. Cuando la divisó, se quedó absorto contemplándola, ya que no podía creer quién era. Conteniendo la respiración, la observó en todo su esplendor y supo que no estaba equivocado: la criatura de la foto que lo había obsesionado en este tiempo, venía corriendo hacia él como un regalo ofrecido por los dioses. Absorto, guardó el cuchillo y observó que la chica miraba desesperada hacia atrás por sobre su hombro. Cuando pasó a su lado, Logan salió de su escondite y detuvo la carrera de la joven, enlazándola por la cintura con un brazo y cubriéndole la boca con una mano. Sin darle tiempo a reaccionar, le dijo en voz baja al oído:

—Maia Serrano. Soy el capitán Logan Estrada, de la agrupación de operaciones especiales del ejército argentino. Mi equipo de soldados y yo hemos venido a rescatarla.

Sin quitarle la mano de la boca, esperó a ver la reacción de la muchacha. Mientras lo hacía, constató que la chica era pequeña como sus hombres le habían comentado y, apoyada contra él, no era más que un manojo de músculos suaves pero firmes, y curvas sinuosas. Tragó en seco. Se sentía embrujado por la cabellera tan larga y brillante que olía a flores. Podría jugar durante horas con ella, abrazando su cuerpo desnudo en una noche de incansable sexo. La entrepierna comenzó a dolerle.

El movimiento de aceptación que la chica emitió con la cabeza lo alejó de sus fantasías.

—Quitaré mi mano de su boca, pero le ruego que no grite. A pocos kilómetros de aquí se halla el campamento que he montado con mis hombres, desde donde podremos trasladarla a un lugar seguro.

Maia volvió a asentir.

Lentamente, la mano de Logan fue liberando su presa sobre Maia y, cuando lo hizo completamente, la joven se volvió y lo miró. En ese instante, Logan supo que jamás había visto a una mujer más hermosa. Esos ojos… eran impresionantes. Su corazón comenzó a amartillarle el pecho de tal manera que pensó que lo haría estallar. La mirada más espectacular que había visto en su vida lo atravesó de lado a lado y, como jamás en la vida le había sucedido, se sintió vulnerable. Sonrió como un idiota. Lo que esta chica generaba en un hombre era demasiado peligroso.

—Ha escapado… —dijo choqueado por la revolución hormonal que lo agobiaba.

—Aún… no puedo creerlo —le contestó casi en un susurro. Se la notaba pavorosamente asustada.

—Entonces debemos apresurarnos. Seguramente, en breve, quienes la hayan tenido cautiva descubrirán su ausencia.

Cuando la tomó del codo para iniciar la marcha, Maia lo detuvo.

Lo miró sin saber qué hacer. ¿Quién era este hombre? Decía ser un hombre del ejército argentino, pero ¿podría ser verdad?

—¿Cómo… me encontró? —preguntó suavemente. Si bien había logrado escapar milagrosamente de la guarida de los caminantes, tenía terror de caer en nuevas manos extrañas. Necesitaba tiempo, algo que le indicara que podía confiar en este hombre.

—El personal de la fundación donde usted vive y la directora de la academia de danzas donde usted trabaja en Ciudad de México denunciaron su desaparición a la policía mexicana luego de una trifulca que usted había mantenido con un sujeto en su lugar de trabajo. La policía la ha buscado por todas partes, pero cuando descubrió que usted había sido raptada y traída a la Argentina, finalmente delegó la misión a la policía argentina. Y esta, a su vez, la transfirió al ejército.

—¿Por qué a su grupo en especial?

—Porque equipos como los nuestros pueden enfrentar a la organización que la secuestró.

—¿Entonces la policía argentina sabe de la existencia de esta gente?

—En realidad, no. La policía argentina, al recibir la descripción detallada que varios testigos presentes en la academia de danzas habían hecho de su secuestrador, llegó a la conclusión de que ese tipejo era miembro de algún grupo subversivo de alto riesgo y, por lo tanto, se requería de la intervención de agentes especialmente entrenados para poder enfrentarlos. Y, por eso, derivó el caso a nuestra agrupación. Nosotros reconocimos al instante al sujeto, ya que desde hace tiempo venimos teniendo enfrentamientos con los miembros del grupo al cual él pertenece.

Súbitamente, el cuerpo de Maia comenzó a vibrar estrepitosamente y la hizo consciente de lo que se avecinaba. El tronar de unos pasos pesados que se acercaban a toda velocidad confirmó el aviso de su cuerpo y puso en acción al capitán.

—Uno de los secuestradores está aquí, Maia. Ponga todo su esfuerzo y marchémonos antes de que nos alcance.

«Es él…», pensó desesperada.

Se internaron en la vegetación que los separaba del perseguidor, corriendo con todas sus fuerzas por diferentes senderos. Logan era un exponente masculino imponente, ágil y rápido, y Maia intuyó que ella lo había sorprendido con su propia rapidez y agilidad. No sabía si podía

confiar en él, pero el militar era su gran posibilidad para no volver a aquella casa jamás.

Aceleró la marcha para mantenerse a la par de Logan, concentrando su atención en el sonido de sus propias pisadas y la respiración agitada de ambos.

—¿Dónde… queda el campamento? —preguntó Maia casi sin aliento.

—No tan lejos. La sacaré de aquí en breve.

Continuaron desplazándose sin mirar atrás durante un tiempo más hasta que, súbitamente, captaron una luminosidad proyectándose desde atrás de una arboleda que se erigía frente a ellos.

—¡Allí está el campamento! —señaló sonriente Logan y la aferró del brazo con fuerza, ayudándola a correr más rápido. Cuando ya iban llegando al lugar donde la luz se volvía más intensa, una figura enorme sin rostro surgió frente a ellos. Aun cuando la luz tan intensa impedía ver las facciones del sujeto, Maia sabía bien de quién se trataba. Su cuerpo vibraba al extremo ante el aroma a guerra, implacable e inconfundible.

Logan se detuvo y colocó a Maia detrás de su cuerpo protegiéndola del guerrero, cuyo brillo plateado evidenciaba la magnitud de su furia.

—Entrégamela —ordenó el tipo con voz grave, baja y peligrosa.

—No, Di Mónaco —respondió Logan.

El sujeto caminó muy lentamente hacia ellos. Era imponente.

—Si no me la devuelves, te juro que pulverizaré cada uno de tus huesos —siseó.

—¿No te parece que ya has hecho demasiado daño a la chica? —preguntó Logan burlón, desafiándolo.

Maia pudo captar el brillo de la dentadura del caminante, que ahora sonreía.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—A mí no —dijo Logan, que ahora la señalaba a ella con el dedo pulgar—, pero a la joven sí.

El gigante se detuvo.

—Dámela —volvió a advertir con una voz tan baja, que parecía de ultratumba.

—Nunca.

Maia observó horrorizada como Di Mónaco, sin aviso, se echaba enfurecido sobre el capitán Estrada. Ambos cayeron rodando al piso, golpeándose salvajemente; si bien el *silverwalker* era enorme y tenía una fuerza extraordinaria, Logan no se quedaba atrás; parecía que había aprendido a luchar en los barrios bajos de Buenos Aires. Peleaban como dos demonios, gruñendo y resollando del esfuerzo, hasta que súbitamente estuvieron de pie con la ropa hecha girones, cada uno armado con un cuchillo en la mano y girando en círculos, tratando de adivinar donde y cuando dar el golpe mortal a su adversario. Maia ahogó un grito en su garganta, apabullada al contemplar la escena dantesca que se desarrollaba frente a ella. El ruido de las hojas afiladas chocando entre sí la dejó sin aliento pero, cuando un pequeño chorro de sangre comenzó a drenar del bíceps de Logan, Maia retrocedió y se lanzó hacia la vegetación.

CAPÍTULO 20

Corrió hacia la luz que la guiaba al campamento de los hombres de Logan, esperando encontrar a alguien que pudiese rescatarlo de la furia de Damián Di Mónaco.

Cuando casi iba llegando, un grupo de sujetos vestidos con trajes camuflados emergieron de la oscuridad, y Maia se dirigió a ellos, pidiendo socorro a viva voz.

—¡Por… favor! ¡El capitán Logan Estrada… está en peligro! —gritó sin aliento cuando se detuvo frente a ellos.

Uno de los hombres comenzó a emitir una risita irónica.

—¿Pero qué tenemos aquí, amigos? —preguntó lascivo, despidiendo un fuerte aliento a alcohol, a la vez que sus camaradas reían con él.

—Por… favor. Ustedes… deben ser los hombres del capitán Estrada. Tienen… que ayudarlo.

Los hombres la rodearon en un círculo mirándola con lujuria.

—Nuestro jefe puede defenderse solo —dijo el mismo sujeto que le había hablado antes—. Pero tú eres un fruto delicioso y debes saber de maravillas. Ven aquí, preciosa —y estiró la mano tratando de tomarla del brazo.

Todos los sentidos de Maia se activaron; al final su huida la había situado en otro lío. Sin pensarlo un instante, levantó la rodilla y se la clavó en el estómago al primer tipo. Como este estaba borracho como una cuba, no le resultó difícil derribarlo; al segundo lo sostuvo del brazo y le hizo una zancadilla desde atrás que lo mandó al suelo, y al tercero le lanzó una patada en la entrepierna que lo hizo caer doblado en dos. Sin ninguna duda, el terror que sentía y el hecho de que los tipos hubiesen estado tan borrachos la habían ayudado; ella amaba la danza y no el arte de defensa personal.

De repente, escuchó otras voces masculinas riéndose, que se acercaban. Debían ser otros soldados del grupo del capitán y sonaban tan borrachos y desatados como los que acababa de derribar. Frustrada, se dio cuenta de que la posibilidad que había tenido de ayudar al capitán Estrada se había esfumado y, rogando que este hubiese salido con vida de su enfrentamiento con Di Mónaco, salió huyendo desesperada, deseando apartarse de todo y de todos, en especial del gigante oscuro.

Atravesó kilómetros de vegetación húmeda por el rocío y el calor de la noche, esperando encontrar algún lugar poblado donde alguien le explicara cómo salir de allí.

Gracias a su visión nocturna, podía desplazarse a toda velocidad a pesar de la vegetación cerrada y la noche que, de repente, se había vuelto muy oscura.

Las hojas de los árboles le raspaban las mejillas, los muslos y los brazos, y los pies se le mojaron al atravesar los charcos de agua que surgían en el camino. Agudizó el oído, tratando de escuchar el ruido de otras pisadas además de las suyas propias, sin éxito. Luego de lo que le pareció una eternidad, se detuvo y se apoyó en un árbol, exhausta; había corrido muchos kilómetros en poco tiempo y no le quedaba casi aire en los pulmones; necesitaba darle a su cuerpo una pequeña tregua. El sudor le empapaba las sienes, descendía por el cuello y convergía en sus senos. Dobló el cuerpo, echando los hombros hacia adelante, y apoyando las manos en las rodillas, en un intento por reponerse. El calor la volvía loca y apenas podía respirar.

Se obligó a hacer los ejercicios de respiración que enseñaba a sus alumnos cuando daba clases de danza y, poco a poco, comenzó a llenar sus pulmones; pero no debía permanecer quieta durante mucho tiempo, ya que el caminante podía estar cerca, así como alguno de los otros hombres. Si Logan la encontraba antes, para ella estaba claro que por nada del mundo permitiría quedar a merced de sus hombres borrachos y matones.

Se volvió y apoyó la frente en el tronco del árbol, aspirando profundamente una vez más.

Súbitamente, su cuerpo comenzó a vibrar tempestuosamente, y sus ojos percibieron un brillo plateado reflejándose en las hojas húmedas de los árboles.

«No, por favor », rogó por dentro. La advertencia estaba hecha: debía salir de allí.

Inició la carrera nuevamente pero, a los pocos metros, el resplandor plateado se erigió ante ella. El poder de la mirada de Damián Di Mónaco a medida que avanzaba hacia ella paralizó su cuerpo, de la misma manera que una serpiente hipnotiza a un animal para engullirlo. Tenía que hacer algo, no podía quedarse atada a esa mirada siniestra, que le quitaba el aliento. Sacudió la cabeza de un lado a otro y se obligó a volver a la realidad. Giró el cuerpo y se echó a correr con todas las fuerzas que le quedaban.

—¡Detente, Maia! —ordenó la voz del *silverwalker* que se alzó como el estallido de un látigo en medio de la oscuridad. Pero ella lo ignoró y siguió corriendo—. ¡Te he dicho que pares, maldita sea! —juró él a corta distancia detrás de ella. El tronar de la voz glacial y de sus pisadas la asustó y aumentó la velocidad de sus piernas—. ¡Te detendré de la manera que sea! ¡Y te juro por lo que más quieras, que esta vez no haré concesiones!

Ante la impresión que le causó aquella amenaza, su cuerpo pareció desacoplarse de su cerebro y, súbitamente, se detuvo. Él también lo hizo.

—Vuélvete —exigió su perseguidor, a pocos pasos de ella; pero el cuerpo de Maia parecía incapaz de registrar la orden que había recibido—. Te he dicho que te vuelvas —requirió con la voz un poco más calma, sin lograr nada de ella—. Maia, por favor…

El cuerpo de ella giró como si fuera una autómata y lo enfrentó; el dragón oscuro llenaba toda su visión.

Observó por el rabillo del ojo el entorno, tratando de hacerse una idea de qué había alrededor. Lo único que distinguía claramente era el agua de un arroyo bordeado por una arboleda enorme salpicada de arbustos de diferentes tamaños. Volvió a mirar hacia adelante; él estaba demasiado cerca y el fulgor de sus ojos la intimidaba.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó, sorprendiéndola con el tono protector de su voz.

¿Dónde estaba Logan? ¿Lo habría matado? Impotente y sin atreverse a preguntar o a decir palabra, ella se mantuvo en silencio.

Él frunció el ceño.

—Te llevaré de regreso y no intentes huir esta vez —le advirtió. En ese instante, Maia pensó que definitivamente el sujeto estaba loco. ¿Cómo se le ocurría exigirle regresar a aquel lugar? Antes tendría que matarla.

Intentó escapar, pero el *silverwalker* ya estaba preparado y la sujetó de la muñeca. Maia comenzó a debatirse y, delgada y escurridiza como era, logró zafarse de inmediato. Lo escuchó jurar furioso, por lo que corrió de prisa, con el pelo pegándosele en las mejillas. Agobiada por los pasos pesados que se acercaban raudamente hacia ella, se dirigió al arroyo a toda velocidad y se lanzó a él, sumergiéndose en el agua caliente y lodosa, tratando de desaparecer rápidamente bajo

la superficie. Escuchó el estallido del cuerpo pesado de su perseguidor contra el agua por detrás. Nadó frenética con todas sus fuerzas a pesar de la fatiga de su cuerpo. Seguramente el *silverwalker* esperaba agotarla porque, de haber querido, estaba segura de que él ya habría podido alcanzarla; igualmente ella era rápida y se tenía fe, aunque sabía que se enfrentaba a un enemigo implacable. Descendió más, aprovechando su buena capacidad pulmonar; no sabía hacia dónde se dirigía, pero rogaba que un milagro la ayudase a despistar al caminante.

Tras nadar durante lo que le pareció una eternidad, su cuerpo se dirigió a la superficie para tomar aire. Al emerger, sus pulmones dieron la bienvenida al aire un poco más fresco de la noche y, al instante siguiente, miró con detenimiento hacia todas direcciones tratando de detectar al gigante. Pero no había señales de él. Una sensación de esperanza la invadió. Aspiró profundamente y volvió a sumergirse en el interior de las aguas, cerrando los ojos para evitar el lodo del agua. Nadó muy cerca del fondo del arroyo, esperando llegar a algún lugar que la alejara de todo. Si bien sus piernas estaban agotadas y temía acalambrarse, nada la detendría: estaba a un paso de conseguir la libertad tan ansiada. Continuó a buen ritmo, moviendo los brazos y las piernas rítmicamente. Finalmente, el cuerpo le pidió una nueva recarga de aire y subió a la superficie del agua con la esperanza de que todo siguiese como hasta el momento. Cuando abrió los ojos ante la inmensidad de la noche colmada de estrellas, la impactó el silencio del lugar; parecía que la única compañía era su propia alma. Miró en derredor, consciente de que su cuerpo no vibraba. Aún confusa por tanta quietud, divisó una orilla ondulada un poco más allá y comenzó a bracear, saboreando una posible victoria. Continuaría su huida por tierra.

Faltando muy poco para alcanzar el margen, la figura imponente de su rastreador emergió de las profundidades del agua frente a ella, salpicando gotas brillantes hacia todas direcciones. ¡No podía ser! ¿Cómo no lo había detectado?

Con un sollozo, se lanzó hacia atrás. Al hacerlo, captó el movimiento del hombretón, que se arrojó a sus piernas, aferrándolas de los tobillos con las manos poderosas. Intentó patearlo, pero los grilletes de acero se lo impedían. Se sacudió exasperada, hundiéndose en las profundidades, pero los brazos fuertes la arrastraron hacia atrás y la retuvieron contra el cuerpo enorme, que ahora se propulsaba hacia la superficie con la ayuda de las piernas sólidas.

Apenas el aire ingresó a sus pulmones, Maia se revolvió enajenada, tratando de soltarse de los brazos que la aferraban desde atrás como una boa constrictora; gritó y peleó con las fuerzas que le quedaban, pero los brazos del caminante eran implacables. Cuando la giró para obligarla a mirarlo, se lanzó a golpes contra él. Cayeron sumergidos en el agua en una maraña de brazos y piernas por las embestidas que ella le propinaba. Intentó patearlo en la entrepierna, pero su carcelero la volvió a girar, colocándola de espaldas contra su pecho y aferrándola nuevamente contra sí. Salieron a la superficie una vez más. Tomando aire a bocanadas, Maia arañó, furiosa, los brazos enormes que la apresaban, sin ningún resultado. En un último resquicio de razón, Maia se arqueó hacia atrás y alcanzó a golpear con fuerza la ingle de su carcelero con el talón. Un gruñido seco la lanzó hacia la libertad. Desencajada y perdida, nadó raudamente hacia tierra firme donde alcanzó a depositar un pie pero, en el mismo instante, dos manos poderosas cayeron a cada lado de su cuerpo, incrustándose en el barro de la orilla y encerrándola en una cárcel de músculos poderosos y sombríos. Intentó escapar por debajo de los brazos, pero estos siguieron la dirección de sus movimientos, impidiéndole la salida. Y al instante siguiente, se encontró incrustada de espaldas contra la orilla elevada, obligada a mirar esos ojos transformados en dos líneas mercuriales. Maia intentó clavarle las uñas en la cara, pero las manos ágiles aferraron sus

muñecas y las hundieron en el barro a cada lado de su cabeza; furiosa, se retorció arqueando la espalda, intentando liberar las muñecas, pero en su fuero íntimo sabía que había perdido otra vez. Frustrada hasta rayar en la locura, fue consciente de la dirección de la mirada de su carcelero. Por la frenética pelea, su blusa desgarrada se había desplazado hacia un costado al saltar varios botones de su lugar, y uno de sus senos surgía enhiesto. Sin importarle su media desnudez, volvió a retorcerse como una loca, pero con las muñecas presas y el tipo ubicado sobre ella, con los muslos de hierro separándole las piernas de tal manera que le era imposible patearlo, poco era lo que podía hacer. Agitó la cabeza de un lado a otro, intentando huir de esa mirada letal. Las muñecas le ardían, lo mismo que el resto del cuerpo, sumergido hasta la cintura en el agua. Continuó revolviéndose, hasta que algo enorme se apoyó contra su parte más íntima, logrando lo que hasta ese momento había parecido imposible: se quedó quieta, casi sin respirar.

El *silverwalker* entreabría la boca y cerraba los ojos, al mismo tiempo que acercaba el pecho al de ella hasta finalmente aplastar sus senos. Dios, casi no podía respirar con esa mole incrustada contra ella.

A pesar del terrible calor, sintió que su alma era apresada por un frío helado que la obligó a dejar caer laxamente la cabeza hacia un costado.

—Mírame, Maia —lo escuchó decir casi en un susurro; pero ella no respondió—. Deja de luchar contra lo inevitable. —Su tono de voz era bajo, pero firme. Se sintió envuelta por el tono áspero de esa voz y su cuerpo comenzó a aflojarse, arrastrando su mirada hacia la de él, que súbitamente parecía irradiar ternura. ¿Qué estaba sucediendo? Incapaz de dejar de contemplarlo, parecía como si él volviese a hipnotizarla. No tenía fuerzas ni voluntad para luchar, y la figura que tenía al frente se llenó de pinceladas de color plateado brillante. Los dedos de las manos que aprisionaban sus muñecas se entrelazaron con los suyos y le transmitieron calor; ya no la sujetaban con fuerza, sino que la acariciaban dulcemente. Y un encantamiento empezó a envolverla, ascendiendo por su cuerpo y su alma como una espiral furtiva. No podía dar crédito a lo que sucedía en su interior. De alguna manera, debía de haberse vuelto absolutamente irracional. Y como si se mirara en un espejo, se contempló en medio del arroyo, sumergida en el agua junto a él, con la espalda incrustada en el barro y sus manos sujetas por las del guerrero, que en vez de golpear furiosamente a un enemigo o sujetar un arma, la acariciaban. Y junto a esa imagen fue consciente de que, sin esperarlo, sentía que algo que toda su vida había buscado y que al final había creído imposible encontrar, la abrazaba. Ese tipo estaba gritándole con los ojos y el resto de su cuerpo que la cuidaría. Y, súbitamente, fue consciente de que la vida le daba una brutal cachetada: el ser que más terror le generaba, alimentaba repentinamente cada célula de su ser con lo que siempre había deseado encontrar y que constantemente le había sido negado. Las lágrimas comenzaron a rodar incontenibles por sus mejillas.

Para su consternación, el guerrero le sujetó las muñecas con una mano por encima de la cabeza y con la otra la tomó suavemente de la barbilla, como si tuviese miedo de que ella dejase de mirarlo. ¡Como si pudiera!

—Por favor… —oyó murmurarle con los ojos entornados y los labios muy cerca de los suyos. ¿Cuándo se había acercado tanto a su rostro? Pero no pudo emitir un sonido ni hacer una mueca; estaba sumergida en la cascada de protección que él le brindaba—. Déjame intentarlo… —lo escuchó susurrar aún más cerca. Todo giraba alrededor, abrumada por esa sensación tan placentera y embriagante que le quitaba las palabras; clavó los ojos en la boca carnosa entreabierta—. Maia…

Y de repente, su universo se tornó tan caótico e intenso que no fue consciente de nada más que de la boca cálida, que descendió sobre la suya. Los oídos comenzaron a zumbarle cuando las manos fuertes y cálidas la sujetaron de las mejillas, obligándola a echar su rostro hacia atrás y exponer su boca a los labios generosos que invadieron los suyos, al principio con delicadeza, pero luego con exigencia y tosca demanda. Y la lengua fuerte y posesiva derrotó su última barrera para ingresar victoriosa a su interior. El perfume de su aliento la aturdió, excitándola. El corazón galopaba con el ímpetu de su respiración vertiginosa. Se sintió propulsada hacia un espacio ilimitado, donde solo se oía un gruñido erótico emergiendo de la garganta de ese salvaje. Todo él era un paquete de masculinidad que con aquel beso le estaba diciendo que ella era suya.

La reclinó contra el pecho de él y la abrazó como enloquecido y, emitiendo un gemido, continuó besándola hambriento y desesperado, sencillamente devorándola. Jamás nadie la había besado de esta forma, y se sentía enajenada ante la agonía que emitía la energía de él. Podía leerla como si fuera un libro abierto sin necesidad de que alguien le explicara nada. ¿Cómo era posible?

Una de las manos de Damián enrolló su cabellera en un puño obligándola a echar la cabeza hacia atrás para exponer su garganta, que envolvió con su otra mano provocando que el beso se tornara tan apasionado e intenso que Maia sintió que su cuerpo estallaría en mil pedazos. La lengua de Damián recorrió cada rincón de su boca explorándola, desafiándola, conquistándola.

Bruscamente, apartó los labios, y la enlazó por la cintura para besarle el cuello, arqueándole el cuerpo hacia atrás. Maia apoyó las manos en los antebrazos del gigante y rozó con los dedos de una de ellas la cabellera sedosa encerrada en la trenza que caía por uno de los hombros enormes. La boca de Damián descendió de su garganta a los hombros y, finalmente, hacia el seno desnudo, que acarició con los labios. Mientras lo hacía, su mano abrió más la blusa para exponer los senos completamente al escrutinio de su mirada insaciable y su lengua cálida. Maia sintió tal vergüenza y miedo por esta vorágine sensual, que intentó luchar. Al hacerlo, Damián la envolvió entre sus brazos, sujetándole los suyos.

—No luches más, Maia —musitó—. ¿No te das cuenta de que…, por Dios…, eres sublime?

Observó muda como él volvía a bajar la cabeza para atacar sus senos libres, arrastrando la lengua hambrienta de uno al otro. Gimió, presa del apetito sexual que la hacía bullir, quemando su alma. Nada ni nadie la había preparado para esto.

Lo oyó gruñir mientras le bajaba la blusa hecha jirones, dejándola desnuda hasta la cintura. El brazo de hierro la estrechó fuertemente, provocando que su espalda se arqueara aún más y la cabellera se sumergiera en la frescura del agua. La mano libre del gigante se sumó a la boca, acariciándole los pechos como si deseara moldearlos a su gusto. Maia escuchaba el ruido de los labios ávidos, bebiendo y amamantando sus pezones y creyó enloquecer de placer cuando la lengua cálida los lamió hasta volverlos duros como diamantes, provocando una sensación húmeda y cálida que hizo pulsar su parte más íntima. Súbitamente, el gigante colocó los brazos uno sobre el otro alrededor de su cintura y la elevó en el aire. El ruido del agua estalló en sus oídos mientras se topaba con los ojos de Damián, que quedaban a la altura de sus senos. La fuerza con que la sostenía por la cintura la obligó a flexionarse aún más hacia atrás, permitiendo que Damián devorara una vez más los pechos henchidos en todo su esplendor. Contempló, arrobada, la boca deliciosa que se abría grande para comerlos, lamerlos y enjugarlos; su propio placer vívido se alzó vibrante. En un acto involuntario pero ancestral, Maia envolvió la cintura de Damián con las piernas y, presa de una agonía sensual y primitiva, comenzó a restregar su sexo

contra el de él, que se volvía cada vez más grande. Rodeó el cuello grueso con los brazos, permitiendo que el rostro aceitunado quedara sumergido entre las lomas venusianas, explorando minuciosa y lentamente. El ardor insaciable que crecía en su interior provocaba en ella un anhelo insospechado. Estaba atrapada en un abismo inexplicable, pero que hacía latir cada una de las fibras de su ser. Sollozó.

—Shhhh… —lo escuchó decir desde lejos. Lo único que escuchaba era el deslizar de esa lengua abrasadora que envolvía cada uno de sus pezones, inflamándolos como capullos que se abren al amanecer, y el arrullo del agua que acompañaba el movimiento de los cuerpos. ¿Cómo podía estar reaccionando de esta forma, permitiendo que este tipo la sedujera de esta manera? ¿Dónde estaban sus fuerzas para repelerlo?

—Mírame, Maia —le exigió con dulzura. ¿Cuándo había dejado de besarla?—. Mírame…, por favor.

Encontró los ojos oscuros del gigante y supo que si no hacía algo pronto, estaría absolutamente perdida.

—Tranquila… —susurró Damián—. No pienses. Tan solo… siente. Siénteme.

Deslizó su cuerpo entre sus brazos hasta tenerla cara a cara y otra vez atrapó su boca, demandante, con un anhelo viejo, solitario y necesitado. Ahuecó el brazo y la inclinó de costado, recostándole la nuca contra su hombro. Volvió a atraparle la barbilla con los dedos y la besó profundamente. Se hundieron un poco más en el agua por el peso de los besos y el anhelo agobiante que reclamaba liberación.

—Maia, por Dios… —lo escuchó decir desesperado y la abrazó enloquecido. Lo sentía posesivo, celoso, enojado y… liberado.

De repente la giró y la colocó de espaldas a él, abrazándola fuertemente por la cintura y, con la mano libre, continuó acariciándole los senos. El guerrero era tan enorme, que Maia tuvo que doblar un poco el cuerpo hacia adelante exponiendo aún más los pechos a la mano ansiosa. Se sentía tan chiquita, pero a la vez tan grande; deseada y, de alguna manera, inexplicablemente querida.

¡Dios! ¿Podría ser que en verdad Damián en vez de querer matarla quisiera, por el contrario, hacerla suya? Conectados de esta manera, ella podía leer lo que sucedía en su interior como un libro abierto, y una de sus páginas hablaba de un anhelo viejo y sagrado. ¿Era posible la existencia de un lazo entre ellos cuando todo indicaba lo contrario? ¿Cómo podía ella conciliar lo que este tipo en verdad era con lo que estaba sucediendo en este instante? Y lo que era peor… ¿con lo que estaba sintiendo?

Damián la apartó de sus pensamientos al desplazar su cabellera larga hacia un costado, desnudándole el cuello y el hombro, a los que atacó con el fuego que emanaba de sus labios.

Sintiéndose la mujer más deseada de la tierra, Maia envolvió los brazos alrededor del cuello enorme, en una frágil rendición. Alentado por esta silenciosa tregua, Damián besó el hueco de su garganta, mientras con las manos mojadas amasaba ansioso los dos pechos redondos y turgentes al ritmo del movimiento de las caderas. Sumergida en un éxtasis indescriptible, Maia percibió el miembro de Damián alzarse contra sus nalgas. Gimiendo desesperado, el gigante le tomó una de las mejillas con la mano y la giró hacia él para atraparle la boca, enfebrecido, a la vez que los dedos de la otra mano descendían hacia el lugar secreto de Maia. Al percibir el toque suave, el sistema de alarma de Maia estalló. ¿Qué estaba haciendo, por Dios? No estaba preparada para

este deseo irrefrenable, ansioso y letal que la llamaba a gritos para atraparla entre sus redes y jamás dejarla escapar.

Se revolvió iracunda, tomando por sorpresa a Damián, que trastabilló hacia atrás. Libre de sus brazos, Maia salió deprisa del agua y se echó a correr frenética sin mirar hacia atrás. El caminante era, sin ninguna duda, un hechicero y ella una presa demasiado débil.

«Corre y olvídate de lo que sentiste», se gritó a sí misma.

—¡Maia! —lo escuchó bramar furioso en medio del estallido que provocaba el choque del agua con el cuerpo de él. Pero esta vez, nada la detendría. No volvería a caer en aquellos brazos y besos brujos. Y esos ojos… Eran puertas a su alma oscura, de la cual ella parecía formar parte.

—¡Maia, no! —lo oyó rugir.

Pero corrió. Corrió como jamás antes en su vida lo había hecho.

CAPÍTULO 21

Los oídos le zumbaban por el ruido ensordecedor y su alma parecía quejarse de la misma manera.

Maia miró por la ventanilla del helicóptero y apreció la figura del delta del río Paraná, tan maravilloso, con la red intrincada de aguas que le daban una forma y aspecto únicos. Parecía una acuarela, con los tonos verdes intensos y marrones de la vegetación subtropical tan frondosa, bordeada por el río Paraná, río *del color de león*.

Aquel maravilloso escenario había sido testigo mudo de algo absolutamente insospechado; su corazón había experimentado lo que jamás habría imaginado posible: un anhelo fuerte e inexplicable por alguien que aborrecía y temía; no había escuchado razones, había palpitado vivo y sin ningún atisbo de duda por él. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pudimos rescatarla de las manos de ese criminal. —La voz del capitán Estrada, sentado a su lado, interrumpió sus pensamientos, así como el desconsuelo que sentía en su interior—. No fue fácil distraerlo cuando casi había conseguido atraparla de nuevo. Luchó contra todos mis hombres en su intento de llegar a usted, sobre todo cuando la vio desaparecer en el interior del helicóptero. Ese tipo la quería al precio que fuese. —Al decir estas palabras, ella miró al capitán y el arrobamiento que vio reflejado en sus ojos la dejó perpleja. Los nudillos fuertes le rozaron la mejilla con suavidad y le limpiaron las lágrimas que descendían por sus mejillas—. Cuénteme. Le hará bien hablar con alguien —oyó que le decía.

Maia sacudió levemente la cabeza. Una letalidad muda la abrasaba por dentro y no tenía dudas de que su futuro era tan incierto como su pasado. Un pasado cuyos primeros diez años de vida habían sido encajonados en un vacío oscuro de su alma y del cual no recordaba absolutamente nada. Parecía que había nacido de nuevo a esa edad, cuando la policía la encontró en las calles de Buenos Aires, desnuda y en un estado lamentable. Pero también había sido el día en que una tristeza interior permanente se había instalado en su alma para siempre. E inexplicablemente, ese sentimiento se acrecentaba y se volvía más poderoso en este instante, a medida que se alejaba de él. El gigante. Damián Di Mónaco.

Suspiró.

—No sé qué decirle, capitán.

—Puedes llamarme Logan. Me gustaría que me tutearas y, si no te molesta, yo también lo haré —le dijo el hombre, a la vez que le alzaba la barbilla con dos dedos y le buscaba los ojos. Apenas ella asintió despacio, él comenzó a interrogarla—: ¿Cómo escapaste de la casa de la organización?

Maia lo miró con cautela. Todavía no podía creer que su huida hubiese sido tan fácil de llevar a cabo. Apenas se había despertado del sueño que su captor le había impuesto, un guerrero que nunca antes había visto había entrado a su habitación para dejarle una bandeja de comida. Como esa tarea siempre había estado a cargo de Damián, se había sentido aliviada de que ese día no tuviese que lidiar con su presencia aterradora. El desconocido no la miraba a la cara, es más, apenas había apoyado la bandeja sobre la mesa, se había vuelto hacia la puerta y allí se había detenido al escuchar un bramido de voces masculinas furiosas, que llegaban de algún lugar de la

casa; sin ninguna duda, se había desencadenado una terrible pelea. El sujeto salió rápidamente y el sonido de sus pasos apresurados desapareció en un instante en la dirección de donde provenía la escaramuza. Maia se dio cuenta, de inmediato, de que el guerrero se había olvidado de cerrar la puerta con la traba y aprovechó la gran oportunidad que había estado esperando desde que Damián la apresara en Ciudad de México. Contaría con unos pocos segundos, pero suficientes para no ser desperdiciados. Sin perder un instante, salió corriendo como un torbellino de la habitación hacia la puerta principal de la guarida, que seguramente no sería fácil de abrir ya que contaba con un dispositivo de apertura y cierre automático conectado, a su vez, a una alarma. Al llegar a ella, se detuvo y contuvo la respiración al oír más pasos apresurados provenientes del exterior. Apenas se había escondido detrás del sofá, las dos hojas de la puerta se abrieron y un grupo armado de guerreros ingresó corriendo a la casa y se dirigió hacia donde provenían los gritos y los gruñidos, que cada vez se oían más furiosos. Por suerte, la pelea parecía desarrollarse en el lugar más alejado de la vivienda.

Cuando las puertas comenzaban a cerrarse Maia, ágil y pequeña como era, salió de detrás del sofá y se aventuró hacia la salida, donde deslizó el cuerpo a través de la pequeña ranura que apenas quedaba entre las hojas, cuidando de no rozarlas para evitar el estallido de la alarma.

Una vez en el exterior, Maia miró hacia todas direcciones tratando de percibir a alguien, pero su cuerpo permaneció mudo. Sin pensarlo un segundo más, echó a correr y se perdió raudamente a través de la vegetación.

—Yo… no deseo recordar —contestó casi en un balbuceo, volviendo a la realidad. El nudo que tenía en la garganta apenas la dejaba respirar. Quería olvidarse de todo lo que había sucedido a continuación, porque se avergonzaba de su reacción en los brazos de Damián a la orilla del arroyo. Era tal su tormento que jamás podría decírselo a nadie, menos que menos a este hombre que no le inspiraba confianza.

Pero el capitán parecía decidido a proseguir con el interrogatorio.

—Cuando te encontré por segunda vez, mojada y semidesnuda, ¿qué te había hecho ese desgraciado?

Maia no podía creer lo que acababa de escuchar. El capitán parecía preocupado por lo que Damián hubiese podido hacerle, cuando en realidad tendría que estar verdaderamente alarmado por lo que sus propios hombres, borrachos y violentos, podrían haber hecho con ella. Pero no tenía fuerzas para discutir con él.

Rescató su barbilla de entre los dedos de aquella mano fuerte y miró hacia el paisaje nuevamente.

—Por favor, tan solo llévame a un lugar donde pueda descansar.

Sabía que Logan la observaba detenidamente. ¿Qué podía decirle en realidad? ¿Que había disfrutado como loca de los besos y caricias de su carcelero? ¿Que el tipo que le había hecho tanto mal era el que generaba todo este torbellino de emociones? ¿Cómo podía darle respuestas, si ni siquiera ella misma podía contestarse? En el fondo de su alma, estaba impresionada y se sentía mal, vacía, desilusionada de su propio proceder. ¿De dónde había salido esa pasión ciega que la había hecho abalanzarse a los brazos del gigante oscuro? Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Necesitaba desesperadamente estar a solas para reconciliarse con ella misma.

—Quiero saber si tengo que matar a ese tipo, Maia. Si te puso un dedo encima…

—No eres mi vengador, Logan —susurró.

—Quiero serlo.

Sí, ese hombre también la reclamaba. Cerró los ojos. Necesitaba urgente compañía femenina.

—Por favor…. Ya he tenido… —se detuvo sin saber cómo explicarle lo que sentía —… demasiada testosterona a mi lado en este tiempo. —El rostro de Logan parecía esculpido en piedra mientras la escuchaba—. Realmente no quiero discutir esto ni contigo ni con nadie. No tienes que matar a ese sujeto. Tan solo te ruego… te ruego que me lleves… a algún sitio donde nadie me encuentre.

Logan detectó la barrera que Maia establecía entre ellos; le habían informado que la chica tartamudeaba cuando se ponía nerviosa, por lo que debía ir con cuidado. La miró durante lo que pareció una eternidad.

—Por esta vez, Maia, tú ganas —asintió. Y con un suspiro, la dejó tranquila.

Logan apoyó la cabeza en el asiento en el que viajaba, sin perder de vista la expresión del rostro de Maia. La chiquita escondía algo. Encontrarla semidesnuda fue una sorpresa, al principio confusa, pero luego deliciosa. Verla correr con el torso desnudo y la cabellera salvaje, que contrastaba con los ojos inmaculados, fue un espectáculo que solo privilegiados como él habían podido disfrutar. Había sido una tortura colocarle su propia camisa para esconder los senos perfectos erigidos ante él, pero también fue lo que hizo prometerse a sí mismo luchar contra lo que fuese para tener la oportunidad de volver a verlos. Desde el día que Gustav le había colocado la foto delante de sus narices, se había obsesionado con ella. Cara a cara era aún más hermosa, con el aura frágil que despedía, provocando en cualquier tipo con pelotas un deseo acérrimo de protegerla.

Debía ser extremadamente cuidadoso para que Maia jamás se enterarse de que él trabajaba para la organización de los caídos y no para el ejército, y lo mismo los tres idiotas que la habían atacado y a los que él molió a golpes luego de su pelea con el caminante.

La mayoría de los hombres que él había elegido para acompañarlo en esta misión, al igual que él, no eran verdaderos caídos sino humanos, lo cual significaba una ventaja ya que, de acuerdo a lo que había leído en los informes, la chica tenía la facultad de detectar la vibración de los cuerpos de los caídos. De esta manera, él se aseguraba de que este hecho no entorpeciese su misión. Igualmente, aún no se explicaba cómo había logrado convencerla de subir al helicóptero junto a él y el piloto. Quizás su terror al caminante era superior a lo que todos ellos habían hecho contra ella. Pero si él tenía paciencia, y se ganaba su confianza, estaba seguro de que la joven caería en sus redes.

Si bien él no estaba siempre de acuerdo con lo que los jefes de los caídos ordenaban, no cuestionaba las misiones.

Aunque los *silverwalkers* eran difíciles de atrapar, muchas almas de la Estirpe no lo eran, y el trabajo de él consistía en ayudar a los caídos a cazarlas, en especial cuando los *silverwalkers* estaban ocupados entregando otras almas o debilitados luego de muchas entregas. Los caídos necesitaban de estas almas, no solo por el enorme reservorio de energía de plata que podían obtener de ellas, muy superior a la energía emitida por almas humanas, sino en especial porque podían adquirir a través de ellas —aunque en menor proporción— ciertas características propias de los miembros de ese linaje, como viajar a la multidimensionalidad, la fortaleza física y la longevidad.

La caza dificultosa de las almas de la Estirpe hacía que el consumo de su energía de plata

estuviera reservado a aquellos caídos de mayor jerarquía. El resto de los guerreros solo se hacían acreedores de esta energía en escasísimas ocasiones y normalmente debían conformarse con fagocitar la energía de las almas humanas. Por lo tanto, aquellos que gozaban del privilegio de vampirizar estas energías de plata habían iniciado ya el camino a la longevidad, lo que significaba que mientras un miembro de la Estirpe podía llegar a vivir más de tres milenios, un caído en proceso de longevidad alcanzaba los trescientos años.

Pero el camino a la longevidad no era lo que había motivado a Logan a trabajar para los caídos. Tampoco el poder viajar a través de la multidimensionalidad.

Hacía ya un buen tiempo que él, por decisión propia, había abandonado el consumo de la energía de plata, por lo que la transformación de humano a un verdadero caído, y además longevo, se había detenido en él, y eso impedía que los *silverwalkers* y la mismísima Maia pudiesen detectar la vibración de su cuerpo. También había perdido la capacidad de viajar a la multidimensionalidad, por lo que su área de trabajo era la materia y no la multidimensionalidad donde caídos especializados en ello llevaban a cabo la caza.

Él no se sentía aferrado a la vida como para vivirla durante cientos de años. Después de todo, se exponía a la muerte todo el tiempo y eso le gustaba. No. La gran motivación para continuar trabajando para los caídos era la excelente paga que obtenía de ellos. Además, él había llegado a consumir la suficiente cantidad de energía de plata como para alcanzar la mayor fortaleza física que dicha energía brindaba, lo que le había permitido, por ejemplo, luchar a brazo partido con el *silverwalker* hacía un rato.

Sonrió. Tenía ganas de disfrutar intensamente de lo que había sentido al ver por primera vez a Maia. Esa chica le había sacudido no solo la polla sino también el alma, y había quedado prendado. Nunca se había sentido así en sus treinta y dos años y tampoco sabía cuánto tiempo le duraría esta locura pero, decididamente, no quería privarse de vivirla. Aun cuando Maia era un hueso duro de roer. Sus hombres le habían explicado que ella era inaccesible.

Sonrió otra vez. No había nada mejor en su vida que un buen desafío. Y él lucharía por ganarlo.

Contempló los muslos torneados y firmes de la joven, e imaginarlos alrededor de su cintura lo enfebreció. Sacudió la cabeza.

Había dos grandes problemas que él debería afrontar, a partir de ahora. Por un lado, Damián Di Mónaco, que parecía dispuesto a todo por reclamar a la chica y, por el otro, aquello que los caídos tenían preparado para ella. Él no confiaba en la palabra de Gustav y sabía que era cuestión de tiempo que quisiera arrebatársela de las manos. Tendría que sortear muchos obstáculos antes de apoderarse de esta mujer que lo había eclipsado y dejado sin aliento; pero nada se lo impediría. Si había logrado escapar de la hoja afilada del cuchillo de Di Mónaco en el día de hoy, entonces se sentía con las agallas suficientes como para enfrentar cualquier cosa.

Emitió una carcajada baja, que Maia no captó. No lo había logrado por valiente, sino por suertudo. En medio de la pelea que iba perdiendo irremediablemente, irrumpieron tres de sus hombres borrachos, gritando que la chica había escapado. El gigante había salido tras ella y se había olvidado de él.

Sin dejar de observarla, Logan le anunció:

—Te llevaré a la ciudad de Santa Fe; te alojaré en un hotel donde nadie podrá encontrarte.

Maia desvió la atención de la ventanilla para dirigirla a él.

—¿Santa Fe?

—Sí. ¿Conoces la ciudad?

—Creo que he estado allí cuando era pequeña.

—Queda a unos trescientos cincuenta kilómetros de aquí, y con el helicóptero llegaremos bastante rápido. No tienes nada de qué preocuparte. Yo te cuidaré, Maia.

Cuando Logan le acarició el rostro suavemente con los nudillos de la mano, Maia no pudo evitar recordar el mismo gesto que un rato antes le había hecho Damián. Giró la cabeza para continuar observando el paisaje, tratando de dejar de pensar en él. Haberse conectado con el caminante de la manera en que lo hicieron en el arroyo fue un grito de alarma desesperado. Jamás había experimentado antes lo que sucedió cuando estaban sumergidos en el agua: ese sujeto había dejado de ser aquel que tanto terror le generaba.

Volvió a restregarse las lágrimas. ¿Cómo podía ser tan estúpida? Ella había vivido en carne propia el abuso y la flagelación de su alma en manos de los caídos y del maldito, que había visto todo sin intervenir. Era tan culpable como los demás. No había forma de que su alma perdonase un acto así, por ende no comprendía por qué ella había sentido esa conexión impactante, que le permitió ingresar al interior del caminante. ¿Cómo había podido leer tan claramente lo que ella generaba en él, cuando lo único que quería era cerrar cualquier capítulo de su vida que tuviera que ver con los *silverwalkers* —en especial *con él*— y los caídos? Algo estaba mal. De ninguna manera podía ser amor lo que ella había captado. Ese hombre no podía amar a nadie, salvo a sí mismo.

Sacudió la cabeza y las lágrimas continuaron deslizándose por sus mejillas. Damián era parte del pasado y ahora debía concentrarse en el futuro.

—Logan…, debo viajar a México a la brevedad.

—Tendremos que hablar al respecto, Maia —contestó el capitán, que la miraba de reojo, con la cabeza apoyada nuevamente sobre el asiento.

—Pero es que…

—México será el primer lugar al que irá Di Mónaco. Te atrapó allí y puede volver a hacerlo.

—¿Qué sugieres entonces? —preguntó confundida.

—Que te quedes un tiempo por aquí. Esperaremos hasta que no haya señales de peligro y luego decidiremos qué hacer con tu regreso a México.

—Pero…

—Debes comprender que es lo más sensato. —Irguió la cabeza para mirarla directamente a los ojos—. Di Mónaco irá tras de ti. Pero si permaneces a mi lado, entonces te ayudaré y podrás ser libre.

—¿Lo… conoces… bien?

—Lo suficiente. Hace tiempo que vamos tras él y la pandilla de tipos con los que trabaja. Si bien tienen varias guaridas distribuidas en el mundo, conocemos bien la localización de la del Delta. Cuando te encontré, yo iba hacia allí para intentar rescatarte. Atacar a esos sujetos no es fácil, ya que son muy hábiles y extremadamente peligrosos. Pero tú, increíblemente, nos facilitaste la tarea.

—Entonces, Logan, yo te ruego…

—No, Maia. No te llevaré a México —contestó sin dejarla culminar la frase.

De repente, los ojos de Maia se llenaron de un fulgor plateado, y apretó la boca demostrando su molestia.

—No tienes que decidir nada por mí. Yo sé cuidarme sola. Lo he hecho todos estos años y seré yo la que decida donde y cuando viajaré.

La observó impactado. No solo no había tartamudeado sino que lo había mirado desafiante. ¿Acaso esta era la niña frágil que todos comentaban? Si lo pensaba bien, en realidad les había hecho frente a los caídos en varias ocasiones, a los caminantes y ahora a él. Casi no pudo controlar una nota de diversión en su cara. Estaba cada vez más deslumbrado del poder interior que emanaba de esta criatura tan pequeña, a la que, sin ninguna duda, tendría que hacer suya.

—Maia, te ruego me disculpes —dijo con voz grave, intentando parecer paciente y respetuoso—. Sé que puedo parecer bastante autoritario, pero es por tu bien. Permíteme llevarte al hotel y luego que descanses hablaremos acerca de lo que es mejor para ti.

—No eres mi tutor ni nada parecido —aseguró ella, ahora con la voz más suave.

—Lo sé, pero deseo ayudarte. Y no me lo haces fácil si insistes en ir a la cueva del lobo.

—La fundación es mi hogar, Logan —exclamó rotunda—. Hace muchos años que vivo allí, aun con Damián Di Mónaco y todos los hombres que me vienen persiguiendo desde que tengo uso de razón. Quiero regresar a lo que es mío; no quiero quedarme en Argentina. Entiéndelo.

Logan la observó y tuvo deseos de atacarla a besos y llenarse las manos con los senos regordetes que subían y bajaban cuando respiraba rabiosa como ahora. Era una verdadera tortura fingir de esta manera, pero debía seguir con el juego.

—Maia, si bien es cierto que hoy no es la única vez que has escapado de este tipo, no puedes negar que él y su grupo siguen siendo extremadamente peligrosos.

—¿Cómo… sabes acerca de lo que sucedió antes? —preguntó la chica con el semblante pálido. Era obvio que no le caía bien que él supiese más de lo que ella había creído.

—¿Me equivoco?

—No…, pero…

—Con mi ayuda podrás estar completamente segura —interrumpió—. Ya sé que eso no me da derecho a hacerme responsable de tu futuro, pero necesito estar seguro de que, donde vayas, no tendrás la menor oportunidad de caer de nuevo entre las redes de ese sujeto. Por favor, solo te pido un tiempo y, apenas el camino esté libre, te regresarás a México.

Observó que sus ojos cambiaban de expresión. Parecía haber dado en el blanco porque ya no emitían el reflejo plateado poderoso que había delatado su enojo.

Bajo ningún punto de vista debía enterarse de lo que él tenía planeado. Pero debía primero manejar muy bien sus cartas y, para ello, tenía que ponerse manos a la obra.

CAPÍTULO 22

—Está furioso.

—Totalmente loco.

—Nunca pensé verlo así.

—Yo tampoco.

Ruryk y Triel no podían dar crédito a lo que sucedía en el interior del cuarto de Damián. Hacía diez minutos que este había llegado a la organización y se había encerrado en su habitación. Al instante, había comenzado un ruidoso jaleo que evidenciaba la cólera terrible que Damián sentía y que trataba de apaciguar destrozando los muebles de la habitación a golpes.

—Es lo mismo que vivimos con Gabriel. ¿Te acuerdas de aquella vez, cuando Aniel escapó a México? La mesa y las sillas de roble del living quedaron pulverizadas. Esta noche Damián no tendrá lecho donde dormir.

—¡Uy! —exclamó Ruryk mientras cerraba los ojos y levantaba un poco los hombros al escuchar el ruido de un espejo hacerse trizas—. ¡Eso costará una fortuna!

—No quisiera estar en el pellejo de los guerreros que armaron semejante jaleo en el día de hoy, y que dieron a Maia la oportunidad de escapar. Damián no tendrá piedad de ellos.

—Se lo merecen. Entrenamos a los jóvenes para que lleguen a ser los más eximios guerreros de la Estirpe con el objetivo de destruir a los caídos, y no para pelear entre ellos.

—Pero el idiota que olvidó colocar la traba en la puerta de la habitación de Maia es el que recibirá el peor castigo de mi hermano.

—No es para menos. Fue la primera vez que Damián no pudo llegar a tiempo para darle de comer a Maia y delegó, a regañadientes, esa responsabilidad a este tío.

—¿Y el motivo de la pelea?

Ruryk se encogió de hombros.

—Mucha testosterona en poco espacio.

Triel miró a su amigo y gruñó.

Un nuevo estallido resonó en el interior de la habitación. Los caminantes quedaron paralizados ante el ruido ensordecedor.

De repente, la puerta se abrió y Damián salió a toda prisa para dirigirse al exterior de la casa. Triel y Ruryk lo siguieron.

—¡Hey, viejo! —gritó Ruryk— ¿Adónde vas?

Damián se dio vuelta y los miró con furia asesina.

—Voy a hablar con Gabriel.

Ruryk amagó con ir tras Damián, pero Triel lo detuvo por el brazo.

—Dejémoslos solos.

Ruryk se volvió y lo miró.

—Sería mejor estar seguros de que va hacia la cabaña. Nunca se sabe con Damián.

—Si lo deseas, ve tú. Yo voy al gimnasio.

Sin emitir una palabra más, Triel se volvió y entró en la casa.

Ruryk dudó. Toda esta cosa del emparejamiento lo estaba empezando a alarmar. Si bien Gabriel ahora era feliz, no podía olvidar lo que tuvo que padecer para tener a Aniel finalmente en sus brazos. Metanón era un signo de preguntas; estaba casi seguro de que su amigo sentía algo por la bruja de cabellos rojos, pero ni qué decir de lo mal que la venía pasando al no poder atraparla. Jamás había visto a un guerrero ser humillado de tal manera por una mujer, aunque admiraba la persistencia titánica de Metanón en no capitular. Y ahora Damián estaba hecho una furia porque la diminuta elfa se le había escapado. Realmente, toda esta situación era una verdadera locura. Al menos se sentía tranquilo de que nada de ello le sucedería a él. A diferencia de Triel, que hasta el día de hoy se negaba a aceptar que alguna vez estuvo muy enamorado de una mujer, él nunca había doblegado la pasión que tenía por todas las mujeres para ir tras una sola. Y jamás lo haría. Menos que menos después de ver lo que sucedía con sus amigos. Era consciente de que la relación entre Aniel y Gabriel era impresionante, pero ese universo era absolutamente desconocido para él y jamás sabría cómo manejarlo. Y lo asustaba.

No, él jamás dejaría su libertad por nada ni por nadie y tampoco comprometería su corazón. ¡Qué joder!

Con una sonrisa, se volvió y siguió a Triel hacia el gimnasio. Que los demás los hicieran partícipes del juego cuando tuviesen ganas.

—¿Cómo? —preguntó Gabriel con voz muy baja mientras cerraba la puerta del dormitorio. Su esposa descansaba y no quería que la molestaran.

—Te digo que Maia escapó. Salgo ya mismo a buscarla —informó Damián—. Logan la tiene y temo por ella.

—Voy contigo.

—No, Gabriel. Tú debes quedarte a cuidar a Aniel.

—¿Cuándo pasó?

—Hace veinte minutos.

—Estás demorado.

—Lo sé, pero estaba a un paso de *convertirme*. Pude frenarlo destrozando mi cuarto para descargar adrenalina.

Gabriel no pudo dejar de admirar a su amigo. Comprendía el dilema al que este se había enfrentado.

—Entonces la priorizaste a ella, aun cuando logró escapar —dijo Gabriel.

—No te equivoques. Traté de apoderarme de Maia, pero los hombres de Logan eran demasiados. Si bien la mayoría de ellos no eran caídos sino humanos, eran suficientes como para que fuesen capaces de hacerme perder el control. Y habría sido la perdición para Maia y para mí.

Gabriel sabía que Damián tenía razón. La hermana de Aniel no estaba preparada aún para enfrentarse al hecho de que su carcelero cargaba sobre sí un legado que tenía la facultad de activarse físicamente. De haber sido testigo de ello, Gabriel dudaba de que la chica alguna vez se atreviera a aceptar a Damián como su señor álmico. Ella debía, primero que todo, aprender a conocer a Damián y sus demonios, para luego ser capaz de tolerar la dualidad en la que él vivía.

—Lo sé. Pero algún día deberás enfrentarla a ello.

La mirada de Damián destelló.

—Tiempo, Gabriel. Tiempo. Y tú lo sabes muy bien, pero te gusta hacerme hablar.

En el mismo instante en que Gabriel comenzaba a esbozar una sonrisa, se escuchó el teléfono de Damián, que este atendió inmediatamente.

—¿Qué pasa, Metanón? —Su voz fue cortante.

—Sé dónde está.

CAPÍTULO 23

Santa Fe, Argentina

Se despertó sobresaltada como tantas otras noches. Miró alrededor, agudizando la vista. El aire se sentía pesado y , y la garganta la tenía seca por haber dormido durante tantas horas. El descanso había sido profundo: le dolía la cabeza, los oídos le zumbaban y se sentía pesada, como si sobre su espalda hubiese cargado una mochila llena de piedras.

Se irguió sobre los codos y, ya más consciente de dónde estaba, miró hacia la ventana, cuyas cortinas se movían con la brisa, apenas perceptible, que ingresaba desde el exterior y que aliviaba su cuerpo agobiado por el calor. Cuando divisó los edificios de la ciudad de Santa Fe, cerró los ojos emitiendo una plegaria. Gracias a Dios se encontraba en un hotel del centro de la ciudad, donde Logan y sus hombres la habían alojado.

Miró el reloj de pared: las tres de la mañana. Apartando lentamente las sábanas, se levantó y se dirigió al cuarto de baño a refrescarse las manos, que le ardían desde hacía varios días. Al prender la luz, se sorprendió por la imagen de su rostro que se reflejaba en el espejo. Tenía los ojos hundidos, y su mirada parecía la de una persona que había perdido el rumbo, exactamente como se sentía en su interior. Su ropa interior blanca acentuaba su palidez.

« ¿Qué haces aquí, Maia?», se preguntó con el corazón atormentado.

Estaba hastiada de huir. Detectó el brillo de las lágrimas y se sintió la mujer más sola de la Tierra. ¿Dónde estaban sus amigas? Las necesitaba tanto... Su teléfono móvil había quedado en México y, por increíble que fuera, sin él no podía comunicarse con ellas, ya que jamás había memorizado sus números que, por seguridad, eran secretos y no se encontraban en ningún registro. ¡Qué tonta! Y ahora yacía en una ciudad que casi no conocía, a merced de un tipo en quien no confiaba y que dirigía un grupo de hombres entre los cuales había algunos que no habrían dudado en violarla sin ninguna reserva. Se sentía tan infeliz que tuvo miedo, de repente, de hacer una locura. Ya no podía más. Había tanta gente tras sus pasos…

Sollozó desconsolada.

¿Por qué ella era depositaria de algo que no comprendía, pero que los demás sí parecían comprender? Se contempló desde la humedad de las lágrimas.

—¡Yo no quiero esto para mí! —gritó a la imagen de sí misma que se reflejaba en el espejo. Y súbitamente, captó aquello que tanto temía: el brillo plateado que la cegaba. Una aureola mercurial que le envolvía el cuerpo le hirió las pupilas, y el corazón comenzó a golpearle como un mazo contra el pecho. Las fosas nasales se le dilataron, en un intento por hacer ingresar el aire que le faltaba, y el cabello se llenó de luz junto con el resto del cuerpo. Un susurro proveniente del centro de su alma le dijo aquello que tanto temía:

«La bestia está dentro de ti. Ámala.»

—No, por favor…, otra vez no… —gimió aterrada.

Y repentinamente, escuchó un bramido desgarrador que le aturdió los tímpanos y el zumbido estridente de la sangre que circulaba a toda velocidad a través de su cuerpo, amenazando con hacerla explotar en mil pedazos. Sostuvo la mirada frente al espejo, contemplándose los ojos que se habían transformado en dos láseres. El mundo a su alrededor se volvió más denso, pesado y

resquebrajado, y un olor nauseabundo le impregnó las fosas nasales, generándole un terrible deseo de vomitar; súbitamente, perdió el sentido absoluto de la realidad. Las paredes y los muebles del baño habían desaparecido y solo existía la imagen de ella a través del espejo.

Sintió pánico. Pánico a los demás y a ella misma. La imagen de su rostro comenzó a resquebrajarse, al igual que la pared de una casa al estallar una bomba. De las rajaduras afloró sangre, que comenzó a caerle a chorros por las mejillas, el torso y las manos. Estas temblaban al unísono de aquella espantosa visión y se sintió como si fuera lanzada en un misil hacia un blanco desconocido. La agitación de su cuerpo se elevó a tal magnitud, que temió desintegrarse en medio de los gritos monstruosos de dolor que la dejaban sin aliento.

«¡Sáquenme de aquí!», bramó su mente, sin nada que pudiera detener aquello que la empujaba hacia un frenesí oscuro y siniestro, del que no sabía si podría salir ilesa. Luces fugaces golpeaban sus pupilas, y un calor seco envolvió sus sentidos de tal manera que tuvo pánico de explotar y desintegrarse. Gritó, sabiendo que nadie la escucharía, hasta comenzar a caer en un vacío inerte, donde una energía cálida la envolvió. Y ya nada importó.

—¿Estás bien, pequeñita?

Esa voz tan querida no podía ser real. Quería abrir los ojos, pero no se atrevía a toparse nuevamente con la imagen de sí misma en el espejo.

—Estoy aquí, Maia —susurró la voz.

—Si estoy soñando, por favor, no quiero despertar —murmuró en penumbras.

—No estás soñando. Estoy contigo. —Y se sintió tomada de los hombros por unas manos que intentaban ayudarla a levantarse del suelo.

—¿Me he… caído? —preguntó, mientras abría los ojos lentamente.

—No es la primera vez que te sucede. Ven conmigo—le dijo la imagen que se perfilaba frente a ella y a quien adoraba.

—Jackie… —susurró con lágrimas rebalsando de sus ojos.

—Shhh… sí. Soy yo.

—¿Pero cómo…cómo me has encontrado?

—¿Desde cuándo preguntas esa clase de tonterías, amiga mía? —preguntó Jackie con voz dulzona. Y la abrazó. Maia volvió a cerrar los ojos y se sintió casi en el cielo. Ese abrazo valía tanto... La caída al vacío se había detenido, y descansaba en brazos seguros—.Ven conmigo que te llevo a la cama.

Jackie la ayudó a levantarse y, como ella aún estaba tan debilitada, la sostuvo pasándole un brazo por la cintura.

—Estoy tan feliz de verte… —susurró apenas en un murmullo, y comenzaron a caminar hasta la cama, donde pudo recostarse y apoyar la cabeza en la almohada. La experiencia frente al espejo la había dejado sin aliento.

—Y yo a ti, mi amor. Me ha costado mucho trabajo encontrarte.

—¿Pero cómo…?

—Es una larga historia. Y estoy aquí para llevarte conmigo.

Las lágrimas de Maia volvieron a aflorar al sentir aquellas palabras.

—Por favor, sí… Necesito regresar con los míos.

—Pero para ello debes reponerte; apenas tengas fuerzas viajaremos a Buenos Aires desde donde tomaremos un avión a México.

—¿Vendrás tú también? —interrogó con los ojos iluminados.

—Sí, claro. Quiero saber que estás bien.

El plan de Jackie la reanimaba de tal manera que quería irse en ese mismo instante del hotel.

—Entonces vámonos —susurró.

—Pero estás muy debilitada, corazón. Me gustaría que primero durmieras unas horas.

—No. No hay tiempo. Dime, por favor, cómo viajaremos a Buenos Aires.

—He alquilado un coche en una agencia de aquí, de Santa Fe, que será recogido en el aeropuerto de Ezeiza. Si hacemos pocas pausas en el camino, será un viaje de aproximadamente cinco horas; pero necesito que me digas si de verdad podrás soportarlo. Sería muy bueno que primero descansaras unas horas. Creo que te ha sucedido lo mismo que otras veces que te encontré desmayada en el suelo.

Maia no sabía cómo explicarle que, esta vez, la imagen de ella misma en el espejo la había aterrorizado. Varias veces antes había tenido sueños e imágenes de ella cayendo en un pozo profundo que también la llevaban a desvanecimientos, pero lo que había experimentado esa noche era único.

—Sí… es algo… así —balbuceó, sin desear entrar en detalles—. No te preocupes, amiga. Y no quiero descansar...

—¿Tienes dinero?

—Hay algo en mi cuenta, pero tengo todos los datos en mi teléfono, que he perdido. Quizás tú puedas ayudarme a través del tuyo.

—¿Pasaporte?

—Tampoco. No sé cómo los caminantes me hicieron ingresar al país.

—Seguramente con un pasaporte tramitado por su organización.

—Debo pensar en cómo irme de este país —dijo Maia en voz tan baja que su amiga apenas había podido oírla. Jackie suspiró y la tomó con delicadeza de los hombros.

—Yo me encargaré de tu pasaporte y del pasaje —expresó con una sonrisa en los labios.

—No, Jackie…

—No discutas. Sabes que soy muy testaruda. —Maia sonrió. Jackie la estaba retando como muchas veces solía hacerlo, ya que le encantaba sentirse como si fuese su hermana mayor—. Además, hay alguien que me adelantó un dinero precioso que me ha permitido moverme con más fluidez. Cuando te diga quién es, te pondrás feliz.

—¿A quién te refieres? —interrogó Maia, curiosa.

—Adivina.

—No se me ocurre nadie… —dijo pensativa—. A menos que… —Maia miró a Jackie tratando de adivinar si era de verdad posible lo que se estaba imaginando.

—Vamos, dilo —desafió Jackie con alegría en el rostro—. Creo que esta vez ganas.

Maia se puso una mano en el corazón y emitió un gritito ahogado.

—¿Brenda? —se animó a preguntar.

Jackie le respondió con una sonrisa tan deslumbrante que se quedó sin aliento. De inmediato, Maia se abalanzó sobre Jackie y ambas amigas se perdieron en un cálido y estrecho abrazo.

—¡Dios mío! Ha regresado —exclamó con lágrimas en los ojos.

—Sí. Está divina. Gracias a ella te localicé. Sabes que trabaja a través de los sueños y se conecta con nosotras a través de ellos.

—Pensé que lo hacía solo contigo —dijo Maia, asombrada.

Jackie asintió sonriente.

—Es verdad pero, en algunas ocasiones, logra soñar también contigo o con Aniel y descubre dónde están. Como ahora.

—¿Entonces Brenda te ayudó a localizarme?

Jackie volvió a asentir con la cabeza. Era uno de los dones increíbles de Brenda.

—¿Cuándo la veré?

—Está en Dinamarca, pero se nos unirá en México; ella espera mi llamado, así que cuando lo haga, le pediré que nos reunamos en tu casa. Brenda desea fervientemente verte de nuevo.

—¿Sabes algo de Any? —Maia, desde pequeña, había llamado a Aniel de esta manera, y se sorprendió de la expresión triste que adquirió la mirada de Jackie.

—Hablaremos de ella después. He traído una muda de ropa para darte. Apenas lo indispensable. Y ni bien termines de vestirte, saldremos de aquí.

—Solo dime si Any está bien —balbuceó, esta vez con temor. La expresión de Jackie cambió al instante y sonrió.

—Sí, claro.

—Lo último que supe de ella era que el *silverwalker* Gabriel Trost la había atrapado. ¿Logró huir de él?

Jackie la tomó de los hombros y la miró seriamente.

—Aniel está estupendamente y ella sabe lo que hace. No sé cuándo la volveremos a ver, pero solo te digo que está bien, en el lugar que ella ha escogido.

Maia la miró confundida.

—No… no te comprendo.

—¿Puedes confiar en lo que te digo?

Miró el rostro imperturbable de Jackie y supo que había mucho más de lo que su amiga quería decirle en ese momento. Se prometió averiguarlo apenas ella bajase la guardia.

Maia asintió suavemente con la cabeza.

— ¿Y tú? A ti también te siguen…

Jackie soltó una carcajada.

—Sí, claro que sí. Pero qué más da. Para ganarnos el premio mayor, tenemos que enfrentarnos al desafío que esta manga de locos nos ha impuesto.

—Nuestra libertad.

—Exacto, Maia. La misma que nos ha sido arrebatada desde que toda esta locura comenzó.

—Logan se pondrá como un loco.

—¿Y ese quién es?

—Una especie de ángel salvador, en quien... no confío.

—¡Vaya! Mi amiga se está volviendo muy suspicaz. ¡Me encanta!

Maia sonrió. Si bien Jackie podía ser absolutamente cruel a la hora de luchar contra alguien,

también era la chica más simpática, protectora y leal que había conocido.

—El capitán Logan Estrada y sus hombres se alojan en este hotel, por lo que debemos evitar que nos intercepten. Me parece… que le gusto a ese hombre.

Jackie levantó una de las cejas. Maia volvió a sonreír; Jackie no lo sabía, pero ese gesto típico en su rostro desarmaba a la mayoría de las personas que lo observaban, en especial a los hombres. Era increíblemente bella, aunque jamás lo había registrado.

—¿Así que estás haciendo nuevamente estragos entre los miembros del sexo masculino? —quiso saber la pelirroja con una sonrisa deslumbrante.

—Por favor… sabes que no me interesa ese tipo de cuestiones.

Jackie se acercó y la abrazó nuevamente.

—Eso es lo que me gusta de ti, florcita —le dijo mientras le apoyaba la barbilla en el hombro —. No tienes idea de lo que generas en la gente.

—Mira quién habla —replicó Maia.

Ambas se miraron y rompieron a reír.

CAPÍTULO 24

—No las pierdas de vista, Metanón —ordenó Damián a través del tablero del helicóptero, que comunicaba su teléfono con el del otro caminante, lo que le permitía tener las manos libres para pilotear.

—¿Estás loco? Esto se ha transformado en una rutina para mí.

—Evita que te detecten.

—Llegar hasta Santa Fe, después de correr por casi el mundo entero tras la pelirroja, ha sido una verdadera odisea, así que no voy a permitir que se me escape de nuevo. Apresúrate, porque cuando esto estalle, necesitaré refuerzos.

—¿Y Logan?

—No lo he visto aun, pero ya aparecerá. Pronto se dará cuenta de que la palomita se esfumó. —Rio por lo bajo—. Aún no sé cómo la bruja logró sacarla del hotel.

—¿Cómo está Maia? —preguntó Damián casi sin escucharlo.

Metanón entendía la preocupación de su amigo, porque Logan era famoso por su salvajismo con las mujeres. Aún recordaba la mezcla de furia y alivio que se había apoderado de Damián cuando él le había telefoneado para informarle del paradero de Maia.

—Se la veía un tanto debilitada —contestó Metanón, atrapando su atención nuevamente—. Jackie la sostenía de la cintura cuando la llevaba hacia el coche, y la ayudó a subirse y sentarse. Incluso le abrochó el cinturón de seguridad. —Metanón percibió el silencio sepulcral que se instaló al otro lado de su teléfono móvil. Su amigo volvía a estar furibundo y no había nada que lo pudiese apaciguar. Lo conocía demasiado bien, sobre todo cuando se ponía protector—. Escucha, tu chica está bastante bien, no te preocupes.

—Cuídala, Metanón, o te cocino las pelotas en agua hirviendo.

—Déjate de tonterías, Damián. Las polluelas parten ya.

Cortó y puso de inmediato en marcha el motor para salir tras el Audi A1 que Jackie manejaba; contempló fascinado como la majestuosa melena roja se asomaba a través de la ventanilla del coche, como si bailara arrullada por la brisa de la madrugada.

Apenas él había arribado a Dinamarca, había recibido el mensaje de uno de los agentes de la Estirpe de ese país de que debía regresar a Argentina, ya que su presa había sido detectada en las cercanías de la ciudad del litoral. Estaba agotado de viajar y de ser parte de esta patética persecución, en donde su orgullo de cazador había sido pisoteado de la cabeza a los pies por esta sinvergüenza. Los aviones se habían transformado en su segunda casa, así como los trenes, buses, ferris y demasiados autos.

Sonrió. Pero ahora la tenía al alcance de la mano.

Enfocó su atención nuevamente en la carretera. Apenas comenzaba a amanecer, y las luces de los autos aún eran muy visibles, por lo que tendría que ir a una distancia prudencial para no alarmarlas. Cuando Jackie había ingresado al hotel buscando a Maia, él había colocado un detector en su coche para rastrearlas en el caso de que se esfumasen.

No se sorprendió de que Jackie tomara la ruta que iba hacia la provincia de Entre Ríos y no

hacia la autopista de la provincia de Santa Fe, que las llevaría mucho más rápido a Buenos Aires, ya que seguramente era una decisión estratégica para confundir a Logan y sus hombres, cuando saliesen tras ellas. Harían un viaje más largo, pero un poco más seguro.

Atravesaron la ruta que unía Santa Fe con Paraná e ingresaron en la hermosa ciudad entrerriana. Algunos la llaman *Paraná, la linda*, especialmente por la belleza de las barrancas que bordeaban las playas del río Paraná, asiduamente visitadas por los naturales del lugar y los turistas.

Cuando habían manejado unos kilómetros por la costanera de la ciudad, las jóvenes detuvieron el coche en una gasolinera. Metanón siguió de largo con la intención de girar en la esquina y estacionar en una cuadra paralela a la gasolinera, desde donde podría apreciar todos los movimientos que realizaban las mujeres.

Cuando detuvo el motor, Metanón vio descender del vehículo la imponente figura de Jackie, que se dirigió al empleado que había venido a ayudarla a cargar gasolina. El tipo la miraba embobado. Una oleada de celos inundó a Metanón y le resultó frustrante. No podía dejar de pensar en ella y en lo que le generaba y, menos que menos, apartar las ganas tremendas de despedazar a ese tipo que le sonreía libidinoso.

Movió las piernas, incómodo. Prendió la radio, tratando de encontrar alguna música que lo aplacara. Aquella sonrisa no podía ser más cautivadora. ¿Cómo mierda podía esa mujer tener tanto poder sobre él y sobre todo el género masculino?

Respiró hondo y comenzó a contar hasta mil; cuando iba por el número treinta y siete, la vio dirigirse hacia el kiosco de la gasolinera moviéndose como una pantera. Y como esperaba, al ingresar en el negocio, provocó un verdadero impacto en la poca gente que había. Al igual que él, la contemplaban con detenimiento, mientras ella, ajena a todos, adquiría un termo para agua caliente, un mate y un paquete de yerba mate. Metanón no pudo dejar de emitir una risa baja. La reina Jackie iba a tomar mate[3], la bebida que los argentinos amaban. No existía en ese país una persona que no hubiese probado alguna vez esa bebida tan especial. Donde un grupo de gente se reunía, el mate siempre estaba presente; era parte de la identidad de la gente de esa tierra. Y no dejó de sorprenderle el hecho de que Jackie, siendo danesa, gustara de algo tan típico de ese pueblo.

Atento a lo que Jackie originaba en el interior del recinto, captó por el rabillo del ojo un movimiento del lado del acompañante del Audi. En efecto, la puerta del vehículo se abrió y Maia descendió del coche con cuidado. No cabían dudas de que la chica estaba afectada por algo, ya que se la veía muy debilitada. Así y todo, no podía ocultar la perfección de sus rasgos. Ingresó al kiosco y se acercó a Jackie, quien le pasó un brazo por los hombros.

Metanón miró su reloj pulsera y calculó que había pasado más de una hora desde que habían salido del hotel de Santa Fe. Esperaba que Logan y sus secuaces siguiesen durmiendo, así ellos podían sacarles la mayor ventaja posible hasta que llegase Damián.

—Hablando de Roma… —susurró Metanón cuando leyó en la pantalla del tablero del coche el nombre de su amigo. ¿Pensaba llamarlo cada hora?—. Dime.

—Te estoy rastreando. No estoy demasiado lejos; te has detenido desde hace un buen rato.

—Las diosas están cargando gasolina. Viajarán por la ruta de Zárate-Brazo Largo.

—Han descartado la autopista.

—Se imaginan que Logan y sus hombres irán por allí cuando descubran que se marcharon.

—Mejor entonces. Esa ruta no es tan transitada como la autopista, por lo que podremos atraparlas fácilmente donde tú y yo nos encontremos.

—Perfecto. Debo irme. Ahí regresan.

Y cortó. Observó a Jackie despedirse del muchacho que la había ayudado con la gasolina, que respondió casi tropezando de la emoción.

«Bienvenido al club», pensó Metanón.

Antes de ingresar al auto, Jackie le entregó el equipo de mate a Maia, a la vez que le daba unas indicaciones, y ella afirmaba con la cabeza, mostrando que sabía cómo cebar mate[4].

Cuando salieron de la gasolinera, el cielo se había hecho más claro y el tránsito de vehículos comenzaba a ser mayor, dándole mejores posibilidades a Metanón de pasar inadvertido. Comenzó a canturrear la canción que se escuchaba en la radio. Se sentía contento: hoy tenía que ser su día. El día que pudiese ganar a la pelirroja.

Cuando empezaba a degustar el sabor de un posible triunfo, se sorprendió al ver al Audi acelerar a toda marcha, haciendo chirriar los neumáticos. Giró la cabeza hacia atrás, sin detectar la presencia de Logan y sus hombres. Tampoco el sistema de alarmas le avisaba de nada sospechoso. Golpeando con las manos el manubrio del auto, aceleró a fondo y salió tras el vehículo, sin importarle un carajo lo que pasara de ahí en más; bajo ningún aspecto permitiría que la bruja lo humillara nuevamente, esto ya se había transformado en una cuestión personal.

Con una orden de voz, se comunicó con el teléfono de Damián.

—¡Me han reconocido! —gritó furioso.

—No les pierdas el rastro.

—Coloqué un detector en su auto.

—Mantenme informado. Llegaré en breve.

Antes de interrumpir la conexión, Metanón preguntó confundido:

—¿Cómo mierda se dio cuenta de que venía tras ella? —Había sido tan cauto y prudente.

—¿Acaso no es tu señora álmica?

La pregunta de Damián le dio de lleno en el estómago, dejándolo sin respuestas.

«El Audi rojo se lleva el premio», pensó Damián cuando vio los cinco vehículos corriendo desaforadamente por las calles de la periferia de la ciudad de Paraná, tratando de evadir los autos que venían de la mano contraria. Cuando Damián, desde las alturas, había alcanzado a divisar el coche de Metanón, que circulaba a toda velocidad tras el de las chicas, tres coches de los hombres comandados por Logan se habían sumado a la persecución. De alguna manera, habían logrado localizar a Maia y a Jackie. Y esta última, indudablemente, era una excelente conductora, ya que exigía a un grupo de hombres expertos en persecuciones mostrar sus habilidades de conducción al máximo.

Estaba enfermo de los nervios sabiendo que Maia iba en el interior del pequeño auto, que corría zigzagueando como una serpiente. Metanón le había asegurado que ella no se veía bien y eso acrecentaba la enorme frustración que sentía. Pero ya en el escenario de la carrera, tenía carta libre para accionar contra los enemigos.

—Me alegro de verte —exclamó Metanón.

—Te cubro.

—Van hacia la ruta 11, Damián. A pocos kilómetros de aquí se encuentra la Ciudad Universitaria de Oro Verde; es el lugar ideal para… ¡Mierda!

La comunicación se interrumpió por el estallido de balas proveniente de los vehículos que conducían los enemigos. Damián escuchó maldecir a su amigo, que trataba de eludir las balas.

—Protege a las mujeres —siseó Damián con la voz ronca—. Yo me encargo de estos tipos.

—Logan está entre ellos. Destrózalo.

Un fuego abrasador explotó en su interior. Cuando lo había encontrado junto a Maia en el Delta, no le cupo la menor duda de que ese desgraciado la quería para él. Y la única manera de evitarlo, era sacarlo del juego definitivamente.

—Dame esa oportunidad, hijo de perra —siseó furioso.

Aceleró el helicóptero y se lanzó hacia los tres automóviles que circulaban a toda velocidad. La reacción de los vehículos fue inmediata y comenzaron a dispersarse.

En medio de la batalla, detectó a Logan asomarse por la ventanilla del acompañante de la camioneta Land Rover y, cargando un arma en cada mano, comenzó a disparar sin interrupción contra él.

—Espérame, maldito. Primero iré por tus amigos, y tú serás el postre —prometió Damián con una sonrisa glacial.

Consiguió acercarse a una camioneta Nissan X –Trail, que venía a toda velocidad un poco más atrás del resto y en cuyo interior, según el sistema de detección del tablero, viajaban tres hombres. Cuando tuvo la camioneta en la mira, observó el coche de Metanón girar ciento ochenta grados y arrancar a toda velocidad contra los vehículos que venían hacia él.

«Tiene agallas», pensó admirado.

Volviendo a focalizarse en la camioneta, colocó el helicóptero paralelo a ella y, sin perder un instante, tomó con una mano una ametralladora ligera sin apoyo, y comenzó a disparar. El resultado fue instantáneo. La camioneta entró en ignición y al tocar las ruedas la banquina, por la velocidad que traía, salió expulsada de la ruta dando tumbos en el aire.

—Uno menos —murmuró Damián.

El coche de Metanón, mientras tanto, mantenía un duelo con el tercer vehículo de los hombres de Logan, al que golpeaba fieramente con el costado del chasis intentando hacerle perder el control.

—Ya lo tienes, amigo —dijo sonriendo Damián, que conocía la persistencia del guerrero rubio.

—Dame dos minutos —contestó Metanón.

—Voy tras Logan —avisó Damián.

—Termino con estos imbéciles, y me uno a ti.

Damián volvió a girar en el aire y se dirigió hacia la camioneta de Logan. No pudo evitar sonreír al ver al Audi rojo dándole una buena pelea. La pelirroja no solo era buena manteniendo la velocidad máxima, sino que también manejaba de una manera precisa y calculadora.

«Pobre Metanón. Lo que le espera», pensó riendo por lo bajo.

Observó al Audi saltar las lomadas de la ruta y caer pesadamente sobre el pavimento.

—Maia —siseó preocupado mientras contemplaba la camioneta de Logan llevar a cabo el mismo salto, a menos de cien metros por detrás. Al instante siguiente, Logan volvió a asomar el

cuerpo por la ventanilla y descargó una batería de balas contra él.

—¿Así que quieres pelea, gallito?

Colocó el helicóptero muy cerca de la camioneta por detrás, sacó la ametralladora y disparó. Logan respondía sin pausa, mientras circulaban a toda velocidad. Súbitamente, la camioneta saltó por encima de unas vías de tren que atravesaban la ruta, y aterrizó del otro lado con tal brusquedad, que Logan perdió el equilibrio y detuvo el ataque. Damián aprovechó este instante para acelerar el helicóptero y colocarlo a la altura del techo de la camioneta para intentar apoyar los patines de aterrizaje sobre el mismo.

—Logan está histérico. ¿Qué le has hecho al pobre muchacho? —preguntó muerto de risa Metanón, que se había sumado a la persecución.

—¿Qué pasó con tus amiguitos?

—¿Qué crees tú?

Damián sonrió. Metanón era implacable en las luchas contra sus enemigos. Se volvía tan sanguinario que lo asombraba. Con su aspecto de chico elegante y soberbio, representaba a un típico *snob*, pero cuando se trataba de pelear, era de temer. También poseía el poder de rastreo natural más desarrollado de los cinco caminantes, y la única que había logrado sortearlo, hasta ahora, era la bella pelirroja que manejaba el Audi como una piloto de Fórmula 1.

Damián arremetió nuevamente contra la camioneta de Logan y logró esta vez golpear el techo con los patines. En ese instante, Logan volvió a asomarse por la ventanilla y las miradas de ambos se encontraron, confirmando que uno y otro se consideraban enemigos a muerte.

Sin dejar de mirarlo, Damián volvió a embestir contra la camioneta, que se sacudió y perdió el equilibrio. Logan gritó aún más enardecido y comenzó a disparar sin ton ni son, con tal suerte que logró hacer estallar el parabrisas del helicóptero. Furioso, pero con un absoluto autocontrol, Damián echó nuevamente mano al arma y a continuación descargó una cinta de ametralladora completa contra los desgraciados. Instantáneamente, la camioneta comenzó a escupir llamas y se desvió de la ruta para detenerse a corta distancia de donde se había prendido fuego.

—Ayúdame a cazar a la bruja y a Blanca Nieves, ahora que eliminamos a los siete enanitos —dijo Metanón, que frenaba su coche a un costado.

—¡Cuidado! —gritó Damián, sorprendido. Como de la nada, el Audi rojo emergió embravecido dirigiéndose a toda marcha contra el coche de Metanón, e incrustándose contra él, se detuvo. Damián alcanzó a divisar una figura que salía expulsada del Audi antes de que se produjera el impacto.

—¡Maia! —gritó.

—¡De verdad me odia la muy maldita!—interrumpió la voz del caminante rubio. Y a continuación, su risa se alzó por el altavoz.

Damián buscó desesperado la imagen de Maia, temiendo que hubiese sido ella la que había salido despedida del coche; pero a la que divisó fue a Jackie, que tras caer en una cuneta, ahora se levantaba con la agilidad propia de los gatos. Esa mujer debía tener genes felinos. Pero, ¿dónde estaba Maia, por Dios?

Se encontraban en el área circundante a la zona de la Ciudad Universitaria de Oro Verde, a la salida de la ciudad de Paraná, y el terreno de vegetación de escasa altura ofrecía buen espacio para aterrizar. Mientras lo hacía, divisó a Jackie corriendo a toda velocidad, con Metanón por detrás, pisándole los talones. Quizás esta vez su amigo conseguiría lo que hasta ahora había sido

imposible.

Descendió embravecido del helicóptero y se dirigió a toda velocidad hacia el Audi que humeaba; se asomó al interior del vehículo temiendo lo peor, pero no había rastros de Maia. Damián respiró profundamente, de alguna manera aliviado. La pelirroja seguramente había dejado a Maia en algún lugar seguro antes de impactar contra el automóvil de Metanón.

Giró el rostro tratando de detectar algún movimiento o sonido proveniente de su chica, pero lo único que captó fueron los gruñidos furiosos de Metanón, que continuaba persiguiendo a Jackie.

En ese momento, lo único que podía hacer era utilizar el olfato y la vibración de su cuerpo. Si bien el exceso de adrenalina le estaba jugando una mala pasada y le costaba hacerlo, logró finalmente visualizar la imagen de Maia en su mente y la buscó en diferentes partes, tratando de captar el aroma que lo embriagaba. De repente, su cuerpo comenzó a vibrar y ya no tuvo dudas. Echó a correr sigilosamente hacia un grupo de casas ubicadas sobre la ruta y que parecían desiertas, rodeadas por una enorme arboleda. Se desplazó con cuidado, porque sabía que Maia estaría absolutamente atenta a él, por lo que su cuerpo lo detectaría.

Un ruido extraño interrumpió el silencio e instintivamente apoyó la mano sobre su Glock 23, temiendo que algún enemigo se hubiese unido a la búsqueda de la chica. Pero en su lugar, el perfume a lilas impregnó el espacio a su alrededor y se sintió perdido; la vio salir huyendo del interior de una de las casas con un vestido blanco y lánguido que la hacía parecer una virgen vestal.

—¡Maia! —bramó, saliendo tras ella a toda velocidad, pero cuando estaba a punto de alcanzarla, fue lanzado al suelo. Alguien lo había tacleado desde atrás. Al girarse para atacar a su agresor, se encontró con Jackie enroscada en sus piernas. Damián gruñó y bramó furioso—: Si el idiota de mi amigo no puede contra ti, te advierto que te has topado justamente con aquel que te pondrá en tu lugar de una vez por todas. —Cuando la iba a tomar de las muñecas, Jackie se alzó ágilmente ante él y colocó las piernas y los brazos como si fuera una boxeadora, lista para la pelea. Mientras se levantaba del suelo, Damián no pudo evitar pensar que esa mujer era mágica.

—¿Tú y quién más, tontito? —lo desafió.

—Yo —bramó la voz de Metanón por detrás; llevaba el pelo revuelto, la marca de un puño en uno de los ojos y un arañazo en la mejilla.

Jackie le sonrió glacial.

—¿Tú? —preguntó en un siseo y enseguida rompió en una carcajada baja. El rostro del caminante se transformó y Damián supo que, esta vez, la muchacha había ido demasiado lejos.

—Ya vas a ver la que te espera, bruja. —Y amagó con lanzarse hacia ella, pero una voz suave lo detuvo.

—No se te ocurra tocarla.

Para sorpresa de todos, Maia estaba parada allí, increíblemente pálida y cansada, con un arma en las manos que apuntaba al pecho de Metanón.

Damián observó preocupado su aspecto. El cuerpo le temblaba y apenas si podía sostener el arma. Pero era valiente, de eso no cabía la menor duda.

—Baja el arma, Maia —dijo Damián con voz grave, observando como los miraba alternativamente a su amigo y a él.

—Metanón, déjala… en paz… de una buena vez —la escuchó tartamudear. Sabía que Maia

se sentía vulnerable, ya que hablaba entrecortadamente. Se sintió mal. Necesitaba sacarla de allí y llevársela con él.

Su amigo interrumpió sus pensamientos cuando con una media sonrisa contestó:

—Esto es entre ella y yo, Maia.

—No. Esto… es entre ustedes y nosotras. —Su ninfa tomó aire en un intento de llenar los pulmones de la fortaleza que necesitaba—. Y… queremos paz —prosiguió—. Estamos hartas de escapar. Yo… yo ya no quiero más… —Y una lágrima descendió barriendo su mejilla plateada.

Damián estaba furioso. Maia sufría, y ahora estaba allí, chiquita como era, erigida como una diosa guerrera tratando de enfrentarlos a ellos. Observó que su amigo la miraba con un dejo de admiración. Maia lograba derretir el corazón de una piedra.

Quería abrazarla, pero aquí estaban, enfrentados como enemigos, separados por el cañón de una pistola.

—No lo hagas más difícil, Maia —susurró Damián.

—Jackie. Ven… aquí, por favor —fue su respuesta. Era evidente que estaba asustada pero también dispuesta a ser desafiada.

—Deja de jugar a los *cowboys*, Maia, por el amor de Dios —exigió Metanón con un tono casi conciliador. Pero ella, en vez de escucharlo, disparó el arma apuntando hacia arriba. Y el silencio reinó nuevamente entre ellos.

Jackie se acercó a Maia y le susurró algo al oído. A Damián le pareció oír un «gracias» de parte de la pelirroja. A continuación, Jackie tomó el arma que Maia le cedió y los apuntó a ambos con una mirada letal, que les aseguraba que no dudaría en apretar el gatillo si alguno de ellos intentaba cualquier cosa.

—Ahora continuaremos con el plan original, chicos —dijo Jackie muy suelta. Metanón la miraba de tal manera que Damián supo que su amigo sellaba una promesa implacable consigo mismo respecto a esa mujer—. Nos vamos —continuó diciendo la joven con la sonrisa hechicera que la caracterizaba y que hacía que cualquiera de ellos se sintiera insignificante—. Ustedes pueden regresar a dedo o caminando.

Y, sin decir más, Jackie miró a Maia, que asintió con la cabeza, y ambas comenzaron a retroceder hacia el helicóptero, sin que la pelirroja dejara de apuntarles.

—Solo es cuestión de tiempo, te lo aseguro, Jackie —siseó Metanón.

Pero la única respuesta que obtuvo de ella fue su dedo del medio apuntando hacia arriba. Cuando ya estaban cerca del helicóptero, ambas jóvenes se lanzaron hacia él. Sin ninguna duda, Jackie había destruido los automóviles de ella y Metanón para evitar que alguno de ellos los utilizara para perseguirlas. Esa mujer era temeraria: confiaba plenamente en ella misma y no tenía dudas de alcanzar sus objetivos.

Furioso por el tiempo precioso que ambas chicas habían ganado sobre ellos, Damián se puso en movimiento, pero Metanón lo detuvo y ordenó con voz glacial:

—Sígueme y no discutas.

Aunque Damián tuvo el impulso de protestar, recordó el agudo cazador que su amigo era y obedeció. Con velocidad sobrenatural, ambos se escondieron tras unos árboles a una buena distancia del helicóptero. Súbitamente, un grupo de cuatro hombres armados, entre ellos Logan, emergieron de la nada y apuntaron a las jóvenes con unas Magnum 44 cuando estas ingresaban a la cabina del helicóptero. Una vez más, Metanón, con su olfato prodigioso, había detectado a los

enemigos antes de que estos se hiciesen visibles, por lo que su amigo y él gozaban de una pequeña ventaja, que debían aprovechar.

Lenta y sigilosamente, Damián tocó con los dedos su Glock 23 para desenfundarla, pero la voz de su amigo lo detuvo.

—Aguanta, amigo. No es el momento de salir a la palestra —musitó Metanón.

—¡Alto ahí, Maia! —escucharon gritar a Logan.

Las jóvenes se detuvieron ante el despliegue de armas que las apuntaban.

Damián gruñó, pero Metanón se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio. Se sentía fuera de sí observando a Logan acercarse, lentamente y con una mirada glacial, a su señora álmica. Aun peor, podía percibir la vibración incontrolable del cuerpo de ella, que se parecía a la suya propia. Si bien estos tipos no eran caídos, los cuerpos de Maia y de él respondían a las emociones intensas, como en ese instante. Pero Metanón tenía razón: debían esperar para atacar. Desquiciado, accedió a aguzar su audición sobrenatural, para oír con claridad la conversación de Logan con las chicas.

—¿Y tú no eres el que iba a ayudar a Maia? ¿Por qué nos apuntas? —preguntó Jackie con sorna.

La mirada de Logan seguía detenida en los ojos de Maia, que miraban el suelo.

—Escuchamos el sonido de un disparo ¿Dónde están los otros guerreros?—preguntó a la chica, ignorando la pregunta de la otra. Pero Maia seguía en silencio.

Jackie, que parecía ser consciente de que Maia no respondería, alzó los hombros y contestó indiferente:

—Parece que se han esfumado.

Con renuencia, Logan separó la vista del cuerpo de Maia y emitió una orden silenciosa con un gesto de la cabeza a dos de sus hombres, fuertemente armados, que desaparecieron en un instante entre la vegetación. De inmediato, volvió a posar la mirada en Maia.

—Quizás estén cerca, así que no perdamos tiempo. Maia, tú te vienes conmigo.

—¡Déjala en paz! —gritó Jackie—. Ella viene conmigo.

Logan, que seguía ignorando absolutamente a la pelirroja, se paró frente a Maia. La sangre de Damián volvió a hervirle cuando contempló la mirada hambrienta del hijo de puta sobre el rostro de su chica. Ella no correspondía a su mirada, sino que permanecía con los ojos mirando hacia abajo.

—Sé que le quieres comer la yugular como yo —susurró Metanón sobre su oído—, pero nos conviene actuar estratégicamente. —Sabía que su amigo tenía razón, pero le costaba demasiado no abalanzarse contra su rival para destrozarlo—. Ese idiota no sabe con quién se está metiendo —agregó Metanón en medio de una carcajada baja, sacudiendo la melena rubia. Indudablemente se refería a Jackie. Esa mujer era un problema para cualquiera que la enfrentase: era avispada, letal y absolutamente leal con la gente que quería—. Ojalá algún día me defienda como a la amiga —masculló Metanón sonriente.

Damián volvió a gruñir cuando Logan tomó un mechón de la cabellera de Maia entre los dedos.

—Tranquilo, viejo —le ordenó el caminante rubio por lo bajo, deteniéndolo otra vez del brazo—. Déjalo que juegue. Total, el premio mayor te lo llevas tú.

—No soporto que la toque —siseó Damián.

—Aguanta un poco más. Da una oportunidad a las chicas.

Damián tragó en seco y volvió a respirar hondo. La vibración de su cuerpo y del de Maia era tan intensa que estaba bañado de sudor. Si el idiota se acercaba un paso más…

—Sigamos escuchando —murmuró Metanón, señalando con la barbilla hacia adelante y aferrando su brazo con mayor fuerza.

—¿A dónde pensabas irte, Maia? —preguntó Logan, mientras jugaba con el mechón de cabello entre los dedos. Ella seguía sin contestar y tampoco levantó la mirada del suelo.

—¿Por qué no la dejas en paz? —preguntó Jackie con sorna—. ¿No te das cuenta que ella tiene vida propia y que no depende de ti ni de nadie para ir adonde le plazca? —agregó furiosa.

De repente, pareció que Logan fue consciente de que alguien más, aparte de Maia, existía en su universo. Desviando la vista, detuvo los ojos en el rostro de Jackie.

—Ahora eres tú el que tiene que aguantárselas —advirtió Damián a Metanón, que emitió un bufido bajo al observar como Logan miraba a la pelirroja. Pero no era una mirada de deseo, sino de rabia asesina.

—Maia viene conmigo —replicó Logan, con excesivo autocontrol—. Si quieres, puedes venir con nosotros. Eres amiga de Maia y, por lo tanto, bienvenida.

—Yo no voy a ninguna parte contigo. Y Maia tampoco.

—Me temo que estás haciendo las cosas demasiado difíciles —contestó Logan con una sonrisa irónica.

—¿Por qué no le preguntas a ella? —desafió Jackie, poniéndose a pocos centímetros del rostro del hombre, con las manos en las caderas. Metanón y Damián no pudieron dejar de admirar a aquella mujer. Se enfrentaba sola a quien fuese que tuviese delante.

Logan la observó como si fuera una mosca molesta zumbando delante de él.

—Ya dije que Maia viene conmigo.

—Escucha, pedazo de goma…

—Jackie… detente, por favor —rogó la voz de Maia—. Déjame… hablar con él.

—Pero…

—Por favor… —insistió, mirándola con los ojos inmensamente celestes. Ante esa mirada, Jackie claudicó.

—OK, tú ganas.

Maia se volvió hacia Logan y, por primera vez, le clavó la mirada. La rabia y la frustración se apoderaron de Damián. Quería protegerla de ese tipo, sacarla de allí de inmediato, pero aquí estaba, escondido como un cobarde, dejándola librar su batalla sola.

—No iré contigo.

—No sabes lo que dices —exclamó Logan con una sonrisa.

—Porque lo sé, te repito: no iré contigo. Me voy con Jackie.

—¿Y ella te defenderá del miserable de Di Mónaco?

Al escuchar su apellido de labios de su enemigo, Damián se movió nervioso detrás de los árboles.

—No te atrevas a atacarlo ahora, o estamos perdidos —le volvió a decir Metanón al oído—. Deja que ella aclare la cuestión con ese hijo de perra. Maia merece esta oportunidad.

Metanón tenía razón otra vez, pero le pedía casi un imposible. ¡Joder que le resultaba difícil

soltar el control sobre ella! Pero debía hacerlo. La inseguridad de Maia era tan obvia, que si salía victoriosa de este encuentro con Logan, quizás eso le permitiese adquirir más confianza en sí misma. Al menos, la había escuchado hablar con Logan casi sin entrecortarse y esa era una buena señal.

Damián asintió con la cabeza, indicándole al caminante rubio que, por esta vez, le daría una oportunidad a su elfa.

—Eres una maravilla, dragón —bromeó con voz muy baja Metanón.

—Jackie y yo podemos defendernos la una a la otra —escucharon decir a Maia.

Logan estalló en una carcajada.

—No digas disparates, Maia. Si no vienes conmigo, tampoco te irás con tu amiga —continuó Logan, empecinado.

—Pensé que eras distinto, pero me equivoqué. Eres de la misma calaña de aquellos de los que escapo.

—Escúchame, Maia...

—¡No! Escúchame tú, Logan —gritó fuera de sí, señalando con un dedo hacia el helicóptero. Si bien parecía aún debilitada, una fuerza inexplicable que provenía de su interior la mantenía en pie, lista a enfrentar lo que fuese—. Jackie y yo nos hemos ganado este viaje y partiremos hacia Buenos Aires apenas termine de hablar contigo. Te estaré infinitamente agradecida toda mi vida por lo que has hecho por mí, pero ahora es el momento de decirnos adiós para siempre. No eres ni juez ni jurado de mis acciones, menos que menos el dueño de ellas. Jamás te elegí como mi guardaespaldas, ni como mi francotirador personal; tampoco eres el guía de turismo de mi vida, ni mi tutor, ni mi marido o amante. Ni siquiera eres mi amigo. Así que, por favor, y te lo pido por última vez: vete en paz y déjanos a Jackie y a mí acabar con esto. Es mi derecho. Es nuestro derecho.

Todos se quedaron en silencio. Incluso Jackie se había quedado con la boca abierta. La pequeña había puesto en vereda a uno de los guerreros más poderosos del séquito de Gustav Chavanel; el poder de la chica se había hecho evidente ante todos.

Damián confirmó una vez más que Maia encerraba mucha más fuerza de la que todos ellos creían. No era una simple niña, de poco carácter, que necesitaba de la ayuda de todos para sobrevivir. Ella poseía un fuego interior que podía arrasar a quien tuviese enfrente. Incluido a él mismo. Nunca se sintió más orgulloso de ella, ¡si hasta Metanón la miraba asombrado! Y como nunca antes, pensó que su chica era lo más adorable que existía en la vida.

Súbitamente, el cuerpo de Logan se sacudió emitiendo una carcajada amarga. Damián juró por lo bajo, sabiendo que el desgraciado reaccionaba de esta manera para no demostrar que su orgullo de macho había sido abofeteado por una chiquilla.

Tragó en seco y esperó, ya que temía la reacción del hombre. Y como si este le hubiese leído el pensamiento, en un abrir y cerrar de ojos cogió a Maia de la cintura y se la cargó al hombro, mientras ella gritaba y se retorcía como una salvaje.

El grito de Damián se elevó, desafiando abiertamente al macho que se apropiaba de *su mujer*. Y al instante siguiente, el caos se apropió del lugar.

---

3 Infusión hecha con hojas de yerba mate *(Ilex paraguariensis)*

4 Acto de agregar agua caliente a la infusión de yerba mate.

CAPÍTULO 25

Como dos fieras a punto de destrozarse, Damián y Logan rodaban por el terreno agreste, enzarzados en una seguidilla de puñetazos y juramentos furiosos. Mientras intentaban ganar el uno sobre el otro, chocaron contra un árbol con tal impacto que sus cuerpos terminaron separándose. Se pusieron de pie ágilmente, y se miraron con odio.

—Jamás será tuya, imbécil —siseó Logan y escupió en el suelo—. La última vez impediste que me la llevara conmigo, pero la dejaste ir para enfrentarte a mí, así que ya no la mereces. Apenas acabe contigo, volveré a arrancar a Maia de las garras de su amiga pelirroja… y de tu lado.

Sin perder tiempo en contestar con palabras, Damián lo hizo con el cuerpo. Se abalanzó sobre su enemigo pegándole una patada a la altura del pecho. Logan adivinó la intención y paró el golpe con el brazo izquierdo; pero no pudo detener la avalancha de puños que lo alcanzó a continuación. Intentó frenar el ataque con los brazos y con patadas; pero Damián estaba demasiado enfurecido. Tomó del cuello a Logan y lo arrastró hacia el tronco de un árbol, donde lo incrustó con toda su fuerza. De inmediato, un puño cerrado salió disparado hacia el mentón de Logan, pero este lo esquivó agachándose y pegándole una patada a la altura del hígado y dos más en el pecho, que lograron mover a Damián un poco hacia atrás. Pero el caminante le contestó de la misma manera. Propinó a Logan una patada a la altura de la mandíbula y otra en la sien, que lo desestabilizó hacia atrás, hasta golpear la espalda contra un tronco. La rabia de Logan pareció alcanzar el punto límite y se abalanzó sobre Damián, que lo esperaba. Se golpearon de manera salvaje con los puños, tratando de encontrar algún punto débil en el contrincante. Concentrado en la pelea, Damián detectó, súbitamente, la vibración que tan bien conocía: su furia era tal, que debía bloquear la *conversión* como fuese o Maia huiría de él para siempre.

Aprovechando la confusión momentánea de Damián, Logan lo tomó desprevenido y le dio una patada en el interior del muslo, que provocó que la pierna del caminante volara hacia arriba, desestabilizándolo. A continuación, Logan lo lanzó hacia atrás y contra el suelo con un tremendo puñetazo a la altura del vientre, que lo hizo caer con todo el peso del cuerpo. Logan aprovechó la oportunidad y corrió hacia Damián para destrozarlo, pero el caminante, sosteniéndose con una mano en el suelo, levantó todo el cuerpo de costado y con el envión que llevaba, le propinó a su enemigo una serie de patadas en el abdomen que lo arrojaron hacia atrás. A partir de allí volvieron a enzarzarse en una maraña de puñetazos que iban de un cuerpo a otro sin pausa.

En medio de la pelea, Damián detectó movimiento alrededor de ellos y, sin poder evitarlo, fue arrastrado hacia atrás por varios brazos que lo separaron de su rival.

Al mismo tiempo, en un sitio bastante apartado de donde Damián peleaba, Metanón y Jackie luchaban contra los dos últimos hombres del grupo que los habían atacado y que quedaban en pie. Metanón no podía dejar de admirar a la pelirroja, que poseía una agilidad increíble cuando combatía.

Antes de darle el golpe de gracia al maldito que tenía agarrado del cuello, el caminante rubio observó como Maia, ahora libre de Logan gracias a la intervención de Damián, se sumaba a la

pelea de Jackie contra su enemigo y golpeaba a este en la cabeza con la culata del arma con la que lo había amenazado a él un rato antes. Y al instante siguiente, las jóvenes volvían a correr hacia la cabina del helicóptero.

—Mierda —juró Metanón. Tenía que detenerlas. Lanzó el vapor de plata de su boca y de un puñetazo destrozó la mandíbula de su contrincante, quien cayó desmayado y lleno de sangre contra el suelo. Giró sobre los talones y corrió a toda velocidad hacia el helicóptero en donde Jackie ya estaba sentada al comando de la máquina y Maia pateaba a Logan que, por lo visto, libre de la furia de Damián había regresado por ella y ahora intentaba sacarla de la cabina. ¿Pero y Damián? La última vez que lo había visto peleaba fieramente contra Logan. ¿Dónde mierda se había metido? Miró hacia todas partes y, de repente, lo localizó. Luchaba contra cinco caídos que, seguramente, habían recibido la orden de mantenerlo entretenido para que Logan pudiera atrapar a Maia.

Alarmado por las aspas del helicóptero que comenzaban a girar rápidamente, Metanón aceleró la carrera hacia la cabina para detener a Jackie y ayudar a Maia. Al llegar al helicóptero era tal su rabia que no dudó en usar su fuerza poderosa para destrozar la puerta de la cabina. Jackie miró asombrada como él la arrancaba de sus bisagras, como si fuera una hoja de papel.

—¿A dónde crees que vas, nena? —preguntó el caminante levantando una de sus cejas rubias y, sin darle tiempo a contestar, la sacó a rastras del helicóptero.

Por su parte, Maia se puso como loca cuando vio a Metanón atrapar a su amiga y a Logan intentar sacarla a ella fuera del helicóptero.

—¡Jackie! —gritó desaforada, pateando los brazos de Logan que intentaban aferrarla de las piernas. Por el rabillo del ojo observó a Jackie, que había logrado escabullirse de las garras de Metanón y peleaba furiosamente a puños contra él.

—¡Te vienes conmigo! —le gritó Logan fuera de sí.

—¡No tienes derecho! —bramó Maia tratando de alcanzarle las espinillas. Pero con la agilidad propia de guerreros entrenados, Logan la asió fuertemente de los brazos y la arrastró fuera del helicóptero. Al depositarla en el suelo, la giró hacia él para que lo mirara y también para aferrarla mejor, pero Maia, con toda la rabia acumulada, le pegó un tremendo puñetazo en la mandíbula con las dos manos unidas. Ella misma se asustó de la fuerza que descargó en aquel rostro. El guerrero trastabilló hacia atrás, sin llegar a caerse desplomado sobre el suelo, pero fue suficiente para que Maia se librara de él y saliera corriendo a ayudar a Jackie, que rodaba con Metanón en el suelo. Maia se abalanzó sobre ambos, tratando de doblegar al caminante rubio, pero no duró mucho, ya que Logan la tomó por el cuello del vestido desde atrás y la levantó. Maia se giró e intentó pegarle de nuevo pero Logan, harto del juego, le calzó un puñetazo cerrado en el rostro.

Entre los chillidos de Jackie y gruñidos masculinos, Maia se sintió caer a un vacío oscuro y frío. Las manos le picaban y el cuerpo le vibraba como nunca antes. Sentía dolor, mucho dolor, que la hundía cada vez más. Y antes de llegar al fondo de ese gran vacío, escuchó el rugido único y ensordecedor que la llamaba.

Ella. Ella había regresado.

CAPÍTULO 26

Delta del río Paraná

—¿Cómo que se ha llevado a mi hermana? —preguntó Aniel histérica.

Gabriel se acercó a ella para intentar abrazarla, pero Aniel estaba fuera de sí y se alejó de él.

—Tranquilízate, mi amor —pidió el caminante, preocupado, a la vez que miraba a Metanón y a Ruryk con impotencia. Metanón había llegado a la organización del Delta luego de la terrible batalla con Logan y sus hombres, y las noticias no eran muy alentadoras.

—¡Pero Maia está con él!

—Lo sé, y jamás algo así había sucedido —susurró su esposo.

—Cuando Logan le pegó a Maia, Damián se convirtió —explicó Metanón.

—¿Maia alcanzó a verlo? —preguntó Aniel con los ojos llenos de lágrimas.

—No. Con el golpe, ella cayó desmayada de inmediato. ¿Cómo diablos podíamos imaginarnos que esto podía pasar?

—Y nadie puede garantizar que, cuando ella despierte, Damián haya vuelto a su estado normal —dijo Ruryk preocupado.

Metanón asintió con la cabeza, sabiendo que Ruryk tenía razón. La situación de Damián era precaria. Y él mismo aún seguía absorto por lo que había sucedido ese día en plena batalla: a partir de la conversión de Damián, se había generado un terrible caos.

Damián, transformado en el dragón que llevaba tatuado en su cuerpo, había transmitido su furia a través de bramidos escalofriantes y el fuego abrazador de su boca, que se había propagado como lava por todo el terreno. Uno por uno, los enemigos fueron cayendo en las fauces de la bestia, hasta que esta, habiendo acabado con la mayoría de ellos, se había llevado cargada entre sus brazos a Maia desmayada.

Y Metanón, al ser testigo de aquello, había optado por dejar de luchar con la pelirroja, aun cuando sabía que perdía la oportunidad de su vida para atraparla. Jurando furioso, había echado a correr tras el dragón, mientras solicitaba telepáticamente ayuda a los demás caminantes. Como todos los vehículos habían sido destrozados en el enfrentamiento, debió correr sin pausa por temor a que la bestia volviese a su estado normal. La vuelta a la normalidad era un proceso largo y muy doloroso y él no confiaba en que el dragón fuese capaz de proteger a la joven en ese momento, sino todo lo contrario.

No supo durante cuánto tiempo corrió tras la criatura salvaje, pero cuando ya pensaba que nada la detendría, contempló con la boca abierta como esta, con Maia entre sus brazos, desaparecía ante sus ojos, como si el aire los hubiese desintegrado en millones de partículas. Enajenado, Metanón buscó por todos lados sin éxito, hasta que el resto de los caminantes hicieron su aparición. Cuando les contó lo sucedido, Triel explicó lo que en realidad había pasado: la bestia y Maia habían desaparecido en uno de los santuarios de Astos, el Maestro sanador.

Después de relatar lo ocurrido a los presentes, la más confundida era Aniel.

—¿Un santuario? —preguntó esta.

—Sí. Uno de muchos. Ellos no existen en un determinado lugar, mi amor. Aparecen y desaparecen donde el Maestro Astos lo decide —aclaró Gabriel.

—¿Y quién es ese Maestro, Gabriel?

—Astos es una especie de druida de la Estirpe. Puede abrir y cerrar portales cuando lo desea, y dejar pasar solo a aquellos que él considera merecedores. Además de sanador, Astos es el encargado de educar y entrenar a los guerreros que han recibido un legado. Es dueño de una serie de dones que le han otorgado un especial reconocimiento dentro de la Estirpe.

—Pero Maia está corriendo un terrible peligro en manos de la bestia.

—Mi amor, Triel y Astos los vigilarán.

—¿Triel?

—Él y Damián son los únicos de nosotros que pueden ingresar a un santuario, ya que ambos hermanos llevan sobre sí un legado. —Gabriel miró a su esposa con ternura y se acercó nuevamente a ella, que finalmente aceptó su abrazo—. Escucha, Aniel. Triel se comunicará con nosotros apenas sepa algo.

Aniel respiró profundamente y se acomodó en los brazos de su esposo.

—Es la primera vez que la bestia elige esconderse allí. ¿Sabrá que no podemos entrar? —preguntó Ruryk asombrado.

—No lo sabemos. Damián nunca nos ha dicho si la que gobierna los actos de la bestia es su propia mente, o si la bestia se vuelve independiente de él. Se niega a hablar del tema.

—¿Y Logan? —preguntó Aniel con la mejilla apoyada en el pecho de Gabriel— ¿Murió junto con los demás hombres?

—No —contestó Metanón con el rostro gélido—. Se escapó en uno de los vehículos que trajeron sus hombres de refuerzo, apenas antes de que el dragón destrozara al resto de los enemigos vivos y carbonizara todos los cuerpos; también destruyó el resto de los vehículos. —Sacudió la cabellera larga y rubia—. Fue increíble la transformación de Damián. Lo he visto furioso, convertido en un monstruo durante casi un año, pero jamás presencié tal furia asesina como en esta pelea.

—El dragón quería destruir a Logan, pero el cobarde escapó —reflexionó Gabriel—. Abandonó a todos para salvarse él mismo. Y así les fue. No queda nada vivo en el campo.

—Logan no es tonto. ¿Cómo podía enfrentarse al dragón? Hacerlo significaba encontrar una muerte segura —dijo Ruryk.

—Es un guerrero especialmente entrenado para enfrentarse a nosotros. Jamás debería haber abandonado a sus compañeros. —Mientras Gabriel hablaba, Aniel alzó la cabeza y contempló a su esposo con evidente admiración—. La bestia eligió quedarse con su señora álmica —continuó Gabriel—. Si hubiese ido tras el vehículo de Logan, lo habría alcanzado.

Ninguno de los *silverwalkers* dejó de sorprenderse ante la actitud protectora del dragón. Desde que Damián había comenzado a transformarse en la bestia, si bien esta jamás había hecho daño a los caminantes durante los enfrentamientos con los caídos, tampoco había demostrado reconocerlos o defenderlos. El único objetivo que parecía tener la bestia era asesinar a los caídos o a cualquiera que accionase bajo su mando; tampoco ninguno de ellos había mantenido contacto alguno con el dragón, salvo el hecho de que este les permitía sentarse a lo lejos acompañándolo en el agónico proceso de convertirse en caminante. Era una relación extraña. Por eso estaban sorprendidos: era la primera vez que la bestia interactuaba con alguien. Y ese alguien era su

señora álmica.

—Roguemos que la bestia recuerde quién es Maia —dijo Aniel apenas en un murmullo.

—Intuyo que él tiene memoria de lo que pasa cuando está convertido. Lo sospeché desde aquella vez que lo encontramos herido —recordó Gabriel.

—Te refieres a aquella noche en que Damián se infiltró en la guarida de los caídos —aseveró Metanón.

Gabriel asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Una vez, Damián mencionó algo de lo sucedido esa noche —dijo, pero al instante pareció arrepentirse de haber hablado.

—¿Así que tú y Damián esconden secretos? —preguntó Ruryk a Gabriel con desconfianza.

—Lo único que mencionó tiene que ver con Maia.

—¿Puedes ser más explícito? —preguntó Metanón.

Gabriel no contestó.

—¿Damián conoce a Maia de antes? —interrogó Ruryk.

—Sí. Antes de lo que imaginábamos.

—Pero entonces…

—No diré nada más, Ruryk. Solo quise explicarles que Damián tiene recuerdos de aquella noche en donde se encontró con Maia por primera vez y sufrió la conversión. Pero no sé si provienen de Damián mismo o de la bestia.

—Esa noche que Damián se empecina en olvidar —insistió Ruryk, que se mostraba cada vez más molesto.

—Vas por terreno peligroso, Ruryk —siseó Gabriel.

—¿Pero entonces ella ya lo ha visto convertido? —preguntó Metanón consternado.

—No, nunca —respondió Gabriel con frialdad.

—¿Damián le hizo daño aquella vez? —quiso saber Ruryk, con la voz llena de ira controlada.

Gabriel frunció la boca formando una línea.

—No sacarás una palabra más de mi boca, Ruryk.

—Miserable hijo de…

—Calla, Ruryk —advirtió Gabriel.

—Pero si es apenas una niña. ¡Y tan pequeña! —bramó aquel.

—Escuchen: antes de opinar, hay que conocer la verdad de Damián —dijo Aniel con voz terminante—. Maia es mi hermana, y mi mayor deseo es protegerla de cualquier peligro. Pero confío plenamente en la intuición de Gabriel y en su mensaje. Si él no puede decir más, entonces yo lo apoyo.

Ruryk los contempló con rabia durante un rato. Al final, movió la cabeza de un lado a otro.

—Ustedes ganan —contestó Ruryk vencido, pero rabioso.

El sonido del teléfono móvil de Gabriel interrumpió la conversación.

—¿Dónde estás? —preguntó Gabriel preocupado.

El resto de los *silverwalkers* sabía que la llamada era de Triel, y Gabriel escuchó con extrema atención lo que este le explicaba. Al instante cortó y se volvió hacia ellos.

—Triel trae a Maia a la organización.

—Dios bendito, gracias —dijo Aniel cerrando los ojos.

—¿Y Damián? —preguntó Metanón.

—Con Astos.

Aniel envolvió el cuello de Gabriel en un abrazo.

—Todo salió bien, mi dulce —le dijo Gabriel suavemente al oído—. Maia está en perfectas condiciones.

—¿Ha despertado?

—No.

Un alivio general se vislumbró en la expresión de todos.

—La cuidaré mientras siga inconsciente.

—Mi amor, es peligroso. Si ella despierta y te ve ¿qué le dirás?

—Solo déjame hacerlo, Gabriel. Necesito verla, estar a su lado. Por favor, apenas vuelva en sí, te prometo que me iré sin que me vea—rogó con los ojos más verdes que nunca. Cuando Aniel lo miraba de esa manera, Gabriel no podía negarle nada.

—Está bien —asintió con renuencia. Aniel le respondió regalándole una sonrisa deslumbrante, ante la cual Gabriel sonrió sacudiendo su melena salvaje; una vez más el guerrero había sido desarmado por el poder de aquella mirada y el fulgor de aquella sonrisa.

—¿Y dónde está tu pesadilla? —preguntó Ruryk a Metanón, un poco más calmado. La expresión del rostro de este se endureció de tal manera que, súbitamente, parecía de mármol. Cuando parecía que ninguna respuesta saldría de los labios del caminante rubio, súbitamente este insinuó una amarga sonrisa que hizo aún más evidentes las marcas que cruzaban su mejilla y que, lentamente, iban curándose. Dibujó con la yema de los dedos los fuertes rasguños que Jackie le había grabado en la cara.

—Dilatando nuestra cita final —contestó levantando la ceja aún más de lo que ya las tenía.

—¿Huyó?—interrogó Ruryk sabiendo la respuesta.

—En el helicóptero. Intentó seguir a la bestia con él, pero no pudo hacer nada cuando esta desapareció a través del portal. Así que la perdí nuevamente —contestó con una sonrisa glacial.

Ruryk sonrió también. Esa chica era imposible de atrapar, no solo por sus cualidades sino también porque las circunstancias la protegían, como había sucedido esta noche. No imaginaba aún cómo su amigo lograría su objetivo, pero al mirar la expresión en su rostro supo, con absoluta certeza, que el destino de la pelirroja ya estaba decidido. Y Metanón sería el que trazaría la inexorable ruta final.

—Maestro, por favor, libéreme —gritó el niño con las mejillas repletas de lágrimas—. No soporto más —gimió apesadumbrado, contemplando las llamas del fuego que crepitaba delante de él.

El rostro bronceado de ojos verdes lo miró con compasión.

—¿Recuerdas demasiado?

El niño rompió a llorar; imágenes embebidas en matices naranjas, rojos y amarillos circulaban delante de sus ojos como si danzaran, y cada una de ellas representaba episodios contundentes de su vida que justificaban su decisión.

—¿Sabes por qué estás aquí? *—preguntó el Maestro, que resplandecía en su túnica verde, impregnado en aroma a mirra.*

El chico, que ya no era un niño sino un adolescente, lo observó desde sus profundos ojos oscuros como la noche que se cernía sobre ambos.

—No quiero recordar más.

—Podrías hacerlo.

—Lo intento, pero al final no puedo.

—Sucederá cuando perdones.

—Es imposible.

—Entonces más difícil te será alcanzar tus sueños.

—No creo en ellos. Son artimañas creadas por mentes idealistas y perezosas.

Su Maestro sonrió.

—Incluso los idealistas y perezosos tienen derecho a perdonar y ser perdonados.

—Quiero que me arranque de esta oscuridad.

—Entonces ilumínate.

—¿Cómo puedo hacerlo? Llevo demasiadas marcas *de mi pasado.*

—Solo hay una manera.

—¿Cuál?

—Amándote.

El joven, que ahora era un adulto, rompió a reír.

—No sé lo que es el amor. Jamás lo tuve.

—Está presente en ti, pero has priorizado tu ceguera. —El joven quiso gritarle, pero se detuvo al observar a su Maestro acercándose con un cáliz en la mano—. Entonces aquí está lo que buscas. Has elegido el camino más duro —dijo gravemente el Maestro, extendiendo la copa hacia él.

—Que así sea —contestó. Y bebió.

Un grito de furia aplastante provocó el estallido de unas llamas, elevándolas a las alturas; la oscuridad fue envuelta por un abrazo granate cuando un mar de lava comenzó a caer desde la cúspide y pudo ver en él el reflejo de su propia imagen. Un dragón. Con cada rugido que la bestia emitía, las llamas de fuego escupidas de su boca incrementaban la bravura de la corriente abrasiva que pulverizaba lo que se interponía en su cauce.

A lo lejos, divisó una figura recubierta por un manto oscuro que le gritaba rogando que la rescatase. Corrió hacia ella, estirando las manos para hacerlo. Cuando contempló aquel rostro, un dolor agónico retrajo su corazón y se apartó, dejando que la lava la sepultara en un abrazo eterno. Cubrió los gritos desgarradores con sus propios bramidos y se alejó corriendo de aquel lugar lleno de tinieblas.

El dolor quemante de la garganta lo regresó a la realidad. Damián abrió los ojos, consciente de que había regresado a su estado normal. Estaba acostumbrado a los dolores, ya que la bestia y el fuego que escupía por su boca hacían estragos en su cuerpo de todas las maneras posibles. Y, como siempre, había vuelto a soñar con aquello que lo perseguía desde su adolescencia y que lo

atormentaba. Estaba agotado de sus miserias interiores y de su vida entera. Necesitaba urgentemente algún elixir que le diera un alivio, un soplo de aire fresco, un merecido descanso de toda esta locura.

Yacía acostado debajo de un árbol en el extraordinario jardín del santuario de Astos, que se extendía sin límites. Su trenza había desaparecido y, en su lugar, la cabellera larga caía por su espalda. Contempló el jardín, que se destacaba por las flores exóticas que el sanador había traído consigo de los numerosos viajes que había hecho alrededor del mundo, y que impregnaban el ambiente cargado de magia y olor a incienso, con su maravillosa belleza. Una cascada que caía en un estanque repleto de peces de diferentes colores acompañaba el murmullo del cántico de Astos, que seguía removiendo el fuego, casi ajeno a su presencia.

Damián recordó que la bestia había elegido venir hacia aquí para entregar a Maia en manos seguras ya que él, en ese momento, no lo era. Cuando había ingresado al santuario con la chica en brazos y la había acostado frente al fuego donde Astos desarrollaba algún tipo de ceremonia, este se había dirigido de inmediato a la joven para colocarle la mano sobre los ojos. Aliviada, la bestia se había echado a descansar, sabiendo que vendrían horas de tortura que acompañarían la transformación.

Y cuando ya casi había vuelto a la normalidad de su aspecto, había observado a Astos hablar con Triel, quien se acercó y le quitó a Maia de los brazos para alzarla entre los suyos.

Impotente, Damián había gruñido al ver a su hermano tocar a su señora álmica, pero el Maestro se había acercado rápidamente para colocarle la mano sobre la frente, dejándolo sedado unos minutos más. Si bien sus músculos no podían responderle, la rabia que lo había invadido por dentro había sido tan extrema que se juró, apenas pudiese, retorcerle el cuello al sanador.

—Te destrozaré, Astos. Deja que mi cuerpo se conecte a mi cerebro de nuevo y ya verás lo que te haré padecer, hijo de puta.

El sanador comenzó a emitir una sonora carcajada.

—Has regresado más pronto de lo que esperaba, Damián.

—¿Cómo mierda aceptaste que Triel tocara a Maia? ¿Sabes lo que significa para mí que otro macho lo haga? —preguntó iracundo mientras intentaba levantarse del suelo, pero el cuerpo apenas le respondía.

—Deja ya de portarte como un Otelo, osito panda —replicó Astos aun riendo. La furia de Damián era tal, que temía que su cuerpo estallara como una bolsa de harina que cae pesadamente al suelo.

—No lo soporto.

—Escucha. La chica despertaría en cualquier momento y Triel era el único que podía llevarla de vuelta a la guarida. Tu bestia eligió alojarse aquí junto con ella. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Dime que está bien. Ese hijo de puta la golpeó a puño cerrado.

—Se repondrá. Tenía la cara inflamada del golpe, pero la sané. No le quedarán marcas exteriores, aunque no sé el alcance de las interiores. Eso te lo dejo a ti.

—Voy a matar a ese tipo. Si antes lo odiaba, ahora no te imaginas. No me detendré hasta verlo desaparecer.

—Te comprendo. Te siento desesperado.

—¡Lo estoy! —bramó fuera de sí, irguiéndose a duras penas.

—Entonces acércate junto al fuego y trata de serenarte. Pronto estaré contigo.

—No entiendes, Astos.

El sanador removió el fuego y las llamas se elevaron, bravas, ante ambos. Un olor a mirra envolvió el ambiente.

—La has rescatado, Damián. Es lo más importante.

El guerrero sacudió la cabeza.

—¿No te das cuenta de lo que podría haber sucedido?

Como si no hubiese escuchado la pregunta, el Maestro comenzó a entonar una canción en un idioma extraño que Damián no supo reconocer. Astos manejaba innumerables lenguas, algunas desconocidas para los humanos, e incluso para el resto de los miembros de la Estirpe. Su Maestro era descendiente de una casta especial de la Estirpe de Plata compuesta por sanadores puros, que se caracterizaban por tener los ojos de un color especial, un verde muy claro, que se volvía incandescente cuando curaban. Ellos habían participado alguna vez de la activación de un legado propio, al cual habían transmutado con un profundo y constante trabajo interior, por lo que eran los seres más idóneos para comprender y guiar a Damián y Triel acerca de cómo vencer a sus respectivas bestias interiores.

Damián se acercó junto al fuego, intentando aplacar el desasosiego que se había instalado en él cuando había contemplado a Maia en el lugar donde la bestia la había traído. Se pasó las manos por la cabellera y observó al sujeto que tenía al frente. Astos, a medida que cantaba, movía las manos suavemente en el interior del fuego como si hiciera malabares con él; era absolutamente inmune al contacto con las flamas; es más, estas parecían atraídas a alguna clase de magnetismo que se desprendía de sus dedos.

Damián esperó, sabiendo que en algún momento su Maestro le respondería las preguntas que él quería formular. Muchas veces, sin siquiera expresarlas verbalmente, este se las contestaba.

Pero Astos parecía tener otros planes; lo ignoraba, completamente concentrado en esa especie de meditación. Una ira profunda apresó el corazón de Damián como fuertes tenazas de hierro. Podría matarlo por hacerle esto ya que se sentía desahuciado; no podía olvidar la locura que experimentó cuando vio a la joven frente a él. Un pánico atroz lo había invadido ante lo que podría haber sucedido, así como una furia estrepitosa cuando contempló el moretón que cubría la mejilla de Maia. Mataría sin piedad al desgraciado de Logan. Ese miserable jamás volvería a tocar un solo cabello de su mujer mientras él existiera.

—Claro que lo sé — susurró Astos interrumpiendo sus pensamientos—. Pero es interesante observar como tu energía ha cambiado desde que estás con ella.

—¿De qué hablas?

—Por primera vez tienes miedo, caminante.

Damián estalló, encolerizado. No tenía tiempo para escuchar estupideces.

—¡Anoche pude haber matado a Maia!

—No te creo —dijo sonriente, lo que enfureció aún más al gigante oscuro.

—¡No puede volver a suceder jamás! —bramó y con un esfuerzo titánico se elevó en toda su estatura.

—¿Puedes dejar de portarte como un energúmeno y explicarte? —Ante el pedido de su Maestro, Damián respiró hondo. Un sudor frío le empapaba las sienes—. Por favor, siéntate de nuevo junto al fuego —invitó Astos.

Damián observó las llamas que danzaban suavemente y que parecían querer abrazarlo.

Indudablemente, en aquel ambiente había algún tipo de magia invisible que intentaba aplacar sus sentidos exacerbados. Se llenó los pulmones y finalmente se sentó. Astos recitaba en voz baja algo que parecía un mantra; automáticamente una sensación de paz comenzó a envolverlo.

—Habla —ordenó su Maestro que había detenido el arrullo de su voz.

—Tienes razón: tengo miedo.

Astos lo observó detenidamente durante un tiempo. Damián sabía por experiencia que, si no tenía cuidado, su Maestro empezaría con los juegos incomprensibles para él.

—Tu miedo no puede evitar que ella tenga que enfrentarse a un gran desafío, Damián.

—¿Cuál de todos?

—Comprenderte. No es un camino fácil, pero merecen recorrerlo. Se volverán más fuertes y sabios.

—¿Pero es que acaso no me has oído? —gritó. Otra vez la furia se apoderaba de su interior —. ¡Pude haberla asesinado con mis propias manos!

—Pero no lo hiciste.

—¡Puede suceder una próxima vez!

—Si entras en el terreno de las suposiciones, entonces lo harás más difícil.

—¿Qué quieres decir? ¿Que la exponga a mí y ser como Logan? ¿Qué tendríamos entonces de distinto él y yo?

—Cuéntame qué sucedió —ordenó Astos sin contestar. Avivó el fuego, y desparramó ruda y sándalo en él. Damián aspiró profundamente aquella mezcla de aromas y, curiosamente, volvió a sentirse más tranquilo—. Estás reaccionando al poder de las plantas, caminante. Eres un grandote sensible —le dijo sonriendo.

—No me jodas, Astos —gruñó, viendo como este le devolvía el gruñido con una sonrisa.

—Continúa, caminante.

—Tuvimos un fuerte enfrentamiento con los caídos.

—Te convertiste.

—Y demoré más de ocho horas en volver a mi estado normal; jamás antes me había llevado tanto tiempo hacerlo.

Astos asintió.

—La duración de la transformación de bestia a caminante es proporcional al estado emocional del guerrero en el momento de haberse llevado a cabo el cambio. Tus emociones prolongaron el estado de conversión, Damián.

—Tiene sentido. Fue la primera vez que defendí a mi señora álmica de esta manera. En un enfrentamiento anterior, había logrado controlar la activación del legado pero, esta vez, cuando el desgraciado golpeó a Maia delante de mí, perdí la razón.

—Nada de lo que me cuentas me sorprende.

—Y luego que todo terminó, me eché a descansar… con ella cerca de mí. Es la locura más descabellada que he hecho. No me lo perdono. Dios mío, podría haberla lastimado o, lo que es peor, podría haberla destrozado con mis garras.

—¿Por qué no la dejaste con los demás caminantes?

—Como bestia no puedo discernir, Astos. Pero hoy ha sucedido algo sin precedentes: quería la presencia de Maia. Ella me tranquilizaba; es más, como nunca antes, sentí ansias de cuidar a

alguien. De cuidarla a ella. Jamás había experimentado esa emoción como bestia, ni siquiera con los demás *silverwalkers*; salvo el hecho de saber, por instinto, que no debía atacarlos, jamás tuve la intención de conectarme a alguno de ellos. Esto fue diferente.

Astos lo observaba detenidamente con los ojos entornados mientras explicaba los acontecimientos.

—Y otra cosa más —agregó Damián.

—¿Qué?

—Mi agonía al volver a mi estado natural no fue tan dolorosa.

—Entonces, todo está claro como el agua.

—No para mí. Necesito respuestas.

—Ve y encuéntralas en tu caos interior, amigo mío. —Damián lo miró receloso. Nunca era fácil hablar con Astos porque siempre lo sometía a laberintos psicológicos—. No te estoy pidiendo que te centres en tu razón, Damián —continuó diciendo su Maestro—, sino que explores lo que susurra tu corazón.

—Ya te he dicho muchas veces que no sé nada de ello.

—Todos sabemos más de lo que creemos —dijo Astos un tanto impaciente—. Lo que sucede es que somos asustadizos y perezosos, y no nos atrevemos a sentir aquello que le está vedado a la razón. Si hasta me causa risa nuestra necedad.

Al sonreír, las llamas iluminaron su semblante, dándole un aspecto monárquico.

—Necesito que me acepte.

—Acéptate tú antes que nada y después acéptala a ella.

—Lo segundo ya lo he hecho.

—¿Estás seguro, Damián?

El caminante aspiró profundamente. Este tipo era inaguantable, pero indudablemente lo confrontaba a aspectos de él que pocas veces investigaba.

—Yo no tengo dudas de que ella es mi señora álmica.

—Pero eso no es lo único, amigo mío. Hay muchas cosas que debes indagar para estar seguro de lo que dices hoy aquí.

—Quiero aprender a conocerla más, pero ella se niega. Lo único que hemos hecho hasta ahora ha sido correr y luchar.

Astos emitió una carcajada y sacudió el cuerpo. El fuego parecía aumentar de intensidad.

—Entonces, para tú de hacerlo.

—Me tiene pánico.

—¡Vamos! Lo que ves en ella está también en ti.

—¡Mierda! Sabía que hablar contigo me derretiría las neuronas sin llegar a ninguna conclusión.

—Pues manos a la obra. Ve, experimenta y obtén las respuestas que necesitas.

—No quiero hacerle más daño.

—Quizás sea inevitable.

—¿Y qué pasará con la bestia?

—Dómala.

—No puedo.
—Entonces eres un cobarde. Ella te ha domado a ti.

CAPÍTULO 27

—Perdimos a la chica —gruñó Brad.

—Logan se ha comunicado conmigo. Es un imbécil —dijo Gustav, sentado del otro lado del escritorio en su despacho.

—Deberías haberme dejado matarlo la otra noche en el cuadrilátero. ¿Te das cuenta? Se le ha escapado de entre las manos… ¡mierda! —gritó arrastrando violentamente con la mano los objetos de la mesa que salieron disparados en todas direcciones y se hicieron añicos—. ¡Es un idiota! Cuando ya la tenía, no pudo controlar su estúpida dominancia machista y se enzarzó en un duelo con el *silverwalker* que, justamente y para nuestra desgracia, se convierte en una bestia. ¿Acaso no me habías dicho que era el guerrero más idóneo que teníamos, Gustav?

—Logan la quiere como hembra; pensé que sería importante contar con ese aliciente para que él se esforzara en atraparla.

—Eres un idiota. Ese tipo está lleno de testosterona; pensó con el pene y no con la cabeza —bramó, pero Gustav no respondió—. Debemos hallar la manera de arrebatar a Maia Serrano de los muros de la guarida de los *silverwalkers*. No podemos perder otro símbolo.

—Lo sé. Está en juego el poder de nuestra organización.

—¡Es lo que estoy tratando de decirte, mierda! —exclamó el caído de cabello blanco mientras se servía una copa. Un abismo pareció instalarse entre ellos al quedar inmersos en sus propias cavilaciones. De repente, el ruido de la puerta que se abría llenó el silencio. Laura, vestida como siempre de manera provocativa, entró como una diva. Dejó su chaqueta sobre un sillón, se volvió hacia los dos hombres que la contemplaban con seriedad y sonrió.

—¿Me estoy perdiendo de algo interesante?

—Ya debes haberte enterado de lo ocurrido —masculló Brad que no dejaba de observar los senos voluptuosos que afloraban del escote de la camisa ajustada de la mujer. Sin dejar de sonreír, esta se acercó a Brad mientras se desprendía un botón de la camisa evidenciando que no llevaba sostén. Deteniéndose a solo unos centímetros de distancia, y ajena a la presencia de Gustav, le envolvió los brazos alrededor del cuello y susurró sobre sus labios:

—Debemos poner en marcha el plan B, mi amor.

Brad se desprendió de los brazos de la mujer.

—No me gusta cuando te pones buscona. Por favor, compórtate. —Se volvió dándole la espalda para servirle una copa. Laura le lanzó una mirada de desprecio, sin estar dispuesta a ceder. Se acercó desde atrás y le apoyó la mano en el hombro.

—Nosotros te ayudaremos, cariño. Y ya verás como la chiquita cae como una palomita.

Brad giró el cuerpo y la miró con suspicacia cuando ella apoyó suavemente la mano en su pecho.

—Sabes bien que hay *alguien* a quien no debes tocar —le advirtió. Ella elevó lentamente la mano hasta llegar a su mejilla, que acarició con la punta del dedo.

—Lo sé, querido. Confía en mí —ronroneó.

Gustav observaba, fatigado, la eterna y fría batalla que se erigía entre los amantes. Había

demasiado en juego para sumar problemas de alcoba entre estos dos.

—Yo me encargaré de todo —exclamó Gustav con voz solemne y poniéndose de pie. Brad lo miró asintiendo con una mirada glacial—. Hablaré con Logan y prepararemos lo que sea necesario. Avisaré a los caídos de Dinamarca y México.

—Esta vez no debemos fallar, Gustav.

—No, no lo haremos —y sin una palabra más, el jefe de los caídos se retiró.

La sonrisa en el rostro de Laura se amplió y, sin dudarlo, se inclinó hacia adelante e inició, con los labios, un lento y suave recorrido sobre los del hombre que tenía enfrente, presionando los senos sobre su pecho. Sabía el poder que tenía sobre él, aunque fuese limitado. Brad la observaba con gravedad, pero no era la primera vez. Laura le tomó la cara entre las manos y atrapó, hambrienta, su boca. Mientras lo besaba como una desaforada, se desprendió con avidez todos los botones de la blusa. Sin dejar de besarlo, comenzó a hacer lo mismo con la camisa de él, que finalmente abrió violentamente para que sus enormes senos jugaran con las tetillas de él; le rasguñó suavemente la espalda con las uñas. Brad seguía sin responder aunque le miraba detenidamente los senos. Frustrada, pero sin darse por vencida, Laura le envolvió un lado de la cadera con una pierna y comenzó a frotarse sobre su miembro. Arqueó la espalda acercando los senos a la boca de Brad, pero este seguía sin reaccionar. Furiosa ante semejante rechazo, Laura lo abofeteó sin misericordia y cuando intentaba volver a hacerlo, Brad le tomó el puño con la mano y se lo apretó sin concesiones. En medio de los gimoteos de la mujer, se acercó al oído y le susurró:

—Te conozco, así que te recuerdo una vez más: si tocas lo que es mío, te mato.

El odio con que lo miró Laura podría haberle lacerado el cuello. Se desprendió de él y con la poca dignidad que le quedaba, se abotonó lentamente la blusa.

—Será tu perdición, maldito —siseó con ira contenida mientras se dirigía hacia la puerta. Cuando Brad escuchó que la puerta se cerraba a sus espaldas, sacó su móvil y ordenó:

—Vigílenla.

—¿Despertó? —preguntó Damián a Ruryk, preocupado. Apenas culminada su charla con Astos, había regresado a la organización para ver a Maia. Necesitaba saber que estaba bien.

—Sí, pero Triel la volvió a dormir con una orden mental.

Damián emitió una mueca de disgusto. Otra vez los celos. Se sentía como un idiota, enamorándose cada día más de Maia, y el precio era alto: vivía en un estado de exaltación y celos permanentes que le resultaba incómodo y sobre el cual prácticamente no tenía control.

Admiraba a Gabriel y su permanente quietud cuando le había tocado atravesar lo mismo con Aniel. Sacudió la cabeza; él distaba mucho de ser como él. Siempre se había jactado de ser inteligente y efectivo, pero hoy se sentía como un adolescente cubierto de acné, corriendo detrás de su primera novia. Y esta venía empaquetada en un cuerpo diminuto que lo hacía saltar como si caminara sobre brasas.

—A partir de ahora me encargo yo. Gracias.

Cuando hizo amago de dirigirse a la habitación de Maia, Ruryk lo detuvo.

—Tengo algo que decirte —dijo este con una expresión de recelo en la mirada.

Damián se sorprendió, porque no era común que su amigo se comportara de esta manera.

¿Qué se traía entre manos? Clavó la mirada en los ojos miel y esperó.

—Así que conocías a Maia desde hace tiempo. —Ante esta aseveración, que descubría su secreto, la expresión de Damián se volvió distante. Mataría a Gabriel—. ¿Has osado lastimarla? —preguntó el idiota con un desafío tan abierto que Damián no pudo evitar sorprenderse. Pero Ruryk tenía mil caras.

Sin dejarse amilanar, Damián se acercó hasta quedar a pocos centímetros del rostro del caminante.

—¿Me estás cuestionando?

Captó de inmediato la confusión de su amigo, pero, al instante siguiente, continuó con su provocación.

—No toleraría saber que un grandote como tú se ha valido de artimañas para hacer daño a Maia, o a cualquier otra chica.

—Ten cuidado con lo que dices —advirtió Damián. Ruryk lo miró cauteloso, consciente de que se estaba metiendo en un terreno peligroso.

—Solo te advierto que Maia no está sola.

Damián lo tomó de la solapa de la camisa y lo acercó raudamente a su nariz, con los ojos mercuriales brillando en su máxima expresión.

—Si me estás retando, entonces dime dónde y cuándo y lo solucionaremos como dos machos de la Estirpe.

Ruryk lo miró sorprendido. Gabriel lo había prevenido, pero su don natural de protector y amante de todas las mujeres lo había desbordado y ahora se encontraba ante un verdadero desafío.

Damián, sin ninguna duda, hacía referencia a un duelo con espadas.

Si bien la Orden de los Jerarcas consideraba los duelos a muerte ilegales y estaban estrictamente prohibidos, se aceptaba, como única excepción y dentro del grupo de guerreros de la Estirpe, que si dos de ellos entraban en un conflicto insalvable, gozaban de la oportunidad de librar un duelo que culminaba cuando uno de los combatientes apoyaba la espada sobre el cuello de su oponente. En ese instante, el vencedor tenía la responsabilidad y obligación de detenerse. Si no lo hacía, era expulsado de la Estirpe, lo cual había sucedido algunas pocas veces. A su vez, el perdedor de un duelo quedaba sometido a una humillación tan extrema, que aceptar esta clase de combates debía ser profundamente meditado por los contendientes. Debido al enorme orgullo que caracterizaba a los guerreros de la Estirpe, el ser perdonado por el enemigo en una pelea provocaba generalmente en el perdedor tal humillación, que podía significar la destrucción total de su autoestima y, por ende, de su carrera.

Zafándose de las garras de Damián, Ruryk pasó de la sorpresa a la furia. Jamás se habían enfrentado de esta manera y Damián no cabía en sí del enojo.

—No me tientes —siseó Ruryk.

En ese instante aparecieron Gabriel y Triel, absortos ante la pelea entre los dos caminantes.

—Paren ya —exigió Gabriel con la voz afilada como una daga.

Ruryk y Damián respiraban profundamente, evaluando quién sería el primero en atacar.

—No tienes derecho a exigir nada, maldito bocaza —siseó Damián a Gabriel sin quitar la vista de su oponente.

—Hermano, detente —gruñó Triel, que se colocó a su lado. Ruryk y Damián parecían hipnotizados uno con el otro, en una pelea a muerte con las miradas.

—Puedes descargar tu furia sobre mí, Damián —exclamó Gabriel.

El caminante oscuro gruñó.

—Lo haré después que acabe con este gusano —sentenció.

Triel se acercó al oído de su hermano y dijo por lo bajo:

—Si no te detienes en este instante, te las verás conmigo.

Fue lo que Damián necesitó para explotar. Se volvió hacia Triel y le lanzó una trompada a la cara, pero este la detuvo con el antebrazo, devolviéndole otra de lleno en el estómago.

Gabriel miró rabioso a Ruryk y le dijo con voz árida:

—Espero que estés contento con la estupidez que has hecho.

Sin esperar respuesta, Gabriel se lanzó sobre Damián, abrazándolo por el cuello para ayudar a Triel a controlarlo. Cuando Damián intentó sacárselo de encima, dejó libre a Triel, que vio su oportunidad: enlazó a su hermano por un brazo mientras Gabriel hacía lo propio con el otro. Fuera de sí, Damián se revolvió furioso.

En medio de los bufidos de los combatientes, Ruryk bramó, señalando con el dedo a Damián:

—¡Tú debes explicarte!

El caminante oscuro reaccionó con mayor cólera, debatiéndose entre los brazos de sus amigos.

—¡Te desafío ya mismo, hijo de puta! —gritó Damián con los ojos platino brillando al máximo.

—¿Le hiciste daño? —preguntó Ruryk colérico.

—¡Para ya! —bramó Gabriel—. ¡No lo provoques más!

Damián volvió a revolverse, fuera de sí.

—¡Sí, se lo hice! —respondió desgañitándose— ¡Y me odio por ello cada segundo de mi vida! ¿Estás feliz con mi respuesta, maldito? —preguntó gritando y batiéndose como un salvaje —. Entonces te desafío a muerte. Y quizás así puedas acabar conmigo y librarme de esta pesadilla.

Ruryk lo observó atónito. Damián volvió a forcejear y esta vez logró liberarse. Se abalanzó sobre Ruryk, que había bajado la guardia, pero la furia de Damián era tal que Hoyuelos se obligó a responder por temor a que lo matase. Cayeron al suelo en un estruendo de muebles que se hacían añicos y comenzaron a luchar desaforadamente.

Cuando Gabriel y Triel se acercaron a los contrincantes para intentar apartarlos, la puerta se abrió.

—Dios mío —susurró Maia. El brillo de sus ojos atrajo a Damián, que se detuvo de inmediato y no le importó recibir una última trompada de Ruryk en la cara. Se incorporó lentamente, esperando lo peor. Triel y Gabriel se habían vuelto hacia ella y, lo mismo que Damián, habían tensado los cuerpos, preparados para cuando la chica intentara huir.

Pero para consternación de todos, Maia no escapó, sino que se acercó a Damián, que la contemplaba ensimismado. Ella lo observó profundamente con los ojos cargados de cielo y plata durante un rato; luego miró a Ruryk y le dijo severamente:

—Si hay alguien en este mundo capaz de juzgar a Damián, esa soy yo. No tú. —Y sin decir

una palabra más, se dio vuelta y salió del cuarto.

Al instante siguiente, los caminantes, salvo Damián, reían a carcajadas, encantados de lo que habían presenciado.

Ruryk, aún sonriente, se levantó, se acercó a Damián y lo palmeó en la espalda.

—Tienes una señora álmica increíble —exclamó lleno de orgullo y admiración—. A propósito, tu izquierda es espectacular.

Ajeno a todo, Damián salió rápidamente tras Maia. En el mismo instante, Gabriel se volvió hacia Ruryk y Triel y, sin dejar de sonreír, expresó:

—Creo que, por fin, estos dos van avanzando. Y esto, muchachos, está empezando a ponerse más que interesante.

La encontró sentada quedamente sobre el banco de azulejos que a él tanto le gustaba y que estaba ubicado en el patio interno hexagonal. Ninguno de ellos podría haberse imaginado que ella despertaría tan pronto de la orden mental emitida por Triel, quien seguramente no había cerrado con traba la puerta de la habitación confiando en que ella dormiría muchas horas.

Tomó aire profundamente.

La imagen de su musa en medio del recinto completamente vidriado lo detuvo, embelesado. Tenía una pierna doblada contra su pecho y la barbilla descansaba sobre la rodilla. La larguísima cabellera que se desplegaba como una cascada de aguas oscuras sobre la espalda suavemente curvada y el vestido blanco y lánguido que envolvía su figura la hacían parecer una virgen extraviada del cielo. Si bien solo podía verla desde atrás, Damián era consciente de la desazón de Maia. Aún estaba asombrado y profundamente confundido por la reacción de ella, ya que, de alguna manera, lo había defendido ante Ruryk. Su amigo fue el que finalmente había resultado herido por la punta de la lanza de su defendida. ¿Por qué lo había hecho? Es lo que él había venido a averiguar.

Se acercó a Maia con pasos lentos y seguros, detectando el preciso momento en que su cabeza hizo un breve y sutil movimiento hacia un lado, evidenciando que había oído sus pasos. Sin volverse hacia él, la chica continuó observando serenamente el paisaje que se desplegaba con generosa y salvaje belleza a través de la jaula de cristal.

No pudo evitar sentirse culpable. Una jaula de cristal que impedía al ser que comenzaba a anhelar desesperadamente, salir a disfrutar de la brisa de la mañana, tocar las hojas de los árboles o jugar con el agua de los arroyos; correr por los senderos frondosos o sentarse a apreciar una salida de sol. Esto debía terminar pronto o jamás se lo perdonaría.

Se detuvo a su lado, acompañándola con el destino común de sus miradas. Durante un instante, Damián se sintió unido a ella por la magia que aquel paisaje ofrecía. Observaron las copas de los árboles, que se movían suavemente al compás de las caricias del viento y que parecían saludar al sol de la mañana. De repente, y para asombro de ambos, una liebre pequeña surgió de atrás de unos arbustos y, sentándose casi frente a ellos, comenzó a limpiarse el hocico con las dos patas delanteras. Sonrieron al mismo tiempo y fue como si la gloria de la paz hubiese ingresado en aquel recinto. De a poco, otras liebres de diferentes tamaños surgieron de la nada. Maia emitió una risa suave que sonó a un juego de campanillas en los oídos de Damián. Súbitamente, las liebres más pequeñas comenzaron a jugar ávidamente entre ellas, corriéndose unas a otras en círculos y saltando sobre los cuerpos de aquellas que seguían comiendo. Damián

se sumó a la risa de la chica, disfrutando de la escena que la familia de orejas largas desplegaba ante ellos.

Sin haberse dado cuenta, ambos reían por primera vez. Nunca antes habían compartido un momento alegre o divertido como este, y Damián se sintió más vivo que nunca.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó con cautela.

Cuando la chica asintió con un ligero movimiento de cabeza, Damián se ubicó a su lado con cuidado y la miró.

—¿Estás bien?

Maia asintió otra vez.

Damián observó su rostro y comprobó, aliviado, que no había secuelas del golpe de Logan, tal como Astos le había anunciado.

—Nadie volverá a tocarte. Te lo prometo.

Ella lo contempló por un momento y luego dirigió su mirada nuevamente hacia el ventanal.

—¿Por qué me defendiste, Maia? —preguntó casi en un susurro.

Un suspiro profundo elevó el pecho de la chica y, cuando expulsó el aire de sus pulmones, susurró:

—Te… escuché.

Damián no sabía bien a qué se refería porque, preso de la furia, no recordaba las barbaridades que le había gritado a Ruryk.

—¿Qué, precisamente? —preguntó con cuidado.

—Dijiste que… si bien reconocías haberme hecho daño, también lo lamentabas… cada segundo de tu vida.

Damián tragó en seco y sin desviar la mirada del cielo azul que se elevaba ante él, susurró:

—Es la verdad.

Sintió el fulgor del brillo de los ojos de Maia atravesarlo de arriba abajo.

—¿Qué… significa?

Damián le devolvió la mirada. Era el momento de la verdad.

—Significa que me arrepiento de todo lo que sucedió… aquella noche. Si pudiera cambiar de alguna manera lo que te hicimos, no dudaría en llevarlo a cabo.

Maia se levantó suavemente, haciendo que el vestido, blanco y vaporoso, cayera hasta las rodillas. Damián hizo lo mismo, sin emitir una palabra. La observó acercarse a la ventana y apoyar la frente contra el vidrio.

—Yo… —murmuró.

—No te pido que aceptes mi disculpa —dijo quedamente al detenerse a sus espaldas— pero, al menos, permíteme ser humilde por primera vez en mi vida.

Maia levantó una mano y apoyó la palma contra el vidrio del ventanal. Sin poder evitarlo, Damián alargó la suya y cubrió la de ella con extrema delicadeza, temiendo que lo rechazara. Percibió, de inmediato, una cierta tensión de parte de ella.

Esperó, casi sin respirar, lo que le pareció una eternidad; pero finalmente nada sucedió. Por unos pocos instantes, el caminante se permitió observar la increíble diferencia de tamaño que existía entre sus manos: las de su señora álmica eran pequeñas y elegantes, dueñas de las caricias que él más anhelaba en el mundo; las de él, enormes y curtidas por las luchas en las que había

participado durante siglos. Conmovido, comenzó a acariciar sutilmente el dorso de la mano nívea con las yemas de los dedos; lo hizo con tal delicadeza, que al segundo percibió a la chica distenderse. Envalentonado, sumergió la mano que le quedaba libre en la brillante y tupida cabellera hasta llegar a la nuca, donde comenzó a hacerle masajes con los dedos. Poco a poco, Maia comenzó a aflojarse contra él. Ante esta mínima entrega, rodeó con un brazo el cuello suave de la chica como si este fuera de algodón, y la atrajo delicadamente contra su pecho; la sentía frágil como una mariposa descansando entre sus dedos. Envolvió con el otro brazo la cintura pequeña y apoyó la barbilla sobre su cabeza. Absorto, se contempló abrazando a su señora álmica como había deseado hacerlo desde que la había visto por primera vez. Increíblemente dichoso, aspiró el aroma a lilas y supo que había llegado al cielo.

Enajenado con este instante de pura armonía, volvió a contemplar el paisaje. Su corazón iba cayendo inexorablemente en manos de la joven, y el poder de aquel sentimiento lo apabullaba. Jamás había vivido el amor, pero ahora que lo sentía con esta intensidad apabullante, no pensaba dejarlo ir.

Lentamente comenzó a acariciar los brazos torneados, subiendo y bajando por los mismos, como tratando de imprimir las huellas de su piel en la de ella. Inclinó la cabeza y se atrevió a besarle con mucha delicadeza el costado del cuello, por detrás de la oreja y se sintió el ser más poderoso de la tierra cuando la oyó suspirar y aflojar el cuerpo completamente contra él. La euforia que lo envolvió activó sus anhelos reprimidos. Era la primera vez que ella se entregaba a él de esta manera, y aún no sabía bien por qué. Ya tendría tiempo de preguntarle el motivo de este cambio, pero ahora quería vivir este momento, que consideraba un milagro.

Continuó con las caricias por los hombros y luego la clavícula, depositando infinidad de besos suaves a lo largo de su mejilla.

Excitado y anhelante por la respuesta de Maia, deslizó las palmas de las manos hacia los pechos, que parecían llamarlo a gritos y los envolvió como capullos de flores entre sus dedos. Eran firmes y redondos, perfectos para disfrutarlos. Con los pulgares acarició los pezones hasta que se alzaron visibles por debajo de la tela del vestido; Damián tragó en seco ante aquella visión. La excitación de Maia era tan evidente, que su miembro respondió al instante, elevándose y empujando contra la bragueta de sus pantalones. Al oírla gemir, un estallido de deseo voraz se apoderó de su esencia de guerrero, así como un anhelo ancestral de conquista. Necesitaba imprimir, a cualquier precio, su marca en la mujer por la que había nacido. Introdujo suavemente las manos bajo el escote del vestido y atrapó la piel suave de los pechos. Los amasó con ansiosa ternura, sabiendo que jamás tendría suficiente de ellos. Con la nuca de Maia apoyada contra su pecho, Damián inclinó su cabeza de lado y atrapó con vehemencia la dulzura generosa de sus labios. La besó como un salvaje, desesperado, buscando dentro de su boca los secretos de su alma. Enfebrecido por la respuesta de ella, le bajó lentamente el vestido hasta los codos y descubrió ante su vista el esplendor que lo aguardaba. Emitió un gemido de dolor ante tanta belleza expuesta a sus ojos. Se mojó las palmas de las manos con la lengua y comenzó a lubricar lentamente los montículos suaves, que comenzaron a responder con ansias a sus caricias. El gemido ahogado que se desprendió de la boca de su señora álmica fue el preámbulo para anunciar lo que él tanto había soñado en sus noches amargas: Maia quizás, tan solo quizás, comenzaba a aceptar algo de él.

La observó, emocionado, deslizar su vestido a la cintura y levantar los brazos hacia atrás para envolverle el cuello, entrelazando las manos detrás de la nuca, y así quedar completamente

expuesta a él. Agachándose un poco más, Damián atrapó, con la boca abierta, el costado de uno de los senos que tanto había deseado degustar otra vez desde su encuentro en el arroyo; con la lengua fue delineando, suavemente, el contorno redondeado hasta llegar al pezón pálido, que se volvió erecto ante sus lengüetazos húmedos. Con sus manos abrazando los frutos regordetes, Damián se sintió el ser más poderoso de la tierra. Mientras escuchaba los gemidos de Maia, Damián se atrevió a empujarla delicadamente sobre el banco y acostarla; se acuclilló a su lado y, con adoración y reverencia, le quitó sin prisa el vestido. Cubierta solo con unas bragas mínimas del mismo color que el vestido, la visión de Maia hizo que la polla de Damián amenazara con estallar. Acostada sobre el banco como si fuera una ofrenda a los dioses, Damián se inclinó sobre ella y recorrió cada centímetro de aquel cuerpo increíble con las manos y la lengua, viajando sin descanso de una geografía a la otra.

Se detuvo un largo rato en los dos melocotones jugosos que le llenaban la boca ávida e introdujo una de sus manos por debajo de las bragas para acariciar la humedad cálida y generosa que mojó sus dedos. Ante el sollozo de Maia, Damián abandonó los senos y atacó nuevamente la boca suculenta. La joven le envolvió el cuello y parte de la trenza con los brazos y, de repente, una pasión furiosa se apoderó de ellos, haciendo que se estrecharan y buscaran de tal forma, que parecían querer introducirse en el interior del cuerpo del otro.

Si bien Damián moría por hacerle el amor, sabía que no podía ir más allá. No deseaba provocar más distancias entre ellos, por lo que solo se atrevía a disfrutar de lo que Maia, tan generosamente, se atrevía a ofrecerle en este preciso instante. Sin dejar de besarla, Damián se levantó del suelo, llevándola con él entre sus brazos, y se sentó sobre el borde del banco; colocó a su señora álmica a horcajadas sobre sus muslos, quedando ambos cara a cara. Los ojos de ambos emitían un fulgor plateado que los hipnotizaba, deteniéndolos en el tiempo y en el espacio, como si fuesen los dos últimos seres sobre la tierra. Sin descanso, Damián continuó la exploración de su lengua en la boca fresca como una cereza, y se enzarzó en un baile mágico y apasionado con la de ella al encontrarla. Besándola como si fuera lo último que pudiera hacer en la vida, rasgó las pequeñas bragas blancas para eliminar la última barrera que existía en el cuerpo de ella. Colocó los dedos en la abertura húmeda, expuesta abiertamente por la apertura de las piernas, e introdujo un dedo que se humedeció con la crema suave de su intimidad. Cuando la contempló arquearse hacia atrás, sumó otro dedo más en el canal estrecho, que lo engulló con avidez. Comenzaron a mover sus cuerpos uno contra el otro, fregando las partes más preciadas con desesperación. Maia, completamente desnuda, parecía una aparición divina y él, vestido con sus ropas oscuras de cuero térmico, un demonio.

Se apartó un poco de ella, y contempló su torso iridiscente repleto de sudor. Con la mano libre, tomó uno de los senos que danzaban ante él y lo apretó con suavidad; cuando la escuchó sollozar otra vez, acercó el rostro hacia el pezón anhelante y lo envolvió con la lengua para torturarlo con la delicia de sus lametazos. La respuesta fue inmediata: un chorro caliente mojó los dedos de Damián. Sin esperar un segundo más, volvió a levantarse con Maia aferrada a su cintura, y giró el cuerpo para sentarla sobre el banco. Con las manos, Damián le abrió suavemente las piernas y, poniéndose en cuclillas en el suelo, ubicó el cuerpo entre ellas. Por el tamaño de él, los muslos de la chica se abrieron exponiendo tímidamente el tesoro que Damián enloquecía por engullir. Se agachó, hambriento, y con la lengua asaltó la intimidad pálida que lo reclamaba. Lamió y mordió, incansable, la ofrenda entregada por su señora álmica, atacando los pliegues delicados que envolvían el secreto más preciado. Maia apoyó las manos sobre la

superficie del banco, arqueando aún más la espalda hacia atrás, por lo que las madejas suaves de su cabello cayeron rozando el suelo. Las manos de Damián acariciaban ininterrumpidamente sus senos, mientras seguía disfrutando de aquel plato suculento en su boca. Excitado hasta la locura por los gemidos de placer de Maia, creyó morir cuando ella levantó las piernas y calzó los pies en el borde del banco, exponiendo completamente el montículo tierno. Gimiendo de placer, Damián le abrió las rodillas hacia los costados y, sosteniéndolas con las manos, se regodeó de aquella visión enloquecedora. Sin dejar de endulzar la cavidad mojada con la boca, introdujo nuevamente los dos dedos en ella, provocando que Maia alzara las caderas para exponerse más aún a su boca. Con la mano libre, Damián la ayudó, tomándola de las nalgas para sostenerla, mientras los dedos continuaban estimulando el interior de su canal. Golpeó insistentemente, escuchando con fascinación los sollozos de su señora álmica. Irguiendo por un instante el cuerpo, Damián contempló, embrujado, los pechos inflamados por las caricias arrolladoras de él; lanzando un gemido ahogado, volvió a devorarlos con la boca a lo largo y a lo ancho, como si fueran el postre más delicioso que hubiese degustado en toda su vida.

Emitiendo suaves pero intensos gritos de placer, Maia le envolvió un brazo alrededor del cuello y se inclinó sobre él. Con la boca de Damián enterrada en sus pechos y los dedos golpeteando sin descanso en su punto G, fue cuestión de breves segundos para que el cuerpo de Maia se abriera totalmente a él. Excitado como jamás lo había estado en la vida, la contempló echar la cabeza hacia atrás y, bajo el irrefrenable placer que se había adueñado de ella, gritar a viva voz. Mientras la contemplaba, una alegría sin precedentes lo invadió. Nunca había vivenciado un sentimiento tan intenso como el de ese instante. Lleno de emoción y agradecimiento, el caminante le abrazó las mejillas con las manos y volvió a besar con hambre desenfrenada la boca húmeda e inflamada por sus besos. Maia le respondió como si jamás hubiese habido algo oscuro entre ellos y se sorprendió profundamente de lo abierta y apasionada que se manifestaba, lo que provocó en él un deseo más primitivo. La abrazó con ternura, y la levantó en sus brazos. Maia le rodeó el cuello y apoyó la mejilla sobre su hombro. Sin decir una palabra, Damián la llevó a su dormitorio, cuidando de que nadie los viera, y la acostó en la cama. Maia tenía los ojos cerrados y su respiración ya había vuelto a la normalidad. Observó su cabellera mojada por el sudor. Se quitó la ropa lentamente y decidió dejarse los calzoncillos para no impactarla con su miembro aún erguido. Se acostó a su lado y la abrazó con delicadeza acercando la espalda a su pecho. Sabía que le sería casi imposible dormir, no solo porque estaba profundamente excitado, sino también porque era la primera vez que dormía con Maia. Oyó su respiración regular y, de repente, supo que ella se había quedado dormida. Erotizado por su presencia y el aroma a lilas, Damián entró en un estado de frenesí tal que supo lo que tenía que hacer. Colocó la mano debajo de su ropa interior y tomó su miembro caliente. Era lo único que lo ayudaría a relajarse mínimamente.

CAPÍTULO 28

Despertó ante el grito que se elevó en la noche cerrada y que provenía de la joven que dormía a su lado. Maia se revolvía en la cama, desesperada, moviendo la cabeza de un lado al otro y apretando los ojos con fuerza, como si con ello quisiera bloquear las imágenes que la aterraban. Las lágrimas le caían a raudales, confundiéndose con el sudor que le empapaba el rostro y el cuello.

—Maia —susurró Damián.

Sabía que cuando despertara y lo viera, quizás lo rechazaría nuevamente, pero no podía soportar verla presa de ese sueño que la atormentaba.

Un trueno estalló cerca de la casa, como si acompañara la desesperación de la chica. Maia volvió a gritar y comenzó a lanzar puñetazos al aire. Debía despertarla, pero temía la reacción de ella ante su presencia. Otro grito inundó la noche y el llanto atormentado lo aniquiló, ayudándolo a tomar la decisión.

—Maia, por favor, despierta, chiquita. —dijo con calma cuando le tomó las manos para evitar sus golpes, pero Maia comenzó a retorcerse y a dar patadas enfebrecida. La soltó de inmediato, y se levantó para observarla desde su altura.

—¡No, no! ¡Déjenme! —la escuchó gemir sollozando.

Captó el dolor de su alma y lo atormentó. Maia estaba viviendo una experiencia con los caídos, sin ninguna duda. ¿Cómo diablos podía ayudarla? No lo había hecho la vez que pudo hacerlo, y ahora se sentía absolutamente inútil.

—¡Nooo! —volvió a rogar la joven, que lloraba a gritos retorciendo el cuerpo agobiado. Damián no tuvo dudas de que alguien debía estar reteniéndola en sus imágenes.

Se acercó despacio y esperó el momento oportuno. Cuando Maia interrumpió por un instante su lucha tan denodada, Damián se inclinó, la envolvió con las sábanas y la alzó en sus brazos. Como esperaba, ella comenzó a desgañitarse del terror. Captaba el galopar de su corazón y el miedo acérrimo que envolvía su alma. Indiferente a los puños de Maia, se desplazó hacia el jardín que rodeaba la casa y se detuvo bajo el alero de la entrada, donde la lluvia caía con furia, acompañando el corazón desenfrenado de la joven. La acercó fuertemente a su cuerpo, confiando en que el aire fresco ayudaría a calmarla.

—Shhh…, chiquita. Aquí estoy para cuidarte —susurró una y otra vez al oído de ella. Ante sus palabras, Maia abrió los ojos lentamente y al verlo, contrario a lo que él esperaba, comenzó a tranquilizarse—. Aquí estoy, mi ángel —volvió a murmurarle al oído.

Para su sorpresa, Maia le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Se sintió en el paraíso cuando ella pareció confiar en él. La esperó, percibiendo que, de a poco, comenzaba a respirar más tranquila.

Lentamente, Damián se dirigió a un sillón de la terraza parcialmente techada, donde se sentó con ella en su regazo y, con el fresco de la lluvia, la chica pareció comenzar a revivir. La acunó, susurrándole palabras apenas perceptibles. Con una mano le acariciaba el cabello largo, mientras con la otra la sostenía de la nuca acercándole la mejilla hacia los latidos de su corazón.

Maia, una vez más, se mostraba sumisa y sin miedo ante él, haciendo que la leve esperanza

que se había despertado en su corazón la noche anterior continuara hoy con mayor bravura. Suspiró y contempló la sábana blanca, que se envolvía alrededor de las piernas torneadas de la chica, generando un contraste entre la inocencia de su imagen y la lucha frenética que se había librado en el interior de su alma. De a poco, la lluvia comenzó a menguar, y el olor de las hojas mojadas inundó las fosas nasales de Damián. Volvió a aspirar, esta vez más profundamente. Al instante siguiente, se encontró con los ópalos casi cristalinos que lo miraban con asombro. Sin dejar de acariciarle dulcemente el cabello, le dijo apenas en un murmullo:

—Cuéntame. —Y la miró con el fuego abrazador de su amor. Maia negó con la cabeza y volvió a apoyarse en su hombro—. Yo te espero, Maia. Siempre lo haré.

—¿Por… qué? —preguntó confusa.

Damián sonrió. ¿Qué podía decirle? Apenas le estaba dedicando un rato de su confianza y no podía aturdirla con explicaciones tan complejas.

—Quizás algún día pueda contestarte —dijo con una leve sonrisa.

—Yo… yo no entiendo por qué parezco… importarte.

—No sabes cuánto… —susurró el gigante.

—Pero… ¿por qué? Tú no me conoces.

—Sé más de lo que tú crees, Maia. Pero nuestra realidad es muy compleja y difícil. No quiero abrumarte.

—Es que… todo lo que pasa entre nosotros… tiene muy poca lógica para mí. Estoy sorprendida de mí misma. Eres el ser que más temo y, sin embargo, he disfrutado de tu cuerpo y anhelado tus caricias, y ahora… estoy aquí, sentada en tu regazo, porque no hay nadie más que me tranquilice. No… no lo comprendo.

—Prometo explicarte un poco más, pero primero me gustaría escuchar sobre tu sueño. Estabas desesperada y no sabía cómo ayudarte.

La chica contuvo el aliento.

—Vivencié algo que… creo… me sucedió antes de cumplir los diez años.

—¿Qué fue? —preguntó Damián con suavidad, pero también con determinación. Maia lo observó como si dudara en hablar pero, finalmente, la escuchó murmurar:

—He perdido… la memoria sobre mi vida anterior a esa edad, pero tengo sueños recurrentes que me muestran cosas terribles que parezco haber vivido en ese período. Es muy doloroso, porque… no recuerdo nada, solo lo que los sueños me muestran.

—¿Quieres compartirlo conmigo?

—¿Por qué… contigo?

—Porque sabes muy bien que jamás te haría daño de nuevo. Me equivoqué una vez, pero no volveré a hacerlo. Me está costando demasiado reparar tanto dolor, y te aseguro que he aprendido la lección. Por favor, cuéntame acerca de lo que sueñas.

Ante su pedido, el recelo de Maia pareció volver a acentuarse. Él era consciente de que a ella le resultaba difícil abrirse a los demás, sobre todo a él, que representaba todo aquello de lo cual ella huía. Sin embargo, luego de lo sucedido entre ellos la noche anterior deseaba con todas sus fuerzas que algo hubiese comenzado a cambiar. Quizás era un iluso, pero no estaba dispuesto a bajar los brazos.

Levantó una mano y le acarició la mejilla con delicadeza; atónito, la observó inclinar la

mejilla y apoyarla contra la palma de su mano, aunque dudaba de que ella fuese consciente de ese gesto.

—Me… torturan —balbuceó de repente y los ojos se le llenaron de lágrimas, que comenzaron a desplazarse por las mejillas, incontrolables.

—¿Como aquella..? —Se detuvo, abrumado.

—No. Peor… que esa noche en la que tú estuviste presente —le dijo contestando la pregunta que quedó sin formular.

—¡Por Dios! —exclamó Damián en un hilo de voz, mientras le limpiaba las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—A partir… de mis diez años —continuó—, los caídos me han perseguido siempre. Antes de ese tiempo, mi vida es un pasadizo oculto que solo mi alma conoce e intenta relevarme a través de sueños. El dolor que me genera es tan agobiante… que me paraliza. Me siento fraccionada en muchos pedazos y no sé, en definitiva, quién soy en verdad. Y constantemente escucho la risa de ese hombre…

—¿Qué hombre, Maia? —preguntó con un brillo desafiante en la mirada.

—El responsable… de todos los actos contra mí. No sé cómo se llama, tampoco puedo verle la cara completa. Pero su risa… —Maia se detuvo y tragó en seco. Damián la estrechó más entre sus brazos y, al cabo de un rato, la escuchó susurrar—: Todo es confuso. Me veo… en una especie de laboratorio, o quizás en una prisión, donde me tienen amarrada a una camilla. Me colocan inyecciones que me provocan mucho dolor, tanto, que no sé cómo gritarlo ni cómo decirlo. Quiero golpearlos, pero las cinchas me mantienen paralizada. ¡Es horrible! Y luego escucho la risa siniestra y la voz macabra, que me pregunta sobre lo que no sé responder.

—¿Qué pregunta, Maia?

—Sobre el símbolo… y sobre gente como yo, que es diferente al resto, pero que no conocía hasta que encontré a Aniel, a su padre y… a ti.

Damián respiró profundamente.

—Dices que no puedes ver el rostro de ese hombre, pero si lo tuvieses al frente, ¿podrías identificarlo?

Maia sacudió su cabellera sedosa de un lado a otro.

—No creo. Solo soy consciente de su risa que me persigue y me provoca náuseas.

—Entonces quizás puedas reconocerlo si lo oyeses reír.

—No lo sé… ¡Realmente no lo sé! Pero lo peor de todo no es ese hombre...

—¿Qué es?

Maia cerró los ojos y comenzó a temblar. Damián la abrazó aún más estrechamente.

—El rugido… de algo feroz. No sé, algo espeluznante y terrible que me agobia cuando lo escucho. Siento… el rugir de sus pulmones cuando grita, un calor insoportable que me envuelve… y una profunda desazón. Ese…vacío mortal me genera, a la vez, una furia incontrolable. De alguna manera, comprendo lo que le sucede a ese monstruo. No sé cómo explicarlo, pero lo sé. No puedo ponerle palabras a algo que no tiene sentido, pero que despierta en mí… un poderoso deseo por saber más. Y cuando creo que lo descubriré en mis sueños, me pican las manos y mi cuerpo entra en trance. Entonces… experimento aquello que me agobia, aquello de lo que no sé cómo desprenderme. Quisiera… mudar mi piel, cambiarme entera para una próxima transformación. No sé si me comprendes, pero es lo que vivo y siento en mis

sueños. Quiero… quiero salir de este encierro interior que me persigue y no me deja vivir en paz. En mi sueño, me veo como una niña que está enlazada a una criatura espeluznante. Y mis manos…

—¿Qué sucede con tus manos, Maia? —preguntó pasmado.

—Me pican tanto…

Damián recordó que a Aniel, antes de convertirse en una *silverwalker*, le pasaba algo parecido con las suyas.

—¿Sabes la razón?

—Necesito usarlas para curarla.

—¿Curarla? —repitió Damián casi en un murmullo—. ¿A quién?

—A la bestia.

Damián palideció. ¿Podría Maia intuir a la bestia que habitaba en él? ¿Acaso la unión de ellos traspasaba las fronteras de los más íntimos secretos? Nadie conocía la existencia de su legado, salvo los *silverwalkers*, Astos y los que habían tenido la mala fortuna de presenciar su transformación. Pero de estos últimos, podía contar con los dedos de una mano los que habían sobrevivido para contarlo.

Suspiró.

Debía ir con mucho cuidado, porque si Maia le tenía pavor considerándolo un ser normal, ¿qué sería de ella cuando descubriera lo que en realidad era él? ¿Cómo podría siquiera exigirle vivir con aquello? Quizás era un cerdo egoísta que pensaba solamente en sí mismo y, de repente, se sintió sofocado y enojado consigo mismo. No se había dado cuenta de a cuánto, en realidad, la estaba exponiendo. No solo quería que Maia lo aceptara a él, sino que también a lo que traía consigo. Se sintió perdido. No tenía derecho a pedirle algo tan descabellado. Pero sin embargo… ¿cómo podría vivir sin luchar por lo que el corazón le exigía a gritos?

Sabía que en algún momento podría vencer a su legado, y Maia podría ser el oasis en medio de tanta despiadada locura. El amor que sentía por ella lo transformaba, no en una bestia, sino en un ser que ansiaba la luz. Y ella era esa luz.

—¿Curarla? —volvió a murmurar.

—Sí, está herida. Y sé que puedo hacer algo para sanarla.

El corazón de Damián comenzó a galopar de nuevo. Cerró los ojos y un sentimiento cálido lo invadió. La pequeña y dulce criatura que el universo le había destinado era de una nobleza que lo apabullaba. Fuera lo que fuese la bestia a la que Maia se refería, provocaba en ella sentimientos de valor y compasión. Abrió los ojos y le acarició un mechón de cabello que le caía sobre el hombro.

—¿Qué es lo que percibes exactamente? —preguntó.

—Que… mi alma está conectada a la suya. Y quizás… la pueda salvar.

—¿Salvarla de qué?

—De su propia autodestrucción.

Damián no pudo evitar emocionarse. Veinte años contra setecientos y, aun así, se sentía pequeño a su lado. ¿Qué había aprendido él a lo largo de su vida? Delante de lo que Maia le revelaba, se sentía insignificante.

—¿Y qué harías?

—No sé. Pero… ella necesita reunirse con todas sus partes.

—¿Con sus partes? —preguntó confundido.

—Solo te explico lo que percibo. En el momento en que la tenga al frente creo… que me daré cuenta de lo que intento decirte ahora.

—¿Piensas que es un ser de carne y hueso?

—No necesariamente. Solo… sé que existe y que puedo llegar a ella. No sé cómo, pero algo, en el debido momento, me dirá de qué forma hacerlo.

—Las bestias no existen —mintió Damián.

—Sí existen. Y las más peligrosas… habitan en el alma de la gente.

«Si supieras», pensó Damián.

—¿Acaso eres una salvadora?

—Solo de ella. No me preguntes cómo lo sé, pero es así.

—¿Y no te da miedo?

Maia lo observó y, de repente, pudo mirarse en el espejo de su propia alma.

—Sí… mucho —balbuceó.

—¿Entonces?

—No… me importa. Trascenderé mis propios temores.

—Pero Maia…

—No puedes comprenderlo, Damián. No tiene lógica, créeme. Pero… nada puede detener lo que siento y experimento cuando la certeza me gobierna. Pocas veces sucede, pero cuando el momento llega…

Se detuvo. Una lágrima descendió por la mejilla pálida y suave.

Damián quedó detenido en el tiempo observando la gota cálida y brillante. ¿Cómo podía él comprender ese sentimiento de entrega que esta joven le revelaba? ¿Qué capacidad de amar poseía que lo volvía tan absorto? Ella no sabía qué era la bestia, ni a quién pertenecía pero, aun así, estaba lista para protegerla. ¿Merecería él, algún día, un sentimiento tan puro como aquel? Porque él la anhelaba de manera egoísta y posesiva, propia de él, su forma, su manera. No conocía otra. Y estaba dispuesto a luchar por derribar todas las barreras que aquella muchacha había erigido en su contra para evitar que llegara a su corazón. Morir por el fuego abrasador de aquel amor era más vital que sobrevivir al fuego de la boca del dragón.

Sonrió.

—¿Qué… es lo que te causa gracia? —le preguntó Maia suavemente.

—No es algo que me cause gracia. Es más bien la expresión de una agradable sensación. Al fin podemos hablar sin pelear. —La sintió ponerse tensa, lo que le produjo una cierta frustración. No era la idea. Pero también quería ser sincero—. Anoche nos sentimos bien en brazos del otro.

—Yo… —Percibió su anhelo de apartarse.

—Por favor, no. No te vayas aún.

—Pero es que…

—¿Te avergüenza?

—Sí… porque… no me comprendo a mí misma. Te tengo pánico… y así y todo hay momentos en que una parte de mí… se entrega a ti de una forma que desconozco; es como si algo en mi alma me gritara que estar contigo no ofende a nadie… ni siquiera a mí misma.

Tampoco puedo evitar sentirme agradecida de que me hayas defendido contra Logan y su violencia cuando, en realidad, escapaba de ti.

—No es mi intención lastimarte, sino cuidarte. Logan pertenece al ejército de los caídos, como te habrás dado cuenta, aunque no es uno de ellos en su totalidad. Por eso tu cuerpo no vibra cuando estás cerca de él. Es un tema complicado y difícil de explicar y entender. Pero siempre te protegeré, Maia. Lo he descubierto un poco tarde, pero intento remediarlo.

—Todo… lo que está sucediendo me confunde mucho, Damián. Ahora… se suma mi cuerpo, que me traiciona cuando estoy cerca de ti y no me agrada. Entiende que es la última vez que sucederá. No quiero exponerme más.

—Sin embargo, yo solo pretendo estar contigo. —Maia lo miró como si él hubiese dicho algo absurdo. En realidad, no podía reprochárselo.

—Pero… yo… debes dejarme ir.

Ahora el sorprendido era él. ¿Entonces había sido una ilusión el creer que algo había cambiado entre ellos después de la pasión que habían compartido?

—Eso no. Imposible —contestó rotundo, negando con la cabeza.

La tristeza en la mirada de la chica le apuñaló el alma. Se sintió un idiota. ¿Cómo podía haberse vuelto tan vulnerable?

—Eres… muy testarudo.

—Es lo que me mueve a conseguir las cosas y a lograrlas.

—Soy un ser humano.

—Eres un miembro de la Estirpe, Maia.

—Pero no soy… una cosa.

—Ten por seguro que soy absolutamente consciente de ello.

—Te importa… el símbolo en definitiva.

—Entre otras cosas.

—Intentaré… escapar nuevamente.

—También lo sé. Pero lo único que conseguirás será retardar lo que ya está establecido.

—¿A qué… te refieres?

¿Cómo explicarle lo que los unía? Aun no era el momento, pero llegaría, sin ninguna duda.

—Me gustaría que apeles a tu sabiduría, que la tienes y de sobra.

—¿Mi sabiduría? ¿Qué sabes tú… de ella?

Damián sonrió apenas.

—Lo poco que hemos intercambiado me revela un alma que la tiene a raudales. Tienes valores loables que son naturales en ti. Has crecido sin la compañía de tus padres, ni de hermanos que te los inculcaran. Y los has desarrollado, aun cuando tu pasado es un túnel oscuro que necesita ser iluminado.

—Ojalá supiera cómo hacerlo.

—Tu luz, Maia. Tu misma luz lo hará.

—¿Mi luz? Ahora sí que no sé de qué me hablas.

La miró con los ojos destellantes.

—De lo que surge de ti misma.

—¿A qué… te refieres?

—A tu fuente inagotable de amor.

—¿Pero… cómo puedes decir eso cuando lo único que he hecho ha sido huir de ti? No conoces mis otras facetas.

Se enderezó en la silla y la reacomodó en su regazo para que lo mirara directamente. Cuando aquellos ojos captaron los suyos, se sintió el ser más despojado del mundo.

—No necesito conocerte porque tú y yo… somos lo que somos.

—¿Qué…?

Damián aguardó un instante para responder. ¿Cómo podía explicarle sin alejarla más?

—Estamos unidos por algo sublime, Maia. Y me hace percibirte de las muchas maneras que eres. Seguramente habrá aspectos que no conozco del todo, es verdad, pero tu esencia más recóndita la comprendo.

El rostro de Maia empalideció.

—Pero… yo no a ti.

Damián sonrió ante la sinceridad de su chica. Después de todo, ¿qué había esperado? Astos se lo había dicho claramente.

—Lo sé. Y es lo que me frustra. Pero soy optimista. Llegará el momento en que me reconocerás.

Maia negó con la cabeza.

—Eso… es imposible. Lo sabes. Yo no puedo…

—Podrás.

—No. Jamás.

—Está bien. Dejémoslo así. Una vez más vuelves a ganar. Pero te advierto, Maia: mi paciencia tiene un límite. Acabada, vendré a ti de la manera que sea. Y no tendré piedad, aun cuando seas el ser más bello e inmaculado que he conocido.

CAPÍTULO 29

Había salido a toda prisa esa mañana a buscar a Astos. Había dormido muy poco y necesitaba hallar nuevas respuestas después de la extraña charla que había tenido con Maia y esperaba que Astos, finalmente, se las diera sin utilizar ninguno de sus subterfugios.

Mientras conducía, Damián no podía quitarse de la cabeza la noche que había pasado con Maia. Se le erguía la polla de nuevo cuando volvía a recordar las caricias sensuales de su señora álmica y el gusto de su cuerpo. Era bellísima. Jamás antes había sentido tal placer y devoción por una mujer, y sabía que se debía a lo que las profecías habían anunciado. Ya no cabía la menor duda de quién era ella. Aún recordaba la enorme eyaculación que había desbordado de él al contemplarla dormida a su lado y evocando la increíble entrega que Maia había hecho de su cuerpo. Si bien existía en ella un miedo permanente y latente hacia él, por un instante mágico, él había logrado traspasar la muralla inquebrantable que se alzaba entre ambos. Aún se excitaba terriblemente recordándola desnuda, sentada a horcajadas frente a él, que había permanecido completamente vestido. Suspiró profundamente. Su corazón latía descontrolado, como ahora, cuando volvía a recordar los pechos redondos y erguidos que llenaban sus manos y el perfume delicioso de su femineidad. Dios mío, y esa boca apetitosa… Mataría a quien tuviese adelante por aquellos besos. Sin ninguna duda, por esos minutos, se había creado una comunión tan intensa entre ambos que destrozó sin miramientos todas las barreras que hasta ese momento se habían interpuesto entre ellos. Y había surgido esa leve esperanza en su corazón que le susurraba que quizás, poco a poco, podría ir ganándola.

Maia, de alguna manera, había permitido que su terror hacia él se tomara una tregua. Y él necesitaba ganar cada segundo posible de tiempo para conquistarla.

Porque su corazón seguía siendo inalcanzable.

Estacionó y bajó del coche. La puerta del santuario se abrió antes de que Damián golpeara y el rostro sonriente de Astos lo recibió.

—Te esperaba —le dijo sin quitar la sonrisa de sus labios—. Ven, pasa —lo invitó.

Cuando ingresó a la habitación lo recibió el característico perfume de las esencias y hierbas que Astos siempre utilizaba. Tampoco faltaba el fuego en su altar.

—Has materializado la entrada al santuario un poco lejos —se quejó Damián.

—No te quejes. Tienes vehículo. Peor hubiese sido que hubieses venido caminando. Aparte, necesitaba las hierbas que crecen en este lugar para preparar una nueva medicina que he descubierto. ¿O crees que tú eres mi permanente prioridad?

Damián sonrió. Sabía que la única prioridad de Astos era conservar el equilibrio de la Estirpe, y era muy bueno en llevarlo a cabo.

—He tenido una charla muy extraña con Maia y necesito que me aclares un poco lo que sucede.

Astos emitió una carcajada y le palmeó el hombro.

—Antes permíteme que te felicite.

Damián lo observó sin comprender lo que su Maestro le quería decir en tono jocoso.

—Explícate —ordenó.

—La niña está dejando de serlo —dijo con picardía.

Damián comprendió en el acto a lo que Astos se refería. Un calor arrollador lo envolvió.

—No te atrevas a espiarnos —siseó furioso.

—¿Pero quién te crees que soy? ¿Un mirón? Estás loco. Pero no pude dejar de captar el enorme caudal de energía vaporosa que, súbitamente, los envolvía a ambos. No me culpes por mi hipersensibilidad ante ti y tu destino.

—¿Quieres decir con ello que jamás seré dueño de mi privacidad? —preguntó irritadísimo.

—Por supuesto que sí, lo que sucede es que no estaba preparado para lo que sucedió. No esperaba una entrega de la joven hacia ti en este momento.

—Te recuerdo que me ha costado muchos meses de dolores de cabeza conseguir un poco de cariño de Maia.

—A partir de ahora desconectaré cualquier vínculo contigo cuando te perciba cachondo.

Damián no sabía si golpearle la cara o reír junto a su Maestro.

—He venido por otra cosa.

Inesperadamente, el semblante de Astos cambió. De parecer un joven sonriente ahora se había transformado en la autoridad suprema que era. Si bien casi nada de lo que proviniera de su Maestro asombraba a Damián, la frialdad de su mirada cuando debían hablar de cuestiones importantes, aún lo hacía. Y esta era una de ellas.

—Maia me ha dicho que ha percibido los gritos de una bestia en su interior.

La expresión del rostro de Astos le indicó a Damián que el sanador iba decodificando cada una de las palabras que él emitía.

—Merece la oportunidad de enfrentarse a ello —replicó luego de un rato.

—Y también dice que ella puede curarla.

Astos lo observó con los ojos entornados. Damián conocía esa expresión al dedillo: estaba buscando la respuesta más adecuada.

—En tu señora álmica hay una complejidad genética que me imposibilita darte una respuesta precisa.

—Ya sabes que es híbrida como su hermana Aniel.

—A ello me refiero. Pero ten paciencia porque ella es como tú.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—¿No te has dado cuenta aún? —preguntó su Maestro, asombrado.

—¿Es Maia una *silverwalker*?

—Esa no es la verdadera pregunta.

—Astos, no empieces…

—Pregunta lo que de verdad quieres saber.

—Ya lo he hecho.

—No. Tú sabes la respuesta acerca de la pregunta que aún no has formulado.

Damián no comprendía bien lo que Astos intentaba decirle; otra vez intentaba desafiarlo a ir más adentro de sí mismo para hallar las respuestas.

—Dame otra pista, por favor.

Astos lo miró detenidamente, como evaluando si hacerlo o no. Finalmente, murmuró:

—Maia es tu señora álmica, pero está unida a ti por algo más.

Damián chasqueó irritado. Este tipo le hacía siempre lo mismo: usaban una enormidad de tiempo para descifrar las cosas de las que hablaban.

—Astos, he venido a ti porque temo que lo que existe en mí perjudique el camino del reconocimiento. Si bien es verdad que he logrado que ella se acerque mínimamente a mí, sé que se alejará de la misma manera todas las veces que sean necesarias.

—Sé concreto, Damián.

Este suspiró.

—¿Qué pasará con la bestia que hay en mí si reclamo a Maia como mi señora álmica?

—Nunca antes te habías cuestionado esto, Damián. Pensé que era un hecho para ti que contigo venía el paquete completo y que ella debería aceptarlo tal cual.

—En ese momento no me sentía de esta manera.

—Ahora el que debe explicarse eres tú.

—Estoy enamorándome sin remedio de Maia.

Astos lo observó detenidamente durante un rato hasta que finalmente susurró:

—A ti y a tu bestia les pasará lo mismo que a ella.

—¿De qué hablas, por Dios?

—¿Cómo puedes no darte cuenta de lo que tienes al frente de tus narices? —interrogó Astos, levantándose impaciente. Era casi de la misma altura que Damián, aunque de una estructura muscular más delgada, pero cuando lo miraba de aquella manera, Damián se sentía un insecto—. Me defraudas, caminante.

Damián se inclinó y aferró un pedazo de leña, que arrojó al fuego. Debía tener las manos ocupadas, o de lo contrario las usaría para retorcerle el cuello al tipo que tenía adelante. No lo soportaba cuando jugaba el papel de enigmático.

—Tú ganas, Astos. Lo intentaré.

Su Maestro sonrió. ¡El muy desgraciado! Damián evaluó mentalmente la charla que habían tenido.

—¿Estás queriendo decir que Maia tiene algo que ver con la bestia que hay en mí, Astos? —Este volvió a remover el fuego, y las llamas fuertes y coloridas se volvieron más intensas y el aroma a mirra le impregnó las fosas nasales—. ¿Quizás ella me ayudará a vencerla?

—Quizás, pero no es eso a lo que me refiero. Hay algo más por lo que deberán atravesar.

—Si yo la reclamo, temo que huya de mí definitivamente cuando me vea transformado. Debo vencer a la bestia antes.

El semblante de Astos se volvió duro.

—Otra vez te alejas de lo verdadero. Tu bestia no tiene límite de tiempo, Damián. Nadie sabe cuándo será el momento en que estés listo para eliminarla de tu vida. Pero tu señora álmica está *ahora* frente a ti. Y es *ahora* cuando debes enfrentarte a lo que está sucediendo.

Damián se pasó la mano por la cara y la detuvo sobre la barbilla. Había algo que debía entender y no sabía por dónde mierda empezar.

—Dame más pistas.

Astos suspiró.

—¿Qué sabes tú de la vida de Maia, aparte del hecho de que sus padres están vivos y que su

hermana es Aniel?

Damián le explicó sobre lo que la señora Ana le había transmitido: el rapto de Maia recién nacida en manos de los caídos, la pérdida de su memoria y el estado en que la policía la había encontrado siendo apenas una niñita.

—Y si bien manifiesta tener una personalidad absolutamente vulnerable —continuó—, a tal punto de tartamudear cuando se siente insegura o nerviosa, puedo asegurarte que ella es un espíritu fuerte, que ha logrado salir adelante.

—O sea que estuvo en manos de los caídos durante mucho tiempo —dijo Astos. No era una pregunta, sino una afirmación.

—Así parece. —Al contestar, recordó cuando él había estado presente y empalideció.

—¿Qué crees que ello signifique?

—Dolor. Mucho dolor —siseó con furia.

—O sea que siendo una niña no solo podría haber sido torturada, sino que también es posible que haya sido violada.

—¡Estaría muerta! Tú sabes que nadie puede tener relaciones sexuales con nuestras señoras álmicas, o ellas morirían.

—Hay diferentes maneras de violar.

Damián lo miró estupefacto.

—¿A dónde quieres llegar?

—A la misma conclusión que tú: tu señora álmica ha sido expuesta a mucha brutalidad.

—Entonces tú también lo captas.

—Claro que sí.

De repente, Damián sospechó lo que Astos evitaba decirle directamente. El miedo lo atrapó, paralizándole los latidos del corazón. No, no podía ser…

—¿Me estás diciendo que ella…?

Astos lo miró con cierta tristeza.

—Es muy probable, amigo mío.

La expresión de Damián se transformó en furia. No podía ser.

—Dilo —ordenó el guerrero con la mirada glacial.

Cuando Astos lo miró con un dejo de compasión, el caminante supo al instante que aquella mirada confirmaba lo que sus palabras expresarían a continuación.

—Temo que lleva un legado en ella misma, Damián.

El guerrero se pasó una mano por la cara, desesperado.

—¡No! —bramó.

—Ella es una sanadora, Damián. Y quizás una *silverwalker*. También es responsable de uno de los símbolos. Toda esta combinación, asociada con el flagelo interior que ella acarrea, eleva las probabilidades.

—¡Los legados son solicitados libremente, Astos! Si ella lo hubiese hecho, tú lo sabrías porque eres quien los otorga.

—Lo que ha venido sucediendo en los miembros de la Estirpe durante centenas de años se ha visto modificado por la llegada de estas mujeres, Damián. La hermana de Maia también manifestó diferencias extraordinarias con respecto al resto de todos nosotros.

Damián comenzó a caminar alrededor del fuego, con una mano en la espalda y la otra en la barbilla. Si lo que Astos sospechaba era cierto, entonces, ¿qué sería de la vida de Maia?

—¡Hijos de puta! —estalló colérico, pateando algunas brasas del fuego. Respiraba agitado, con la mirada perdida en el baile incansable que ejecutaban las llamas. Pero de repente, sus ojos irradiaron un halo de esperanza—. ¡Un momento! —exclamó mirando a su Maestro a la cara de nuevo— … ella no lleva ninguna marca, ningún tatuaje en el cuerpo como mi hermano y yo —explicó, confirmando ante su Maestro que la había visto completamente desnuda. Pero en ese momento no le importó un bledo. La seriedad de lo que se estaba hablando merecía la revelación de cualquier intimidad.

—No te equivoques, Damián. Maia es una híbrida y puede que lleve impreso el legado de otra manera.

—¿Puedes confirmar lo que sospechas? —preguntó el guerrero evidenciando el temor que lo embargaba.

—¿Quieres de verdad que lo haga?

Damián lo miró, sabiendo que, si asentía, debería enfrentarse a una verdad que podía ser crucial para su destino y el de Maia. Y muy dolorosa.

—Sí —contestó.

Astos cerró los ojos y comenzó a cantar en voz baja. El canto parecía un lamento. Entró en una especie de trance y el caminante esperó.

«Por Dios, que no sea cierto», rogó mientras su Maestro elevaba más alto la voz al cantar. De repente abrió los ojos y lo miró. Sus ojos verdes resplandecían como lámparas de neón y el semblante tenso le dio la respuesta que tanto temía.

—Su alma me habla, Damián. El legado fue impreso en tu señora álmica a los pocos días de nacer. No me he equivocado.

—¡No puede ser! —exclamó choqueado.

—Pues deberás aceptar esta verdad, guerrero.

—Un bebé jamás podría haber solicitado un legado, Astos.

—Te niegas a escuchar, Damián. El legado la eligió a ella.

—No es cierto … —murmuró enajenado.

—Pues lo es. El legado eligió a Maia para ayudarla a protegerse. Todos ustedes han tenido una Estirpe que los respaldaba en sus vidas, incluso Aniel creció en una familia sólida, con un padre guerrero por excelencia de la Estirpe y una madre humana que ha sabido ser estupenda. Maia, sin la ayuda de una Estirpe por detrás, jamás podría haber sobrevivido demasiado tiempo. Por ende, el legado debe de haber sido su verdadero guía.

—Maia ha tenido gente que la ha apoyado y la ha amado de verdad. Y no te olvides de su propia fortaleza.

—Esa gente que mencionas llegó a la vida de Maia a sus diez años, Damián. ¿Cómo pudo sobrevivir los años anteriores? ¡Era tan solo una chiquilla! Coincido en que Maia es más fuerte de lo que parece, pero la situación en la que se hallaba era desesperante.

—Sabemos que hay un caído que se hizo cargo de Maia cuando fue secuestrada siendo un bebé. Quizás ella no sufrió tanto como creemos…

—Sí, el mismo que está reorganizando a los caídos para volver a atraparla. —Astos sacudió

la cabeza de un lado a otro—. ¿Ahora quieres hacerme creer que ese caído o cualquier otro pudo haber sido un buen padre o una buena madre para ella? ¡Ellos nos cazan para alimentarse de nuestras energías, Damián! Y a Maia, con más razón, por el símbolo a la que está ligada. Me sorprende tu negación, guerrero.

Damián respiró hondo y asintió finalmente. Era un imbécil al negarse a aceptar lo que era innegable, pero aquella verdad lo aterrorizaba.

—Tienes razón, Astos. Igualmente, aunque el legado haya sido el gran escudo protector de Maia, nada garantiza que se active alguna vez —expresó Damián con la voz fría y afilada como la hoja de una navaja.

—Es verdad, pero un legado jamás ha dejado de activarse desde que yo tengo memoria. Y si bien ella es una híbrida con una genética diferente del resto, no creo que logre detener la manifestación de aquello que ha existido desde milenios en nuestra raza.

—Dios —susurró.

Astos dejó que Damián jurara y descargara su impotencia. Aquello complicaba el camino del reconocimiento aún más.

—Escucha, Damián. Más allá de todo, eres el señor álmico de Maia y tú más que nadie debes estar a su lado si la activación se lleva a cabo.

—¿Y qué pasará con nosotros si llega a ocurrir?

—Es algo que no puedo responderte, caminante, pero vale la pena averiguarlo. Lo único que te pido es que luches ante lo que se avecina y que salgas adelante.

—Lo haré, pero hasta entonces, te ruego que olvidemos esta conversación.

Astos sonrió.

—Como quieras, caminante. Pero tarde o temprano tendrás que recordarla.

Necesitaba encontrar equilibrio o se volvería loco. Damián volvió a golpear, furioso, el saco de boxeo que tenía al frente. Apenas había llegado de hablar con Astos, se había internado en el gimnasio de la guarida, para descargar toda la adrenalina que amenazaba con estallar en el interior de su cuerpo. No podía dejar de pensar en la charla con Astos y cualquier camino le revelaba que tenía más posibilidades de perder que de ganar. Maia llevaba un legado impreso en su cuerpo y en su alma.

Un agudo dolor atravesó su estómago porque era consciente de que Astos jamás se equivocaba en sus visiones. Además, la charla con Maia la noche pasada cobraba más sentido aún. Ella tenía que vencer a su propia bestia. ¿Pero cómo podría su señora álmica atravesar un camino como el de él? Frustrado, golpeó tan fuerte que el saco no aguantó más y cayó destrozado en el suelo. Damián se detuvo a contemplarlo. De la misma manera se sentía él: completamente desmembrado. Se dirigió a otro saco de boxeo similar al que había destrozado y comenzó a golpear nuevamente. La única esperanza que le quedaba era creer que, quizás, el legado no se activaría; después de todo ni siquiera el de su hermano lo había hecho, por lo que quizás, solo quizás, existía una leve posibilidad de que el de Maia jamás lo hiciera.

¡Mierda! No hablaría con nadie acerca de esta noticia, ni siquiera con Triel. Necesitaba tiempo para comprender cómo manejar esta nueva situación y la intromisión de los demás no sería una buena aliada. Recordó a Ana y se sintió culpable. Había prometido llamarla apenas hubiese encontrado a Maia, y aún no lo había hecho. Estaba en deuda con ella. ¿Pero cómo

explicarle a una madre desesperada lo que acababa de descubrir sobre su hija? Volvió a golpear con rabia. Necesitaba un poco más de tiempo. Solo un poco más.

—Estás aquí —le dijo Damián con gentileza cuando abrió la puerta de la biblioteca. Luego de descargar su frustración en el gimnasio y haberse dado una ducha, se había sentido renovado y con unas enormes ganas de ver a Maia. La había buscado por todos lados, hasta que Gabriel le había indicado con el dedo la puerta que lo separaba de su musa.

Maia estaba sentada en uno de los sillones enormes de cuero rojo oscuro que los caminantes usaban para leer. Era tan menuda que quedaba casi perdida en aquella inmensidad que la hacía parecer frágil e indefensa. Pero cuando sus ojos lo acariciaban, el que terminaba desarmado era él.

Tenía en las manos un libro que apoyaba en las piernas dobladas a la altura de las rodillas y que parecía leer con atención. Damián se acercó despacio y con cautela, pero Maia no parecía temerle.

—¿Qué lees? —le preguntó con una sonrisa apenas insinuada.

Maia le mostró el título del libro.

—Es una novela histórica y narra todos los obstáculos que atraviesa una pareja que debe enfrentarse al choque entre dos culturas muy diferentes. Ella es inglesa y él es un cacique de aquí.

—¿Te gusta?

Maia sonrió. Damián se sintió atraído como un objeto de metal hacia un imán. Tragó con dificultad. Era increíble y humillante el poder que esta chiquita ejercía sobre él, que siempre se había jactado de ser fuerte y despiadado.

—Es una historia interesante, aunque bastante cruel. La gente reacciona de formas muy curiosas cuando no entiende lo que tiene al frente.

—Esto me recuerda a algo que nos pasa a ti y a mí.

Maia dejó el libro al costado del asiento y se echó la melena hacia atrás. El perfume de su cabellera lo hechizó.

—Yo…

—No he venido aquí para que te pongas nerviosa —interrumpió Damián cuando captó que la joven comenzaba a retraerse—. Discúlpame. Vine porque quería preguntarte qué es lo que desearías hacer en este instante. —Los ojos de Maia lo miraron con una mezcla de perplejidad y ansia—. Lo único que te pido es que no me digas que te deje libre.

Al instante la expresión de la chica cambió. Damián sabía que ella había anhelado aquello que era imposible por el momento.

—Entonces… no tengo nada que decirte —contestó con suavidad bajando la mirada.

—Te lo pregunto de otra manera. Si existiera la posibilidad de que te llevara a algún lugar, ¿dónde sería?

—A la fundación.

Damián acercó otro de los sillones y se sentó.

—Cuéntame un poco más de ese lugar —la invitó con gentileza.

—Ese lugar es todo mi mundo —contestó con la mirada iluminada.

—¿Hace mucho tiempo que vives allí?

—Alrededor de tres años.

—¿Qué es lo que lo hace tan especial?

—Los niños. —El semblante de Maia se llenó de ternura y una profunda dicha—. Me encanta escucharlos reír. ¡Me dan una energía tan hermosa! Esos niños han perdido todo, pero aun así aman de una manera incondicional. Han sido maltratados y muchos de ellos, mutilados, no solo físicamente, sino sobre todo en sus almas, y así y todo… —La transparencia de sus pupilas se humedeció—. Ellos luchan por volver a amar. Hay una niñita que es mi locura.

—¿Cómo se llama? —preguntó Damián emocionado ante lo que Maia relataba.

—Rosario —contestó sonriendo y limpiándose las lágrimas que ahora caían por sus mejillas —. ¡Si la vieras! Tiene cinco años y es tan maravillosa. ¡La extraño tanto! Es mi gran fan.

—¿Tu fan? —sonrió Damián.

—Ella adora mis clases de danzas. Bueno, si bien aún es muy pequeñita, de a poco va aprendiendo los pasos de baile que le he enseñado.

—¿Y qué la hace tan especial para ti respecto a los otros niños?

—A Rosario la encontré en un tacho de basura en pleno centro de la Ciudad de México cuando ella era apenas una bebé. —Una furia aplastante envolvió el cuerpo de Damián súbitamente—. Estaba envuelta en papeles de diario y una bolsa de arpillera —prosiguió—. Aún no me explico cómo sobrevivió. La llevé conmigo a la fundación y llamamos a la policía. Como las investigaciones sobre el origen de la niña fueron infructuosas y Rosario era una niña más, abandonada por sus padres en las calles de una ciudad de más de veinticinco millones de habitantes, la fundación se hizo cargo de ella. Yo… yo no me he separado de Rosario desde ese instante, salvo cuando debía ocultarme de los caídos o … —se detuvo.

—Ahora —contestó Damián por ella.

—Sí.

—Entiendo. —El caminante se levantó y le dio la espalda. Se sentía el peor hijo de puta al privar a Maia de aquella niña. Nunca había sabido de ella y en los informes no había figurado nada.

—Tengo que regresar…

No la dejó terminar porque se giró violentamente y contestó rotundamente:

—No. Eso es imposible, Maia. Y lo sabes.

—¿Por qué… quieres privarme de lo que más amo?

—Porque los caídos pueden atraparte de nuevo. Aparte hay muchas cosas que tú… —Se detuvo. No podía revelarle lo del legado, porque sería llevar la conversación a un rotundo desastre—. No entiendes. ¡Dios! —bramó impotente y Maia se arrellanó aún más en el sillón, temerosa ante su reacción—. Escúchame. No pretendo asustarte de nuevo. Simplemente debes aceptar lo inevitable, Maia.

—¿Pero… hasta cuándo me retendrás aquí? —preguntó con tristeza.

—Hasta que esté seguro de que los caídos no te atraparán.

—Pero… eso es imposible, Damián. Ellos siempre irán tras de mí. Estoy acostumbrada a escapar de ellos y necesito regresar. Voy a morirme de angustia si no lo hago.

Damián volvió a sentarse, colocando los codos sobre las rodillas e inclinando el cuerpo hacia

adelante.

—No sabes nada del símbolo, Maia, y todo lo que ello implica.

—Entonces… explícame tú qué debo saber y después podré seguir con mi vida.

—No es tan fácil. No es solo el símbolo. Hay más cosas —dijo levantándose nuevamente. Estaba fuera de sí. ¿Cómo podía entablar una conversación decente con la chica cuando no podía revelarle nada?

—Házmelas comprender, por favor.

—¡Pero si siempre me tienes pánico! —gritó alzando los brazos hacia los costados y levantando levemente los hombros.

—Si… si gritaras menos… quizás…

Damián la miró sin saber si debía levantarla del sillón para darle una azotina en las nalgas o comérsela a besos. Sonrió. No, jamás usaría la violencia contra su mujer. Si ella quería molerlo a golpes, como ya lo había hecho, que lo hiciera; él solo la retendría, pero nunca en la vida le levantaría la mano.

—Solo te pido un favor, por ahora —rogó Damián controlando el tono de su voz.

Maia lo miró, suspicaz.

—¿Qué…qué… favor?

—No hablemos de tu libertad. Te juro que te comprendo, pero necesito que me des tiempo.

—Yo…

—No —interrumpió levantando la mano—. Te prometo que pensaré en lo que me has dicho. —Detectó de inmediato cómo la expresión de Maia se volvía más animosa—. Pero mientras tanto, no me exijas nada, por favor.

Maia lo observó con cautela por un rato, hasta que asintió con la cabeza. Damián respiró profundamente y se sentó otra vez.

—Gracias —dijo.

—Me gustaría salir a caminar, Damián. ¿Podrías permitírmelo?

El guerrero sonrió complacido dándose cuenta de que Maia lo ayudaba, cambiando abruptamente de tema.

—Si voy contigo y prometes no huir.

Maia lo miró confusa, pero finalmente sonrió.

—Lo prometo.

—¿No te molesta que camine a tu lado?

—A veces me haces sentir… un poco incómoda... Eres tan… enorme.

Damián emitió una risa baja.

—¿Te acostumbrarás algún día a mí?

Maia sonrió apenas, pero para Damián significó que el día se había llenado de sol. La observó negar con la cabeza, sin dejar de sonreír. Y de repente y espontáneamente, ambos reían abiertamente. Damián se levantó y extendió una mano hacia la joven:

—Ven —le ordenó casi en un susurro.

CAPÍTULO 30

Maia lo observó un instante, y Damián temió que lo rechazara. Pero una vez más lo sorprendió al extender la mano y aceptar la suya. La ayudó a levantarse y apenas se había puesto de pie, Maia retiró la mano, y él aprovechó para observar su magnífica belleza. Llevaba uno de los varios vestidos que él le había comprado la primera vez que la había atrapado, lleno de flores pequeñísimas con una falda ajustada que culminaba con unos volados vaporosos que le llegaban a la rodilla y que le daban un aire absolutamente ingenuo. Los breteles eran angostos y el escote triangular, por lo que Damián podía apreciar apenas el inicio de sus senos. Se le hizo agua la boca al recordar cómo los había llenado de atenciones la noche anterior, y su polla comenzó a dolerle.

—¿Damián? —la escuchó llamarlo, interrumpiendo abruptamente sus pensamientos. Menos mal, o no habría podido dar un paso.

—Te he traído un traje de baño —dijo abruptamente, extendiendo un brazo y mostrando entre los dedos de la mano un biquini—. Reúnete conmigo en la sala —ordenó y salió casi huyendo de la habitación. Ella lo miró incierta, pero Damián ya se había retirado para buscar las cosas que necesitaba para su plan.

Al cabo de quince minutos, Maia se encontró con Damián, quien apenas verla, la tomó de la mano y la llevó rápidamente hacia el exterior. Su semblante parecía mucho más relajado que cuando había salido apresuradamente de la habitación. Caminaron durante un largo rato, donde Maia se sintió primero completamente perpleja y luego invadida por una profunda alegría. Llenaba los pulmones con el aire de la siesta y, si bien el calor era insoportable, se sentía radiante por gozar de esta pequeña libertad. Damián caminaba a su lado, sin soltarla de la mano. Ella había intentado varias veces desprenderse de su fuerte agarre, pero Damián parecía no darse cuenta. Aunque no había emitido una palabra, su sólida estampa la apabullaba.

Se sentía más confundida que nunca. En un principio, lo había odiado tan intensamente que su sola presencia le quitaba la respiración por el pánico atroz que le generaba; pero ahora caminaba con él, tomados de la mano, como si fueran amigos o una pareja. Y lo que más la atormentaba era la reacción que había tenido su cuerpo hacia sus caricias. Debía estar irremediablemente loca por permitirse sentir esta atracción hacia él.

Era consciente de querer evitarlo pero, sin saber cómo, él le transmitía seguridad aun cuando era tan enorme y fuerte. Las veces que habían peleado, Damián habría podido destrozarla como el maldito de Logan casi había hecho pero, sin embargo, el único que había salido dañado había sido él. Jamás había utilizado su fuerza para herirla, sino solo para defenderse, a tal punto que ella no llevaba la huella de ningún cardenal hecho por él en su cuerpo. En cambio, ella le había destrozado la cara, aunque las cicatrices casi habían desaparecido como por arte de magia. Suspiró. ¿Quiénes eran estos hombres, en definitiva? ¿Por qué parecían súper hombres? Damián le decía que pertenecían a otra raza, diferente a los humanos. Y que ella era una de ellos, pero toda esta historia parecía salida de un libro de fantasías. ¿Y cómo había ido ella a parar al interior de sus páginas?

El chillido seco de unas garzas blancas que pasaban volando sobre ellos, interrumpió la

dirección de sus pensamientos. Contempló a los animales, absorta por su belleza. Si ella también tuviera alas…

Miró a Damián y lo observó taciturno, como alejado de todo. Evaluándolo con una mirada crítica, ella no podía dejar de reconocer que él era en verdad muy apuesto. Si bien le resultaba grotesco cuando elevaba la voz, al sonreír se tornaba en un verdadero y hermoso exponente masculino. La cabellera atrapada en esa trenza larga y negra y los ojos rasgados y elegantes le daban un aspecto de mongol. Así y todo, tan imponente como resultaba, ella tartamudeaba cada vez menos delante de él. Era un enigma. Tampoco quería recordar sus caricias, porque no podía comprender cómo unas manos tan enormes podían arrullar su cuerpo con tal delicadeza. Y sus besos…

—Hemos llegado —dijo Damián extendiendo la mano hacia adelante, alejando a Maia de sus imágenes pecaminosas. Maia contempló, absorta, el río Paraná, que se extendía ante ellos.

—Es hermoso —murmuró.

—Pues ahora podrás disfrutarlo más.

—¿A qué te refieres?

La llevó a la orilla y señaló hacia un costado donde una canoa gris con remos de un amarillo estridente descansaba en el agua. Maia emitió un gritito de alegría y se tapó la boca con una mano. Damián emitió una pequeña carcajada que contagió a Maia.

—¿Te atreves? —preguntó entre risas llevándola casi a rastras hacia la canoa. Cuando llegaron, Damián la miró desafiante— ¿O no?

—Tendrás que ayudarme a subir, pero te juro que no me iré sin disfrutar de este momento —contestó Maia radiante. Damián se sintió el ser más feliz de la tierra al observarla tan contenta y relajada.

—Hecho. Pero primero debo buscar los chalecos salvavidas. Están en el interior de la canoa. —Dicho esto, en lo que pareció el transcurso de un segundo, Damián se había subido y bajado, trayendo dos chalecos a cuestas sobre uno de sus hombros. Ayudó a Maia a colocarse el suyo y, a continuación, hizo lo mismo con el de él. De inmediato la levantó en sus brazos y la llevó hasta la canoa. La ubicó en el interior, manteniendo el equilibrio de su cuerpo ante el vaivén de las aguas, lo cual sorprendió gratamente a Maia. Luego, se sentó en el otro asiento y tomó los remos.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Maia suavemente.

Damián la miró sin entender lo que le decía.

—¿Cómo? —Ella sonrió y le hizo señas con los brazos como si remara—. ¿Quieres remar? —le preguntó asombrado.

—Sí, me gustaría hacerlo. Soy fuerte, ¿sabes?

Damián rompió en una carcajada y se sintió contento.

—¡Claro que lo eres, mi amor!

Maia se sintió morir cuando Damián la llamó «mi amor». Si al menos dejara de hacerlo, se sentiría menos atrapada por su encanto.

Al instante, el caminante le señalaba con una mano el otro par de remos, invitándola a usarlos. Maia se posicionó adelante y le dijo levantando un poco la voz:

—Lista.

—¡Entonces vamos! —gritó Damián sonriente.

Iniciaron el trayecto a ritmo firme aunque no demasiado rápido, ya que Damián quería que Maia disfrutase del paisaje y del recorrido. Por ir atrás, Damián podía tener mejor control de la canoa, así Maia podía apreciar la flora y la fauna del lugar.

Las aguas del río estaban completamente tranquilas por lo que el característico color marrón del río reflejaba el celeste del cielo. Podía escuchar la risa de Maia que señalaba las plantas acuáticas: los camalotes o *aguapés* y las amapolas de agua, que estallaban con sus flores blancas y violetas.

—Mira allí, Damián —la escuchó exclamar cuando señalaba a lo lejos a unas nutrias que nadaban en el agua en paralelo con la canoa y parecían haber iniciado una carrera contra ellos.

Continuaron un trecho bastante largo, deleitándose ante la belleza del paisaje subtropical. De repente, el cauce del río comenzó a angostarse obligando a la canoa a circular en una especie de zigzag muy suave. Cuando atravesaron una esquina del río, se toparon con una pequeña colonia de carpinchos que descansaba en la orilla.

—¡Delante de ti, Maia! —le avisó Damián, que sabía que los animales se lanzarían al agua para esconderse. Maia los observó fascinada, aun cuando muchos de ellos ya se habían sumergido en el agua.

—¡Son preciosos! Mira los incisivos que tienen —exclamó señalando a un macho de enorme tamaño que Damián calculó rondaría los ochenta kilos de peso. Maia continuó observándolos sonriente hasta que los dejaron atrás.

—¿Tienes hambre? —preguntó Damián. Hacía ya más de dos horas que remaban y Maia no había aún manifestado síntomas de hambre ni de sed. Los miembros de la Estirpe no dependían tanto de los alimentos como los humanos, podían pasar varios días en ayuno sin que sufrieran grandes consecuencias. Había observado a Maia en su alimentación, ya que al ser híbrida podría demostrar una mayor necesidad de comida que los miembros puros de la Estirpe pero, sin embargo, la chica había parecido conformarse con una porción de comida al día como les pasaba a todos ellos.

—No, Damián. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero me gustaría detenerme en un lugar que es muy lindo y que queda a pocos kilómetros de aquí.

Maia guardó silencio unos minutos. Damián solo podía observarle la cabellera brillante, pero sabía que se había puesto nerviosa. Quizás la había asustado y debía explicarle bien de qué se trataba.

—Es un banco de arena precioso en el que puedes tomar un poco de sol, si así lo deseas, y también puedes nadar, mientras yo pesco algo para la cena.

En ese instante Maia giró el rostro hacia él y Damián contuvo la respiración, conmovido. La sonrisa esplendorosa que su señora álmica le regalaba caló tan profundamente en él que supo que, por el resto de sus días, recordaría la expresión de aquel rostro en esa tarde mientras remaban en el delta del río Paraná.

Continuaron remando hasta que, finalmente, Damián divisó la arena blanca que bordeaba a una isla que se alzaba más adelante.

—¿La ves? Delante de ti —le señaló.

—Sí, la veo. ¡Acerquémonos!

Remaron lentamente hacia la orilla donde finalmente encallaron la canoa. Maia se bajó

rápidamente del bote y se detuvo, absorta, para observar la playa de arena tan blanca que bordeaba el extremo de la isla; parecía un mini paraíso emergido en la inmensidad del río. La combinación de los timbós, ceibos y sauces llorones, estos últimos con sus ramas que caían elegantemente sobre el río como una ofrenda, y la arena que contrastaba con el verdor de la flora, generaba un ambiente tan exótico, que Maia se llenó de júbilo por ser partícipe de aquella belleza tan salvaje y a la vez tan pura.

Damián la contempló embelesado por la alegría y la pasión que aquella chica, súbitamente, sentía por la vida. No solo sus temores habían desaparecido en aquel instante mágico, sino que una dicha viva parecía haberse instalado en su corazón, haciéndola reír y danzar bajo el cálido sol de la tarde.

Maia amaba su libertad, y la pasión que desbordaba de sus poros conmovía al caminante hasta lo más profundo de su ser. Disfrutando intensamente de este paréntesis en sus vidas, Damián buscó el equipo de pesca que había colocado en la canoa.

Mientras lo preparaba, se quedó absorto contemplando a la chica, que ya se había quitado la ropa para quedarse cubierta tan solo por la pequeña biquini. Casi se desgarra el dedo con el anzuelo ante aquella visión. El cuerpo de Maia lo dejaba sin respiración. No solo estaba perfectamente esculpido por la danza, sino que tenía las proporciones ideales para su gusto. Adoraba sus pechos suaves y no demasiado grandes, la cintura estrecha, las piernas elegantes, el cuello suave, y las nalgas, ¡Dios!, tenían una firmeza extraordinaria que las hacía apetecibles para tocarlas ininterrumpidamente durante mucho tiempo. Y aquel rostro… era su locura. Se podría quedar horas observándolo como un idiota. Pero lo que más lo impactaba era escucharla reír. Emitía un sonido tan particular que contagiaba a los que estaban a su alrededor. Maia provocaba en la gente, incluso en él mismo, sentimientos extremos: un fiero deseo de cuidarla, protegerla y mimarla, cuando se manifestaba vulnerable, y de compartir la profunda dicha que la embargaba cuando se sentía plena. Maia era el resumen de los extremos, y para un tipo acostumbrado a pelear y salir adelante a través de su inteligencia y estrategia, darle lugar a los sentimientos, tal como lo estaba haciendo desde que Maia había aparecido en su vida, lo abrumaba.

Se acercó a la orilla y lanzó la línea al río. Se sentó, deseoso de encontrar un poco de equilibrio interior en aquel lugar elegido por la mano de Dios.

Maia, por su parte, yacía sobre la arena, absorbiendo los rayos del sol sobre su cuerpo, sintiéndose absolutamente agradecida porque Damián la hubiese traído a este lugar de ensueño. Aun cuando hacía mucho calor, la brisa del viento era lo suficientemente fuerte y fresca como para atemperarlo y darle la posibilidad de disfrutar del día. Con los ojos apenas abiertos por la intensidad de los rayos del sol, contempló a Damián que se había sentado a la orilla del río, con las piernas en el agua, y lo vio tranquilo y concentrado en la pesca. Por el calor, solo conservaba los *jeans*, que había enrollado hasta las rodillas. Observó maravillada la musculatura de su espalda y lo que había impreso en ella. No solo su espalda era enorme y amplia, sino que a lo ancho y largo de la misma se desplegaba, majestuosa, la imagen del cuerpo del dragón. El rostro diabólico del monstruo la había aterrorizado en un principio y, sin embargo, ahora se había acostumbrado a él, de tal manera que le parecía imposible imaginarse a Damián sin aquella figura que envolvía celosamente su cuerpo. ¡Qué paradoja! Por un lado, deseaba alejarse de él

para continuar con su vida y, por otro, sin embargo, quería quedarse para descubrir aquello que los conectaba y que hacía que Damián, de repente y contra toda lógica, se hubiese convertido en alguien especial para ella. Si bien él había sido partícipe de un daño profundo que los caídos habían imprimido en ella, también él era quién parecía dispuesto a querer cuidarla, protegerla y… quererla. No creía que la amase, pero captaba claramente lo profundamente atraído que se sentía hacia ella; y ello le provocaba un imperioso deseo de devolverle algo de lo que él despertaba en ella.

Sin embargo, ¿qué posibilidades tenía ella ante estos sentimientos que crecían en su interior? Damián iba en busca del símbolo y cuando lo tuviese, seguramente la abandonaría, como tantas personas ya lo habían hecho en su vida. Necesitaba desesperadamente comunicarse con sus amigas, y volver a México y a la fundación. Allí estaba Rosarito, a quien extrañaba profundamente.

Una exclamación de alegría la arrancó de sus pensamientos y observó de inmediato a Damián que sostenía en el extremo de su línea un pez enorme que se retorcía frenético por volver al agua. Maia sintió pena por el animalito pero, sin poder creerlo, observó como Damián colocaba dos dedos sobre el pez y acercaba su rostro al animal para despedir una especie de vapor de color plateado que lo envolvió. Al instante, el pez quedó suspendido laxamente sobre la mano del caminante, quien recitó algo en una legua extraña. Damián se levantó y se acercó a ella sonriente con el pez en la mano.

—La cena.

Maia sonrió y contempló que el animal había muerto sin sufrir el más mínimo daño. Damián era respetuoso con la naturaleza y eso la conmovió profundamente.

—Gracias.

Él la miró con ternura y se alejó nuevamente hacia el agua, para limpiar al animal.

Maia se levantó de la arena y se alejó un poco para recoger hojarascas y ramas secas para hacer un fuego.

—No te alejes demasiado —exclamó Damián sin dejar de limpiar al animal. ¿Cómo había captado que ella se alejaba? Indudablemente, si bien no la miraba directamente, estaba atento a cada uno de sus movimientos.

—Te prometo que no —le contestó suavemente y volvió a su tarea.

Debían de ser alrededor de las seis de la tarde, porque el sol había mermado un tanto la intensidad de sus rayos. En unos minutos, Maia se había llenado las manos de lo que necesitaba para prender un buen fuego y regresó a donde estaba Damián, quien había armado un trípode que sostenía una cadena con un disco de metal.

—Aquí asaremos nuestro pescado —le explicó—. Y gracias por pensar en el fuego.

El tono de voz que utilizó fue tan tierno, que Maia se sintió absolutamente turbada. El corazón le latía a mil y, más que nunca, fue consciente de la enorme atracción que sentía por Damián. ¿Desde cuándo se había instalado esta gama de sentimientos y anhelos imposibles? No podía comprenderse a sí misma y era algo sobre lo que debería reflexionar cuando volviesen a la casa.

Damián le quitó las ramas y los pedacitos de troncos de las manos y comenzó a armar el fuego.

—¿Tienes un encendedor? —preguntó Maia.

—No.

—¿Y cómo prenderás el fuego?

—Ya verás.

Maia contempló curiosa como Damián ordenaba las ramas y las hojarascas armando una estructura cuadrada con los pedazos de leña más grandes y después llenando el interior de la misma con hojas secas. Después se levantó y buscó por diferentes partes hasta que regresó con una piedra en la mano. Se acuclilló al lado de la estructura recién armada y sacó del bolsillo de su pantalón una navaja. A continuación comenzó a friccionar con ahínco el arma blanca contra la piedra dura hasta que chispas luminosas comenzaron a salpicar sobre la leña, la cual comenzó a arder con un fuego vivo. Maia sonrió maravillada, lo cual no pasó desapercibido para Damián, que le retribuyó la sonrisa con otra más radiante aún.

Cuando ya había oscurecido, Damián avisó que la cena estaba lista y le pidió a Maia que buscara de la canoa una canasta que yacía al costado del último asiento. La joven así lo hizo y descubrió en el interior de la canasta un pequeño mantel, así como todo lo indispensable para poder degustar la comida sobre la hierba.

Sentados uno frente al otro, Maia comía, sorprendida gratamente por lo bien que sabía el pescado de Damián. Conversaron y rieron como buenos amigos, sin que ninguno tuviera ganas de pensar en la realidad que los enfrentaba. Y el ambiente era tan confortable, que Damián se atrevió a hacer preguntas.

—¿Qué sabes de tus padres?

Observó como Maia paraba de comer y lo miraba sorprendida, pero él continuó con su comida, tratando de parecer indiferente al impacto que su pregunta había tenido en ella.

—Nunca supe quiénes fueron. Supongo que me abandonaron —la oyó contestar. Una muy leve esperanza comenzó a instalarse en el pecho de Damián. Muy de a poco, parecía que Maia comenzaba a abrirse a él. Pero debía ir con muchísimo cuidado, ya que un pequeño error podría echar por tierra, en un instante, lo ganado con tanto esfuerzo.

—Quizás no —replicó llevándose otro pedazo de pescado a la boca.

—¿Cómo saberlo? Jamás supe de ellos y nunca me buscaron. De lo contrario, quizás habría tenido alguna posibilidad.

—¿Qué idea tienes de tu infancia, entonces?

—La que viví a partir de que la policía me encontró y me mandó al orfanato de Buenos Aires. No tengo idea de mi vida previa a ese instante.

Damián cortó un nuevo trozo de pescado y se lo ofreció a Maia, que negó con la cabeza.

—Entonces quizás tus padres estén vivos —dijo mientras colocaba el pescado que Maia se había negado a comer sobre un plato.

—Quizás. Pero no me interesa saberlo.

A este punto, Damián también había dejado de comer y observaba a la joven detenidamente.

—Pero entonces tienes la posibilidad de encontrarlos.

—No sé dónde están o quiénes son. Es algo que me he preguntado infinidad de veces en mi vida y, al final, nadie jamás vino a buscarme. He contado los años, los días, y los minutos pensando que, quizás, algún día ambos o alguno de ellos vendrían a rescatarme, pero nunca sucedió. He pasado demasiado tiempo inmersa en una profunda tristeza y frustración, que solo he podido equilibrar dando por sentado que ellos, o bien me abandonaron, o murieron.

—¿Y si intentara ayudarte? Quizás podríamos saber un poco más de ellos y de ti.

Maia sacudió su preciosa cabellera oscura.

—No, Damián. Me ha llevado demasiados años aceptar mi soledad. Si mi mente ha decidido olvidar diez años de mi vida, quiero respetarla porque por algo será.

—¿Pero qué si te robaron de sus brazos?

—También me lo he preguntado pero, ¿qué puedo hacer ante ello? Si yo hubiese sido madre, jamás habría dejado de buscar a mis hijos. Jamás.

Damián recordó a Ana, llena de pena y dolor, y se sintió impotente. Pero no dejaría de luchar. Se lo debía a Ana.

—Justamente por lo que has dicho, quizás ellos aún te buscan.

—No quiero pensar en esa posibilidad. Si lo hubiesen hecho, ya me habrían encontrado. Estoy segura.

—Maia, quizás allá afuera en el mundo haya dos padres que quieren reunirse contigo y no les estás dando la oportunidad de hacerlo.

La muchacha lo miró con una cautela casi retadora.

—Por favor, Damián. No quiero pensar en este tema, tampoco deseo saber si mis padres existen y, menos que menos, atormentarme con un deseo que murió en mí hace ya muchos años. Sobreviví porque abandoné la idea de que ellos existen, y me apoyé en las personas reales que me dieron el amor que ellos deberían haberme dado. No volveré a pasar por esa angustia, Damián. Nunca más.

El caminante sabía que había sido arriesgado entrar en este tema, pero sentía la imperiosa necesidad de saber qué podían Ana y Ronan esperar de ella. Ahora le quedaba claro que no sería fácil, pero igualmente ella necesitaba confiar más en él para poder hablar abiertamente de lo que en verdad sucedía; el lazo que existía entre ellos aún era demasiado débil como para que Maia se atreviese a ahondar en sus sentimientos y, por ello, la dejaría en paz por el momento.

Indudablemente, el encuentro con Maia significaba para él librar una batalla campal contra su propia impaciencia, pero estaba dispuesto a salir vencedor.

—¿Y cómo ha sido tu vida a partir de que la policía te encontró? —preguntó desviándose del tema puntual de los padres.

—¿Qué decirte? —expresó mientras tomaba el pescado que Damián había dejado en un plato unos minutos antes—. Si bien siempre me he sentido muy frágil, igualmente he logrado cosas muy buenas en algunas áreas de mi vida. Aniel, Jackie y Brenda me ayudaron muchísimo. Sin ellas, no sé qué habría sido de mí. También la mamá de Aniel, la señora Ana, fue muy buena conmigo y me ayudó en mi carrera.

—¿Qué imagen tienes de la mamá de Aniel? —preguntó Damián con curiosidad.

—De una mujer amorosa, llena de amor por su hija. A nosotros, los huérfanos, nos regalaba muchas sonrisas y caricias, pero nunca intimé demasiado con ella por miedo a aferrarme a su enorme bondad. Como ya te dije, ella me ayudó a encontrar mi lugar en el ballet, pero siempre me mantuve bastante neutral en nuestra relación. No podía encariñarme con ella, para después ser abandonada otra vez.

—Tienes un profundo temor al abandono.

—¿No crees que tengo motivos?

—Claro que los tienes, pero quizás si te abrieses más a nuevas posibilidades, las cosas serían un poco diferentes.

—¿Qué posibilidades? —preguntó confundida.

—Quizás confiar en que hay más gente de la que crees que te ama.

Maia sonrió.

—Aniel, Jackie y Brenda lo hacen.

Damián contuvo el aliento. Si ella supiera…

—¿A quién más le das la oportunidad de amarte? —interrogó casi en un susurro.

—A los niños. Ellos, además de mis amigas, me generan seguridad. Son incondicionales, y me atrevo a retribuirles de la misma manera.

—Los niños pueden darte muchísimo amor, pero sabes que ellos también se irán y seguirán con sus vidas. Lo mismo tus amigas.

—Pues renovaré el amor cada año de mi vida, con los nuevos niños que lleguen a la fundación. Y con mis amigas, sé que estaremos unidas para siempre.

—¿Y no has pensado en tener tus propios hijos?

La expresión en la mirada de Maia cambió abruptamente y se volvió gélida.

—No. Eso jamás —respondió rotunda.

—Pero hace tan solo un momento me hablabas de lo que habrías hecho con tus hijos si hubieses sido madre y hubiesen desaparecido.

—Es verdad. Pero solo expresé lo que tantas veces me imaginé haciendo con mis hijos cuando lloraba por las noches rogando por el regreso de mis padres. Pero si me das la posibilidad de elegir, jamás traeré al mundo a niños que queden expuestos a él, como me sucedió a mí.

Damián la miró intensamente.

—Tú podrías ser una madre maravillosa, Maia.

—No.

—¿Por qué piensas que tus hijos quedarían expuestos al mundo cuando estás tú para protegerlos y amarlos con toda tu alma?

—Yo solo sé que después de muchos años he logrado aceptar a la fundación y a mis amigas como mi hogar, pero ha sido un arduo y complejo proceso que ha hecho de mí la persona que soy hoy en día. Me gusta disfrutar, pero no tolero que se me exija más de lo que puedo entregar. No quiero una familia o nuevos amigos. No hay espacio para ellos, estoy bien así.

—¿Y Rosario?

—Ella es mi locura, pero jamás la retendré a mi lado; sería egoísta de mi parte. Ella deberá generar su propia imagen del mundo en el que vivirá.

—Estás muy encerrada en tu burbuja de protección, Maia.

—En este momento no estoy en ella, y creo estar portándome bastante bien.

Damián sonrió y Maia también.

—¿Y qué me dices de ti, Damián? ¿Tienes padres?

El caminante no respondió de inmediato, sino que se llevó la cantimplora a la boca para beber pausadamente, sin quitar la mirada del rostro de ella. Cuando la colocó sobre la arena, se arrellanó en el lugar y contestó:

—No. Murieron hace mucho tiempo.

Maia captó un dejo de aprensión en la voz del guerrero.

—¿Los recuerdas?

Damián bajó la mirada y, de repente, pareció alejado de la conversación. Maia esperó por un rato la respuesta, la cual finalmente llegó.

—A mi madre, sí.

—¿Y a tu padre?

El rostro del caminante se cubrió de una capa glacial, que se proyectó en su mirada.

—Ahora el que no quiere hablar soy yo.

Maia se dio cuenta de que entraba en terreno peligroso pero, de alguna manera, su curiosidad por descubrir a este sujeto sentado frente a ella ganaba la batalla contra la sensatez.

—No es justo. Yo te abrí mi corazón y te mostré un poco de mi vida. Ahora es tu turno.

Damián sonrió irónicamente. Se pasó una mano por el rostro, como queriendo desprenderse de una máscara que le impedía expresarse.

—Mi padre era un cerdo —contestó con voz gélida.

—¿Cómo?

—Si bien era de la Estirpe, fue un ser nefasto para mi madre.

Por un momento, la mirada del caminante reflejó vulnerabilidad pero, al instante siguiente, regresó a su frialdad inicial.

—¿Es que acaso en la Estirpe no hay gente con problemas emocionales y psíquicos?

—Claro que la hay, pero no es lo más común. La gente de la Estirpe tiene prohibido hacer daño a miembros de la misma raza.

—Pero tú y Ruryk casi se matan a golpes.

Damián se encogió de hombros.

—Eso fue una pelea entre amigos que no están de acuerdo entre sí.

—Pero lo amenazaste con un duelo.

—Estaba furioso. Además, los duelos no son a muerte.

—No comprendo, perteneces a una raza que acepta duelos, pero a la vez me dices que está prohibido hacerse daño entre ustedes. No tiene lógica.

Damián sonrió.

—La tiene para los guerreros. Un duelo nos posibilita recuperar el honor perdido, pero no es a muerte, por ende no dañamos mortalmente a nuestro contrincante.

—Pero sí se dañan a nivel moral o psíquico.

—Sí. Un guerrero perdedor de un duelo podría volverse peligroso para la Estirpe porque se sentiría profundamente humillado. Es lo que sucedió con mi padre.

—¿Podrías contarme un poco más?

Al observar cómo la mirada de Damián se cubría de un brillo plateado intenso y los músculos de la mandíbula se tensaban, Maia llegó a la conclusión de que el alma del guerrero albergaba sus propios demonios respecto a su familia.

—Mi madre se había emparejado con mi padre, pero ellos no eran señores álmicos —contestó con voz grave.

—¿Señores álmicos? —preguntó Maia confundida.

—Son parejas predestinadas por la naturaleza de nuestra Estirpe —explicó con la voz más alta y clara—. Pero no todos los miembros de la Estirpe encuentran la suya. Para nuestra casta en especial, la de los *silverwalkers*, existe la cláusula de emparejarnos exclusivamente con nuestras señoras álmicas de plata, también llamadas *señoras en la tierra*, pero para el resto de la Estirpe, las reglas son diferentes.

—No entiendo.

—Biológicamente los *silverwalkers* somos un poco diferentes del resto de la Estirpe, por lo que para procrear solo podemos emparejarnos con nuestras señoras álmicas. Nuestra genética es sumamente selectiva y la fertilidad solo es posible a través de una unión de este tipo.

—¿Y el resto de los miembros de la Estirpe?

—Puede emparejarse con otros que no necesariamente sean señores álmicos, aunque los mejores matrimonios indudablemente son entre estos. Lo que sucede es que no todos los respectivos señores álmicos están vivos. Por ende, si existe una persona de la Estirpe cuyo señor álmico ha muerto, puede emparejarse con alguien que no lo sea.

—Pero así, esa persona que elije emparejarse con otra que no es su señor álmico, pierde la posibilidad de encontrar a este último.

—Sí. Por ello, no siempre los matrimonios dentro de la Estirpe son los mejores.

—¿Existe el divorcio?

—Sí. Puede llevarse a cabo con un acuerdo previo entre ambos miembros de la pareja.

—O sea que miembros de la Estirpe que no sean señores álmicos pueden procrear.

—Sí. Mis padres son un ejemplo de ello.

—Entonces para tu casta, las señoras álmicas son imprescindibles.

—Si elegimos dejar descendencia, sí. Además, las profecías aseguran que la presencia de estas mujeres en nuestras vidas elevará el nivel evolutivo de nuestra casta y de la Estirpe.

—¿Y existen mujeres *silverwalkers*?

Damián contuvo el aliento. A pesar de que aún no podía arriesgarse a revelarle a Maia que Aniel era la primer *silverwalker* en la historia de la Estirpe, deseaba ir introduciéndola en el tema de a poco, ya que Maia, como su hermana, podía llegar a ser otra *silverwalker*.

—Hasta hace unos años no había nacido ninguna mujer que lo fuese, pero ahora sí.

—¿Por qué la naturaleza *silverwalker* decidió, súbitamente, dar lugar al nacimiento de mujeres? ¿Qué es lo que cambió en la casta?

—No lo sé. Los jerarcas solo nos han ido revelando las profecías de nuestros ancestros a cuentagotas. No conozco la respuesta a tu pregunta, pero me imagino que, de alguna manera, la genética de nuestra casta ha decidido ampliar sus posibilidades.

—¿Nunca has sentido curiosidad por saber más sobre ello?

—No demasiada.

—Pero, ¿y qué pasó con tu padre? ¿Por qué se enfrentó en un duelo? —preguntó volviendo al tema del principio.

—Porque el señor álmico de mi madre apareció en la vida de ella cuando ya estaba casada con mi padre y, desde ese día, no pudieron evitar enamorarse locamente el uno del otro.

Maia lo miró atónita.

—¡Pobre tu padre!

Damián emitió una mueca con la boca.

—Al comienzo intenté comprenderlo, pero después se volvió brutalmente agresivo contra mi madre y contra mi hermano y yo. Lo que vivimos fue una tortura. Mi padre estaba fuera de sí, y finalmente desafió a duelo al señor álmico de mi madre. Fue una pelea dura y salvaje, ya que ambos eran guerreros de enorme experiencia y fortaleza, pero el enemigo de mi padre finalmente ganó limpiamente. Lo más humillante de todo fue que cuando apoyó la espada sobre el cuello de mi padre y se detuvo, decretando el final del duelo, mi padre aprovechó ese instante para clavarle la espada en el corazón y finalmente decapitarlo. Es la peor deshonra que pudo infligirse a sí mismo y a todos nosotros como familia. Mi madre cayó presa de tal angustia que murió al poco tiempo.

Maia lo observó con lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho, Damián —susurró.

El caminante movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No lo hagas. Mi padre era un ser despechado y egoísta.

—Quizás enamorado profundamente de su esposa —agregó Maia dulcemente, lo que provocó que el rostro de Damián se llenara de rabia.

—No. Él jamás la amó —contestó fríamente, con la vista acerada clavada en la suya—. Antes de conocer a mi madre, mi padre había encontrado a su señora álmica, pero esta murió en un enfrentamiento con los caídos. Mi padre jamás se repuso de su muerte y, por ende, descargó todo su odio sobre nosotros. Mi madre intentó sanarlo con su amor, pero él nunca lo aceptó. Es más, lo desdeñó de todas las maneras posibles, incluso revolcándose con otras mujeres, lo que fue destrozando la integridad de mi madre. Fueron años de maltratos y dolor hasta que apareció su señor álmico y mi madre volvió a florecer. Pero ya sabes, poco pudieron disfrutar de su amor porque primero murió él a manos de mi padre y, al poco tiempo, lo siguió mi madre.

—¿Y qué pasó con ustedes?

—Cuando los jerarcas de la Orden sometieron a mi padre a un exilio por tiempo ilimitado, él se puso tan furioso que intentó matar a Triel cuando llegó a casa, ya que era el más parecido a mi madre. Justo en ese instante, llegué yo. Al ver a Triel con el cuerpo y el rostro destrozados, exploté. Peleamos y, finalmente…, acabé con su vida.

Un silencio absoluto siguió a las palabras. Parecía como si el agua hubiese interrumpido su arrullo, así como el fuego su crepitar. Maia contuvo el aliento, absorta por el relato. Cuando volvió a llenar los pulmones de aire, el ambiente en derredor pareció volver a la vida. Un estremecimiento invadió su cuerpo.

Se levantó de la arena y se acercó lentamente a Damián. Él la miraba intensamente. Apenas llegó a su lado, se acuclilló ante él y lo contempló con ternura sin decir una palabra. Cuando observó como las pupilas de Damián pasaban de la furia a una profunda desolación y se volvían húmedas, Maia le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia ella. Lo sintió responder a su abrazo con vehemencia y no pudo evitar que ahora sus propios ojos se llenaran de lágrimas.

—Lo siento tanto… —susurró Maia sobre su cuello, al que sus manos acariciaban con suavidad.

Damián no podía responder. Se sentía preso de aquel caudal de recuerdos que tanto había querido borrar y que ahora, ante el calor de aquel abrazo, parecía expandirse en su mente y en su corazón. No supo cuánto tiempo permanecieron abrazados, escuchando solo los estallidos de las

brasas del fuego que ardía frente a ellos. Hacía tantos siglos que no había derramado una lágrima por nada ni por nadie, que se sintió turbado al estar allí, entre los brazos de esta mujer que le brindaba el amor que hacía tanto había dejado de recibir. Sabía que ella no lo amaba, pero captaba su generosidad, su protección y su preocupación por él. Nunca había pensado que el calor de aquel sentimiento lo derrumbaría. Sentirse protegido, aceptado y querido era el anhelo ancestral de cualquier ser perteneciente a toda raza viva. Y él no era la excepción.

Cuando Maia se separó para mirarlo a los ojos, Damián se apabulló ante la dulzura de los ojos casi transparentes, cuajados en lágrimas. Se contemplaron largamente, hasta que ella acercó el rostro a sus ojos y comenzó a enjugarlos con sus besos. Damián se sintió transportado por la caricia de sus labios y se dejó llevar. Quería que ella fuera la que decidiera qué hacer con él, porque en este instante había perdido sentido de cualquier realidad, salvo la de recibir lo que su señora álmica quisiera brindarle.

—Quisiera poder darle a tu corazón un poco de paz —le susurró ella al oído.

—Tú eres mi paz —contestó él con otro susurro.

—Gracias.

—Me honras.

Maia le tomó el rostro entre sus manos y comenzó a recorrerlo, besándolo suavemente en cada rincón. Primero los ojos, luego la nariz, las cejas, las mejillas y finalmente… la boca. Era la primera vez que ella decidía hacerlo, por lo que Damián se sintió humilde.

—No merecías un trato así —murmuró contra los labios abiertos—, pero eres un sobreviviente admirable.

Damián tomó la barbilla de Maia entre los dedos y se inclinó para besarle la boca con voracidad. Maia le respondió con toda la intensidad del momento, y ambos se enzarzaron en una danza sensual con movimientos a veces calmos y otras, frenéticos. Lentamente, las manos de Damián acariciaron las ondulaciones del cuerpo que lo dejaba sin aliento, subiendo y bajando, explorando cada rincón cálido y suave que encontraba. Acompañó el viaje de las manos con la lengua, que enjugaba el salado sudor que cubría como un papel de seda el cuerpo níveo que se agitaba bajo sus caricias. Deteniéndose en la espalda, desprendió el sujetador del biquini y, bajo el movimiento envolvente de las llamas, expuso los senos frescos y altivos que lo dejaron, una vez más, sin respiración. Se inclinó para lamerlos y amamantarlos con ganas, excitándose con los gemidos de Maia, que arqueaba el cuerpo como si fuera un junco hacia su boca. Esta los llenó de atenciones, mojándolos y refrescándolos una y mil veces, mientras sus manos descendían para quitarle las bragas. Maia, a su vez, le bajaba el cierre de los pantalones y tironeaba de él para quitárselos. Damián la ayudó y, en un instante, ambos yacían acostados de lado y mirándose, desnudos, tocándose la piel con los dedos y los labios. En un momento, Maia se irguió, le desató la trenza y entrelazó los dedos en su cabello. Damián perdió el sentido del tiempo y solo fue consciente del placer enloquecedor que las caricias de Maia provocaban en él. Rodaron en la arena, besándose como locos.

Finalmente, Maia quedó sentada a horcajadas sobre él y se elevaba como una guerrera sobre su corcel. Damián le capturó los senos con las manos y los amasó sin descanso hasta que se hincharon de tantos mimos. Maia se estiró hacia atrás, le tomó el pene con la mano y comenzó a refregarlo intensamente. Damián, excitado y anhelante, elevó el torso y atacó los senos con la boca, lubricándolos con la lengua y los labios. Maia lo empujó contra el suelo nuevamente exigiendo, sin palabras, ser ella la que decidiera qué hacer de aquí en más. La joven se volvió y

se sentó dándole la espalda, para tomar su miembro con las dos manos, como si fuera una artesanía de barro que comenzaba a moldear con la humedad de tanta pasión derramada. Damián le acarició la espalda y las nalgas, deteniéndose sobre todo en estas últimas, que aferró con fuerza. Maia no solo era una artista con el cuerpo, sino también con las manos y, súbitamente, Damián se sintió a punto de estallar. Elevó las caderas con la joven que lo cabalgaba sobre ellas. Los gemidos provenientes de su garganta se mezclaron con el arrullo suave de las aguas del río y, con un gruñido de anhelo, recibió dulcemente la boca de Maia que comenzó a degustar su miembro, como si fuera un helado. Damián, respirando agitadamente, le tomó los senos desde atrás y detuvo los pulgares sobre los pezones, para luego envolverlos con la yema de dos dedos hasta ponerlos duros como diamantes. La excitación de Damián era tal, que estaba a punto de explotar. Cuando ya no pudo aguantar más, levantó con las manos las nalgas de Maia y expuso sobre sus labios su intimidad más absoluta para atacarla a besos. El sabor de Maia lo embrujó de tal manera que lo único que deseaba era llegar junto a ella al clímax que los libraría de tantas barreras interiores. Y ante el anhelo feroz que lo instaba a ejercer su derecho a la penetración, primó la promesa que se había hecho a sí mismo de consumar la unión total de sus cuerpos cuando Maia finalmente reconociera quién era él. No antes. Mientras tanto, podían disfrutar plenamente el uno del otro como ahora. Besándose mutuamente en sus rincones más secretos y húmedos con el fulgor que los abrasaba, Maia y él llegaron al orgasmo al mismo tiempo. En medio de los gritos enardecidos de su señora álmica y de los de él, Damián la giró hacia él, y la acalló con besos hambrientos y profundos, degustando el sabor de su propia intimidad.

Desfallecientes por el placer que se habían regalado mutuamente y sin reservas, el caminante se recostó sobre la espalda y arrastró consigo a su compañera quién, apoyada sobre él, cubrió con su cabellera negra como la noche, sus torsos y caderas. De repente, Maia levantó la cabeza y lo miró con la dulzura extrema de su mirada.

—Nada conmigo —le ordenó con una sonrisa fascinante a la vez que los ojos despedían el brillo platino que cada día se hacía más intenso. Sin esperar respuesta, la observó levantarse y salir corriendo, desnuda como un ángel, hacia el agua. Damián la siguió rápidamente estallando en carcajadas. Se zambulleron con ganas y se persiguieron con la misma alegría que las liebres lo habían hecho aquel día a través de los ventanales del patio hexagonal.

Maia era rápida, pero Damián la alcanzó de inmediato y la atrapó entre sus brazos. Lucharon y jugaron, riéndose como niños, disfrutando del agua cálida que los recibía con tanta generosidad. Se besaron infinidad de veces, en cada pausa del juego, y se acariciaron otro tanto. No tenían suficiente el uno del otro. Súbitamente, Maia se sumergió y comenzó a nadar cada vez más profundo, mientras Damián hacía lo mismo por detrás. Logró alcanzarla, y cuando lo hizo, se tomó delicadamente de los tobillos de Maia y ella comenzó a transportarlo, como si fueran dos trapecistas haciendo malabares en el aire. Si bien tenían los ojos cerrados y la noche ya había caído sobre ellos, la comunión de sus almas era tan intensa que ambos podían sentirse plenamente. La dejó guiarlo por las profundidades que ella deseara y en los diferentes lugares que ella tuviese ganas de explorar. Repentinamente, Maia lo atrapó de los tobillos y entre ambos conformaron un círculo perfecto. Al instante, ambos giraban en las profundidades como si fueran el ying y el yang acoplados en una unidad simétrica y armónica. La sensación era tan maravillosa, que Damián se sintió niño otra vez. Maia lo transportaba a partes de él que hacía demasiados siglos había olvidado y, como nunca antes, captó una sensación de plenitud al reconocer sentimientos que había dejado atrás en su vida y que lo habían vuelto, hasta el día que

encontró a Maia, un ser vacío.

Se entregó de lleno a ese momento, y así continuaron por horas, nadando y jugando, riendo y besándose bajo aquella inmensidad estrellada.

CAPÍTULO 31

Ciudad de México

¿Cuánto tiempo más debía esperar?, se preguntó Ana mientras caminaba de un lado al otro del *loft*, como una leona enjaulada. Necesitaba encontrar finalmente respuestas. Habían pasado meses desde que había visto por última vez a Damián y él aún no había dado señales de vida. Si bien ella le había prometido esperar su llamada, ese era uno de esos días en que Ana tenía esperanza de que algo sucediese porque, de otra manera, corría peligro de perder irremediablemente la cordura.

La relación con Lautaro era ambivalente después de aquella noche donde ella se había otorgado algunos permisos con él; por momentos eran muy buenos amigos y en otros se habían prodigado algunos besos y caricias sutiles.

Lautaro se alojaba en un hostal a pocas cuadras del *loft* donde ella residía, y venía a verla todos los días. Ana le había dado un juego de llaves del apartamento, por lo que podía entrar y salir a su voluntad. Era un ser precioso con ella: la atendía, la cuidaba y la devoción que le prodigaba era genuina. Pero ella aún no estaba preparada para una nueva relación y era lo que había intentado explicarle al amigo de su esposo. Él la comprendía y le había prometido ir con cuidado y, sobre todo, esperarla el tiempo que fuese necesario hasta que ella les permitiera a ambos intentar construir una relación. Entre sonrisas, Lautaro le había dejado claro que él la había esperado toda la vida y, por ende, esperar un tiempo más no le afectaría en absoluto.

Pero ella no podía prometer nada.

Además, ahora el problema era otro. Uno contundente y que la tenía casi sin dormir de preocupación. Cuando tres semanas atrás, la hermana Lucía le había telefoneado para avisarle que Maia, finalmente, había regresado esa tarde a la fundación y le había asegurado que la chica estaba bien y que, en ese mismo instante, se encontraba dando clases de danza en una academia ubicada en Barrio Polanco, ella, apenas había colgado, comenzó a debatir consigo misma acerca de respetar el pedido que Damián le había hecho o no, ahora que tenía a su hija al alcance. Mientras lo hacía, había recibido un nuevo llamado de la religiosa, esta vez desesperada, en el cual le había explicado que Maia, en la academia, se había visto envuelta en una tremenda pelea con un hombretón con un extraño tatuaje en la cara. El hombre había perseguido a Maia fuera del edificio y, desde ese momento, no tenían noticias del paradero de la joven. La hermana le aseguró que la descripción que el personal había hecho de ese hombre coincidía con la de un sujeto que había perseguido a Maia un tiempo atrás, pero en la fundación; y a quien los niños y las monjas habían atacado de tal manera que Maia había logrado escapar.

« Damián », pensó Ana.

Tuvo que recurrir a todo su aplomo para calmar a la hermana y preguntarle si ya había telefoneado a las autoridades. La hermana le aseguró que no lo había hecho aún, porque primero había querido hablar con ella, ya que abrigaba la esperanza de que supiese algo de Maia.

Ana se valió de las palabras de la religiosa para distorsionar la realidad. Le explicó que Maia la había llamado por teléfono y le había asegurado que no solo había conseguido escapar del hombre sino que estaba perfectamente bien.

—¡Oh, gracias a Dios, señora Ana! —había exclamado la hermana, llena de júbilo—. Por lo visto, la niña consiguió su número de teléfono, ya que yo jamás llegué a entregárselo.

—Seguramente gracias a alguna de las amigas, hermanita. Todas ellas me conocen, y también mi número telefónico, aunque yo desconozca los de ellas —dijo Ana, mortificada por mentir tanto.

—Me deja tranquila, entonces. Yo había salido a visitar unos hospitales de niños en el mismo momento en que Maia llegó a la fundación y luego partió a dar clases. Seguramente, cuando ella regrese, nos pondrá al tanto de todo.

Las alarmas interiores de Ana comenzaron a sonar de nuevo. No sabía dónde estaba su hija y Damián aún no se había comunicado con ella. ¿Y si Maia no volvía a la fundación? ¿Y si lo hacía y la hermana se enteraba de que ella había mentido tan inescrupulosamente?

Consciente de que un llamado de la hermana a las autoridades complicaría el trabajo de Damián y, por ende, la reunión de ella con su hija, Ana se había visto obligada a mentir de nuevo y a confiar en el desempeño del *silverwalker*.

—Maia viene camino hacia mi *loft*, hermana, así que no se preocupe. Ella está en buenas manos —le había respondido. Tenía que ganar tiempo como fuese y, cuando llegara el momento, ya vería como arreglar todo este lío.

Apenas había cortado la comunicación, Ana estuvo tentada de llamar a Damián, pero al recordar cuán terminante él había sido con respecto a la comunicación entre ellos, finalmente no lo hizo.

Los llamados de la hermana habían continuado durante esas semanas, porque Maia jamás había retornado a la fundación y ella ya no sabía qué otra mentira inventar para evitar que la religiosa avisara a la policía. Pero, ¿dónde estaba su hija? ¿Y si Damián le había hecho daño? Negó con la cabeza rotundamente. Conocía a la gente de la Estirpe de Plata y sabía del honor y los valores en los que se apoyaban. Y Damián no sería una excepción.

Paradójicamente, el silencio de Damián era lo único que la consolaba. Si algo le hubiese sucedido a su hija, estaba segura de que él la habría llamado de inmediato. Entonces, lo único que se le ocurría pensar era que Maia debía estar escondida en algún lugar y Damián esperaba el mejor momento para atraparla. ¡Dios! Casi no comía ni dormía esperando escuchar la bendita voz del guerrero.

En ese preciso instante, el sonido de su teléfono móvil la sacó de sus pensamientos. Lo extrajo de la cartera y cuando miró la pantalla, se le cortó la respiración.

—¡Te he estado esperando por siglos! —dijo nerviosa cuando contestó la llamada.

—Necesito que viaje a Buenos Aires, señora Ana —contestó la voz ronca de Damián.

—Dios mío… Maia…

—La encontré. Y está aquí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y las piernas le temblaron; se obligó a sentarse en el sofá para no caer.

—Dime que está bien.

—Lo está.

—¿Cuándo la encontraste?

—Hace tres semanas.

—¿La misma noche que la perseguiste fuera de la academia de danzas?

Damián no contestó enseguida. En su lugar, escuchó su respiración fuerte. Estaba claro que el caminante no se había esperado su pregunta.

—Sí —respondió molesto.

—Entonces, ¿por qué no me llamaste antes, por Dios? —preguntó casi gritando—. Creí morir ante tu silencio, y sin saber dónde podía estar mi hija. Además, casi me vuelvo loca mintiendo a la hermana Lucía para que no acudiese a las autoridades.

—Todo estaba demasiado complicado, Ana; pero ahora el camino está un poco más despejado. O, al menos, es lo que creo.

—Escucha, ya mismo voy al aeropuerto y tomaré el primer avión que salga para Buenos Aires.

—Llámeme antes de que salga el avión y deme los datos del vuelo, así la espero en el aeropuerto. Y por favor, señora Ana, no le diga nada a su amigo. Debe venir sola.

—No te preocupes.

—Venga preparada y fuerte porque hay muchas cosas que poner en su lugar.

—Hoy me levanté sabiendo que este día debía traer respuestas, hijo. Y no me he equivocado.

—La espero, entonces. No demore un minuto más.

Ana voló a su dormitorio y empacó una muda de ropa, al mismo tiempo que hablaba con la hermana Lucía para avisarle que Maia y ella viajaban a Argentina. Era la primera vez en todo este tiempo en que mentir no le generaba culpa porque, si bien lo que comunicaba no era cierto, tampoco estaba demasiado alejado del hecho de que ella y su hija finalmente estarían juntas.

Suspiró y se secó las lágrimas de las mejillas. A continuación, tomó una hoja de papel y un bolígrafo para escribir:

«Querido Lautaro: viajo a Buenos Aires. Me comunicaré con usted cuando sea el momento oportuno. Y por favor, no me busque. Le estoy profundamente agradecida por todo, y quiero que sepa que sinceramente lo quiero mucho».

Colocó la hoja de papel en el centro de la mesa y, sin demorar un segundo más, partió al encuentro de su hija.

Buenos Aires

La figura descomunal de Damián sobresalía entre las personas que iban de un lado a otro en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Ana sonrió. Era imponente, no solo por la cabeza casi rapada y por la trenza que le caía por la espalda, sino también por la mirada fría y oscura que destacaba de su tatuaje y que parecía escanear cada rincón del lugar y cada rostro que se cruzaba en su camino. Iba vestido de negro, como era su costumbre, y parecía ajeno a las miradas, mezcla de temor y fascinación que, sobre todo las mujeres, le enviaban.

Cuando la vio, se acercó a ella y le tomó la maleta de la mano.

—Venga conmigo, por favor —le dijo en tono severo. Aunque había incluido el “por favor”, Ana sabía que lo hacía solo por respeto. El caminante no toleraba nada que no se hiciese como él deseara.

—Cuéntame de ella —pidió Ana, sin poder controlar su ansiedad.

—Aquí no. Vayamos al coche.

Ana lo siguió casi corriendo debido a las zancadas que daba el caminante. Una vez en el estacionamiento del aeropuerto, Damián le abrió la puerta del acompañante y la invitó a subir al vehículo. Mientras Ana se ubicaba, Damián rodeó el coche por delante para hacer lo mismo. Y al instante partían raudamente.

—La llevo a un hotel de Capital Federal, Ana.

—¿Está Maia allí? —preguntó ella con ansiedad.

Damián negó con la cabeza.

—Está en nuestra guarida del Delta.

El semblante de la mujer se volvió taciturno.

—Entonces llévame allí.

Damián volvió a negar.

—No puedo. Hay muchas cosas que debemos aclarar primero.

—Entonces ponlas en claro ahora, porque yo no pienso separarme de mi hija ni un minuto más —replicó Ana, molesta.

—Usted no comprende…

—El que no comprende eres tú —lo interrumpió Ana, haciendo evidente que su umbral de paciencia había sido traspasado—. Solo podrás hacerlo cuando algún día seas padre.

Damián juró por lo bajo; necesitaba que la mujer entendiese.

—Ana, escuche, todo está muy complicado y necesitamos un poco de tiempo. La llevaré al hotel hasta que las circunstancias vuelvan a la normalidad. Le prometo que solo serán unos días.

La mujer lo miró con sorna.

—¿Como cuando me dijiste que habías encontrado a Maia hacía tres semanas? Damián, te esperé desesperada durante todo este tiempo. No puedo esperar más.

—Pero ahora todo es diferente porque Maia está conmigo y no desaparecida. Necesitamos encontrar el momento oportuno para que ustedes se reúnan. Además, no solo es eso.

—¿Qué me quieres decir?

El sonido del teléfono de Damián interrumpió la conversación. Apenas lo hubo atendido, su semblante cambió y, luego de emitir unas pocas palabras con voz glacial, cortó. Al instante, clavaba a fondo el acelerador.

—¿A dónde vamos, Damián? —preguntó Ana, preocupada.

—Escuche, sus deseos se han cumplido porque no puedo llevarla al hotel. Los caídos están atacando nuestra guarida en el Delta, por lo que no debo perder ni un instante. La dejaré en la casa de un amigo.

—¡Yo no me muevo de aquí! —gritó Ana fuera de sí.

Damián la miró con una mirada tan letal que la mujer palideció.

—Si la llevo a la guarida, complicará todo.

—¡Allí está mi hija!

Damián golpeó el volante con furia.

—¡No puedo arriesgarme a llevarla conmigo, Ana! Los caídos podrían atraparla a usted también y no podemos permitirnos ese lujo. La casa de mi amigo queda muy cerca de la guarida, por lo que cuando todo haya terminado, la buscaré.

Ana colocó sus dos manos sobre el rostro, desesperada. Quizás debía hacer caso al

caminante. Pero su hija, por Dios, quería estar con ella.

—Está bien, Damián —aceptó de mala gana quitándose las manos del rostro—. Tú ganas. Pero búscame inmediatamente después de que toda esta locura haya culminado. No te perdonaría que me privases un segundo más de estar al lado de mi hija.

—Es una promesa.

Delta del río Paraná

Ana observó el coche partir a toda velocidad, luego de que Damián la dejase parada frente a un hombre que era dueño de los ojos verdes más impactantes que había visto en toda su vida. El sujeto se inclinó y señaló la puerta de la cabaña que se alzaba por detrás de él.

—Me llamo Astos y sea usted muy bienvenida a esta humilde morada destinada a mis invitados—dijo muy amigable. Al instante se irguió, sonrió y alargó la mano para saludarla.

—Soy Ana Mitchels y muchísimas gracias por recibirme —contestó ella extendiendo la suya. El hombre se la apretó con delicadeza. Ana lo observó en detalle: era elegante y refinado en sus movimientos, en contraste con los del caminante, que eran fuertes y contundentes como el guerrero que era.

—Le llevaré la maleta a su cuarto.

—No, espere —dijo Ana deteniéndolo del brazo con suavidad. Astos la miró, sin abandonar la sonrisa de su rostro—. Por favor, lléveme a la guarida de Damián.

El hombre perdió todo atisbo de humor y la miró seriamente:

—No puedo hacer eso, señora. Sabe por el mismo Damián que en este instante se está llevando a cabo un ataque de los caídos contra la guarida de los caminantes.

—Pero mi hija Maia está ahí.

El semblante de Astos se suavizó. La madre de las chicas parecía saber solo de la presencia de una de ellas allí.

—Damián la buscará cuando todo termine, señora.

—Usted no entiende. He perdido una hija, pero por nada del mundo perderé a la otra. Y quiero ayudar. Yo misma puedo protegerla. Soy muy buena huyendo y camuflándome.

Aquellas palabras constataron lo que Astos venía sospechando desde hacía un tiempo: Ana Mitchels no había sido informada por Damián de que su hija Aniel estaba viva. Y, seguramente, tampoco sabía de su esposo.

De repente, una vibración intensa recorrió el cuerpo de Astos. Cerró los ojos y contempló las imágenes que comenzaron a aparecer ante sí.

—Venga conmigo —ordenó súbitamente, tomando a Ana del brazo—. ¿Es buena montando a caballo?

Ella lo miró sorprendida.

—Sí, bastante.

—Pues entonces no perdamos más tiempo.

Ana no podía creer que estuviese acercándose a su hija finalmente. Astos la había hecho montar en un caballo blanco maravilloso, que galopaba como si tuviese alas. Él iba montado en

otro de color castaño, cuya crin era más larga de lo normal y de un color más claro que el pelaje del cuerpo. Sin duda, eran dos magníficos ejemplares equinos.

Galoparon a toda marcha por un sendero silvestre por espacio de unos cinco kilómetros, que era la distancia que Astos le había dicho que existía entre la guarida y la casa de él. A esta altura, escucharon los disparos febriles de las armas, así como los gritos de muchos hombres y pocas mujeres. Astos levantó la mano y la obligó a detenerse, mientras él tiraba de las riendas de su caballo para hacer lo mismo. Ana lo observó bajarse del animal y dirigirse a ella.

—Por favor, permítame ayudarla —le dijo extendiendo las manos hacia ella. Ana no perdió el tiempo y se bajó por sí misma.

—Se lo agradezco muchísimo, pero no es necesario.

Astos sonrió. Aquella mujer era temperamental, por lo que no tendría que preocuparse demasiado por cuidarla. Ella sola podía hacerlo, sin ninguna duda.

—Venga —le dijo en voz muy baja, señalando hacia unos arbustos. Astos se dirigió hacia ellos y se recostó sobre el abdomen en el suelo, para observar la batalla que se libraba unos metros más adelante. Ana lo siguió y, al instante, yacía a su lado.

Indudablemente, los caídos habían atacado la guarida con un gran número de guerreros, por lo que la lucha era encarnizada y despareja en número; cada *silverwalker* debía enfrentarse a varios enemigos a la vez, pero era algo para lo cual ellos estaban preparados.

Astos evaluaba la situación, porque de ser necesario él también intervendría. Si bien los sanadores no eran expertos luchadores como los guerreros, y menos como los *silverwalkers*, tampoco había que desestimarlos. Era verdad que dedicaban muchas horas a la meditación y al aprendizaje de nuevas maneras de curar, pero al menos él siempre había puesto énfasis en su preparación física ya que lo mantenía ágil, no solo física sino también psíquicamente. Por ende, si era necesario, no tendría problemas en pelear.

—¡Dios mío! ¡Esto es una masacre! —exclamó Ana, pálida ante tanta agresión.

Astos la miró con un dejo de ironía.

—¿Y qué esperaba? Usted quiso venir. Esta es la realidad de los miembros de la Estirpe y los caídos cuando se encuentran.

Cuando había terminado de decir estas palabras, observó que el rostro de Ana se transformaba; parecía profundamente impactada por algo. Y súbitamente las lágrimas afloraron de sus ojos como las aguas liberadas de las compuertas de un dique que se abría.

—No… no puede ser —balbuceó señalando con un dedo hacia adelante. Astos dirigió la mirada en esa dirección y supo de inmediato a qué se refería.

Delante de ellos había emergido la figura de Aniel, que luchaba como una amazona contra dos caídos furiosos. Llevaba unos pantalones de estilo militar, una camiseta blanca sin mangas y unos borceguíes llenos de tachas. Se había recogido la cabellera en una trenza y peleaba como una *silverwalker* más. Era imponente observarla, ya que su agilidad y rapidez eran extraordinarias, hacían que los caídos pareciesen torpes a su lado.

—Ella… ella está allí —volvió a balbucear la mujer con las lágrimas barriéndole las mejillas.

Astos temió la reacción de la madre que acababa de descubrir que su hija, a quien creía muerta, peleaba llena de vida frente a sus ojos. Debía actuar con rapidez.

—Escuche, Ana. Aniel está viva—dijo Astos tomándola de los brazos para obligarla a mirarlo—. Y pertenece a la casta de los *silverwalkers*.

—¡Mi hija! —gritó y se sacudió desesperada por librarse de las manos de él.

—¡Oiga, maldita sea! —chilló Astos intentando retenerla—. Espere a que el enfrentamiento termine. Le prometo que tendrá todas las respuestas que necesita, pero… ¡Auch!

Ana lo golpeó con la rodilla en la entrepierna sin demasiada fuerza, pero con la suficiente como para que Astos se doblara en dos y fuera incapaz de seguir reteniéndola. La vio salir corriendo hacia donde antes había estado Aniel, aunque en ese instante no se la divisaba.

De inmediato, Astos envió un mensaje telepático a los *silverwalkers*, advirtiendo acerca de lo sucedido. Aquella mujer no era una guerrera y rogaba que alguno de los muchachos o Aniel la detuviesen, ya que, como una buena madre desesperada, era el blanco perfecto para los caídos.

CAPÍTULO 32

Ana corría con todas las fuerzas de su cuerpo, esperando salvar a sus hijas.

—¡Mis hijas no, Dios mío! ¡Otra vez no! —gimió desesperada en medio de un humo agobiante que comenzaba a extenderse por todas partes, producto de las explosiones emitidas por las poderosas armas de ambos bandos. Hacía tan solo un instante que había visto la imagen de Aniel, y Astos le había gritado que ella estaba viva. ¡Virgen Santa! Un sollozo ahogado salió de su garganta, mientras miraba hacia todos lados esperando encontrar algún rastro de Aniel y Maia. Tenía que hallar a sus dos hijas o se volvería irremediablemente loca.

Una bomba, o algo parecido, detonó cerca de ella, y la obligó a abalanzarse al suelo. Lentamente, levantó la cabeza y le resultó casi imposible distinguir nada delante de ella debido al resplandor de las llamas embravecidas y al humo que se le metía en los ojos. Se pasó el dorso de la mano por los párpados mientras escuchaba los gritos agónicos de los heridos que parecían provenir de todas partes. Sin poder evitar un sollozo ahogado, Ana se levantó tambaleante y se echó a correr nuevamente. Escuchó los pasos de alguien que la seguía y la adrenalina de su cuerpo le dio un nuevo impulso a sus piernas. Estaba aterrada. Ella no era una mujer entrenada, pero el instinto de madre la ayudaría a enfrentarse contra lo que fuese para salvar a sus dos cachorras.

Farfulló furiosa mientras seguía corriendo; escuchaba los pasos que se acercaban a ella cada vez más. Atravesó el descampado sin hallar señales de sus hijas e incapaz de llamarlas por temor a que quien la perseguía se lanzara sobre ellas. Primero debía deshacerse de esa sombra siniestra que iba por ella.

«¿Qué hago?», se preguntó atormentada por los pasos ágiles y flexibles, que se hacían más pesados a medida que se aproximaban.

Y ella era la presa.

Aterrorizada, siguió corriendo hasta que detectó unas figuras que luchaban furiosas unas contra otras.

«¡Por Dios, caminantes, vengan!», gimió en su interior.

Cuando se aproximó al escenario de la pelea, se topó nuevamente con Aniel, que luchaba intensamente contra una mujer y un hombre enormes. Al mismo tiempo y, sin esperarlo, surgieron entre las llamas que abrasaban el lugar un grupo de alrededor de diez caídos. Era el final de ellas. ¿Qué podía hacer?

«No me importa morir, pero a mis hijas nadie las toca», se prometió.

Se detuvo un instante y emitió un grito, que salió de la furia de una madre que protege a sus vástagos. Atacaría a esos desgraciados con las únicas armas que tenía: las uñas, los dientes y todo lo que fuera posible usar de su cuerpo.

Se abalanzó sobre uno de los caídos que luchaba contra Aniel; cayó sobre su espalda y le envolvió la cintura con las piernas, como si fuera una mochila, y se aferró a la cabellera. El caído comenzó a girar sobre las piernas tratando de sacársela de encima, pero Ana estaba decidida a destrozarle la cara. El sujeto se sacudía como si fuera un caballo cuyo jinete lo intentaba domar, pero Ana se aferraba a su cuello con todas las fuerzas de su alma. Y sin piedad, le mordió la

oreja. El tipo gritó desaforado de dolor, ya que Ana estaba dispuesta a comerse la oreja completa si era necesario.

Mientras libraba la batalla con el caído que seguía gritando, escuchó un estallido de látigos acompañado de alaridos furiosos. Por el rabillo del ojo detectó a un joven de cabello aleonado, a otro de aspecto realmente temible con el pelo sostenido en una media cola de caballo y una serpiente tatuada en la mejilla izquierda y, finalmente, a Damián, que se sumaban a la pelea. Ana sonrió. El de la media cola llevaba un par de látigos en sus manos, mientras que el de pelo aleonado y Damián iban armados con navajas y, sabía Dios qué más llevaban bajo sus chaquetas.

Repentinamente, el caído que ella montaba logró aferrarla del cabello y tiró de ella hacia adelante con tal fuerza, que Ana no pudo aguantar más. Le debilitó el abrazo y fue la oportunidad que el caído necesitó. La tomó del cuello y la volteó por delante de él. Ana impactó en el suelo, de espaldas, con toda la fuerza que el caído había imprimido en el envión, y quedó aturdida. Súbitamente lo tuvo a horcajadas sobre ella, chorreando sangre por la oreja. Ana reaccionó con salvajismo y se abalanzó contra él con los ojos cerrados. Y ya no fue consciente de lo que sucedió. Lo único que percibió fue la respiración del tipo sobre ella, y una fuerza brutal que se descargaba sobre su cuerpo. Se sintió inmunizada, totalmente ajena a cualquier dolor.

Un bramido estridente y escalofriante de *algo* muy poderoso, que advertía sobre su llegada, se escuchó en medio de los alaridos de los combatientes.

Al instante, el peso sobre ella desapareció y oyó el ruido de unos puñetazos que hacían crujir huesos humanos. Alguien la había ayudado. Pero cuando abrió los ojos, lo único que pudo distinguir fue un fuego, de una envergadura como nunca antes había visto, que avanzaba destruyendo todo lo que se interponía a su paso, indiferente a los hombres y mujeres que corrían en diferentes direcciones para evitarlo.

¿Qué era aquello, por Dios? Rodó sobre su cuerpo y se enderezó sabiendo que no tenía mucho tiempo, ya que los rugidos de ese *algo* se oían cada vez más cercanos.

—¡Aniel! ¡Maia! —llamó desesperada en medio de los gritos de la gente. Las flamas bravas y crecientes del fuego comenzaban a extenderse a un radio cada vez mayor, impidiéndole distinguir hacia dónde debía ir.

Se lanzó, atormentada, hacia algún lugar confiando en que Dios la ayudaría a encontrar a sus pequeñas. Pero no llegó lejos. Unos brazos fuertes la envolvieron y la alzaron desde atrás, provocando que su espalda se incrustara contra un pecho de mármol. Gritó como una loca, retorciéndose violentamente, pero una mano enguantada y poderosa le cubrió la boca y la alejó del lugar.

—¡Mis hijas! —intentó decir, pero lo único que salía de su boca eran unos pobres sonidos guturales detrás de aquella mano espantosa que la amordazaba. Se volvió a sacudir con todas las fuerzas que le quedaban e intentó agarrar el cabello del tipo que no podía ver. Este era implacable, de una fuerza extrema, y se sintió como un ratón luchando contra un elefante. Logró morderle la mano, pero con la protección del guante, poco daño pudo hacer. Pataleó en el aire, tratando de pegarle en las piernas, pero era como combatir contra una muralla de hierro que, rápidamente, la alejaba cada vez más de sus hijas. No supo durante cuánto tiempo la transportó de esta manera, pero lo que sí pudo ver fue que el escenario ante ella había cambiado y un arroyo increíble se asomaba entre los árboles.

«¡Mis hijas, por Dios! ¡No podré volver a verlas porque este infame me ahogará!», gritó por dentro, completamente desesperada. Ante esta terrible idea, Ana adquirió una fuerza

extraordinaria que desconocía en ella misma y comenzó a luchar de manera feroz. Peleó como una leona contra el cuerpo del hombre que la retenía con una fuerza superior y que seguía caminando apresuradamente con ella entre sus brazos, intentando neutralizar su ataque. Aumentó las embestidas y, sin saber cómo, de repente estaba libre.

Giró iracunda sobre los talones y se abalanzó sobre el pecho enorme, cubierto con una chaqueta de cuero negro. Atacó a la figura siniestra sabiendo que era su fin. Jamás podría vencerlo pero, al menos, le libraría la mejor pelea de su vida, defendiendo a sus hijas.

Quiso arañar el rostro oculto por la noche pero, en vez de ello, se encontró sumergida en un abrazo descomunal y atacada por una boca llena, que la besaba con un calor absolutamente demoledor. Intentó luchar, pero no pudo. Todo su cuerpo se había detenido, salvo su corazón, que palpitaba descontrolado.

Cerró los ojos y se dejó llevar.

No comprendía lo que sucedía, salvo que, de repente, se sentía segura. El tipo la besaba enfebrecido, reclamándola, y ella, simplemente, no podía resistirse a lo que se hilaba entre ella y el sujeto. Y lo que en principio fue terror, de repente se transformó en certeza: Ana había regresado a casa.

La besó como un loco. Había soñado con este momento desde hacía más de siete años. Se la veía tan hermosa, tan increíblemente feroz defendiendo a sus hijas, que lo conmovió sobremanera. Él había destrozado la mandíbula y el cuello del caído cuando lo había visto golpearla de manera salvaje. Pero ella no se había amilanado y hasta lo había enfrentado a él. Era la primera vez que habían medido las fuerzas uno contra otro, y había sido una adversaria digna de respeto.

—Ana, mi amor —susurró y la besó otra vez, goloso, insaciable—. Nuestras hijas están completamente a salvo. No te preocupes. —Ella no abría los ojos, pero el miedo había dado lugar a una paz que se transmitió en los labios rojos y, súbitamente, en aquella mirada celeste, casi transparente, que ahora atravesaba su alma.

Ronan Mitchels sintió que su interior se derretía y todo el fuego del amor que tanto había deseado volvía bravo, imparable. Las compuertas del dique emocional que había construido en estos años, tratando de frenar la bravura y la intensidad de lo que su corazón alguna vez había sentido, se abrieron feroces.

—Ana, soy yo, Ronan —volvió a susurrar mientras le envolvía las mejillas con las manos y la miraba con lágrimas en los ojos—. Estoy aquí, mi amor. He regresado —murmuró. Le acarició las mejillas con los pulgares, y se atrevió a recorrer el hematoma que se había formado debajo de uno de los ojos.

«Maldito hijo de puta», juró por dentro. La besó con delicadeza, abarcando con los labios cada parte del rostro afectada. Esperaba una respuesta, pero Ana se encontraba en un estado de trance profundo. Sabía que ella pensaba que él estaba muerto y no podía asimilar su presencia allí. E hizo lo que mejor se le ocurrió: la abrazó nuevamente contra su pecho, con la calidez de su amor, intentando llegar a su conciencia para que esta aceptara lo que en verdad estaba sucediendo. Le acarició el cabello y siguió aguardando, pero Ana se mantenía en silencio.

—Mi amor, he vuelto por ti y nuestras hijas —le dijo, apartándose un tanto y mirándola con ternura y devoción. Al terminar de pronunciar la última palabra, ella gritó. Y lo hizo una y otra

vez.

Ronan la abrazó con fuerza y la estrujó entre sus brazos, sabiendo que Ana necesitaba descargar todo aquello que fluía de su alma. La dejó llorar mientras se aferraba a él clavándole las uñas en los brazos. Y los gritos se transformaron en sollozos fuertes, bravos, amortiguados por la chaqueta que presionaba su boca. La llenó de palabras dulces y la acompañó con su propio llanto. ¡Dios! Cuánto amaba a esta mujer, la madre de sus dos hijas, la única dueña de su corazón. Su señora álmica.

—¡Papá! —escuchó la voz de Aniel que lo llamaba. Ronan la observó venir caminando apresuradamente hacia ellos, iridiscente, con toda la adrenalina de la lucha y por haber estado intentando hallar a su madre. Al instante surgió Gabriel, también iluminado con un brillo incandescente, que miró aliviado a su esposa y la tomó de la mano para acompañarla.

A medida que se acercaban, Ronan miró a ambos para transmitirles que fuesen con cuidado, ya que Ana estaba bajo los efectos de un profundo shock. Cuando llegaron a su lado, Ana seguía llorando desconsoladamente. Aniel se desprendió suavemente de la mano de Gabriel y se detuvo frente a ellos. Con lágrimas derramándose por las mejillas, Aniel tomó la mano de su madre y entrelazó sus dedos con los de ella, para acercarlos a sus labios y besarlos.

—Madre querida —susurró Aniel con un sollozo ahogado. Ana se desprendió de los brazos de Ronan y fue a los de su hija, para romper nuevamente en un llanto desgarrador. Aniel la abrazó con fuerza, tratando de transmitirle todo el amor que drenaba de su alma. Ronan se sumó al abrazo y lloró junto con ellas por tantos años de búsqueda, destrucción y sueños quebrados por la mano de hierro de un enemigo despiadado; un enemigo que no había contado con la supervivencia del profundo amor que existía entre ellos y que los volvía a reunir en este instante.

Una vez más, el amor y el anhelo irrevocable de cada ser viviente demostraba ser la fuerza de atracción más poderosa del universo.

Gabriel, por su parte, observaba la escena con una sonrisa en la boca y completamente aliviado. Cuando se había iniciado el ataque de los caídos a la casa principal, él le había exigido a Aniel quedarse en la cabaña, pero cuando un rato después se dio cuenta de que ella no solo lo había desobedecido, sino que además se encontraba en medio de la batalla luchando como una valquiria, se había vuelto loco de furia y desesperación.

Intentó atraparla para llevarla nuevamente a la cabaña, pero Aniel lo había enfrentado diciéndole que había escuchado el mensaje telepático de Astos en el cual advertía acerca de la presencia de su madre en el enfrentamiento y, por ende, su desprotección, por lo que no había dudado en salir tras ella.

Haciendo oídos sordos a su explicación, Gabriel había intentado retenerla entre sus brazos, pero Aniel lo había enfrentado nuevamente, con una furia latente y dispuesta a todo:

—Si no me dejas decidir sobre qué batallas luchar, entonces no eres quien yo creía que eras.

Aquellas palabras habían echado por tierra cualquier intento de detener a su esposa. Ella lucharía, incluso contra él, por hacer valer su rol de hija y *silverwalker* y, ante ello, él no tenía ninguna posibilidad. Así que, a regañadientes, había aceptado que su mujer peleara a su lado.

Ahora se sentía orgulloso y feliz por su esposa.

Él, más que nadie, había sido testigo de lo que su amadísima compañera había padecido para hallar a sus padres.

Se le hizo un nudo en la garganta ante aquellos recuerdos y respiró profundamente.

Aniel, por fin, estaba cerca de alcanzar la verdadera felicidad. Ahora solo faltaba recuperar a su hermana.

En ese instante, Aniel levantó la mirada hacia él, y la felicidad y el agradecimiento que vio reflejados en sus ojos lo conmovió hasta el lugar más recóndito de su alma, iluminándola.

Gabriel le envió un beso con los dedos y se alejó dejándolos solos.

Los Mitchels, por fin, comenzaban a ser una familia nuevamente.

CAPÍTULO 33

—Maia —murmuró Ana, irguiéndose entre los brazos de Ronan—. Debemos buscarla —insistió e intentó levantarse, pero su esposo la abrazó con mayor fuerza y le susurró al oído:

—Shhhh, mi amor. Maia está bien. Los *silverwalkers* la cuidan. —Y volvió a acunarla entre sus brazos. Yacían en el césped, al lado del arroyo. Ronan apoyaba la espalda contra un árbol y acariciaba las mejillas de su esposa, acurrucada contra él, mientras esperaba que se recuperase del shock que había sufrido al verlos a Aniel y a él vivos.

Esta batalla había sido una tremenda prueba para cada uno de los integrantes de su familia.

A Ronan se le hizo un nudo en la garganta al recordar cómo Ruryk, en medio de la lucha y al contemplar a Damián convirtiéndose en el dragón, había cargado entre sus brazos a su hija Maia desvanecida y le había prometido cuidar de ella con su propia vida. Agradecido, él había asentido sin dudar, ya que al detectar la presencia de Ana, una urgencia feroz por protegerla había echado por tierra cualquier otra acción posible.

—Pero…

—Mamá —musitó Aniel—, descansa. Maia está perfectamente. La que debe reponer fuerzas ahora eres tú —dijo la joven preocupada.

—Dios mío. Todo esto es un sueño —murmuró Ana con las lágrimas cayendo como un manantial por sus mejillas.

Ronan y Aniel se miraron. Ana seguía en un profundo trance incapaz de volver al mundo real; necesitaba tiempo para hacerlo y Ronan pensaba quedarse cada segundo, cada minuto y cada hora que se requiriesen para que ella se acostumbrase a la idea de que ellos habían regresado y nuevamente podían ser una familia.

—Papá, podemos llevar a mamá a nuestra cabaña donde podrá descansar. No creo que la cabaña haya sido blanco de los caídos, ya que nadie sabe que Gabriel y yo vivimos ahí.

Ronan asintió sin un atisbo de duda. Se puso de pie y levantó en brazos a su mujer, quien apoyó la cabeza en su pecho mientras los brazos caían a los costados del cuerpo. La escuchaba murmurar sobre que aquello era un sueño y que no quería despertar. Ronan emitió una mueca con los labios, que se transformó en una línea de acero.

Mientras caminaba a toda velocidad siguiendo a su hija por la espesura, escuchaba unos pocos quejidos de caídos golpeados o mutilados, próximos a la muerte, que evidenciaban que el enfrentamiento había culminado. El rugido de la bestia también había cesado.

Cuando llegaron a la cabaña, comprobaron con satisfacción que no había sido atacada; el asalto, como Aniel había supuesto, se había concentrado en la guarida principal.

Apenas ingresaron al interior de la cabaña, Aniel guio a Ronan hacia el dormitorio de huéspedes, donde depositó a Ana sobre la cama. Esta se había quedado profundamente dormida. Sin esperar un segundo más, Ronan se acostó a su lado y la abrazó. Aniel se sentó en la punta de la cama, contemplando feliz a sus padres abrazados como tantas veces, desde que era apenas una niñita, los había visto.

Ronan no pudo controlar la emoción y volvió a derramar lágrimas ante el hecho de que los tres volvían a estar juntos. Cuando observó que Aniel se levantaba y se recostaba en la cama al

otro lado de Ana, estiró la mano por encima del cuerpo de su mujer y envolvió la de su hija en un cálido apretón. Ambos sonrieron mientras las lágrimas seguían cayendo en silencio ante aquel milagro.

Pasaron las horas, y Ronan también se quedó dormido. Solo abrió los ojos cuando oyó que Aniel salía de la habitación junto con Gabriel, que la había venido a buscar.

Al contemplarlos juntos, Ronan no pudo dejar de pensar que el amor que su hija y el caminante se profesaban le recordaba al que alguna vez Ana y él habían compartido. Los ojos volvieron a humedecérsele.

Recuperaría aquel amor de la manera que fuese necesaria.

Unos golpes ligeros a la puerta lo despertaron del profundo sueño en el que había caído.

Escuchó la voz de su hija del otro lado de la puerta de la habitación. Ronan se irguió en la cama, y comprobó que Ana aún seguía descansado.

—Pasa, hija mía.

Al verla entrar, recién duchada y con una expresión radiante propia de una mujer satisfecha por haber recibido toda la atención de su marido, Ronan no pudo menos que sentirse orgulloso como padre al ver cómo su hija se había convertido en toda una *silverwalker*. La aureola que desprendía era impactante.

—¿Los caídos? —preguntó apenas en un murmullo sin dejar de acariciar a Ana.

—Todos muertos, salvo Logan Estrada, que logró escapar.

Ronan juró por lo bajo.

—Ese demonio está obsesionado con tu hermana.

Aniel asintió.

—¿Ruryk cuida aún de ella?

Al contemplar el semblante súbitamente más pálido de su hija, supo que algo no iba bien.

—La bestia regresó y se la llevó —contestó ella.

—¿Cómo? —siseó Ronan levantándose de la cama con cierta prudencia para evitar despertar a Ana—. ¡Por Dios! —exclamó por lo bajo, abotonándose la camisa—. Avisemos a los demás caminantes y vayamos tras él. ¡Debemos recuperar a tu hermana!

—Papá, escucha —le dijo Aniel tomándolo del brazo—. Ya ha pasado antes y el dragón no le ha hecho daño.

En ese preciso instante, una radiación verde incandescente atravesó la habitación y un portal brillante se abrió en medio de ellos; y a través del portal emergió una figura iridiscente.

—Jerarca Ronan Mitchels—dijo la figura frente a ellos con solemnidad—, me alegro de su regreso y de su ascensión en la Orden. Soy el Maestro sanador Astos.

Aturdido, Ronan hizo una reverencia en señal de reconocimiento de la autoridad del sanador. Cuando se irguió, el druida emitía de sus ojos verdes un brillo incandescente impactante.

—He oído hablar mucho de usted, Maestro —dijo Ronan, intentando ser lo más respetuoso que podía en ese momento—. Y le ofrezco mis más sinceras disculpas por postergar este momento, pero me urge ir al rescate de mi hija menor.

—He venido ante usted precisamente por ello —contestó Astos, imperturbable—. Damián y Maia están conmigo en mi santuario y le prometo que la bestia no dañará a su hija.

Ronan contempló al individuo que tenía delante de él durante un buen rato hasta que supo repentinamente que todo estaba bien. Él había reaccionado más como un padre desesperado que como un jerarca de la Orden.

Su hija Maia, si debía crecer y ser la *silverwalker* que quizás estaba destinada a ser, debía aprender a aceptar a su señor álmico con todo lo que él traía a sus espaldas. Y era lo que él mismo también debía aceptar.

—Le doy las gracias, sanador.

El druida asintió con la cabeza y, al instante, despareció junto con el portal.

—Debemos darles a Damián y a Maia su espacio —dijo la voz de su hija a su lado.

Ronan la miró y sonrió. Se había vuelto más sabia desde que se había transformado en una *silverwalker*.

—Comprendo. A ti te pasó lo mismo con Gabriel.

—Sí. Pero ahora soy plenamente feliz —contestó Aniel con el rostro iluminado.

—No sabes la alegría que me das, hija —susurró el guerrero acariciándole la mejilla con la palma de la mano.

Aniel lo abrazó y le dijo dulcemente:

—No te preocupes, papá. Astos cuidará de ellos.

Ronan asintió. Toda su vida había respetado profundamente las jerarquías de la Estirpe, y Astos era un reconocido sanador, admirado y honrado por todos.

—Papá, Gabriel y yo iremos a la casa principal para ayudar a reparar los destrozos y poner todo en condiciones. Tómate el tiempo que necesites porque estamos bien.

Cuando su hija salió de la habitación, dejándolo solo con Ana, Ronan se acercó al ventanal para observar el arroyo que se elevaba ante él en toda su magnificencia. La luna reflejaba su resplandor en las aguas transformándolas en un espejo brillante y pulido que lo reclamaba.

Sonrió. La primera vez que Ana y él habían hecho el amor había sido también a la orilla de un arroyo en una noche parecida a esta.

Se volvió y observó a su esposa que seguía descansando como un ángel. Recorrió con la mirada la belleza de su cuerpo y, de repente, se sintió más vivo que nunca. El amor que los unía había hecho que él traspasase las barreras de la muerte.

Se le iluminó el rostro. Encontró papel y lápiz en un cajón de una mesa de luz y, luego de dejar una nota a Aniel y Gabriel sobre la mesa, se dirigió hacia la cama y tomó a Ana nuevamente en sus brazos. Salió de la cabaña con paso firme y se perdió tras los árboles. Caminó un largo trayecto, absorbiendo en sus pulmones el aire fresco de la noche y sintiéndose, por primera vez en tantos años, pleno. De repente, una brava emoción invadió su alma. Delante de él se erigía *el arroyo* tan especial, allí donde su padre Johan había plantado los árboles de plata.

Escuchando el fascinante murmullo de las aguas que recorrían suavemente su cauce, se sentó en la orilla, acurrucando a Ana en su regazo. Emocionado ante el fulgor de la piel y el cabello de su esposa acariciados por la luz de la luna creciente, Ronan comenzó a besarla infinidad de veces en el rostro, mientras le acariciaba, suavemente, el cuello con los dedos; jugó con su cabellera, intentando imprimirle su marca y, con ella, la certeza de que él estaba vivo y que había regresado de la muerte. Cuando ella abrió los ojos, lo observó con una adoración tan profunda que Ronan se quedó sin aliento.

—Eres tan hermoso, mi amor —dijo su esposa entre lágrimas—. Dios mío, por favor,

permíteme seguir contemplándolo. No quiero despertar.

—No, Ana. No soy un sueño. Soy tu realidad —le susurró al oído al abrazarla más estrechamente contra él. Al pronunciar estas palabras, la noche tachonada de estrellas se iluminó con un fulgor tan esplendoroso que Ronan apenas podía mantener los ojos abiertos. Comprendió que las estrellas y la luna reflejaban el colchón plateado que conformaban las hojas de esos árboles únicos, invitándolo a reclamar a Ana, una vez más, como su señora álmica.

Tomó delicadamente a su mujer de los hombros y la irguió para que lo mirase. Los ojos de Ronan se volvieron del mismo color platino que la iridiscencia del paisaje y, como suspendidos por el conjuro de la magia del lugar, Ana y él se contemplaron largamente. Ronan captó nítidamente que Ana aún se negaba a aceptar que él estaba allí; había sufrido tanto que su corazón temía volver a hacerlo. Le tomó el rostro entre las manos y le susurró:

—Te amo. —Y la besó largamente con intenso anhelo, buscando una respuesta. Pero Ana seguía lejos. Se detuvo, y con ternura, la miró de nuevo—. Estoy aquí —susurró y le tocó el corazón suavemente con la palma de la mano—. Por ti, mi amor —Cerrando los ojos le acarició los pechos llenos que tanto había anhelado; la sintió turbarse y suspirar. Las lágrimas de los dos comenzaron a rodar, en el mismo instante, por sus mejillas. La llenó de besos en cada centímetro de piel que lentamente fue descubriendo al quitarle la ropa con extrema delicadeza. Solo tenía ojos para ese cuerpo palpitante, vibrante, que cada segundo en siete años había pedido a gritos volver a abrazar y besar—. Quiero amarte y reverenciarte —murmuró sobre los labios suaves—; y decirte que la próxima vez que nos vayamos, solamente lo haremos juntos. Nunca más nos separaremos, mi amor. —La besó otra vez, pero con el ardor de saber que Ana, de a poco, comenzaba a volver hacia él.

Se quitó la ropa, sin dejar de degustar sus labios y la lengua suave que envolvía la suya con calidez. Desnudos completamente, la acobijó entre sus brazos para llenarla nuevamente de besos bravos y vivos, gritándole con cada uno de ellos que la muerte había sido vencida. Luego de un rato, abandonó su boca para descender a través del cuello suave, trazando un camino de besos pequeños y tiernos como pétalos de flores. Llegó a sus pechos, a los que adoró con la mirada como si jamás antes los hubiese visto. Una lágrima gruesa y plateada cayó entre ellos, gritando al universo que eran de él. Acogió a uno de ellos en su boca y al otro lo acarició con dedos suaves pero también posesivos, tal como él se sentía en ese momento. Mientras lo hacía, se juró que nada ni nadie los alejaría de nuevo. Nunca más. Y cuando ella respondió a sus besos con gemidos ardientes, su brillo platino se elevó como nunca antes, haciendo palidecer el de las estrellas.

Y volvió a atacar sus labios durante largo tiempo.

—Ronan, mi vida —la escuchó susurrar dentro de su boca—, en verdad estás aquí…

—Sí, mi amor. Estoy aquí, contigo —contestó enjugando con su lengua las lágrimas que habían llegado a los labios suaves—. Siempre —murmuró. Y atrapó su boca con un beso vehemente y explosivo, mientras acariciaba los senos preciosos que habían alimentado a su hija y a la pasión ardiente de él durante tantas noches inolvidables—. Amémonos como solo tú y yo nos prometimos hacerlo. Amémonos, mi dulce Ana, por favor…

—¡Dios mío, Ronan! Te he esperado durante tanto tiempo… Has regresado… —le dijo su esposa bebiéndose su boca—. ¡Te amo con toda mi alma!

Y la noche fue testigo de lo que Ronan y Ana alguna vez se habían prometido para siempre.

CAPÍTULO 34

—¡Miren! Ella está despertando —dijo Ruryk alarmado. De inmediato, los caminantes detuvieron la conversación que mantenían en el interior de la guarida y contemplaron la imagen de la bestia y la chica en sus brazos.

Un rato antes, Astos les había informado a todos ellos, lo mismo que a Aniel y a Ronan, que la bestia y Maia se hallaban con él en el templo.

Como Ruryk se había vuelto loco de desesperación porque el dragón le había arrebatado a Maia de las manos, Triel había solicitado un permiso al sanador para que todos ellos fueran testigos de lo que sucedía con Maia y Damián. Si bien al principio Astos se había negado rotundamente, finalmente había accedido porque quería demostrarles a los *silverwalkers* lo que él sospechaba que sucedería. Triel y Ruryk eran los más reacios a aceptar el poder de los señores álmicos y, quizás, contemplar las imágenes sería una manera de que esos dos tercos entendiesen lo que con tanto ahínco se negaban a reconocer: la importancia del camino al reconocimiento. Por ello, Astos envió una imagen virtual de lo que sucedía en el jardín del santuario, permitiendo que los *silverwalkers* hicieran un seguimiento desde la guarida, sin intervenir. Si alguien debía hacerlo, en caso de que algo saliera mal, sería él mismo.

Ruryk miró preocupado la escena ante ellos, temiendo que si le sucediese algo a Maia, los Mitchels jamás se lo perdonarían. Había fallado en cumplir su promesa al jerarca.

Recordó el momento en que Maia había caído desmayada al presenciar la conversión de Damián. Este había estado enredado en una furiosa y brutal pelea con Logan Estrada quien, una vez más, había intentado llevarse a Maia con él; y en ese mismo instante, él mismo había llegado para socorrer a la chica. A pesar de que su intención había sido apartarla del lugar para evitar que fuera testigo de la conversión de Damián, había llegado demasiado tarde. El legado ya se había activado y con él la bestia, que no tardó en arrebatarle a Maia de sus brazos para desaparecer en la oscuridad.

—Hay que esperar un poco más —dijo Astos desde su jardín.

—Esto es peligroso, sanador —siseó Ruryk por lo bajo.

—No. Ya ha sucedido una vez anteriormente.

—Sí, pero Maia no había despertado. Ahora la chica lo está haciendo. ¿Y qué cree que ocurrirá?

—Tarde o temprano esto debía suceder —contestó Gabriel.

Maia comenzaba a moverse lentamente en los brazos de la bestia, que hasta ese momento había estado como dormida, respirando lenta pero profundamente. Al sentir los movimientos de Maia, la creatura abrió los ojos y observó a su cautiva con una mirada extraña.

—¡La hará papillas! ¡Usted debe ir en su ayuda! —exclamó Ruryk a Astos.

—Damián merece una oportunidad.

—¿Está loco? ¡Ella no podrá contra él!

—No se trata de eso, Ruryk —contestó el sanador con un tono de voz como si le hablara a un

infante.

—Si intenta hacerle daño, Astos la ayudará —dijo Triel en un gruñido.

Ruryk miró a sus dos amigos con recelo y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ustedes están dementes. ¡Y ahora te has sumado tú también, Triel! —Miró con furia a su amigo que permanecía impasible—. Solo espero que *esa cosa* no destroce de un manotazo a la hermana de tu esposa —vociferó, clavando la mirada ahora en Gabriel.

—Aniel haría lo mismo que yo en este momento. Estoy seguro —contestó este.

Maia seguía con los ojos cerrados, emitiendo suaves gemidos. La vieron mover delicadamente la cabeza de un lado a otro, aturdida, para a continuación abrir los ojos lentamente.

Los caminantes contuvieron la respiración y tensaron sus músculos. Era el momento de la verdad.

Maia contempló el rostro que se elevaba ante ella. En un primer instante pensó que era testigo de una pesadilla demoníaca, por lo que el corazón comenzó a latirle a toda prisa. Los ojos que la observaban eran enormes, rasgados, y con unas pupilas verdes que de a ratos parecían teñirse de rojo. La respiración de esa cosa abrasó sus mejillas, volviéndola a la realidad. No estaba sumergida en ninguna pesadilla, sino que lo que tenía enfrente existía y pertenecía al plano real. El miedo la envolvió como una camisa de fuerza implacable. Gritó, y no una, sino muchas veces. Intentó salir de aquel encierro de músculos y escamas, pero estaba prisionera como en una jaula. Se revolvió histérica y llena de pánico intentando huir, pero la cosa la contemplaba sin darle ninguna posibilidad de lograrlo. Volvió a gritar y con los gritos se sumaron los sollozos. No quería mirar aquel rostro horrible. Comenzó a golpear los brazos tremendos que la sofocaban, sin éxito. Por el rabillo del ojo vio que la bestia la observaba y lo primero que pensó era que se estaba divirtiendo con ella para engullirla en un instante. ¿Qué podía hacer? Volvió a gritar, loca y desgarradoramente, pero nadie acudió a ella. Usó todos los recursos que conocía para poder escabullirse, pero era inútil. Estaba a merced de aquel monstruo.

—¡No quiero morir, Damián! ¿Me entiendes? ¡No quiero! —le dijo frenética, sabiendo que era inútil. Damián se había ido, lo había visto transformarse ante sus propios ojos en este monstruo que era incapaz de entenderla—. ¡Quiero que me sueltes! —gritó, sin ningún resultado. Miró alrededor y se topó con un lugar completamente diferente al que recordaba antes de desmayarse. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Volvió a gritar, sabiendo que era inútil. Y de repente, se encontró llorando como una niña.

—No me mates, por favor —murmuró y miró nuevamente, con los ojos llenos de lágrimas, a los de esa especie de dragón. Las pupilas de la bestia, que se habían vuelto de color mercurio y en cuyo centro brillaba un iris alargado como el de un gato, seguían sus movimientos. Descendió la mirada primero por la nariz fuerte y luego por la boca repleta de afilados dientes, siendo consciente, por primera vez, de que *aquello* podía destrozarla de un mordiscón. Con coraje, le miró la cabellera, negra y frondosa, que caía a los costados del cuerpo y descendía hasta las caderas. Era brillante y tupida, imperiosa y desafiante. Las escamas, también mercuriales, cubrían el cuerpo enorme, salvo las garras, que se ahuecaban para sostenerla. La cosa estaba sentada, por lo que pudo apreciar los muslos enormes, gigantes, poderosos, que formaban como una cama para mantenerla recostada en su regazo. Las pezuñas de los pies parecían puñales

encorvados, lustrosos y lacerantes. Tembló. Volvió a detener la mirada sobre las pupilas, que la observaban curiosas. La bestia emitió un gruñido suave, y el pánico volvió a invadirla al pensar en cuándo se cansaría de ella y la desharía de una mordida. Pero al observar detenidamente aquellos ojos brillantes, algo indescriptible comenzó a invadirla. Quizás el monstruo era como las serpientes que hechizaban a sus presas antes de devorarlas porque, sin saber cómo, el terror fue cediendo lentamente. ¿Sería resignación al saber que acabaría con ella en cualquier instante? ¿Y por qué se sentía súbitamente cobijada? Con estupor, comprendió que el horror que había sentido hasta ese momento suavemente iba diluyéndose a través de un delicado entramado de conexión que iba tejiéndose entre ella y los ojos cansados que la contemplaban casi con tristeza. No podía apartar la mirada de la del monstruo. En realidad sus ojos eran hermosos si se los miraba bien y, lo más revelador, era que no había nada de asesina en aquella mirada. Y la forma de esos ojos le recordaba la de los de Damián. Sacudió la cabeza, pensando que definitivamente había perdido la cordura. ¿Cómo podía, súbitamente, sentir esta especie de simpatía por el dragón?

Interrumpiendo sus pensamientos, la bestia llevó a cabo el primer movimiento, que volvió a generar en Maia un pánico feroz. Una garra enorme y afilada, se dirigió hacia ella. La vio venir, sin poder emitir ningún sonido, sabiendo con certeza que su cuerpo sería destrozado. La conexión se había acabado. Era su hora. Se retorció desesperada, sin poder evitar que las garras se acercasen más.

—Te lo ruego…—dijo entre sollozos—… déjame vivir. —Y se cubrió los ojos con las manos.

Esperó un dolor lacerante, mortal, pero nada sucedió. Siguió esperando… pero en vez de acabar siendo la cena de la bestia, se encontró con que su cabellera era acariciada con cierta delicadeza. Abrió los ojos y apartó lentamente las manos de su cara. La bestia había detenido una de las garras en su cabello y parecía jugar con él suavemente. Secándose las lágrimas con el dorso de la mano supo, de pronto, que aquellos ojos bestiales revelaban algo así como un éxtasis.

—¿Cómo…cómo puede ser? —se preguntó en voz alta. Y de repente, la cosa sostuvo su cuerpo entre las poderosas garras, y lo acercó a su rostro. Estaba encerrada entre dos paredes que no producían dolor, sino que parecían cuidarla. Se contemplaron mutuamente y Maia volvió a percibir una comunicación cálida y nítida; aquel instante parecía verdadero, aunque su mente le gritaba lo contrario. Cuando su cuerpo se encontraba a un palmo de distancia de la boca que podía llegar a destrozarla, la bestia arrimó las enormes fosas nasales a su cabello y lo olfateó. La cabellera se movió hacia atrás como si una brisa la elevara. Maia pudo observar los colmillos cerca de sus caderas y, si bien parecía una mosca envuelta en una telaraña a punto de ser devorada por una araña gigante, una tranquilidad diáfana la cubrió. El temor había desaparecido completamente y, en su lugar, un calor apacible la abrasaba intensamente.

¿Es que acaso Damián podía existir en la bestia? Esta la miró casi con ternura y, a continuación, con la garra más pequeña le rozó la mejilla con delicadeza. ¿Cómo una cosa tan grande podía medir su fuerza de esta manera y lograr una caricia tan sutil? Maia se perdió en aquel universo desconocido, pero a la vez tan agradable. Sin dejar de mirar al dragón, supo que este momento había estado predestinado en su vida desde siempre. Las veces que se había mirado en los espejos, había visto rastros de algo similar a ese monstruo que ahora tenía al frente, contemplándola casi con inocencia. Y, repentinamente, percibió los latidos de aquel corazón, bravos, fuertes y nítidos como si miles de tambores retumbaran al unísono. Ese sonido

la envolvió en una gracia que pocas veces había experimentado. Y como si algo más fuerte que su cordura la impulsara a hacerlo, alargó la mano y tocó el rostro lleno de escamas. Ante ese contacto, la bestia emitió un gruñido suave, agónico, y cerró los ojos. Maia se llenó del dolor de ese ser, un dolor que la envolvió y que le dijo que ella podía calmarlo; que sus manos podían llegar a él como nadie jamás lo había hecho. Los latidos la llamaban como una canción indígena, como si miles de tambores susurraran su nombre, invitándola a entregarse a este momento único. Y comprendió, de repente, que sus manos eran la clave.

«La bestia está dentro de ti. Ámala», recordó.

Cerró los ojos y, extendiendo las manos, entregó su poder al dragón.

—Esto es increíble —susurró Ruryk, que al igual que Gabriel y Triel, no podía creer lo que estaban presenciando.

—Se han conectado —murmuró Gabriel.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Ruryk, que de los tres era el más conmocionado.

—Lo entenderás el día que encuentres a tu señora álmica —contestó Gabriel.

Ruryk contestó con un gruñido.

—¿Entonces la bestia sabe quién es Maia? —interrogó Triel.

—¿Tienes alguna duda?

—¡Miren!—dijo Ruryk, elevando la voz y señalando hacia adelante. De las manos de Maia irradiaba una luz brillante, azul y verde, que iba envolviendo el cuerpo completo de la bestia. La chica había cerrado los ojos y se la veía nívea pero en paz. Y el dragón, que la sostenía entre sus garras con delicadeza, también cerró los ojos y emitió un rugido feroz. Maia, aún en trance y entregada a él, no dejó de iluminarlo. El brillo de las manos de la chica se intensificó de tal manera, que la bestia prácticamente dejó de ser visible. Todo se había rodeado de un halo verde y azul iridiscente. Los caminantes contemplaron la escena apenas conteniendo la respiración. Maia era una sanadora de la Estirpe, sin ninguna duda, y por primera vez eran testigos de ello.

Los rugidos de la bestia continuaron por un tiempo pero, de a poco, comenzaron a aplacarse. Ninguno de los tres podía ver lo que sucedía, ya que la luz era de una vibración tan elevada que mirarla directamente provocaría daño en sus pupilas. No supieron cuánto tiempo pasó, pero el dragón había dejado de quejarse y una melodía, entonada como por la voz de un ángel, se elevó entre ellos. Era Maia. Su voz era increíble, repleta de dulzura pero a la vez implacable. Cantaba en un idioma desconocido para ellos, que los fue envolviendo en una tranquilidad absoluta, ajena a todo. Los caminantes cerraron los ojos y se entregaron a la delicadeza del momento.

Maia los curaba a todos, sin ninguna duda. Los tres sonrieron y, de repente, la luz que los rodeaba los absorbió como un remolino y se dejaron caer en él.

No sabían cuánto tiempo había pasado desde que se habían perdido en esa energía curativa, pero al volver en sí estaban seguros de algo: hacía mucho tiempo que no se sentían tan bien como en ese instante.

—Vean… —murmuró Gabriel, que apuntaba con el dedo. Donde Maia había yacido con el dragón, ahora lo hacía con Damián, desnudo, ambos dormidos uno en brazos del otro.

—Damián regresó—murmuró Ruryk absorto—. La transformación se está llevando a cabo

sin ningún tipo de dolor. Tampoco tiene una gota de sangre mercurial en el cuerpo o el rostro…

—Maia es una sanadora, Ruryk —susurró Astos, sumándose a la conversación—. No hay duda de ello. Se lo aprecia completamente tranquilo y en paz.

—Pero entonces…

—Ella es la cura de Damián —dijo Gabriel en voz baja, sin dejar de observar a la pareja. Eran testigos atónitos de los cambios que se llevaban a cabo en el caminante.

—No… no puedo creer lo que mis ojos ven… —balbuceó Ruryk—. Solo tengo memoria del sufrimiento que Damián debía atravesar cada vez que las escamas le desaparecían del cuerpo y los músculos volvían a su tamaño normal. Hoy ha sido diferente.

—Entiéndanlo, amigos —exclamó Gabriel—. Nuestras mujeres nos completan y nos elevan, así como nosotros a ellas.

—Exacto —asintió Astos—. Fíjense en lo que ha sucedido: Maia no solo logró que el dragón la esperase para transformarse en caminante, sino que además, como Ruryk ha dicho, su presencia ha evitado la agonía que siempre ha precedido a la transformación.

—¿Y ahora? —preguntó Triel.

—Yo me retiro de este jardín —contestó Astos—. Maia y Damián tienen que decidir qué hacer el uno con el otro.

Los caminantes lo miraron por un rato y finalmente asintieron. Y lo último que observaron, antes de que la figura virtual desapareciera, fue al caminante oscuro envuelto en los brazos de la ninfa blanca.

CAPÍTULO 35

Damián despertó, somnoliento, con el aroma a lilas que lo perturbaba. Había soñado con él durante la noche y todavía seguía impregnado en sus fosas nasales. Sonrió. Movió la cabeza un poco hacia arriba y súbitamente fue consciente de que no estaba en su cama, sino en el exterior. El reflejo de la luna descendía sobre su rostro y un colchón mullido de hojas amoldaba su trasero. Abrió los ojos completamente y se encontró con un cielo tachonado de estrellas. La noche no había terminado de entonar su suave melodía. Respiró profundamente. Le gustaba verse rodeado de aquellas estrellas.

Miró a su alrededor y halló lo último que esperaba encontrar: Maia, en sus brazos, descansando profundamente en el jardín del santuario. El corazón comenzó a palpitarle locamente. La observó como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. ¿Qué había sucedido? Y de repente recordó la pelea con los caídos y toda la locura que estalló cuando Logan intentó llevarse a Maia con él. Se había convertido en la bestia. Primero se había alejado, porque sabía que era lo mejor para Maia, pero después de recorrer unos pocos kilómetros, su propio instinto lo había hecho regresar para buscar a su señora álmica y llevársela con él al jardín de Astos.

Cerró los ojos y la abrazó más fuertemente, sin poder evitar contraer los músculos de la mandíbula.

La bestia podría haberla matado.

Su alma se llenó de un profundo y oscuro pánico, que provocó un estampido en su corazón. Se sentía mezquino y egoísta, completamente destrozado. No se atrevía ni siquiera a imaginar lo que sería de su vida sin Maia. No podía, no quería y no aceptaba dejarla ir. ¿Pero cuál era el precio?

Sin embargo, Maia había logrado vencer el temor que le tenía y había decidido darle lo mejor de sí misma. Los ojos se le humedecieron al recordar la luz que Maia había entregado a la bestia con sus manos. Suspiró profundamente. Estaba cansado. Lo único que le daba paz era la chica que ahora dormía entre sus brazos, ajena a todo. Le acarició el cabello y luego, con los nudillos, la mejilla suave.

Se elevó sobre los codos y giró el torso para cubrir el de ella y, sin poder evitarlo, le rozó los labios con los suyos. Cuando Maia lentamente abrió los ojos, se vio a sí mismo reflejado en las inmensidades cristalinas. Al instante su cuerpo se tensó, preparado para la reacción de ella. Seguramente lo rechazaría después de lo que había visto de él pero, así y todo, no pudo dejar de contemplarla, percibiendo su nerviosismo.

—Solo… quiero mirarte —susurró Damián cuando Maia le devolvió la mirada con cautela. Se sumergió en la transparencia suave que tanto había añorado—. ¿Sabes entonces qué es lo que soy? —le preguntó con la voz cansada. Ella asintió con la cabeza, sin emitir sonido—. ¿Te doy miedo? ¿Sientes repulsión? —Maia continuó mirándolo en silencio. Necesitaba una respuesta o se volvería loco—. ¿Qué sientes? —insistió.

Ella lo miró de manera insondable por un largo rato. Cuando pensó que no emitiría ninguna respuesta, la escuchó musitar:

—Respeto.

—¿Qué?—interrogó Damián como si fuera imposible que hubiese oído aquello. Maia lo miró con suavidad.

—Dije…que siento respeto.

Damián la miró confundido.

—No puede ser —dijo repentinamente, preso de una enorme frustración, y se apartó de ella, levantándose y dándole la espalda, sin importarle la exhibición de su desnudez. La culpa y el terror que aquella chica le generaban lo hacían sentir absolutamente despojado. Y de repente, rompió en una carcajada y arrastró las manos por la cabellera. Por la conversión, la trenza había desaparecido y en su lugar los largos mechones de cabello le cubrían la espalda. ¿Pero qué es lo que en realidad había esperado de ella? Percibió el ruido de las hojas por detrás y se giró de inmediato. Maia estaba parada frente a él y parecía apenada. Furioso, gritó apuntándole con el dedo:

—¡No se te vaya a ocurrir escaparte! —Maia lo miró con el temor que él tanto odiaba—. ¡Sí! ¡Así quiero que me mires! —Y se acercó furibundo hasta solo unos centímetros de ella, como un dios griego con el cuerpo esculpido y bronceado—. Me has rechazado antes, y ahora, cuando me atrevo a preguntarte qué es lo que sientes ante mi terrible y aborrecible secreto, te burlas de mí. —Aspiró con violencia y exhaló—: ¡Respeto! —Y volvió a reír—. ¿Por quién? ¿Por mí? ¿Acaso no ves lo que soy? ¡Un monstruo, un asesino, un ser absolutamente miserable lleno de rabia y bronca! —Volvió a tomar aire con fuerza, con la cara resplandeciente de un halo mercurial. Y con más furia aún, la tomó de los hombros y acercó el rostro al de ella de tal manera que solo veía las pupilas celestes que lo enloquecían—. ¡Quizás sería bueno que sintieras todo lo opuesto! —bramó. Y al instante siguiente, la tomó del cabello con las dos manos, encerrándolo en ambos puños, para acercarle la cara y atacarle la boca con toda la rabia que lo ahogaba.

La besó furioso, sintiéndose miserable y perdido. ¿Cómo mierda se había atrevido a decirle aquello? Si él, en verdad, solo era digno de que lo odiaran. Quizás hasta habría podido matarla cuando la tuvo en sus brazos, convertido en ese demonio. Pero ella se le reía en la cara diciéndole que lo respetaba.

Había esperado que ella lo atacara, que se resistiera como una endemoniada, como ya había sucedido tantas otras veces. Quería pelear con ella, quería que lo provocara. Pero Maia no lo hacía, por el contrario, la sentía suave y entregada entre sus brazos.

La apartó duramente para mirarla a la cara:

—¿Por qué mierda no luchas? ¿Por qué no me golpeas o arañas como otras veces? ¿Por qué no me demuestras el asco que sientes hacia mí como antes? —Y la volvió a sacudir con brutalidad, pero Maia no respondía, solo lo miraba con esos luceros claros y húmedos que lo desarmaban. La soltó bruscamente y se volvió nuevamente de espaldas. Estaba tan enojado, tan fuera de sí.

Y tan completamente aterrado.

Aquella palabra lo había fulminado. Él la había secuestrado, la había alejado de su vida, de su mundo cotidiano, para encerrarla con él por las revelaciones de la maldita profecía, y ella le devolvía un sentimiento insospechado, que lo alejaba aún más de ella.

Posó las manos sobre las sienes y se envolvió en un silencio oscuro. Se hincó en el suelo, incapaz de soportar más humillación. Se sentía perdido, imposibilitado de manejar aquello que lo ahogaba.

Unas manos suaves y pálidas descansaron sobre sus hombros.

Respiró hondo.

Giró el rostro y se topó con el de ella, muy cerca, que lo miraba con una mezcla de dulzura y tristeza.

—No ha sido mi intención… molestarte ni perjudicarte. Te pido disculpas… Sé que al principio te odiaba, pero todo cambió… después. No puedes decir que me das asco o… que te he rechazado en este último tiempo. Tú… mejor que nadie sabes que eso no es así. Así que no… pongas en mí palabras o actos que yo no he dicho ni demostrado.

Damián se quedó observándola un instante y se sentó en el suelo, ya que las piernas eran incapaces de sostenerlo. Allí estaba ella, tan chiquita y tan grande a la vez, tan suya, tan cercana, pero a la vez tan lejana… Y en un instante la atrajo hacia sí, sobre sus muslos, sentándola a horcajadas sobre él. Colocó las palmas de sus manos sobre las mejillas pálidas y la acercó con fuerza a sus ojos, que eran como mercurio líquido.

—La verdad es que lo único que haces es que me mire a mí mismo —le dijo en un murmullo acerado—. Y me enfurece, porque lo que veo me asusta. Y como jamás antes me ha sucedido con alguien, siento que dependo de ti, de tu presencia, de tu compañía, de tu dulzura y… de tu maldito respeto.

La besó febril, sosteniéndole la cara contra la de él, impidiéndole que retrocediera. Se perdió en aquella dulzura como nunca antes. Le abrió la boca para explorarla y sentirla como a la mujer que en realidad era. Maia ya no era la chica sumisa que despertaba la compasión de todos, sino que era la única mujer que se había atrevido a permanecer con la bestia, alzar las manos y darle luz y sanación. La única que lograba hacerlo reaccionar de la manera en que lo hacía, porque se sentía torpe y fraccionado, pero a la vez unificado consigo mismo de la manera más brutal que él hubiese imaginado.

Con un puño le envolvió un mechón de cabello y lo tiró hacia atrás para revelar el cuello perfumado que lo emborrachaba. La besó con pasión desenfrenada, mientras que con la otra mano abría el escote del vestido, el cual cedía sin resistencia a su pedido. Embelesado, descubrió que Maia no llevaba sostén, por lo que encontró los senos llenos y los abarcó con sus manos, gozando de la calidez que irradiaban. Maia gimió y le entregó los pechos como una ofrenda de paz. Con urgencia, le bajó el vestido a la cintura y se posesionó de uno de los pezones erectos como una frambuesa y se lo comió con gusto. Mientras degustaba lo que tenía en la boca, con las manos amasaba el resto de los pechos, masajeándolos de abajo hacia arriba, abriendo más la boca para gozar de tanta plenitud viva. Los adoró durante un largo rato, dándose un festín inmaculado, mientras percibía las uñas de Maia clavarse en sus bíceps. Se elevó de rodillas y la levantó junto con él, sosteniéndola contra sí, mientras seguía comiéndole los pechos hinchados y cálidos. La observó, absorto, arquear la espalda completamente hacia atrás, mientras el cabello cubría el suelo como una alfombra de seda negra. Damián engulló goloso lo que su chica le ofrecía tan generosamente y con el deseo gritándole en medio de los testículos, comenzó a acariciarle con frenesí su centro más íntimo con los dedos. Maia gimió. Mientras seguía adorando los pechos con la lengua, su mano siguió acariciando la calidez más profunda.

Repentinamente, Maia emitió un gemido e intentó apartarse, empujando su pecho enorme con los brazos. Damián rompió la barrera de los brazos pálidos y la abrazó fuerte, besándola sin importarle nada, mientras seguía acariciándola con urgencia. La escuchó gemir nuevamente y, si bien ella continuó resistiéndose, no la soltó, sino que profundizó las caricias.

—Basta, Maia. Basta ya de pelear —le ordenó besándola, hasta que la percibió rendirse. La acostó sobre el pasto y, estrepitosamente, le quitó el resto del vestido y las bragas. Maia intentó evitar lo último, pero Damián se abalanzó sobre ella, sentándose a horcajadas y volviéndola a besar como un poseído, mientras le sostenía las muñecas a los costados del rostro.

—Sigues peleando contra mí —siseó dolido.

—No… Damián. No quiero… pelear contigo. Solo que… no quiero que me toques con rabia.

Aquellas palabras le dieron una bofetada en la cara. Sintiéndose el ser más bruto del planeta, aspiró profundamente y se detuvo, sin soltarla. Respiró hondo varias veces hasta que, con los ojos cerrados, buscó en su interior la dulzura que Maia necesitaba y que solo ella podía despertar en él. Percibió que su propia energía iba al encuentro de la de ella, para enroscarse como dos serpientes refulgentes en una espiral de luz que comenzó a envolverlos sutilmente. Y el aroma a lilas volvió a embriagarlo. Le soltó las muñecas lentamente y, sin dejar de mirarla, le acarició las piernas llegando al interior de los muslos, donde se detuvo. Con la palma de una de las manos abarcó el lado interno de uno de ellos, mientras que con la otra envolvió uno de los senos inflamado de tantas caricias. Inclinó la cabeza y comenzó a besarla lentamente en la boca. Colocó su miembro en la abertura suave de Maia, consciente de que jamás antes había intentado penetrarla pero, en este instante, era tal su necesidad de marcarla como suya que se sentía en medio de una encrucijada. Las partes íntimas de ambos se rozaron en una caricia húmeda y envolvente. Damián creyó que estaba a punto de ingresar a las puertas del paraíso, pero se detuvo, recordando su promesa. En cambio, se humedeció las palmas de las manos y volvió a masajear los pezones enhiestos que lo desafiaban en medio de la noche estrellada. Los atormentó dándoles forma, moldeándolos y, finalmente, degustándolos una vez más. Maia sollozaba de pasión, lo que incrementaba su deseo de manera irracional. Remolón, dejó los pechos para alzarle las caderas a la altura de la boca, con las manos aferradas a las nalgas firmes y redondas, y comenzó a degustar el valle más profundo que se abría ante él. La llenó de gloria con los labios y la lengua, jugando con los puntos más sensibles, abriéndole con los dedos los labios celosos que escondían sus más íntimos secretos. Le introdujo un dedo que la humedeció completamente y a este le siguió otro. Golpeó suavemente en el interior de ella, como había hecho la vez anterior. Acompañó el ataque de sus dedos con la lengua, deleitándose con el ondular de las caderas que se movían con frenesí delante de sus ojos. De inmediato, captó el brillo iridiscente que adoraba y la vio incorporarse del suelo, y extender los dedos gráciles hacia su cabellera, de la cual se aferró. Le tironeó el pelo, presa de una pasión violenta, a la vez que él le elevaba aún más las caderas del suelo, profundizando el acoso de la lengua en todo el interior de su más secreta femineidad.

Ella dejó de pelear con su pelo y apoyó las manos y la cabeza en el suelo, haciendo girar esta última de un lado a otro ante la fuerza de la pasión que la quemaba. Damián calzó las piernas suaves y firmes sobre sus hombros y la polla se le engrosó, mientras seguía bebiendo de aquella fuente inagotable de calor. Le cubrió los senos con las manos y le pellizcó los pezones. Al instante, captó la tensión del cuerpo de Maia, quien estrechó los muslos contra sus mejillas, abrazándolas con fiereza. Y, para su regocijo, la escuchó gritar y volver a gritar, retorciendo el cuerpo, tratando de pegarse más a su boca y a sus dedos. A un orgasmo siguió otro, y otro.

Damián se apartó un tanto y se tomó el pene con la mano, restregándoselo con fuerza de arriba hacia abajo, para alcanzar juntos el próximo orgasmo de ella. Derramó su semilla en el piso, con las piernas de Maia colgadas sobre sus hombros. Tomó aire como pudo, bañado en

sudor y adoración por esa muchacha loca que le había arrancado el corazón de cuajo.

Respiraban agitadamente. Aquello había sido una maratón de sentimientos y cuerpos entrelazados donde habían experimentado una entrega poderosa, el placer más sublime y… un absoluto amor. El amor que a él lo embargaba y lo elevaba. Sonrió. Buscó a su musa con la mirada, y cuando la encontró, lo sorprendió verla abalanzar su cuerpo contra el de él para tirarlo contra el piso y ponerse en cuclillas sobre él. La pequeña era toda una fiera en ese momento. El cabello le caía como una cascada sobre la cara y desfallecía lánguido sobre su estómago. La observó desplazarse hacia abajo para llegar a su miembro y besarlo. Damián cerró los ojos y gimió de placer. Si bien él ya había tenido un orgasmo, ahora Maia lo desafiaba a otro.

Damián la ayudó a introducir su miembro en el interior de la boca y Maia lo acarició y besó como si fuera un ángel que venía a rescatarlo de tanta soledad.

Repleto de un deseo irrefrenable, Damián la tomó de la nuca para profundizar el contacto. Mientras los labios llenos succionaban la plenitud de su hombría, la lengua cálida rozaba las arterias llenas de sangre de plata, que la erigían palpitante. Y Damián pensó que moriría. Ahora le tocó a él levantar las caderas, y con las manos le abarcó los pechos que se agitaban frente a él.

Una esfera platino los envolvió, abrazándolos en la pasión desbordante que los unía. Abrió las piernas, exponiendo su pene completamente a la caricia húmeda de la boca de Maia y, al instante siguiente, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Un grito desaforado salió de su garganta para descargar, una vez más, la semilla iridiscente. Retorció las caderas, loco por el contacto de esos labios febriles y se dejó caer en un abismo oscuro que, poco a poco y junto con la plenitud de su gozo, se iluminó de una luz plateada maravillosa.

¡Dios! Ahora entendía a Gabriel cuando explicaba lo que era hacer el amor con la señora álmica. Nada, absolutamente nada era más sublime que ello.

Se incorporó para levantar a Maia de las axilas y llevarla hacia él, que volvía a recostarse de espalda. Los pechos llenos quedaron a la altura de su boca, invitándolo a amamantarlos con ansias. Y así lo hizo, engolosinado. Maia volvió a gemir y, sin más, ambos rodaban en el suelo, abrazados, tratando de sentirse y tocarse otra vez. La llama del deseo se había encendido nuevamente, y los dos corrían a su encuentro.

—¿Por qué estabas tan enojado conmigo cuando te dije que te respetaba? —preguntó Maia en voz muy baja, mientras Damián y ella degustaban el placer que sobrevenía a la culminación del mutuo deseo. Yacían acostados en el jardín de Astos, lleno de flores y estrellas, al lado de una cascada de agua donde habían nadado un rato y vuelto a hacer el amor. En realidad, lo habían hecho tantas veces durante la noche que estaban completamente agotados. Pero Maia no descansaba. Necesitaba saber más.

—Porque cuando te quedaste en silencio ante mis preguntas, pensé que me estabas rechazando. La ira surge del miedo, Maia. Y yo tenía miedo de que me abandonaras.

—Lo dije en serio, Damián.

—Ahora lo sé.

Maia le dio un beso en la mejilla que le produjo al caminante un profundo bienestar. Ella era el ser más dulce que había conocido.

—Debo hacerte… una pregunta.

Damián le dio un beso en la punta de la nariz.

—Adelante, soy todo tuyo.

Maia apoyó la mejilla en su pecho, pero ninguna palabra salió de sus labios. El cuerpo de Damián se tensó. Aquello era una señal de que Maia intentaba tomar coraje para hacer la pregunta, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Por qué… estabas allí… aquella noche? —Lo dijo apenas en un murmullo, mientras le acariciaba el bello del pecho con los dedos. Damián hacía lo mismo con la cabellera tupida de ella, que envolvía, como un manto, el costado de sus cuerpos. Más de diez meses, pensó Damián. Había llegado el momento más temido, y no estaba preparado para responder. Pero le debía a Maia las respuestas que buscaba.

—Hacía tiempo que sospechaba de la existencia de traidores de la Estirpe y había decidido investigar por mi propia cuenta la veracidad de esta sospecha. Esa noche, me infiltré entre los caídos sabiendo que si había algún traidor, lo más probable era que lo encontrase en una de las guaridas de nuestros enemigos. El único objetivo de mi misión era constatar que mis dudas eran ciertas, por lo que no podía detenerme a rescatar a ninguna víctima. De haberlo hecho, habría originado una batalla innecesaria a los objetivos de la misión. Lo que menos me imaginé fue que precisamente esa noche la víctima que tendría ante mis ojos serías tú. —Damián captó al instante cómo el cuerpo de su señora álmica se tensaba y supo que debía ir con cuidado. Si lograban atravesar este momento, quizás ellos tuviesen, finalmente, la posibilidad de sanar el pasado y comenzar a construir el futuro que él tanto anhelaba—. Lamentablemente, en ese momento yo no sabía nada acerca de las profecías y lo que estas revelaban en torno a nuestras señoras álmicas.

—No… comprendo—dijo Maia con el cejo fruncido.

—Por favor, permíteme seguir explayándome.

—Por… supuesto.

—Esa noche, al no dar con ningún miembro de la Estirpe entre los caídos, debía apresurarme a darme a la fuga. Pero al verte en la camilla donde te tenían atada, sentí un dolor profundo que me laceró el pecho. Ni siquiera cuando rescatamos a mi hermano Triel sentí aquella agonía. Esa agonía de la que te hablo me ha perseguido desde ese macabro instante en que debí dejar aquel lugar sin poder llevarte conmigo, hasta que te encontré de nuevo. Al principio no podía explicar la razón de esa obsesión. Estabas en mí a cada instante, no podía sacarte de mis pensamientos y, por más que lo intentaba, tu imagen se había imprimido en mi mente y en mi alma como una huella digital. En un primer momento pensé que estaba loco y no me atreví a hablarlo con ninguno de los otros caminantes, pero cuando los jerarcas de la Orden Superior se expidieron, explicándonos de la existencia de las mujeres que serían nuestras señoras álmicas, la duda se instaló en mí. ¿Y si tú eras una de esas mujeres? ¿Y si eras la mía? Una angustia visceral se plasmó en mí cuando me di cuenta de que quizás tú no habías podido sobrevivir a la cámara de tortura de los caídos.

En medio de mi desesperación, Aniel apareció en nuestras vidas y, cuando ayudé a Gabriel a investigar sobre ella, llegué inexorablemente a ti. Al reconocerte y enterarme de que habías logrado escapar de los caídos, me sentí profundamente aliviado. Pero el alivio fue momentáneo, ya que tú habías desaparecido y nadie conocía tu paradero. Y en medio de esa incertidumbre, sucedió aquello que confirmó quién eras tú.

—¿Qué… quieres decir? —preguntó Maia insegura. Damián sabía que era un tema delicado, pero necesitaba expulsarlo.

—Tuve acceso a muchos videos en los cuales danzabas en diferentes teatros de México. Los observé cientos y cientos de veces, memorizando cada rasgo de tu imagen. Pero no solo eso, sino que además me conecté con tu esencia de una manera indescriptible. No podía dejar de observarte. He visto esos videos tantas veces que me los sé de memoria. Cada paso, cada salto, cada movimiento de tus brazos, piernas, torso e incluso de tu cabeza, los conozco. Y a esa altura te habías transformado en algo más que una obsesión. Eras un éxtasis para mis sentidos. Y un día, cuando danzabas de manera tan bella y deslumbrante… sucedió lo que jamás me había pasado… Yo… —¿Cómo podía decir aquello con palabras que no resultasen vulgares?

—¿Qué? —preguntó Maia insistente, ajena a todo.

Damián la miró y sonrió apenas.

—¿Cuál es la evidencia física de un orgasmo en un hombre, Maia?

La respuesta a aquella pregunta hizo que Maia abriera los ojos aún más.

—¿Es que … o sea … nunca te había pasado antes? —la escuchó balbucear—. ¿Jamás habías estado con otra mujer antes que yo?

Damián sonrió ampliamente. Se sentía torpe e inseguro, pero no podía seguir postergando la explicación más importante que le debía a Maia.

—Cuando los machos de nuestra casta copulamos, no podemos eyacular a menos que estemos junto a nuestra señora álmica. —Observó el rostro de Maia volverse aún más pálido que nunca antes—. Pero al hacerlo mientras miraba tus videos —prosiguió con voz pausada—, confirmé quién eras tú. Y entonces creí perder la razón. No tenía idea de dónde estabas y qué había sido de ti. Lo único que sabía por Aniel era que estabas viva, pero enfrentarme al hecho de que justamente tú eras mi señora álmica, y que habías estado a punto de morir frente a mí sin yo haber hecho nada, casi me destruye. ¿Cómo podía hallarte? Era como buscar una aguja en un pajar. Pero justo en ese instante surgió una increíble posibilidad para recuperarte, ya que un agente de la Estirpe de Ciudad de México me llamó para informarme que te había visto ingresar en el edificio de una fundación destinada a ayudar a niños de la calle y que era manejada por religiosas. Aparentemente vivías allí, y contribuías con dinero ofreciendo en forma gratuita galas de ballet a beneficio. Así que viajé a México de inmediato y, al dar contigo, se produjo aquella persecución que culminó en el interior de la fundación con la humillante batalla con las monjas y los niños.

—¿Por qué… sospechabas que había traidores dentro de la Estirpe? ¿Tenía ello algo que ver conmigo?

Damián suspiró.

—Aunque mis sospechas comenzaron a gestarse de a poco en mí, la noticia de un enfrentamiento entre los caídos y miembros de la Estirpe acaecido en Ciudad de México sin que nosotros hubiésemos dado la orden, prácticamente confirmó mis sospechas. Y el motivo del combate habías sido tú.

Maia levantó por primera vez la cabeza y lo miró asustada.

—¿Yo? —balbuceó.

Damián la abrazó fuertemente.

—Tú eres la encargada del segundo símbolo. Y si bien los *silverwalkers* somos los únicos guerreros de la Estirpe a los que se les está permitido hallarlos, hubo alguien dentro de la Estirpe que dio la orden a nuestras tropas de salir a buscarte, sin consultárnoslo. Y, por lo visto, los

caídos habían tenido la misma intención.

—¿Pero… cómo sabían ustedes que yo… soy la encargada del segundo símbolo?

—Es una larga historia que se remonta a mucho tiempo atrás. Alguien de la Estirpe, que conocía sobre la existencia de los símbolos y sus depositarias, cayó preso en manos de los caídos. Luego de ser sometido a una cruel tortura durante demasiados años, finalmente confesó.

«Tu propio padre, Maia», pensó Damián para sí.

—Me asusta pensar que ha habido tanta gente que sabía de nosotras y de los símbolos durante tanto tiempo, cuando nosotras estábamos ajenas a todo ello.

Damián suspiró y la acomodó mejor entre sus brazos para tenerla más cerca.

—Lo sé.

Un silencio inmaculado se instaló entre ambos. Maia ya no lo acariciaba, sino que su mano descansaba lánguida sobre su pecho, como si tuviese temor de moverla.

—¿Y tú… crees que soy… tu señora álmica?

Damián guardó silencio por un instante. Maia había decidido incursionar en el tema que a él tanto le preocupaba.

—Lo eres, Maia. Por ende, tu presencia en mi vida es demasiado importante.

—¿Puedes… ser más claro? —preguntó apoyando la mejilla nuevamente sobre su pecho.

—Antes de hacerlo, necesito que haya paz en nuestras almas y, en especial, necesito redimir la mía.

La escuchó respirar profundo, pero permaneció callada. Damián continuó jugando con el pelo suave que envolvía entre sus dedos. Maia necesitaba tiempo para reflexionar. Al menos ella ya no salía corriendo de su lado apenas lo veía, y además conocía el terrible secreto que lo acompañaba. Había sido tan valiente que se sentía conmovido.

—¿Acaso crees que no te he perdonado? —murmuró finalmente sobre su pecho.

—¿De verdad me lo preguntas? —contestó emitiendo una suave sonrisa. La acercó más a él, para apoyar el mentón sobre su cabeza y así estrecharla más fuertemente—. Claro que no. No sé si yo hubiese podido hacerlo. Pero pídeme lo que quieras, incluso que desnude aún más mi corazón. Si ese es el precio de tu perdón, lo haré todas las veces que sean necesarias.

La mano de Maia había comenzado a acariciarle nuevamente el pecho con suavidad mientras él hablaba.

—No quiero… que haya un precio en todo esto que ha sucedido entre ambos, Damián, ni pretendo que lo pagues, pero es importante para mí saber qué es lo que en verdad deseas de mí. Me has dicho muchas cosas, algunas muy confusas, y realmente no logro comprender qué es lo que te une a mí y por qué luchas para que yo te libere de tu agonía interior.

—¿Te olvidas de tu rechazo?

—En un principio fue así, pero ahora es diferente. Yo no sabía quién eras y solo me inspirabas temor y mucho dolor. ¿Qué esperabas? Cuando te vi, solo supe que quería estar a miles de kilómetros de ti.

—Lo sé. Y soy consciente de que hay fuertes escollos entre nosotros, pero deseo superarlos y llegar a la meta final.

—¿Cuál es esa meta final, Damián?

—Nuestra unión.

Maia volvió a levantar la cabeza y lo miró con la transparencia sublime de sus ojos que lo dejaba sin aliento. Y percibió nuevamente su inseguridad.

—Damián… yo… no creo que estemos destinados a estar juntos. Hay… demasiado que sanar y curar, y nos llevaría toda la vida hacerlo. Hay… una atracción poderosísima entre tú y yo, lo sé, pero… no es suficiente.

—O sea que jamás me perdonarás.

—Puedo perdonarte… ya mismo, pero así y todo no sería suficiente para curar el desastre ocurrido en nuestras vidas.

—Si me perdonaras, comprenderías que aquel día, en aquella precisa hora, en aquel exacto lugar, te encontré para ser testigo de la terrible agonía que has vivido desde que los caídos ingresaron en tu vida. Yo soy aquel que puede comprender como nadie lo que te carcome interiormente. Si huyes, sé por qué lo haces y, si odias, también. Sé lo que te pasa y lo que luchas por encontrar. Si hallas paz y alegría, también mi corazón lo siente. Lo mismo si te percibo amar. Soy tu señor álmico y todo esto que te describo ratifica que lo soy. Pero lamentablemente, aquella noche yo no lo sabía. Los jerarcas aún no se habían explayado sobre el tema de nuestras señoras álmicas y, por ende, no asocié lo que sentía en ese momento al hecho de quién eras tú en realidad para mi vida. Solo era consciente de que me sentía peor que cuando mi hermano cayó víctima de los caídos.

—Dios mío… tu hermano…

—Fue hace mucho tiempo, pero jamás olvidaré lo que debió padecer. Nos llevó demasiado tiempo encontrarlo. Ellos tuvieron a Triel en su poder durante tres años. No puedo explicarte por el tormento que lo hicieron pasar. Quedó tan destruido que aún hoy no puedo creer que esté llevando su vida medianamente bien. Cuando lo encontramos, estaba tullido, muerto de hambre, flagelado y lacerado, tan acabado física y psicológicamente que no sabíamos cómo podríamos salvarlo. Era la expresión de la máxima degradación humana. No ha sido fácil su recuperación, pero hoy en día Triel ha salido adelante. Y tú me recuerdas todo aquello que no pude hacer por mi hermano en su momento. ¡Qué ironía!

Damián sintió el pecho húmedo y, cuando bajó la vista, observó que las lágrimas de Maia eran las responsables.

—No sientas pena por mí o por Triel —la consoló con una caricia en la mejilla—. Lo hemos superado juntos.

—Tu hermano… ¿también puede convertirse?

—Triel lleva un legado como yo, pero el de él aún no se ha activado. —La estrechó más fuertemente—. Lo venimos superando juntos. Y, de la misma manera, quiero eliminar lo que me separa de ti. Tu perdón sincero sería un comienzo.

—Pero yo…

—¿Qué, Maia? —le preguntó con suavidad. Aunque dudaba, la sentía más entera y fuerte.

—Damián… comprende que no es suficiente… con mi perdón. Se trata de que yo… yo no podría responderte como una señora álmica de verdad. —Se enjugó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano y miró hacia el firmamento—. Solo quiero tener una vida tranquila donde pueda danzar para los demás —prosiguió—. Es lo único que en verdad amo. Si no hubiese tenido la danza como profesión, jamás habría podido superar lo que he padecido. Ha sido la catarsis que me ha permitido seguir avanzando. ¡Y los niños! Amo a esos chiquillos de la

fundación. Me gusta compartir mi vida con ellos, acompañarlos en su crecimiento y ayudarlos a abrigar sueños y desear un futuro próspero. Y Rosarito… tú sabes… —Lo miró—. ¡Mi tarea me completa! ¿Dónde podrías encajar tú en ese estilo de vida? Eres un guerrero dedicado a cazar caídos, y supongo que te has confundido con respecto a mí. Yo no puedo ser tu señora álmica si he entendido bien a lo que te refieres. Te lo juro, Damián… —Se detuvo y las lágrimas volvieron a caer por las mejillas, esta vez sin descanso—. No soy yo la que debe formar parte de tu vida —susurró—, sino una mujer que comprenda lo que haces, y sobre todo… que te acepte tal cual eres.

—¿Te parece imposible hacerlo?

—En realidad… no entiendo tu secreto pero, aunque parezca una locura, no me asusta ni me aleja de ti. Lo que no acepto… —Se detuvo otra vez y volvió a limpiarse las lágrimas que abrasaban su piel. Lo contempló desde una profundidad dolorosa, palpable y visceral—… lo que no puedo aceptar es lo que representas —concluyó, sabiendo que le hacía daño—. Y quizás pienses que soy una persona sin corazón al decirte esto, pero no es así. No quiero mentirte… ni quiero perjudicarte.

—Pero reconoces que te sientes atraída a mí.

—Sí.

—¿Y no te has preguntado si quizás todo es más fácil de lo que crees?

—No.

—Escucha y, por favor, no hables hasta que termine. Después podrás dar tu veredicto.

Maia lo miró con ternura.

—Está bien —susurró.

—Comprendo lo que me dices, pero entre ambos hay mucho más. —La vio negar con la cabeza, casi con desesperación—. Te dije que me escucharas… —insistió con voz grave mientras le tomaba suavemente el rostro entre las manos—... y te ruego que tu mente no distorsione lo que tu corazón dice. —La observó mirarlo con recelo, pero luego de un instante ella asintió suavemente. Le soltó el rostro para tomarla de los hombros con delicadeza—. La conexión que nos une es inquebrantable, al menos si decidimos luchar por ella. Me has visto convertido en una bestia, Maia, y en vez de salir huyendo me abrazaste y me diste sanación. Captas mis sentimientos de una manera apabullante, así como yo capto los tuyos. Puedes percibirme en cualquier tiempo y lugar, como yo a ti. Podemos percatarnos de nuestras esencias de manera única. Y cuando nos vemos y estamos cerca el uno del otro, nos sentimos febrilmente atraídos físicamente. ¿Has experimentado esto con algún otro hombre?

—Yo…

—Contéstame.

—No. Pero tampoco tengo experiencia, Damián. He vivido casi oculta toda mi vida, salvo cuando he tenido que bailar en los diferentes teatros o en la fundación. No tengo parámetros para comprender lo que podría sentir por otro hombre.

—Entiendo. —Trató de decir esto con el mayor aplomo posible pero, interiormente, y ante la imagen de que Maia pudiese compartir algo con otro macho, enloquecía de celos—. Pero desde que me conoces —continuó, intentando parecer neutral—, si bien has intentado huir, todo te ha traído hacia mí.

—Pero no desde mi libertad, Damián. Yo no regresé por mí misma, sino porque me

obligaste.

—Lo sé. Pero también sé que mientras estábamos separados, pudimos percibirnos. Te sentí, Maia. Te mirabas al espejo y reconocías lo que has visto hoy en carne y hueso.

La joven lo miró estupefacta.

—¿Cómo…?

—Por eso hoy no huiste de mí. Al mirar a la bestia, reconociste lo que habías visto en tu interior frente al espejo tantas veces.

—Me asustas… —balbuceó apartándose un poco de él.

—No te alejes y enfréntalo de una vez. Tú y yo tenemos una conexión indestructible, salvo que uno de los dos se niegue a aceptarla.

—Pero… —farfulló—, ¿cómo sabes… lo del espejo?

—*In Lak'ech Ala K'in*[5].

—¿Sabiduría maya?

— Yo soy otro tú y tú eres otro yo.

—Pero, Damián, no puede ser. Yo… yo … no siento esa clase de amor del que tú me hablas.

Escucharla decir aquello fue como recibir una trompada demoledora en el centro del alma. Pero jamás se rendiría.

—Ese amor se expresará, Maia. Está dentro de ti, pero necesitas tiempo para reconocerlo y, sobre todo, para abrazarlo.

—Los miembros de una pareja saben… si podrán estar juntos, Damián, pero todo en mí… siente que no es así. No puedes obligarme a sentir algo… que no existe.

—No lo haré. Pero nada ni nadie me convencerá de lo contrario: ese amor que te une a mí sí existe. Y también sé que, de a poco, como el río que desemboca en el mar, llegará a manifestarse en toda su bravura y esplendor. Y en ese instante, recuerda mis palabras, por favor, porque será sublime. Prepárate.

—Es… imposible. No puede ser verdad.

Damián la miró y sin darle tiempo a nada, la besó. Acalló su boca con la suavidad de besos sabrosos, tiernos y húmedos. La abrazó y rodó con ella para quedar encima de su cuerpo, al que comenzó a reverenciar con las manos, la boca y el calor de su alma.

—No puede ser… —insistió Maia en un susurro con los ojos cargados de perlas líquidas que amenazaban con fluir nuevamente mientras intentaba detenerlo.

—Díselo a tu cuerpo.

—¿Pero no comprendes que…?

—Shhh… calla, mi amor —susurró sobre su boca—. La que tiene que comprender y aceptar lo que ya es suyo eres tú.

---

5 Saludo maya de honor y una declaración de unidad: *Yo soy otro tú, y t*ú eres otro yo. Es un saludo similar a *Namasté*, de India

CAPÍTULO 36

Ana suspiró, envuelta en las sábanas blancas del lecho donde había descansado junto a su esposo luego de haber pasado horas gloriosas al lado del arroyo. Escuchaba el ruido del agua de la ducha y aún no podía creer que aquello de verdad estuviese sucediendo.

Ronan y Aniel estaban vivos.

Entonces ¿por qué Lautaro y Damián suponían otra cosa? ¿Qué es lo que había sucedido en realidad? ¿Tendría algo que ver con las palabras finales dichas por Damián en su *loft*: «Creo que lo que Ronan había vaticinado respecto a Aniel y Gabriel se ha cumplido»?

Se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más, absolutamente conmovida por el regalo que la vida le había ofrecido. No conocía todas las respuestas, pero sí la más importante: los Mitchels volvían a estar juntos.

Se llevó las manos a la cara y sonrió con anhelo. Solo faltaba que Maia se enterase de a dónde pertenecía.

Apenas despertó esa madrugada, había intentado levantarse para saber de Maia, pero los brazos de Ronan la habían envuelto para retenerla contra él.

—Nuestra pequeña hija está bien, mi amor. Ella está con quien debe estar —le había susurrado al oído.

—¿Damián?

—Sí, su señor álmico.

—¿Es él? —preguntó apabullada ante la revelación de su esposo.

—Sí, mi amor. Por eso se ha afanado tanto por encontrar a Maia.

Damián nunca le había confesado nada de esto, pensó Ana, pero ahora todo quedaba claro. A pesar de sus dudas iniciales, ella siempre había intuido que el guerrero era un aliado y no un enemigo para su hija. Ahora sabía por qué. Damián quería a su hija y la defendería con su vida hasta el último instante. Era lo que ella había vivido con Ronan durante tantos años y era lo que esperaba que sus dos hijas también experimentaran.

Luego de la revelación de Ronan, Ana se había quedado tan tranquila que disfrutó gustosa de las varias veces más que hizo el amor con su esposo, como si fueran dos adolescentes. Era que en realidad, después de tantos años separados y tanto sufrimiento, así se sentían. Necesitaban recuperar el tiempo que la vida les había quitado, y la manera más gloriosa de hacerlo era a través de expresar de todas las maneras posibles el amor que se tenían.

—Estás preciosa —le dijo Ronan, que había salido de la ducha y estaba completamente desnudo delante de ella. Ese hombre era hermoso, con un aura real que lo hacía parecer de la nobleza.

Ana sonrió y extendió los brazos hacia él, que aceptó gustoso. Cayeron en la cama y sonrieron encantados. Ronan la abrazó y la besó nuevamente como lo había hecho durante toda la noche y toda la madrugada.

Se sentaron uno frente al otro para mirarse fijamente durante un rato largo. Mientras lo hacían, se acariciaron, sonrieron, y volvieron a besarse.

—No puedo creer que estés aquí —le dijo Ana mientras le sostenía la cara con las dos manos y se acercaba para sobarle el labio inferior que tanto adoraba.

—Ni yo —contestó Ronan, que abrió la boca para devorar la de ella. Luego de un rato, separaron las cabezas y volvieron a detener la mirada de adoración el uno en el otro.

—¿Dónde has estado? —preguntó Ana con los ojos húmedos, sin dejar de acariciarle la mejilla con los nudillos de la mano.

Ronan suspiró.

—Vivo y muerto.

Ana lo abrazó con fuerza.

—Jamás permitiré que nuestra familia sea destruida otra vez —exclamó con la boca apoyada contra el pecho firme de su esposo. Ronan la mantuvo sujeta contra él, devolviéndole el abrazo con todas las fuerzas de su alma.

—Ninguno de los dos lo permitiremos. Fui muy ingenuo cuando creí que los caídos buscarían a Aniel después de que cumpliera sus veintitrés años. Nunca imaginé que Sácritos se me adelantaría siete años. Además, nunca lo vi en mis videncias, Ana. Jamás. No es una excusa porque me resulta difícil disculparme ante semejante estupidez de mi parte. Debería haber estado preparado, atento a un posible ataque de los caídos.

—Hemos aprendido, mi amor. Por eso, más que nunca necesitamos estar íntegros para cuidar a nuestras hijas.

—A Dios gracias, Gabriel está junto a Aniel. No sabes la felicidad que me produce que se hayan encontrado. Él es un muchacho excelente y adora a nuestra hija. Jamás en mi vida la he visto más feliz.

—¿Cómo hallaste a Aniel? —preguntó Ana con la voz ahogada por el pecho de su esposo.

Ronan suspiró y revolvió el cabello suave de su esposa con los dedos. Era hora de que ella también supiese algunas verdades.

—Aniel y yo nos topamos hace pocos meses… —comenzó a relatar Ronan, cuando se vio interrumpido por un golpe en la puerta, a la que él había cerrado con traba unos instantes antes de que Ana y él continuaran con lo que habían iniciado a la orilla del arroyo.

—Un momento —exclamó y tanto Ana como él se apresuraron a colocarse sus respectivas batas para después abrir la puerta.

—¡Mamá! —exclamó Aniel, que luego de dar un beso a su padre en la mejilla, corrió al encuentro de su madre. Se abrazaron con una alegría tan profunda que el cuarto pareció llenarse de sol.

—Aniel, mi amada hija —susurró Ana con su mejilla apoyada en la cabeza llena de bucles. Cuando Aniel irrumpió en lágrimas, ya ninguna pudo detenerse.

Gabriel abrió la puerta preocupado, porque había captado el vaivén emocional de su mujer, pero la escena que se erigía ante él le reveló lo que en realidad sucedía.

Ronan lo miró y asintió con la cabeza, asegurándole que podía comprender lo que él sentía y Gabriel le agradeció con un gesto similar. Con una sonrisa, cerró la puerta y dejó a la familia disfrutar de su reencuentro.

Aniel buscó la mirada de su padre.

—Ven, papá. Acércate, por favor —lo invitó extendiéndole la mano. Ronan se la tomó y se sentó junto a su hija y su esposa en la cama. Parecía uno de aquellos domingos en familia que habían disfrutado hacía tanto tiempo, cuando se levantaban tarde y desayunaban en la cama todos juntos.

—Aún creo estar soñando—dijo Ana acariciando los bucles rubios que tanto había añorado volver a ver.

—Están los dos a mi lado, por fin —susurró Aniel con una sonrisa tan deslumbrante, que Ana volvió a emocionarse—. Y además les tengo una noticia que les dará mucha felicidad.

—¿En qué andas, pequeña? —preguntó Ronan con una mueca simpática en la cara.

Su madre la miró y sonriendo le preguntó:

—¿Me harás aún más dichosa de lo que lo soy, mi amor?

Aniel asintió y suavemente tomó la mano de cada uno para depositarlas sobre su vientre.

—Serán abuelos en unos meses.

Ana y Ronan abrieron los ojos enormes y con un grito de alegría se estrecharon en un abrazo, llenos de felicidad.

—Es lo más hermoso que nos has podido regalar en el día de hoy —exclamó Ana, radiante.

—Lo sé, madre.

—¿De cuántos meses estás?

—Alrededor de dos y medio.

—Es una bendición para ti, Gabriel y toda la casta, hija —dijo Ronan emocionado.

—Después de todo lo que hemos vivido, me parece increíble que hoy pueda estar informándoles de una maravillosa vida que está llegando. Nuestro bebé.

Ana se enjugó una lágrima y miró a su hija intensamente.

—Casi morí cuando me informaron que tanto tú como tu padre habían muerto en el enfrentamiento entre Sácritos y Gabriel. Pero, gracias a Dios, no era verdad. ¿Qué pasó?

Aniel miró a su padre, insegura de lo que podía contar o no.

—Tú sabes acerca de los símbolos que la Estirpe ha profetizado que deben ser hallados —dijo Ronan.

—Sí. Tu padre, Johan, me lo explicó el mismo día que tú me dijiste que eras miembro de la Estirpe de Plata, tiempo antes de casarnos.

—¿Por qué nunca me contaron que yo también lo era? —preguntó Aniel.

—Eras muy pequeña —contestó su padre—, y Ana es una humana. La unión entre tu madre y yo fue aceptada por los jerarcas de la Orden con cierta disconformidad, y no estábamos seguros de cómo la genética operaría en ti. Se nos había asegurado que jamás podríamos procrear, por lo que varias veces con tu madre habíamos hablado de adoptar niños huérfanos de la Estirpe. Sin embargo, tú y tu hermana vinieron al mundo echando por tierra el fracaso de reproducción entre una humana y un miembro de la Estirpe.

Aniel asintió.

—¿Qué es lo que hizo que finalmente la unión entre ustedes fuera aceptada por los jerarcas?

Ronan sonrió.

—Ellos me debían muchos favores. Desde que tengo memoria he sido un guerrero incondicional en la lucha contra nuestros enemigos y, cuando se mostraron reticentes, los

amenacé con dejar de serlo. Cuando conocí a tu madre, supe de inmediato que era mi señora álmica, aunque nadie lo creía en un primer momento. Con el tiempo lo hicieron y, finalmente, aceptaron este hecho diferente.

—Tu padre iba a explicarte quién eras en realidad tres meses antes de que cumplieras los veintitrés años —agregó Ana.

Aniel hizo una mueca con el rostro, como si hiciera memoria.

—Recuerdo que papá y el abuelo Johan siempre me hablaban de esa edad y yo no comprendía por qué. Ahora lo sé. —Miró a su padre con ansiedad y le preguntó—: ¿Puedo ser clara con mamá?

Ronan asintió.

—Madre, el primer símbolo ha surgido y, gracias a ello, estoy aquí.

—¿A qué te refieres, hija?

—A que el símbolo se puso de manifiesto ante la unión de mi amor con Gabriel. Se trata de un portal que permite no solo el traspaso de almas de la Estirpe de la Tierra a la multidimensionalidad, sino también al revés. Da vida a las almas que la merecen. Si yo no hubiese reconocido a Gabriel como mi señor álmico, el símbolo no se habría manifestado y yo jamás habría podido regresar a la materia.

—¿Qué… me estás queriendo decir, hija? —balbuceó Ana mirando primero a Ronan y luego a Aniel, que le devolvía la mirada con inmensa dulzura.

—Estuve muerta, madre.

Ana palideció y, de inmediato, emitió un sollozo ahogado.

—Entonces tú…era verdad —dijo, mientras las lágrimas incontenibles mojaban sus mejillas.

—Sí, pero fue durante un corto tiempo, madre.

—Ronan… —murmuró y se volvió para mirarlo—. ¿También es verdad que tú..?

Ana no pudo culminar la pregunta. Sabía la respuesta y era demasiado dolorosa. La mirada de Ronan se cubrió de una tristeza inconmensurable.

—Sí, Ana. Yo la maté. —Y apenas terminó de decir la última palabra, las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas del guerrero.

Ana se acercó a su esposo y lo observó con una intensidad inusitada.

—¿Y dónde estabas tú después que ella murió? —susurró.

—A su lado —respondió con las lágrimas agolpándosele en la boca.

—¿Entonces tú también… fuiste bendecido por el símbolo de nuestra hija y Gabriel?

Ronan asintió con la cabeza y Ana comprendió todo súbitamente. Damián y Lautaro le habían dicho la verdad, solo que ahora se completaba. Estrechó a Ronan y a Aniel fuertemente contra sí.

—Aún no puedo perdonármelo—balbuceó Ronan, devastado.

—Padre, por favor…

—Y no es solo eso, Ana —prosiguió el guerrero con la voz ahogada, sin permitir que su hija lo redimiese—. También confesé a esos malditos, de la manera más humillante, todo lo que sabía de los símbolos y de la responsabilidad de nuestras hijas y sus amigas para con ellos. —Se detuvo un instante, con la mirada cargada de lágrimas y resentimiento hacia sí mismo, para luego continuar—: ¿Qué clase de guerrero traiciona así a su Estirpe y a su familia? —siseó—. ¿Cómo

es posible que la Orden decidiera ascenderme a jerarca, por Dios? Y lo que más me pesa: ¿cómo puedo pretender formar parte de esta familia de nuevo y ser aceptado?

—¡No, Ronan! —exclamó Ana con ardor y acercó el rostro a tan solo unos centímetros de distancia del de su marido—. No te permito que te culpes de nada, ¿me oyes? —Le tomó el rostro con las dos manos para clavar la mirada en los ojos que la observaban a través de las lágrimas—. ¿Acaso no fuiste torturado y ultrajado por los caídos durante siete años hasta transformarte en un animal agónico?

Ronan asintió despacio.

—¡Solo alguien como tú pudo haber soportado tanto! Y todos lo sabemos ahora. ¡Todos, Ronan! Por ello te ruego que te demuestres a ti mismo la calidad de guerrero que eres al reconocer y aceptar que has hecho todo lo que estaba a tu alcance y más, no solo como miembro de la Estirpe sino, sobre todo, como padre y esposo.

Y lo besó dulcemente en los labios, sellando sus palabras.

Ronan limpió las lágrimas de su mujer con los pulgares y le besó los ojos con agradecimiento. Aniel observó aquel gesto y se llenó de ternura. El amor de sus padres era un profundo ejemplo para Gabriel y para ella, que eran jóvenes y llenos de años por delante.

CAPÍTULO 37

Ciudad de México

Maia se sentía radiante. No podía creer que este milagro había sucedido, pero aquí estaba, camino hacia la fundación, sentada con Damián en un taxi en la Ciudad de México. Se le iluminaban los ojos al recordar la conversación que habían tenido unos días atrás.

Había ocurrido después de la noche en que Damián y ella se confesaron muchas cosas en el santuario. A pesar de que había sido una situación en un principio atemorizante para ella, luego se había sentido diferente, como si dentro de ella hubiera surgido una fuerza encantadora, capaz de revertir cualquier situación por más difícil que fuese. Había sido un instante, pero había significado el inicio de todo lo que en este momento ambos estaban viviendo. Si bien para ella Damián seguía siendo un gran signo de pregunta, no podía dejar de reconocer que la presencia de él le generaba profundos cambios interiores que jamás había experimentado. Damián la había enfrentado a costados de ella que desconocía y, por ende, comenzaba a admirarlo y a añorarlo. Esto último le preocupaba porque ella jamás podría ser la pareja de nadie, pero los sentimientos que el caminante le despertaba la inquietaban y la dejaban noches enteras sin dormir.

Y lo que más la había apabullado fue lo que sucedió después.

Al día siguiente de descubrir el secreto del caminante, Damián había pedido hablar con ella. Se habían encontrado en el patio interior hexagonal, que estaba repleto de sol y fresco por el aire acondicionado. Se sentaron en el mismo banco donde habían vivido un momento intenso y sensual hacía unos días.

—Quiero conocer tu mundo —le había dicho el caminante sin preámbulos.

—No entiendo.

—Te llevaré a México.

Maia ahogó un grito en la garganta colocándose una mano en la boca y otra en el corazón. ¿Podía ser verdad lo que estaban oyendo sus oídos?

—¿En serio… me lo dices?

Damián la miró seriamente y un fulgor plateado inundó las pupilas oscuras.

—Absolutamente. ¿Estás de acuerdo?

—¿Irás… conmigo?

—Sí. No hay otra posibilidad.

Maia lo había observado con recelo. Él iría porque no confiaba en ella lo suficiente como para creer que no escaparía. Si bien hacerlo había sido su meta al principio, hoy en día no sentía ningún deseo de llevarlo a cabo. Casi sin darse cuenta, Damián había comenzado a significar un soplo de paz y tranquilidad que pocas veces había sentido en su vida. Pero no había querido hablar de ello con él, porque sabía que corría el riesgo de que él intentara, una vez más, plantear el tema de los señores álmicos y ella no estaba preparada para ello. Iba descubriendo lentamente todo lo que se erigía en torno a Damián y cada día que pasaba se sentía más unida a él. Tenían muchas cosas en común, ya que habían sido dos almas torturadas por las circunstancias, y eso era una plataforma fuerte como para que ella comenzara a admirar la verdadera personalidad de él.

Suspiró con felicidad. Habían viajado el día anterior desde Buenos Aires y ya estaban camino a casa. No sabía cómo explicaría a las monjas de la fundación la presencia de Damián, sobre todo porque la única vez que lo vieron, hacía varios meses, él había entrado al edificio corriendo como un desaforado, persiguiéndola a ella. La hermana Fátima había golpeado a Damián con una fregona y los niños habían corrido tras él e incluso alguno de ellos hasta lo habían golpeado para defenderla.

Sonrió.

A Dios gracias, la idea de que Damián era un enemigo que intentaba atraparla para torturarla había quedado atrás, y hoy en día se sentía segura con él.

Luego de bajarse del taxi, tocaron el timbre, y Maia contuvo la respiración, mientras esperaba que alguien les abriese la puerta ya que había perdido sus llaves. Damián le tomó la mano con la suya y se la apretó con suavidad.

—Tranquila. Todo estará bien —le dijo con una sonrisa.

Ella asintió en silencio con la cabeza y esperó. La puerta de madera vieja con las bisagras crujientes se abrió ante ella y la hermana Lucía surgió como la imagen de un ángel.

—¡Maia! ¡Qué alegría verte! —gritó abrazándola—. ¡Esta vez nos habías preocupado de verdad! —exclamó la religiosa. Maia le retribuyó el abrazo y cuando se separaron, señaló a Damián.

—Hermana Lucía, quiero presentarle a…

La religiosa se puso pálida como la nieve y Maia se apresuró a explicar.

—Hermanita, espere. No es lo que cree.

Impotente, miró de reojo a Damián, que parecía divertido y curioso por saber cómo ella salvaría la situación.

—Pero… este hombre es… —dijo la monja titubeando.

—Ha sido todo una gran equivocación, hermana. Y permítame subsanar semejante error.

Maia sabía que si Damián no podía alojarse en la fundación, ella tampoco podría hacerlo. Él había sido terminante con las dos cláusulas decisivas para que el viaje a México pudiese ser realizado: él se quedaría al lado de ella todo el tiempo, y ella, bajo juramento, se comprometía a no intentar escapar. Por supuesto, ella había aceptado sin dudarlo un instante.

Por ello, Maia tomó a Damián del brazo y dijo con toda seguridad:

—Hermana Lucía, permítame presentarle a mi primo Damián.

Cuando Maia se dio cuenta de que él hacía esfuerzos por contener la risa, le dio un pequeño codazo en las costillas.

—¿Tu… primo? Nunca nos dijiste que tenías parientes —preguntó la monja, azorada.

Maia contuvo la respiración. Tenía que improvisar algo de inmediato.

—Bueno… en realidad… yo no lo sabía, pero él sí —contestó mirando al gigante como si necesitara de su ayuda, pero él parecía ocupado observando detenidamente la reacción de la hermana Lucía—. Aquella vez que él vino a la fundación, había sido con la intención de explicármelo, pero yo no le di la oportunidad y hui, porque lo confundí con esos tipos que usted sabe.

—¿Y este muchacho es el mismo que salió corriendo detrás de ti cuando fuiste a dar clases a la academia de danzas?

—Sí —se aventuró a contestar. ¿Qué más podía decir?

—¿Entonces este pobre chico… fue castigado por todos nosotros por equivocación? —preguntó la monja, afligida.

—Es que su apariencia es un poco extraña, ¿no le parece, hermanita? —preguntó Maia con la mirada llena de consternación, mientras señalaba con un dedo el tatuaje en el rostro de Damián.

—Sí…, sí, hija —contestó la hermana sin dudar.

—Pero es muy bueno, hermanita. Créame.

—Sí…, sí, claro. ¡Si tú lo dices!

—Pero ahora hemos aclarado todo y somos una pequeña familia —terminó de explicar Maia, sin dejar de sonreír, mientras mantenía a Damián sujeto del brazo con sus manos. Él sonrió como un niño inocente y estiró la mano hacia la monja, que seguía mirándolo con cierto recelo, aunque menos pálida. De repente, la mujer extendió la mano y le devolvió la sonrisa con otra radiante.

—Disculpe usted, señor Damián. Si no hay rencores por lo que pasó aquella vez, es muy bienvenido a la fundación.

—Muchas gracias, hermana. Nada de rencores, al contrario, me siento muy honrado de estar entre ustedes.

—¡Pero pasen, por favor! —dijo presurosa la monja a la vez que se apartaba hacia un costado y los dejaba entrar.

Mientras se dirigían al departamentito de Maia, con la hermana Lucía acompañándolos a su lado, Damián captó la increíble y profunda alegría de su chica, lo cual lo llenó de regocijo. Habían pactado llevar a cabo este viaje para hacerse a la idea de las posibilidades que ambos tenían. Necesitaba conocer cómo era Maia realmente, descubrir el ámbito que la rodeaba y todo aquello que colaboraba para que ella fuese la chica que él tanto adoraba y a la que necesitaba entender para darles una posibilidad a ambos.

—¿Y tus llaves, Maia? —preguntó la hermana, cuando se detuvieron frente a la puerta de su departamento.

—Las perdí. Disculpe que no le avisé antes, pero pensé que usted llevaba la copia consigo.

—¡Ay, hija! Entonces debemos darte una nueva llave. ¡Ya sabemos que no es la primera vez que sucede!

—Se lo agradezco, hermana —asintió Maia con una amplia sonrisa.

Si bien Damián también sonrió ante la simpatía de la monja, sabía que aquellas pérdidas se debían a todas las persecuciones en las que Maia se había envuelto con los caídos y también con él. De repente, se sintió un desgraciado, pero recuperó la compostura enseguida.

—No tengo las llaves de tu apartamento aquí conmigo, así que vuelvo en un minuto —escuchó decir a la monja—.Traeré la copia y te la daré de inmediato.

Apenas la hermana había desaparecido, un griterío se elevó en el aire. Damián se volvió impactado hacia la dirección de donde provenían los alaridos y observó que una bandada de niños corría hacia ellos con los brazos abiertos.

—¡Maia! ¡Maia! —escuchó que los pequeños chillaban con una sonrisa enorme en la cara. Miró a su señora álmica y esta, con los ojos repletos de lágrimas y una sonrisa tan radiante como la de los niños, se hincó sobre una rodilla para recibir el saludo más maravilloso que cualquier ser viviente pudiese desear. Al menos quince niños estrechaban fuertemente a Maia, como si jamás quisieran volver a dejarla ir. Damián no pudo evitar conmoverse ante el enorme amor que

esos chicos brindaban a Maia. Decidió mantenerse como espectador, disfrutando de aquel recibimiento. Admiró cómo Maia abrazaba a todos los chiquilines, los llenaba de atenciones, caricias y besos para, a continuación, incorporarse suavemente. Mientras lo hacía, los niños no dejaban de rodearle las caderas con los brazos. Una niñita de cabellos negros como Maia y ojos pardos, enormes, se acercaba a ella más que los demás niños y la ceñía con ahínco. No debía de tener más de cinco o seis años. Y entonces, supo quién era. Sonrió. La niñita, que Damián no tenía dudas que era Rosario, alzó sus manos hacia ella y Maia se agachó para levantarla. La niña apoyó su carita en el hombro de Maia y esta comenzó a acunarla, a la vez que los demás niños continuaban apiñados alrededor de ella.

Así que este era el mundo de Maia. Damián se sintió de repente fuera de todo aquello, porque en un segundo se había dado cuenta de la realidad diametralmente opuesta a la de él, que su señora álmica vivía. Si bien no había tenido una familia, Damián podía comprender que Maia luchara con ahínco para regresar a este lugar, donde el amor de los niños debía haber curado muchas de sus heridas. ¿Quién podía resistirse al encanto de estas criaturas, a sus mimos y a su dulzura? Él mismo habría luchado con todas sus fuerzas si hubiese sido salvado por ese mundo de niños maltratados y marginados y, sin embargo, tan repletos de ganas de enfrentarse a una nueva posibilidad que la vida les daba. Y Maia pertenecía a esa posibilidad.

Sacudió la cabeza. ¿Acaso era su intención luchar contra esta realidad para tener a Maia a su lado? Damián supo que, si lo intentaba, saldría destrozado, porque ni siquiera el amor de él podría opacar lo que estos niños brindaban con tanta incondicionalidad. Súbitamente, entendió que él debería compartir de alguna manera esta vida con ella si deseaba tenerla a su lado, sino todo sería imposible. Necesitaba comprender más, buscar por todos los rincones para llegar al corazón de Maia. Y de a poco, lo lograría. Estaba seguro.

—Niños, niños —exclamó la voz de la hermana Lucía, que se acercaba hacia ellos con la llave—. ¡Abran paso, por favor! —elevó la voz para que los mocosos reaccionaran—. ¡Dios mío! Siempre es lo mismo contigo, mi niña —le dijo la hermana a Maia con una sonrisa. Ella respondió con otra más deslumbrante mientras continuaba acariciando la espalda y el cabello de Rosario. La hermana abrió la puerta del apartamento y los invitó a pasar.

—¡Ah, no, no! —gritó con un tono un poco imperativo a los niños, mientras levantaba una mano hacia ellos—. Ustedes, mis pequeñuelos, no pueden entrar, ya que deben ir a clases. Aparte, Maia necesita descansar.

—¿Pero quién es él? —preguntaban algunos de ellos señalando con curiosidad a Damián, quien observaba deslumbrado cómo los niños lo miraban sin temor.

—Es el primo de Maia.

—¡Aaaah! —dijeron al unísono—. No sabíamos que Maia tenía familiares.

—Bueno, ella tampoco lo sabía —se apresuró a contestar Damián.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó una niña que lo miraba con los ojos café más hermosos que Damián había visto en su vida.

—Hemos descubierto que somos familia hace poco.

—¡Pero tú eras aquel tipo que corría tras ella aquel día! —gritó un niño un poco mayor que los demás. No debía tener más de doce años.

—Sí —contestó Maia por él—. Sucede que esa vez yo lo confundí con otra persona que me asustaba y resulta que en realidad me había equivocado. Ahora estamos en paz, y espero que

ustedes le brinden el mismo respeto que me dan a mí.

—Sí, pero no lo querremos como a ti —murmuró Rosario, que ahora lo miraba con esos ojos pardos increíbles. La mocosa era preciosa y enormemente sincera. Damián sonrió ante el comentario.

—No osaría jamás pretender que me quieran como a ella, porque Maia es única.

Ante este comentario, los niños rieron y aceptaron con gusto lo que él decía. Al menos estaban todos de acuerdo.

—Pero tío, ¡mírate el tatuaje que te has echado! —exclamó un niño—. ¡Si pareces uno de esos matones que se ven en la tele! —Damián emitió una suave carcajada ante el comentario.

—¿No te dolió cuando te lo hicieron? —preguntó una niña deslumbrada por la imagen del dragón en su cara.

—En realidad, no —contestó Damián. Y era la verdad. El tatuaje no había sido hecho con agujas, sino con la energía del mismo legado que se había autoimprimido en su cuerpo. Si bien el sellado del mismo le había provocado un escozor lacerante durante unos pocos segundos, no había durado lo suficiente como para transformarse en algo verdaderamente doloroso.

—Bueno, niños. ¡A las aulas! —ordenó la hermana Lucía palmeando las manos. De inmediato, los niños desaparecieron saludándolos con la mano y con las caras llenas de sonrisas de felicidad. La única que continuaba en brazos de Maia era la pequeña.

La hermana miró a Maia y a Damián, y sonrió.

—¿Dónde quieres que descanse tu primo?

Maia tosió y se aclaró la voz de inmediato.

—Somos familia, hermana, así que puede dormir en el sofá de la sala de mi apartamentito.

La monja la miró con los ojos abiertos.

—Pero es un hombre, hija. ¿Estás loca?

—Perdone, entonces decida usted dónde lo quiere alojar.

—Es que no tenemos habitaciones vacías.

—Entonces haga una excepción, hermanita.

Esta los miró durante un rato y, al final, se encogió de hombros.

—Eres adulta, mi niña, así que solo te pido que, cuando te vayas a dormir, cierres con llave la puerta de tu dormitorio. —Damián emitió una sonrisa con cara de inocente ante este comentario —. Bueno, hijos. Entonces confío en ustedes. Ya no estamos en las épocas antiguas donde un hombre encerrado en la habitación de una mujer sola comprometía la reputación de ambos. Así que los dejo tranquilos. Por favor, Maia, encárgate de Rosarito.

Y, sin más, se retiró.

—Rosario, mi amor, debes irte al jardín de infantes—susurró Maia al oído de la niña. Esta la miró colocándole los brazos alrededor del cuello.

—No quiero que te vayas más, Maia. —Damián observó la expresión del rostro de la joven y supo que se hallaba en aprietos. Aquella pequeña podía pulverizar con una caída de pestañas hasta el más acérrimo corazón de piedra.

—Lo sé, Rosarito —contestó Maia mirándola con sus ojos celestes, más transparentes que nunca. Damián observaba azorado el vínculo entre ambas.

—Me lo prometiste la última vez —le dijo en apenas un susurro.

—También lo sé, mi cielo. Lamentablemente, no puedo prometerte quedarme siempre, porque de vez en cuando tendré que hacer algunos viajes, pero te avisaré con tiempo, ¿quieres?

La niña asintió con la cabeza y la besó en la mejilla.

—Ahora ve al jardín, que te están esperando tu maestra y tus compañeritos.

—Está bien —accedió la pequeña y se bajó de los brazos de Maia. Cuando pasó al lado de Damián, se detuvo y lo miró con audacia:

—Si eres bueno con ella, puedes ser mi amigo.

Damián se sintió invadido por una profunda ternura y se agachó a la altura de los ojos de la niña.

—Entonces tú y yo seremos los mejores amigos.

La niña sonrió y le acarició la figura del dragón en la cara.

—Quizás algún día me gustaría que me grabaras un dragón en mi corazón —le dijo con voz serena.

—¿Por qué allí? —preguntó Damián fascinado.

—Bueno, así no tiene frío y siempre está calentito.

Fue en ese instante cuando Damián comprendió que se había enamorado por segunda vez en su vida. Esa niña era increíble. La estrechó contra sí y le dio un beso en la frente.

—Gracias, pequeña —le dijo casi en un susurro.

La niña se apartó, lo miró y, sonriendo, se retiró corriendo del lugar.

—¿Ahora entiendes lo que te he querido decir respecto a este lugar? —escuchó que Maia le preguntaba. Damián, aún en cuclillas, volvió el rostro hacia ella, y la miró detenidamente.

—Absolutamente —le respondió levantándose con agilidad y tomándola de los hombros—. Y ahora entiendo por qué has sobrevivido, mi amor —murmuró envolviéndola entre sus brazos. Maia le devolvió el abrazo y Damián supo, con alegría, que haber venido a México había sido una excelente idea. Comenzaba, en pocas horas, a comprender muchas cosas de Maia que eran fundamentales. Y él no le quitaría nada, al contrario, pretendía sumar en su vida. Y para demostrárselo, la tomó de la mano y la llevó al interior del apartamento.

Cuando Damián cerró la puerta con llave, Maia lo miró y, regalándole una enorme sonrisa, susurró:

—Gracias.

Damián la tomó de los hombros y la acercó suavemente hacia él. La miró a los ojos con una expresión que la hizo languidecer.

—Gracias a ti por permitirme ingresar en tu mundo. Y para que sepas que quiero quedarme en él, te lo demostraré a mi manera.

Y la besó. Con anhelo y una pasión abrumadora. Maia le devolvió el beso con las mismas ansias, mientras caían despatarrados sobre el sofá. Damián, con urgencia, colocó a Maia a horcajadas sobre él y le abrió la chaqueta con tal prisa que los botones fueron arrancados de cuajo. Cuando se topó con el top de seda sin breteles, lo bajó y descubrió los senos que tanto adoraba. Atacó los pechos con desesperación y los veneró con la boca abierta y sedienta. Los gemidos de Maia lo calentaron a tal extremo que la polla se le irguió como un mástil. La abrazó con ansias, sin dejar de mamar sus pechos, primero uno y después el otro. Al instante siguiente, arrastró las manos para sumarse a las caricias de la boca. Esos montículos redondeados eran tan

suaves que Damián creyó volverse loco. Con un brazo la enlazó más estrechamente de la cintura y profundizó el contacto de la lengua húmeda con los pezones enhiestos. Maia se sacó la chaqueta de un tirón y se incorporó un tanto para sacarse el top por la cabeza y tirarlo a sus pies. Desnuda de la cintura para arriba, volvió a sentarse sobre el regazo de Damián para permitirle recorrer con la lengua la línea entre sus dos pechos y, a continuación, volver a cubrir cada uno de ellos al mover la cabeza de un lado a otro sin descanso. El placer de Maia era tan intenso que echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Alzó las manos y atrajo la cabeza de Damián para volver a enterrarle el rostro en la anhelante plenitud de sus senos. Mientras el caminante se daba un festín con ellos, Maia arrastraba las caderas sobre el miembro de Damián. Se tocaron por todas partes, hasta que las manos del caminante subieron por debajo de la falda de Maia y le acarició las nalgas, una y mil veces, acercando ambos sexos. De repente, con un movimiento rápido la levantó y la colocó de pie sobre el sofá, con ambos pies a cada lado de los fuertes muslos de él. Le quitó la falda y las bragas al mismo tiempo que él se deshacía de la camisa y el pantalón. Completamente desnudos, él, sin dejar de mirar a Maia a los ojos, hundió la boca en su centro más íntimo y lo llenó con la lengua una y otra vez, provocando el contoneo de las caderas de la joven.

Gimiendo a viva voz, y con las piernas que le flaqueaban, Maia se inclinó hacia adelante y acarició la espalda enorme y llena de músculos con las uñas. En esa posición, Damián no solo podía beberse los jugos de Maia, sino también los senos llenos que se erguían por delante de su nariz. Y así pasaron un tiempo largo, olvidándose del resto del mundo y de que aquel lugar estaba habitado por religiosas y niños.

Cuando ninguno de los dos podía aguantar más, Damián acostó a Maia de espaldas sobre el sofá y, apoyando una rodilla sobre los almohadones, se inclinó y le abrió los muslos para continuar su ataque con la boca. Maia, casi llorando de tanto placer, arqueó la espalda y permitió que las manos fuertes se colmaran de aquello que ella ofrecía tan generosamente. Un momento después, Damián se humedeció las palmas con la lengua y lubricó los pezones de uno y otro pecho, al mismo tiempo que las manos de Maia envolvían el pene erecto con un movimiento ascendente y descendente que provocó que Damián cerrara los ojos y gruñera. La temperatura del ambiente y de los cuerpos era tan elevada que ambos sudaban sin parar. De repente, Maia elevó las caderas hacia arriba, curvándose como un junco. Damián la sostuvo por las nalgas, mientras le introducía dos dedos en la vagina. Comenzó a frotar los dedos de adelante hacia atrás con frenesí, hasta que el flujo femenino comenzó a emanar casi sin control; Damián se agachó y comenzó a degustar nuevamente de esa humedad, al mismo tiempo que Maia le acariciaba el miembro con mayor ímpetu. Con la pasión del encuentro, la espalda de Maia comenzó a deslizarse por el borde del sofá al suelo, hasta que Damián logró detenerla cuando la cabeza casi tocaba el suelo; Maia gemía y se retorcía, totalmente expuesta a las manos y la boca de Damián.

Súbitamente y con los brazos, él la elevó y la apoyó de rodillas sobre el sofá con el rostro mirando contra el respaldo. Damián se colocó por detrás de ella, embelesado con la melena que cubría la espalda nívea y con las nalgas que se alzaban provocadoras hacia él en toda su magnificencia. Se agachó y las acarició con las manos y las elevó, obligando a Maia a apoyar la mejilla sobre los almohadones, para poder acceder con la lengua a sus pliegues más íntimos. Maia emitió un chillido bajo, plena de pasión. Al sentirla tan abierta y cálida, Damián se irguió y apoyó el pene contra la línea que separaba las nalgas y le abarcó los pechos desde atrás. Maia se incorporó, le rodeó la nuca con los brazos y se arqueó hacia atrás para acceder a su boca

hambrienta. Las lenguas se abrazaron en una danza frenética, mientras Damián amasaba sin descanso los pechos inflamados de tantas caricias. Al ver a Maia arquear las caderas hacia adelante para acceder al contacto de sus manos, Damián la alzó entre sus brazos y aprovechó para acostarse de espaldas a lo largo del sofá y colocar el cuerpo de Maia sobre él, con la espalda de ella contra su pecho fuerte. Besó el lóbulo de las orejas, el cuello y el hombro suave, mientras sus manos viajaban de arriba hacia abajo y de un costado al otro por el cuerpo de la joven. Cuando los dedos de una mano acariciaron la cavidad húmeda, Damián volvió a introducir dos de ellos en su interior y comenzó a friccionar sin descanso. Acariciada desde tantos frentes, Maia volvió a aferrarse al miembro caliente que sobresalía de entre sus muslos y aumentaba, a cada instante, de grosor. Cerró los ojos, embriagada de placer y, al escuchar el gruñido ronco de Damián en su oído, un espasmo ardiente en su interior comenzó a elevarse como una espiral de fuego ascendente que, de manera irrefrenable, culminó en una poderosa explosión, que fragmentó su cuerpo en miles de pedazos, a la vez que otra similar estallaba en el de Damián.

Ambos gritaron bajo, para evitar ser escuchados, pero los gruñidos de placer continuaron por un buen rato y, después, durante toda la noche.

CAPÍTULO 38

Delta del río Paraná

Gabriel abrió una lata de cerveza y miró a través de la ventana hacia la terraza, donde su esposa y sus padres compartían un picnic frente a las aguas del arroyo. Esa misma mañana, Aniel se había apresurado a buscarlo para contarle la charla que sus padres y ella habían mantenido bien temprano al lado del arroyo donde los árboles de plata se erigían tan majestuosos. Y aún resonaban en él partes de la conversación:

—¿Tus visiones nunca te revelaron la posibilidad de que Maia llegase a ser una *silverwalker*, Ronan? —había preguntado una expectante Ana a su esposo.

—Jamás me ha sido revelada esa información sobre nuestra pequeña hija.

—Entonces para verificarla debemos esperar, en un principio, tres años.

—No estoy seguro, hija —replicó su padre—. La genética de tu hermana puede expresarse de manera diferente.

—Por ello debemos estar atentos —susurró Aniel.

—Maia siempre me sorprendió por lo luchadora que fue cuando quiso convertirse en bailarina clásica —expresó Ana—. Quizás, sin querer, había detectado su verdadera cepa.

—¿Por eso fuiste a buscarla a ella en vez de a mí? —había preguntado Aniel.

—¿Quién te lo contó? —susurró Ana, apenada.

—Jackie. Ella viajó a México para ver a Maia y, cuando se encontraron, mi hermana reveló tu aparición. Así me enteré de que tú estabas viva, madre.

—Hija querida —había murmurado Ana con dolor en la mirada—, cuando supe de ti, quise correr a tu encuentro, pero alguien me convenció de que no lo hiciera.

—El abuelo Johan —dijo Aniel.

—¿También sabes esto? —preguntó su madre absorta.

—Él mismo me lo dijo.

—¡Es que es tanto, hija! —exclamó Ana apesadumbrada—. Tu abuelo Johan, si bien no está en el plano tridimensional hasta donde yo sé, lleva a cabo esas cosas que suceden entre los miembros de la Estirpe de Plata y que nunca he comprendido del todo: morir por propia decisión, ser capaces de comunicarse entre diferentes planos sutiles, y ahora… ¡también volver a la vida! No me extrañaría que ese abuelo tuyo también estuviese caminando por ahí entre nosotros. ¿Acaso él también ha regresado?

Aniel y Ronan sonrieron y negaron con la cabeza.

—No, mi padre sigue en la multidimensionalidad, mi amor —le había contestado Ronan.

—Tú puedes comunicarte con el abuelo, madre.

—Sí, súbitamente pude oír su voz nítidamente en mi cabeza y no entiendo por qué. Soy humana, hija, no pertenezco a la Estirpe pero, sin embargo, hay cosas de ella que puedo detectar. Quizás fueron los años que pasé al lado de tu padre que permitieron que me acostumbrara a muchas cosas extrañas para la dimensión de la materia. Y cuando tu abuelo me pidió expresamente que no te buscara como pretendía hacerlo, comprendí que debía respetar sus

designios.

—Madre, no tengo nada que reprocharte —le contestó Aniel con suavidad—. Sé lo profundamente leal que eres a la familia y, si el abuelo te había exigido algo así, tú no dudarías en cumplirlo. —Ana la miraba con dulzura y le agradecía a su hija sus palabras—. ¿Y dónde has estado en estos años, madre? Te busqué incansablemente sin éxito.

—Ha sido una odisea, hija. Yo también te busqué afanosamente, pero recién pude empezar a hacerlo un año y medio después del asalto de los caídos en nuestra casa.

—¿Dónde estuviste en ese tiempo, Ana? —preguntó Ronan con una expresión de frustración en el rostro.

—Presa.

—Entonces, aquella noche tú también….

Ana asintió con los ojos húmedos.

—Sácritos y sus hombres me llevaron a diferentes guaridas. No me pregunten dónde, porque no lo sé. Varias veces me hicieron viajar en avión encapuchada.

Ronan lanzó con toda furia un puñetazo contra el tronco de un árbol.

—¡Hijos de puta! —gritó encolerizado—. ¡Por Dios! ¿Qué te hicieron esos desgraciados?

—Nada, Ronan —contestó Ana mientras tomaba el brazo de su esposo con ternura.

—¡Pero si esos tipos son unos depredadores! —bramó el jefe de familia.

—Lo sé. Pero a mí jamás me tocaron. —Miró a su hija con preocupación—. ¿Y tú, mi pequeña? ¿Alguna vez caíste en sus manos?

El semblante de Aniel palideció.

—Sí.

—¿Te… hicieron daño?

Aniel clavó la vista en el suelo, incapaz de mirar a su madre a los ojos.

—Sácritos intentó vejarme…

—¡Dios!... —exclamó Ana llevándose las manos al rostro.

—Pero Gabriel llegó a tiempo y me rescató, madre. —Levantó la mirada y sus ojos verde mar refulgieron brillantes—. Fue el precio que debí pagar para darme cuenta de que estaba enamorada de él. Y volvería a pasar por lo mismo una y otra vez si ello significase estar a su lado. Y de nuestro hijo. El amor de Gabriel me sanó, mamá, y puedo hablar de este tema sin que signifique revivir un dolor imposible de sobrellevar.

—Eres una mujer increíble —susurró Ana con adoración—. Y todos los días de la vida que me queden, agradeceré la existencia de Gabriel.

—Yo tendría que haber matado a Sácritos —siseó Ronan por lo bajo.

—Padre, por favor, debemos seguir adelante con nuestras vidas.

El guerrero asintió, lleno de amargura y, seguidamente, tomó a Ana de los brazos con delicadeza para que lo mirase.

—Ana, por favor, dinos qué sucedió ese año y medio —pidió con voz glacial.

Ella suspiró y se sentó en el césped seguida por su esposo y su hija.

—Me mantuvieron presa en una celda —comenzó a relatar y se transportó en el tiempo—. Pero, como les dije, jamás me hicieron daño. Me daban de comer bien, me permitían bañarme, leer, me compraban ropa, y hasta me permitían paseos cortos por el jardín de una de las guaridas.

—¿Hablabas con Sácritos? —preguntó Ronan con ira controlada.

—No lo sé. Las celdas tenían puertas macizas y los caídos que se comunicaban conmigo lo hacían a través de unos altavoces ubicados en el interior de la celda. Obviamente hablaban a través de aparatos que distorsionaban la voz, que parecía de ultratumba. Nunca supe quiénes eran. Había uno que siempre me hacía muchas preguntas personales, sobre mi forma de ser y mi vida como madre y esposa. Nunca entendí por qué me preguntaba tantas cosas privadas, poco importantes para lo que los caídos buscaban. Y muchas veces me encontraba en medio de una conversación agradable, a pesar de la situación. Igualmente, nunca me abrí demasiado, porque no sabía para qué utilizarían lo que yo les contaba. Sé fehacientemente que jamás dije algo que pudiese llegar a perjudicarlos a ustedes.

—¿Nunca viste a ninguno de ellos?

—Solamente a los que me llevaban al jardín, Ronan, pero estaban encapuchados. En ese año y medio no vi un solo rostro. Fue espantoso. Por ello leí, escribí, cosí, hice todo cuanto pude para no enloquecer.

—¿Y cómo escapaste, mamá?

—Hubo un enfrentamiento entre los caídos y la gente de la Estirpe. Estos últimos allanaron la guarida donde yo estaba, justo en el instante en que paseaba por el jardín. En medio del combate espantoso que se inició —dijo, mirando a Ronan—, escuché por primera vez a tu padre Johan, quien me ayudó telepáticamente a salir de allí. —Ronan y Aniel asintieron—. Me hizo ingresar del jardín a la casa y me fue indicando qué puertas y ventanas abrir y cerrar hasta que llegué al exterior. Allí me di cuenta de que estaba en México y me fui a la embajada argentina, donde expuse una historia bastante desvirtuada de la realidad, pero que me permitió obtener de la gente de la embajada lo que yo realmente deseaba: un pasaje a Buenos Aires, dinero y pasaporte. Involucrar a las autoridades humanas era impensable. Cuando llegué a Buenos Aires, lo primero que hice fue ir a buscarte a ti, Aniel, a la casa de Lautaro, pero tú —murmuró y miró a su hija— hacía seis meses que te habías marchado. Lautaro me rogó que me quedara y prometió ayudarme a encontrarte. Pasé la noche en su casa y, mientras dormía, volví a escuchar a Johan, que me pedía que me moviera, que no me quedara en un lugar, porque los caídos iban tras de mí. También me prohibió involucrar a Maia y a las otras chicas hasta nuevo aviso. Así que esa mañana partí otra vez, confundida. Solo podía buscarte por intuición, hija. Así pasaron los años, sin dar contigo. Finalmente, cuando estabas por cumplir los veintitrés años, escuché nuevamente la voz de tu abuelo Johan, que me dijo que estabas bien, pero que aún no era el tiempo para que tú y yo nos reuniésemos. Pero eso ya lo sabes.

Aniel asintió.

—¿Cómo pudiste mantenerte en todo estos años, madre? Tú eras la típica mamá y esposa ama de casa.

—Saqué todo el dinero del banco que tu padre y yo habíamos ahorrado y con ello me sustenté algunos años. Después conseguí trabajos en diferentes lugares. Fui camarera, telefonista, criada, recepcionista, cartero. Lo que se les ocurra. Lo siento, Ronan, no queda ni un centavo en nuestras cuentas.

Ronan sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Pero por qué el abuelo te prohibió comunicarte con las chicas?

—No sé. Solo me dijo que debía esperar para hacerlo. Sin embargo, fue él quien me ayudó a

llegar hasta Maia. Hay muchas cuestiones de la Estirpe que no entiendo, hija. Siempre fue tu padre el que se encargaba de ello.

—Mi padre es un jerarca de la Orden —dijo Ronan, intentando aclarar algunas acciones del abuelo de Aniel— y, como buen caudillo, se obligó a asumir mi rol cuando se dio cuenta de que yo no podría escapar de los caídos, aunque su intervención haya sido limitada. Sé que no ha sido fácil para él haberse visto obligado a respetar los diferentes procesos que todos nosotros debíamos atravesar para embebernos de sus enseñanzas y crecer.

Aniel y Ana asintieron.

—Tú siempre me has protegido como si yo fuese una princesa de cristal —agregó Ana.

—Eres *mi* princesa de cristal, mi amor —le susurró su esposo sobre los labios cuando la besó suavemente.

—Pero he crecido en este tiempo, esposo mío —contestó y sonrió a su marido.

—¿Fue el abuelo quien te dijo que Maia era tu otra hija?

—No. Me enteré por Lautaro y después me lo confirmó Damián.

Apenas dicho esto, a Ana no le pasó desapercibida una mueca extraña que hizo su esposo en el rostro, como si hubiese escuchado algo que no le gustaba.

—¿Qué pasa, mi amor?

—No, nada. Te escucho, mi ángel —contestó Ronan cambiando automáticamente la expresión de su cara, que volvía a ser agradable.

—¿Cómo sabía el doctor Suárez de Maia? —prosiguió Aniel, deseosa por saber más— ¿Cómo no me contó nada de ella cuando yo viví en su casa y me sentía tan sola?

Ante las preguntas de su hija, Ana procedió a contarle la historia que Damián y Lautaro le habían narrado en todo este tiempo.

—Supongo que Lautaro no te dijo nada a ti pensando en tu bienestar, mi amor —prosiguió Ana, mirando a su hija—. Si Ronan jamás había descubierto el paradero de tu hermana, luego de ser secuestrada de la clínica, ¿cómo podías hacerlo tú, siendo una adolescente? ¿Qué opinas tú, Ronan?

Hasta ese instante, el guerrero se había mantenido en silencio y con una expresión adusta en el rostro.

—Lautaro habrá tenido sus razones para actuar de la manera que lo ha hecho —contestó fríamente.

—No puedo creer que Maia haya estado siempre tan cerca y jamás hayamos sospechado nada. ¡Pero si los ojos de ella son los tuyos, madre!

Ana agachó la cabeza y apoyó una mano sobre la frente. Suspiró como tratando de encontrar una respuesta a lo que durante este tiempo se había estado preguntando.

—Créeme que durante estos meses me he enojado mucho conmigo misma por no haberlo ni siquiera sospechado.

—También yo —agregó Ronan—. No me explico cómo no la he captado ni en un instante. Yo siempre había visto en mis videncias al muchacho que te protegería y te amaría más que a su propia vida.

—Gabriel —dijo Aniel con ternura.

—Sí. Pero la imagen de Maia jamás se me presentó, salvo cuando… —Se detuvo.

—¿Cuándo qué?

—Cuando caí preso de los caídos. Sabía del rol de Maia con uno de los símbolos, pero aun así la veía permanentemente y no entendía por qué. Ahora lo sé.

—¿Cómo haremos para hablar con ella? —preguntó Aniel preocupada—. No sé cómo reaccionará cuando sepa que somos su familia y temo una reacción contraria a la que esperamos.

Ronan se mostró un poco inquieto.

—Lo mejor es darles a Damián y a Maia espacio y tiempo para que se conozcan y así lograr que nuestra pequeña hija aprenda a reconocer a su compañero y, sobre todo, a ella misma. Si invadimos su mundo ahora, estoy seguro de que generaríamos un caos mayor.

—Pero yo… no puedo esperar más. Quiero darle cuanto antes todo el amor que le ha faltado en su vida, Ronan.

—Lo sé, mi ángel. Yo también quiero hacerlo, créeme, pero es lo mejor para ella.

—Papá tiene razón, madre —dijo Aniel resuelta—. Nosotros podremos ingresar a su vida después. En cambio ahora es el tiempo de Maia y Damián. Gabriel me ha dicho que ellos están en México ahora.

—¿Y qué hacen allí? —preguntó Ana sorprendida.

—Damián está haciendo todo lo necesario para que Maia lo acepte y, según Gabriel, hay grandes avances entre ellos, por lo que es mejor hacer lo que papá sugiere. Damián es el futuro de mi hermana, pero ella aún no lo sabe, y él, de a poco, está logrando lo que en un principio parecía imposible.

—Tú y yo también necesitamos estar solos, Ana —expresó Ronan, mirándola intensamente —. Vayamos a Buenos Aires y disfrutemos de esta segunda oportunidad que la vida nos da.

—Tienen razón —contestó Ana. Ella actuaba visceralmente, mientras que su esposo y su hija lo hacían con el equilibrio que se requería en este momento.

—Todo saldrá bien, mi amor —susurró Ronan, abrazándola.

—Pero necesito que me expliquen algo.

—Lo que quieras.

—¿Qué eran esos gritos descomunales que escuché durante el enfrentamiento con los caídos? Parecían los de un monstruo.

Aniel miró a su padre y este asintió, con la mirada seria.

—No es la primera vez que sucede en la historia de la Estirpe. Damián lleva un legado —dijo Ronan sin preámbulos.

—¿Un legado? —repitió Ana sin comprender.

Ronan le pasó un brazo alrededor del hombro.

—Aniel y yo te contaremos con detalles de qué se trata, mi amor.

El sonido de la carcajada de su esposa hizo volver a Gabriel al presente. Al escucharla, se sintió el macho más feliz de la tierra. La conversación entre Aniel y sus padres había aclarado muchas cosas, pero también había liberado algunas preguntas sin respuestas que, tal como lo había manifestado Ronan, llegarían con el tiempo.

La llamada de su móvil interrumpió sus pensamientos.

—¿Cómo va tu luna de miel en México? —preguntó sonriente.

—No jodas —contestó Damián risueño.

Gabriel cerró los ojos, profundamente aliviado. Parecía que, por fin, soplaban vientos favorables para su amigo.

—Los Mitchels siguen aquí.

—Maia aún no está lista para un encuentro con ellos —dijo el guerrero ahora con voz glacial.

—Estoy de acuerdo.

—Gabriel, ayúdame con tus suegros y tu esposa. Deben darnos tiempo.

—No hace falta que te ayude. Ellos mismos han llegado a la misma conclusión.

Escuchó un suspiro de alivio del otro lado.

—Así que disfruta —dijo Gabriel en medio de una carcajada baja y colgó.

CAPÍTULO 39

Ciudad de México

Recostada en el sofá y envuelta en una bata blanca, Maia miraba absorta el cuadro de su pintor favorito que descansaba en la pared y que había sido un regalo de la señora Ana.

Habían pasado ya veinte días desde que Damián y ella habían arribado a la fundación y, cada vez que contemplaba el cuadro, sentía un mayor embeleso. Al verlo por primera vez, aún bajo los efectos del último orgasmo al que había llegado en aquel tórrido encuentro con Damián en el sofá, se había quedado pálida de la impresión. Al instante siguiente, estaba dando saltos de alegría, desnuda, por toda la habitación, mientras leía la tarjeta que la señora Ana había dejado.

Apenas había bajado a cenar con Damián, la hermana Lucía le había explicado sobre la visita de la mamá de Aniel, y Maia no podía dejar de sentirse maravillada por semejante atención de la señora Ana. Igualmente, sabía que la aparición de la señora Mitchels generaba un gran interrogante, máxime luego del último encuentro que ellas habían mantenido.

Lo que la había confundido enormemente fue la pregunta de la hermana Lucía acerca de un supuesto viaje a Buenos Aires de la señora Ana junto con ella, pero cuando iba a responder, la mirada seria de Damián la había detenido y prefirió callar. ¿Había mentido la señora Ana? ¿Y por qué había ido a verla de nuevo? Ya buscaría tiempo para encontrar estas respuestas.

Ella necesitaba reponerse del trajín de los últimos días, en los que había estado completamente ocupada con la organización del espectáculo a beneficio de los niños de la fundación. Si bien era un compromiso que ella había adquirido desde hacía meses con el Teatro de la Ciudad de México, su desaparición repentina había preocupado a los organizadores del evento, por lo que aunque en un principio le habían negado el permiso para llevarlo a cabo, finalmente habían accedido. Indudablemente, la otra cara oculta de su vida provocaba este tipo de reacciones por parte de la gente que contrataba sus espectáculos, pero era algo sobre lo que ella no tenía ningún tipo de control. Y para su satisfacción, la función de la noche anterior había sido el último compromiso adquirido por ella para los siguientes seis meses, ya que necesitaba un descanso después de tanta presión y locura.

Se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse un té. Colocó el agua a hervir y preparó las hebras de té con cuidado. Aún le dolían los músculos por la exigencia de la función, pero había valido la pena. Recordó cómo Damián la había esperado en el camerino repleto de rosas color salmón que ella tanto adoraba y que él había encargado a una florería importante de Ciudad de México. Apenas ella había traspuesto la puerta, él la había abrazado, regalándole la sonrisa más hermosa que le había visto jamás.

—Estuviste magnífica —había susurrado, y a continuación la besó hasta hacerla desfallecer —. Estoy tan orgulloso de ti, mi ángel —dijo conmovido, casi dentro de su boca y acariciándole las mejillas con los nudillos de una de las manos—. Eres única, mi amor. —Y volvió a besarla hambriento, jugoso y profundo.

Luego de un rato y al separarse un poco, Damián apoyó la frente sobre la de ella, sin dejar de mantenerla sujeta entre sus brazos.

—Bailé… para ti, Damián —susurró Maia casi sin aliento, mientras los ojos oscuros

metalizados la escrutaban como queriendo llegar al fondo de su alma.

—Me siento honrado, mi amor —contestó besándole el labio superior con anhelo—. Estabas tan preciosa, y te han aplaudido de pie tantas veces con esos saltos mágicos que das, que ya he perdido la cuenta. Eres impresionante.

Había adorado que Damián hubiese ido a verla al espectáculo. Siempre había bailado para los niños, pero anoche lo había hecho en especial para él. Había podido captar la emoción del caminante con las piruetas y los famosos saltos que ella daba.

Al final de la función, ella había salido a saludar al público, que se había puesto de pie aplaudiendo y vitoreando con todo ahínco, y había visto a Damián hacerlo también desde la primera fila del teatro, donde ella lo había ubicado junto a Rosarito y la hermana Lucía. Sus ojos estaban febriles, llenos de respeto y fascinación por lo que ella había entregado en el escenario, y el reflejo plateado la envolvió como un arrullo, provocando que cada una de sus miradas se imprimiera para siempre en el fuego sagrado de su corazón.

El ruido del calentador de agua la volvió a la realidad y, aún sonriente por los recuerdos de la noche, se sirvió el agua caliente en la taza con las hebras, dos cucharaditas de miel y jugo de limón.

Regresó a la sala y volvió a recostarse en el sofá. En todo este tiempo se había sentido respaldada por Damián, maravillada por la ayuda incansable que le había otorgado. Él se había hecho pasar por su primo y mánager y, con una fiereza y efectividad desconocidas por ella, el caminante se había transformado en un implacable hombre de negocios, llevando a cabo entrevistas con los organizadores, que cayeron rendidos ante su presencia y aceptaron, finalmente y sin un ápice de duda, la ejecución del espectáculo. Ella todavía no se explicaba cómo lo había conseguido. Que la bailarina principal del evento hubiese aparecido a tan solo veinte días del estreno era impensable para los organizadores. Habían buscado una bailarina reemplazante para ella, pero Damián se había encargado de que aquello quedara en la nada y que Maia recuperara su posición. Presentaron la obra *El cascanueces* y el éxito fue rotundo.

Sorbió el té caliente que sabía exquisito. En todo ese tiempo, Damián había dormido en el sofá, que era enorme y, salvo la noche anterior, en la que la había llenado de besos, no había intentado hacerle el amor, ni nada que se acercase a la intimidad que habían disfrutado el primer día que habían llegado a México. Aun cuando le sorprendía y le generaba un cierto dolor inexplicable, al mismo tiempo se lo agradecía, porque necesitaba enfocarse en el espectáculo, las clases, los niños, y, después de mucho tiempo, en ella misma. Y eso se lo había pedido él mismo.

—Quiero que aproveches este tiempo para que te reencuentres con todo aquello que anhelas y disfrutas. Vive el ahora, Maia y olvídate del pasado y del futuro. Sé tú misma en este instante y vívelo a pleno —le había dicho una noche en que compartían una comida. Esas solas palabras la habían descomprimido completamente. A partir de ese instante, había enfocado su atención en todo lo positivo que había detrás de lo que se presentaba ante ella y se había prometido disfrutar de cada segundo de su vida. Y así hizo. Percibir tan intensamente cuán orgulloso Damián había estado de ella, la había hecho darse cuenta de que, por primera vez, ella aceptaba que la opinión de él le importaba sobremanera. No quería analizar sus sentimientos pero, cada día que pasaba, Damián se le iba metiendo en el interior de su alma con una fuerza que la abrumaba.

Y la hacía sonreír como ahora.

Apenas habían regresado de la función, habían ayudado a las monjas a acostar a los niños y Damián había participado activamente en ello, lo cual la sorprendió. Él era, ante todo, un

guerrero, pero existía en él un costado servicial y paternal que desplegaba con los niños y con ella, que admiraba. Había caído rendido ante la dulzura e inocencia de Rosarito, y la niña disfrutaba jugando y hablando con él. Los muchachitos de la fundación ya lo idolatraban porque jugaba al fútbol con ellos, y les enseñaba técnicas de defensa personal que disfrutaban plenamente. Con las niñas bailaba, o les leía cuentos y alababa los dibujos que hacían, muchos destinados a él.

En muy poco tiempo, Damián había pasado de ser *el primo de Maia* a ser *Damián*, el ídolo entre los niños.

El estómago se le llenaba de maripositas cuando pensaba en él. Sutil pero a la vez firmemente, Damián había logrado que ella comenzara a ubicarlo en un lugar especial de su corazón. Le había pedido disculpas infinidad de veces, la había protegido, la había salvado de Logan, y la había tratado con infinito cuidado y respeto. A pesar de que le había llevado tiempo aceptar que él había estado presente aquella famosa noche nefasta, todas sus acciones posteriores consiguieron derribar el dolor y el odio acumulados contra él. Y se sentía bien, más liviana. También la conmovía profundamente que él estuviese intentando comprender el mundo de ella, su realidad, su diario vivir.

Sonrió. Damián en un principio no se había alejado de su lado ni un minuto por temor a que ella escapara pero, poco a poco, fue otorgándole más espacio. Y cuando la dejaba en el apartamentito y cerraba la puerta con llave, aquello se había transformado en un acto más bien simbólico, ya que él sabía que apenas ella solicitase a las religiosas o a los niños una copia de la llave, inmediatamente quedaría en libertad. Por ende, no solo ella estaba aprendiendo a confiar en Damián sino que también él en ella, y era una sensación única y maravillosa.

Así que ese día, frente al cuadro maravilloso de *Quinquela Martín*, se sentía plena.

Escuchó el ruido de las llaves en la puerta y se levantó para recibir al objeto de sus pensamientos.

—Hola, preciosa —saludó el caminante con la sonrisa radiante que no se le borraba desde que habían llegado a México. Luego de dejar una pequeña bolsa sobre la mesita del sofá, se acercó a ella y le dio un beso muy tierno en la boca.

—Se te ve muy contento —dijo Maia, casi sin respiración al verlo tan guapo. Vestía un vaquero negro y una remera azul eléctrico debajo de un chaleco de cuero térmico del mismo color que los vaqueros. Los borceguíes eran también negros y, por supuesto, llevaba anteojos de sol para esconder la expresión del tatuaje. Era tan alto y musculoso que apenas si podía pasar por la puerta, y su presencia llenaba la habitación de tal manera, que Maia muchas veces necesitaba abrir la ventana para tomar un poco de aire. Damián era impresionante en su aspecto y en la irradiación implacable que emitía. Muchas veces se preguntaba cómo ella podía sentirse tranquila en esos brazos tan llenos de músculos y fuertes como el acero. Y la respuesta era siempre la misma: Damián tenía la capacidad de hacerla sentir como su igual.

—Vamos a salir a divertirnos esta noche.

—¿A dónde? —preguntó Maia con entusiasmo.

—A comer a un buen restaurante y después a un bar donde podremos bailar.

Maia sonrió fascinada.

—Me encanta la idea. ¿Quieres un lugar casual o elegante? Puedo ayudarte a encontrar lo que tengas pensado.

—Ya tengo todo reservado.

—¿En serio?

Maia estaba deslumbrada. Damián se acercó y la abrazó.

—Ponte bellísima, si es que puedes lograrlo aún más. Después de lo fantástica que has estado anoche, quiero regalarte un momento inolvidable conmigo.

—Gracias —le dijo dándole un beso en los labios y Damián se lo respondió con toda su pasión contenida.

—Dios mío, necesito parar o te voy a devorar —le dijo el gigante mordiéndole el lóbulo de la oreja. Maia emitió una pequeña carcajada. Damián le dio un último beso en los labios y se apartó.

—Tengo algo para ti —dijo de repente.

Maia sonrió desconcertada. Al instante siguiente, Damián tomó la bolsita de la mesa del sofá y se la entregó.

—¿Qué..?

—Espero que te guste —le susurró el caminante al oído.

Dentro de la bolsa Maia encontró un pequeño paquete que desenvolvió con delicadeza. En su interior había un perfume de Prada. Maia miró a Damián con sorpresa y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Al destapar el elegante frasco y absorber la fragancia increíble que emanaba de él, Maia le dirigió una mirada tan apasionada que Damián supo que ese instante quedaría grabado en su mente el resto de sus días.

—Gracias —susurró conmovida.

—Lamentablemente debo dejarte ahora, ya que tengo trabajo que hacer —dijo el gigante interrumpiendo el momento—. Te pasaré a buscar a las nueve de la noche en punto. Tengo mesa reservada para media hora más tarde.

Maia lo miró y sonrió de manera deslumbrante.

—Te espero.

El gigante la miró largamente y, finalmente, salió del cuarto con una sonrisa.

Cuando Damián ingresó al apartamento enfundado en un imponente traje negro de Hugo Boss, Maia quedó sin aliento. Se lo veía masculino y arrollador. Ella, por su parte, llevaba un vestido corto de satén color crudo, lánguido, con escote fino en V acompañado de un saco largo, tejido, del mismo color y un collar de perlas al cuello. Calzaba unos *stilettos*[6] clásicos al tono, altísimos, para poder llegarle a Damián apenas por encima del hombro. Se había recogido el cabello, para destacar su rostro y su cuello elegante.

Se observaron con deseo durante un instante y finalmente, sonrientes, se tomaron de las manos.

—Has sobrepasado mis expectativas. Estás increíble. —Damián acercó los labios a los de ella y le dio un beso suave.

—Igualmente, Damián. Ese traje te queda perfecto.

—¿Vamos? —preguntó sonriente. Apenas traspasaron las puertas de la fundación, Damián entrelazó sus dedos con los de ella y la condujo hacia un coche Lincoln MKS de color gris que estaba aparcado en la calle, a pocos metros de allí. Damián abrió la puerta del acompañante para

invitar a Maia a ingresar con una reverencia.

—Adoro tu perfume —le dijo fascinado y sonrió. Cerró la puerta, se subió al vehículo y partieron hacia el destino que él había planeado cuidadosamente.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Maia llena de curiosidad. Era la primera cita de toda su vida con un varón interesado en ella y deseaba con toda su alma poder disfrutar de ese instante.

—Vamos a un restaurante frente al lago mayor del bosque de Chapultepec.

—Entonces me llevas a un lugar encantador. Adoro ese parque y sus dos lagos.

—Sabía que te gustaría.

—Es el bosque urbano más grande de América Latina.

Damián la miró interesado.

—Es enorme, pero no sabía que tanto.

—Tiene más de seiscientas hectáreas. Es increíble.

—Si bien he estado en muchas ocasiones en Ciudad de México, solo he estado focalizado en completar misiones contra los caídos. Es la primera vez que invito a una joven tan hermosa a salir para disfrutar de la noche aquí y debo serte sincero: no sabía a dónde llevarte. ¿Sabes quién me ha asesorado?

—No me lo puedo imaginar.

Damián comenzó a emitir una carcajada baja.

—Pues yo tampoco lo podía creer.

Maia lo miró curiosa.

—La hermana Lucía —contestó.

—¿Cómo? –preguntó Maia perpleja, provocando que la risa de Damián se volviese aún más sonora.

—Tal cual lo oyes. Me contó que hace un tiempo, se llevó a cabo un encuentro internacional de sacerdotes, donde las hermanas colaboraron en las diferentes jornadas, y la cena de clausura se llevó a cabo en el restaurante al que vamos. Me lo ha recomendado sobremanera.

Al instante, el coche se había llenado de la risa de los dos. Maia contempló a Damián y, con una profunda alegría, agradeció en su interior que él fuese tan generoso y le regalara ese momento.

—Me imagino que ella no pensará que mi primo me está cortejando.

—Le dije que saldríamos con amigos. No sospechará de nada —contestó Damián tomándole la mano para llevársela a los labios y besarla. La miró con un deseo tan ferviente que Maia se sintió un poco intimidada pero, a la vez, maravillada. Damián volvía a expresar aquello que él parecía haber controlado hasta ese momento: su profundo deseo. Y así se lo hizo saber—. Esta noche, mi amor, es para los dos.

---

6 Zapatos con un tacón muy fino que mide más de 10 centímetros.

CAPÍTULO 40

Buenos Aires

Unos golpes a la puerta del apartamento que Ana y Ronan habían alquilado en el barrio de San Isidro de Buenos Aires les advirtieron acerca de quién llegaba. Al abrir la puerta, Ronan se topó con la figura de su amigo y su voz se llenó de emoción:

—Lautaro.

—No puede ser… —balbuceó este con el cuerpo estático, mirándolo sin pestañar, circunspecto y sobre todo pálido, muy pálido. Ronan emitió una pequeña carcajada y exclamó:

—Te juro que no soy un fantasma.

En ese instante, Ana entró con una bandeja de café y se detuvo, estupefacta, al observar la escena entre ellos.

Ronan prestó atención al rostro de Ana, que al ver a su amigo se ponía tan pálido como el de él. Algo siniestro atravesó su corazón, pero no se detuvo en lo que creía haber intuido porque, de repente, se hallaba sumergido en el abrazo que Lautaro le daba.

—Has vuelto… —le dijo con la voz quebrada—. Gracias a Dios.

Lautaro y Ronan continuaron abrazados por un rato, sumergidos en el dolor de la ausencia y de las pérdidas que ambos habían vivido. Ana apoyó la bandeja en la mesa y los contempló con lágrimas en los ojos, cuando, súbitamente, comenzaron a reír casi descontrolados, como en los viejos tiempos.

Al separarse del abrazo, Ronan condujo a su amigo al interior de la sala.

—Mire la sorpresa maravillosa que ha llegado a mi puerta —dijo Ana señalando con la mano a su esposo—. Siéntese que le serviré una taza de café.

—Gusto en verla, Ana. Y muchas gracias —agradeció el doctor, que miraba absorto el rostro de su amigo, mientras se sentaba en un sillón alrededor de la mesita de café—. Y, Dios mío, Ron, esto es absolutamente increíble —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro, como si con ello intentara salir de su arrobamiento—. ¿Dónde has estado en todos estos años?

—¿Qué crees tú? —contestó Ronan que se arrellanaba en el sofá al lado de Ana—. En diferentes guaridas de los caídos.

Aun cuando Lautaro era su amigo incondicional de siempre, no podía explayarse más y confesar su resurrección a la vida. Debía aguardar hasta sentirse plenamente seguro de que su amigo estuviese en condiciones de comprender los secretos que él guardaba, sobre todo los relacionados con los dos primeros símbolos, con los cuales sus dos hijas estaban involucradas. Por ende, no descartaba tener que distorsionar un poco la verdad en sus relatos frente a su íntimo amigo.

—Escuchamos que habías muerto, Ron. ¿Qué sucedió en realidad? —preguntó Lautaro, volviéndolo a la realidad de ese instante.

—Estuve a punto de morir en medio de un enfrentamiento entre los *silverwalkers* y los caídos. Pero me salvé por milagro. —Gracias al amor entrañable entre su hija mayor y el caminante de cabello de león, pensó para sí—. También debes enterarte de otras noticias —

agregó sonriente. Lautaro lo miró curioso—. Aniel está viva y hemos recuperado a nuestra otra hija.

—Dios bendito —susurró el doctor.

—Ana me contó todo lo que has hecho para ayudarla. No sabes cuán agradecido estoy.

—Yo… yo solo cumplí con mi deber, Ron. Te lo había prometido —murmuró en voz baja.

—Lo sé, y por ello estaré en deuda contigo siempre. —Mientras decía esto, abrazó a Ana para acariciarle el cabello y sostenerla contra el pecho—. Ahora tú y yo estamos juntos otra vez —musitó mirándola; y con un leve tono territorial que a Ana no le pasó desapercibido, enfatizó —: Lucharemos por recuperar lo que nos corresponde, mi amor.

Ana lo miró con ternura y asintió. A continuación, se desprendió suavemente de su abrazo, y se levantó para dirigirse hacia Lautaro.

—Gracias —dijo cuando se detuvo a poca distancia de él, que se levantó para quedar frente a ella—. Sin usted… yo jamás habría sobrevivido. Por eso, merece ser el primero en saber que mi hija y mi esposo están vivos. —Lautaro asintió con una mirada de admiración y agradecimiento —. Tampoco olvidaré cómo usted me ayudó a creer en la existencia de nuestra otra hija. Gracias… —Y acercándose, le dio un beso en la mejilla.

Ronan se sintió inquieto al percibir el lazo que Ana y su amigo habían desarrollado en esos años, pero no podía culparlos, ya que se habían apoyado mutuamente y era algo que él debía aceptar. En realidad él había muerto, y solo porque había sido un gran afortunado, había podido regresar a la vida.

Cuando Ana se apartó de Lautaro, retornó al lado de su marido y se sentó en el sofá, enjugándose las lágrimas.

—Por favor… —solicitó Lautaro, que, desde el sillón, los miraba con los ojos húmedos—, me gustaría saber cómo está Aniel.

Ronan contempló a su amigo, consciente de que el beso de Ana lo había conmovido insondablemente. No sintió celos enfermizos, sino un profundo respeto, volviendo a reconocer al amigo de siempre, protector y atento a su familia y a él.

—Muy bien, rodeada del amor de un muchacho que la adora —contestó Ronan con una sonrisa.

—¿Quién es ese joven?

—Un *silverwalker*.

—Y a nuestra hija Maia la hemos recuperado gracias a otro *silverwalker* —dijo Ana feliz.

—No saben la alegría que me dan —exclamó Lautaro asombrado—. Y tú, Ronan, tendrás que contarme detalles acerca de lo sucedido.

—Prometo hacerlo en otro momento, pero ahora quiero disfrutar de nuestro reencuentro. — Al decir esto, el guerrero tomó a Ana entre sus brazos y le dio un beso tierno en los labios, provocando en ella una pequeña retracción del cuerpo, como si se sintiera tímida ante la presencia de Lautaro. Ronan se volvió hacia este mientras envolvía nuevamente a su mujer por los hombros y manifestó:

—Si no hubiese sido por el recuerdo de Ana y de mi hija Aniel, jamás podría haber sobrevivido a la furia de los caídos. Créeme, amigo mío, el poder del amor es lo más milagroso de la vida y esta no ha podido negarme el derecho a recuperar a los míos.

Ronan observó cómo la mirada de Lautaro se ensombrecía, y supo con seguridad que los

sentimientos profundos que este había albergado por Ana desde siempre habían vuelto con asombrosa intensidad en su ausencia. Y de una cosa estaba absolutamente seguro: aunque su regreso había dado una gran alegría a su amigo, también significaba que perdía irremediablemente las esperanzas con respecto a ella.

Ana le tocó suavemente la mejilla con la mano, sacando a Ronan de sus reflexiones. Él se la estrechó y besó, mientras contemplaba embelesado la sonrisa que se desprendió del rostro más bello que él hubiese visto jamás. La amaba con locura y, de la misma manera, se sentía correspondido.

—Estoy feliz por tu regreso y por lo de tus hijas —expresó Lautaro con una sonrisa, a la vez que miraba a Ana con febril admiración—. Es que durante muchos años no supimos con certeza si estabas vivo —comentó dirigiendo nuevamente la mirada a él—, pero desde hacía un tiempo me había llegado la confirmación de que habías sido asesinado.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Ronan con curiosidad. Lautaro había librado sus mismas batallas, sobre todo las estratégicas, y lo había ayudado a salvar a Aniel de la persecución implacable de Sácritos. Si bien no era un guerrero adiestrado como él, era igualmente un macho de la Estirpe de enorme inteligencia, en quien había podido confiar la seguridad de su familia.

—Informantes de la Estirpe, Ronan —contestó Lautaro.

Ronan lo miró a los ojos emitiendo un brillo plateado de los suyos.

—No me alcanzará la vida para agradecerte lo que has hecho por nosotros. Pídeme lo que quieras y será tuyo —dijo y desvió el tema de la conversación.

La expresión de los ojos de Lautaro se volvió taciturna y sin miramientos le respondió:

—Lo que yo deseo, amigo mío, no puedes otorgármelo.

La mirada de Ronan se volvió más profunda, en el mismo instante en que Ana comenzó a toser, interrumpiendo la conversación que mantenían.

Ronan y Lautaro se acercaron a ella rápidamente.

—Enseguida te traigo agua, mi amor —dijo Ronan con tono de urgencia, mientras se levantaba del sofá y desaparecía hacia la cocina.

Ana interrumpió su ardid, se levantó y miró a Lautaro, de pie frente a ella:

—Discúlpeme por despedirme de usted con una nota. Yo debía estar aquí —susurró sin poder evitar sentirse invadida por una profunda pena hacia ese hombre, que la observaba con el dolor que solo ella podía percibir. Él había sido su amigo, su confidente, su gran apoyo en este tiempo. ¡Y le debía tanto!—. Buscaré el momento oportuno para decirle a Ronan lo que sucedió entre nosotros.

—Ana, escúcheme —pidió Lautaro mientras la tomaba de las manos—. Por favor, no se lo diga. Le haríamos mucho daño. Lo importante es que él está vivo, y que ustedes han recuperado a sus hijas.

Ana lo observó un poco confundida pero, luego de un rato, asintió suavemente.

—Es verdad… —murmuró mirando en derredor. Ronan y sus hijas estaban bien y no había nada en el mundo que pudiera darle mayor felicidad. Una felicidad que se había visto coartada durante demasiados años. Alzó los ojos y se encontró con aquella mirada tierna, sensible y llena de amor… por ella. ¡Dios! Se sentía miserable al ser la causante de tanto dolor en aquel hombre, pero ella jamás se atrevería a herir a Ronan. Eso era imposible, por lo que debía actuar con cautela pero también con absoluta claridad—. Ronan es un hombre de enorme sabiduría,

Lautaro.

Este la miró y sonrió:

—No cuando se trata de usted, Ana —aseveró mientras le daba un beso en cada mano—. Guarde nuestro secreto y todo irá mejor.

—Usted sabe que yo amo con toda mi alma a Ronan y que jamás me separaré de él. En mi corazón no hay lugar para nadie más.

Ana fue consciente de que sus palabras habían herido irremediablemente al hombre parado frente a ella, que la miraba con una profunda agonía. Pero él, más que nadie, siempre había sabido la verdad.

—Jamás me interpondría entre usted y Ronan, Ana. Nunca osaría ser rival de mi mejor amigo y, además, sería una pelea perdida desde el comienzo. Sé que para usted el único hombre que ha existido y siempre existirá es Ronan. Solo me atreví a amarla de nuevo cuando usted estaba tan sola y desprotegida. Ahora que Ronan está vivo y ha regresado, me abro de su vida. —La miró con ojos anhelantes. Y con una sonrisa apenas insinuada, continuó—: Gracias, Ana. Gracias por haberme dado esa noche que jamás olvidaré.

Ana le acarició la mejilla.

—Gracias a usted por haberme dado todo su apoyo y su… amor. —Lo miró con la ternura de la cual Lautaro se había embebido aquella noche y que jamás le permitiría volver a ser el hombre que había sido. Fueron interrumpidos por la voz de Ronan que gritaba desde la cocina:

—¡No puedo encontrar un maldito vaso!

Ana sonrió y miró a Lautaro:

—Debo ir con él. Aún no se ha familiarizado con este apartamento.

Lautaro la observó con los ojos húmedos y murmuró:

—Vaya, Ana. Vaya con Ronan.

Cuando la vio entrar en la cocina y desaparecer, un dolor abrasador que apenas le permitía respirar irrumpió en su pecho ante la verdad que se erigía frente a él: en ese fatídico instante, Ana había dejado de ser suya para siempre. Como un autómata, se dirigió al bar y se sirvió un whisky. Se apoyó en uno de los taburetes y revolvió el líquido en el interior del vaso con el movimiento de su muñeca. Sonrió. Y sin dejar de mirar hacia la puerta por donde había desaparecido el amor de su vida, permitió que las lágrimas se derramasen de sus ojos por última vez.

CAPÍTULO 41

Sentados en un bar del barrio de Palermo, Ronan y Lautaro se habían citado allí para cenar juntos y beber unos tragos como en los viejos tiempos. En realidad había sido idea de Ronan, ya que luego de lo que Ana había relatado en el jardín de la guarida de los *silverwalkers* y, que había despertado su curiosidad, él necesitaba hallar algunas respuestas que solo su amigo podía contestar.

—Te juro que no puedo creerlo aún.

—Ni yo —contestó Ronan bebiendo un sorbo de coñac.

—Me imagino lo feliz que estarás. No solo has recuperado a Ana y Aniel, sino también a Maia.

—En realidad, aún no he estado con Maia.

—¿Cómo?

—Hemos decidido que ella y su señor álmico merecen la oportunidad de conocerse más, por lo que nos hemos corrido a un lado por un tiempo.

—¿Es el mismo *silverwalker* que los ayudó a recuperar a Maia?

—Sí. Damián y Gabriel son unos muchachos magníficos. Me recuerdan a cómo éramos tú y yo en nuestra juventud, que nos creíamos invencibles.

Escuchó a Lautaro emitir una suave carcajada, seguramente recordando escenas de esa época juntos. Si bien el proceso de envejecimiento se había detenido en ellos, se había producido a una edad posterior a la de los *silverwalkers*, cuya genética era un poco diferente al resto de los miembros de la Estirpe, de allí su peculiaridad. Mientras estos aparentaban tener no más de treinta años, ellos parecían algo así como diez años mayores. Pero la que siempre los había sorprendido había sido Ana. Al emparejarse con Ronan, también había detenido su envejecimiento, contrario a lo que habían esperado por ser humana. Ello había sucedido poco después de que había dado a luz a Aniel, por lo que Ana representaba una mujer de unos veintinueve años. No obstante ellos se habían casado cuando Ana contaba con tan solo veinte años, sus genéticas diferentes había echado por tierra cualquier posibilidad de fecundidad entre ellos y, por eso, habían acordado adoptar niños de la Estirpe cuando llegara el momento oportuno. Pero para su sorpresa, antes de que lo llevaran a cabo, Ana quedó embarazada de Aniel a los veintiocho años. Ronan siempre había tenido la intención de hacerle un análisis genético a Ana para hallar una explicación, pero ella se había rehusado todas las veces, alegando que agradecía lo que la vida había decidido para ellos y él, al final de cuentas, la había respetado y no había vuelto a insistir. Así y todo, desde que Ana le había contado que Damián había hecho un análisis del ADN de Maia, y que ella también había tenido que hacerse uno, Ronan había estado tentado de ir a los laboratorios de la Estirpe para averiguar sobre la peculiaridad genética de su esposa. Pero finalmente había decidido hacerlo solamente con el consentimiento de ella. En este momento solo quería disfrutar de lo que ambos habían recobrado, y no tenía ninguna intención de comenzar con cuestiones de laboratorios. Ya habría tiempo para ello. Ahora, más que nunca, era cuando necesitaban solidificar los fundamentos de la familia y recuperar a Maia.

—A propósito, quiero preguntarte algo —dijo Ronan.

—Dime.

—¿Por qué le mentiste a Ana diciéndole que yo siempre había sabido que nuestra pequeña hija, en vez de morir, en realidad había desaparecido?

Lautaro tomó un sorbo de whisky y lo miró como si hubiese estado esperando que le hiciese esta pregunta.

—Porque era el argumento más válido para que me escuchase. Ella solo lo hace cuando tú, de alguna manera, estás de por medio.

Ronan bebió de su copa, sabiendo que era verdad lo que Lautaro le explicaba. Ana siempre había hecho las cosas cuidando de que él estuviese de acuerdo. Era uno de los rasgos que tanto le habían gustado de ella, porque pese a que la hacía parecer dependiente de él, en realidad hablaba de una señora álmica maravillosa que quería compartir cada decisión tomada en familia.

—Pero si sabías que yo jamás sospeché que nuestra niña estuviese viva, menos que menos que fuese Maia, entonces ¿cómo es que tú has sabido que lo era?

—Por los ojos, Ronan.

—¿Cómo?

—No hay dos pares de ojos en todo el mundo de la Estirpe de Plata que se asemejen más que los de Ana y Maia.

—¿Me estás diciendo que siempre lo supiste?

—No, pero lo sospechaba. Aunque solo había visto a la niña un par de veces cuando Ana ayudaba en el orfanato en Buenos Aires, había algo en esa chiquilla que me resultaba conocido y a la vez extraño. Cuando tu esposa apareció hace poco y tuve que informarle sobre lo que les había pasado a ti y a Aniel, al ser testigo de su reacción, me arriesgué. Ana estaba destrozada y pensé que moriría, Ronan. Se había rendido, hermano. —Al escuchar las palabras de su amigo, los ojos verdes de Ronan se humedecieron—. No quería vivir más, y yo no podía aceptarlo. Tú, mejor que nadie, sabes que siempre…

—…la has amado —completó la frase Ronan. Lautaro bajó la mirada, incómodo.

—No puedo negarte que cuando te creímos muertos pensé que la vida me daba la oportunidad para que ella finalmente fuese mía. Y me arriesgué. Por supuesto que le dije que tú me lo habías dicho, cuando en realidad eran todas conjeturas mías.

—Que resultaron ciertas.

—Sí, gracias a la intervención de Damián Di Mónaco. Ana me contó del muchacho y lo que hizo y, sin quererlo, me ayudó a reafirmar lo que yo había intuido muchas veces.

—¿Y por qué no me lo dijiste a mí en su momento? Como has dicho, conocíamos a Maia desde que era una niña.

—Porque me parecía una locura y la descarté. Además, esperaba que tus visiones revelasen la verdad.

—Jamás la vi.

—Lo sé, y por ello dudé de la veracidad de lo que yo sospechaba. Pero cuando sentí que Ana se me iba de las manos por segunda vez, apelé a cualquier recurso necesario para obligarla a quedarse a mi lado. Tú habrías hecho lo mismo.

Ronan contempló a su amigo, lacerándolo con el brillo de su mirada. Cerró una de las manos en un puño y cuadró la mandíbula por la rabia que le provocaban sus palabras. Pero no podía

dejar de admirarlo por las agallas que había tenido. Después de todo, el amor que su amigo había tenido toda la vida por Ana, la había salvado.

—Te entiendo, Lautaro —contestó finalmente y volvió a beber otro trago—. Pero ahora necesito que tú también comprendas algo —dijo con voz grave, mirándolo con el brillo que Lautaro tan bien conocía, aquél que irradiaba cuando Ronan se volvía dominante—. Sabes que te quiero como a un hermano y que te he confiado hasta el más pequeño de mis secretos durante toda mi vida. Dejé mi hija mayor a tu cargo y siempre he sido consciente de que, si me hubiese pasado algo que me hubiese alejado irremediablemente de Ana, tú hubieras hecho todo lo posible para ser la pareja de ella. Es más, hasta habrías contado con mi bendición. Pero ahora he regresado, Lautaro. Y las cosas son diferentes.

—Lo sé.

—He venido a recuperar a mi familia y lucharé por ella contra quien sea.

—No hace falta que lo digas y no te preocupes más. Las esperanzas que tenía puestas en Ana las he erradicado el día que te volví a ver.

—No quiero que haya resentimientos entre nosotros.

—No los hay, hermano. Jamás.

—¿Has respetado que ella era mi señora álmica? —Apenas preguntó, la palidez que adquirió el rostro de su amigo lo alertó. Al esperar y no obtener una respuesta, Ronan acercó el rostro al de Lautaro haciendo una mueca con la boca—. No habrás osado…

—Ella no lo permitió —contestó Lautaro en forma apresurada. Ronan comenzó a levantarse del asiento, lleno de furia—. ¡Escúchame! —le gritó el doctor, deteniéndolo—. Y te lo digo solo para que valores aún más la mujer que tienes a tu lado. Ella me regaló una noche —murmuró—. Solo una noche.

—¡Eres un hijo de puta, Lautaro! —bramó Ronan a punto de golpearlo, ignorando los rostros de la gente que los miraba atónitos.

—No me dejó completar el emparejamiento —continuó diciendo, sin importarle la amenaza que Ronan suponía—. Me dijo que no estaba lista para dejarte ir de su corazón. Y lo respeté. Después de siete años, ella seguía aferrada a ti y al amor que te tiene. Y lo acepté.

Ronan se dejó caer en la silla, arrastrando las dos manos por la cabellera y deteniéndolas sobre la nuca. Lo miró con un dejo de tristeza.

—Ella no me dijo nada.

—Quiso hacerlo, pero yo se lo impedí. No quería que sufrieras, pero ahora que lo has preguntado, no quiero mentirte. Solo me propuse conquistarla porque tú habías desaparecido de nuestras vidas para siempre, Ronan.

Este lo miró detenidamente con menos furia que antes e hizo una mueca que pareció una media sonrisa.

—Mi regreso, en definitiva, es tu pesadilla.

—Ronan, por favor, no seas infantil; estás vivo y es un milagro. Por supuesto que estoy feliz de que hayas vuelto. Además, jamás intentaría destruir la familia de ustedes. Nunca hubo garantías de que Ana me hubiese aceptado como pareja aun cuando tú jamás hubieses regresado. Así que no se trata de ti, Ronan, sino de las circunstancias. No tenía que ser, y así lo he tenido que admitir. Fue una esperanza intensa pero efímera. ¿Y sabes? Lo prefiero así. ¿Te imaginas si hubieses regresado mucho tiempo después? Nos habríamos enfrentado como rivales a muerte.

—Te habría destruido sin piedad —dijo Ronan desafiante—, aun cuando eres una de las personas que más quiero en esta vida.

Lautaro rio y se llevó el vaso de whisky de nuevo a la boca y se lo terminó de un trago. Cuando dejó el vaso sobre la mesa, miró a Ronan con el gesto travieso que le conocía cuando se iban juntos de juerga.

—Esa sí que hubiese sido una pelea inolvidable, hermano.

Ronan, que ya había bajado la guardia, sonrió apenas.

—Sabes que te habría ganado.

Lautaro bajó la mirada y a los pocos segundos volvió a levantarla.

—Pero ahora brindemos por nuestra amistad —dijo elevando la copa hacia el guerrero—. ¡Salud, Ronan!

—Salud, amigo, y que Dios te bendiga.

CAPÍTULO 42

Ciudad de México

—Tengo curiosidad por algo —dijo Maia casi en un susurro, mientras Damián degustaba su *bisque* de langosta en el exclusivo restaurante, famoso por la vista espectacular del lago.

—Dime.

—¿Por qué cuando intenté escapar de ti en el arroyo no pude detectar tu cuerpo en el agua?

Damián sonrió.

—Gabriel —contestó.

Maia lo miró sorprendida.

—¿Cómo?

—Gabriel maneja el elemento agua. De la misma manera, yo puedo controlar el elemento fuego, aunque no tan fuertemente como Gabriel con el suyo. Cuando yo te perseguía en el arroyo, le envié un mensaje a Gabriel telepáticamente, pidiéndole que me ayudase a crear un muro de protección en el agua que evitara la conducción de la vibración de mi cuerpo a través de ella, así tú no podrías captarla. Lo habíamos hecho varias veces antes cuando nos habíamos enfrentado a los caídos, pero no sabíamos si daría resultado contigo.

—Chico listo —contestó Maia y sacudió la cabeza de un lado a otro, impactada. Lo miró intensamente, y Damián pensó que su cuerpo se derretiría. Aquellos ojos lo sublimaban. Se obligó a salir del embrujo, ya que era el turno de él de preguntar.

—¿Nunca has tenido algún mínimo indicio de tu pasado anterior a tus diez años?

—Solo lo que mis sueños muestran de vez en cuando.

—¿Y cómo sabes que son verdaderos?

—No son sueños como lo demás —contestó Maia, revolviendo suavemente los espaguetis con mejillones—. Son especiales, de una nitidez diferente, y donde puedo observarme a mí misma de una manera absolutamente real. Siento y escucho de manera más contundente y hasta percibo el olor de las cosas y los ambientes. No sé cómo explicarlo mejor.

—Te comprendo.

—¿Tu sueñas también de la misma manera? —quiso saber Maia con una expresión de ansiedad en su rostro.

—A veces. Hay un sueño que se repite constantemente desde que recibí el legado de la bestia.

—Entonces hay un mensaje que debes descifrar.

—Ya sé de qué se trata, pero no puedo enfrentarme a ello.

—Quizás por eso se repite.

Damián se quedó en silencio un instante, reflexionando acerca de lo que Maia le había dicho.

—Entonces tendré que seguir así toda mi vida —contestó tomando un sorbo de champagne.

—Pero tú eres valiente, Damián.

—Tú también, y por eso no entiendo por qué a veces retrocedes ante algunas cuestiones. ¿Por

qué no permites que busquemos a tus padres? Ellos pueden ser tu nueva realidad.

Damián sabía que se arriesgaba al tocar ese tema otra vez, pero necesitaba encontrar algo en Maia que le permitiese acercarla a su familia.

—No —contestó negando con la cabeza—. Yo ya he apostado, y perdí. He aprendido a aceptar que la vida no siempre entrega aquello que uno desea, y yo he esperado demasiados años por mis padres. Ahora es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para que ellos regresen.

—Eso jamás sucederá en mi vida y, aunque suene increíble, admitirlo me ha devuelto una cierta paz.

—¿Y si mañana la vida te los depositara frente a ti?

El rostro de Maia se puso níveo.

—No quiero ni imaginarlo. Es un tema que he tachado de mi vida y no pienso volver a detenerme en él.

El tono en la voz de Maia le demostró a Damián, una vez más, que ella seguía sin estar preparada para enfrentarse a la realidad que la esperaba.

—Ahora me gustaría preguntarte a ti por tus padres —dijo Maia con cuidado—. ¿Cómo te sientes frente a todo lo que ha sucedido con ellos?

—Parece que tú y yo tenemos problema con nuestros padres. Tú, porque nunca los conociste y yo, porque lo hice.

—Pero tu madre era una persona muy buena.

—Sí —asintió Damián—. Pero también muy débil. Ello nos afectó a Trial y a mí demasiado. Nadie podía contra nuestro padre, y mi madre aguantó durante demasiado tiempo sus maltratos.

—Cuando apareció su señor álmico, ¿pensaba ella dejar a tu padre?

—Era un hecho. Si bien jamás lo dijo, la atracción de los señores álmicos es única. Era cuestión de tiempo que ella abandonase a mi padre. Pero de la manera más terrible, él no lo permitió.

—¿Has logrado perdonarlo? —preguntó Maia mirándolo con ternura.

—No.

—¿Lo has intentado?

—No. ¿Acaso tú lo has hecho con los tuyos?

Maia lo miró, sorprendida porque él parecía molesto.

—¿Qué puedo decirte, Damián? Ni siquiera sé si tengo algo que perdonar. No existe en mí un lazo que me conecte a mis padres, por lo que ni siquiera sé cómo se siente ser hija de alguien o amar y ser amada como tal. No sé cómo se construye una relación de ese tipo. Llegué a querer mucho a la mamá de Aniel. Ella se preocupó por mí en su momento, pero después desapareció, lo mismo que mis padres.

—¿Imaginabas, en tus fantasías, que ella era tu madre?

Maia pareció detenerse un instante para reflexionar. Finalmente, murmuró:

—A veces sí. Fue una de las pocas personas, aparte de mis amigas, por la que sentí verdadera devoción escondida. —Sonrió con los ojos llenos de fulgor plateado—. Ese tiempo fue maravilloso. Ella visitaba el orfanato donde yo vivía, y siempre me prodigaba enormes muestras de cariño y respeto. Me ayudó también con la escuela y, sobre todo, cuando tomé la decisión de

ser bailarina de danzas clásicas. Jamás vi a una persona más feliz cuando le comuniqué mi decisión. Y gracias a su apoyo, logré ser alguien en la vida.

—Quizás deberías acercarte a Ana de nuevo —dijo el guerrero, insistiendo en abrir alguna grieta en el muro firme que Maia había construido en torno a su corazón. La mirada de ella se opacó.

—No, Damián. No quiero unirme otra vez a nadie que vuelva a abandonarme.

El guerrero la miró asombrado.

—La señora Ana no lo hizo. Los caídos no le permitieron llegar hasta ti y Aniel.

—Lo sé, te lo juro. Y me apena muchísimo todo lo que ella ha debido vivir como consecuencia de las acciones de esas personas tan perversas. Pero todos aquí somos el resultado de un intenso instinto de supervivencia, y cada cual lo ha hecho de la manera que pudo. Pero eso no quiere decir que los lazos afectivos restaurarán lo que ya está perdido. Lo mejor para mí es aceptar que la vida sigue su curso, y que yo soy la que debe timonear su propio barco en estas aguas, a veces iracundas y otras veces calmas, de nuestra existencia.

Damián la miró profundamente, consciente de la determinación de Maia de no abrirse a nadie que pudiese afectar sus sentimientos, salvo los niños de la fundación y sus amigas. Los niños jamás le harían un daño premeditado a su corazón y, con sus amigas, Maia había logrado entretejer una historia que se había mantenido estable en el tiempo, por lo que le inspiraban seguridad. El resto eran para ella solo aves de paso y eso lo preocupaba.

—Entonces nadie más podrá llegar a ti, Maia —dijo con voz grave.

—No es… así.

Damián captó de inmediato la inseguridad que comenzaba a adueñarse de ella.

—Dame un ejemplo —quiso saber.

Maia bajó la mirada.

—Tú —musitó tímidamente.

Un brillo plateado iluminó sus pupilas al escuchar aquella respuesta.

—Hasta donde me dejas.

—Sí —contestó levantando los ojos hacia él.

—¿Acaso crees que yo también te dejaría?

—No quiero… hablar de ello. —La expresión de Maia se volvió nuevamente sombría y apartó la mirada.

Damián no permitiría que ella se alejara otra vez, por lo que tomó su mano y se la estrechó.

—Maia, yo estoy dispuesto…

—Calla —le dijo casi en un susurro, colocándole los dedos sobre los labios.

Damián la miró y finalmente asintió. Con una sonrisa y como si nada, Maia cambió de tema abruptamente—: ¿Por qué crees que la señora Ana le dijo a la hermana Lucía que ella y yo viajaríamos a Buenos Aires? Tú parecías muy determinado a que yo no hablase. ¿Sabes algo?

El semblante de Damián se tornó serio. Obviamente su señora álmica tenía toda la intención de evitar el tema de sus padres, por lo que decidió que esta vez la dejaría ganar. Pero ahora debía evaluar bien qué contestar a la pregunta que le había hecho.

—Simplemente no quiero que haya nuevas cosas que perturben y confundan más tu vida. Tienes suficientes por ahora.

Maia asintió con la cabeza y sonrió. Parecía satisfecha con su respuesta.

—Entonces… me gustaría que me contaras sobre lo que haces como *silverwalker* —expresó. Ahora fue Damián el que sonrió. Cuando se lo explicó, Maia lo miraba con estupefacción.

—¿Te gusta esto de entregar las almas? —preguntó curiosa.

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque me da paz.

—¿De qué manera?

—Nos comunicamos con planos sutiles que no hacen ruido, donde la mente se aquieta y solo es posible *sentir*. Es en el único espacio de toda mi existencia donde me he atrevido a sentir. Hasta ahora.

Maia sacudió la melena de su rostro y sonrió una vez más.

—Tú te defiendes de la misma manera que yo—expresó—. Somos dos seres amputados afectivamente.

Damián le devolvió la sonrisa y la miró intensamente, consciente de que ella había evitado hacer un comentario a la última parte de su frase.

—Sin embargo, yo percibo tu amor.

—El que brindo a los niños, a las hermanitas de la fundación y a mis amigas.

Damián calló. Si bien no lo había incluido, sabía que ella sentía algo por él. Hacía unos momentos se lo había dicho sutilmente. Y lo palpaba, pero Maia estaba demasiado asustada para abrirse a sentir. Él sería paciente. Tarde o temprano, Maia sería suya.

—¿Y la bestia, Damián? ¿Cómo convives con algo tan…?

—¿Monstruoso?

—Bueno… tú lo has dicho.

Damián rompió en una carcajada justo cuando el camarero trajo como postre un *moelleux* de chocolate y frambuesas para cada uno.

—No me ofendes, de verdad. Ha llevado tiempo, pero, de a poco y con la ayuda de mi Maestro, he logrado hacerlo.

—¿Todos los *silverwalkers* se convierten en … *algo*?

—No. Solo Triel y yo. Y como ya sabes, el legado de mi hermano aún no se ha activado. Igualmente, hay otros miembros de la Estirpe que también han recibido legados a lo largo de la historia de la Estirpe, aunque han sido pocos.

—¿Qué es lo que los activa?

—Cualquier situación que nos supere.

—Pero, ¿y por qué ustedes dos lo llevan y los demás *silverwalkers* no?

—Porque hemos pasado por demasiadas miserias y es hora de enfrentarnos a ellas. Es un llamado de nuestra existencia que nos recuerda que debemos superar aquello que nos limita.

Maia lo miró perpleja.

—¿Por qué de manera tan drástica?

—Porque así lo solicitamos.

—¿Ustedes… ustedes estuvieron de acuerdo?

Damián asintió como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—Por supuesto. Nadie nos obliga a nada.

—Pero…, ¿no había otras maneras de aprender?

—En momentos de desesperación, solo se desea atravesar las torturas interiores de la manera más aleccionadora posible. Y aquí estoy.

—Yo, en vez de llamar legado a lo que tu hermano y tú han solicitado, lo habría llamado estigma. Pero, por lo visto, no es así para ustedes. ¿Te sirve de algo convertirte en una bestia?

—Me miro al espejo de mi alma con toda crudeza y he crecido mucho interiormente desde que mi legado se ha activado.

—¿De qué manera?

—Nuestras miserias se manifiestan de diferentes maneras, Maia. La gente puede matar, lastimar, herir, mancillar a los demás y a sí misma; pero en mi caso, quiero vivir en mi propio cuerpo y alma el precio de mis acciones.

—¿Eres… un masoquista?

El guerrero no pudo evitar volver a sonreír ante la pregunta honesta de Maia.

—Quizás. Pero de otra manera habría sido muy difícil para mí observar mi propia alma luego de tanto odio y rencor que he acumulado por siglos.

Maia se detuvo un instante para sorber de la copa de champagne. Al dejarla sobre la mesa, continuó interrogándolo.

—¿Tan difícil ha sido tu vida?

—Sí. Pero por fin he decidido enfrentarme a mí mismo.

—Todo me parece tan…

—¿Extremo?

—Sí.

—Pero funciona. Al menos en mí lo hace. Veremos qué sucede en mi hermano cuando el legado se active.

—Triel parece más enojado con la vida que tú.

—Tiene más motivos que yo para hacerlo.

—¿Y cuándo se activó tu legado?

Damián palideció. Observó el postre que tenía enfrente y sonrió con ironía. Cuando alzó la mirada, se le veía triste.

—Hablemos de otra cosa.

Maia lo miró preocupada.

—Me gustaría que me lo dijeras —insistió casi en un susurro.

—¿Para qué?

—Porque… quiero comprenderte más.

Damián respiró profundamente y se recostó sobre el asiento, apesadumbrado.

—No querrás saberlo, Maia.

—Quiero… hacerlo.

Damián la observó y se quedó como detenido en el tiempo. Maia lo observaba decidida, inquebrantable.

—Tú lo has pedido.

—Sí.

—Se activó… aquella noche.

En un primer momento lo miró pareciendo no entender, pero al instante, su rostro empalideció y los ojos se le cuajaron de lágrimas.

—Me estás diciendo…

—Sí, Maia. La misma noche que tanto tú como yo queremos olvidar —contestó por ella.

—¿Por… qué?

—Porque cuando salí de aquel lugar, me sentí morir.

—No puede ser…

—No podrás comprender lo que te digo hasta que no aceptes lo que somos.

—¿Pero… entonces yo… soy la responsable de que te convirtieras?

—No. Tú no eres responsable de nada —respondió Damián con firmeza y con ternura a la vez—. El único responsable de mi propia vida soy yo. Y elegí el legado, porque de otra manera habría cometido un acto peor.

—¿De qué hablas?

—De lo peor que un ser puede hacer con su vida.

—¿Habrías atentado contra tu propia existencia? —le preguntó Maia con las lágrimas al borde de derramarse.

—No. Ahora lo sé, pero en aquel momento estaba absolutamente fuera de mí y pensé hacerlo. Cuando mis amigos me encontraron, ya me había transformado a mi estado natural, pero estaba lleno de las heridas que me había hecho a mí mismo. Solo quería morir.

—Damián…

—Han ocurrido muchas cosas en mi vida y, como pude, siempre me enfrenté a ellas. Comprende que llevo muchos, muchísimos años viviendo una vida vacía, basada en la muerte y el terror, y he ido acumulando durante demasiado tiempo una oscuridad cerrada que ha envuelto mi alma de tal manera que cuando te vi aquella noche, me sentí… absolutamente perdido.

—Pero tú… no sabías quién era yo en ese momento. Tú… me lo dijiste.

—Es verdad. Pero mi corazón, aquella noche y por primera vez en toda mi vida, escuchó algo diferente. Al principio no sabía qué era, pero cuando salí de aquel lugar dejándote en manos de aquellos tipos, creí volverme loco por el vacío interior que se apoderó de mí.

—Pero…

—Mira, dejemos esta conversación. Aún no estás lista para comprender.

—Realmente… me gustaría poder hacerlo.

Damián le tomó la mano y se la estrechó con delicadeza.

—Lo harás a su debido momento. Pero hoy no.

—Me siento… culpable.

—No es la idea. Quisiste saber sobre el legado, y me atreví a contarte algunas cosas. Pero ahora confío en tu sensatez y te pido que no hagamos más duro todo esto. No quiero que proyectes en ti lo que no corresponde. Si bien he sido un necio en muchas cosas de mi vida, ten por seguro que hoy, más que nunca, he aprendido que soy el completo y absoluto responsable de ella. Por ende, chiquita, te ruego que olvidemos esta conversación y sigamos disfrutando de la

noche, que es bellísima.

Maia lo observó durante un instante y, finalmente, asintió. Al mismo tiempo, Damián le soltó la mano.

—Quiero decirte que estoy loco por Rosarito. —El guerrero sabía perfectamente que aquella frase cambiaría el humor de Maia. Al instante, un reflejo de alegría se manifestó en aquellos ojos cautivadores—. Es única y te adora —agregó.

—Créeme. Es mutuo —contestó con los ojos más celestes que nunca—. Y ella te tiene una enorme simpatía.

—Increíble.

Maia emitió una carcajada que provocó que Damián también lo hiciera. Súbitamente dejaron de reír y quedaron detenidos mirándose como si quisieran comerse con los ojos.

Damián volvió a estirar la mano y tomó la suya.

—Salgamos de aquí —expresó con voz ronca y llena de deseo.

CAPÍTULO 43

Delta del río Paraná

Maia se sentía un poco aturdida y confundida por todo lo sucedido luego de que Damián y ella habían interrumpido la cena y se habían dirigido a pasar una noche maravillosa en el bosque de Chapultepec.

Habían reído, jugado y hecho el amor tantas veces que, aún después de tres días de aquella noche, todavía sentía el cuerpo dolorido. Primero, lo habían hecho en medio del bosque, escondidos entre los árboles frondosos bajo la noche oscura y la brisa fresca del lago, y luego en la cama de su habitación como dos adolescentes, mientras exploraban la piel de uno y otro así como los rincones más ardientes y profundos.

Pero, finalmente, el viaje había terminado de manera abrupta cuando Damián le dijo que había llegado el momento de regresar, ya que él debía continuar con sus misiones en el Delta. Al principio ella se había negado rotundamente, porque no soportaba la idea de separarse nuevamente de Rosarito pero, al final, Damián la había convencido con la promesa de un nuevo viaje a México que, según él le había asegurado, sería muy pronto.

Así que después de haber pasado los momentos más hermosos con Damián, ahora volvía a estar encerrada en la guarida de los *silverwalkers* en el Delta.

Si bien las cosas entre ellos habían cambiado radicalmente, el que Damián supiera tanto de ella la asustaba. Parecía que él era un lector de mentes y corazones, ya que se acercaba de manera radical a la verdad que se escondía en ella. Él la detectaba en todos sus estados emocionales y no podía explicarse por qué. ¿Quizás lo que Damián le había dicho era verdad? ¿Existiría una clase de amor entre dos personas que les permitiese intuirse y leerse como si no tuviesen secretos? Y si era así, ¿por qué ella no podía hacer lo mismo con él? Él era como un mar de preguntas sin respuestas, un libro de páginas en blanco, un mensaje escrito en clave. Y sin embargo, todo en su interior la conducía hacia él. Había intentado con todas sus fuerzas alejarlo de su lado, pero lo único que conseguía era acercarlo más a ella. Y le gustaba. Adoraba sentir cómo la abrazaba, cómo acariciaba su cuerpo, las palabras que le transmitía mientras hacían el amor pero, sobre todo, la calidez y la seguridad que le ofrecía. Aun cuando era tan alto y corpulento, había dejado de tenerle miedo hacía tiempo. Parecía oscuro por fuera y por dentro pero, sin embargo, cuando se acercaba a ella y le hablaba, podía llegar a comprenderlo. Eran instantes, nada más. ¡Pero valían tanto para ella!

O empezaban a hacerlo.

No sabía desde cuándo ni cómo, pero, Damián había empezado a introducírsele en la sangre y la asustaba. Lo había visto tan tierno y amable con los niños, con las hermanas y, sobre todo, con Rosarito, que no podía dejar de conmoverse. Y las revelaciones respecto a su legado y sobre la noche que ambos pretendían olvidar la habían impresionado de una manera irrevocable. Damián, de verdad, había sufrido por ella y por él mismo.

Suspiró, con los ojos húmedos. Damián comenzaba a llenarla de una manera única y le daba pavor, ya que no quería volverse dependiente de su ternura, de sus caricias y de su corazón.

Pero él le había pedido que confiara en él. Le había prometido transparencia, apertura,

sinceridad y sobre todo, mucho amor; todo aquello que ella necesitaba con desesperación.

Se limpió las lágrimas con los dedos. Habían pasado por tanto… Si hasta la bestia que había surgido ante ella era parte de él. La misma que había detectado frente al espejo, aquella que la seguía desde que era una niñita. Aun cuando había perdido la memoria, conocía muy bien el grito del dragón que tuvo al frente hacía unas semanas. Damián. *Su* Damián.

No era humano, y él insistía en que ella tampoco lo era.

¿Qué quería decir con eso? ¿Qué sabía de su vida que ella no? ¿Quizás algo sobre sus padres? Él insistía tanto en este punto. Negó con la cabeza. No. Ese tema ya había quedado atrás.

¿Y qué con esa cuestión de los benditos señores álmicos de plata, que tanto preocupaba a Damián? ¿Sería verdad su existencia? Él sostenía que él y ella lo eran. ¿Pero cómo constatarlo? Lo único que sabía era que Damián le había abierto su corazón, y ella estaba a punto de hacerlo, aunque aún había algo que la detenía. No sabía qué, pero existía algo que no le resultaba claro entre ellos. Tendría que tener paciencia para descubrirlo.

Mientras reflexionaba, caminaba de un lado a otro hasta que, repentinamente, la imagen de Aniel volvió una vez más a su mente. ¿Cuándo tendría noticias de su querida amiga? Maia suspiró profundamente. En realidad, no podía negar que ella se había vuelto muy complaciente con lo que Damián establecía porque, de a poco, comenzaba a confiar en sus motivos y decisiones pero, dentro de ella también existía un gran anhelo por saber sobre Aniel. Su amada Any.

Si tenía que ser franca consigo misma, se reconocía demasiado temerosa del resto de los *silverwalkers*, en especial de Gabriel. A pesar de que los había visto muy pocas veces, eso no justificaba el hecho de que ella no fuese capaz de reunir el coraje suficiente para, al menos, preguntar a Gabriel por Aniel. El problema era que el aura de tremenda autoridad que el caminante irradiaba la paralizaba.

Y se sentía mal por ello.

Sus amigas significaban demasiado para ella, sin embargo, sus propias inseguridades y temores se anteponían a sus acciones. Igualmente, y no quería excusarse, todo lo sucedido con Damián había drenado mucha de su energía. Y aunque ella lo intentaba, recién ahora y después de mucho tiempo, se sentía más fuerte y con menos escrúpulos para enfrentarse al gigante de cabello aleonado para obtener alguna información sobre su querida amiga.

Respiró profundamente para calmar su corazón. Al hacerlo, se sintió más plena y segura con la decisión que, en ese mismísimo instante, tomaba.

Ese día enfrentaría a Gabriel.

Envalentonada, se apresuró a quitarse la ropa que llevaba puesta y entró en la ducha. Al cabo de diez minutos, ya estaba enfundada en un short celeste desteñido y una blusa blanca sin mangas. Se calzó unas zapatillas negras y se dirigió rápidamente a la puerta. Si bien después del viaje a México las puertas de la guarida ya no estaban cerradas con llave para ella, le había prometido a Damián que nunca saldría de allí sin avisarle.

Se dirigió al salón principal, pero no había nadie cerca. Abrió diferentes puertas, sin resultado. Inspeccionó cada rincón de la casa, pero no encontró a nadie, ni siquiera a Damián, que siempre la vigilaba como un perro guardián. ¿Es que acaso la habían dejado sola? Siguió buscando hasta que se dio cuenta de que alguno de ellos debía de estar afuera, pero no se atrevió a salir sin tener un arma; siempre existía la posibilidad de que los caídos estuviesen rondando

cerca de allí.

Se dirigió hacia la cocina, abrió el cajón de los cubiertos y tomó un cuchillo que escondió en la espalda, ajustado al cinto. Armada, se encaminó hacia la puerta principal y, al salir al aire libre, respiró profundamente. La tarde era absolutamente bella, con el cielo marcado con pinceladas oro rubí. Aspiró el aroma del paisaje y se sintió plena. Aquello era tan majestuoso que podría enamorarse de esos atardeceres, sin ninguna duda.

Caminó alrededor de la casa, pero no divisó a nadie ni percibió ningún sonido extraño.

Decidida, tomó el sendero que conducía hacia el arroyo. No se atrevió a llamar en voz alta a Gabriel, por temor a que atrajera la atención de algún caído si andaban merodeando por allí.

Si bien era consciente de que Damián se molestaría con ella por haber roto el pacto establecido entre ellos, la tranquilizaba el hecho de saber que había intentado avisarle de su salida de la guarida.

En medio de sus pensamientos, divisó una construcción que parecía una cabaña. ¿Sería también de los caminantes? Miró alrededor, tratando de localizar algún vehículo pero, súbitamente, su cuerpo comenzó a vibrar en respuesta a una o varias personas que estaban en el interior de la cabaña.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad, se acercó sigilosamente hasta que detectó un juego de sombras a través de una de las ventanas y captó desde lejos los sonidos de voces que hablaban quedamente, como un murmullo. Una de ellas era femenina y… Dios, ¿podría ser verdad?

Se acercó un poco más para constatar su sospecha. Un sollozo bajo se quebró en su garganta al escuchar, sin ninguna duda, la voz de su amada Any.

¿Podría ser que hubiese estado siempre cerca de ella y nunca lo hubiese sabido? ¿Gabriel le habría hecho algún daño? Comenzó a temblar, a medida que el miedo subía por su espalda. ¡Dios! ¡Debía ir con ella de inmediato! ¡No podía dejarla sola! Cuando iba a irrumpir en la cabaña, las palabras de Gabriel y Aniel se volvieron completamente nítidas para sus oídos y detuvieron su cuerpo.

—Te amo.

—Yo también, Gabriel, con toda mi alma. Pero estoy preocupada.

—Dime.

—Damián sigue ocultándole la verdad a Maia.

—Lo sé, mi amor. Hablé con él hace un par de horas y dijo que debíamos esperar hasta que Maia confiase en él.

—Pero ella tiene derecho a saber que sus padres y su hermana están vivos.

—Eso lo decidirá Damián, mi ángel. Él cree que ya falta poco para que ella confíe absolutamente en él. Cuando lo haga, Damián podrá apropiarse del símbolo sin que ella se lo impida.

Maia se llevó la mano a la boca y creyó morir. La intensidad de la vibración de su cuerpo era tal que perdió detalle de lo que existía a su alrededor, salvo que quedaba sumergida en un brillo plateado enceguecedor. Quebrándose en un sollozo, vomitó. Cuando terminó, giró su cuerpo para retirarse de allí pero, al hacerlo, se topó con el rostro de Aniel que la miraba desde la ventana, aparentemente desnuda. Maia quedó paralizada al ver su expresión triste y culpable. Y al instante surgió Gabriel, también desnudo, que la abrazaba desde atrás. Maia no podía creer lo que sus

ojos contemplaban. Y sin perder un instante, se echó a correr.

«¡Hijos de puta todos ellos!», gritó para sí. Sin dejarse amilanar por la ausencia de vehículos, decidió huir a pie. Estaba muy bien entrenada físicamente y confiaba en poder sacar una gran ventaja, aun cuando Aniel era la mujer más rápida que conocía. Se lanzó hacia la vegetación frondosa, como ya lo había hecho antes, cuando se había topado con Logan y la había ayudado a escapar en el helicóptero. A medida que se alejaba de la casa, la agonía de su corazón se volvía más insoportable.

«Él cree que ya falta poco para que ella confíe absolutamente en él. Y pronto Damián podrá apropiarse del símbolo sin que ella se lo impida». Recordó las palabras de Gabriel con un nudo en la garganta. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, mientras corría más rápido.

Damián y la mismísima Aniel la habían traicionado. El maldito había estado solo interesado en el símbolo. En realidad, ella siempre lo había sabido pero, como una tonta, se había dejado embaucar por su desesperada necesidad de sentirse amada y protegida. ¡Qué estúpida había sido! La había engañado en sus propias narices, aun cuando todo en ella le advertía que el caminante no era digno de su confianza. Siempre había sido débil e insegura, pero la dulzura de Damián la había encandilado. Había sido un actor de primera, mostrándose interesado en su mundo, en su vida, en su persona. Pero todo era una fatídica mentira.

Emitió un grito desesperado que salió de su garganta con furia y dolor. Aceleró la marcha, como si pretendiera con ello expulsar de su alma aquella pesadilla.

Necesitaba pensar o se volvería loca. Tendría que comunicarse con la policía argentina, les explicaría que había sido víctima de un secuestro y les rogaría que la ayudasen a salir del país. En Ciudad de México buscaría algunas de sus cosas en la fundación y, por un tiempo, se alejaría de allí, ya que era un lugar vulnerable para ella. Quizás debía mudarse a la zona de Yucatán o a otro país. No soportaba la idea de separarse de Rosarito, pero no podía hacer otra cosa hasta que todos estos locos dejasen de seguirla. Porque Damián iría tras ella; el secreto mudo que vivía en ella era su prioridad. ¡Si al menos ella supiera de qué se trataba!

Las lágrimas se volvieron incontenibles, nublándole la visión. Se sentía tan desbastada, que no sabía cómo sobreviviría a este nuevo golpe que la vida le daba. ¿Y qué era eso de que él sabía sobre sus padres y una hermana? ¡Dios mío! ¡Cuántas mentiras había erigido ese tirano en torno a ella! Un sollozo volvió a estallar en su garganta. Debía hacer algo para que no la encontraran jamás. Ella no pertenecía a ninguna Estirpe. Todo debía ser una cruel mentira, como el amor que supuestamente Damián le profesaba. ¡Dios del cielo! Incluso su bendita y dulce Any se había cambiado de bando. Debía de estar profundamente enamorada de Gabriel, ya que hacía lo que él establecía. Ni siquiera había intentado verla cuando todo el tiempo había estado tan cerca.

Sacudió frenéticamente la cabeza. Jackie debía haber sabido la verdad sobre Aniel, porque en el hotel de Santa Fe ella le había dicho, con una expresión extraña en el rostro, que Aniel estaba bien y en el lugar que ella había escogido. Ahora comprendía. Aniel, como ella misma, habían caído en las redes del tremendo engaño que estos tipos llevaban a cabo para apoderarse de lo que tanto necesitaban. ¡Qué ilusas! Pero jamás se imaginó esta traición de una de sus más queridas y entrañables amigas. Absolutamente todo era una locura y necesitaba salir de este círculo de mentiras y persecuciones.

Incrementó la velocidad de sus piernas, así como la intensidad de sus sollozos. Gracias a

Dios, nadie venía tras ella, lo cual la sorprendía; pero era una cuestión de tiempo, ya que no dudaba que Aniel y Gabriel habrían avisado a Damián y pronto todos ellos saldrían a cazarla. Pero ella correría hasta que no le quedara más resto de aire en todo su cuerpo. Estaba agotada de no tener ningún control sobre su vida y ya era hora de que lo recuperase. No podía detenerse, ni iba a dejar de aprovechar esta oportunidad para huir. Ella debía continuar con su vida, apartada de este grupo de gente que estaba muy lejos de su propia realidad.

Corrió durante horas.

Sudada y exhausta, hambrienta y sedienta, se detuvo un instante bajo la sombra refrescante de un árbol para descansar por un rato de la carrera y del intenso calor, aun cuando ya había oscurecido. Valiéndose de su visión nocturna, miró en derredor, pero no detectó nada que le resultara conocido ni tranquilizador. La vegetación era tupida y no se divisaba ninguna vivienda. Estaba absolutamente perdida. Sintió ganas de vomitar de nuevo y así lo hizo, tratando de expulsar el dolor de sus entrañas.

Se limpió la boca con unas hojas húmedas y volvió a focalizar el lugar donde estaba. Debía llegar a Buenos Aires y para ello necesitaba encontrar gente, alguien que la ayudase. Tampoco sabía cómo conseguiría pasaporte y dinero, pero seguramente Jackie la podría ayudar. ¿Pero dónde podría encontrarla? ¡Y ella sin su bendito móvil!

Corrió un buen rato más, con el mismo resultado. Cuando se detuvo, se inclinó hacia adelante apoyando las manos en las rodillas. Necesitaba recobrarse. Se quedó unos minutos en esa posición cuando, de repente, escuchó un sonido de pisadas delante de ella. Al erguirse rápidamente, se topó con la cara de un hombre altísimo cuyos ojos verdes eran increíbles. Maia lo miró recelosa, sospechando que podía ser un caído, pero enseguida lo descartó, ya que estos tenían ojos negros de un brillo mortecino, mientras que los de este hombre irradiaban paz. Aun cuando temblaba como una hoja en medio de la noche, se obligó a ser valiente y habló, tratando de parecer tranquila.

—Estoy perdida. ¿Me podría ayudar?

Cuando el hombre le sonrió amigablemente, Maia respiró un tanto aliviada ya que, al menos, no parecía un violador. ¡Sus ojos eran tan especiales! Definitivamente su mirada le transmitía una extraña tranquilidad, aun cuando el sujeto era corpulento. Pero debía ir con cuidado, ya que todo demostraba que ella no era buena juzgando a la gente.

—¿De qué manera? —le preguntó el hombre joven con voz muy grave.

—Necesito llegar a Buenos Aires. ¿Podría decirme cómo puedo...?

—Eres Maia —dijo, interrumpiéndola. Maia creyó morir cuando escuchó su nombre en boca del sujeto. ¡Debía ser un amigo de los *silverwalkers*! Retrocedió sigilosamente, pero el hombre no se movía. Solamente la observaba.

—No osaría hacerte daño, así que tranquilízate —agregó suavemente.

—Usted me entregará a ellos —dijo elevando la voz.

El individuo la miró detenidamente pero volvió a sonreír de una manera que hizo que Maia se sintiera estúpidamente segura.

—No, en absoluto —contestó con amabilidad—. Me llamo Astos. Para tu tranquilidad, soy absolutamente inofensivo. No puedo pedirte que confíes en mí porque no me conoces, pero puedes detectar mi energía. Eres una chica muy perceptiva.

Maia volvió a mirarlo con recelo. Comenzó a tartamudear y se odió por ello. No podía

controlarlo cuando se sentía de esta manera.

—Yo… yo no sé… —balbuceó.

—Y también una sanadora.

Ella lo miró asombrada. Otra vez alguien le decía cosas que, decididamente, no deseaba escuchar.

—Por favor, solo dígame cómo llegar a Buenos Aires —rogó haciendo como si no lo hubiese escuchado.

—Es de noche y es peligroso.

—No… me importa. Debe haber algún transporte nocturno.

El hombre sonrió apenas.

—Has ocasionado un gran jaleo en la organización.

—¿Cómo… lo sabe?

—Damián está como loco buscándote.

—Por favor…, ayúdeme… ayúdeme a huir de él y de todos aquellos… que lo acompañan.

El hombre la miró y negó suavemente con la cabeza.

—No puedes seguir huyendo de tu destino, Maia.

Una ira interior se apoderó de ella, pero supo que debía aplacarla para lograr su objetivo.

—¡Escúcheme! No… sé cómo hacerle entrar en razón, pero… ayúdeme a llegar a la capital. Dígame… donde hay un transporte, o alguien que me lleve hasta allá.

El hombre volvió a negar con la cabeza.

—Maia, hay más de lo que crees. No solo Damián sino también otras personas desean estar contigo.

—¡Usted… usted debe estar tan desquiciado como ellos! —gritó de repente muy frustrada y se volvió para alejarse de él.

—*Ellas* vienen —le dijo Astos, y la detuvo con esas palabras.

Se volvió sigilosamente y le clavó la mirada. Los ojos verdes brillantes la envolvían y le recordaban a alguna parte de ella misma.

—¿De qué… habla? ¿Quiénes son … «ellas»?

Maia comenzó a desesperarse de veras. ¿Es que quizás habían atrapado a Jackie y a Brenda?

—No, no se trata de tus otras amigas. —Al escucharlo, el rostro de Maia empalideció. Aquel hombre podía leer sus pensamientos—. Te hablo de aquellas mujeres con las cuales debes reunirte. Cuando saliste de la guarida, Damián había ido a buscar a una de ellas —insistió el sujeto.

—Y yo… encontré a Aniel y a Gabriel.

—Entonces ya sabes.

—Sí, que todos me han traicionado.

—No soy yo quien responderá a tus planteos, pero déjame decirte que tú estás ligada a todos ellos por lazos inquebrantables. Quédate aquí y no huyas. Espéralos, que están próximos.

Apenas el hombre dijo esto, se escuchó el sonido del motor de una camioneta a lo lejos, que comenzaba a volverse más nítido.

«¡Es él!», pensó Maia fuera de sí. Miró hacia atrás, esperando ver aparecer el vehículo en

cualquier instante.

—Usted... me asusta. Yo escuché muy bien lo que Aniel y Gabriel decían de mí. ¡Necesito… irme de aquí! —chilló y giró sobre los talones para salir huyendo en medio del grito del hombre que la llamaba por su nombre.

¿A qué otra mujer se refería?, pensó con los ojos repletos de lágrimas sin derramar. Corrió más deprisa. Tenía que regresar al lado de Jackie enseguida, porque no sabía cómo podría defenderse de tanta gente. ¡Se sentía tan impotente! Ella no era una guerrera, en cambio, su amiga de cabellos rojos sí; una mujer acostumbrada a las armas y la estrategia, que la ayudaría a huir definitivamente de toda esta pesadilla, donde el principal protagonista era Damián. Él la enfrentaba a todo aquello que la atormentaba y no quería volver a formar parte de una realidad que no fuese la que ella deseara experimentar. No quería ser sanadora de nadie, ni depositaria de ningún símbolo, y tampoco tener vínculos con personas que ella no eligiese; no quería ser la señora álmica de nadie y, menos que menos, tenía ganas de ser mujer a costa de su libertad y de tantas mentiras erigidas a su alrededor.

¡Basta!

Y se aferró a aquello en lo que sí era buena: correr.

No supo por cuánto tiempo estuvo corriendo de manera desenfrenada, hasta que escuchó pasos a su espalda. Sollozando, se precipitó a máxima velocidad, absolutamente aterrorizada. Y, de repente, no tuvo dudas; podía olerlo, intuirlo, incluso percibir su brillo plateado: Damián se acercaba a ella raudamente.

—¡Maia! —lo escuchó gritar a poca distancia. Con el corazón desbocado, imprimió toda la fuerza que pudo a sus piernas. ¡No podía atraparla otra vez! Pero Damián le pisaba los talones—. ¡Detente, por el amor de Dios! —le gritaba cada vez más cerca. Ella lo ignoró, presa de un absoluto descontrol.

De repente, todo su universo se llenó de luz plateada cuando el caminante la apresó y la levantó desde atrás entre sus poderosos brazos, atónita por el calor de las manos que la sujetaban y que ahora la quemaban. Comenzó a gritar y sacudirse violentamente.

—¡Maia, quédate quieta! —escuchó bramar a Damián, que respiraba aceleradamente detrás de ella.

—¡No! —chilló pataleando en el aire—. ¡Manipulador!

—Algo has entendido mal —resolló al oído de ella.

—Tú… y tu endemoniado símbolo —siseó furiosa, intentando soltarse. Quería matarlo, patearlo, sacarle los ojos.

—¿Qué ha pasado contigo? —explotó Damián que acompañaba los movimientos de ella con el cuerpo.

—¡Te di… mi confianza…aún después de lo que me habías hecho! —Pateó embravecida, mientras sollozaba amargamente.

—Hablemos, por favor —rogó el caminante fuera de sí.

—¡Jamás! —gimió furibunda y se retorció como una culebra. Se sentía absolutamente destruida y el responsable era ese tipo que la apresaba.

—Maia —la llamó, acomodándola bruscamente entre sus brazos para aferrarla mejor—. Yo

no te he traicionado. Pero sea lo que sea que creas, lo hablaremos.

—¡No!

Rabioso y posesivo, Damián la estrechó con mayor fuerza.

—¡Eres mía, Maia, y algún día tendrás que entenderlo! —vociferó frustrado al oído de ella.

Ella sacudió la cabellera salvajemente

—Yo… no soy de nadie —respondió iracunda, retorciéndose entre los brazos que la retenían como una cincha de hierro—. ¡Déjame en paz!

—¡Detente ya! —ordenó Damián, pero Maia siguió luchando a brazo partido aunque inútilmente, porque Damián le cruzó los brazos por delante aferrándolos e inmovilizándole las muñecas con una mano. Lo sentía respirando agitado por la carrera y la lucha que libraba con ella. Se retorció hacia atrás tratando de pegarle en la barbilla con la cabeza, pero Damián se lo impidió, calzándole una mano en la nuca y obligándola a inclinar la cabeza hacia abajo.

—Odio hacerte esto, pequeña, pero no me dejas alternativa —lo escuchó decirle al oído suavemente. ¿Parecía sentirse culpable? Volvió a sacudirse, pero era inútil.

Con una mano, Damián la sostenía de las muñecas cruzadas por delante y con la otra le presionaba la nuca también hacia adelante. Parecía una mosca presa en una tela de araña, atrapada hasta morir. Comenzó a llorar sin tapujos. Se revolvió como pudo, sumergida en un torbellino de matices negros y plateados. El brillo la cegaba, así como ese hombre que la retenía contra su voluntad. Le clavó varias veces los codos en el abdomen, pero lo único que recibía como respuesta eran gruñidos. Intentó todo lo que había aprendido para escapar, pero nada le salió bien.

—¡Te… odio! —bramó furiosa, mientras las lágrimas barrían sus mejillas.

En medio de la batalla con Damián, escuchó una voz femenina que no era la de Aniel y que la llamaba a gritos. Se detuvo, confundida, mientras Damián la retenía completamente inmovilizada. ¿Habría imaginado que una mujer la llamaba? Pero de repente la vio. Detrás de unos árboles venía corriendo la madre de Aniel junto con un hombre. Maia los observó acercarse bajo la claridad de la luna, sin dar crédito a lo que sucedía.

Las lágrimas comenzaron a caer en forma abundante por sus mejillas mientras contemplaba a la señora Ana y… al señor Ronan.

«¡Dios bendito, el padre de Aniel!», pensó.

—¡Ayúdenme! —gritó revolviéndose nuevamente.

—Maia —dijo llorosa la mamá de Aniel, que se detuvo a pocos metros de ellos—. Por favor, Damián, no la retengas de esa manera —suplicó a su carcelero.

Consternada, Maia observó la mirada de gratitud que la pareja le brindaba al tipo que se erigía detrás de su espalda. Ante el pedido de la señora Ana, él quitó la mano que presionaba su nuca, pero no la otra que retenía sus muñecas. Se sintió terriblemente insegura otra vez.

—Estoy… retenida… contra mi voluntad. ¡Necesito que me ayuden! Deben… encontrar a Any también. Ella me ha… traicionado. Estos tipos… creo que le han lavado el cerebro. Un tal Gabriel… la tiene con él.

Maia se escuchaba hablar como si aquello fuera un monólogo entrecortado por la desesperación de sentirse atrapada y no poder hacer nada. Pero había algo que no tenía sentido, ya que los padres de Aniel seguían mirando a Damián con ojos amistosos.

—No te preocupes, Maia. Te ayudaremos —contestó el señor Ronan, mientras la señora Ana

seguía observándola con lágrimas cayéndole ininterrumpidamente por sus mejillas.

—¿Conocen… a este hombre? —preguntó Maia que trataba de limpiarse las lágrimas con el hombro, al tener las muñecas apresadas por la mano de Damián. Pero Ronan y Ana no respondieron, sino que la miraban como si estuviesen en trance—. Por favor… busquen… a su hija. Se encuentra… en una cabaña ubicada a unos cuantos kilómetros de aquí —continuó diciendo sin dejar de sacudirse, pero Damián no cedía un ápice—. ¿Quieres dejar… de retenerme? ¿Me puedes… soltar? —preguntó con rabia a Damián, pero él no contestó—. Señora… Ana, señor Ronan…, ¡por… favor! —suplicó Maia.

—Aniel está bien, mi niña. Ronan y yo hemos venido por ti —dijo la señora Ana sin tapujos. Las lágrimas que caían de sus ojos hacían brillar sus mejillas.

—¿A… a qué se refiere? —preguntó Maia, confundida, que ahora había dejado de luchar.

—Tenemos que hablar, querida nuestra —contestó la madre de Aniel.

—No… comprendo.

—Por favor, volvamos a la guarida —pidió la señora Ana apenas en un hilo de voz y miró a su marido.

—¡No! —gritó Maia revolviéndose de nuevo—. Yo no vuelvo a ese lugar.

—Solo te pido que nos escuches, pequeña —insistió la mujer, clavándole nuevamente la mirada con los ojos llorosos.

¿Qué le pasaba a la señora Ana?, pensó Maia desesperada.

—Quiero hacerlo, pero aquí —dijo resuelta. Y de inmediato increpó a Damián—: ¡Suéltame! —Pero no obtuvo respuesta. Miró a los padres de Aniel y bramó fuera de sí—: ¡Díganle que me deje en paz!

—Te dejará si prometes no huir —dijo el padre de Aniel con suavidad pero también con determinación. Maia se quedó mirando absorta al hombre, que parecía estar de acuerdo en que ese patético individuo la retuviese entre sus brazos.

—Yo… no prometo nada. Solo… quiero que digan lo que quieren decirme. —Se detuvo un instante como esperando a que ellos hablaran. ¿Qué les pasaba? ¿Por qué parecían estar del lado de Damián? Seguro que él les había lavado el cerebro como a ella.

La señora Ana miró a Ronan con los ojos tristes e insistió:

—Entonces llevémosla a la cabaña.

Cuando Maia escuchó esto, creyó volverse loca.

—¡Nunca! —gritó. Se sacudió tanto y tan violentamente que escuchó un bufido cerrado de Damián a su espalda.

—¡Por Dios, Ronan! ¡No quiero esto para ella! —chilló la señora Ana, mientras se llevaba las manos al rostro y comenzaba a llorar desconsoladamente. Maia detuvo su ataque, completamente confundida. ¿Qué sucedía, por Dios? ¿Es que de repente todos se habían vuelto locos?

Observó como el señor Ronan abrazaba a su mujer y le susurraba algo al oído. Y, a continuación, se acercó directamente a ella, mirándola con un dejo de ternura.

—Somos tus padres, Maia.

Sintiendo que los pulmones parecían estar a punto de estallarle, Maia intentó comprender lo que aquella profunda voz, que retumbaba como un eco en su cerebro, le había dicho. Notó que

los brazos de Damián, si bien parecían rodearla con más fuerza, irradiaban una calidez incapaz de describir.

La señora Ana sonrió con pesar, desprendiendo un profundo dolor de sus ojos increíbles, que ahora la miraban con adoración.

—Eres nuestra hija pequeña, Maia —dijo la mujer muy suavemente; se acercó a ella y le rodeó delicadamente la cara con las dos manos. Maia, que por primera vez en este día se sentía agradecida de tener el pecho sólido y fuerte de Damián a sus espaldas, se permitió recostarse contra él por temor a caer.

—Yo… yo no tengo padres —balbuceó.

—Una profunda equivocación, Maia —dijo Ronan, también emocionado—. Somos tus padres y Aniel es tu hermana.

—¿Có… cómo? —interrogó incapaz de saber si en realidad era ella la que necesitaba ser internada en un hospital psiquiátrico.

La señora Ana se apartó un poco y murmuró:

—Es una historia muy larga, Maia. Nos hemos enterado hace muy poco de todo esto y Damián nos ayudó a corroborar la información.

—¿Él? —preguntó señalando con la mirada al caminante.

—Sí. Sin su colaboración no podríamos haberte encontrado.

—¿Tú… tú… lo has sabido en todo este tiempo? —interrogó al gigante con voz recelosa.

Damián decidió responder:

—Sí.

—¿Por qué… no me lo dijiste… antes? —preguntó elevando apenas la voz.

—¿Me habrías creído? —contestó Damián con otra pregunta.

Maia lo observó sin poder asimilar lo que escuchaba.

—¡No… no es verdad! ¡Debe de haber… un error! —exclamó desesperada. Había crecido sin el amor de sus padres, cuando en realidad habían estado tan cerca.

—No lo hay —expresó el señor Ronan, rotundo.

—¿Entonces… cómo… cómo puede ser que ustedes no me buscaran antes? —exclamó atormentada. Sabía que era injusta, pero tantos años de dolor acumulados la abrumaron.

—Lo hemos hecho, Maia —respondió la señora Ana con la voz llena de dolor.

—No puede… ser. ¡Ustedes… no me habrían dejado tan… sola… durante tanto tiempo! —gritó, mientras luchaba nuevamente por soltarse de aquellos brazos que la volvían a quemar—. ¡Déjame! —bramó contra Damián—. ¡Tengo… dignidad! ¡Suéltame… ya!

—Escucha a tus padres, por favor —solicitó él con voz calmada pero terminante.

—¡No te atrevas… a decir quiénes son mis padres! —siseó iracunda.

—Sé que estás furiosa y dolida, y tienes razón —dijo Ana mirándola sin detener las lágrimas que caían a raudales por su rostro—, pero danos una oportunidad para darte todo el amor que te mereces, hija. Por favor… nosotros no sabíamos. Te creíamos muerta desde pequeña. —Se detuvo, hipando, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de las manos.

Maia creyó morir. Se sentía sucia, fría y sin sentimientos. Había añorado una familia durante tanto tiempo, que saber que siempre habían existido unos padres y una hermana para ella, provocó que su corazón se cerrara a la posibilidad de abrazar este momento. ¿Cómo podía

hacerlo? ¡Había envidiado tanto a Aniel y la relación que tenía con sus padres! Había sido una envidia sana, pero que tantas veces y a escondidas le había arrancado lágrimas de dolor porque ella nunca había sido merecedora de un amor así. Y ya estaba harta de sufrir, de esconderse, de sentirse inferior, de no sentirse amada, salvo por los niños y las amigas que le quedaban. Necesitaba cortar con todo aquello que no le hacía bien y la detenía.

Unas imágenes horribles comenzaron a invadirla. Eran borrosas, como todo aquello que pertenecía a su pasado y a sus sueños. Gimió, de la misma manera que lo había hecho desde niña, cuando rogaba por los brazos de una madre o de un padre que la ayudasen a resistir aquel vacío interior en el que vivía desde que tenía uso de razón y ante el cual, finalmente, se había rendido: ella no tenía padres y así sería para siempre.

Volvió a gemir. ¿Cómo podía abarcar esta realidad? Y en medio de ella, la decepción profunda de haberse permitido quedar al lado de un tipo que había jurado amarla y que era una mentira.

Era demasiado.

Toda la furia que se había acumulado durante años estalló en su interior, y sus recónditos demonios afloraron como jamás antes lo habían hecho.

La pequeña Maia, la dulce, insegura y tierna criatura se convirtió, de repente, en una Maia desconocida, aterradora y salvaje, que lo único que deseaba era que todos la dejaran en paz y desaparecieran. Simplemente… no podía más.

Comenzó a pelear como una poseída y, finalmente, logró liberarse de los brazos de Damián. Aprovechando la libertad que había ganado, intentó salir corriendo hacia la inmensidad de la noche, pero cayó derribada al suelo. Miró hacia atrás y observó al caminante aferrado a sus pantorrillas con las manos como si fuesen grilletes.

—Jamás te dejaré ir —siseó él.

Se acordó del cuchillo que llevaba en la espalda y lo sacó. A patadas, se liberó de las manos que la aprisionaban y se lanzó contra su captor para atacarle la yugular. Con un ruido seco, cayó sobre su cuerpo, mientras emitía un grito feroz y corcoveaba salvajemente, intentando vencer el enorme brazo que luchaba por sacarle el cuchillo. Se había adueñado de ella, súbitamente, una habilidad desconocida, que dificultaba la intención de Damián. Escuchó el grito de desesperación de la señora Ana, que los observaba pelear horrorizada, pero continuó atacando al guerrero con una furia que jamás había experimentado en su vida. El cuchillo aún era disputado por ambos cuando alguien la aferró por detrás y la levantó del suelo, provocando que el arma cayera de sus manos.

—¡Hija, detente ya! —ordenó el señor Ronan, preocupado, sosteniéndola de las axilas. Cuando Maia observó que Damián se ponía de pie, comenzó a patalear y a revolverse con tal ímpetu que logró que Ronan perdiera el equilibrio y la soltase.

Aprovechó ese instante para huir, pero Aniel, que de repente se sumaba a la escena, se colocó en su camino. Por detrás llegaron Gabriel y Astos.

—Por favor, Maia, espera —suplicó Aniel a unos pocos pasos de ella.

—¡Tú! ¡Ahora te dignas a aparecer! —gritó Maia con tanta rabia que su tartamudez desapareció—. ¡Te desconozco!

Lo dijo con tanto resentimiento, que dejó a Aniel sin habla. El gruñido de Gabriel puso en acción a la señora Ana.

—¡Por favor, paren todos! —rogó y miró a Maia con tristeza—. Escucha, hija, te lo suplico —solicitó con la voz quebrada—: Aniel y yo nos hemos enterado de la verdad sobre ti hace muy poco tiempo. Jamás imaginamos que tú eras su hermana y nuestra hija. Nunca habríamos permitido que crecieras fuera de nuestro amor si lo hubiésemos sabido. ¡Dios bendito! ¿Crees que ha sido fácil para nosotros transitar nuestras vidas sin ti? —exclamó fuera de sí, con las lágrimas rodando por las mejillas. Ronan se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros—. Durante cuatro años lloramos tu pérdida, mi niña —continuó diciendo—. ¡Cuatro años para aceptar que no podíamos hacer nada para traerte de nuevo!... Y estuvimos a punto de perder también a Aniel en aquel momento. —Se frotó la cara como queriendo olvidar ese tiempo tan doloroso, aferrada a los brazos de su esposo—. Solo… solo te ruego que nos perdones por no haber estado allí cuando nos necesitabas, hija —prosiguió con suavidad, mirándola con adoración—, pero… por favor, ahora acepta el enorme caudal de amor que tenemos para brindarte.

Ante el silencio de Maia, Ronan se separó de su esposa y se acercó suavemente.

—Hija, por favor. Hay muchas cosas que han sucedido que han requerido tiempo para que hoy podamos hablar contigo y transmitirte la verdad. No hemos comenzado de la mejor manera, pero así como tu madre te lo ha pedido, Aniel y yo también te lo solicitamos: ábrete a nosotros y recibe todo lo que tenemos para darte.

Maia los escuchaba sin pestañar. Le parecía que aquellas palabras provenían de bocas lejanas a su corazón. Era incapaz de absorber lo que esta gente clamaba porque sus sentimientos estaban absolutamente paralizados. Recogió el cuchillo del suelo y apuntándolos a todos con él, dijo agotada:

—Yo, simplemente, no puedo con todo esto. ¡No puedo! Por ello, me voy de aquí y no quiero que nadie me siga. ¡Y menos tú! —le gritó a Damián, que la miraba con una frialdad que jamás había presenciado. Por lo visto, esta era la noche de los grandes descubrimientos.

—Por mí, puedes hacer lo que quieras, Maia —exclamó Gabriel, ahora ubicado al lado de su esposa, a la que abrazaba protector—, pero Aniel y Ana, aun cuando no sabían quién eras en realidad, siempre te han amado. Eres injusta.

Maia lo miró con lágrimas en los ojos. No sabía si de ira o dolor, quizás ambos. Y, de repente, comenzó a reír.

—¿Injusta? Puede ser. Y seguramente tienes razón. ¿Pero sabes qué? —Y lo miró con una furia salvaje que dejó atónitos a todos—. Por primera vez en toda mi vida, *no me importa*.

Y sin más, se sumergió en la vegetación a toda carrera.

CAPÍTULO 44

Damián salió tras de Maia.

La divisó corriendo a toda marcha por delante de él, con el cuchillo en la mano.

Por un lado, estaba sorprendido y dolido porque desconocía la causa de la furia de Maia contra él; él le había abierto su corazón y ahora ella decidía ignorarlo, lo que le daba una profunda rabia, ya que todo el terreno que había ganado con tanto esfuerzo parecía perdido: ella estaba dispuesta a huir definitivamente de él.

Pero por otro lado, la admiraba todavía más. Este era el costado de Maia que, por primera vez, se había hecho visible ante todos y que era el que ella había utilizado para sobrevivir. Jamás había entendido cómo una chica tan frágil había logrado atravesar tanto dolor sin perder la cordura. Ahora comprendía que había una parte de Maia que era una guerrera, una mujer de armas tomar por aquello en lo que creía. Su chica necesitaba creer en ella misma, y para ello debía conectarse con esta energía que le daba fortaleza y seguridad. Igual que aquella vez en que destrozó a Logan con su discurso en la Ciudad Universitaria, hoy, por un momento, la había vuelto a escuchar nítida y segura, prácticamente sin tartamudear, aun cuando se podía captar su dolor y su miedo. ¡Si hasta lo había enfrentado con el maldito cuchillo y estaba seguro de que, de no haberse defendido, lo habría herido sin remordimientos!

Maia debía aprender a convivir con este costado de su personalidad, aceptándolo sin combatirlo, a pesar de la imagen de mujer sumisa y tierna que todos se habían creído que era. Incluso ella misma. Su mujer era una *silverwalker*, estaba seguro, y hacía falta mucho coraje y fuerza para convivir con ello. Y a ella, coraje y fuerza, le sobraban.

Aumentó la velocidad de sus piernas al máximo, hasta que logró alcanzarla. Se abalanzó sobre ella y cayeron al suelo rodando por una lomada hasta el margen de un riacho.

Maia corcoveó y se volvió para atacarlo con el cuchillo, pero Damián ya se había incorporado. Maia se apresuró a levantarse y quedaron frente a frente, desafiándose. Damián comenzó a girar en círculos alrededor de ella, como un lobo, buscando alguna debilidad en su presa para atacar.

—Así que, por fin, estamos aquí, Maia. Tú y yo. Solos.

—¡Vete! —siseó iracunda.

—Nunca —respondió el caminante, con la espalda encorvada como si fuera un gato.

Ante su negativa, Maia volvió a atacar, pero Damián sorteó el arma con agilidad.

—¡Eres un fraude!

Damián sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Si lo soy, entonces habla y di por qué. Aquí estoy. Lárgalo ya —la retó con los brazos extendidos a los costados.

—¡No quiero saber más nada de ti ni de nadie! —bramó Maia, con los ojos iridiscentes.

Damián la miró con recelo.

—No sé los demás, pero yo ya te lo dije antes: no estoy dispuesto a dejarte ir. Jamás —musitó con determinación—. Así que tendrás que matarme. Tú estás armada, yo no. Así que

lucha, Maia. ¡Lucha! Aquí me tienes…

La joven aspiró hondo ante aquella provocación, y ese segundo significó la oportunidad que Damián estaba buscando. Con la agilidad de una pantera, golpeó la mano que sostenía el cuchillo, que salió despedido hacia el medio del riacho, donde se hundió rápidamente.

Furiosa, Maia gritó y se abalanzó sobre él. Por la fuerza del ataque, cayeron al fango y rodaron enzarzados en una intensa trifulca.

Maia lo atacaba con una fuerza increíblemente superior. Estaba tan iracunda que Damián la desconocía. Indudablemente, había interpretado que todo lo que él le había dicho y hecho en este tiempo era una mentira y se sentía traicionada.

Con este pensamiento en su mente, Damián recibió el peso de un puñetazo en el costado derecho de la cara que lo volvió a la realidad. ¡Diablos que se había vuelto fuerte su chica!

No tuvo más remedio que continuar luchando contra ella, sin descanso; jamás se permitiría lastimarla, pero debía extenuarla hasta que abandonara su ceguera y se atreviese a ver lo que hasta este momento había sido imposible para ella: el amor, en sus diferentes formas, por fin había llegado a su puerta y no la abandonaría nunca más.

Ana, fuera de sí, intentó dirigirse hacia la dirección donde Maia y Damián habían desparecido, pero Ronan la detuvo:

—No, Ana.

—Pero Ronan…

—Su esposo tiene razón, Ana —interrumpió Astos con ojos comprensivos—. Ha llegado el momento de la verdad para Maia y Damián. Su hija pequeña necesita experimentar este momento por sí misma. Nuestra intervención solo postergaría lo que de una u otra manera debe suceder.

Aniel asintió.

—Mamá, no podemos hacer nada —susurró acercándose a su esposo, que no había dejado de abrazarla.

—Pero…

—Ana —dijo Ronan tomándola de los brazos gentilmente para que lo mirara—. Ellos vivirán lo mismo que tú y yo. y lo que los une es algo que va más allá de las circunstancias. Tú lo sabes bien.

Ana bajó la cabeza derrotada.

—Tienen razón —dijo suavemente—. Solo nos queda esperar. Pero es que entre tú y yo jamás existió violencia, solo deleite y mucho amor. No puedo ver a mi hija así de furiosa con su señor álmico. Me destroza.

—No te preocupes, mi amor. Damián no le hará daño. —Y le acarició la mejilla con los nudillos.

—No lo sé, Ronan. Él es un guerrero acostumbrado a pelear, pero ella es apenas una criatura —susurró.

Astos se acercó a Ana.

—No subestime el poder de su hija, Ana. El compañero de su hija desempeñará los roles necesarios para ayudarla. Él, más que nadie, desea que ella crezca y se fortalezca.

—Pero… ¿esta es la manera? —gimió.

—Más allá de las apariencias y de lo que nosotros creamos, Ana, existe una unión única entre ellos, que hará que ambos se expandan más allá de sus propias limitaciones. Confíe en ese poder. Y también confíe en Damián. Él sabe quién es su hija, y dará su vida para que ella entre en razón. En este momento hay un enfrentamiento de voluntades basado en el desconocimiento de Maia. Ella no sabe quién es, ni tampoco a dónde pertenece. Damián tratará, por todos los medios que conoce, de mostrarle el camino, aunque a veces haya enfrentamientos fuertes. Maia cree que él es su carcelero, cuando en realidad es quien ha venido a liberarla.

—Pero si la ama, ¿por qué la expone a esto?

—Porque es probable que su hija sea una *silverwalker*, como su hermana Aniel —explicó Astos—. De la misma manera, aunque Maia haya crecido pensando que es una tierna e insegura palomita, en realidad es una mujer cuya genética está preparada no solo para ser una guerrera, sino también para ser una sanadora. Maia debe comprender su rol en la vida, y es Damián quien está tratando de demostrárselo. Él necesita no solo a la mujer suave y delicada, sino también a la guerrera y a la sanadora que lleva en su interior, las cuales han estado clamando por salir desde hace mucho tiempo, aunque recién ahora estén atreviéndose a hacerlo.

—Pero si él la tratara con dulzura, estoy segura de que obtendría de Maia mucho más.

—Ana, Damián ha tratado a su hija de todas las maneras posibles, créame, y se ha mostrado absolutamente devoto a ella; pero Maia aún no ha comprendido quién es ella. Está confundida, y con razón. Nunca tuvo a nadie que la guiara realmente en la vida. Y muchas veces, como los humanos, debemos enfrentarnos a nuestros temores para poder abrazar nuestras verdades. Y si no, observe a Gabriel y a Aniel.

Gabriel, que seguía detenidamente la conversación entre Astos y Ana, miró a su esposa y le acarició el rostro con suma ternura:

—Tú y yo lo logramos, mi amor. Ahora es el turno de ellos.

Aniel asintió con lágrimas en los ojos, incapaz de hablar. Se apoyó en el pecho de su esposo y rogó a Dios para que el precio del mutuo reconocimiento entre Damián y su hermana no fuese tan elevado como el que ella y Gabriel habían debido pagar.

CAPÍTULO 45

Finalmente los había encontrado. Astos se escondió detrás de unos arbustos y observó, en medio de la noche poco estrellada, el espectáculo que la pareja brindaba. Había seguido con cuidado sus huellas y ahora debía actuar con cautela.

La familia Mitchels y Gabriel habían regresado a la organización aceptando que el guerrero y la joven debían atravesar el camino del reconocimiento bajo sus propias reglas. Pero para Astos no era suficiente. Maia se sentía tan herida emocionalmente que, si el legado en ella se activaba, quizás Damián no podría controlar la activación del suyo y, en caso de peligro, él intervendría de inmediato para asegurar que la pareja estuviese protegida el uno del otro.

Conocía muy bien las diferentes ramas genéticas de la Estirpe, entre ellas la familia de los guerreros y la de los sanadores. Esta última, a la que él mismo pertenecía, estaba conformada por un grupo especial de miembros de la Estirpe, muy unidos energéticamente entre ellos, tanto que podían comunicarse telepáticamente. Por eso, se sentía responsable del futuro de Maia, ya que su bienestar como sanadora repercutiría en el de todos los demás sanadores cuando ella aceptara y asumiera su verdadero rol.

A la vez, él sentía una gran incertidumbre no solo acerca de la genética de Maia, sino también acerca de la de las otras dos mujeres Mitchels.

Los *silverwalkers* y muchos guerreros de la Estirpe, como el mismo Ronan, eran descendientes de líneas puras de guerreros, pero Aniel, híbrida entre una humana y un macho guerrero de la Estirpe, había heredado una genética particular que la había convertido igualmente en guerrera *silverwalker*. Y Maia, otra híbrida, portaba en su genoma no solo genes de guerrera, sino también de sanadora. Entonces él se planteaba varios interrogantes: ¿cómo era posible que Ana, una mujer humana, hubiese podido procrear sin problemas con su esposo guerrero de la Estirpe? ¿Y por qué Maia portaba genes de sanadora que su padre no poseía? ¿Quién era Ana? ¿Sería su genética ciento por ciento humana? Los sanadores de la Estirpe tenían como característica física peculiar el brillo y color especiales de sus ojos, que impactaban a todos aquellos que los miraban. A través de ellos y de las manos, podían sanar tanto a gente de la Estirpe como humana, como Maia y él podían hacer. Y Ana, si bien era considerada humana, poseía un magnetismo similar en sus ojos aun cuando, aparentemente, ella jamás hubiese manifestado ningún tipo de poder curativo. Entonces, ¿podría ser posible que la madre de las chicas, contrario a todo lo esperable, llevara algún tipo de carga genética de la Estirpe que tuviera que ver con la familia de los sanadores? Y si era así, ¿quiénes habían sido sus padres?

Astos sacudió la cabeza ante tanta complejidad. Sin ninguna duda, el guerrero Ronan y los dos *silverwalkers* habían recibido como señoras álmicas a mujeres muy especiales, a las que debían descubrir y comprender.

Un rugido que atravesó la oscuridad del cielo lo sacó de sus pensamientos y lo hizo volver a prestar atención a la pareja. En un principio había presenciado la batalla entre ambos, donde Maia atacaba de manera brutal y sin piedad a Damián, mientras este se esforzaba por detenerla sin hacerle daño. Pero, finalmente, se había producido lo que Astos había temido y sabía que era inevitable: la conversión de Damián.

Su cuerpo se alzaba varias tallas más de lo normal y la musculatura se hinchaba provocando que la ropa estallara en pedazos. Los retazos eran expulsados en todas direcciones, y la cabellera negra y larga caía majestuosamente sobre su espalda. Los cuernos plateados se erigían enhiestos, a la vez que el cuerpo se cubría de escamas y las garras se alargaban.

La joven contemplaba la transformación de Damián con una frialdad que Astos jamás le había detectado, ni siquiera cuando la había enfocado en sus videncias. Evidentemente, Maia apelaba a sus costados más oscuros para enfrentarse a este momento.

Sin dejar de observarlos, Astos comenzó a captar, dentro de sí, un aura oscura y paralizante que, lentamente, se apoderaba de su alma. Sorprendido por la pesadez que lo embargaba, comenzó a boquear, porque le faltaba el aire. Respiró profundamente varias veces, buscando su propio equilibrio. Cuando logró elevar su energía a un nivel más intenso y sutil, el gemido lastimoso de la bestia hizo clara la advertencia de lo que se estaba gestando en ese instante.

Estupefacto, Astos vislumbró una luz diáfana ingresando lentamente en su mente, la cual revelaba, como en una pantalla, reminiscencias ocultas en la memoria de la sanadora, que pertenecían a sus primeros diez años de vida. Esa luz, constató Astos sorprendido, provenía del dragón.

Entonces no tuvo más dudas: la lucha por el camino del reconocimiento que Damián y Maia atravesaban y el profundo amor que la familia Mitchels había reclamado ante su hija un momento antes habían lanzado sobre la sanadora un misil energético de tal magnitud, que el muro de hierro que protegía los secretos más hondos de su mente comenzaba a resquebrajarse.

Y el dragón había aprovechado la oportunidad para escabullirse en el interior de la mente de su señora álmica y también en la de él, el sanador, para establecer una poderosa unión tripartita de energía.

El nuevo rugido lastimoso de la bestia acompañó la opresión que crecía estrepitosamente en Astos, e hizo evidente que ambos captaban la agonía de la sanadora y el dolor que se había instalado en su interior.

Cuando el dragón intentó acercarse, la joven retrocedió. El monstruo, sin amilanarse, se inclinó con una agilidad y rapidez sorprendentes por tratarse de un cuerpo tan pesado, y logró atraparla por la cintura. La chica, presa de sus garras, gritó. Y con cada grito, comenzó a vivenciar, con mayor crudeza, las imágenes de su pasado oculto.

Cuando el dragón volvió a rugir penosamente, unas náuseas violentas convulsionaron el cuerpo de Astos, testigo de lo que la mente de la chica iba revelando: Maia, a una edad aproximada de cinco años, yacía sobre una camilla en un laboratorio atada con unas bandas de acero y era torturada por los caídos tratando de extraerle información sobre el símbolo del que era responsable. Los gritos de la niña acompañaron los latidos furiosos del corazón de Astos, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas. Aquellos tipos eran unos bastardos, unos malditos hijos de puta sin corazón. Y Gabriel había tenido razón: existían traidores dentro de la Estirpe. En la visión que se presentaba ante él, se perfilaba un rostro difuso que emitía una fugaz aureola plateada en medio de matices oscuros. Su voz era siniestra y su risa espeluznante.

Mientras Maia sollozaba lastimosamente, la bestia y él seguían observando cómo esos asesinos habían torturado a la niña durante años y de todas las formas posibles, hasta lograr quebrar, sin compasión alguna, su identidad.

La joven, al descubrir sus miserias, gritó y lloró desconsolada en brazos del dragón que la

acompañó con sus propios bramidos. Súbitamente, el monstruo se movió con agilidad y se dirigió hacia el agua con su señora álmica entre los brazos; se metió en el arroyo, desplazándose lentamente hasta sumergirse hasta la altura del tórax, y colocó el cuerpo de Maia contra su hombro.

Las cruentas imágenes continuaron acribillando la mente de los tres sin descanso, una de ellas, aplastante: Maia, en plena tortura en ese laboratorio, se transformaba en *algo* que lograba arrancarse las cinchas del cuerpo y se abalanzaba sobre los caídos que intentaban detenerla. Era el día de su décimo cumpleaños.

«De esta forma escapaste, niña», murmuró para sí el sanador con un nudo en la garganta. El legado de Maia se había activado parcialmente ese día. Al ser apenas una niñita, no se había manifestado en toda su magnitud, pero lo suficiente como para permitirle aniquilar a los pocos caídos presentes en esa ocasión. Tragó en seco. Todo era muy claro ahora: la mente de la pequeña, incapaz de sobrellevar una carga tan pesada, había borrado cualquier contacto con aquella realidad tan brutal.

Mientras el dragón bramaba salvajemente, incapaz de proteger a su musa de sus propios demonios, unas lágrimas cayeron por las mejillas de Astos; se sentía impotente y asqueado, porque ningún ser, y menos aún un niño, merecía vivir una experiencia tan cruel y despiadada.

Entretanto se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, Astos se hizo un juramento de por vida: no se detendría hasta que los malditos traidores de la Estirpe fuesen destruidos completamente.

CAPÍTULO 46

Maia seguía llorando desconsoladamente en brazos del dragón, que la abrazaba como queriendo protegerla de todo y de todos. Con una de las garras, le mojó amorosamente la cabellera y el rostro, intentando que el agua la calmase. La joven se recostó sobre los brazos de la bestia y se rindió. El único puerto seguro para ella en ese instante eran esos brazos llenos de escamas. Y pareció desvanecerse en ellos.

Una quietud pasmosa se instaló en el ambiente. La brisa alrededor de ellos parecía haberse detenido. No se oía ningún sonido, salvo el de las gotas de agua que caían de los cuerpos húmedos del dragón y la sanadora. La bestia resolló, como percibiendo el vacío que comenzaba a avanzar a través de la noche. Algo oscuro y siniestro se elevaba a través de la columna vertebral de Maia. Y el dragón escupió por la boca el fuego que anunciaba lo que se desataría a continuación.

La bestia apretó contra su pecho el cuerpo de la chica, que repentinamente cayó laxo, con la cabeza y los brazos extendidos hacia atrás, casi sin vida. Lo olfateó y, a medida que lo hacía, le remojaba con el agua que los rodeaba el pecho, la garganta, los ojos, las muñecas y la cabellera.

Astos jamás había visto semejante autocontrol en el dragón, que trataba de dominar sus garras y cada músculo de su cuerpo para cuidar el de su señora álmica que, súbitamente, comenzaba a adquirir un brillo inusual, que le recordaba a estrellas fugaces atravesando el firmamento oscuro.

La bestia la transportó con cuidado a la orilla del riachuelo y se sentó en el suelo tapizado de hierbas con ella entre sus brazos. La iridiscencia del cuerpo de Maia se intensificó y el dragón la acompañó con la del suyo propio. Indudablemente, él también estaba atravesando algún cambio.

Al observar tanta belleza diáfana, Astos apenas si podía respirar. ¿Qué pasaría con ellos? Y como si fuera una respuesta a su pregunta, la joven comenzó a quejarse y sollozar. La bestia la abrazó desde atrás y le pasó los brazos por debajo de los pechos para retenerla contra sí. Una luz ígnea atravesó el esternón de la joven, provocando un rugido bravo del dragón que fundió su propia luz con la de Maia. La incandescencia de ambos cuerpos proyectó un espiral ascendente que los envolvió como una burbuja y, al instante, se hizo evidente lo que Astos ya le había dicho a Damián: «*Ella es diferente, pero un legado jamás ha dejado de activarse desde que yo he tenido memoria*».

El cuerpo de la joven comenzó a cubrirse suavemente de escamas níveas, como si fueran pétalos de rosas blancas abriéndose al amanecer. El cabello se hizo más largo, cubriéndose de líneas plateadas en toda su longitud. Dos cuernos suaves se abrieron paso entre la cabellera, a la vez que las uñas se transformaban en respectivas garras plateadas y dos colmillos pequeños asomaban de los labios. La dragona de Maia comenzaba a revelarse.

Astos quedó sin aliento al observar sus ojos cuando se abrieron. El color celeste uniforme que caracterizaba las pupilas de Maia se había vuelto un cúmulo de motitas del mismo color, entremezcladas con otras blancas, que abarcaban no solo las pupilas, sino todo el interior de los ojos, que brillaban como dos luceros plateados.

Convertida en una dragona, Maia no solo era hermosísima, sino majestuosa.

La bestia permitió a su señora álmica separarse de él y elevarse ante su presencia. Ya no era pequeñita, sino que su talla se había elevado alrededor de cuarenta centímetros y su musculatura se había vuelto más poderosa, sin llegar a ser exagerada. La cabellera era más espesa y le caía hasta las pantorrillas. Los pechos, que habían aumentado de tamaño, también se habían cubierto de escamas brillantes.

Astos tragó en seco. La combinación entre la genética del legado y los ojos de sanadora la volvían una criatura decididamente impresionante.

El dragón se levantó del suelo lentamente y, aunque la hembra no era pequeña al lado de la gente normal, lo era aún ante su señor álmico. Indudablemente, eran dos ejemplares de la misma especie, donde el tamaño del macho era netamente superior.

Una serie de rugidos surgieron de la boca de ambos dragones. Astos no sabía bien qué significaban, pero seguramente muy pronto se revelaría lo que estaba sucediendo entre aquellos dos.

La hembra dragón retrocedió ante el rugido del macho, quien la siguió inexorablemente desplegando su musculatura hasta que fue detenida por un árbol contra el que chocó su espalda; la bestia continuó acercándose hasta que su torso colosal quedó a unos pocos centímetros del de ella. El macho se inclinó hacia adelante para olfatearla nuevamente. Astos captó la tensión de la dragona. Estaba nerviosa y confundida, aunque la atracción entre ambas bestias era indudable. Al parecer, Maia no podía controlar lo que el instinto le transmitía; por un lado quería huir, pero por el otro deseaba emparejarse con el macho que tenía frente a ella, que la reclamaba y que era aquel que le correspondía por naturaleza.

El dragón acercó sus garras para acariciarle el rostro. Maia gruñó y desplegó los colmillos que se volvieron más visibles.

Astos sonrió. Si el dragón quería a su señora álmica, debería ganársela, ya que se la veía poco predispuesta a hacérselo fácil. En realidad, era la constante en la vida de estos dos.

Ante la reacción de ella, el macho se echó un poco hacia atrás para observarla durante unos instantes; de inmediato se inclinó hacia adelante e incrustó las garras en el árbol a ambos lados de la cabeza de su desafiante dragona, gruñendo de la misma manera que ella lo había hecho antes y mostrando también sus colmillos enormes.

Si pretendía dominarla con este acto de machismo, Astos no estaba seguro de que lo fuera a lograr. Era cierto que el macho era absolutamente intimidante, pero la hembra no era tonta y estaba envalentonada con su nuevo ser.

Confirmando lo que Astos sospechaba, ella lanzó un zarpazo sobre el rostro que tenía enfrente, lo que provocó que el cuerpo abarrotado de músculos saltara hacia atrás. Cuando la bestia rugió llena de furia, la dragona echó a correr con todas sus fuerzas, de la misma manera que lo hacían las hembras de muchas especies al disfrutar de la caza de los machos sobre ellas, como una parte del ritual del emparejamiento. Y el dragón, al reconocer este llamado, partió raudamente tras ella.

Astos se levantó de su escondite y se largó a toda carrera tras ellos. Cuando Damián cazara a Maia, quizás se volvería brutal y era algo que él debía impedir.

Si bien el sanador era un buen corredor, no pudo seguirles el ritmo con facilidad. La chica dragón era rapidísima y el macho la seguía a corta distancia. Le costaba trabajo divisarlos pero, al menos, escuchaba como el suelo retumbaba por las pesadas pisadas de los dos.

Siguió corriendo durante un buen rato hasta que, desfalleciente, escuchó unos rugidos feroces. Corrió más de prisa, abriéndose paso entre los densos arbustos, hasta que finalmente llegó al lugar donde había sucedido lo que había intuido que pasaría: el dragón macho había atrapado a la hembra y, respondiendo a sus instintos naturales, ambos libraban una batalla tan antigua como el tiempo.

Contempló a las dos bestias luchar con embestidas violentas y rugidos furiosos, clavando las garras en el suelo y en los arbustos, destrozándolos. Era evidente que la hembra no tendría muchas posibilidades ante la superioridad física del macho, pero no se amilanaba y lo enfrentaba salvajemente. Astos se escondió nuevamente tras unos arbustos para contemplar el enfrentamiento que, estaba seguro, podría durar un buen rato. Jamás se atrevería a interrumpirlo, a no ser que fuese necesario, pero lo dudaba, ya que percibía claramente como el macho dragón cuidaba a su hembra, aun cuando esta lo atacaba con tanta fiereza.

Siguió observándolos luchar, maravillado. Eran dos bestias majestuosas, una de ellas decidida a emparejarse y la otra a hacerlo solo si era dominada. En este plano, pensó Astos, el caminante y su señora álmica respondían con las reglas de la naturaleza, e intuía que era aquí donde Maia, finalmente, podría empezar a aceptar a su compañero.

Astos no perdía detalle de los movimientos de esos cuerpos tan hermosos y estaba tan cautivado por lo que observaba que perdió noción del tiempo. Si bien no supo cuánto tiempo duró aquello, finalmente la hembra cayó exhausta entre las garras del macho.

La lucha había sido titánica, pero el dragón macho había logrado derribar las defensas de su compañera y, finalmente, tenerla bajo su merced.

Sujeta de cara contra el suelo, la dragona continuó resistiéndose e intentó morder a su captor, que retenía con su musculoso cuerpo el suyo desde atrás. El dragón no solo evadió los colmillos brillantes de la hembra sino que, súbitamente, inclinó la cabeza y clavó los suyos profundamente en la unión de la cabeza y el hombro de su compañera, en un gesto de supremacía y dominancia.

La dragona corcoveó furiosa en un intento por escapar, pero la sujeción del macho con los músculos de su cuerpo y la poderosa mandíbula era invencible. Poco a poco, la hembra, extenuada, fue consciente de que libraba una batalla inútil. Percibiendo su victoria, el macho separó con cuidado los poderosos colmillos del cuerpo de la dragona y, con una delicadeza suprema, comenzó a lamer con la lengua la herida que le había infligido.

La hembra contestó nuevamente con gruñidos iracundos y volvió a corcovear, pero el dragón, en vez de amilanarse, la cubrió nuevamente con su cuerpo colosal y, con ansias, atacó con la lengua todas las partes del cuerpo blanco que yacía bajo él. Incapaz de continuar resistiéndose, la hembra emitió un rugido, mezcla de rendición y placer, para finalmente responder febrilmente al reclamo de su señor álmico.

Absolutamente deslumbrado por aquella conquista, Astos se preguntaba si Damián sería capaz de recordar las imágenes que su señora álmica había transmitido de sus primeros años cuando volviese a su estado normal.

Sigilosamente, se arrastró hacia atrás y, en aquella noche de pocas estrellas y luna plateada, se alejó para no invadir la intimidad de aquella maravilla que estaba seguro sería imposible de describir con palabras: el ritual del emparejamiento de dos dragones de la Estirpe de Plata.

CAPÍTULO 47

Abrió los ojos lentamente.

Había amanecido, y la luz del sol parecía luchar por atravesar sus pupilas doloridas. Intentó moverse, pero el cuerpo apenas le respondía; estaba completamente agotada. Bostezó.

Seguramente todo había sido un sueño, una pesadilla sin sentido que le había consumido todas las energías. Suspiró profundamente y se restregó los ojos, tratando de enfocarse en lo que la rodeaba. Parpadeó un rato para despejar la aureola de confusión en que estaba sumida y supo, de repente, que no se hallaba en la cama de su habitación en la organización, sino en el exterior, en medio de la naturaleza. Intentó recordar lo que había pasado y, súbitamente, una tristeza aguda la sofocó. Había escapado de Damián.

Se estiró quejumbrosa sobre el pasto, percibiendo el dolor de los músculos en todo el cuerpo y se giró para mirar a un costado. ¿Qué pasaba con su cuerpo? Le dolía como si hubiese batallado contra una montaña durante toda la noche.

—Te tengo… — escuchó la voz suave susurrándole al oído del otro lado. Y junto con la voz, llegaron los recuerdos de la noche, provocándole una terrible tensión en el cuerpo. ¡Dios, no! Se miró el cuerpo desnudo e intentó apartarse, pero los brazos sólidos y bronceados del caminante la envolvieron desde atrás. Y junto con los brazos, se sumó un muslo de Damián, que se apoyó sobre los de ella. Observó de reojo que él tampoco llevaba ropa puesta.

Maia intentó salir de aquel encierro suave, pero solo logró que los brazos la acercaran aún más a él.

—Ya es tarde, Maia —dijo Damián casi en un susurro—. Nada ni nadie puede cambiar lo que sucedió anoche.

Se miró los muslos y contempló vestigios de la sangre seca que aún le quedaba después de haber perdido su virginidad sin saber bien cómo. Si bien las imágenes eran confusas, había algo de lo que estaba segura: ella había copulado con la bestia, y ambos habían disfrutado salvajemente.

Se sintió expuesta como nunca antes. Girándola suavemente, los brazos de Damián hicieron que lo enfrentara. Maia no se atrevía a levantar la vista, avergonzada y confundida, y se limitó a mirarle el pecho. No podía creer la dualidad que lo sucedido generaba en ella. Por un lado, había estallado una fuerza descomunal en su interior que la había llevado a combatir como una loca a un monstruo y, por el otro, la realidad actual de su vida la apabullaba de tal manera que, otra vez, se sentía perdida.

Damián le levantó con delicadeza la barbilla para que lo mirase y, con el rostro a pocos centímetros del de ella, le susurró:

—Cuéntame…

—Es que… —murmuró arrastrando una mano a través de su cabellera— ¡Dios mío!... Soy… un monstruo —gimió y estalló en un sollozo donde las lágrimas, incontenibles, comenzaron a rodar por las mejillas suaves. Damián la abrazó, acunándola entre sus brazos, sabiendo que la joven necesitaría de todas sus fuerzas para comprender no solo lo que el legado significaría para su vida, sino también la implicancia de los nuevos sucesos que estaban acaeciendo en su vida.

Le permitió llorar sin dejar de abrazarla, consciente del dolor que ella sentía en su corazón. La pena de ella era la pena de él, y sabía que siempre sería así. La aferró más fuertemente contra sí y la acompañó en silencio hasta que el cansancio comenzó a hacer mella en ella.

—¿Cómo… cómo ha llegado esto a mí? Yo… no lo elegí —balbuceó con los ojos plateados, que apenas podía abrir del agotamiento.

—En tu caso, el legado te ha elegido a ti, mi amor.

Damián contempló los ojos increíbles de su señora álmica, cuyas pestañas húmedas y oscuras subían y bajaban lentamente como tratando de asimilar lo que Damián le acababa de decir. Y súbitamente esos ojos lo miraron con horror.

—¡Oh, Dios! ¡Mírate, Damián! —le dijo observando su rostro y su cuerpo moreteados y rasguñados—. ¿Fui yo? —preguntó acongojada, tocándole suavemente una herida profunda en el hombro.

Damián sonrió y la abrazó.

—Hoy a la noche solo tendré unas pocas cicatrices. Ha sido una pequeña pelea de enamorados, mi amor.

—¿Cómo puedes tomarlo con humor? —gimió entre sus brazos—. Por favor, perdóname, Damián.

—No tienes que pedir disculpas, mi amor. Sería como si yo tuviera que pedir disculpas a mis amigos enajenado por cada vez que me he transformado y les he hecho la vida imposible. Convertidos somos, sobre todo, instintivos, y no podemos controlarlo.

—¿Pero… qué haré de aquí en más?¿Cómo puedo convivir con … *ella*?

—*Ella*, como tú dices, es parte de ti. No la rechaces. Trata de integrarla a tu ser porque su misión es ayudarte a comprender que ,para poder desempeñar tu tarea de sanadora hacia los demás, primero debes sanarte a ti misma.

Maia se quedó en silencio durante un buen rato, mientras Damián le acariciaba el cabello con suavidad, esperándola.

—Tú siempre me dijiste que la conversión es dolorosa —susurró—, pero yo solamente he manifestado un tremendo cansancio, como si enfermara. Pero no hay dolor.

—Parece que tu genética diferente hace que la transformación a tu estado normal opere de otra forma distinta a la mía, como te ocurrió cuando te desmayaste luego de la experiencia del espejo en el hotel de Santa Fe.

—Pero en ese momento el legado no se había activado.

—No te equivoques, mi amor. Tu legado se activó a tus diez años de edad y, si bien quedó en estado latente, tus experiencias posteriores, similares a la que viviste frente al espejo, desencadenaban una parte del proceso de conversión que nunca llegaba a manifestarse en su totalidad. Hasta anoche.

—¿Y por qué no me siento en este instante tan devastada como en el hotel?

—Creo que tiene que ver con el hecho de que tu condición de sanadora también está manifestándose con mayor poder.

—Sin embargo, me arde la espalda —murmuró Maia y trató de tocarse con los dedos de la mano el calor que emanaba seguramente de alguna herida.

Damián sonrió y negó con la cabeza.

—No es lo que crees. —Maia lo miró sorprendida al constatar que él, otra vez, podía leerle los pensamientos—. El símbolo del legado se ha grabado a fuego en tu espalda.

Maia lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Tengo… un tatuaje?

Damián asintió con la cabeza, emocionado.

—Es hermoso. Una bella dragona como tú.

Y con los dedos de una mano le recorrió la figura que se extendía de un omóplato al otro y descendía hasta la unión de las dos nalgas.

—Pero, ¿por qué se ha imprimido recién ahora y no a mis diez años?

—Creo que porque el legado recién se ha activado con todo su poder ahora.

—Pero Triel tiene el tatuaje de la serpiente, y su legado nunca se ha activado.

—Los tatuajes siempre se han manifestado cuando Astos hace entrega de ellos a las personas que los han pedido. Pero no es tu caso, mi amor. Tu legado se imprimió en ti cuando se activó, ya que tú nunca lo habías solicitado.

—No se… cómo… lograré asimilar tantas cosas —susurró. Damián le dio un beso en la sien y la estrechó más fuertemente.

—Yo estaré a tu lado.

—Pero yo…

—Démonos esta oportunidad —pidió Damián abiertamente—. No me puedes engañar. Te siento, te intuyo y te percibo con todas las fuerzas de mi ser. Sé lo que sucede en tu corazón y en tu alma porque, sea lo que sea que me hable de ti, lo vivo en mi interior. —Acercó los labios a su boca, deteniéndose al rozarla—. Juro por tu Dios que sé cómo te sientes en este momento porque yo también he vivido lo mío. Deseas escapar de todo lo nuevo que ha llegado a ti, porque te sientes completamente desbordada. Pero en medio de toda esta locura, solo te pido una cosa —Maia lo miró con los ojos cuajados de lágrimas—: no rechaces lo que nos une. —Y aproximó el cuerpo aún más para mirarla implacable—. Porque es sagrado, mi amor.

«Su amor», susurró Maia en su interior.

Cerró los ojos y se perdió en el embrujo que la cercanía de Damián le producía.

—Sé que sigues luchando contra mí, contra los demás y también contra ti misma por las dudas y los miedos que te carcomen —continuó diciendo el caminante con vehemencia—. Pero no me importa, porque estoy aquí para pelear contra tus escudos. Y sé que puedo ser quien te abra los ojos a la verdad que no solo existe en tu interior —le dijo con ternura, apoyándole la mano en el corazón—, sino también a la que existe entre tú y yo, nena —agregó, señalando con un dedo los corazones de ambos. Maia lo miraba absorta ante la intensidad de sus palabras—. No lo rechaces más. —Y acercó el rostro al de ella entremezclando sus alientos suaves—. Es imposible hacerlo, ¿me oyes?… —le rozó los labios con los suyos—. Absoluta y completamente imposible.

Y la besó enfebrecido. Maia se sintió caer en un abismo de sensaciones que la paralizó. Los latidos del corazón de Damián la arrullaron con el calor de la seguridad que, por un instante, había abrazado cuando ellos habían estado en México. Y se dejó transportar por ese canto de sirenas que la sangre de ambos entonaba.

Por primera vez quería ser ella misma: Maia, la que no tenía identidad, la que era dueña de un pasado oscuro y macabro, repleto de dudas y temores; la depositaria de un símbolo que

odiaba y de un legado monstruoso que la aterrorizaba. Y también, por primera vez, escuchó lo que su corazón le gritaba a la cara: lo que Damián sentía por ella era imparable, invencible y ella… ella estaba agotada de luchar contra él.

Se dejó abrazar y de repente todo a su alrededor perdió forma, color y espacio. Lo único que existía era el sabor de los labios de Damián, la fuerza devoradora de su lengua y el calor enfebrecido de sus brazos que la rodeaban. Le devolvió el beso como si fuera lo único que necesitase para sobrevivir, rodeándole el cuello con los brazos para acercarle el rostro hacia ella. Se besaron una y otra vez durante una eternidad, con besos ardientes, jugosos y ansiosos.

El rostro de Damián se movía buscando los ángulos necesarios para besarla con más intensidad. Quería imprimirle su marca definitiva para alejarla de cualquier duda o resquemor. Lo que las palabras no podían explicar, quizás los besos lograran hacerlo. Por una vez, Damián quería que el amor ganara en su vida. Y no se detendría hasta lograrlo.

Le envolvió la cintura con uno de los brazos y con la mano libre la tomó fuertemente de la barbilla para abrirle la boca. El hambre que lo devoraba por dentro solo podía ser saciada por esa boca tan suave y suculenta. Y Maia le respondió con la misma intensidad.

«Por fin… ¡Dios mío, por fin…!», se dijo aliviado en su interior. La besó enloquecido, desesperado. Los dedos la obligaron a alzar aún más la barbilla, dirigiéndole los movimientos para que no osara interrumpir aquel beso. Con la otra mano la aferró de la nuca presionándola contra él y estrechando el espacio que quedaba entre ellos. Se sumergieron en un éxtasis de júbilo, pasión y entrega absoluta. No había barreras, ni siquiera la de su virginidad, sino un apremio desesperado por manifestar lo que en realidad sentían y los unía. Y quizás, solo quizás, aquello tendría la fuerza y el poder necesarios para sanar las heridas que los separaban.

Maia estaba como suspendida en el cielo, sostenida por alas que surgían de las caricias de Damián. Sus besos la llenaban de vida, la hacían florecer y le gritaban con descaro que sabían que ella, en realidad, quería sentirse amada por él. Sus caricias la hacían renacer de las cenizas, la elevaban al nirvana, como en ese instante en que él, hambriento, devoraba sus pechos. Lo dejó degustarlos y apretujarlos como él amaba hacerlo y se sintió, como nunca antes, libre. Y en medio de su resquebrajada torre de seguridad, que había amenazado con desmoronarse del todo, él se alzó exigiéndole la entrega de su corazón y mostrando la decisión férrea de luchar por lo que los unía.

—Es así —le susurró Damián lamiéndole el pezón enhiesto, mirándola con los ojos entornados y emitiendo el brillo plateado iridiscente que la desarmaba. Maia se perdió en esa mirada refulgente, respirando agitada y perturbada. No podía emitir una palabra—. ¿Sabes por qué? —le preguntó alzándose sobre ella y acercándose nuevamente a su boca, desafiándola a responder, escudriñándola exhaustivamente, tratando de percibir lo que ella no se atrevía a manifestar—. Te pregunté si sabes por qué —volvió a interrogarla exigente, envolviéndole las mejillas con fuerza e inclinándole la cabeza hacia atrás para evitar que escapara de su mirada. Pero la boca de Maia permanecía sin emitir una palabra. Le parecía estar parada al borde de un precipicio y, si caía, se estrellaría para romperse en mil pedazos.

Los ojos de Damián se habían acercado tanto que Maia podía distinguir sus pupilas. Estas se suavizaron al percibir la emoción que la embargaba. Y le dio un beso primero en la nariz, luego en los párpados, después en la frente y las mejillas. Se detuvo y la volvió a observar, ahora con

los ojos expectantes. Maia supo de inmediato lo que esa mirada revelaba. Era lo mismo que había percibido en el corazón de Damián aquella vez en la orilla del arroyo, cuando había intentado escapar de él, que la había dejado abrumada y… necesitada de todo.

—Entonces te lo diré yo—dijo el caminante—. Porque tú y yo expandimos nuestras existencias con la presencia del otro. —Y le humedeció los labios con la punta de la lengua, en una suave caricia—. Porque hay una verdad inmaculada e inalterable —musitó sin dejar de atormentarle la boca con su roce—. La única que me impulsa a seguir corriendo tras de ti para gritarte con todas las fuerzas de mi alma que abras las puertas de la tuya. —La miró con los ojos húmedos, sin dejar de abrasarle las mejillas—. Porque te amo, mi amor.

Maia cerró los ojos y creyó morir en ese instante. Las lágrimas comenzaron a derramársele por las mejillas, y no le importó mostrarse tan vulnerable ante él. Se sentía mortalmente desbastada. Abrió los ojos, revelando el torbellino interior en el que se hallaba sumergida.

Damián, con infinita suavidad, le enjugó las lágrimas con los pulgares.

—Te amo como jamás imaginé poder hacerlo —volvió a susurrarle con los labios pegados a los de ella—.Y te amaré día tras día, momento a momento. Para siempre, mi amor.

Una fuerza suprema atravesó el pecho de Maia y ensartó su corazón, haciéndolo estallar en miles de emociones desconocidas, que la ayudaron a embriagarse de aquella mirada intensa, de las manos cálidas, de su pasión y aunque pareciese una locura… de su amor. Cerró los ojos y comenzó a llorar desesperadamente, arrojándose a los brazos que la envolvieron con tanta fuerza que casi le quitaron la respiración.

—Te regalo mi corazón y mi alma —le dijo el caminante con el rostro sumergido en su cabellera—. Nunca te dejaré ir de nuevo, por Dios. Y jamás…—se interrumpió para tomarla de las sienes y la obligó a mirarlo nuevamente—escúchame bien: jamás… Jamás volverás a sentirte sola.

La acostó sobre el suelo suavemente, se ubicó entre sus muslos y la besó enardecido, mientras con los dedos suaves le acariciaba su humedad más escondida. Maia se sintió reverenciada. Abrió las piernas y tomó las nalgas fuertes del guerrero entre sus manos, tal como las imágenes borrosas de la noche le insinuaban cómo hacer. Acercándolo a ella, el miembro enarbolado de Damián se ubicó en la entrada de su deseo más íntimo. Si bien él siempre se había prometido hacer el amor con Maia, de manera completa, cuando ella finalmente lo hubiese reconocido como su señor álmico, ahora aquello era imposible, debido a que la bestia se le había adelantado y ahora él debía culminar lo que su dragón había iniciado.

Cuando Damián la miró, una energía prístina los envolvió y, mientras yacía preso en aquellas pupilas transparentes, comenzó a penetrarla con delicadeza. Cerró los ojos, enajenado por aquel calor apabullante. Comenzó a sudar por el autodominio que debía ejercer para evitar dañarla. Quería ser cuidadoso, porque aun cuando la bestia había derribado su virginidad, no sabía cómo la transformación había operado en los tejidos más tiernos de su señora álmica.

La escuchó gemir y sintió temor pero, al mirarla, Maia le respondió con pasión, disfrutando de lo que él le hacía. Envalentonado, siguió ingresando con delicadeza, consumido en el calor que le provocaba su canal tan estrecho. Maia parecía casi virgen.

—Por favor, mi amor. Dime si te hago daño —susurró Damián con el miembro palpitándole de un deseo abrumador.

—Sigue así… te lo ruego —suplicó Maia como sumergida en un trance.

El sudor le empapaba las sienes y el pecho, mientras continuaba llenando aquel interior tan deseado y amado. A medida que entraba más profundamente, se dio cuenta de que la película virginal, en efecto, ya no existía, y un nuevo gemido de gozo de Maia lo llenó de alegría. Le acarició con los dedos de una mano los costados aterciopelados de su cavidad cálida y mojada, y con los de la otra, un pezón. Enfebrecido por la respuesta de su señora álmica ante sus caricias, Damián no pudo más y llenó con una profunda estocada todo su interior. Maia arqueó la espalda y gritó satisfecha. Damián la besó enloquecido moviendo lentamente las caderas hacia adelante y atrás, abriéndole más y más los tejidos delicados de las paredes de su femineidad. Cuando la escuchó gemir en el interior de su boca, empujó las nalgas perfectas hacia arriba con las manos, elevándole las caderas y, enfervorizado, comenzó a embestir a ritmo creciente e incansable en su interior.

Los labios de Maia se apartaron de su boca y ella emitió un resuello de pasión exaltada, a la vez que lo tomaba de la nuca y dirigía su rostro hacia sus senos. Mientras Damián glotoneaba los pechos henchidos, Maia arqueó el cuerpo de tal manera que Damián pensó que su pene atravesaría su cuerpo como una espada. Era tal la delicia del encuentro entre ambos que se sintió completo, vivo, listo para lo que fuere que la vida les deparara. Con los cuerpos sudados y con él enterrado en ella hasta el fondo de su alma, contempló, embelesado, aquellos ojos cristalinos que no mostraban ningún destello de miedo o de rencor, lo que generó en él una profunda conmoción.

La lucha había sido larga y pareja pero, por fin, su chica parecía quererlo de alguna manera. Con un nudo en la garganta, la besó largamente en la boca, con el alivio y gozo de sentirse aceptado. No sabía cuán profundamente había podido quebrar sus barreras afectivas pero, al menos, había abierto una pequeña pero valiosísima puerta hacia su corazón.

Empujó las caderas a toda velocidad y, cuando ambos ya llegaban al éxtasis máximo, Damián gritó, como un recordatorio:

—Te amo.

Y el gigante se abalanzó nuevamente sobre la doncella rendida para expresar con el cuerpo lo que acababa de pronunciar con la fuerza implacable de su corazón.

CAPÍTULO 48

Gabriel se sentó cómodamente en el sillón de cuero ubicado frente al equipo de aire acondicionado, esperando que este refrescara su estado de ánimo. Había sido una noche difícil, y no dejaba de preocuparle la reacción de Maia. La joven había manifestado una enorme agresividad hacia Aniel y los padres, lo que había originado un profundo pesar en todos y, en él, una sensación de impotencia. Desde que Aniel había llegado a su vida, él había asumido la protección de ella con tal intensidad, que verla sufrir de aquella manera lo desequilibraba. Sencillamente no podía soportar el dolor de su esposa.

Cuando apenas habían regresado del enfrentamiento que Maia había tenido con todos ellos, la señora Ana se había encerrado en el cuarto con su esposo y Aniel había llorado casi toda la noche en la cama junto a él. Gabriel la había mantenido acurrucada entre sus brazos intentando tranquilizarla, asegurándole que muy pronto aquello terminaría y pasaría a formar parte de las anécdotas de la familia. ¡Pero joder que dolía! Tenía ganas de darle unos buenos azotes a la pequeña ingrata por lo injusta que se había manifestado hacia los miembros de una familia tan bien constituida, repleta de valores e ideales y, sobre todo, de amor.

Inhalando profundamente, Gabriel se levantó del sillón y se dirigió hacia el bar para servirse un agua mineral helada. Luego de degustar un par de sorbos, contempló la vegetación subtropical desde el ventanal de la habitación. En realidad, y si debía ser honesto con él mismo, podía comprender a Maia, pero el intenso sentimiento de protección que tenía por Aniel era lo que primaba en su vida. Él había estado al lado de su esposa cuando esta, valientemente, había luchado por recuperar los pedazos de su alma en un proceso largo, doloroso y muy difícil. Y ahora, cuando por fin ella había encontrado a sus padres y era tan feliz junto a él y al hijo de ambos que crecía en su vientre, no podía tolerar que nadie volviese a dañarla. Ni siquiera su hermana.

Suspiró profundamente mientras sorbía otro trago de agua.

Pero contaba con Damián. Era el guerrero más tenaz de la Estirpe y seguramente no permitiría que la mocosa se saliese con la suya, especialmente porque ella era su señora álmica.

En ese instante, se abrió la puerta del estudio y se asomó el rostro de Aniel. Gabriel sonrió y, tras dejar la botellita de agua sobre la mesita del bar, se acercó a ella para recibirla con un enorme abrazo. Aniel se sumergió en la calidez de sus brazos y Gabriel supo que todo estaba bien.

Y en ese preciso momento, se escuchó la dulce voz de Ana por detrás de Aniel.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, Ana —invitó Gabriel sin dejar de estrechar a Aniel, que observaba a su madre con regocijo y extendía la mano hacia ella. Ana se acercó para tomar la mano de su hija y colocarla sobre su mejilla.

—Tu padre está descansando, pero yo no puedo cerrar un ojo pensando en tu hermana.

Aniel se apartó un poco de Gabriel y pasó un brazo por el hombro de su madre.

—No te preocupes, mamá. Damián la cuida.

—Maia es tan diferente a lo que suponíamos —dijo Ana apenas en un susurro—. Anoche se

ha enfrentado a todo y a todos. No es que apoye la manera en que lo ha hecho, pero no puedo dejar de admirar cómo ha transgredido sus propias barreras y se ha atrevido a demostrar su enfado.

—Antes jamás lo hubiese hecho —aseguró Aniel, que ahora sonreía—. Me impactó verla actuar del modo en que lo hizo. Y de alguna manera, madre, me siento orgullosa de ella. —Ana asintió con la cabeza y le devolvió la sonrisa a su hija—. Maia necesita tiempo, mamá. Ya verás que pronto estaremos todos juntos disfrutando de nuestra mutua compañía. La pequeña jamás ha contado con el apoyo estable de nadie. Tú y yo hicimos lo que pudimos por ella, pero seguramente no lo suficiente. Nadie puede reemplazar el calor y la seguridad que ofrece una familia, y Maia necesita confiar en nosotros para que, de alguna manera, podamos restituir algo de lo que en ella se ha quebrado.

—Si bien tiene veinte años —dijo Gabriel sumándose a la conversación—, y lleva demasiadas improntas que bloquean la confianza en sí misma y en los demás, estoy seguro de que podremos ayudarla a que comience a verse y apreciarse a sí misma de otra manera.

—Además, Damián la adora —agregó Aniel—. Al principio él no me gustaba, pero después llegué a quererlo como a un hermano. Él la ama de verdad, madre.

—Lo sé, querida mía. Lo sé. Y eso me consuela y me da esperanzas. Debemos aunar nuestros esfuerzos y bregar por nuestra pequeña.

En ese instante, Gabriel y Aniel se miraron a los ojos y la expresión de sus rostros preocupó a Ana.

—¿Qué pasa? —preguntó, confundida.

—Están aquí —contestó Gabriel serio.

—¿Cómo? —balbuceó Ana, que no comprendía lo que pasaba.

En ese preciso momento, se abrió la puerta nuevamente y Ronan ingresó al salón.

—Maia y Damián están llegando —anunció, serio.

—Dios mío —susurró Ana, apoyándose en el hombro de su esposo, que se había acercado a ella y la tomaba de la mano.

—Quédate tranquila, mi amor. Estamos todos unidos en esta cruzada —la consoló Ronan.

Ana escuchó el sonido de un vehículo que se detenía frente a la cabaña. Indudablemente su yerno, Aniel, y su esposo los habían detectado mucho antes que ella. Suspirando profundamente, Ana se obligó a serenarse, ya que aquella reunión sería importante para el futuro de la familia. Observó a Ronan y admiró su templanza y serenidad, aunque sabía que en el fondo estaba preocupado por el desenlace de aquel encuentro. Pero Ronan era Ronan, un guerrero capaz de un increíble autocontrol cuando la situación así lo exigía. Súbitamente, sintió que su esposo le apretaba fuertemente la mano, dándole ánimos para lo que acontecería. En ese instante, Ana supo que ambos lucharían por ganar el amor de su hija de la manera que fuese.

Un golpe suave pero decidido a la puerta de la casa sacudió el silencio que se había instalado en el interior del salón.

Aniel se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Hola —saludó la voz grave de Damián.

Aniel devolvió el saludo con una sonrisa y miró a Maia con cariño. Antes de que Maia dijera algo, la voz de Damián volvió a escucharse.

—¿Podemos pasar?

Ana sintió que las rodillas le temblaban, pero advertir la mano fuerte de Ronan en la suya la ayudaba a mantenerse de pie.

—Por favor —invitó Aniel con suavidad.

Ana no podía ni parpadear, expectante de la reacción de Maia.

—Calma, mi amor. Todo irá bien. Confiemos en nuestra hija —le susurró Ronan al oído.

Cuando Ana asintió con la cabeza, no pudo dejar de contener la respiración al ver a la pareja que ahora se erigía ante ellos. Damián, imponente, llevaba de la mano a Maia, mucho más pequeña que él. Su rostro no evidenciaba la furia de la noche anterior, sino una cierta ternura. Su hija irradiaba una hermosura tan increíble que parecía la estampa de un ángel.

Sin poder contenerlas, las lágrimas cuajaron los ojos de Ana, y la voz de Damián volvió a romper el silencio.

—Vinimos para que vean que Maia está bien.

Ana sonrió y, apartándose suavemente de Ronan, se acercó a Maia mirándola con adoración.

—Gracias. Nos has hecho un regalo precioso —dijo casi en un susurro. Apenas pronunciadas las palabras, Aniel también se acercó a ambas y, sin dejar de observar los ojos de su hermana, habló:

—Yo también te lo agradezco. Y antes que alguien más diga algo, déjame decirte que estoy dispuesta a todo y más para que vuelvas a recobrar tu confianza en mí. —Cuando Aniel observó que la mirada de Maia irradiaba un halo de vulnerabilidad, agregó con un nudo en la garganta—: Hay muchas cosas que han impedido que yo me acercara a ti, Maia, y no por falta de ganas de estar a tu lado. Pero pertenecer a la Estirpe de Plata tiene sus reglas y… debí respetarlas. Estoy segura de que en algún momento me comprenderás.

—Yo… yo necesitaba mucho de ti —murmuró Maia, con la voz quebrada.

—Lo sé —contestó Aniel que ahora sumaba sus propias lágrimas a las de su hermana—. Y no sabes la tortura que ha sido para mí mantenerme apartada de ti.

—Aniel no es responsable de nada, Maia —informó Gabriel que no perdía detalle de aquel encuentro—. En realidad, ha sido tan víctima como tú de la separación obligada a la que ambas han sido expuestas. Soy testigo vivo y fiel del amor y respeto que Aniel alberga hacia ti pero, como ella bien lo ha dicho, nuestra raza, que es la de ella y también la tuya, tiene sus reglas y leyes que no pueden ser desoídas.

Damián sabía que aquella charla era necesaria para Maia, ya que él aún no había podido revelarle muchas cosas en tan poco tiempo. Pero se sentía orgulloso de la tranquilidad con que ella parecía tomar la conversación. Esa mañana, después de haber hecho el amor varias veces, habían regresado a la organización y habían hablado por horas para aclarar muchos puntos que Maia desconocía. Y ahora confiaba en que el amor de su familia la ayudaría a sortear sus propios obstáculos.

Damián le estrechó más fuertemente la mano, en un recordatorio de que él era el pilar que la mantendría de pie a cualquier precio.

—Lo que Gabriel quiere manifestar tan ejemplarmente —expresó Ronan con la majestuosidad que lo caracterizaba— es que a Aniel le fue prohibido interferir en tu vida desde que Damián descubrió que eres su señora álmica. —Damián captó la inmediata tensión de Maia, y le acarició la mejilla con delicadeza—. Y por ello me veo obligado a preguntarte, hija mía —continuó Ronan sin dejar de advertir como la caricia de Damián tranquilizaba a Maia—, ¿sabes

lo que implica ser la señora álmica del caminante?

Por primera vez, la joven pareció recobrar las fuerzas y contestó:

—Damián y yo… hemos hablado mucho….

—¿Hay necesidad de que Maia responda a esto ahora, Ronan? —preguntó Damián con un dejo de irritación —. Pensé que la familia era el primer tema a abordar.

—Y lo es, caminante —respondió Ronan—. Pero para hablar abiertamente de todo lo que surja en este encuentro, es necesario que Maia sea consciente de lo que implica pertenecer a la Estirpe y ser tu señora álmica.

—Igualmente… —quiso continuar Damián, pero no pudo hacerlo porque la voz de Maia se adelantó.

—Yo… yo no estoy segura de muchas cosas porque todavía no estoy al tanto de todo —dijo la joven que todavía manifestaba un dejo de inseguridad en la voz. Pero, para sorpresa de los presentes, lo que dijo a continuación significó la esperanza para todos—. Aún así… quiero quedarme al lado de Damián.

El corazón del caminante rebozó de júbilo cuando escuchó aquellas palabras. Por primera vez desde que las vidas de ambos se habían cruzado, Maia manifestaba sus sentimientos hacia él frente a los demás. Y se sintió absolutamente feliz. Aún no sabía si ella lo amaba, pero lo que Maia acababa de decir era casi un anuncio de que estaba próximo a hacerlo.

Sin dudar un instante, pasó un brazo por detrás de la espalda de su señora álmica y la acercó a él.

—Ese deseo es mutuo —agregó Damián.

Ronan asintió solemnemente con la cabeza ante la respuesta de los dos.

—¿Entonces podemos hablar como en los viejos tiempos? —preguntó Aniel esperanzada. Maia le devolvió la mirada y asintió. Llena de alegría, Aniel le dio las gracias.

A partir de ese instante, Maia fue lanzada a un viaje que relataba la vida de la familia Mitchels, empezando desde que Ronan y Ana se habían conocido, siguiendo por la unión particular y única que ellos habían experimentado. Ronan continuó explicando lo que había sido para Ana asumir el papel de señora álmica, sosteniendo y apoyando a un guerrero de la Estirpe, con muchas reglas y leyes muy diferentes a las humanas. Ana se emocionó cuando explicó que –contrario a lo que la Estirpe había supuesto– ella había logrado quedar embarazada de Aniel y luego de ella. Relató con una profunda tristeza, la terrible tragedia que se desató el día que ellos creyeron que ella había muerto.

Maia escuchó azorada la vida de esta familia que, aún sin saber cómo, también era la de ella. No pudo dejar de admirar cómo Ronan y Ana habían construido un hogar sobre un sólido fundamento, necesario para brindar lo mejor a Aniel y que, en definitiva, era la plataforma inquebrantable que había permitido que la familia hubiese logrado ser reconstruida nuevamente.

Ana le relató con detalle los cuatro años de depresión en los que había caído cuando le habían dicho que ella había muerto, y Ronan elogió la fortaleza de su esposa cuando logró salir adelante al decidir luchar por Aniel. Luego de hacer una pequeña pausa para beber un poco de agua, la madre de Aniel prosiguió contando lo que significó para ella trabajar en el orfanato, y el cariño profundo que Maia, «la pequeña de ojos celestes como el cielo diáfano y cabello negro como la noche», había generado en su corazón. Tampoco dejó de emocionarse cuando relató lo orgullosa que se había sentido cuando Maia se había graduado en las mejores academias de

ballet con máximas notas, y había decidido viajar a México, donde finalmente había sido reconocida como una brillante bailarina.

A Maia se le llenaron los ojos de lágrimas cuando Ronan, Ana y Aniel derramaron las propias al recordar el ataque de los caídos en la noche del cumpleaños de Aniel y las terribles consecuencias que siguieron a ello. A medida que la familia narraba su historia, Maia no podía dejar de vivir con intensidad cada detalle, regocijándose con la alegría de ellos y sucumbiendo a las lágrimas con sus tristezas. Escuchó a Aniel con profundo júbilo y respeto cuando ella explicó lo que sus amigas habían significado para ella. Y en ese instante, Maia se quebró. Esa parte de la vida de Aniel era también parte de su propia historia y no pudo dejar de revivirla en su propio corazón. Maia comenzó a sollozar junto con Aniel, que continuaba relatando lo que había padecido con la persecución de Sácritos, el jefe de los caídos. Tampoco pudo dejar de percibir cómo Gabriel se tensaba ante la mención del nombre de ese tipejo. Y súbitamente, el semblante de Aniel se llenó de paz, cuando relató la aparición de Gabriel en su vida. A partir de allí, su hermana comenzó a sonreír de nuevo y, con suma ternura, describió cómo había sido el encuentro entre ella y Gabriel. A Maia la conmovió escuchar a su hermana relatar lo sorprendente que fue experimentar la transformación de aquello que en un principio había sido furia y desaciertos en algo que se llenó de un profundo amor, capaz de transmutar todo rencor y separación entre ellos.

—Yo jamás sentí rencor hacia ti, mi amor —aclaró sonriente Gabriel—. Comencé a amarte desde el mismo momento en que te vi frente a mí en el arroyo.

Aniel envolvió el rostro de Gabriel entre sus manos y le dio un beso en los labios.

—Lo sé, mi amor —susurró mirándolo con anhelo—.Y desde que supe que también te amaba, trato de ganar en cada momento compartido contigo los minutos valiosos que perdí cuando pensaba que te odiaba.

Gabriel depositó otro beso en sus labios y con suma delicadeza contestó:

—Aprendimos mucho el uno del otro, mi ángel.

Maia se sintió morir cuando Ronan relató parte de lo que había sufrido encerrado en las mazmorras de los caídos y no pudo contener las lágrimas cuando Ana dio detalles de cuando también ella cayó prisionera.

Finalmente, Aniel explicó lo que para Maia fue una sorpresa inesperada y que la dejó perpleja.

—Gabriel y yo hemos descubierto el primer símbolo, Maia. Se puso en evidencia a partir de la aceptación plena de nuestro amor. Me atrevo a contarte esto, porque por ti misma has aceptado a Damián; de otra manera hubiese sido imposible transmitírtelo.

—¿Y… cómo es? —preguntó Maia, agradeciendo sus palabras con la mirada.

—Increíblemente bello, pero tanto Gabriel como yo debemos ser absolutamente responsables de su manejo.

—¿Has cambiado… en algo?

—Sí, mucho.

—¿Puedes contarme… en qué?

—Ahora soy capaz de comprender muchas cosas que antes era imposible. De alguna manera me he vuelto más adulta.

—Y más sabia —agregó Gabriel —. Tu energía vibra con mayor intensidad, se ha vuelto más

pura y tus dones se han intensificado.

—También Gabriel y yo hemos recibido una enorme bendición.

Maia los miró sin comprender.

—Seremos padres.

En ese instante, Maia soltó una exclamación de alegría, llevándose una mano a la boca y otra al corazón.

—Any… —balbuceó emocionada.

—Serás tía —dijo Aniel emitiendo una sonrisa radiante.

Maia se levantó del sillón y se arrojó a los brazos de su hermana.

Gabriel, Damián y Ronan se miraron sonrientes. Era indudable que aquellas mujeres manifestaban abiertamente sus instintos. Aun cuando las tres eran luchadoras aguerridas en sus diferentes formas, la mención de un niño que venía al mundo derribaba cualquier defensa que se erigiera en ellas. Gabriel palmeó la espalda de Ronan con alegría.

—Lo que ninguno de nosotros ha logrado en la pequeña, nuestro bebé sí pudo hacerlo. El chiquitín ha abierto una puerta importante al corazón de Maia.

Damián observó a Aniel y Maia abrazadas estrechamente y, por primera vez, sintió que había esperanzas para todos ellos.

Ana y Ronan, conmovidos, se sumaron a aquella reunión de abrazos.

Por su parte, Gabriel y Damián sonrieron.

La familia Mitchels, por fin, estaba completa.

CAPÍTULO 49

Delta del río Paraná.

Un mes después.

Acostada al borde del arroyo con las piernas sumergidas en el agua hasta las rodillas, Maia contemplaba el cielo azul que se elevaba sobre sus ojos. Había pasado ya un mes desde que su hermana y sus padres le habían abierto las puertas a una vida que aún no podía abrazar del todo, pero que sin embargo la volvía plena. Su padre y su madre eran maravillosos y, lentamente, los cuatro iban hallando la manera de encontrarse mutuamente luego de tantos años separados.

Su madre Ana era tal cual ella la recordaba de sus años en el orfanato: incansable, cariñosa, dedicada y absolutamente dispuesta a ganarse el corazón de ella como hija. Su padre, Ronan, si bien era sumamente amoroso e incondicional, también era un poco más reservado, como cualquier hombre que hubiera vivido años de tortura y desazón. Habían pasado varias noches hablando e intercambiando experiencias, y Maia había llegado a la conclusión de que su padre parecía de la realeza. Era sofisticado, elegante pero, sobre todo, contaba con una sabiduría que admiraba. Era un hombre tan fascinante que era imposible enojarse con él, ni siquiera estar en desacuerdo. La única que a veces lo enfrentaba con humor era Ana, que indudablemente era su sostén, y las pocas veces que había escuchado a su padre romper en carcajadas fue cuando estaba con ella. Ambos se nutrían de la compañía del otro y, de a poco, iban encontrando el ritmo de la vida familiar perdida durante tanto tiempo.

—¿Cuándo podrás aceptarnos, hija querida? —le había preguntado su madre dos noches antes mientras estaban sentadas en sendas reposeras en el patio hexagonal que a Maia tanto le gustaba.

—Yo… en realidad, he comprendido, señora Ana.

—Por favor, llámame mamá.

—Lo haré… cuando llegue el momento, se lo prometo. —Maia se sintió culpable ante el dejo de tristeza que asomó por un instante en la mirada de la señora Ana pero, de inmediato, desapareció. La madre de Aniel…, su propia madre, luchaba contra sus propios anhelos.

—Por supuesto, mi amor —contestó Ana con una suave sonrisa.

—Lamentablemente… aún ha pasado muy poco tiempo para comenzar a sentirme parte de la familia. Pero… ustedes son maravillosos y me hacen muy bien. De a poco me voy acostumbrando a la compañía de ustedes y he empezado a agradecer a Dios en las noches por haberme entregado lo que tanto le he pedido.

Su madre la tomó de la mano y se la estrechó.

—Sé que te llevará tiempo permitirnos ingresar a tu vida, pero también estoy segura de que, de a poco, lo lograrás.

—Créame… que todo mi enojo de aquella noche se esfumó.

—Estabas furiosa con nosotros —susurró la señora Ana, mirándola como si la comprendiera.

—Me… sentía perdida. Pero ahora, lentamente, puedo ver que mi vida comienza a encauzarse.

—¿Damián ayudó en algo?

—Él… definitivamente me abrió los ojos.

—Entonces, tengo esperanzas, mi pequeña.

Maia miró a su madre y supo que esa mujer que tenía enfrente merecía el mayor de los respetos y el cariño de su corazón. Siempre había sido su mentora y una gran fuente de inspiración. Entonces, ¿por qué demoraba tanto en darle una buena respuesta y hacerla feliz?

—Sé… perfectamente que ustedes no son responsables de lo que sucedió el día en que nací.

—¿En verdad lo crees, hija mía?

—Ahora sí.

—Nuevamente Damián.

—Algo así. No siempre lo escucho —dijo sonriendo—, pero mi corazón ha entendido. Sé la diferencia entre una acción deliberadamente planeada y una circunstancia de la vida sobre la cual no se tiene control. Lamentablemente, no lo pude ver en un principio porque estaba muy enojada.

—¿Tanta rabia te provocó el saber que éramos tus padres?

Ante aquellas palabras, Maia se sintió culpable. Gran parte de la rabia que había estallado en ella aquel día había sido porque creía que Damián la había traicionado. También la había perturbado Astos, con su discurso de que ella era una sanadora. Y encima, la familia Mitchels en su totalidad había aparecido para reclamarla como hija y hermana. ¿Cómo podía explicarle a su madre tantos sentimientos encontrados?

—En realidad, saberlo profundizó otras heridas —contestó tratando de no dar una respuesta contundente.

Su madre la había observado detenidamente, como si supiera que ella ocultaba parte de las razones que habían alimentado su ira. Pero igualmente aceptó con gusto las respuestas que ella había podido ofrecerle en ese momento.

—Lo importante es que sepas que, si alguna vez se presenta algo que te genera dolor o resquemor, puedes hablarlo abiertamente con nosotros. Tenemos nuestras propias respuestas, hija, y si bien puede que algunas de ellas no coincidan con lo que tú esperas, al menos debes saber que son dadas con amor y, sobre todo, con la verdad de nuestra familia.

Maia volvió al presente con aquellas palabras que aún resonaban en sus oídos. Inhaló profundamente el aire fresco de la tarde. Su madre era maravillosa y rápidamente estaba ganándose un lugar privilegiado en su vida. En realidad siempre lo había tenido, como madre de Aniel, pero cuando había desaparecido hacía ya tantos años, Maia se había obligado a olvidarla para que su recuerdo no profundizara su propia tristeza. Pero Ana había regresado de las manos de Ronan y de Damián y ese hecho, en ese instante, provocaba que Maia se sintiera contenta y con esperanzas.

El grito de unas garzas que pasaron volando por el cielo azul llamó su atención. Al mismo tiempo, movió las piernas suavemente en el agua, de un lado a otro, para recibir un masaje relajante. Disfrutaba mucho de este arroyo. Aniel la había traído varias veces de picnic en ese tiempo, lo cual había sido muy divertido.

Sonrió al pensar en su hermana. Se la veía radiante, llena de luz con el hijo que crecía en el interior de su panza, y con Gabriel cuidándola y protegiéndola como a una niña. También se mostraba tan cariñosa con ella como en los viejos tiempos, e incluso más. Y cuando se refería a ella como su “hermana”, el corazón comenzaba a palpitarle con latidos acelerados, ya que aún le

resultaba increíble pensar en que ella misma pertenecía a una familia tan hermosa.

Volvió a respirar profundamente. En la última charla que ellas habían mantenido, había podido darse cuenta de cuánto extrañaba Aniel al resto de sus amigas.

—Estoy muy apenada por no poder hablar con Jackie y por saber que ella cree que la he traicionado.

—No conoce la verdad, Any.

—Lo sé. Y lamentablemente no puedo inmiscuirme en su vida hasta que ella no haya aceptado a su señor álmico.

—¿Estás segura de que es Metanón?

—Sí, y Gabriel también, aunque Metanón no lo haya confirmado aún. Y es por ello que debo mantenerme apartada de ella.

—¿Sabes algo de ellos?

—Gabriel me acaba de contar que Metanón está detrás de Jackie en Canadá.

—¿Cómo?

—Sí. Y me desespera saber que está sola. No sé, hay veces en que quiero hacer oídos sordos a lo que los jerarcas de la Orden nos han exigido a Gabriel y a mí.

—Si Jackie algún día llega a sentir por Metanón lo que tú sientes por Gabriel, será la mujer más afortunada del mundo. Además, Jackie no está sola; está con Brenda. ¿O acaso crees que es casualidad que Jackie se encuentre en Canadá, cuando Brenda ha vivido muchos años en ese país?

—¿Has dicho Brenda? —había preguntado Aniel entusiasmada.

—Sí. Ella ha regresado.

—¿La has visto? —la volvió a interrogar con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, pero Jackie me contó que nuestra amiga fantasma apareció en la ciudad de Aarhus y hasta me mostró fotografías de las dos juntas. Está radiante y, según Jackie, tan aparatosa como siempre.

Ante este comentario, ambas habían sonreído abiertamente.

—Me haces feliz con lo que me dices. Sin ninguna duda, se cuidarán una a la otra con toda el alma.

—Le harán la vida imposible al pobre Metanón —dijo Maia y ambas volvieron a reír a viva voz.

—En realidad, no sé por qué tengo miedo de que Jackie no esté debidamente protegida —reflexionó Aniel sacudiendo levemente la cabeza de un lado a otro—. Si Metanón es su señor álmico, dará su vida por defenderla.

—Es cierto. Pero así y todo, Jackie es Jackie y le dará una dura batalla al caminante antes de entregarse —replicó Maia que conocía a su amiga demasiado—. ¿Crees que Metanón logrará finalmente atraparla?

—No lo sé. Jackie es increíble. Hace ocho meses que el *silverwalker* corre tras ella sin ningún resultado. Al principio, Ruryk y Triel hacían apuestas sobre cuándo Metanón la atraparía, pero ahora ya han dejado de hacerlo. Me han dicho que ya no se molestan en apostar por algo que, por el momento, parece imposible.

Rieron sin poder evitar una cierta nostalgia. Admiraban a Jackie y la extrañaban demasiado.

También a Brenda. Pero ambas hermanas debían permanecer alejadas de sus amigas y era algo que a Maia le estaba costando demasiado. Ahora podía comprender el infierno que Aniel debió haber padecido cuando, en su momento, no había tenido a ninguna de ellas para compartir su dolor. Pertenecer a la Estirpe de Plata, a veces, implicaba pagar un precio demasiado elevado.

—¿Y tú, Maia? —había preguntado Aniel, cambiando abruptamente de tema.

—¿Y yo… qué?

—¿Has despejado tus dudas con respecto a Damián?

Maia la había observado serena, incapaz de explicar con palabras lo que en verdad sentía por Damián, salvo el hecho de que no quería separarse de él.

—Casi —se había atrevido a contestar.

—¿Qué es lo que evita que lo aceptes del todo?

—El símbolo.

—¿Qué te preocupa?

—Que para Damián sea más importante esa cosa que… yo

—¿Cómo? —preguntó absorta Aniel.

—Temo que, una vez que lo obtenga, se olvide de mí.

—¡Maia, por Dios! Damián te ama.

—Para tu tranquilidad, debo decirte que él me lo repite todos los días y a cada instante, pero no sé. Soy muy desconfiada, ya lo sabes.

—Créeme que Damián no tiene ojos para nadie más que para ti. Eres su señora álmica. Ese lazo es inquebrantable para los miembros de la Estirpe. —Se había acercado a ella para tomarla de los hombros suavemente—. Permítete sentir este amor maravilloso que los *silverwalkers* hemos recibido como premio a nuestras luchas y entregas. No desperdicies un minuto más de tu tiempo, Maia. Amas y eres amada, pero debes darte cuenta de ello.

—Yo… no sé nada de ser una *silverwalker*.

Ante aquel comentario, su hermana había sonreído y la había abrazado.

Maia volvió a arrullar las piernas en el agua, mientras pensaba en las palabras que su hermana le había dicho aquel día. Sabía con todas las fuerzas de su corazón que Damián la amaba a su manera. Pero tenía pánico de entregarse completamente a él, porque, si ello sucedía y él la abandonaba, sería su perdición. Y tampoco podía hacerse a la posible idea de que ella fuese una *silverwalker*. En realidad, era imposible. Pero Damián no lo entendía de la misma manera.

—Así que aquí estás…

Maia se irguió y se volvió hacia la dirección de la que provenía la voz que tan feliz la hacía. Lo contempló ataviado, como era su costumbre, con ropa negra ajustada y los borceguíes térmicos. Era imponente, sumamente masculino y aguerrido. Y él la hacía sentir su igual. Desde la noche que el legado se había activado en ella, Damián había sido su gran sostén para poder acostumbrarse a todo lo nuevo que había llegado a su vida.

Damián se acuclilló a su lado y la contempló. Extendió una de sus manos y, suavemente, le acarició la punta de la nariz. Cuando había regresado a la organización luego de una misión, lo primero que había querido hacer era abrazar a Maia, pero Ruryk le había comunicado que su chica había salido a pasear. Al principio, Damián había pensado que Maia se encontraría en la

cabaña, junto con Aniel y sus padres pero, para su sorpresa, se enteró que Aniel había salido con Gabriel hacia Ibicuy, y Ronan y Ana habían partido hacia Buenos Aires para encontrarse con el doctor Suárez.

Pero entonces, ¿dónde estaba su señora álmica? se había preguntado Damián, preocupado. Porque si bien la relación de ambos avanzaba, aún no había logrado que Maia le abriese completamente su corazón. Él confiaba en ella pero, en ciertas situaciones, ella podía volverse emocionalmente inestable. Por eso, había salido corriendo hacia el arroyo cuando Ruryk le mencionó que había creído verla marchar en esa dirección, sin importarle que su amigo le gritara muerto de risa desde atrás:

—¡Te tiene de los cojones, dragoncito!

Damián corrió como un demonio, hasta que percibió el aroma que tanto adoraba. Aminoró la marcha y supo que ella estaba allí, en algún lugar a la orilla del arroyo. Cuando la divisó, ya había recuperado el ritmo normal de su respiración y se detuvo un instante a contemplarla.

Acostada sobre la orilla y con las piernas en el agua, llevaba un vestido de gasa blanco y lila que él le había comprado en Buenos Aires. Le daba un auténtico aspecto bohemio, con el cabello largo y brillante que caía por la espalda hasta las nalgas, absorta en sus pensamientos. Maia descansaba en un acolchado de hierbas, algunas ya florecidas en diferentes colores, que la hacían parecer más mística y parte de la naturaleza.

Damián contuvo el aliento. Aquella chica lo volvía loco, y ya no sabía qué hacer y ni cómo expresarle el poder de sus sentimientos. Aun cuando intentaba todo lo que estaba al alcance de su mano para que ella se sintiese absolutamente libre con él, sabía que, en el fondo de su alma, Maia aún se resistía a una entrega total. Pero él era paciente.

Cuando se acercó a ella para ponerse de cuclillas, lo maravilló la sonrisa con que fue recibido. Se acostó a su lado y apoyó la cabeza sobre la mano, con el codo asentado sobre el suelo.

—¿En qué estabas pensando, mi amor?

Maia bajó la mirada y sonrió. En ciertas ocasiones, la chica parecía recibirlo con el despliegue de sus alas, mientras que en otras, las replegaba hasta quedar totalmente fuera de su alcance. En ese instante, sabía que ella se hallaba en un punto medio.

—Ya… lo sabes —contestó levantando los hombros.

—¿Quieres compartirlo conmigo igualmente?

Maia se apartó el flequillo que le caía sobre la frente y se sentó en posición de Buda. Su cuerpo era tan flexible que descansaba las rodillas en el suelo mientras las plantas de los pies permanecían unidas por delante.

—¿Debo relatarte lo que ya conoces de memoria? —dijo poniéndose las manos en las mejillas, afirmando los codos en los muslos y mirándolo con los ojos más claros que nunca.

—Seguro que hay más cosas —contestó el caminante, sonriendo. Maia suspiró y comenzó a enumerar la lista de temas, utilizando los dedos para hacerlo.

—Las memorias horribles de un pasado recuperado a medias, el símbolo, mi nueva familia, Aniel, que ya no es mi amiga sino mi hermana, tú y yo, Rosarito, Jackie y Brenda, un legado que me apabulla completamente, los títulos con los que me define Astos …

—Respira, por favor, mi amor —pidió Damián ampliando su sonrisa.

—Créeme, estoy tratando de hacerlo.

Damián se sentó y la tomó de los hombros para acercarla a él, recostando su espalda contra su pecho. La envolvió entre sus brazos y le dijo al oído:

—Pues yo tengo todo el día y toda la noche para estar contigo. Quiero que compartamos cada una de las cosas que te perturban, porque te aseguro que juntos podremos solucionarlas.

—Gracias, Damián —susurró con una pequeña sonrisa.

—Te amo con toda mi alma —contestó Damián muy sonriente.

—No puedo entender que me ames… cuando ahora sabes lo que hay… en mí.

Damián la giró suavemente hacia él y le tomó el mentón con una mano para que lo mirara.

—Nada ni nadie podría impedirlo.

—Hay tantas chicas hermosas y sin problemas… ¿Por qué te has fijado en mí?

La sonrisa de Damián desapareció y su rostro se tornó taciturno.

—¿Acaso crees que podría verte de otra manera? —le preguntó con voz grave—. Yo jamás dejaría de amarte, aun si llevaras veinte mil demonios en tu interior. Aparte, yo también tengo uno. Tú eres tú y tu esencia me completa. A mí no me importan las demás mujeres, es más, cuando estaba solo, jamás hubo una de ellas que significase algo importante para mí. Sabía que el día que me enamorara sería de la persona elegida por mi corazón. He vivido durante muchos siglos sabiendo que algún día me toparía con ese alguien único. Lo que jamás pensé fue que no solo llegaría de la mano de una belleza como tú, sino que me enfrentaría con la pureza de tu luz.

—¿De qué hablas?... Yo… cometo muchas barbaridades.

—Eso no desacredita lo que en verdad eres. Somos seres construidos para aprender de los errores, como los humanos. Así que si equivocarte genera aprendizaje, ¡pues bienvenido sea!

—Pero… lo que ha sucedido en mi pasado… —Se detuvo y los ojos se le cuajaron de lágrimas—. Me cuesta … reconstruirme.

Damián la abrazó más estrechamente.

—Tiempo, Maia —le susurró al oído suavemente—. Y mucho amor. Quizás te sientes más vulnerable que nunca, pero no te equivoques. Tú puedes enfrentar cualquier cosa que se interponga en tu vida, y todos somos testigos de ello. Ahora es tiempo de que te permitas comenzar a sustentar bases más sólidas para tu vida. Y cuentas con la ayuda de todos nosotros. Respecto al legado, Maia, es algo que hubiese deseado con toda mi alma que no te tocara vivir, pero es un atributo de nuestra raza. Solo nos queda aceptar lo que trae aparejado y tratar de aprender de ello. Además, no deja de ser una ventaja que tú y yo, al ser lo que somos, podamos ayudarnos mutuamente cada vez que nuestros legados se activen. ¿Quién mejor que yo puede entenderte, mi amor? ¿Y quién mejor que tú para entenderme a mí? En realidad, somos unos privilegiados en medio de las circunstancias. Y quizás, juntos, algún día logremos desactivarlos.

—¿Y el símbolo, Damián?

—Aún no se ha manifestado.

—¿Qué pasará… el día que surja ante nosotros?

—Aprenderemos a manejarlo —contestó con tranquilidad. Maia suspiró profundamente y Damián captó su desazón—. ¿Qué es lo que pasa con el símbolo, mi amor? ¿Aún tienes dudas de mí? —Maia bajó la mirada, pero Damián le levantó la barbilla para obligarla a que lo mirase. Su chica conocía sus verdaderos sentimientos y, sin embargo, el símbolo era el principal obstáculo entre ellos—. Escucha. A mí me importa un carajo el símbolo, y quiero que ello te quede claro de una vez. —Maia lo miró recelosa e intentó levantarse, pero Damián se lo impidió; la giró

suavemente entre sus brazos y la colocó a horcajadas sobre sus muslos para quedar cara a cara con él. Le cruzó los brazos por detrás de la espalda y le entrelazó las manos para evitar que se apartara. Al verse inmovilizada, Maia comenzó a forcejear, pero Damián la sostuvo con más fuerza—. Maia, ya ha sido suficiente con lo que hemos tenido que pasar. Necesito que me creas… o me volveré loco de la frustración. —Cuando Damián elevó la voz, Maia se detuvo y lo miró con suspicacia.

—¿Y tú crees que eres el único? —balbuceó en medio de un estallido de lágrimas—. ¿Cómo crees que me siento… cuando pienso que quizás me abandones… cuando ese maldito símbolo surja ante nosotros? —preguntó dolida. Damián la contempló un instante y, para sorpresa de Maia, sonrió—. ¡No te atrevas a reírte! —dijo rabiosa, mientras volvía a arremeter contra él, que intentaba detener su desesperada huida con una sonrisa más amplia en el rostro—. ¡Deja de burlarte de mí! —exclamó iracunda, incapaz de lograr que Damián la soltara.

En ese instante, él se detuvo, la miró con seriedad y la acomodó mejor entre sus brazos para evitar, de manera definitiva, cualquier intento de huida.

—Jamás me burlaré de ti, mi amor. Pero me frustra enormemente que aún no te hayas dado cuenta de lo que eres para mí. El maldito símbolo me tiene sin cuidado. ¿Acaso crees que no podremos sobrevivir sin él?

—No me mientas, Damián —susurró con un nudo en la garganta y los ojos cuajados de lágrimas—. Escuché como Aniel y Gabriel hablaban acerca de que querías ganarte mi confianza para después apropiarte del símbolo.

—Has interpretado mal la conversación, Maia.

—¡No! —exclamó sacudiéndose de repente otra vez—. ¡Te macharás de la misma manera que los demás también lo hicieron en su momento!

—Maia, yo jamás haría algo así. Y los demás, poco a poco, regresan a ti.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y, al bajar la cabeza, las lágrimas cayeron de sus mejillas al suelo.

—No puedo… soportar más pérdidas.

Damián la miró absorto, consciente del dolor lacerante de su señora álmica. Ella no tenía consuelo, y parte era responsabilidad de él, por no haberle explicado nunca acerca de lo que pensaba del símbolo. Acercó su rostro al de ella, obligándola a mirarlo y rozó los labios suculentos con los suyos.

—La única intención que tengo con el símbolo es que pueda resultar útil para la misión que tengas en la vida y, en especial, para tu propio crecimiento. —Al decir esta última frase, Maia lo miró confundida. Estaban tan cerca uno de otro que Damián podía contemplar las líneas plateadas de las pupilas de la joven—. ¿Acaso crees que ese símbolo responde a algún propósito para mí? —Y sonrió con pesar. Damián la acercó aún más contra él como si con ello intentara que ella, de una vez por todas, confiase en la profundidad de sus sentimientos—. ¿Crees tan poco en mí que supones que apenas el símbolo se manifieste te abandonaré como si fueras un trapo viejo? —Damián sacudió la cabeza de un lado a otro—. Debería enfurecerme contigo por no creer en mis sentimientos cuando lo único que he hecho desde que te conozco es tratar de convencerte de lo que eres para mí.

—Pero… —susurró ella.

—¿Hasta cuándo dudarás de mí, Maia? —preguntó molesto, interrumpiéndola—. ¿Hasta

cuándo nos seguirás castigando a ambos? —En ese instante, Maia giró el rostro hacia un lado, como si se sintiera culpable por lo que Damián le decía. Pero él, sin dejar de abrazarla, le tomó una vez más el mentón con la mano libre, obligándola a mirarlo—. Me mirarás y escucharás por última vez lo que quiero decirte. —Estaba resuelto a que nada más se interpusiera entre ellos—. Si vuelves a recelar de mí, Maia, será tu problema. Estoy dispuesto a enfrentar lo que sea necesario para mantener nuestra pareja, cuidarla y fortalecerla. Pero lo último que deseo, por el amor de Dios, es enfrentarme a ti a cada instante. Eso lo hemos vivido hasta no hace mucho, pero pensé que había quedado atrás. Es tiempo ya de confiar el uno en el otro y apoyarnos en nuestro futuro.

—Yo…

—No quiero que nos expongas a ti y a mí al flagelo de tu desconfianza —continuó, decidido a expulsar lo que llevaba en su corazón—; tampoco deseo luchar contra tus inseguridades; sí quiero, con toda mi alma, poder ayudarte a que aprendas a apaciguarlas. Pero no me desafíes más, Maia. Te amo, y estoy dispuesto a pasar todos los años que me queden de aquí en más, a tu lado, y sabes bien que somos longevos. Nos aguardan muchos momentos juntos, algunos de los cuales podrán ser difíciles y apabullantes, pero podremos sobreponernos si estamos unidos. Y para ello necesito tu confianza. Es el regalo más preciado que me puedes otorgar. Yo creo en ti, Maia —Y cuando le dijo esto, colocó la palma de una mano sobre su corazón—. Ahora quiero que tú creas en mí.

Maia seguía mirándolo con las lágrimas cayéndole por las mejillas. Damián respiró profundo, sabiendo que ahora todo dependía de ella. Se mantuvo en silencio durante lo que le pareció una eternidad, mirándola detenidamente. Intentaba captar los sentimientos de ella, pero estaba apresado en los suyos propios.

De repente, cuando todo parecía indicar que Maia no respondería, una mano de ella se elevó delicadamente sobre su pecho y la apoyó contra su corazón. Damián contuvo la respiración.

— Yo… quiero honrar esto que nos une. Quiero confiar en ti y luchar por nosotros — susurró, apenas sonriendo.

Damián supo que aquel era un paso enorme que Maia se había atrevido a dar, y no cabía en sí de la alegría. No sería siempre fácil con Maia, pero esto auguraba un comienzo muy promisorio para los dos.

Damián le devolvió la sonrisa y envolvió su mano con la de él. Maia acercó el rostro a los labios de Damián y lo besó con ternura. El caminante le devolvió el beso, abriendo la boca con ardor para comenzar a besarla y abrazarla de una manera tan posesiva y reverencial que Maia se atrevió a sentirse feliz. La llenó de besos por todo el rostro, limpiándole las lágrimas. Los dedos de las manos se enredaron en sus cabellos, atrayéndola nuevamente hacia él para poder devorarle los labios. La besó febril y desesperado, introduciendo su lengua para buscar la suya, y cuando la encontró, la envolvió de la misma manera que los brazos a su cuerpo. Jugó apasionadamente con el interior de su boca, y un deseo intenso se apoderó de ella, provocando que su femineidad más profunda comenzara a pulsar. Con un suspiro, Maia enlazó los brazos alrededor del cuello enorme y se entregó a este momento que los dos habían conquistado.

Damián gruñó complacido y rápidamente le bajó el vestido por los hombros quedándose sin aliento cuando expuso el tesoro que tanto adoraba. Sin esperar un segundo, inclinó la cabeza para besarle los pechos libres, turgentes y redondos que se abrían ante él como el amanecer. Maia arqueó la espalda para que tuviese mejor acceso a ellos y, sin dudarlo, Damián los llenó de

dulzura con la lengua, envolviéndole los pezones con tal calor que Maia creyó que se desmayaría. La boca jugosa se desplazaba de un pecho a otro sin descanso, mientras con las manos los levantaba desde abajo, para permitirle abarcarlos aún más. Maia gemía, mientras sus caderas comenzaban a danzar al compás de la boca golosa.

—Me vuelves absolutamente loco —dijo Damián enloquecido. Sus manos la retenían ahora de las nalgas, por debajo del vestido y la empujaban contra él, mientras sus labios volvían a atacarle los suyos. Le echó la cabeza hacia atrás cuando le envolvió la cabellera en un puño. Le besó el cuello, la clavícula y los hombros, a la vez que las manos viajaron al centro mismo de su femineidad. Cuando se topó con la delicada tela de la ropa interior, la desgarró de un tirón. Por la posición de Maia, su intimidad se abrió, en un estallido, a los dedos que intentaban encontrar sus más hondos secretos. La acarició con destreza, colocándole primero uno y después otro dedo en su interior para prepararla para él. Una humedad cálida envolvió los dedos que entraban y salían al compás del movimiento de las caderas y de las lenguas entrelazadas. Gimieron desesperados, como si con ello pudiesen ingresar uno en el cuerpo del otro.

Maia le clavó las uñas en los hombros para sostenerse y danzar libremente con las caderas apoyadas sobre los muslos calientes. Las manos de Damián abandonaron la cueva cálida para desplazarse a la parte superior de los brazos, a los que llevó hacia atrás obligándola a arquear la espalda aún más. Abrió la boca y amamantó sus senos como si fuera un niño hambriento. Jugó con ellos, engolosinado, envolviéndole los pezones con la lengua húmeda y caliente hasta que se volvieron como dos perlas brillantes. Cuando la escuchó sollozar de placer, la recostó sobre la hierba, la desnudó completamente y comenzó a besarla a lo largo de todo el cuerpo hasta llegar a su centro más íntimo. Con las manos y la lengua le acarició el interior de los muslos y la parte posterior de las rodillas. Le levantó las piernas una a una y las masajeó con suavidad, llegando, con cada caricia, muy cerca de sus pliegues más celosos, pero retrocediendo al último instante sin tocarlos. Maia se retorcía de placer y, sin esperarlo, la oyó suplicar:

—Por… favor…, tócame… entera.

Damián no esperó más. Se sacó la remera, los pantalones y la ropa interior rápidamente y, completamente desnudo, se colocó entre las piernas de Maia. La tomó de las nalgas, le elevó las caderas del suelo y le abrió los muslos apoyándolos en sus hombros. Se abalanzó como un loco sobre la cavidad dulce y mojada que tenía delante de la boca y enterró la lengua en sus grietas más profundas. La devoró palmo a palmo con una destreza única. Se acomodó al gusto de su señora álmica, para comerla a veces como si fuera un melocotón dulce y suave y otras como si tuviera ante sí el frasco de su mermelada predilecta, que le exigía tragarse el contenido de un lengüetazo. La llenó de tantas atenciones que Maia elevó las caderas para que él se diera un festín con la boca; a su vez sus manos no dejaban de acariciar las nalgas duras y perfectas.

Cuando Damián la escuchó sollozar de placer, las abandonó por un rato para tocar enfebrecido, con los dedos de una mano, el centro apretado que se insinuaba entre medio de ellas. Maia se enardeció y emitió un grito agónico de pasión. Embravecido, Damián utilizó los dedos de la otra mano para acariciar los costados del valle donde su lengua continuaba recorriendo y descubriendo nuevos secretos. La escuchó gritar otra vez, lo que incrementó su acoso húmedo. Damián resolló entre sus piernas y enjugó el centro femenino una y mil veces, sin detener ni un instante las caricias de los dedos. Maia se dobló hacia adelante tratando de erguirse, pero Damián la tomó de la espalda y la sentó a horcajadas sobre sus hombros, haciendo que las largas piernas torneadas colgaran a lo largo de su espalda. Maia luchó un instante por encontrar

el equilibrio, aferrándose a su cabello y a los hombros con las uñas. La observó elevada sobre él como si fuera una diosa cósmica, embelesado por degustar lentamente el desayuno que Maia le ofrecía sin resistencia y, ojalá, rogaba a Dios, ya sin tantas dudas.

Enterró la cabeza en su femineidad, tan cálida y húmeda. Su polla creció en longitud y grosor conforme los gemidos de placer de Maia se volvían más intensos. Con una mano la sostuvo por la parte inferior de la espalda y con la otra acarició las nalgas fuertes y sedosas.

Ella sabía a naturaleza salvaje y agreste, a la vez que delicada y calma. Maia era la conjunción de dos naturalezas extremas que luchaban para reunirse en un fino balance, que él estaba dispuesto a descubrir.

Aún de rodillas y sin dejar de alimentarse de los secretos más ocultos de Maia, empujó con una mano el torso de ella suavemente hacia atrás hasta que su cabeza alcanzó el suelo, arqueando el cuerpo esbelto, como una palmera en medio de una tormenta furiosa de arena. Sostuvo las nalgas perfectas entre las manos, arrobado por aquella cabellera que parecía un manto de seda depositado con total abandono sobre la hierba, a la espera de cubrir la unión de sus cuerpos con sus delicadas hebras.

La escuchó sollozar de placer cuando sumó dos dedos de sus manos para abrir aún más los pétalos de la flor tan preciada y beber del codiciado néctar allí escondido. Se inclinó un poco más y con la mano libre acarició los senos enhiestos, cuyos pezones ya estaban duros como guijarros.

Cuando la sintió vibrar con urgencia, acomodó el cuerpo de ella con extrema delicadeza a lo largo del suelo y, con un movimiento rápido, se colocó sobre ella y la penetró a fondo.

Maia gritó y él gruñó. Los embistes de su polla se volvieron cada vez más intensos, uno tras otro sin descanso, con la única idea de imprimir en el cuerpo níveo la marca que testificaría la unión de ellos para toda la vida. Mientras arremetía febril, abrió la boca contra el cuello pálido y, como nunca antes en su vida sin haberse convertido, Damián hizo visibles los fuertes colmillos del dragón que, sin demora y sin piedad, clavó en la carne tierna. Al hacerlo, escuchó los sollozos de Maia que, como una letanía y junto a cada estocada y cada mordida, invocaban a quién pertenecía.

Con el sudor caliente resbalando por su cabeza y su pecho, Damián entró en un frenesí descontrolado y hambriento, que lo engulló como una bola de fuego. Animado por los gemidos de Maia, continuó sin descanso hasta que ambos estallaron en millones de fragmentos de estrellas. Al cabo de un rato largo y, aun respirando profundamente, Damián retrajo los colmillos y abrazó a Maia con fuerza mientras escuchaba los latidos de su corazón galopando al mismo ritmo que el de él. La besó una y otra vez, con besos cálidos, largos y profundos.

El camino al reconocimiento no había sido fácil, pero aquí estaban, uno en brazos del otro, para completarlo.

Su Maia, por fin, había dejado de ser una fugitiva.

CAPÍTULO 50

Maia despertó con una sensación rara en el estómago. Giró la cabeza y observó, con una sonrisa en los labios, el rostro relajado de Damián, que dormía profundamente a su lado.

Suavemente, le recorrió con un dedo el mentón, maravillada de cuán dichosa se sentía junto a él. La mimaba, le daba seguridad, estabilidad y, sobre todo, libertad. Las cadenas del pasado habían sido eliminadas, y juntos comenzaban a construir una comunión sólida y casi inquebrantable. Ya no amaban desde el miedo, sino que desde una libertad cada vez más tangible.

Pero hoy algo había sucedido.

Su miedo ancestral parecía haber regresado para agazaparse en su alma y permanecer al acecho como si, en cualquier momento, sus garras afiladas pudiesen extenderse para lacerarle el corazón. Algo no encajaba y su cuerpo vibraba de una manera diferente.

Quizás estaba reaccionando a los sucesos vividos en los últimos meses, en donde la felicidad luchaba por neutralizar los profundos temores.

El sonido del móvil que Damián le había regalado hacía unos días la sacó de sus pensamientos. Muy poca gente tenía su nuevo número, por lo que sospechaba que su hermana o Ana la llamaban para desayunar juntas. Estiró la mano hacia la mesa de luz y palpó lentamente la superficie hasta que finalmente lo encontró.

—Sí… —balbuceó con voz cansina. Damián y ella habían hecho el amor durante toda la noche, y ahora el cuerpo le pasaba factura.

—¿Maia? ¿Mi amor, eres tú? —Levantó la cabeza de la almohada y la sacudió de un lado a otro, como si con ello intentara despejarse.

—¿Hermana Lucía? —Al nombrar a la religiosa, el corazón comenzó a latirle apresuradamente. Si se había atrevido a llamarla a su móvil, temía que no tenía buenas noticias para darle —. ¿Qué sucede? —interrogó nerviosa, mientras observaba a Damián que, a su lado, lentamente abría los ojos.

—Maia, querida. Estamos desesperados. Rosarito ha desaparecido.

Maia saltó de la cama y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¿Cómo? —preguntó exaltada—. ¿Qué… qué ha sucedido, por Dios?

Damián, preocupado por la expresión de su rostro, ya se había bajado de la cama y se dirigía hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja. Maia negó con la cabeza y levantó la mano en un gesto que le indicaba que la dejase escuchar. Damián la observó atento a través de una mirada brillante e incandescente; el amante febril de esa noche se había transformado, de repente, en el guerrero implacable de la Estirpe.

—No lo sabemos —contestó la monja llorosa—. Hace dos noches la acostamos como de costumbre, pero a la mañana siguiente cuando fuimos a buscarla para desayunar no estaba en su cama, hija. Hemos registrado la fundación entera con la policía, sin éxito. ¡Esto es una tragedia! —sollozó la religiosa.

—¿Cómo no me llamó antes, hermanita?

—Es que todo ha sucedido tan de prisa, hija. Hemos estado corriendo de un lado para otro cubriendo la búsqueda, y tú estás en Argentina con tus cosas, pero hoy no podía dejar de llamarte, porque sé que Rosarito es casi como tu hija.

El corazón de Maia parecía haber dejado de latir mientras escuchaba a la hermana. Cerró los ojos y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—Gracias por llamarme. Iré de inmediato.

—Hija, cuídate, por favor.

—Lo haré —contestó en un susurro y colgó. Cuando levantó la mirada, se topó con el fuego iridiscente de la mirada de Damián.

—Cuéntame.

Maia se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y lo miró. A medida que relataba lo poco que sabía, el rostro del *silverwalker* se fue endureciendo.

—Caídos —siseó con odio.

—Debo ir a México enseguida —dijo Maia con la voz apagada por el dolor.

—Vamos a México —corrigió Damián y la estrechó entre sus brazos. Maia comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Rosarito no! Por Dios, ¡ella no! —gritó con la voz ahogada por el pecho duro donde se apoyaba.

El guerrero la acunó con incansable ternura.

—Mi amor, la encontraremos. Te lo juro —susurró y se apartó un poco para enjugarle las lágrimas con las yemas de los dedos. Maia asintió sin poder articular palabra; apenas podía respirar.

En ese instante, escucharon que alguien llamaba a la puerta. Damián le dio un beso suave en los labios y, renuente a dejarla, se dirigió a abrir la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel que, sin pedir permiso, ingresó a la habitación con el rostro gélido. Por detrás se sumó Aniel, que, al ver a su hermana tan angustiada, corrió hacia ella y la abrazó.

—¿Cómo supieron que algo estaba mal? —preguntó Damián azorado.

—Ronan nos llamó diciéndonos que había tenido una visión que mostraba a Maia desconsolada. Intentó comunicarse con ustedes, pero el móvil de Maia daba ocupado.

—Rosarito, la niña que Maia adora y que vive en la fundación, ha desaparecido —informó Damián—. La hermana Lucía, administradora del lugar, acaba de llamar para darnos la noticia, seguramente en el mismo instante en que Ronan intentaba comunicarse.

—¿Tienes un plan? —preguntó Gabriel al echar un vistazo a Aniel, que ayudaba a su hermana a empacar una muda de ropa.

—Ir a la fundación —contestó Damián—. Avisaré ya mismo a la guarida de la Estirpe en Ciudad de México. Necesitamos saber si ha habido indicio de algún movimiento de los caídos.

—Voy con ustedes —dijo Gabriel, pero Damián negó con la cabeza.

—No, tú te quedas y cuidas del resto de la familia Mitchels. Llamaré a Triel para que se reúna con nosotros en el aeropuerto, y cuento con Astos y sus portales para comunicarnos ante alguna emergencia.

—Estoy lista —interrumpió Maia, cuyo semblante se veía más níveo que nunca. Miró a su hermana y susurró—: Avísales a mamá y papá. No podemos perder más tiempo.

Aniel asintió con la cabeza y volvió a abrazar a su hermana, conmovida más que nunca porque era la primera vez que Maia había llamado de esa manera a sus padres.

Sin dejarse perturbar por el momento que compartían las dos jóvenes, Damián se acercó y tomó a Maia del codo con suavidad y la condujo a la puerta.

—Vamos, mi amor. Tenemos una misión que cumplir.

Buenos Aires

—¿Cómo que se van a México? —gimió Ana, afligida por lo que Aniel y Gabriel les habían informado por teléfono desde el Delta.

—Ya deben de estar en el aeropuerto, desde donde tomarán el primer vuelo a México —respondió Ronan—. Triel va con ellos.

—¡Ronan! —exclamó Ana desesperada y colocó las dos manos sobre el rostro. Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Otra vez no, por Dios. Debemos ir con ella.

Ronan se acercó y la tomó de los hombros con dulzura, obligándola a mirarlo.

—Damián y Triel la protegen.

Ana volvió a sacudir la cabeza.

—Pero, ¿qué haremos nosotros? No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Gabriel y Ruryk están discutiendo los pasos a seguir; debemos actuar con cautela, pero también con efectividad. Llamé a Lautaro y viene hacia aquí.

Cuando Ana iba a contestar, se escuchó el sonido del portero eléctrico. Ronan se alejó de ella, miró el intercomunicador con pantalla y apretó el botón de acceso. Al cabo de un minuto, escucharon un suave golpe a la puerta.

—Gracias por avisarme —dijo Lautaro, mientras se sacaba la chaqueta liviana y la colocaba en un perchero ubicado al lado de la puerta.

—¿Has podido averiguar algo? —preguntó Ronan con el semblante serio.

—Mis contactos en la guarida de la Estirpe de Ciudad de México me dijeron que Damián los llamó y consultó sobre la posible implicación de los caídos en la desaparición de la niña Rosario Fuentes —contestó—. Al parecer, no se ha registrado ningún movimiento en el último mes, Ronan. El jefe de nuestras tropas en México es amigo mío y sabe de la amistad que nos une a ti y a mí, así que me llamó de inmediato para expresarme su deseo de colaborar en la búsqueda de la niña y también garantizar la protección de tu hija.

—Te lo agradezco, Lautaro. Estoy realmente preocupado. Anoche tuve una videncia que revelé solo a medias a Ana.

Al decir esto, su esposa lo miró afligida.

—¿Qué me has ocultado, Ronan?

Este hizo una mueca con la boca.

—No solo veía a nuestra hija desconsolada sino también en peligro, y temo que esté relacionado con lo que sucede con la desaparición de la niña.

—Una vez más, Ronan, te lo ruego. Vayamos tras ella —solicitó Ana con los ojos brillantes

y a viva voz.

Ronan le dirigió una mirada infinitamente tierna.

—Triel y Damián prometieron tenernos al tanto de lo que sucede en México, mi amor. Gabriel, Ruryk y Aniel están en el Delta y tú, Lautaro y yo aquí en Buenos Aires. Debemos cubrir todos los costados. Apenas nos avisen, salimos hacia México.

—Ronan, por favor. Escúchame a mí esta vez —exigió Ana—. Partamos ya. Podemos ayudar. Yo siento que es lo correcto. Tus videncias han mostrado algo sobre lo que debemos estar atentos, pero yo también me rijo por mi instinto de madre y sé que lo mejor es ir con los chicos a México.

—El avión ya debe estar por salir, Ana.

—Entonces vamos en el próximo.

El guerrero miró a su esposa con adoración. Ella había pasado de ser una maravillosa ama de casa dedicada a su familia a actuar como una verdadera guerrera. Y este costado de Ana provocaba en él un profundo orgullo. Y también lo excitaba sobremanera.

—Yo iré con ustedes —dijo Lautaro, interrumpiendo sus pensamientos.

Ronan respiró hondo y contempló a su mujer, que lo miraba expectante.

—Tú ganas, mi amor.

CAPÍTULO 51

Ciudad de México

Habían llegado muy temprano a la fundación luego de volar durante toda la noche, y ahora esperaban a la hermana Lucía en su despacho. El edificio parecía vacío por su silencio ya que los niños aún descansaban. Solo dos religiosas se habían cruzado en su camino al despacho y habían saludado con cariño a Maia y a Damián, y con extrema reserva a Triel.

Maia detuvo su mirada en este que observaba detenidamente cada rincón del despacho. Damián le había explicado que había convocado a su hermano porque era el mejor de los *silverwalkers* para ayudarlo en posibles enfrentamientos con los caídos. Si su legado se activaba por alguna razón, Triel era el único que podía comunicarse con Astos y sus portales.

—¡Hermana Lucía! —exclamó Maia al ver a la monja que entraba en la oficina.

—¡Mi niña! —gritó la hermana y se abrazó a ella con un sollozo angustiado. Triel y Damián observaban la escena con semblantes pétreos.

—Hermanita… No puedo creer lo que ha sucedido. Rosarito… —dijo Maia en un gemido, con las lágrimas cayéndole por las mejillas.

—Ay, hijita —expresó la monja, que se apartaba de ella y la miraba desesperada—. ¡Imagínate cómo estamos! La policía no ha podido hallar ninguna huella. ¡Nada!

Maia se giró y señaló a los *silverwalkers* con la mano.

—Damián y yo hemos traído a su hermano, mi primo Triel.

La monja miró al joven parado al lado de Damián y pareció quedarse sin aliento ante la imagen descomunal que conformaban los hermanos enormes y tatuados; pero de inmediato se repuso.

—Damián querido, ven aquí —susurró la hermana, dándole también un gran abrazo. Apenas se separó del *silverwalker*, miró a Triel—. Siendo hermano de Damián y primo de Maia, eres muy bienvenido —dijo la religiosa sin atreverse a acercarse.

Triel asintió con la cabeza, consciente del rol que debía desempeñar. Damián y Maia le habían explicado la pequeña mentira que habían erigido en torno a la identidad de su hermano, por lo que se veía en la obligación de acompañarlos en la piadosa farsa.

—Por favor, hermana Lucía —solicitó Damián con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas de que él sería quien se haría cargo de la investigación—, necesitamos que nos explique los detalles de lo sucedido.

—Por supuesto, hijo. Verás, hace tres días…

A partir de ese instante, los dos *silverwalkers* y Maia se dedicaron durante días a interrogar a todas las religiosas, el portero y los niños de la fundación, y registraron el edificio de una punta a la otra. También hablaron con la policía.

El matrimonio Mitchels y el doctor Suárez, que arribaron a México el día después que ellos, se habían sumado a la investigación. Ronan y Ana ayudaban a Maia y a los hermanos *silverwalkers* en la fundación, y Lautaro mantenía entrevistas con su amigo, jefe de las tropas de

la Estirpe de Ciudad de México, en su guarida.

Pero, hasta el momento, no se había encontrado ninguna pista.

—¿Dónde está? —preguntó Maia con angustia a Damián. Se sentó impotente en el sofá de su apartamentito, donde habían decidido tomarse una breve pausa en la investigación. Como esta vez otro cuarto de la fundación había sido desocupado por una religiosa que se había ido de vacaciones, la hermana Lucía se lo había asignado a Damián y a su hermano para que Maia durmiese sola en su apartamento. Pero Damián no pensaba alejarse de Maia, ni siquiera de noche, por lo que, cuando nadie lo veía, se escabullía a su lado—. ¿Cómo puede ser que se haya esfumado? —volvió a insistir—. No hay señales de violencia, nadie escuchó ni un grito, ni un lamento, ni un pedido de auxilio. La policía no ha detectado ni una huella extraña. Tampoco se han registrado ataques por parte de los caídos en el último mes, tal como papá nos explicó. Entonces, ¿dónde está Rosarito? —volvió a preguntar al aire, sabiendo que nadie podría responderle. Damián se sentó a su lado y volvió a abrazarla como lo había hecho innumerables veces en esos días. Él también se sentía impotente ya que todo resultaba muy extraño.

En ese instante, golpearon a la puerta.

—Adelante —dijo Damián elevando un poco la voz a la vez que se separaba rápidamente de Maia.

Una monja de aspecto taciturno ingresó a la habitación.

—Maia, la hermana Lucía necesita que la ayudes.

—Gracias, hermana Amparo. Bajo de inmediato.

Cuando la religiosa salió del cuarto, Maia se enjugó las lágrimas y se levantó del sofá. Cuando comenzaba a alejarse, el *silverwalker* la tomó de la mano y la detuvo.

—Voy contigo.

—No, no hace falta, mi amor. Conozco a la hermana, y cuando me llama es porque necesita urgente que la ayude con los niños.

Mientras hablaba, Damián también se había levantado y le acariciaba el rostro con ternura.

—Si necesitas ayuda, avísame. —Maia asintió con una leve sonrisa—. Acuérdate también que tu hermana, Gabriel y Ruryk deben de estar por llegar a Ciudad de México en cualquier momento.

—No veo la hora de ver a Any —susurró Maia.

Damián le dio un beso en la nariz y la tomó del codo con delicadeza.

—Vamos, mi amor. Triel me espera en nuestra habitación para continuar con la investigación.

Maia volvió a asentir con la cabeza.

Luego de cerrar la puerta de la habitación y asegurarse de que nadie los viese, Damián pasó el brazo por los hombros de su chica y se dirigieron al cuarto. Al llegar a la puerta de la habitación vecina, Maia se despidió de Damián con un beso en los labios y susurró sobre su boca:

—Te veo en un rato.

El guerrero sonrió y la abrazó para besarla con un beso profundo y necesitado. En lo mejor, la puerta se abrió y apareció Triel que, recién bañado y afeitado, los miró con seriedad.

—Parece que ustedes no paran —farfulló.

Maia sonrió, se separó del abrazo de Damián y, con prisa, bajó las escaleras.

Al abrir la puerta del despacho, Maia se encontró con la religiosa, que parecía nerviosa. De inmediato su cuerpo comenzó a vibrar. Algo no estaba bien.

—¿Qué sucede, hermanita? —preguntó fingiendo serenidad.

—Pues hija, fíjate que las autoridades están locas esta mañana. El ayuntamiento me ha avisado que vendrá una delegación a inspeccionar la calidad de higiene de la fundación. No solo inspeccionarán el edificio en sí, sino también la comida. ¡Necesito que me ayudes con lo que se me viene! Piden llenar un montón de formularios, ir a los bancos donde hay que pagar los sellados, en fin, una monstruosidad de trabajo con papeles, pero con todo lo que está pasando, no doy abasto. Por favor, niña, ayúdame.

Maia apenas había captado la perorata de la religiosa, ya que estaba concentrada en la vibración de su cuerpo. No veía la hora de salir del despacho para dirigirse a hablar con Damián, ya que sabía que su cuerpo le estaba avisando de la presencia de algo o alguien que los amenazaba y no quería alarmar a la religiosa.

—Por supuesto. Cuente conmigo.

—Necesito que vayas al Ayuntamiento y consigas los formularios.

—Avisaré a Damián.

—Sí, claro.

Cuando Maia se disponía a dejar la habitación, un brazo poderoso la lanzó contra un pecho de hierro y una mano enguantada le cubrió la boca. Intentó forcejear, pero se detuvo cuando, de reojo, detectó no solo la figura de un hombre que estaba armado hasta los dientes, sino también la pistola de su captor que apuntaba a la hermana Lucía.

—Así que al fin te encuentro —le dijo la voz que tan bien conocía al oído—. Hasta aquí has llegado, mi tierna palomita.

Apenas había terminado de hablar con la policía cuando el móvil de Damián sonó otra vez. Triel levantó la ceja, obviamente molesto por la interrupción.

—Ronan, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Aniel, Gabriel y Ruryk han llegado a Ciudad de México hace un rato. Ana y yo los fuimos a buscar al aeropuerto para ponerlos al tanto de todo. Pensábamos que ellos podrían venir con nosotros a la fundación de inmediato, pero acaban de ser llamados por jefes de la Estirpe, así que se reunirán con nosotros cuando terminen. Ana y yo salimos ya para la fundación y estaremos con ustedes en aproximadamente cuarenta minutos. Lautaro debe de estar al llegar por allí, así que recíbelo, por favor. Si bien nunca te has topado con él cara a cara, no te quedará la menor duda de quién es cuando esté parado frente a ti.

—¿Su amigo ha averiguado algo más? —preguntó Damián que escribía en un papel lo que Ronan le iba diciendo y se lo mostraba a su hermano.

—Sí, el informante de Lautaro nos avisó a último momento de sospechosos movimientos de los caídos. Por favor, Damián, no descuides a Maia, ya que mis visiones sobre ella en peligro siguen atormentándome.

—Yo estoy aquí cuidando a su hija, Ronan —dijo preocupado. No le hacían ninguna gracia

las visiones de Ronan—. ¿Quién quedó en la guarida del Delta?

—Metanón, que llegó ayer de Dinamarca.

—¿Jackie?

—Un caso imposible, hijo.

Damián sacudió la cabeza de un lado a otro y Triel emitió una leve carcajada.

De repente, un vacío oscuro y frío le invadió el pecho y supo que algo estaba mal, muy mal. Triel captó el cambio de su semblante y se acercó a él.

—Ronan, debo cortar. Algo sucede.

—¿De qué hablas, Damián?

—Ahora no puedo decirlo con claridad, pero temo que se trata de Maia.

—¡Por Dios! Apresúrate y avísame.

Damián colgó rápidamente y salió corriendo de la habitación como un desaforado, con Triel siguiéndolo por detrás. Bajaron las escaleras como si se les fuera la vida en ello y llegaron en unos segundos al despacho de la hermana Lucía. Sin golpear, Damián abrió la puerta rápidamente para ingresar junto con su hermano al recinto, en donde encontraron a la monja llorando desesperadamente.

—¿Dónde está Maia? —preguntó Damián con un grito, al ver que no había señales de ella en la habitación.

—Aparecieron… unos hombres… fue horrible. Me apuntaban con la pistola y…

—¿Y qué? —bramó Damián, que ahora aferraba a la hermana de los hombros y la sacudía al borde de perder el control.

—Se la llevaron, hijo. Se la llevaron en mis narices a través… de… de la biblioteca —sollozó la monja, que se cubría la cara con las manos.

Damián soltó a la mujer y emitió un bramido de guerra. Con toda la furia que lo embargaba en ese instante, golpeó con el puño la pared que tenía a su alcance y la resquebrajó de punta a punta.

—¿Cómo que a través de la biblioteca? —gritó Damián fuera de sí.

—¡Te digo lo que vi! —sollozó la hermana con mayor energía.

—¿Los había visto antes? —volvió a preguntar con la ira atravesándole la piel.

—No. Nunca —murmuró y sollozó más fuerte.

—¿Cuántos eran? —preguntó Triel con voz fría y calma.

—Dos —balbuceó.

—Describa sus aspectos, por favor.

Cuando así lo hizo, el rostro de Damián se volvió glacial y acerado, revelando un control que hasta ese momento parecía haber perdido.

—Uno es Logan. Ese hijo de puta… —siseó.

—Explíquese respecto a la biblioteca —solicitó Triel.

En ese mismo instante oyeron unos golpes suaves a la puerta y, de inmediato, la voz de una mujer que parecía atemorizada.

—Hermana Lucía…

Damián abrió la puerta rápidamente y se topó con la hermana Amparo, que miró por encima

del hombro del *silverwalker*.

—Hay un hombre aquí que pide hablar con Maia y con los primos de ella.

—Debe ser el doctor Suárez —dijo Damián mirando a Triel. Cuando iba a pedirle a su hermano que se encargara de él, se topó con el hombre.

—¿Damián Di Mónaco? —preguntó este con la mano tendida hacia él—. Permítame presentarme. Soy el doctor Lautaro Suárez.

Damián observó detenidamente el rostro del hombre parado frente a él, mientras devolvía el apretón de manos.

—Maia acaba de ser secuestrada por los caídos.

—¡Por mil demonios! Entonces la videncia de Ronan era acertada —lo escuchó jurar.

Un nuevo sollozo de angustia hizo volver el rostro de Damián hacia la religiosa sentada en el sofá. Dejó al doctor tras él y se acercó deprisa a la mujer.

—Explíquenos lo de la biblioteca.

—Hermano… —llamó Triel. Damián lo miró nervioso; sabía que aquel tono de voz de Triel significaba que había detectado algo.

—¿Qué?

—Esto no es lo que tú crees —contestó el caminante.

De repente, una nueva opresión en el pecho y un dolor agudo en las entrañas de Damián le quitaron el aliento y lo lanzaron a un vacío oscuro.

CAPÍTULO 52

—¿Cómo que Maia ha desaparecido, hermana? —preguntó Ana desesperada, que se mantenía todavía de pie gracias al abrazo de su esposo. Apenas habían arribado a la fundación, Lautaro había salido a recibirlos para advertirles de los acontecimientos y ahora estaban reunidos en el despacho de la religiosa.

—Lo que le digo, señora… y después el señor Damián, que cayó tumbado en el suelo como un saco de papas...

—Lautaro, ¿qué dice esta mujer? —interrumpió Ronan confundido.

—Lo que has escuchado, amigo. Damián se desmayó. Cuando la hermana Lucía y yo intentamos ayudarlo, Triel se lo cargó al hombro y se lo llevó con urgencia de aquí. No sé dónde están en este instante, pero supongo que sabremos de ellos apenas Damián vuelva en sí.

—¡Pero Maia! —reclamó Ana entre los brazos de su esposo—. ¿Qué pasó con ella?

—Es que, verán —contestó la religiosa—, estábamos hablando con la niña sobre unos papeles y, de repente, aparecieron dos hombres. Uno de ellos era enorme, válgame Dios, y la atrapó y a mí me amenazó con una pistola. La llevó a rastras hacia la biblioteca de esa pared y, ante mi asombro, vi que le pedía al otro hombre, que también iba armado, que tomase tres libros de diferentes estantes y, como por arte de magia, la pared giró y apareció una entrada. ¡En mi propia oficina! Casi me muero de la impresión. Cuando desaparecieron, la pared volvió a su lugar original y yo, como una loca, intenté buscar los tres libros, pero me fue imposible dar con ellos. Imagínese con tantos libros en esa biblioteca, ¿cómo podía acordarme de cuáles de todos eran los tres? Pero a Dios gracias, llegó el doctor Lautaro y, de un plumazo, los encontró.

Ronan y Ana miraron a su amigo interrogantes.

—No fue difícil —explicó él—. Pude captar la vibración del caído en las tapas.

Dicho esto, el doctor se dirigió a la biblioteca que ocupaba una pared completa de la oficina de la religiosa y, al extraer tres libros de los estantes, la pared giró en un ángulo de noventa grados para descubrir lo que la religiosa había intentado explicar.

—Una entrada secreta —susurró Ronan.

Lautaro asintió con la cabeza.

—Me temo que no es la única —dijo la religiosa y, al momento, todos se volvieron a mirarla —. No sé si estoy en lo correcto, ya que no tengo la menor idea de adónde conduce esta entrada, pero en el cuarto de la niña Maia hay una puerta secreta que da a los pasadizos de la fundación, donde Maia, muchas veces, se ha escondido de sus perseguidores —aclaró y miró a Ana con cierto remordimiento—. Por eso, señora Ana, espero que Dios me perdone porque algunas veces debí mentirle diciéndole que Maia estaba de viaje, cuando en realidad estaba escondida aquí mismo, debajo de estas baldosas.

Ana miró a la hermana con una mirada de comprensión a la vez que Lautaro miraba a Ronan.

—O sea que es posible que existan varias puertas de acceso al subsuelo—repitió el doctor—. Y una de ellas es esta, recién descubierta. Justo cuando iba a inspeccionarla, ustedes llegaron. Podemos ir los dos, Ronan.

—De inmediato —exclamó Ronan y miró a Ana con determinación—. Por favor, quédate

aquí con la hermana.

—Ni se te ocurra mencionarlo —exclamó Ana.

—Yo… yo me quedo aquí, señora Ana —balbuceó la monja.

—¡No voy a permitir que quedes expuesta a este peligro! —bramó Ronan.

Ana miró a Ronan como nunca antes en la vida lo había hecho y el guerrero supo de inmediato que la había enfurecido. Se acercó a él hasta quedar a unos pocos centímetros de su rostro.

—He pasado siete años de mi vida sola, defendiéndome de todo y de todos, y he salido adelante. Ahora no me vengas con esta actitud, cuando sé que nuestra hija puede estar ahí dentro corriendo peligro —chistó mientras señalaba con el dedo la puerta secreta.

—Ana…

—No. Si no me permites ayudar a mi hija, entonces tú y yo no tenemos más de qué hablar.

Ronan se echó levemente hacia atrás, impactado por las palabras de su esposa. Reconoció, una vez más, ese nuevo poder en ella y supo que tenía ante sí a una mujer increíble. Más de lo que él ya creía que era.

—Déjala que venga, amigo —intervino el doctor—. No vale la pena intentar discutir ahora. El tiempo se nos va.

Ronan miró intensamente a Ana, que tampoco le quitaba los ojos de encima, expectante de su respuesta.

—Quédate detrás de mí, así puedo protegerte —contestó preocupado. Odiaba pensar en la posibilidad de que le sucediese algo a su esposa, pero tampoco podía negarle el derecho que ella se había ganado en estos años.

Ana respiró profundamente y un gesto de alivio cubrió su semblante.

La luz de las llamas de las antorchas le herían las pupilas y volvían siniestro aquel lugar. Maia se había despertado hacia un rato; no sabía cuánto tiempo había estado desvanecida, pero suponía que un par de horas. El malvado de Logan la había atrapado con un pañuelo con cloroformo que le había colocado sobre la boca. Todo había sucedido tan rápido que aún no podía creer en la situación en la que se encontraba. Encerrada en una celda húmeda y mohosa, se sentía desesperada por saber de Damián, a quien había dejado de percibir desde hacía un buen rato. Había podido captar la angustia en él cuando se había dado cuenta de que ella había desaparecido pero, al cabo de un rato, todo contacto con él se había esfumado. Debía hacer algo. No podía permanecer en aquella habitación encerrada a merced de Logan.

Al menos tenía la suerte de que la habían dejado tendida en una colchoneta en el suelo sin atarle las manos ni las piernas. El desgraciado parecía cuidarla un poco. Pero ella sabía muy bien para qué la quería; no era tonta.

El problema era que, por más que la torturase, existía una gran verdad: el símbolo, para ella, era un tema absolutamente desconocido.

En ese instante, su cuerpo comenzó a vibrar intensamente. El enemigo se acercaba. Apenas acababa de pensar en esto cuando escuchó el sonido de una llave que abría la puerta de la celda. Maia se levantó de la colchoneta y se alejó hacia la pared opuesta.

—Vaya, vaya, vaya —dijo la voz que la estremecía—. ¿Has descansado, mi pichoncita? —

Logan se acercó a ella con una mirada cargada de lujuria y una sonrisa llena de satisfacción. Aunque era un tipo muy apuesto, la energía que irradiaba le provocaba náuseas. Por detrás, percibió a los dos caídos armados a quienes su cuerpo había detectado hacía unos instantes. Cuando Logan se detuvo a unos pocos centímetros de ella, ordenó a los caídos que se retirasen. Mientras estos lo hacían, ella mantuvo la mirada fija en la de él, hambrienta y posesiva. Sabía a lo que había venido y su cuerpo se tensó ante lo que se aproximaba.

Apenas quedaron solos, Logan susurró:

—Por fin te tengo para mí solo.

Y se lanzó sobre ella para besarla.

Atrapada entre aquellos brazos enormes, Maia luchó de manera salvaje, con una furia que la ahogaba. Pero la fuerza de Logan no solo era muy superior a la de ella, sino que la batalla lo enardecía más. Logró arrojarla de espaldas sobre la colchoneta. Al tratar de rodar hacia un costado, Maia se encontró atrapada por el cuerpo de Logan, que había caído sobre el de ella en un intento por controlarla. Si bien la fuerza de Maia, incrementada por la furia y el temor, le permitió pelear con bravura, tres tremendos golpes dados por Logan con la mano abierta sobre su cara la aturdieron.

En el mismo instante, un bramido salvaje y furioso se escuchó no muy lejos de allí.

«¡Damián!», pensó Maia con angustia.

—Me vuelves loco peleando así —escuchó que Logan le susurraba, jadeante por el esfuerzo de intentar dominarla.

«Debo encontrarlo», se dijo, sin prestar atención a las palabras de su carcelero. Ella no podía rendirse.

Llena de rabia, combatió a Logan en el suelo de la prisión utilizando todas las técnicas de lucha que Damián le había enseñado. Pero su adversario, acostumbrado a las peleas callejeras y profesionales, era muchísimo más hábil y experto que ella.

Logan logró alcanzarle los labios y la besó como un desquiciado. Al instante, un nuevo rugido furibundo se alzó en el aire.

Súbitamente, algo insospechado comenzó a crecer en el interior de Maia: una fuerza letal y extrema, que se sumó a la desesperación por ayudar a Damián. Comenzó a pelear de la misma manera que lo había hecho contra Damián cuando había creído que él la había traicionado. La misma fuerza desconocida volvió a apoderarse de sus miembros y la ayudó a lanzar trompadas, patadas y dentelladas a diestra y siniestra. Logan parecía asombrado e incapaz de creer en la guerrera en la que se había transformado.

En un descuido de Logan, Maia logró escapar de sus manos y corrió desesperada hacia la puerta de la celda, que esperaba no estuviese cerrada con llave. Cuando intentó abrirla, los brazos poderosos de Logan la envolvieron por la cintura desde atrás y la levantaron con violencia en el aire. Maia comenzó a pegar patadas y arqueó la columna como un gato, en un intento de escapar nuevamente del abrazo brutal. Lo que no se esperaba fue que una de las manos del mercenario le cubriera uno de los senos y comenzara a acariciárselo con frenesí. Asqueada, logró girarse entre los brazos enormes para poder atacar de frente pero, al contemplar el rostro endemoniado de su agresor, se detuvo asustada. La sangre le chorreaba por las sienes, las mejillas y el cuello, producto de los golpes y arañazos que ella había descargado sobre él.

Sin previo aviso, Logan la envolvió fuertemente de la cintura con un brazo para arrastrarla

contra su pecho y volver a besarla.

Un nuevo bramido desgarrador y lleno de ira avisó a Maia sobre la conversión de Damián.

¿Pero dónde estaba?

Como si le hubiese leído el pensamiento, Logan dejó de besarla y se apartó un tanto de ella. Con una sonrisa lasciva, advirtió:

—No puede ayudarte, mi amor. Esta vez no, aun cuando sea la bestia que es.

Maia emitió un sollozo, deseando activar su propio legado, pero sin saber cómo. Damián estaba en peligro y ella debía hacer algo.

Se inclinó hacia adelante y descargó toda la furia de su cuerpo al golpear con el hombro el pecho de Logan quien, sorprendido, trastabilló hacia atrás. Maia aprovechó ese instante para pegarle en la entrepierna con todas las fuerzas de su alma. El rostro del mercenario palideció en medio de la sangre y, con un fuerte impacto, cayó de rodillas al suelo. Al hacerlo, Maia descargó, con las dos manos unidas, cuatro trompadas sobre la barbilla de él que lo arrojaron de espaldas al piso, en donde quedó inmóvil. Maia contuvo el aliento, sin poder creer que había noqueado a Logan.

Se lanzó hacia la puerta de la celda y, con profundo alivio, comprobó que estaba sin llave. Tampoco estaban cerca los caídos, ya que su cuerpo no los detectaba. Seguramente Logan les había informado acerca de sus intenciones para con ella y los hombres no habían dudado de que él ganaría la batalla.

«Hijo de puta», sentenció por dentro.

Corrió como una desaforada por las diferentes cuevas y pasadizos que existían en aquel lugar olvidado de la mano de Dios y que, de acuerdo a lo que sabía, pertenecía a la época jesuita.

Conocía bastante bien este lugar, ya que era donde ella se había refugiado cuando Damián casi la había atrapado en el interior de la fundación y donde había permanecido escondida algunas semanas, bajo la protección de las monjitas, en especial de la hermana Lucía, hasta que se atrevió a salir de nuevo a las calles de México.

Damián…

¡Dios! Necesitaba olerlo, percibirlo, pero el miedo la paralizaba. De repente, escuchó un nuevo bramido que la sacó de su ensimismamiento. Su cuerpo comenzó a vibrar con extrema intensidad y, sin perder tiempo, corrió hacia donde provenían los rugidos. Cuando llegó al lugar, contuvo la respiración. A través de los barrotes de una celda gigantesca, podía ver a Damián convertido en dragón, atado con una infinidad de cadenas, tan gruesas y descomunales que, por más que lo intentaba, no podía salir de su encierro. Sollozando de impotencia, se acercó a la puerta y colocó las manos sobre los barrotes. Cuando la bestia la vio, emitió un gemido tan desolador que le destrozó el alma. Con las lágrimas cayéndole por las mejillas, susurró:

—Te juro que te sacaré de allí, mi amor.

CAPÍTULO 53

En ese instante escuchó un chistido que provenía de algún lugar cercano.

—Maia, aquí.

Se dirigió a toda prisa hacia otra celda, de donde provenía la voz, y encontró a Triel apresado con unos grilletes en las muñecas; nada en comparación a la cantidad de cadenas que habían dispuesto sobre Damián.

—¡Triel! —exclamó Maia en voz baja. Solo Dios sabía de cuánto tiempo disponía hasta que Logan diese con ella.

—Fíjate si la puerta está con llave —pidió el caminante. Maia empujó, comprobando que efectivamente lo estaba—. Mi hermano y yo hemos sido drogados. Necesito comunicarme urgentemente con Astos, pero la droga que nos dieron para dormirnos es poderosísima e interrumpe mi comunicación con el sanador. Si Astos lograse abrir un portal aquí, podría ayudarnos.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Hay alguna herramienta en este edificio que puedas conseguir para que pueda soltarme?

—Hay una habitación en el patio de juego de los niños donde el portero de la fundación hace trabajos de herrería. Debe de haber algo allí que permita abrir esta puerta y soltarte. Iré ya mismo.

—Que no te vean, Maia.

En ese instante, escuchó un grupo de pasos que parecían dirigirse hacia su dirección.

—Alguien viene. Tengo que irme —anunció Maia y, sin más, salió a toda prisa, tratando de encontrar las escaleras que la llevarían a la puerta secreta de su habitación. Aquellos túneles eran tan enormes e iguales que cualquiera podía perderse con facilidad. Al cabo de unos minutos oyó unas voces. Se escondió detrás de unas paredes y esperó.

—¡Por aquí! —escuchó la voz de su padre muy cerca de ella. El corazón de Maia comenzó a palpitar de alivio. Cuando asomó la cabeza, no solo vio a su padre sino también a su madre y a un desconocido con ellos. ¡Dios bendito! ¿Cómo habían llegado? Sin dudarlo, salió de su escondite y corrió hacia ellos.

—¡Padre! ¡Madre! ¡Aquí!

En ese instante, Ronan y Ana se detuvieron, se dieron vuelta y, al verla, corrieron hacia ella hasta fundirse en un fuerte abrazo. Era la primera vez que ella, frente a ellos, los llamaba de esta manera.

—¡Hija, por Dios! ¿Estás bien? —le preguntó su madre que le inspeccionaba el rostro hinchado.

—¿Quién te ha hecho esto? —interrogó su padre fuera de sí al ver las magulladuras en su rostro.

El chillido de la bestia a lo lejos ahogó la respuesta de Maia.

—¡Necesitamos ayudar a Damián!

—Tú eres Maia —escuchó la voz del extraño desde atrás. Maia se volvió y, al ver el rostro

apuesto de aquel hombre, imaginó de quién se trataba.

—¿El doctor Suarez?

—El mismo.

—Sé bastante sobre usted, doctor; pero por favor, ahora debemos ayudar a Damián y a Triel. —Miró a su padre—. Ambos están encadenados —explicó—. Pensaba ir a la habitación de la herrería de la fundación para encontrar algo que abriese la puerta de la celda de Triel. Los han drogado, pero Triel igualmente está intentando comunicarse con Astos. A Damián lo tienen encadenado de una manera espantosa en otra celda y…

—Se ha convertido —completó Lautaro la oración.

—¿Usted… sabe? —preguntó Maia insegura.

—Lautaro conoce todos nuestros secretos, hija —contestó su padre.

—Entonces yo iré arriba y buscaré algo.

—No hace falta —dijo Lautaro y miró a Ronan—. Tú y yo podemos echar abajo esas puertas.

Su padre miró a su amigo y asintió con un leve gesto de la cabeza.

—Muéstranos el camino hacia las celdas, hija.

Cuando Maia iba a hacerlo, su cuerpo comenzó a vibrar nuevamente.

—Ellos vienen —advirtió afligida.

—Ronan, ten cuidado —exclamó Lautaro.

Cuando su padre giró la cabeza, ya era tarde. Logan y un grupo de alrededor de veinte caídos armados los rodeaban apuntándoles.

—Así que estamos todos reunidos —exclamó Logan sonriente, aún con la cara ensangrentada. Se acercó a los padres de Maia—. Usted debe de ser uno de los grandes jerarcas de la Orden.

Ronan miró sorprendido al caído, ya que nadie sabía de esa información, salvo los *silverwalkers* y muy pocos miembros del resto de la Estirpe. Sin contestar una palabra, Ronan miró a Logan con absoluto desprecio.

Este emitió una risa baja y se acercó a Ana.

—Y usted debe ser la hermosa e inconfundible madre de esta tigresa —susurró provocador, mientras señalaba a Maia con un gesto de la cabeza—. Llevo las marcas de las garras de su hija con orgullo.

—No se meta con ellas —advirtió Ronan. Sus ojos emitían un iridiscente brillo platino.

Logan se detuvo y volvió a mirar al jefe Mitchels.

—Yo me meto con quien quiero.

—¡Basta! —exclamó Lautaro—. Ya está bien. ¿Qué es lo que quieres?

Logan se volvió hacia el doctor y luego de observarlo por un rato, comenzó a reír a carcajadas.

—Usted sabe muy bien lo que quiero. —Y se volvió apuntando a Maia con el dedo—. ¡A ella! El jefe Gustav me la prometió.

Un nuevo rugido lleno de ira atravesó la oscuridad de los pasadizos.

—No puedes llevarte a Maia.

Logan se acercó al doctor y colocó el rostro muy cerca del de él y lo miró con un profundo

desprecio.

—Hace bastante tiempo que le dije a usted que no se metiera más en mis asuntos. O si no, podemos acabar lo que comenzamos en el cuadrilátero —siseó el caído.

Al escuchar aquello, el semblante de Ronan empalideció. Y al instante siguiente se cubrió de una furia salvaje. Miró a Lautaro con los ojos que parecían dos láseres.

—¡Tú, cabrón hijo de puta! —gritó asqueado y, de inmediato, intentó lanzarse sobre él, pero fue detenido por cinco caídos que lo apuntaron con sus armas en el pecho.

Ana, incapaz de creer lo que estaba presenciando, trató de acercarse a su esposo, pero Lautaro la atrajo hacia él y la envolvió con los brazos desde atrás, quitándole el aliento.

—¡No la toques! —bramó Ronan, que, al intentar quebrar la barrera de caídos, fue golpeado por uno de ellos en la nuca con la culata del arma, provocando que callera de rodillas.

—¡Ronan! —gritó Ana, mientras forcejeaba desesperada contra los brazos que la retenían.

Maia intentó correr hacia ella, pero Logan le cortó el paso al colocar su cuerpo frente a ella. Miró a su padre y, para su alivio, lo vio levantarse del suelo. Mientras lo hacía, su padre clavó la mirada en el hombre que sujetaba a su madre con un odio que le paralizó el alma.

En ese preciso instante, una voz de mujer se alzó en medio de toda aquella locura.

—¡Pero qué tierno espectáculo!

Todos se giraron para ver la imagen impresionante de una mujer que surgía de un pasadizo. Tenía unos pechos enormes e iba vestida con una malla ajustada de cuero marrón que realzaba sus curvas increíbles. Maia la observó y, atónita, reconoció de quién se trataba.

—Hermana… Lucía… —balbuceó.

La mujer comenzó a emitir una carcajada cruel que sacudió todo su cuerpo, en especial los pechos, que atraían la mirada de la mayoría de los caídos.

—¡Aleluya! —exclamó sonriente—. Me has reconocido, dulce palomita. Pero permíteme presentarme: mi nombre verdadero es Laura Bravo y, al ser humana, ninguno de ustedes pudo detectarme con la vibración de sus cuerpos. Nadie debía sospechar de mí. Y por fin pude sacarme ese hábito horrible que destrozaba mi piel y las bandas de tela que envolvían mis pechos para disimularlos. ¡Cómo he sufrido representando este papel! Pero finalmente todo se ha descubierto, ¿no es así querido… Lautaro? O Brad, si prefieres.

—¿Brad? —preguntó Ana, sin poder creer en todo aquello.

—¡Ah! ¿Recuerda quizás ese nombre, querida?

Ana pareció confusa en un primer momento pero, al cabo de un rato, su rostro empalideció.

—Cuando estaba prisionera de los caídos —murmuró—, me pareció escuchar ese nombre una vez, pero no estaba segura. Fue apenas un instante, un suspiro, un parpadeo, pero ahora que vuelvo a escuchar ese nombre, no tengo dudas de qué se trata. —Y miró a Lautaro con tristeza.

—¿Es que acaso no se ha dado cuenta de lo importante que es para este señor? —preguntó la mujer a Ana con los ojos cargados de odio.

—Eres un reverendo hijo de puta, Lautaro o Brad, o como quieras llamarte —siseó Ronan fuera de sí—. Te juro por lo que más quieras que, apenas pueda, te mataré como un elefante a una hormiga. Has traicionado a la Estirpe, a mi familia y a mí, que te consideraba mi mejor amigo.

—Mi verdadero nombre es Brad. Brad Drage —dijo y miró a Ronan con recelo—. Sabes que

Ana siempre se interpuso entre ambos, Ronan. Yo jamás dejé de amarla, y ella debía ser mía como fuese. Sabes cómo somos los machos de la Estirpe, tremendamente territoriales y dominantes. Y yo ya he esperado demasiados años. Tú la has tenido para ti por sobrado tiempo. Ahora me toca a mí.

—Disculpa, mi amor —ronroneó Laura sin dejar de mirar a Brad—, pero seamos justos. Tú la tuviste un tiempo para ti cuando la mantuviste prisionera, luego de que Sácritos atacara el hogar de la familia Mitchels. El problema es que jamás la hiciste tuya. Pobrecito, te conformabas con hablarle desde ese micrófono que te distorsionaba la voz, como un adolescente lleno de pecas que clamaba por el amor no correspondido. Un pobre adolecente que debía usar el cuerpo de *otra* —dijo de repente con furia cuando recalcó el «otra»— para poder olvidar durante un rato a esa mosquita muerta.

—Cállate —exigió Brad.

—¡Estabas asociado con Sácritos! —gritó Ronan, sin importarle que cinco caídos le apuntaban con las armas al pecho—. Has sabido todo desde el principio —continuó azorado—. Y has ideado un plan absolutamente maquiavélico para destruir a mi familia. Interviniste para que nos separaran, así podías tener a Ana. Y no solo eso. Ayudaste a Sácritos a atrapar a Aniel, seguramente para apoderarte del primer símbolo, y luego te mostraste persistente en ayudar a encontrar a nuestra otra hija, para apoderarte del otro. ¡Eres la peor alimaña que existe sobre la tierra, maldito perverso! —gritó salvaje.

—No es tan así, Ronan —dijo Brad con una mueca de desagrado en el rostro—. De pequeño me crie cerca del humano Gustav Chavanel, y llegamos a ser casi como hermanos, aunque tú jamás lo supiste. En realidad, nadie lo sabía. Gustav y yo siempre fuimos muy diferentes, pero todo lo macabro en él me atrajo siempre poderosamente y me hizo idolatrarlo. Y cuando descubrí que se estaba transformando en un caído, me sentí tentado de comprender por qué él había tomado esa decisión. Debía de haber algo en ese grupo de seres que era completamente diferente de nuestra aburrida Estirpe, que justificaba el costo de dejar de ser humano para convertirse casi en un monstruo. Sé que nunca lo comprenderás, pero ese afán constante de querer sentirme diferente de los miembros de la Estirpe, me hizo también elegir este camino del cual no hay vuelta atrás.

Ana se revolvió como loca entre los brazos que la aprisionaban en un esfuerzo por escapar pero, al ser imposible, enfrentó al traidor con odio.

—¿Por qué retuvo a Aniel durante ese año con usted y no la entregó a los caídos?

—Porque Sácritos quería emparejarse con ella, pero Aniel era demasiado joven y aún no se había convertido en *silverwalker*. Tuve que protegerla de ese loco. Era la única manera de lograr que el primer símbolo se manifestara. También la absorción de su energía *silverwalker* sería vital para los caídos que quisiesen un mayor poder y longevidad. Y si bien Sácritos quería gozar de esa exclusividad, ninguno de los demás que aspirábamos a la jefatura de los caídos estábamos seguros de que sería lo más adecuado. Por eso preservé a Aniel de todos, confiando en que llegase a los veintitrés años a mi lado. Además, a través de ella, tú, Ana, volverías a mí.

—Solo le digo una cosa —dijo Ana con la mirada clavada en la de Brad—. Si no lo mata mi marido, lo haré yo.

—Tus hijas no me interesan, Ana. Solo tú. Y una vez casi te tuve —susurró Brad.

—Nunca. Y lo sabe —contestó furiosa—. Ronan ha ocupado mi corazón toda mi vida, así

que no se confunda.

—No me detendré hasta que caigas rendida —prometió.

Cuando Ana iba a contestar, se escuchó la voz de su esposo:

—Te desafío a un duelo, cobarde. —Y volvió a acaparar la atención del carcelero de su mujer—. Para eliminarme de tu vida deberás matarme. Te ofrezco esta oportunidad.

Brad comenzó a emitir una carcajada que Ronan y Ana jamás habían escuchado antes. Era diabólica. Por primera vez todos se daban cuenta de lo que significaba un macho de la Estirpe desquiciado y corrompido por el poder.

El rostro de Maia palideció y, de repente, sintió deseos de vomitar.

—Esa risa —murmuró, sin que nadie la escuchase.

—¿Y tentar la suerte? —continuó Brad, ajeno a lo que Maia había descubierto—. Sé lo buen espadachín que eres, Ronan. Prefiero matarte aquí mismo.

—¡No se le ocurra! —gritó Ana revolviéndose con más energía entre los brazos fuertes que la retenían.

—Eres un cobarde.

—Quizás un estratega, amigo.

—No vuelvas a llamarme de esa manera jamás en tu vida —siseó Ronan asqueado y volvió a desafiarlo—. Por una vez en la vida, sé un macho de verdad y enfréntame. Todos los aquí presentes serán testigos de que te atreviste a hacerlo.

—Te gusta jugar, Ronan.

Ronan le clavó los ojos y un destello acerado le cubrió las pupilas, evidenciando la ira que sentía.

—Quizás. Pero este duelo no es un juego. La muerte de uno de nosotros es el precio.

—¡No! —exclamó Ana desesperada, pero nadie dio indicio de haberla escuchado.

Brad lo miró sorprendido.

—Sabes que, en caso de matarme, implicaría un deshonor para ti, incluso la posibilidad de un destierro.

Ronan sonrió de manera irónica.

—¿Cuándo tú eres un traidor? —preguntó y sacudió la cabeza—. Las reglas de la Estirpe tienen también sus excepciones.

El semblante de Brad se volvió ceniciento y antes de que pudiese responder, se oyó la voz de Logan:

—Ustedes pueden resolver su disputa después. —Y miró a Brad—. Yo me llevo a Maia. Mi trabajo termina aquí. Usted ya tiene en sus manos lo que buscaba, y yo, a la tigresita.

—¡Usted no le toca un dedo a mi hija! —gritó Ronan. Por su parte, Ana se sumó a la protesta, mientras volvía a revolverse furiosa.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Maia en medio del caos.

Se hizo silencio por un instante, hasta que la risa de Laura pareció extenderse por todos los pasadizos.

—¿Y crees que te lo diremos?

—¿Cómo pudo convertirse usted en una mujer tan malvada? —preguntó Ana absorta. Laura se acercó lentamente hacia ella, con una sonrisa cruel. Sin dejarse amilanar por el escrutinio de la

otra mujer, Ana la enfrentó con la mirada—. Usted nos dijo también que Damián se había desmayado y que Triel se lo había cargado al hombro. ¿Es eso también una mentira suya?

Laura sonrió.

—Brad y yo los drogamos a ambos con unos polvos especiales que tanto su hermano como él aspiraron mientras hablábamos en el despacho.

—Siento mucha pena por usted —susurró Ana.

—No se atreva a hacerlo, maldita —siseó furiosa y se acercó aún más.

—Y usted no vaya a atreverse a tocarla —gruñó Ronan con furia letal. Ante esta advertencia, Laura se giró y lo miró con desprecio.

—¿Defiende usted a la que será la futura amante de su «mejor amigo»? —preguntó y volvió a reír.

—Usted sería incapaz de comprender mi respuesta —respondió Ronan.

Los ojos de la mujer se llenaron de odio y, sin previo aviso, se volvió e intentó golpear el rostro de Ana. Pero el grito de Brad la detuvo:

—¡Ni se te ocurra!

Laura miró con odio al hombre que tanto amaba, mientras sostenía el puño a poca distancia del rostro de Ana. Luego de un breve duelo de miradas, Laura sonrió con desparpajo y bajó el puño.

—Ella te destruirá, Brad —advirtió con un dejo de resignación en la voz—. Y cuando lo haga, no vengas a pedirme que recoja tus pedazos.

Y dicho esto, se apartó clavándole una mirada furiosa a Ana.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Logan sonriente y miró a Maia que seguía parada frente a él sin moverse—. Ahora que estamos todos en paz, me encargaré de mi chica. Así que buenas tardes.

Brad sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No te apresures, Logan. Gustav no está aquí, así que soy yo el que asume la responsabilidad de este caso. Y sabes muy bien que, por expresa orden de nuestro jefe, Maia debe quedarse aquí para que nos revele el paradero del símbolo.

CAPÍTULO 54

Ya no sabía cuántas veces lo había intentado pero, cada vez que creía haber abierto el portal, este volvía a desintegrarse. Podía escuchar con su audición sobrenatural la conversación que se mantenía no muy lejos de allí, y también detectar la angustia de Damián al no poder deshacerse de las cadenas.

Triel sacudió la cabeza con la intención de despejarse, pero solo logró que le doliese más. Sentía el cuerpo como si se hubiese despertado de una gran borrachera.

Respiró hondo. Si bien él no lograba desprenderse de las cadenas, no entendía cómo la bestia, que poseía una fuerza increíble, seguía atada a ellas. Algo diferente y superior debía mantenerlas inquebrantables. Estaba harto de no poder ayudar. Había mandado órdenes mentales a Gabriel, a Ruryk, y también a Aniel pero no sabía si ellos las habían recibido.

Juró por lo bajo. La droga bloqueaba la comunicación telepática, pero, como ya había pasado bastante tiempo desde que los caídos se la habían aplicado a él y a Damián, confiaba en que el efecto estaría ya comenzando a mermar. Pero tenía miedo de que para cuando él pudiese recuperar las facultades al máximo, fuese demasiado tarde para ayudar a los Mitchels. Y para colmo de males, hacía un buen rato que no escuchaba a la bestia; no sabía si esta se mantenía en una actitud alerta, dispuesta a atacar cuando llegase el momento oportuno, o si yacía en medio del proceso de conversión a la normalidad.

Volvió a concentrarse en Astos.

—Ya estoy aquí. No insistas más —lo escuchó decir, divertido.

Triel abrió los ojos y se sorprendió de ver al sanador frente a él.

—Por fin lo he logrado —susurró aliviado.

—Pues hace bastante que estoy aquí.

—¿Y por qué no te hiciste notar antes? —preguntó Triel, azorado—. Me has tenido de idiota intentando comunicarme contigo. ¿No ves lo que está sucediendo?

—No era el momento, Triel —contestó el sanador que se acercaba a él con una sonrisa en los labios—. Algún día aprenderás que todo sucede en el instante adecuado, ni antes ni después.

Y dicho esto, los grilletes que sujetaban los brazos del caminante se abrieron. Triel se levantó aturdido, mientras se refregaba las muñecas.

—Tienen maniatado a Damián del otro lado. Debemos ir en su ayuda —dijo con voz gélida.

Astos le clavó la mirada y, a la vez que extendía los brazos hacia arriba, murmuró:

—¿Pero qué acabo de decirte?

Triel lo observó sorprendido.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me quede de brazos cruzados?

—No. Tú ve y ayuda a los padres de Maia, pero lo que la chica y Damián deban vivir es un proceso que les compete solamente a ellos. Yo estaré allí para vigilarlos. Ya sabes cómo funciona esto, Triel. Ni antes ni después. Y debo mantenerme firme en ello.

El guerrero lo miró con desconfianza.

—Cuando te pones de esta forma, Astos, es porque algo huele mal.

El sanador volvió a sonreír.

—Quizás es porque puedo ver un poquito más allá de lo que ustedes pueden ver. Damián y Maia no pueden escapar a lo que la naturaleza de sus almas ha establecido.

Los ojos de Triel brillaron, pero enseguida volvieron a su aspecto frío, casi sin vida.

Sin contestar, salió corriendo de la celda, dejando al sanador atrás.

Maia percibió de inmediato una sombra que se desplazaba sigilosamente hacia ellos. Contuvo el aliento, aliviada y agradecida. Triel había logrado huir.

Miró a su padre, dispuesta a comunicarse con él telepáticamente. Si bien era nueva en el manejo de los dones de la Estirpe, había practicado asiduamente el envío de mensajes telepáticos con Damián. La comunicación con él era fluida, pero no sabía si sería capaz de lograrlo con su propio padre. Se centró en los ojos de Ronan y, cuando percibió una cierta conexión con él, envió un mensaje:

«Triel está libre. Iré por Damián. Cúbreme».

Al ver un vestigio de angustia en los ojos de su padre, supo que él la había escuchado.

«Ni se te ocurra, Maia», le contestó con una mirada de advertencia. La alegría que había sentido por el éxito de su hazaña desapareció al instante.

«Por favor, padre», rogó afligida. No quería contradecirlo, pero Damián era su prioridad y nada la detendría. «Tú harías lo mismo por proteger a mamá», agregó, y detectó al instante un apenas perceptible brillo de debilidad en su mirada. Su madre era el talón de Aquiles de su padre.

Sin esperar un segundo más, Maia derribó a Logan al suelo con una tijera de combate. Al instante, se levantó y corrió a toda velocidad en medio de un estallido de gritos furiosos, que indicaba la terrible pelea que se había iniciado detrás de ella. De reojo, captó a Triel salir de las sombras y sumarse a la batalla, lo cual era alentador; el caminante y su padre eran luchadores increíbles.

Pensó en Damián y murmuró para sí:

—Ya voy, mi amor. Pronto serás libre.

Mientras tanto, Ana luchaba a brazo partido contra Brad, quien parecía resuelto a llevársela de allí, hasta que Gabriel, Aniel y Ruryk, junto a varias docenas de guerreros de la Estirpe de Plata aparecieron en el recinto para sumarse a la pelea. Ana no tenía idea de cómo ellos habían podido localizarlos, pero estaba profundamente agradecida de que lo hubiesen hecho, ya que los caídos parecían multiplicarse. Sintió un temor visceral por su hija mayor, pero de inmediato lo disipó porque debía aprender a aceptar el destino de ella.

Estimulada por el ataque sorpresa de los guerreros de la Estirpe, Ana comenzó a luchar con tal violencia contra Brad que este, imposibilitado de retenerla un momento más, la soltó.

Libre, Ana salió detrás de Maia, ignorando los gritos de su esposo que la llamaba por su nombre a viva voz. Se le oprimió el corazón. Sabía que Ronan estaría furioso con ella, pero él contaba con el apoyo de los *silverwalkers* y de los demás guerreros de la Estirpe, y Maia no.

Corrió hacia la dirección por donde su hija menor había desaparecido y se internó en una secuencia de pasadizos interminables. Podía escuchar los pasos de Maia cada vez más lejos y, de repente, otros que venían por detrás. Aumentó la velocidad de su carrera pero, súbitamente, fue

derribada al suelo sin miramientos, golpeándose la barbilla. A pesar del agudo dolor, luchó con desesperación para tratar de desembarazarse del agresor que la sujetaba desde atrás, pero el acero de la hoja de una navaja apoyada sobre su garganta detuvo sus movimientos.

—Al fin te tengo donde siempre he deseado —susurró la voz de Laura en su oído. Si bien no podía verle la cara, era evidente, por el tono de su voz, que disfrutaba de tenerla bajo su merced. Estaba despechada y, sin ninguna duda, podía llegar a ser más sanguinaria que el peor de los asesinos—. Por fin podré deshacerme de ti —la escuchó musitar con desdén mientras apretaba aún más la hoja afilada contra su garganta—. Brad ha sufrido demasiado por amarte con una pasión enferma y fuera de todo límite. ¡Qué patético! —exclamó indignada—. Aunque en el fondo lo comprendo, ¿sabes?, porque yo vivo lo mismo con respecto a él. Por eso, tú desaparecerás de nuestras vidas y, por fin, él será mío. ¡Despídete, maldita!

Ana cerró los ojos y pensó en Ronan y en sus hijas, sin poder creer que el destino nuevamente insistiera en separarlos. Esperó el dolor lacerante de la navaja pero, en su lugar, un grito furioso estalló en sus oídos y, al instante, el peso del cuerpo de Laura había desaparecido. Ana giró el rostro y contempló absorta las dos figuras que forcejeaban en silencio delante de ella, como si estuviese viendo una película de cine mudo, hasta que una de ellas cayó al suelo, con el cuello quebrado.

—No escuchaste mi advertencia, puta —siseó Brad al cuerpo sin vida de Laura.

Ana apartó la mirada, asqueada de tanta matanza. En el mismo instante, las manos fuertes que tanto amaba la levantaron del suelo y la tomaron de las mejillas, obligándola a alzar la mirada. Él también estaba allí. Y a su lado, Ruryk.

—Vete, mi amor —susurró Ronan y señaló con la cabeza a Brad—. Yo debo encargarme de él. —Y la besó en los labios.

—No…

—Vete —ordenó.

—Ronan…

Pero se detuvo. En ese instante, Ana supo que jamás, por el resto de sus días, olvidaría la expresión del rostro de su esposo cuando clavó la mirada en Brad, que lo observaba con un desafío abierto en las pupilas. Eran como dos leones enfrentados a muerte, y ella sabía que era una pelea que su esposo debería librar, no solo por el honor de la familia y de la Estirpe sino, más que nada, por el suyo propio.

—¡Ruryk! —lo escuchó gritar—. Hazte cargo de mi esposa.

Ana retrocedió, pero no tuvo oportunidad ante Ruryk. En un instante, yacía en brazos de él y era transportada fuera de aquel lugar de muerte.

CAPÍTULO 55

Maia logró llegar rápidamente a la celda de Damián gracias a que había memorizado los pasadizos que la separaban de él. Para su sorpresa, encontró la puerta abierta de par en par y en su interior a Astos de cuclillas frente a un Damián semiconvertido que, poco a poco, volvía a su estado normal. Se acercó rápidamente y se sentó de rodillas frente a ellos. La mirada agónica de Damián la llenó de una emoción tan cruda que las lágrimas arrasaron sus ojos. Despojado de todo, Damián seguía logrando que ella se sintiese amada, añorada y protegida como solo él podía hacerlo.

—Recuerda que tu mera presencia lo sana —murmuró el sanador.

Al escuchar aquellas palabras, un nuevo sentido sobre lo que los unía a Damián y a ella golpeó su conciencia y su alma de manera brutal y descarnada. Y el control autoimpuesto se rompió en mil pedazos y las lágrimas comenzaron a caer a borbotones por sus mejillas. El encuentro entre Damián y ella revestía tal complejidad y sacralidad que se sintió humilde.

E infinitamente bendecida.

Damián se lo había intentado explicar de mil maneras diferentes pero ella, asustada y desconfiada de todos, en especial de sí misma, no había podido comprender.

Hasta ahora.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y asintió con la cabeza.

—Haré todo por él, sanador —susurró.

Astos la miró con ojos brillantes, que parecían irradiar agradecimiento. Pero al instante siguiente, esos mismos ojos se volvieron gélidos.

—Sabes que *ellos* vienen, sanadora. Prepárate… —le advirtió Astos.

Y al momento, Logan entró corriendo al recinto junto con cuatro caídos. Cuando Maia intentó detener a Logan, los caídos la interceptaron y la obligaron a luchar contra ellos.

Maia peleó con todas sus fuerzas, pero cuatro caídos entrenados eran demasiado para ella. Cada vez que lograba acercarse a Logan, ellos volvían a impedírselo. Desesperada, contempló al mercenario sacar de atrás de su espalda una espada que parecía de oro y que utilizó para arremeter contra Damián. El alarido de dolor que escuchó a continuación la sacó de sí y renovó la fuerza de su ataque.

—¡Ayude a Damián, sanador! —bramó desesperada sin dejar de luchar, pero Astos parecía paralizado en medio de la celda.

Volvió a escuchar los alaridos de Damián. Horrorizada, vio como Logan iba destrozando su cuerpo poco a poco con la espada, a medida que la transformación operaba en él. La bestia intentaba regresar, pero las heridas que Logan le imprimía parecían detenerla.

Desesperada, buscó a Astos con la mirada, pero este seguía parado en medio de la batalla, sin hacer nada.

—¡Astos! ¡Salve a Damián, por Dios! —gritó nuevamente sin éxito.

Encolerizada, renovó sus esfuerzos y logró reducir a dos caídos. Pero no era suficiente. Siguió luchando, rogando a Dios que le diera fuerzas para ayudar a salvar al ser que le había

enseñado a amar.

—¡Resiste, mi amor! —bramó fuera de sí. Y en ese instante, como si sus plegarias hubiesen sido escuchadas, un ángel del cielo cayó ante ella: Triel, que de inmediato tomó su lugar en la lucha contra los dos caídos que quedaban. Cuando se volvió para ayudar a Damián, contempló con horror como la espada de oro sostenida por la mano de Logan, se clavaba de una estocada en el corazón de Damián.

—¡NOOO! —chilló con todas sus fuerzas. Como una poseída, corrió hacia Logan y, con todo el odio y la impotencia que sentía, le propinó una patada en medio de la barbilla que lo lanzó hacia atrás y lo dejó inconsciente en el suelo.

«Damián», gimió por dentro al volverse hacia él, o lo que quedaba de él.

Un golpe que nunca supo de dónde vino, la hizo desplomarse al suelo y el ruido de carne destrozada por puños que golpeaban sin descanso fue lo único que pudo escuchar por un instante. Decidida a no caer inconsciente, comenzó a arrastrarse a duras penas hacia Damián que, semiconvertido y ensangrentado, apenas respiraba.

—¡Por Dios, no! —gimió al llegar a su lado y contemplar la espada clavada en su corazón. Sin miedo al semimonstruo en el que Damián se había convertido, lo abrazó en medio de un charco de sangre y susurró al oído cubierto de escamas—: No me dejes, mi amor. No lo hagas, por favor.

—Ese tipo sabía más de lo que aparentaba. No puedo creerlo —escuchó decir a Astos, en cuclillas a su lado. Giró el rostro apenas y vio a Triel parado detrás del sanador con los puños ensangrentados. El silencio que de repente los rodeaba solo podía significar una cosa: Logan y los demás caídos habían sido diezmados.

La mirada de Maia fue de Triel al rostro del sanador, tratando de comprender lo que este había dicho.

—Los *silverwalkers* que llevan un legado pueden ser destruidos por una espada de oro que atraviese el corazón de la bestia en la que se convierten. Nunca supimos por qué, pero el oro en el corazón de las bestias provoca que los mecanismos de reparación del cuerpo se vuelvan ineficientes, por lo que continúan trabajando, tratando de generar células que reparen el órgano. Pero, al no lograrlo, finalmente se detienen y colapsan exhaustos—murmuró Astos, perplejo.

De repente, una furia inusitada se apoderó de Maia y, con toda la ira e impotencia que sentía, se volvió hacia el sanador:

—¿Y por qué no lo ayudó?

—Porque no puedo interponerme en tu camino.

—¿De qué habla? —gritó fuera de sí y rompió en sollozos, mientras se abalanzaba sobre él y lo golpeaba en el pecho con los puños—. ¡No levantó un solo dedo de sus manos para detener a ese asesino!

Astos la detuvo agarrándola de las muñecas y le ordenó con voz suave:

—Mírame, Maia.

—¡No! —chilló, con la cara cubierta de lágrimas e intentó soltarse para poder atacarlo.

El sanador aumentó la fuerza de su presa y volvió a ordenar, esta vez con tono de mando:

—¡Mírame te he dicho!

Sin saber por qué, Maia así lo hizo. Y cuando se topó con aquellos ojos verdes, se perdió en una inmensidad traslúcida del mismo color.

Se sintió desnuda y frágil, expuesta como nunca antes. Alcanzó a percibir algo de su verdadera esencia y supo que, a partir de ese instante, ella debería aceptar, con todas las fuerzas de su alma, quién era ella en verdad.

Un dolor lacerante atravesó su corazón y anunció lo inevitable.

Astos observó maravillado la conversión de Maia. Otra vez la diosa blanca aparecía en toda su magnificencia. A medida que iba sucediendo, Triel y él contemplaban absortos la sublime figura que se erigía frente a ellos. Los colmillos asomaban de la boca y las escamas cubrían la musculatura; la cabellera nacía de su cuero cabelludo como una cascada y caía pesada a lo largo de la espalda hasta llegar a las pantorrillas. Dos cuernos se alzaban por entre los cabellos. Y los ojos. Aquel brillo iridiscente y traslúcido podría pulverizar cualquier intención, buena o mala, que un ser vivo pudiese tener en mente. Completada su transformación, la presencia impactante de la dragona blanca dejó a todos sumergidos en un silencio expectante.

De repente, la dragona rugió furiosa y angustiada ante la presencia de su señor álmico destrozado y apenas con vida. Se dirigió hacia él y, de un tirón preciso, extrajo la espada de oro de su corazón y la lanzó hacia un costado, donde cayó pesadamente. Cuando la sangre comenzó a salir a borbotones del corazón de su compañero, ella se inclinó amorosamente sobre él y comenzó a lamerle la herida. Con cada lengüetazo, la bestia gemía como si lo aliviase. Astos y Triel no podían creer lo que sucedía delante de ellos. ¿Acaso el poder sanador de Maia se extendía a la dragona?

Al cabo de un rato, Astos contempló a Logan salir de su estado de inconciencia, levantarse y correr hacia la espada que yacía en el suelo. Cuando Triel se disponía a enfrentar a Logan, Astos elevó la mano, obligándolo a detenerse. La dragona, en cambio, apenas captó el olor de su enemigo, se elevó en toda su magnificencia y se acercó rápidamente a él, que se preparaba para atacar.

—Eres tan demonio como él —chistó Logan furibundo—. Y ya no puedes ser mía. Pero si yo no puedo tenerte, entonces tampoco él lo hará.

Apenas dicho esto, un nuevo grupo de caídos ingresó en el recinto y comenzó a disparar a diestra y siniestra. Triel se puso en movimiento y corrió para tratar de interceptar a algunos de ellos, mientras Astos dejaba de contenerse y quebraba lo que se había prometido a sí mismo: no intervenir. Envió un escudo protector de luz para atajar los disparos, sabiendo que lo que debería cumplirse no podría detenerse, ni siquiera con la magia de él.

El dragón macho, que embestía con furia tratando de liberarse de la prisión de cadenas, emitió un bramido debilitado. La dragona se sumó con el suyo y anunció el ataque. Avanzó hacia Logan. Si bien este retrocedía, también lanzaba estocadas que pretendían llegar al corazón de ella, sin éxito. En un descuido del mercenario, las garras poderosas alcanzaron su cuerpo y lo lanzaron al otro lado de la habitación, en donde se estrelló bruscamente contra una pared, provocando que la espada cayera de su mano y rebotara en el suelo. Aprovechando el aturdimiento del mercenario, la dragona levantó nuevamente su cuerpo y lo lanzó contra las paredes de la habitación, una y otra vez, como si fuese un muñeco de trapo. Cuando Logan cayó al suelo por última vez, ensangrentado y con varias costillas rotas, levantó la mirada hacia la dragona que venía otra vez por él. Cuando ya pensaba que no tendría escapatoria, un caído logró patear la espada de oro hacia él que, al atraparla entre sus manos, se levantó emitiendo un grito

de guerra y la atravesó en medio del pecho de la dragona.

Astos ahogó un grito de furia. El dragón macho, al ver que la dragona caía de rodillas, se alzó emitiendo un colérico rugido y se lanzó con tal bravura y potencia hacia adelante que las múltiples cadenas incrustadas en las paredes no solo se retorcieron como elásticos, sino que las vigas que sostenían las paredes de los pasadizos comenzaron a ceder como si fuesen de cartón.

Ante un grito de aviso de salir de allí de inmediato, los caídos comenzaron a huir estrepitosamente en todas direcciones. Logan intentó salir del recinto, pero el dragón volvió a embestir con tal fiereza que una pared cercana a él explotó en pedazos dejando al mercenario semienterrado entre los escombros. El chillido aterrador del dragón se sumó al estruendo de las paredes que, una por una, caían destrozadas en derredor y, con ellas, cada una de las cadenas que lo retenían. El dragón continuó arremetiendo lleno de ira, hasta que el techo de la celda cedió, ocasionando que esa parte del edificio público de la fundación comenzara a venirse abajo.

—¡El edificio se derrumbará! —gritó Triel.

—Ve y ayuda a las monjas y los niños. Seguramente habrá que iniciar una evacuación —ordenó el sanador, inmutable. El *silverwalker* asintió con la cabeza y desapareció.

Al fijar la mirada nuevamente en el dragón, Astos observó que este había finalmente logrado liberar cada una de las cadenas de los dispositivos donde estaban sujetas y, de esta manera, aunque continuaban adheridas a sus miembros, al menos tenía la posibilidad de desplazarse libremente, arrastrándolas. Mientras lo hacía, lanzaba llamas de fuego hacia todas direcciones buscando a Logan. Al detectarlo, este intentó alzarse para correr, pero las piernas atrapadas no le respondieron. Preso de una furia indescriptible, el dragón envolvió el cuello del mercenario con las garras lacerantes y cuando lo levantó en el aire de un tirón, indiferente a los hierros que aferraban sus piernas, este comenzó a emitir alaridos desgarradores de dolor. Astos captó la mirada de clemencia que Logan le enviaba a él, pero cuando le devolvió la suya, el mercenario comprendió que había llegado el momento de su inevitable final.

Y así, en medio de un bufido colérico y un alarido de suplicio, el dragón decapitó el cuerpo del mercenario con los dientes y lanzó llamaradas de fuego sobre él. La bestia se volvió hacia su señora álmica y se alejó del cuerpo mutilado que comenzó a desaparecer consumido en cenizas.

Al contemplar a su compañera, que yacía en el suelo con la espada clavada en el pecho, el dragón emitió un bramido de desesperación. El ruido de las cadenas contra el suelo parecía acompañar el peso de la angustia de la bestia. Al quitarle la espada, la tomó entre sus brazos y llevó a cabo con la lengua el mismo ritual que ella había hecho con él anteriormente, pero sin el mismo efecto. La bestia rugió lastimosamente y miró a Astos como jamás antes lo había hecho; parecía rogar que lo ayudase.

De los ojos del sanador salieron disparados dos rayos de color verde incandescente que conformaron una burbuja del mismo color que cubrió a ambas bestias. El dragón, poco a poco, fue cayendo de cuclillas con su señora álmica entre sus brazos poderosos. Se recostó pesadamente y con dificultad en el suelo, acompañado del sonido metálico que las cadenas emitían al moverse. Apoyó con extrema suavidad la espalda de su compañera contra el pecho de él y la cobijó con ternura.

Y, un instante después, cerró los ojos.

—¿Los va a dejar morir? —preguntó Ruryk al sanador, lleno de preocupación ante la escena que se desarrollaba ante él. En pleno desafío verbal con Brad Drage, el jerarca Mitchels había mandado órdenes mentales a Ruryk, rogándole encontrar a Maia y a Damián y, apenas lo había hecho, se había topado con la pulseada que la vida y la muerte libraban por el destino de los dos dragones.

—No puedo hacer mucho —contestó Astos—. Hasta aquí llega mi poder.

—Pero, ¿por qué Damián ha dejado de luchar?

—Porque cree que Maia ha muerto.

—Ella aún respira.

—Sí, pero él percibe que el alma de ella se ha rendido y cree que lo ha abandonado.

—Pero entonces es cuando más debería luchar —exclamó desesperado.

—Está lastimado y moribundo, Ruryk. No tiene la fuerza ni la voluntad que tendría si estuviese completamente sano.

—¿Hay alguna esperanza?

Astos suspiró profundamente ante la pregunta de Ruryk y contestó:

—Si bien parece que el poder sanador de Maia se extiende a la dragona, no sabemos si esta ha podido ayudar, en tan poco tiempo, a restaurar los mecanismos encargados de reparar el corazón del dragón. Debemos esperar y ver qué sucede. —Frustrado, el sanador sacudió la cabeza de un lado a otro—. No conozco la respuesta, Ruryk. Todo esto es también nuevo para mí. Pero lo que lamento es que la dragona nunca llegó a saber si su intento de curación resultó válido, por lo que, si ella cree que su señor álmico está muerto, es probable que ella también haya decidido entregarse. Y si es así, le queda muy poco tiempo de vida.

En ese mismo instante, Triel volvió a entrar en el recinto, avisando que Gabriel y Aniel habían iniciado la evacuación de los niños y las monjas, pero, cuando observó a las dos bestias agonizantes, se detuvo sin decir una palabra más.

—Por favor, Maestro —rogó Ruryk—. Algo debe poder hacerse —susurró.

Astos negó con la cabeza.

—Hay leyes que no puedo ni debo transgredir.

Ruryk contempló a Triel, desesperado.

—Tu hermano está muriendo ¿y no dices nada?

El movimiento casi imperceptible de un músculo de la mandíbula de Triel fue la única evidencia de que él también parecía afectado.

—Si mi hermano decide vivir, así lo hará —dijo solemne, casi imperturbable.

—¿Pero cómo podría vivir sin Maia?

Triel lo miró con la rigurosa intensidad de sus ojos negros.

—No podría hacerlo. Como ella tampoco sin él.

—¿Entonces has aceptado la existencia del camino al reconocimiento? —preguntó Ruryk, impactado.

El rostro del guerrero permaneció inmutable, negándose a demostrar más de lo que deseaba.

—Creo en el de ellos —reconoció con frialdad.

—Pero ambos creen que el otro ha muerto. ¡Se dejarán morir!

—Mi hermano y Maia podrán triunfar sobre toda esta locura.

Ruryk tragó en seco.

—¿Puede usted, al menos, liberar a Damián de las cadenas? —preguntó en voz baja al sanador. Con estupor, vio como este volvía a negar con la cabeza.

—Lamentablemente, no. —Astos elevó la mirada y lo observó con los ojos que embriagarían a cualquier ser sobre la tierra—. Hay un conjuro lanzado sobre estas cadenas que no poseían las de Triel.

Ruryk no pudo reprimir un gemido y la frialdad de Triel pareció resquebrajarse.

—Pero entonces, cuando Damián regrese a su estado natural y reduzca la musculatura, podrá lograrlo.

Astos volvió a negar.

—Estas cadenas se adaptan al tamaño de su presa.

—¿Entonces?

—Todo está en manos de la sanadora y el guerrero.

Ante aquellas palabras, Ruryk arrastró una mano por los rizos de su tupida melena.

Astos respiró profundamente.

—Aunque quizás, y solo quizás, se pueda hacer algo.

CAPÍTULO 56

Maia abrió los ojos y un dolor lacerante en el pecho le provocó un penoso gemido. Yacía acostada en una especie de hierba suave, como si estuviese en medio de un bosque que, sin embargo, era diferente de los que conocía. Se contempló el cuerpo desnudo cubierto de sangre y volvió a gemir. El dolor de la herida en su pecho era insoportable. Levantó la cabeza y miró alrededor. Era un lugar extraño, impregnado de colores, algunos difusos y otros brillantes, que delimitaban vagamente un camino interminable que, a veces, se bifurcaba en otras direcciones. Parecía volverse más nítido y centellante en algunos tramos y, en otros, desaparecer.

Apoyó la cabeza nuevamente en el suelo y trató de pensar. Lo último que recordaba era al dragón envolviéndola entre sus brazos.

Pero ahora estaba sola.

—*¡Damián!* —gritó. Recordaba la lucha con Logan y los caídos bajo sus órdenes, la conversión de Damián y de ella y, finalmente, el dolor de la espada del mercenario enterrada en sus cuerpos. Ella, convertida en bestia, había logrado enviar energía sanadora a Damián, pero ¿dónde estaba él? ¿Quizás ella había llegado demasiado tarde? Las lágrimas comenzaron a arreciar. Tenía miedo; se sentía agonizante y sin saber qué hacer.

—*Damián…* —Repitió su nombre con las lágrimas impregnándole la boca—. *¿Dónde estás, mi amor?*

El sonido angustiante del bramido del dragón se alzó a lo lejos.

—*¡Damián!* —volvió a gritar, esta vez a viva voz, tratando de divisarlo a lo largo del camino. Lo llamó varias veces más, pero lo único que obtuvo fue un implacable silencio. Estaba segura de que lo había escuchado. Damián estaba vivo y ella debía ir por él. Quizás agonizaba, como ella.

Con un profundo esfuerzo, intentó sentarse, pero el dolor era tan intenso, que le llevó un buen rato lograrlo. La sangre salía a borbotones de su pecho, y no tenía ninguna posibilidad de intentar frenarla.

«¿Acaso no eres una sanadora?», pensó para sí. Es lo que Astos y Damián le habían repetido tantas veces. Pero ella era consciente de haber utilizado su nuevo don, tan diferente a lo que ella había conocido hasta entonces, solo dos veces y con Damián a su lado. Ahora estaba sola y no tenía la menor idea de qué hacer. Quizás este don era, en realidad, una mera ilusión.

Comenzó a sollozar desconsolada. Lo único que deseaba era encontrar a Damián.

Intentó mandarle mensajes telepáticos, pero se sentía tan débil que no estaba segura de si llegarían a destino. Empezó a arrastrarse, con la esperanza firme de que en algún tramo del camino lo encontraría.

A medida que avanzaba, dejaba atrás una huella plateada de su cuerpo ensangrentado. No sabía cuánto tiempo podría aguantar, porque la sangre se le iba con cada bocanada de aire que respiraba.

Volvió a llamarlo, pero lo único que oyó fue el sonido de su propia respiración. ¿Y si él había decidido abandonarla? Gimió angustiada. ¿O quizás había muerto de verdad?

—*¡NO!* —exclamó y se sintió desolada e impotente, al acecho de sus propios monstruos

mentales. ¿Es que acaso la antigua Maia, insegura y débil, regresaba? ¿Había sido en vano la lucha que Damián había librado para que ella se sintiera amada y fuerte?

Sacudió la cabeza, desconsolada, y continuó arrastrándose por el camino. Quizás esta, en realidad, era su vida, donde la presencia de Damián tan solo había sido un soplo de aire fresco, un ideal, una ilusión.

Exhausta, perdió las pocas fuerzas que le quedaban y se tumbó nuevamente de espaldas sobre la hierba. Cerró los ojos, incapaz de hacer frente a tanto dolor en el pecho y en el alma. El vacío interior de toda su vida, pulverizado temporalmente por el amor de Damián, regresaba. En realidad, jamás se había ido, sino que se había agazapado, esperando el momento adecuado para surgir de nuevo.

Se pasó la lengua por los labios resecos y sintió frío. Su cuerpo comenzaba a colapsar y pronto llegaría su final. Miró nuevamente el camino, que se perdía tras una capa difusa de algo que parecía una neblina oscura.

«*Ya casi no tengo sangre*», pensó somnolienta y muerta de frío.

Suspiró, consciente de que por más que quisiera encontrar a Damián, el cuerpo no le respondería y la dejaría varada allí, en medio de esa nada. Y, por primera vez en su vida, las caricias suaves de la muerte comenzaron a seducirla, mientras escuchaba el sonido de su respiración y los latidos, cada vez más lentos, de su corazón.

«*Te regalo mi corazón y mi alma. Nunca te dejaré ir de nuevo, te lo juro por Dios. Y jamás, escúchame bien, jamás volverás a sentirte sola*», oyó en su agonía. Era la voz de Damián, recordándole lo que alguna vez le había dicho. Las lágrimas afloraron de sus ojos, incontrolables en medio de su delirio.

—*Yo tampoco quería dejarte solo* —murmuró asolada—. *Anhelaba con toda mi alma llenar tus vacíos, colmarte con mi amor, ayudarte a enfrentarte al perdón hacia tu padre… ¡tantas cosas!* —sollozó desconsolada—. *Pero mírame cómo estoy. Te he fallado y no sé dónde estás.* —Contempló el camino con languidez—. *Quizás… quizás nuestros miedos han ganado al amor* —balbuceó.

Tiritando de frío, sintió la pena insoportable de saber que jamás le había dicho a Damián cuáles eran sus propios y verdaderos sentimientos. Pero ahora era demasiado tarde.

—*Te amo* —escuchó de nuevo su voz nítida y bella en el interior de sus oídos—. *Estés donde estés, no dejes de sentirlo, mi sanadora.*

—*Mi sanadora* —balbuceó para sí. Y lo repitió una vez más. Y otra vez. Y otra…

De repente, una fuerza nacida del amor ilimitado que Damián le había regalado desde el primer instante en que la vio, irrumpió desde el fondo de su alma como un gigante que aplastaba con sus poderosas manos las enormes murallas que detenían su paso.

Un entendimiento superior, profundo, sagrado y milenario, que siempre había existido en ella, pero que jamás se había atrevido a confrontar, cobró vida desde sus entrañas. El episodio del espejo se lo había mostrado, y la experiencia del primer encuentro con el dragón, confirmado. Ahora era el momento de aceptarlo.

Sin ningún esfuerzo se dejó ir, como si se lanzara desde un acantilado y comenzara a planear. No necesitaba de ninguna fuerza. Aquello simplemente era posible porque se trataba de ella misma. Una cascada de luz plateada atravesó su cuerpo, que comenzó a vibrar cada vez a mayor velocidad, y a emitir un sonido como si infinidad de tambores indígenas se uniesen

paulatinamente en su repiqueteo. A medida que aquel resplandor y la resonancia la envolvían, comenzó a sentirse cada vez más viva y más expandida. Más sana. Podía verse viajando a través de un tubo que se desprendía del centro de su propio ser, se extendía por los confines de todas las galaxias y la conectaba con diferentes fuentes de luz. De cada una de ellas recopilaba una luz, que se proyectaba en su ser y en las células de su cuerpo. Porque su ser y su cuerpo comenzaban a fusionarse en una gran unidad.

«*Como es arriba es abajo*» había leído tantas veces en los libros de Metafísica y, por primera vez, se dio cuenta de que comprendía aquellas palabras. Ella era parte de un todo, perfectamente sincronizado y comunicado, y nada era porque sí. Cada parte tenía una razón de ser. Y lo que sucedía *arriba* podía también suceder allí donde ella estaba.

Comenzó a viajar más profundamente hacia el fondo de su alma. Atravesó los diez años casi olvidados de su vida, y fue más allá, mucho más, contemplando diferentes formas, siluetas, geografías, música, sentimientos que se conectaban en una perfecta sincronía. Percibió el goce y el llanto, el caos y el orden, el amor y el odio, la vida y la muerte; y cuando llegó a los confines de esta última, comprendió que muchas veces se necesitaba morir para…

«*Renacer*», pensó en un suspiro apenas perceptible.

En un instante mágico, como en un cerrar y abrir de ojos, comprendió que ella podía, que era ilimitada y que nada se interpondría a lo que siempre había anhelado desde pequeñita: saber quién era.

Había llorado la pérdida de sus padres durante tantos años, cuando, en realidad, se había tratado de algo más profundo y revelador: había perdido contacto con ella misma, con su alma, con su propio ser. Y lo más importante: con el amor hacia sí misma.

Pero en ese milagroso instante, se daba cuenta de que ella podía verse a sí misma, pensarse y sentirse diferente.

—*¡Si hasta curas a los seres que te rodean con las manos!* —volvió a escuchar la voz de Damián. Entre lágrimas, rio suavemente.

—*Pero primero debo hacerlo conmigo misma* —murmuró.

—*Y lo puedes hacer porque eres dueña de algo aún más bello* —le llegó a sus oídos.

Sollozó porque, por fin, comprendía. Mientras se enjugaba las lágrimas del rostro, Maia se concentró en el rostro de Damián y selló una promesa.

—*Te juro por lo más sagrado, que te encontraré.*

—Y lo puedes hacer porque eres dueña de algo aún más bello —musitó Damián.

—*Te juro por lo más sagrado, que te encontraré*.

Abrió los ojos, aturdido. El sonido de aquella voz era inconfundible. Pero había dejado de percibir a Maia desde hacía un buen rato y, sin su señora álmica, nada tenía sentido.

Sin embargo, seguía vivo. La bestia iba desapareciendo; los músculos y huesos volvían lentamente a su tamaño natural, sin dolor, luego de los efluvios curativos que la dragona le había entregado.

Giró el rostro lentamente y observó a Maia, semiconvertida, envuelta entre sus brazos, casi sin vida. Respiraba con dificultad, pero su alma se había ido.

—Por Dios, regresa. No me dejes —susurró devastado.

Los ojos se le cuajaron de lágrimas y sacudió suavemente el cuerpo desfalleciente que yacía sobre su pecho. No podía ser verdad lo que estaba sucediendo. Había luchado tanto por conseguirla, que ahora…

—No se te ocurra desaparecer de nuevo —siseó furioso, y rompió a llorar. La abrazó con fuerza y, al hacerlo, escuchó el sonido quejumbroso de las cadenas que lo retenían. Enfurecido, descargó un puñetazo contra la pared de atrás, desmoronando una parte de ella.

—*¡Damián!*

Levantó la cabeza y supo que esta vez había escuchado bien.

Miró el rostro tan bello de su mujer, y comprendió que ella, de alguna forma, intentaba comunicarse con él. No se había ido, sino que había venido a buscarlo.

—¿Dónde estás, mi amor? —preguntó y cerró los ojos para intentar transportarse a la multidimensionalidad como tantas veces antes había hecho al acompañar las almas de la Estirpe. Pero inmediatamente se dio cuenta de que su debilidad extrema se lo impedía —. ¡No puede ser! —exclamó con furia. No podía fallar. Esta vez no. Volvió a intentarlo varias veces, sin éxito—. Por Dios, debo lograrlo. ¡Ella me espera! —gritó lleno de frustración. Las lágrimas le caían por el rostro, testigos de su desesperación.

Cuando se dio cuenta de que las fuerzas le flaqueaban cada vez más, emitió un bramido de angustia y sollozó desconsolado.

—*¡Damián!* —volvió a escuchar. Movió la cabeza y gritó atormentado:

—Maia, ¡no puedo perderte ahora!¡Tengo que encontrarte! Pero no puedo llegar hasta ti… —Consciente de su impotencia, sacudió las cadenas que atenazaban sus miembros, como si con ello intentara lograr conectarse a la multidimensionalidad. Pero todo era en vano. Apenas si podía sostener su vida y Maia estaba perdida en algún lugar de aquellos planos sutiles. Quizás muerta—. Maia, ¡por Dios! ¡Ven a mí! No me dejes…, por favor —gimió.

¿Es que acaso en verdad aquello era el final? ¿Toda la lucha que había llevado a cabo para que Maia y él tuviesen una oportunidad había sido en vano? Rio en medio de las lágrimas que cubrían sus mejillas.

Esperó lo que le pareció una eternidad con la esperanza de que, de alguna manera mágica, su compañera se hiciera presente ante él. Pero no. Ni ella apareció ni volvió a escuchar su voz. Tampoco la captaba. Y eso solo podía significar que ella lo había abandonado.

—Los caídos han ganado. Y Logan, hijo de puta, tú también… —susurró con furia. A continuación, gritó con toda la ira y el dolor que aquello le provocaba. Volvió a sacudir las cadenas, consciente de que este mismo pesar era el que había llevado a muchos miembros de la Estirpe de Plata a lo largo de su historia a elegir un futuro que continuaría en la multidimensionalidad y ya no en la materia.

Sin Maia, él solo deseaba la muerte. Y hacia allí iría. Los jerarcas de la Orden encontrarían a otro *silverwalker* para reemplazarlo, pero él… Él ya no quería la vida sin su señora álmica. La había perdido y, con ella, también su alma.

Se recostó contra la pared, y cerró los ojos. Solo era cuestión de esperar.

Su resolución ya había sido liberada a la multidimensionalidad.

Y muy pronto, llegaría su final.

—*¡Oh, Dios!* —gimió Maia llena de pánico al percibir en el fondo de su alma la solicitud de Damián—. *¿Qué has hecho, mi amor?* —exclamó desesperada.

Recorrió los diferentes caminos en que la senda principal de la multidimensionalidad se bifurcaba, sin éxito. El miedo y el dolor, en vez de paralizarla, la impulsaban a buscar con mayor ahínco. Ella sabía que el alma de Damián comenzaría a desprenderse en algún lugar de aquella inmensidad, pero ¿dónde?

Exploró todos y cada uno de los caminos que se abrían ante ella, sin dejar de llamarlo. Pero Damián parecía haberse esfumado en aquel laberinto intrincado de caminos sin fin. Tenía que llegar hasta él, de la manera que fuese, porque quizás, tan solo quizás, ella pudiese detener la orden que él había emitido.

No tenía mucho tiempo.

Si dicha orden era escuchada y aceptada por la multidimensionalidad, ya no tendría oportunidad de rescatarlo. ¡Él tenía que saber que ella estaba viva!

—*¡Damián!* —gritó desesperada.

—*¡Maia!* —escuchó que la llamaban.

Giró sobre sus pies y, ante los rostros que tenía frente a ella, murmuró:

—*Dios…*

Aniel y Gabriel, rodeados por un halo de una incandescencia jamás antes vista por ella, irradiaban de sus manos sendos rayos de luz que conformaban un octaedro gigante e iridiscente que la invitaba a sumergirse en su candor. Eran como dos ángeles venidos a su rescate.

—*¡Damián ha lanzado la orden de morir y no logro llegar a él!* —gritó desesperada, en medio de un sollozo—. *¡Ya no lo percibo!*

—*Maia, escúchanos* —dijo Aniel—. *Nuestro símbolo permite el paso de la muerte a la vida. No sabemos si funcionará con ustedes dos todavía semiconvertidos en bestias, pero definitivamente el alma de ustedes sigue siendo la misma, no importa la cobertura exterior… Así que ven… ¡esto debería funcionar!* —. Al darse cuenta de lo que Aniel le decía, un dejo de esperanza inundó el alma de Maia. Se llenó de amor al darse cuenta de la posibilidad que tanto su bendita hermana como su cuñado le ofrecían: el uso del sagrado primer símbolo.

Prorrumpió en sollozos, sabiendo que jamás podría dejar de agradecerles a ambos.

—*Gracias* —susurró conmovida por tanto amor.

Y, sin esperar un segundo más, avanzó hacia la luz.

CAPÍTULO 57

Damián abrió los ojos y contempló embelesado la luz incandescente que se deprendía de los ojos cristalinos de su señora álmica, así como la energía que emanaba de sus manos. De la misma manera que el dragón en él, la dragona había desaparecido y, en su lugar, había regresado el cuerpo esbelto y pequeño de Maia, envuelto en una capa sutil de color plata, que realzaba su belleza natural.

—Maia…, por favor…, dime… dime que te he encontrado, después de todo —susurró con los ojos llenos de lágrimas a la figura arrodillada al lado de él, que lo miraba con devoción y una sonrisa en los labios. Esta le puso dos dedos sobre los labios con suavidad en un gesto que le indicaba que no debía hablar. Y, a continuación, Maia comenzó a entonar, como ya lo había hecho en otra ocasión, una melodía que se percibía ancestral y sagrada, en un idioma desconocido. Mientras lo hacía, colocó una mano sobre su cabeza y la otra sobre su corazón. Apenas las manos delicadas reposaron sobre su cuerpo, Damián comenzó a percibir como este, poco a poco, se llenaba de una energía vital y poderosa. Al inspirar profundamente, un calor abrasador entró por sus piernas y cabeza, expulsando lo que antes había sentido como un vacío frío y oscuro.

Estupefacto, observó cómo la herida de su corazón comenzaba a cerrarse completamente, así como los innumerables cortes profundos en el resto de su maltrecho cuerpo. A medida que aquello iba sucediendo, el anhelo de muerte iba desapareciendo, para dar lugar a un profundo deseo de volver a vivir.

—Maia, por Dios… —murmuró.

—Todo está girando al ritmo de la vida, mi amor, en un intento por desactivar la orden que has lanzado poco antes —la escuchó decir.

—Pero…

—Soy tu sanadora, mi amor. Y al fin di contigo.

—Solo quiero que estés conmigo —murmuró.

—Siempre.

Respirando profundamente, cerró los ojos y se acopló a la energía vital que emanaba de su señora álmica en una entrega total y absoluta. Envueltos en aquella aureola de energía tan vívida, Damián comenzó a sentir que sus miembros volvían a tener vida propia. La energía que se desprendía de Maia ya no solo provenía de las manos, sino de toda ella, e ingresaba en su cuerpo, que la absorbía ávidamente, como si fuese una planta que, a punto de marchitarse, recibía el caudal de agua fresca necesaria para abrirse a la vida nuevamente.

Damián se levantó con cuidado del suelo de la celda sin hacer caso del ruido de las cadenas que aún seguían aferradas a sus miembros y, sonriente y tambaleante, se acercó a Maia que, también de pie, lo recibió con una mirada llena de adoración. Se perdieron uno en los brazos del otro y permanecieron así durante un largo rato.

—Me salvaste. Dios, creí que te había perdido —murmuró Damián con voz ronca mientras se llenaba los pulmones del olor a lilas que aquella cabellera majestuosa emanaba. Enredó los dedos en ella y comenzó a acariciar las hebras suaves que tanto adoraba.

—Yo también. Y tú me salvaste a mí —afirmó Maia y se aferró más fuertemente al cuerpo enorme del caminante.

—¿Yo? —preguntó perplejo.

—Sí, tú. Tu esencia me dio fuerzas para encontrarme a mí misma y aceptar quién soy en realidad.

—Pero Maia, mi amor, tú me has curado ¿Qué sucedió contigo?

—Mi proceso de sanación se puso en marcha cuando abracé mi condición de sanadora desde el fondo de mi alma en la multidimensionalidad. Pero debido a que me encontraba ante las puertas de la muerte, necesité de la ayuda de mi hermana y de Gabriel para reforzar el proceso y poder regresar.

—¿El primer símbolo?

—Sí.

—Dios… —gimió Damián y la estrechó aún más fuertemente, aterrado ante la certeza de que había estado a punto de perderla.

—Jamás me vas a perder, Damián —susurró Maia al leerle los pensamientos—, porque de aquí en más, yo siempre, siempre, elegiré ir a donde tú estés, mi amor.

Damián se apartó un poco y la miró con un brillo diferente en los ojos. Había esperanza y un profundo anhelo.

—¿Aceptas entonces lo que somos, Maia? —Ella lo miró sonriente y asintió con la cabeza—. Quiero escucharte —le dijo él con el semblante serio de repente. La miraba con amor, pero a la vez con la intención de hacerle repetir cada una de las palabras que había deseado escuchar desde el primer instante en que la vio.

—Soy tu señora álmica, Damián —dijo Maia con voz suave pero firme. Los ojos plateados y brillantes, arrasados de lágrimas, lo miraban con una devoción tal que conmovió a Damián como nunca antes en la vida algo había podido hacerlo—. Sé que he demorado una eternidad en darme cuenta —prosiguió—, pero al fin puedo ser capaz de decirlo y afirmarlo. Siempre me sentí muy unida a ti, aun cuando creí que éramos enemigos acérrimos, y ello me confundía profundamente y provocaba que quisiera alejarme más. Pero tu sabiduría, tu amor y tu paciencia me han sanado, Damián. Y, gracias a ti, mi amor también. Porque al amarte tan locamente pude también empezar a verme, sentirme y palparme a mí misma de otra manera. Ya no dependo del amor de los demás hacia mí, sino que me he dado cuenta de que al amarme tal cual soy, puedo amar a los demás libremente. Y elijo amarte a ti, con toda mi alma.

—Me honras, Maia —declaró Damián con lágrimas cayendo por sus mejillas y sin dejar de acariciarle el cabello y la espalda.

—Te amo —volvió a decir en un susurro, y se dio cuenta de que Damián contenía el aliento.

—Una vez me dijiste que habías venido a reunir las partes de la bestia —dijo, mientras respiraba profundamente—. Ahora me doy cuenta a qué te referías, incluso cuando ni tú misma sabías por qué lo decías. —La abrazó con fuerza—. Me haces más completo, mi amor. Permites que todas las diferentes partes de mí mismo se reúnan en una totalidad de mayor armonía, para ser el verdadero ser que soy. Y por ello, quiero pedirte que me dejes amarte como te mereces —murmuró el guerrero.

Maia se apartó un poco para mirarlo y le sonrió al acariciarle la mejilla con los dedos.

—¿Y qué tienes pensado? —preguntó mirándolo con picardía.

—Algo que Gabriel una vez me sugirió y creo que ha llegado el momento de experimentarlo —le contestó al oído con otra sonrisa. Maia le tomó el rostro entre las manos y acercó los labios a los de él.

—Entonces hazlo.

Damián amplió su sonrisa, abrumado por la fuerza de su mujer.

—¿Tienes energía para viajar de nuevo conmigo a la multidimensionalidad?

Maia lo miró embelesada.

—Ya te lo dije: siempre elegiré ir a donde vayas tú.

Al instante siguiente, se abalanzaron uno en brazos del otro para devorarse con besos repletos del amor y la pasión que estallaban en sus almas.

Maia respondió con un quejido de placer y arqueó la espalda. Damián le levantó los senos con las manos y lengüeteó, enajenado, las aureolas suaves e inflamadas expuestas ante él. Hacía horas que no paraban de hacer el amor en la multidimensionalidad y, aun así, no tenían suficiente. Había eyaculado en ella no menos de cinco veces, pero la energía de ambos mantenía la misma voracidad que cuando habían comenzado a amarse. La reciente confesión de los sentimientos de Maia lo había llevado a la gloria y se sentía el macho más feliz de la casta. Ahora comprendía lo que Gabriel, en su momento, había manifestado: hacer el amor en la multidimensionalidad era absolutamente revelador; más intenso, más subyugante, más excitante que cualquier otra cosa conocida.

Chupó los senos plenos frente a él con voracidad, mientras con los dedos de una de las manos acariciaba el clítoris húmedo que se abría ante él. Los gemidos de Maia lo enardecían salvajemente y el cuerpo arqueado hacia él lo invitaba a penetrarlo con un ansia enloquecedora. Así lo hizo y se sintió en el cielo. Escuchó otros gemidos bajos e intensos que acompañaban el movimiento de sus caderas y que, luego de un rato, identificó como propios. Bombeó sin tregua y cada vez con mayor frenesí a través del canal húmedo y cálido.

Dios, no podía tener suficiente de ella.

Se aferró a las nalgas firmes que acompañaban el movimiento de sus caderas y las acarició con ardor. Cuando introdujo un dedo en el orificio escondido entre ellas, las piernas de Maia se abrieron y permitieron que todo su pene quedase sumergido hasta el fondo del alma femenina. Al instante, su señora álmica levantó las caderas y las manos de él las sostuvieron en esa posición durante un buen rato, mientras él empujaba sin descanso. El calor que lo invadió fue tan apabullante que advirtió que le quedaba muy poco para que el orgasmo anunciara su estallido.

Redobló el ritmo punzante de las caderas y sobó los pechos redondos que se sacudían ante él. Inclinó la cabeza por última vez y, abriendo grande la boca, se amamantó de ellos de manera insaciable. Maia le rasguñó la espalda a la vez que sollozaba de placer y, en ese instante, Damián fue consciente de que ya no podría aguantar más. Se incorporó, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás cuando comenzó a gritar de placer. En el mismo instante, escuchó el grito de Maia, que se unía al orgasmo explosivo de él, donde miles de luces se encendieron y un calor abrasador los consumió. Entrelazaron las manos, como si ellas fueran sus salvavidas.

Aquello era demencial y, a la vez, un privilegio. Sentir ese gozo era una bendición única, imposible de describir con palabras y reservada exclusivamente a los señores álmicos.

Entre besos suaves y dulces no dejaron de decirse cuánto se amaban. Y sonrieron.

Cuando Damián abrazó a Maia, captó aquello que hasta ese instante había sido un anuncio, pero que ahora se volvía tan real como el amor que se tenían.

El segundo símbolo estaba allí.

CAPÍTULO 58

Astos se sentía expectante por lo que estaba por suceder. La historia de la Estirpe de Plata volvería a experimentar un nuevo hito, jamás vivido con anterioridad.

Apenas unos minutos antes, había contemplado la escena que se desarrollaba frente a él, en la cual el jerarca Ronald Mitchels y el guerrero Brad Drage habían iniciado el duelo a espada. A Drage no le había quedado otra alternativa más que aceptar el desafío del jerarca, porque al pretender continuar entre los caídos y aspirar algún día a su liderazgo, un rechazo al duelo habría implicado una deshonra tal para los caídos que estos no solo le habrían perdido el respeto que con tanto esfuerzo se había ganado sino que, además, podrían llegar a convertirse para él en un enemigo aún más despiadado e implacable que la Estirpe de Plata.

Mientras los caminantes y los pocos caídos que quedaban con vida seguían con suma atención el enfrentamiento, Astos se maravilló de lo que acababa de percibir: el segundo símbolo había anunciado su presencia.

Ambos guerreros eran experimentados y seguramente el duelo duraría un buen tiempo, por lo que Astos no podía hacer otra cosa más que presentarse en la multidimensionalidad. Además, lo que en la multidimensionalidad parecían ser horas, en la tercera dimensión podían significar tan solo unos pocos segundos.

Y él debía estar presente para comprender los alcances de este símbolo y las consecuencias que traería aparejadas.

Al encontrar a Maia y Damián en la multidimensionalidad, se veían excelsos y majestuosos. Absortos el uno en el otro, parecían ajenos al brillo incandescente que los rodeaba. A Astos se le erizó la piel al percibir la pasión y el amor tan subyugantes que emanaban de aquellos dos seres. Damián y Maia se acercaron hasta quedar a tan solo unos centímetros entre sí y, sutilmente, comenzaron a tocarse hasta terminar uno en brazos del otro. Con los cuerpos entrelazados, una espiral incandescente comenzó a subir desde abajo, envolviéndolos y conectándolos con una energía superior, que dejó a Astos casi sin aliento.

Un sudor frío subió por su espalda. Jamás había sido testigo de algo tan sutil pero, a la vez, tan intenso.

Los cuerpos de Maia y Damián volvieron a cubrirse de escamas, engalanados con las melenas larguísimas y los ojos plateados.

El dragón guerrero y la dragona sanadora.

Las bestias rugían sin cesar, sumergidas en la espiral energética. De repente, por encima de los cuerpos entrelazados se hizo visible una especie de blasón con una espada clavada en su centro, del cual emergieron los rostros de varios animales de diferentes razas, algunas mitológicas. Los animales comenzaron a comunicarse con las dos bestias y con él, de manera telepática, en una lengua extraña que, de manera inusitada, ellos podían comprender.

Astos tomó aliento y ya no tuvo dudas.

El símbolo se acababa de manifestar gracias al reconocimiento del amor de ambos señores álmicos, de la misma manera que había sucedido con Gabriel y Aniel. Por ende, Maia, lo mismo que su hermana, acababa de iniciarse como la segunda mujer *silverwalker* en la historia de la

casta de los caminantes.

Los rugidos de las diferentes razas de animales llamó la atención de Astos. Una letanía proveniente del centro de aquel blasón se elevó ante ellos y comenzó a revelar el uso sagrado del segundo símbolo.

«*Queridos hermanos, a lo largo de la historia de la Estirpe de Plata, el otorgamiento de un legado ha sido la respuesta al pedido voluntario de cualquier miembro de la Estirpe interesado en llevarlo sobre sí, como una forma de aprendizaje sobre su alma. Pero, a partir de ahora, un nuevo orden de legados se suma a los anteriores. Estos nuevos legados tienen dominio propio y, contrario a lo acostumbrado, gozarán del derecho de elegir el alma en donde ellos deseen depositarse.*

Tal como el ejemplo de la sanadora.

De esta manera, el poder del segundo símbolo radicará en la sanación de cualquier legado, solicitado libremente o no, en aquellas almas que así lo mereciesen. Pero para que ello suceda, será necesario el cumplimiento de dos requisitos: primero, que el alma exprese claramente la voluntad de ser libre del legado y, segundo, que el alma sea consciente de que, para que ello sea posible, será necesario de su parte un verdadero y profundo trabajo de perdón de aquello que generó la manifestación del legado.

Por su parte, el Maestro Astos continuará con su misión de otorgar los legados a las almas que así lo soliciten, y la sanadora Maia y el guerrero Damián serán los jueces encargados de atender las solicitudes de sanación de los legados y, también, de asegurar el cumplimiento de los dos requisitos necesarios para ello».

Una vez revelado el mensaje, los diferentes animales se inclinaron hacia adelante en una clara señal de respeto y aceptación del nuevo rol de ambos *silverwalkers* y, en el mismo instante, el rostro de un hombre mayor, que irradiaba una luz prístina, se sumó a los presentes y habló.

—Maia, nieta bendita, soy tu abuelo Johan, Jerarca máximo de la Orden. Me presento ante ti y tu señor álmico para expresar mi profundo orgullo y agradecimiento a ambos. Con enorme respeto y honor te doy la bienvenida como la segunda mujer silverwalker en nuestra Estirpe de Plata.

Y luego de estas palabras, tanto el rostro del anciano como las siluetas de los animales comenzaron a desaparecer paulatinamente hasta no quedar ninguna evidencia de ninguna de ellas.

Astos aspiró profundamente, impactado. Un nuevo orden se instauraba en la Estirpe de Plata y aquella pareja, junto a la de Aniel y Gabriel, eran la causa de tan sagrado honor.

Envió fluidos de su magia a ambos dragones, para borrarles la necesidad de volver de inmediato a la materia. Los amantes *silverwalkers* habían luchado tanto para llegar a este momento que se merecían un tiempo más uno en brazos del otro. Los demás guerreros de la Estirpe y él ayudarían al resto de los caminantes y al jerarca Ronan en su enfrentamiento contra los caídos y Brad Drage.

Satisfecho, Astos volvió a crear una capa de plata para la sanadora y un atuendo para el guerrero *silverwalker*, que les sería útil a los amantes para cuando regresaran a la materia en su estado natural.

Con una sonrisa en la boca, abrió un portal y avanzó hacia la luz.

—*¿Te has dado cuenta de lo que hemos recibido?* —susurró Maia entre los brazos fuertes de Damián.

—*Aún estoy perplejo* —contestó este mientras le daba un beso en la frente. De regreso a sus cuerpos naturales, ambos amantes yacían recostados al costado del camino en la multidimensionalidad, absortos por lo que acababan de experimentar —. *Y tú, mi amor, eres una silverwalker, cuya transformación se llevó a cabo antes de tus veintitrés años, al serlo, el símbolo se puso en evidencia.*

—*Me hubiese gustado hablar con mi abuelo.*

—*Como jerarca máximo de la Orden, solo puede presentarse esporádicamente.*

—*¿Por qué?*

—*La energía que transmite no es tolerada por todos.*

Maia asintió. Había demasiadas cosas para aprender.

—*¿Y Jackie también es una silverwalker?*

—*No necesariamente. Ella puede ser la guardiana del símbolo, pero no significa que sea la que lo activará. Solamente una mujer silverwalker puede hacerlo.*

—*Pero entonces, ¿qué sentido tiene que haya una mujer responsable del símbolo por un lado y otra que lo active por el otro?*

—*No tengo respuestas. Esto es muy nuevo para todos nosotros. Lo único que sabemos es lo que tú también conoces. El tiempo nos dirá si el resto de las mujeres que son guardianas del símbolo también serán las silverwalkers que los activen o no.*

Maia se acurrucó más sobre el hombro de Damián. Se sentía confusa ante las nuevas revelaciones así como con su nuevo rol, pero no dudaba de que Damián y ella dilucidarían con el tiempo lo que todo aquello implicaba.

—*Hizo falta tu presencia para que el segundo símbolo se activara.*

Damián asintió con la cabeza.

—*Es lo que ocurrió también con el primero. Solo se activó cuando Aniel reconoció su amor por Gabriel y ambos se unieron para darle la bienvenida.*

—*Como hice yo hoy contigo* —susurró Maia.

Damián la abrazó con fuerza.

—*Sí, mi amor. Y este símbolo es una enorme responsabilidad, ya que debemos estar seguros de que quien solicite el pedido de sanación sea merecedor de ello, y haya hecho un profundo examen de conciencia sobre el perdón.*

—*Pero todos van a solicitar la sanación del legado que llevan sobre sí, Damián.*

—*No es tan así, mi amor* —contestó el guerrero, que le acariciaba la espalda suavemente—. *Los legados nos hacen aprender muchísimo de nosotros mismos. Yo lo hago continuamente y fíjate también cómo tu alma se ha fortalecido.*

Maia asintió sin dejar de acariciarle el vello del pecho.

—*Quizás podamos ayudar a Triel.*

—*Su legado aún no se ha activado.*

—*¿Crees que la cura no funcionará si aún no está activado?*

—*Sí, porque yace latente pero sin manifestarse. Diría que no necesita de nosotros hasta que ocurra. Quizás nunca se active.*

—Astos te ha dicho que un legado jamás ha dejado de hacerlo.

—Es verdad. Por eso, nos preocuparemos de Triel cuando llegue el momento.

—¿Pero cuál es el sentido de que un miembro de la Estirpe pida un legado para que luego no sepa si se activará?

—Saber que el legado existe desencadena en el portador del legado procesos psicológicos y emocionales necesarios para que su alma se confronte consigo misma. Es como una campana de largada de una carrera que tiene como meta final sanar las miserias que dicha alma acarrea.

—O sea que aunque no se active, el legado es algo así como un catalizador para que el alma vea y experimente aquello que debe aprender.

*—Sí. Igualmente un legado activado debe ejercer un impacto much*ísimo *mayor que uno que no lo ha hecho. Nuestras bestias, aunque a simple vista no lo parezcan, son enormemente sabias.*

—Pero ¿crees de verdad que puede haber un legado que nunca llegue a activarse?

—No lo sé. Lo único que Astos me ha comentado es que aquello que antes era predecible ahora podría no serlo más.

—¿Por qué?

—Por la mezcla genética que se está llevando a cabo en la Estirpe. Tu hermana y tú son híbridas y comienzan a manifestar características que son nuevas para todos nosotros. Astos me comentó que incluso tiene sospechas de tu madre y sus orígenes.

—¿Cómo?

—Tu madre ha sido la primer mujer humana que ha tenido hijas con un guerrero de la Estirpe. Nunca antes había sido posible, al menos hasta donde sabemos. Quizás haya algo en su ADN que no es del todo humano y que proviene de la Estirpe, ¿no te parece?

—No sabía nada acerca de lo que me comentas. Pero ahora que lo dices, tiene cierto sentido. ¿Mi padre nunca se interesó en este hecho?

—Según tengo entendido, tu madre siempre se ha negado a que la investiguen genéticamente. Si bien hay pruebas del genoma de Ana guardadas en el laboratorio de la Estirpe de Ciudad de México, tu padre nos ha prohibido investigar más profundamente su ADN hasta que ella lo permita.

—O sea que si de verdad existiese una genética diferente en mi madre, entonces ella podría no ser la única que la portase. Según Aniel, nuestra madre nunca ha hablado de su familia. Quizás tengamos abuelos, tíos y primos.

—Es posible. La fecundidad de tu madre, constatada con la llegada al mundo de tu hermana y de ti, echa por tierra la genética que se creía que siempre había existido en la Estirpe. Hay muchas respuestas que desconocemos y que, quizás, podrían dar algún indicio sobre la activación de los legados o no. Igualmente no lo sabremos hasta que se tengan más pruebas. Pero ello será posible cuando tu madre apruebe las investigaciones.

—¿Por qué mi madre se niega a la investigación de su ADN? Podría ayudar a toda la *Estirpe.*

—No lo sé, Aniel. Si bien en la Estirpe bregamos, antes que nada, por el bien común, por alguna razón, la Orden de los Jerarcas respeta lo que tu padre ha ordenado. Igualmente, la Estirpe ha venido manejándose con las revelaciones de las profecías, que a la Orden hasta ahora, y al parecer, le alcanzan. No sé si alguna vez presionarán a tus padres para que se permita llevar a cabo mayores estudios genéticos.

—Los genomas de Any y mío bien podrían ser investigados. Revelarían mucho del de mi

madre.

Damián la miró y sonrió.

—¿Lo harías cuando tu madre se ha negado?

Maia no contestó enseguida. Al final, movió la cabeza de un lado a otro.

—Solo lo haría con el consentimiento de ella.

—Me imaginé que llegarías a esa conclusión. Igualmente, Astos investigará más sobre la historia de los legados para verificar si realmente alguna vez hubo alguno que dejó de activarse.

Maia se arrellanó más en los brazos de Damián y disfrutó de sus caricias. Y de repente, levantó el rostro y lo besó. El guerrero le devolvió el beso enfervorizado y, para hacerlo más profundo, colocó una mano detrás de la nuca de Maia y la otra en su barbilla.

Cuando se miraron a la cara, la expresión de Maia se volvió apesadumbrada.

—¿Qué pasará con tus cadenas, Damián?

Damián le sonrió y con las manos enormes cubrió los senos para acariciarlos con devoción. La escuchó jadear y se sintió feliz. Así la quería ver, no inquieta o preocupada.

—Astos dice que están tratadas con una magia oscura y milenaria —contestó, bajando una mano desde uno de los opulentos senos al centro cálido, y se detuvo allí para entregar suaves caricias de regalo.

—O sea que cuando regresemos a la materia, tus muñecas y tus tobillos seguirán apresados en ellas —dijo súbitamente llena de tristeza.

—Lo resolveremos, mi amor —susurró Damián y la miró con intensidad, confiando en que su mujer comprendiese lo que ansiaba transmitirle—. *Tú y yo lograremos todo aquello que nos propongamos si estamos juntos.* —Los ojos de él descendieron sobre sus labios y enseguida la besó enfebrecido. No podía dejar de tocarla y se volvía loco por estar dentro de ella nuevamente. Cubrió su cuerpo con el suyo, y ambos comenzaron a explorarse con ansias.

—Te amo —le escuchó decir a Maia mientras le lamía el lóbulo de la oreja. Damián se estremeció y abarcó los senos con las manos abiertas. Se sentó a horcajadas sobre el cuerpo suave y colocó su grueso pene a las puertas del centro cálido que lo llamaba a gritos. Maia emitió un gemido profundo y arqueó la espalda hacia él, ofreciéndole la carne suave y marfilada.

—Y yo a ti, por Dios… —susurró Damián con un pezón entre los labios y el pene en las puertas del paraíso. La cópula salvaje de la mutidimensionalidad volvía a llamarlos y se dejaron atrapar entre sus brazos.

CAPÍTULO 59

—¿Lista *para el regreso, mi amor?* —preguntó Damián cuando, luego de pasar horas en completo éxtasis, se habían vestido con las ropas que Astos les había dejado. Maia asintió, con los ojos cargados de pasión y una sonrisa radiante en la boca. Damián le devolvió la sonrisa y la abrazó. Pero, de repente, la mirada de Maia se ensombreció y se clavó en algo que se hallaba detrás de él. De inmediato su cuerpo se tensó y se dio vuelta para mirar hacia la dirección adonde se dirigía la mirada de su chica.

Contuvo el aliento, incapaz de articular una palabra ante la visión que tenía al frente: la figura masculina recubierta por un manto oscuro que aparecía en sus sueños desde hacía tantos años avanzaba lentamente hacia ellos. Cuando la tuvo parada a muy corta distancia de él, el embrujo del momento se rompió y un frío glacial ascendió por su columna.

—*Veo que no me esperabas* —oyó que el sujeto le decía con un leve tono irónico en la voz. Damián no apartó la mirada de esos ojos que había intentado olvidar con todas sus fuerzas y durante demasiado tiempo, y se colocó bien cerca de ellos para evitar que miraran por sobre su hombro.

—*Tú* —murmuró con voz gélida.

—*Sí, yo.*

—*Te prohíbo que mires a mi mujer*. —El rostro sonrió de nuevo y la frialdad de Damián dio paso a la furia—. *¿Por qué estás aquí? Yo jamás te invoqué.*

El hombre negó con la cabeza.

—*Ya lo sé. Pero tu hermosa dama,* sí —contestó señalando con el dedo a Maia.

—*¿Maia?* —preguntó incrédulo.

—*Así es.*

Damián se giró y contempló a su mujer, que lo miraba asombrada.

—*Yo… cuando estaba moribunda, pensé mucho en ti y en lo importante que podría haber sido ayudarte a enfrentar al perdón hacia tu padre* —la escuchó murmurar perplejo—, *pero jamás lo invoqué. Soy muy nueva en todo esto y no sabía que mi deseo sería escuchado.* —Damián emitió un gruñido bajo—. *Perdóname, Damián* —continuó Maia un poco apesadumbrada, aunque firme a la vez—, *pero sé que tú debes hablar con él. No sé bien de qué, pero es importante que lo hagas.*

En ese instante, Damián volvió a contemplar al hombre que lo miraba con ojos neutros, sin evitar que algunas memorias regresaran a su mente. Un frío helado retornó para envolver su alma.

—*Entre* él *y yo nos hemos dicho todo* —contestó a Maia, sin quitar la mirada de aquel rostro —. *Regresa por donde has venido* —exigió con rabia a la figura frente a él.

El hombre continuó observándolo y, de repente, cualquier burla o ironía emanada de sus ojos fue reemplazada por una efímera calidez.

—*Si bien tu mujer fue la que ha anhelado este encuentro, quiero recordarte los sueños que nacieron de ti, hijo.*

Al escuchar aquellas palabras, Damián temió perder todo dominio sobre sí.

—*No me llames así* —siseó muerto de furia—. *Cuando acabé con tu vida, lo poco que nos había unido alguna vez se fue con ella. Al menos para mí.*

—*Eres rebelde como yo* —señaló el sujeto con algo parecido al orgullo.

—*Espero no parecerme en nada a ti.*

—*Y tienes el corazón sensible como el de tu madre.*

—*No te atrevas a hablar de ella delante de mí* —amenazó con la nariz pegada a la del otro hombre.

—*No estoy aquí para exponerme a tu ataque, Damián* —dijo la figura y se apartó un poco hacia atrás—. *Solo quiero darte algo para compensar todo el daño que te he hecho a ti y a tu hermano.*

—*¿Así que ahora estás arrepentido?*

—*No del todo. Pero durante este tiempo en la multidimensionalidad, algo he aprendido, hijo.*

—*¡Te he dicho que no me llames así!* —gritó furioso, con las manos en dos puños.

—*Damián, por favor* —susurró Maia, a sus espaldas—. *Déjalo hablar*.

La furia de Damián crecía como una espiral sin fin y solo la voz de Maia logró reprimirla un tanto.

—*Entonces di lo que tengas que decir* —exigió, tratando de controlar las ganas que tenía de golpear aquel rostro que detestaba.

—*Conozco la manera de que te liberes de las cadenas que te retienen* —lo escuchó decir con calma.

Damián lo miró con desconfianza.

—*¿Y tú cómo sabes ese secreto?*

La mirada del hombre se ensombreció y un halo de tristeza la cubrió. Parecía no sentirse bien con lo que iba a revelar.

—*El conjuro con las que han sido tratadas es mío. Yo lo creé.*

Damián escuchó el sonido del gemido de Maia por detrás. Se avergonzaba de que ella tuviese que presenciar tanto odio de un ser que, alguna vez y hacía ya demasiados siglos, había sido su padre.

—¿Cómo? —preguntó descreído.

—*En mi vida, como bien sabes, llegué a caer en los estados más bajos que un ser viviente puede llegar a experimentar y, si bien en este tiempo no he evolucionado demasiado, igualmente he podido comprender que he cometido más errores de los que me hubiese gustado. Uno de ellos fue aceptar la amistad de un exguerrero de la Estirpe.*

—*¿A quién te refieres concretamente?*

—*A Brad Drage.*

De repente, Damián sintió que le costaba respirar. Se movió más cerca del hombre, en un intento de bloquear la energía tan pesada que cubría aquel espacio para que no llegara a Maia.

—¿Lo conocías? ¿*Te confabulaste con él?*

—*No abiertamente. Me había dicho de su intención de vengarse de Ronan Mitchels y de su necesidad de crear una armada oscura para ir en contra de la Estirpe de Plata. En aquel tiempo, mi odio hacia la Estirpe era visceral, porque estaba cansado de sus reglas y profecías,*

que me habían hecho tan infeliz. Mi vida estaba llena de rabia y dolor, Damián, y cuando este tipo apareció, no tuve reparos en unirme a él. —El hombre detuvo el relato y entornó los ojos, como si estuviese viviendo en ese instante lo que había sucedido en aquellos tiempos—. *Nada me importaba entonces* —continuó—*, ni siquiera dejar de pertenecer a la Estirpe. Es muy larga la historia, pero al menos déjame decirte que, pese a que fui yo el que enseñó el conjuro a ese sujeto, jamás imaginé que iría destinado a ti. Por eso me presento en este momento. Y aun cuando tu señora álmica, de manera inconsciente, fue la que lanzó la solicitud a través de su ansiado anhelo, sabía que era a ti a quien debía presentarme y enfrentarme. Ahora ya sabes en qué puedo ayudar.*

—¿Y cómo se puede neutralizar el conjuro? —preguntó Damián.

—Solo tu señora álmica puede hacerlo.

Un silencio sepulcral siguió a aquellas palabras.

—¿Yo? —preguntó Maia, sorprendida—. *¿De qué manera?*

—Abriendo las cadenas.

—¡Si fuera tan simple! Nadie ha podido hacerlo hasta ahora.

—Porque es un derecho reservado solamente a los señores álmicos de aquellos que las portan. Cuando ideé este conjuro, pensé en utilizarlo contra el señor álmico de tu madre. Quería secuestrarlo, encadenarlo y alejarlo de tu madre lo antes posible. Pero él me retó a duelo y ocurrió lo que ya sabes. Por ello jamás tuve necesidad de usarlo.

—¿Por qué corriste el riesgo de que el conjuro emitido sobre las cadenas que encerrarían al señor álmico de mi madre quedase sin efecto con las energías de ella?

—No fue una decisión mía. Simplemente no pude neutralizar el poder de los señores álmicos. Nada puede contra las fuerza de ellos si están unidos, si se han reconocido mutuamente. Lo único que me quedaba era ocultar esta verdad a todos.

—Sabías que mi madre jamás adivinaría algo así.

—Sí, y por eso estaba seguro de que él moriría encadenado para siempre.

—Lo odiabas de verdad.

—Me quitó a alguien importante.

—¡No mientas! Jamás amaste a nuestra madre. Solo la lastimabas.

El hombre sacudió la cabeza y un halo de vulnerabilidad pareció proyectarse de sus pupilas.

—No te equivoques, Damián. Yo estuve enamorado de tu madre. A mi manera lo hice, aunque ella no hubiese sido mi verdadera señora álmica. Si bien creí no ser capaz de volver a amar como lo había hecho con mi señora álmica cuando estaba viva, al morir esta, la presencia de tu madre logró que mi corazón destrozado, poco a poco, volviese a desear seguir palpitando. Por eso, cuando el señor álmico de tu madre apareció y fui testigo del amor inmenso que comenzó a florecer entre ellos, pensé que no podría soportar volver a perder a alguien que me amaba. Y tu madre, de la manera que fuera, representaba lo poco que yo podía amar y ser amado.

—Pues no se lo demostraste. La humillabas revolcándote con otras mujeres y maltratándonos a todos de la peor manera —siseó Damián con furia visceral.

—Aquellas mujeres no existían para mí, Damián. Estaba tan vacío interiormente que no podía aceptar ni dar amor. No pretendo que me comprendas, porque tu corazón se parece mucho al de tu madre. Ella amaba sin condición. Y eso solo lo descubrí cuando comencé a

perderla.

—Pero podrías haber recibido el amor de Triel y el mío. Sin embargo, te comportaste como un salvaje y no como un verdadero padre. Nos odiabas.

—Al único al que odiaba era a mí mismo, Damián. Y mi espantosa pobreza de amor fue el detonante de todo. Cuando uno deja de amarse, permite que la destrucción impregne el alma. Estaba lleno de odio, celos, inseguridades y miedos.

—No me arrepiento de haberte destruido —exclamó Damián con voz glacial. Al decir aquello, giró el rostro hacia Maia que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se sintió ruin al ver que ella era testigo de aquel intercambio grotesco entre él y el hombre que le había hecho la vida imposible a su familia y a él. Maia había sufrido toda su vida por no tener el amor de unos padres y ahora él, ante el suyo, renegaba cabalmente de cualquier lazo que los uniera. Una ironía del destino.

—Yo tampoco te lo reprocho. Hiciste lo que debías hacer y no deja de enorgullecerme.

Damián volvió a posar la mirada en el hombre.

—¿Cómo puedes sentirte orgulloso de algo así? A mí me parece que llegamos al colmo de la decadencia.

—Yo no lo veo así. Para mí, ese día demostraste ser el guerrero que eres: protector por sobre todas las cosas. Y un buen guerrero es el primero en llegar y el último en irse de la batalla. Así eres tú y aquella vez protegiste a tu hermano de mi salvaje descontrol hasta el final. No te culpo, Damián.

—Y te mataría mil veces más si con ello hubiese podido recuperar la vida de nuestra madre. Pero llegué tarde.

—Aunque no lo creas, te entiendo. Yo era, de verdad, un tipo despreciable. El único consuelo que me queda es saber que tu madre y su señor álmico están bien.

—¿Y eso cómo *lo sabes?* —preguntó Damián asombrado.

—Cuando morimos, nuestra alma sigue su curso. Tú, mejor que nadie, lo sabes. Y tu madre, con la bondad y el amor que la caracterizaron siempre, se presentó una vez ante mí en la multidimensionalidad con su señor álmico*. Si bien sentí celos en un primer momento, no pude dejar de rendirme ante el amor tan descomunal que se tienen. Ellos están bien, Damián. Y me han perdonado.* —Damián se quedó mudo escuchando aquel relato. Algo muy dentro de él se resquebrajó, y un profundo dolor volvió a surgir—. *No pretendo que tú o tu hermano también lo hagan* —continuó su padre— *pero, al menos, quería que supieras que todo está bastante en orden y armonía entre tu madre y yo.*

—Yo no puedo disculparte. Han sido demasiados años de tortura psicológica, afectiva y física. No puedes remediarlo en un momento. Si mi madre ha quedado en paz contigo, entonces ese es su regalo, no el mío.

—Lo sé —contestó el hombre con tristeza—. *Tampoco pretendo semejante milagro. Por eso estoy aquí. Quiero ayudarte.*

La dulce voz de Maia se alzó por detrás:

—Mi amor, quizás puedas…

—No, es imposible —interrumpió enojado. No quería ni siquiera mencionar esa posibilidad. Perdonar a su padre era algo impensable.

—Déjalo, Maia. Yo puedo comprenderlo. Ve hijo, y que tu mujer abra las cadenas que te

esclavizan.

—No confío en ti.

—No voy a traicionarte, Damián.

—Lo has hecho antes.

—No ahora. Ve. —Y sin dejar de mirar a su hijo, alzó un poco más la voz para que Maia lo oyese—. *No se trata de usar ninguna herramienta, solo tus dedos. Así de simple.*

La voz de Maia se elevó entre los dos guerreros, suavizando apenas la expresión de la cara de Damián.

—Gracias. Me hubiese gustado que su hijo y usted…

—No te preocupes, hija —dijo el hombre con una leve sonrisa—. *Él necesita su tiempo, así como yo he necesitado el mío para comprender.*

Damián se volvió y tomó a Maia de la muñeca con suavidad.

—Vamos, debemos regresar —dijo en tono glacial.

—No sin antes saber el nombre de tu padre —contestó Maia con firmeza.

El rostro del hombre se iluminó por un breve instante y sonrió un poco más, esta vez con la mirada clavada en ella.

—Fulco —contestó.

—Yo soy Maia.

Fulco asintió con la cabeza y la miró con agradecimiento.

En ese mismo instante, Damián tiró de la muñeca de ella y, cuando se disponían a desandar el camino de la ascensión, la figura del padre de Damián se esfumó.

CAPÍTULO 60

Maia observó sorprendida cómo las cadenas caían de las muñecas y tobillos de Damián.

—¡Ha funcionado! —gritó llena de alegría. Pensar en lo que el padre de Damián les había revelado la llenó de agradecimiento. Sus manos habían logrado lo que nadie había podido, ni siquiera la magia de Astos.

Damián la izó de la cintura para darle un beso profundo, a la vez que Maia le echaba los brazos al cuello y le envolvía las caderas con las piernas. Habrían permanecido de esta manera una eternidad, pero los ruidos de espadas chocando entre sí los detuvo.

Damián bajó el cuerpo de Maia y la tomó de la mano.

—Deben ser tu padre y Brad Drage.

—¿De qué hablas? —preguntó preocupada.

—Del duelo —contestó Damián un poco apesadumbrado. Odiaba decirle algo que la hiciese sufrir.

—¡Cuando partí a ayudarte ni siquiera habían acordado hacerlo! —exclamó asustada.

—Pues parece que lo han hecho —contestó Damián, que intentaba acercarse a ella para abrazarla.

Maia ahogó un grito y se lanzó hacia donde se desarrollaba la pelea, pero Damián se lo impidió, aferrándola de la cintura.

—¡Espera! —le ordenó al oído, en un intento de que nadie más los oyese, pero Maia comenzó a forcejear, intentando escapar de la prisión que él le imponía—. ¡Por Dios! ¡No me pelees, Maia!

—¡Debo ayudar a mis padr…! —gritó, pero Damián le tapó la boca con una mano, sin dejarla completar la frase, y la sujetó más fuertemente contra él.

—Lo haremos, Maia —volvió a hablarle al oído—. Pero recuerda que aún puede haber caídos allí afuera. Vayamos con cuidado y ataquemos en la mejor oportunidad. ¿Comprendes? —Al cabo de unos segundos, ella asintió con la cabeza suavemente—. No quiero pelear contigo, mi amor. Solo quiero que hagamos las cosas como un buen equipo y que seamos efectivos para ayudar a tu familia de la mejor manera.

Apenas dicho esto, la soltó despacio, atento a que no volviese a escapar. Si bien Maia y él habían llegado a un grado de entendimiento casi perfecto, aún había detalles que ajustar. Enfrentarse a sus enemigos en equipo era algo nuevo para ambos.

Maia lo miró y sonrió apenas. Damián le devolvió la sonrisa y, tomándola posesivamente de la mano, se dirigieron hacia donde se escuchaba el rechinar de las espadas.

Cuando se acercaron, tanto Maia como Damián no pudieron dejar de admirar la majestuosa forma de pelear que tenía Ronan. Era hábil, metódico y hasta elegante en su manera de mover la espada. Pero lo que más les impactó fue la mirada letal que se desprendía de los ojos de él hacia su enemigo. Damián supo en ese instante que Brad Drage no tendría ninguna posibilidad. Aunque era un buen guerrero, no tenía ninguna chance frente a la supremacía del padre de Maia.

El silencio que caía en aquel recinto era paralizante. Lo único que se escuchaba era el acero del filo de las espadas que chocaban una con otra sin descanso. Todos eran conscientes de que aquel duelo era a muerte.

Contemplaron aquella danza mortal durante un tiempo interminable, donde el cansancio de Brad era ya visible. Aun cuando Ronan mostraba signos de agotamiento por tanto tiempo de lucha, su empeño era inquebrantable. Demasiado dolor y horror habían empañado la vida de su familia y la suya por culpa de un enemigo despiadado. Un enemigo que había utilizado el engaño, la manipulación y la cobardía para llevar a cabo un plan diabólico. Solo un enfermo podía ser tan dañino y cruel, pero Ronan estaba decidido a librar a su familia y al mundo de este sujeto al que alguna vez había amado como a un hermano.

Damián abrazó con fuerza a Maia, dándole coraje. Gabriel hacía lo propio con Aniel. Astos y Triel permanecían firmes como dos estatuas griegas. Cuando preguntó telepáticamente a su hermano acerca de lo sucedido hasta ahora, este giró la cabeza y le regaló una casi imperceptible sonrisa. Triel le demostraba con ello su satisfacción de que Maia y él estuviesen bien. Después de ello, Triel le explicó que él y Ruryk habían exterminado al resto de los caídos y evacuado completamente el edificio, que estaba a un paso de desmoronarse. También le aclaró que Ana yacía recostada contra la pared, desmayada por la orden mental emitida por Ruryk, que la custodiaba celosamente junto a cuatro guerreros de la Estirpe.

Asimismo se enteró de que, cuando los policías mexicanos habían llegado al lugar, habían sido recibidos por Ruryk y él, quienes, sin demora, lanzaron vapor de plata de sus bocas para atontarlos y hacerles creer que el problema de la fundación estaba siendo atendido por un comando especial del ejército mexicano. Libres de la policía, ayudaron a trasladar a los niños y las monjas a una casa cedida por la organización de la Estirpe, donde los estaban cuidando y protegiendo. Luego habían regresado inmediatamente al edificio, donde se seguía desarrollando la pelea entre Ronan y Brad. La fundación seguía en pie, como si estuviera esperando a que aquella lucha llegara a su final para desmoronarse completamente.

De repente, la espada de Ronan penetró muy cerca del corazón de Brad y traspasó su espalda, asomando la punta por detrás y haciendo que este cayera de rodillas.

—Me has atravesado, maldito —siseó, mientras se llevaba la mano al corazón.

—No he querido atravesarte el corazón, porque quiero que mueras como un verdadero guerrero de la Estirpe. Te doy una oportunidad para redimirte.

Brad miró a Ronan con los ojos fríos que caracterizaban más a los caídos que a los miembros de la Estirpe y, súbitamente, se echó a reír. La sangre, más oscura que plateada, emanaba a raudales de la herida y de la boca.

—Siempre tan fiel a tus convicciones, hermano —dijo con tono de burla.

—¿No te arrepentirás aun cuando sabes que no tienes ninguna oportunidad de seguir viviendo?

Los ojos casi oscuros de Brad lo miraron con rabia. El brillo plateado de la Estirpe había prácticamente desaparecido de aquella mirada.

—¿Por amar a tu mujer hasta volverme loco? —sacudió la cabeza con fervor—. ¡No!

—Lo tuyo no es amor.

—A mi manera lo es, Ronan.

—Entonces, jamás habrías sido digno de ella.

—Es posible, pero no me arrepiento —siseó, con un hilo de sangre que caía de la boca—. Sabía que iba contra las leyes de la Estirpe, pero no me importaba. Estaba harto de comportarme según las reglas de nuestra sociedad. Y encima tú, siempre interpuesto en todo lo que yo anhelaba, incluso cuando te creíamos muerto. No, amigo. La Estirpe se trasformó en un cáncer para mí, en un flagelo, en cambio de un lugar para vivir. Y tú ibas en el mismo paquete. La única persona que me daba un poco de luz era Ana. Y por ella he querido luchar sin importar el precio.

—El costo fue demasiado alto, Lautaro.

—No me llames así. Ya ese personaje no existe, ahora soy yo, el verdadero. Brad.

—Entonces ya no queda nada por decir —dijo Ronan con frustración—. Muere, al menos, con un poco de respeto por ti mismo.

Cuando Ronan alzó la espada con la intención de decapitar a su enemigo, el piso comenzó a temblar y, con él, las paredes y las columnas.

—¡El edificio se desmorona! —gritó Triel—. Ya no queda más tiempo. ¡Debemos salir cuanto antes!

–¿Dónde está Rosarito? —gritó Maia, tratando de llegar a Brad, pero Damián volvió a sujetarla.

—Maia, por Dios.

—¡No! ¡Debemos saber dónde está Rosarito! —chilló rompiendo a llorar sobre el brazo de Damián.

Brad negó con la cabeza.

—Dilo, maldito —exigió Ronan furioso, sin ser consciente del tiritar de las paredes.

—Jamás.

—¡Hay que salir del edificio, Ronan! —bramó Ruryk—. ¡Se vendrá abajo en breve!

—¡Por Dios, Rosarito! —gritó Maia desesperada, intentando escabullirse, una vez más, de los brazos de Damián que la retenían implacables.

—Lautaro. —Todos se dieron vuelta hacia la dirección de donde provenía aquella voz. Ana se erigía ante todos, un poco somnolienta, pero lo suficientemente despierta como para saber lo que estaba sucediendo.

—Ana… —susurró Ronan. Ella lo miró y sonrió, pero negó con la cabeza. El sujeto caído de rodillas la miró con angustia y recelo—. Usted siempre será Lautaro, ese es el hombre que yo siempre he conocido y no quiero quedarme con otra imagen de usted. Por el amor de Dios, díganos dónde está Rosarito y quizás así usted pueda encontrar un poco de paz en su alma y yo en la mía.

—Ana, déjame a mí —bramó Ronan, en un intento de apartarla de ese ser que les había hecho la vida imposible. Gabriel se puso frente a él, mirándolo como para que comprendiese lo que su esposa estaba llevando a cabo.

—Debemos irnos o podemos quedar enterrados aquí—insistió Triel con frialdad.

—Un poco más, Triel —aseveró Aniel.

—Lautaro —insistió Ana—, por el amor que usted tantas veces ha proclamado hacia mí, se lo ruego, díganos dónde está Rosarito.

Ronan sorteó a Gabriel y, cuando llegó a Ana, ella se apartó y lo miró, súbitamente, con la misma mirada que ella le había lanzado cuando se habían enfrentado en el Delta—. No se te

ocurra, Ronan. Me has apartado hoy cuando mandaste a Ruryk tras de mí, pero ahora soy yo la que decide.

—Mamá, yo me quedo. ¡Tú vete! —bramó Maia.

—No, porque conozco a Lautaro y sé que él tendrá el honor de decirme dónde está la niña. Estos muros esperarán. Yo me quedo aquí hasta que Lautaro hable.

El desafío de Ana era tan fuerte que todos quedaron en silencio, incluso Ronan. Solo se escuchaba el quejido de las paredes y de los pisos anunciando su inminente derrumbe.

—No puedes quedarte aquí, Ana —susurró Brad, con un vestigio de ternura en los ojos.

—Lo haré hasta que usted hable.

En un instante, la expresión del rostro del sujeto pareció transformarse en quien alguna vez había parecido ser.

—Eres la mujer que siempre he amado y que siempre amaré —dijo, con los ojos húmedos.

Un gruñido ronco de advertencia provino del jerarca ubicado detrás de Ana.

—Yo, de alguna manera, siempre lo he querido y respetado, Lautaro. Permítame conservar los recuerdos lindos de usted. Pase lo que pase, su alma sabrá que ha hecho algo bueno, entre tanta locura. Por favor, díganos dónde está Rosarito.

Una de las paredes comenzó a desmoronarse, por lo que los hombres comenzaron a rodear a las mujeres para llevárselas.

Ana, con los ojos llenos de lágrimas, suplicó:

—Por favor.

El rostro del ex miembro de la Estirpe sonrió como enajenado y estiró la mano para apenas tocar la de Ana. Un nuevo gruñido de Ronan y el brillo plateado de guerra que lo caracterizaba en la lucha lo cubrió completamente.

Ana, sin quitar los ojos cuajados de lágrimas del hombre, apretó la mano de él y suplicó de nuevo.

—Por favor.

Derrotado, se escuchó el susurro de su voz:

—Yace drogada en una celda ubicada a tres puertas a la izquierda de donde estaba encerrada la bestia.

Cuando Damián y Maia salieron corriendo hacia allí, la imagen de Astos emergió a toda prisa ante ellos con Rosarito dormida entre sus brazos.

—Pude leer en la mente de este tipo, cuando se reblandeció ante la intervención de Ana, el lugar donde tenían encerrada a la niña —dijo con tranquilidad—. Y salí de inmediato a buscarla. Apresúrense, que yo me llevo a la pequeña a través de un portal.

—Pero ella no lleva un legado —dijo Triel que se había acercado con mirada glacial.

—No te metas en mis asuntos —contestó Astos sin pestañar y desapareció con Rosarito en brazos frente a todos.

A partir de ese instante, el caos reinó en el recinto. Las columnas y vigas comenzaron a derrumbarse, así como las paredes y los techos.

Damián levantó en brazos a Maia y la protegió contra su pecho.

—Puedo correr, Damián —exclamó ella, pero Damián no respondió, concentrado en sacar a su compañera de aquel lugar que se caía a pedazos. Observó que Ronan hacía los propio con

Ana, así como Aniel corría a la par de su esposo. Triel había desaparecido junto con Ruryk.

Damián miró hacia atrás sobre su hombro, y contempló a Brad que seguía de rodillas, mirando en derredor con los ojos llenos de terror. Era claro que Ronan había elegido priorizar el rescate de su señora álmica en vez de la muerte de su enemigo. Apenas terminó de pensar en esto, un nuevo derrumbe se anunció con su grito implacable y feroz, que silenció los aullidos desgarradores de dolor del ex miembro de la Estirpe bajo sus despiadadas fauces.

Damián se obligó a seguir corriendo entre las paredes y cimientos que iban cayendo a pedazos, mientras el piso y las vigas se retorcían como serpientes.

De repente, ante el desmoronamiento de la mayor parte del piso de arriba, diferentes huecos se abrieron ante sus ojos. Sin dudarlo, Damián saltó con velocidad sobrenatural y se elevó para caer en una parte del piso que aún quedaba en pie. Los demás guerreros los seguían con sus mujeres en brazos.

Cuando ya había divisado la salida, el segundo piso comenzó su derrumbamiento, lo que exigió la máxima potencia y flexibilidad de su cuerpo para saltar y contonearse entre la lluvia de hierros, vidrios, tejas y baldosas que volaban en todas direcciones.

Maia lo abrazó con todas sus fuerzas y le susurró al oído:

—Prometo darte incontables noches de amor y sexo caliente si nos sacas de esta.

Damián sonrió y la miró con devoción.

—Te lo prometo, nena.

Epílogo

En algún lugar del mundo

La habitación se había llenado del aroma de ambos. Maia y Damián habían hecho tantas veces el amor en ese cuarto de hotel que las sábanas ya no descansaban sobre la cama, sino que yacían desparramadas por el suelo; los ventanales, testigos húmedos de su pasión, permanecían impregnados del vapor de los anhelos, y las llamas de las velas habían sucumbido a su lánguida muerte después de iluminar tantas horas ardientes.

Yacían enredados en el suelo, sobre la alfombra. Habían rodado tantas veces sobre ella que Damián temía que Maia se hubiese dañado la espalda ante la bravura con que se habían entregado. Así mismo, le sorprendía que el ímpetu y el desenfreno con que habían hecho el amor no hubiesen despertado a las bestias de su letargo. ¿O sí? ¿Acaso cuando ellos se unían también lo hacían las bestias?

Damián seguía enterrado en el interior de Maia y el sudor de su cara caía a gotas sobre los pechos enhiestos que se elevaban provocativos, deseosos de aun mayor atención de la que ya habían recibido todos esos días en los que, encerrados en la habitación, se habían amado sin descanso. Agachó la cabeza y se llevó nuevamente un pezón a la boca, incapaz de saciarse, mientras las manos de Maia le acariciaban los músculos de su espalda. Se sentía pleno, dichoso y en paz.

—Te amo —escuchó que ella le susurraba al oído. Con renuencia, Damián abandonó el ápice del pecho suave y la miró; de inmediato le devolvió la sonrisa sensual que la hechicera llevaba plasmada en el rostro. Él aún no podía creer que Maia finalmente fuese suya. La lucha había sido ardua y larga pero finalmente ambos habían vencido. Le envolvió el rostro con las manos y la besó embelesado.

—Yo más —contestó sobre sus gloriosos labios, hinchados de tanto besarlos—, señora Di Mónaco.

—Suena bien —dijo ella, cerrando los ojos.

—Mi esposa —susurró Damián y volvió a besarla.

—Mi esposo —murmuró sobre los labios carnosos de él.

—Estuvieron todos presentes en la ceremonia.

—Rosarito brillaba con el vestido nuevo que su abuela le regaló. —Ambos sonrieron, recordando la felicidad de la niña en brazos de la nueva familia adquirida—. Gracias a las autoridades de la Estirpe, la adopción de Rosarito ha sido un hecho. Somos sus orgullosos padres y ha sido incorporada a una familia que le dará todo el amor que ella se merece.

—Estoy feliz de que hayas cambiado de opinión respecto a la maternidad. Serás una madre fabulosa.

Maia sonrió pero, de inmediato, un velo de temor cubrió su semblante.

—Damián… —Se detuvo y lo miró intensamente—. ¿Cómo haremos para ser buenos padres con nuestros legados?

—Podemos detectar perfectamente el momento en que ellos intentan activarse —contestó

Damián con ternura—. Además, Ronan y Ana vivirán en el mismo edificio que nosotros, y ellos han expresado claramente su intención irrevocable de proteger y cuidar a Rosarito y a los niños que tengamos cuando nosotros no podamos hacerlo. Y cuando tu padre deba salir también de misión, no nos faltarán guerreros *silverwalkers* para hacer de niñeros. —Maia asintió con una risa burbujeante—. Y apenas regresemos de nuestra luna de miel, le conseguiremos a Rosarito la mejor escuela de la zona.

—Gracias por permitirnos vivir en Buenos Aires, Damián, y no en la guarida del Delta. No habría sido lo mejor para Rosarito. Ella necesita amiguitos y una vida lo más normal posible. Igualmente iremos al Delta las veces que sean necesarias. También Aniel y Gabriel están allí y los futuros primos.

—Yo también quiero agradecerte por permitirte mudarte de México. Sé cuánto significan todos los niños de la fundación para ti.

—Me has prometido que viajaremos lo más seguido posible.

—Claro que sí, mi amor. Yo también quiero a esos niños y me propongo trabajar también en la fundación, aunque mis deberes como *silverwalker* a veces me requieran aquí.

Maia lo abrazó con fuerza.

—Yo también soy una *silverwalker*. ¿Qué se espera de mí?

Damián le besó la punta de la nariz.

—Eres, ante todo, una *silverwalker* sanadora. Cuando regresemos de nuestra luna de miel, Astos te entrenará en todas las actividades que reforzarán ese rol. Una de ellas será la comunicación telepática entre sanadores. Y, quizás, hasta te enseñe a manejar portales.

—Así podré materializarme ante ti todas las veces que tenga ganas.

La carcajada del guerrero provocó otra en ella.

—Yo estaré siempre contigo y Rosarito. Ustedes son mi prioridad. —La miró con devoción y luego la besó con un beso largo y profundo. Cuando se apartaron, Maia lo miraba radiante.

—Eres hermoso.

Damián volvió a emitir una carcajada.

—Mira quién habla. —La abrazó aún más fuerte y ella se arrellanó aún más sobre el pecho de él.

—Aún estoy anonadada por la generosidad de mi padre y de mi madre. Gracias a ellos, la Estirpe ha dado los recursos económicos necesarios para que se edifique en tu nombre y el mío un edificio en Ciudad de México, especial para niños necesitados, donde llevaremos a las monjitas, y también maestros, psicólogos y pedagogos para que los niños salgan adelante.

—Tus padres han sido maravillosos —dijo Damián.

—Y yo podré seguir impartiendo mis clases de ballet y organizando mis actuaciones para reunir fondos para nuevas fundaciones, no solo en México sino también en Buenos Aires.

—Y en todos los lugares que tú decidas, mi amor.

Maia se quedó en silencio durante un instante, hasta que emitió un profundo suspiro.

—¿Sabes? Siento que debo agradecer al Universo.

Damián comenzó a acariciarle la cabellera con extrema suavidad.

—Entonces somos dos.

—Yo no sé definir una fuerza superior, pero siento que la hay. Y nos ha ayudado a ti, a mí y a

todos a encontrar nuestro camino.

—Tampoco yo sé definir algo así, pero lo que sí sé es que tú y yo, juntos, podemos lograr lo que deseemos. Y si hay algo superior que nos ayuda, mejor.

Maia besó el cuello de Damián y clavó sus ojos traslúcidos en los ojos negros como el ébano.

—Me preocupan Jackie y Brenda, Damián. No tienen idea de que mi hermana está casada con Gabriel y yo contigo. Tú sabes lo que ellas significan para nosotras. Somos como hermanas, pero ahora ni Any ni yo podemos acercarnos a ellas. Pobrecitas… ¡saldrán a buscarnos en cuanto puedan!

—Debemos confiar en lo que está estipulado, Maia.

—Pero es difícil, mi amor. Además, Metanón ha llamado desde Canadá pidiendo ayuda a Triel y a Ruryk para encontrarlas.

—Maia, ellos quieren lo mejor para tus amigas.

—Lo sé, pero las chicas no lo saben. Any y yo tampoco lo sabíamos y fíjate cuánto luchamos contra ti y Gabriel. Y Jackie y Brenda son hasta más temibles que Aniel. No le harán la tarea fácil a ninguno de los tres, te lo aseguro, y temo que las dañen. Ellas saben pelear, son tremendas, y no se rendirán tan fácilmente. ¿Qué puede salir bien de todo ello?

Damián le devolvió la mirada con otra de enorme comprensión y le recorrió la mejilla con la yema de los dedos.

—Un *silverwalker* tratará a cualquier mujer con respeto, Maia, máxime si hay posibles señoras álmicas involucradas.

—Tú insistes en que Jackie lo es de Metanón —susurró dudosa.

Damián sonrió y se encogió de hombros.

—Y Brenda… —continuó Maia perpleja—. ¡Dios!.. ¿Y si llega a ser la chica de Triel o de Ruryk?

—Tranquila, mi amor —le susurró Damián apartándole con ternura un mechón de cabello de la frente—. Dejemos que las cosas sigan su curso. Solo estamos especulando. Lo único que tenemos en concreto es lo que dedujo tu padre de su última videncia.

—Sí. Que Brenda podría ser sospechosa de la posesión de otro de los símbolos.

—Por ello es que los tres *silverwalkers* restantes intentarán dar con ellas. Nosotros solo podemos esperar.

Maia se aferró a Damián con fuerza y le acarició la melena larga con los dedos. Amaba jugar con esa cabellera suave que su esposo mantenía sujeta en una trenza en el diario vivir y suelta en sus encuentros apasionados con ella.

—Te juro que lo sé y confío en lo que dices. Pero tú sabes como es Triel. Es temible. No puedo ni siquiera imaginarme lo que puede salir de un enfrentamiento entre él y cualquiera de las chicas. Realmente no sé si él se controlará, Damián. ¿Qué si no lo hace?

—El código de honor de un *silverwalker* es extremo, Maia. Cualquiera de los tres en su defensa tratará de evitar cualquier daño a las chicas. Te lo prometo.

—Sí, ¿pero qué sucedería si el legado de Triel se activa enfrente de alguna de ellas?

—Astos se materializaría enseguida y evitaría cualquier peligro para tus amigas. Él siempre cuidará de ellas, de tu hermana y de ti.

—¿Y la depositaria del quinto símbolo?

Damián suspiró.

—No sabemos quién es. Y tu padre jamás ha mencionado haber tenido alguna visión que nos dé alguna pista. Solo el tiempo pondrá a esta mujer ante nosotros, mi amor.

Maia asintió en silencio entre sus brazos, que no habían cesado de acariciarla. Luego de un rato, la volvió a escuchar tomar aire profundamente.

—Por otra parte, estoy muy feliz también por mis padres. —Damián sonrió, sumergido en los cabellos gloriosos de ella. Su mujer confiaba en su palabra y ya cambiaba de tema otra vez, lo cual lo llenaba de satisfacción—. Los amo.

—No sabes lo feliz que me haces cuando te escucho hablar así de ellos —susurró y le dio otro beso en los labios.

—Es imposible resistirse al amor que ambos brindan. Uno simplemente no puede dejar de enamorarse de ellos —susurró Maia.

Damián asintió conmovido y luego volvió a sonreír.

—Agradezco mucho a tu madre y a tu padre el haber deseado cuidar de Rosarito mientras estemos de luna de miel.

Maia sonrió también.

—Claro que sí. Además mi madre y mi padre necesitan aprovechar del tiempo juntos y gozar del amor que se tienen. Mi padre estaba insoportable después de lo sucedido en la fundación. Y muy celoso.

—Es comprensible, mi amor. Yo estaría igual.

Al instante, ya ninguno sonreía, porque sabían de la seriedad de la situación en la que se encontraban.

—Sé que mi madre fue temible y muy testaruda cuando la fundación se venía abajo, pero también es verdad que, gracias a ello, Astos pudo rescatar a Rosarito de una muerte segura. Es una deuda que tendré con ella y el Maestro de por vida, aunque Astos asegure que no existe ninguna deuda, ya que él se siente honrado de haber colaborado con la aniquilación de los caídos y la terrible humillación de Brad Drage. Y mi padre, a pesar de que al principio parecía estar muy enojado con mamá, al final reconoció que la admiró más que nunca en ese momento. Creo que en el fondo él se siente culpable por no haber podido asegurarse de la muerte de Drage.

—Tu padre quería restaurar el honor de la familia con el filo de su propia espada. Los hombres de nuestra Estirpe somos feroces protectores de nuestras mujeres e hijos, y si bien es cierto que quedará una permanente pregunta acerca de la muerte de Brad, también jamás nadie pondrá en tela de juicio el que tu padre haya priorizado salvar a tu madre en vez de decapitar a Drage.

Maia asintió con un suspiro y susurró:

—Aún no han encontrado su cadáver. —Damián miró a Maia, diciéndole todo con la mirada–. No puedo comprenderlo. ¿Existe la posibilidad de que Brad Drage lograra escapar?

—No lo sabemos, mi amor. Cuando el edificio se vino abajo, el incendio voraz que le siguió eliminó todas las pruebas que nos podrían haber dado una respuesta cabal.

—Pero tú viste cuando Brad quedó sepultado entre los escombros.

—Sí, pero al no morir decapitado por tu padre, nada es determinante. Solo queda la esperanza de que el derrumbe lo haya aniquilado y el fuego lo haya incinerado.

Maia lo abrazó fuertemente.

—Necesito confesarte algo.

Damián se apartó un poco y la miró a la cara con recelo. Le tomó el mentón entre dos dedos y le alzó el rostro para que lo mirase.

—¿Qué sucede, Maia? —preguntó con voz suspicaz.

—Reconocí la risa de aquel caído que me mantuvo prisionera durante mis primeros diez años de vida. Era la risa de Brad Drage.

Los músculos del rostro de Damián se volvieron de piedra. Salió del interior de ella y se levantó de la cama hecho una furia.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Por Dios! —bramó fuera de sí mientras caminaba en toda su desnudez de un lado a otro del cuarto—. ¡Así me habría asegurado de haber matado a ese hijo de puta!

Maia se acercó a él y lo tomó de los hombros para que la mirase.

—Justamente por eso, Damián —susurró con dulzura. Lo miró con las pupilas diáfanas y transparentes que podían poner al caminante de rodillas en cualquier momento—. No se lo he dicho a nadie, salvo a ti ahora. Porque, ¿qué lograría si lo hubiese hecho?

Los músculos del cuerpo del guerrero se entumecieron de la rabia. Era indudable que cuando el miserable de Drage se había presentado cara a cara ante Maia en los diez años que la mantuvo prisionera, debía de haber estado camuflado. Lo mismo aquella noche —si es que Drage había estado presente— cuando ella fue torturada por los caídos frente a él porque, de lo contrario, tanto Maia como él lo habrían reconocido de inmediato en la figura del doctor Lautaro Suárez.

Sus instintos afloraban como un manantial de agua caliente y furiosa, en su necesidad de proteger a su amada.

—Permití que tu padre se diese el gusto de enfrentarse a Drage por respeto a que él pudiese restaurar su honor mancillado, pero si tú me hubieses contado lo que ahora sé, no hubiese dudado ni un instante en decapitarlo yo. ¡No puedo creer que no me lo hayas dicho! —Y arrastró las dos manos por la cabeza. Se apartó de su esposa y se dirigió hacia el ventanal del cuarto para mirar hacia algún punto. Necesitaba tranquilizarse.

Los brazos suaves de Maia le envolvieron la cintura desde atrás, y la mejilla suave se recostó sobre su espalda.

—Damián, compréndeme. Estoy saturada de tanto odio y muerte. No quiero más de todo eso entre nosotros. Sabía que, si te lo hubiese dicho en los pasadizos de la fundación, tú te hubieses expuesto a todo y más para protegerme y restaurar el daño que ese ser me había hecho. Lo mismo papá y el resto de mi familia. En su momento, se lo diré. Pero por ahora deseo que mantengamos esta confesión entre tú y yo. Si mi padre sabe que Brad Drage es quien me secuestró, se volverá loco por no haberse asegurado de haberlo matado. Y no deseo más penurias para mi familia. Por favor, Damián.

—¡Ese desgraciado fue el causante del daño terrible que has tenido que padecer! Por culpa de él, quizás yo jamás podría haberte hecho mía.

—Yo siempre hubiese regresado a ti.

El guerrero cerró los ojos y respiró profundamente. Se mantuvo quieto durante un buen rato, sabiendo que Maia esperaba expectante su respuesta.

Abrió los ojos lentamente, se volvió y clavó la mirada seria en el rostro de su mujer.

—Nunca más me ocultes nada, Maia.

Ella lo abrazó con fuerza y asintió.

El guerrero le devolvió el abrazo como si jamás pudiese dejarla ir y permanecieron así durante un rato largo.

—También tendrás que contar a tu familia acerca de tu legado —murmuró al oído.

Maia asintió.

—Lo sé, mi amor. Te juro que cuando la familia vuelva a reunirse se lo diré. Todo se ha desarrollado de una manera tan rápida que necesito poner primero las cosas en su lugar dentro de mí, para después poder comunicarlas a los demás. ¿Me comprendes?

Damián asintió y la miró con infinita ternura.

—Te amo y haré cualquier cosa que me pidas, a menos que sea algo que pueda dañarte —le dijo y la besó en los labios durante un rato.

A continuación, se inclinó hacia adelante y la levantó en brazos. La llevó a la cama nuevamente donde la depositó con suavidad y, al instante siguiente, colocó su enorme cuerpo sobre el de ella, y comenzó a besarla con adoración por todos los rincones que sus labios lograban alcanzar. Ante la respuesta apasionada de ella, el fuego ardiente del deseo resurgió con más fuerza y Damián volvió a introducir su miembro caliente y henchido en la cavidad húmeda llena de miel. En medio de los gemidos, Maia susurró:

—Yo también quiero cuidarte, mi amor. Y no haberte revelado lo de Drage fue una manera de hacerlo.

—Sé que siempre me has protegido, mi amor —murmuró Damián que lamía con ansiedad la punta de un seno—.Y ha sido una de las cosas que más me enamoraron locamente de ti. —De repente se detuvo y clavó la mirada en ella—: ¿Pero eres consciente de lo que implica que no nos hayamos asegurado de la muerte de Brad Drage?

Maia asintió con la cabeza y su melena descomunal acarició el pecho fuerte del caminante.

—La pesadilla de nuestra familia puede seguir en pie.

Damián aspiró el aroma a lilas de la cabellera brillante de ella y enterró la cabeza en el hombro suave.

—Solo el tiempo lo dirá, Maia —susurró y permaneció así durante un buen rato. Al final, alzó la cabeza—. Pero ahora mírame. —Los ojos celestes se clavaron en los ojos negros que irradiaban un brillo acerado—. Como te dije, no quiero más secretos entre nosotros. Debes prometérmelo.

Maia colocó los brazos sobre su cuello y acercó el rostro hasta casi tocar el de él.

—Te lo prometo. Nunca más.

Damián estrechó el cuerpo de su señora álmica con todas sus fuerzas. Temía profundamente que Brad Drage no hubiese muerto, pero ese era un problema del cual él se encargaría si algún día llegaba a presentarse. Ronan, los demás *silverwalkers* y él mismo habían registrado a fondo lo que había quedado de la fundación, pero no habían encontrado ningún rastro del sujeto.

Brad podría haber muerto o no. Pero solo lo sabrían si él volvía a atacar. Astos no había sido de gran ayuda, porque simplemente había sonreído y levantado los hombros, mientras les decía que solo sucedería aquello que tendría que suceder. Triel y él lo conocían muy bien y sabían que él jamás diría algo más hasta que llegase «el momento adecuado», como al sanador le gustaba explicar.

Los caídos, por su parte, esperaban al acecho, pero era algo de lo que los miembros de la Estirpe y, en especial los *silverwalkers*, eran completamente conscientes. Los caídos eran un flagelo que no desaparecería así porque sí, y se necesitaba del máximo desarrollo de la Estirpe para que algún día fuesen completamente exterminados.

Y también hacía falta encontrar el resto de los símbolos. Había dos en sus manos, ahora faltaban tres más. Aunque Jackie y Brenda eran las candidatas más seguras acerca de dos de ellos, nadie podía afirmarlo con absoluta seguridad. Tampoco quién podría ser la guardiana del quinto símbolo. Por lo tanto, no quedaba más que esperar a que los símbolos emitiesen nuevamente su llamado. Ellos tenían vida propia y serían los que elegirían cuándo, dónde y en manos de quién presentarse.

Y para él, lo más importante era que Maia y él habían encontrado, por fin, aquello por lo que tanto habían luchado. Si bien ahora era tiempo de disfrutar de las sorpresas que la vida les deparase junto a Rosarito y los niños que ellos engendrasen, él dedicaría su vida a cuidar de su familia. Y en caso de que el desgraciado de Drage volviese a la vida, Damián no tendría piedad.

Nadie volvería a dañar a su mujer. Nadie. Y era una promesa que quedaría impresa en su alma como el legado en su piel.

Besos que parecían el aletear de mariposas lo trajeron de vuelta de sus pensamientos. La boca de Maia hacía estragos en sus mejillas, párpados, mandíbula y finalmente en su boca. Aspiró la fragancia de su piel y la besó larga, profundamente mientras envolvía con las manos los pechos plenos que tanto amaba.

—Me vuelves loca —le escuchó susurrar a través de un gemido—. Amo tus manos.

Damián volvió a sonreír, sin dejar de acariciarla.

—No puedo parar.

—A este ritmo, Rosarito tendrá una hermanita o un hermanito en muy poco tiempo.

Damián le envolvió el cuello con los brazos, atrajo el rostro de ella cerca de él y la miró intensamente.

—Quiero muchos hijos contigo.

Maia se echó a reír y le devolvió el abrazo.

—Yo también.

El guerrero la miró y se puso serio.

—No sabes lo furioso que me ponía cada vez que te escuchaba decir que jamás serías madre.

Maia le dio un beso en el pecho.

—Era por la falta de estabilidad y seguridad que invadía mi vida. Fueron muchos años de sentirme a la deriva.

Damián la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Lo sé. Y por eso te amo más. Has sido una verdadera luchadora, mi amor. Tú y yo, juntos, seremos buenos padres para Rosarito, así que debemos darle muchos hermanitos. No pararé hasta los doce.

Maia se apartó un poco y lo miró con los ojos enormes.

—Damián, seré yo la que los tenga. ¿No te parece demasiado?

Damián la volvió a estrechar y le dijo al oído:

—Bueno, al menos seis, ¿estás de acuerdo?

Maia le revolvió la cabellera larga y le devolvió una sonrisa radiante.

—Cuando Aniel y Gabriel regresen de ese viaje a Europa que se han regalado para poder disfrutar, les anunciaremos nuestro plan. Así, apenas nazca el bebé, se tendrán que volcar a la tarea de dar más primos y primas a nuestros hijos.

Ambos rieron y el roce de los senos de Maia aceleró la sangre del guerrero. Este bajó con urgencia la cabeza y se llevó un pecho a la boca para degustarlo lenta pero vorazmente. Los gemidos de Maia lo enardecieron y estimularon el ataque de la lengua y los labios. De inmediato, Maia comenzó a ondular las caderas y el miembro largo y fuerte creció cada vez más en su interior.

—Dios, se siente tan bien —apenas pudo decir Damián, que comenzó a devolver el movimiento del cuerpo de Maia con el suyo. El ritmo de las estocadas se volvió más impetuoso, en un imparable crescendo que ansiaba hacerlos llegar al máximo.

El guerrero continuó alimentándose del pecho firme y redondo, receloso de abandonarlo. Siguió moviendo las caderas como un pistón, tratando de insertarse aún más profundamente.

El sollozo de placer de Maia lo excitó más, y volvió a empujar, pero esta vez más lentamente, mientras ahora subía y devoraba la boca pulposa y entreabierta de su esposa y le recorría con las manos los pechos llenos, las costillas, la cintura y finalmente las nalgas firmes y esculpidas. La levantó por la espalda y, sin salir de su interior, la colocó a horcajadas sobre él.

Maia comenzó a cabalgarlo con brío, moviendo el cuerpo al compás del suyo propio. Levantó los brazos y los colocó detrás de la cabeza para exponer los senos llenos a la boca de él.

—¡Dios! ¡Me vuelves loco, Maia! —exclamó, antes de atacar los pezones duros y excitados con la lengua y levantar los pechos con las manos para aprovecharlos mejor en la boca. Aquella pasión era tan febril que ninguno sabía cómo hacer para acercarse más al otro.

Las manos de Damián pasaron de los pechos a las caderas, para obligarlas a moverse con mayor ahínco. El guerrero se acostó de espaldas sobre la cama y la observó desde abajo, embelesado por la imagen de su valquiria, que le había devuelto la alegría y la vida.

Continuaron por un buen tiempo, sin dejar de tocarse con las manos y las bocas, hasta que finalmente ambos estallaron al unísono, emitiendo gritos de placer y éxtasis. Maia le clavó las uñas en el pecho sólido, buscando anclarse de alguna manera, y Damián se incorporó y apoyó la cabeza sobre el hombro suave de ella, tratando de hacer lo mismo. Abrazados, liberaron a través de espasmos de placer el hambre y las ganas que habían tenido de estar juntos.

Poco a poco, comenzaron a respirar medianamente normal. Damián se separó apenas y miró el rostro angelical de su señora álmica, bañado en sudor como el de él. Y sonrió.

—Te amo —susurró.

—Y yo a ti.

Se quedaron contemplándose uno al otro durante un largo rato, con devoción.

Hasta que la curiosidad de Maia volvió a surgir.

—¿Querrás sanar tu legado?

Damián le apartó un mechón de cabello del rostro con delicadeza.

—Por ahora no. Quiero acompañarte, mi amor. He estado a tu lado cuando tu legado se activó y quiero hacerlo también cuando atravieses el proceso que eso conlleva.

—¿Y permitir que tu bestia more en ti más tiempo de lo necesario? —preguntó Maia con los ojos súbitamente rebosante de lágrimas.

—No me molesta —contestó y le besó las pestañas húmedas—. Lo más terrible de llevarla conmigo era atravesar el dolor de la transformación y confrontar mis demonios, pero tu presencia me ayuda a enfrentar cualquier padecimiento. —Maia lo miró con adoración y le acarició la mejilla con la yema de los dedos—. También deseo estar allí cuando el legado de mi hermano se active —continuó diciendo, mientras le devolvía la mirada con el mismo anhelo—, entonces después sí solicitaré la sanación del mío.

Maia se limpió con los dedos las lágrimas que se habían derramado.

—Pero si para ello hace falta transitar el camino del perdón, deberás rever, entre otras cosas, lo que te sucede con tu padre —dijo apenas en un susurro.

El rostro de Damián palideció y uno de los músculos de la mandíbula se movió al tensarse.

—Soy consciente de ello. Y no tengo una respuesta por ahora. Me es imposible pensar en perdonar a mi padre, ni siquiera puedo imaginarme cómo puedo llegar a hacerlo. El dolor es agudo y demasiado profundo.

Maia le tomó la cara entre las manos y la acercó a sus labios.

—No te preocupes, porque yo, mi amor, te acompañaré y te ayudaré en todo lo que necesites. Nos ayudaremos mutuamente. Y también contarás conmigo para auxiliar y asistir a tu hermano. Nunca más volverás a estar solo. Lo haremos juntos, Damián.

Los ojos del guerrero se llenaron de lágrimas; el amor de su esposa lo volvía humilde.

—Te amo, mi dulce Maia —dijo con la voz atragantada de dicha.

Ella lo miró con una sonrisa radiante y le enjugó una lágrima gruesa que caía por su mejilla.

—Y yo a ti, mi dulce Damián. Para toda la eternidad.

FIN